



POR AMOR,
VENCÍÓ A LA MUERTE.
PARA EL MUNDO,
SE CONVERTIRÁ EN
UN ARMA LETAL.

UNA CORTE DE NIEBLA Y FURIA

SARAH J. MAAS

Este libro llega a ti gracias al trabajo desinteresado de otras lectoras como tú. Está hecho sin ningún ánimo de lucro por lo que queda totalmente **PROHIBIDA** su venta en cualquier plataforma.

En caso de que lo hayas comprado, estarás incurriendo en un delito contra el material intelectual y los derechos de autor en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Para incentivar y apoyar las obras de ésta autora, aconsejamos (si te es posible) la compra del libro físico si llega a publicarse en español en tu país o el original en formato digital.



Agradecimientos

MODERADORAS

Rincones & Mais

TRADUCTORAS

Rincones

Maria97Lour

LillyRoma

Mais

Eglasi

Raeleen P.

Wan_TT18

ValeCog

Candy27

celaena

Guidaí

Idrys

Anamiletg

ANABM

CORRECCIÓN

Mais & Rincones

RECOPILOACIÓN & REVISIÓN

Rincones

DISEÑO

Rincones

Índice

Prólogo

**PRIMERA PARTE: LA
CASA DE LAS BESTIAS**

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

**SEGUNDA PARTE: LA
CASA DE VIENTO**

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

**TERCERA PARTE: LA
CASA DE NIEBLA**

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Agradecimientos

Próximamente

Info. Redacción y

Recopilación

Sobre la autora

Sinopsis

Feyre sobrevivió a las pruebas de Amarantha para regresar a la Corte de Primavera pero a un elevado costo. Aunque ahora tiene los poderes de un Alto Fae, su corazón permanece siendo humano y no puede olvidar los terribles hechos que hizo para salvar a Tamlin y su pueblo.

Feyre tampoco se ha olvidado de su pacto con Rhysand, el Gran Señor de la temida Corte Oscura. Mientras Feyre navega en una red oscura de política, pasión y deslumbrante poder, un gran mal acecha, y ella podría ser la llave para detenerlo. Pero solo si consigue aprovechar sus angustiosos dones, sanar su alma fracturada y decidir cómo moldear su futuro y el futuro de un mundo partido en dos.

Prólogo

Traducido por Mais // Corregido por Rin

Tal vez siempre estuve rota y sin luz por dentro.

Tal vez alguien que hubiese nacido completo y bueno habría bajado la daga de fresno y enfrentado a la muerte en lugar de aceptar lo que había ante mí.

Sangre por todos lados.

Era un esfuerzo mantener el agarre en la daga dado que mi mano empapada de sangre temblaba. Mientras me rompía poco a poco por dentro y el cadáver del joven alto fae tendido se enfriaba sobre el suelo de mármol.

No podía soltar la daga, no podía moverme de mi posición ante él.

—Bien —ronroneó Amarantha desde su trono—. Otra vez.

Había otra daga de fresno esperando, y otro Fae de rodillas. Hembra.

Conocía las palabras que ella decía. La oración que recitaba.

Sabía que la sacrificaría, de igual modo que había hecho con el joven delante de mí.

Para liberarlos a todos, para liberar a Tamlin, sí, lo haría.

Yo era el verdugo de los inocentes y la salvadora de una tierra.

—Cuando estés lista, querida Feyre —dijo Amarantha arrastrando las palabras, su profundo cabello rojo tan brillante como la sangre sobre mis manos. Sobre el mármol.

Asesina. Verdugo. Monstruo. Mentirosa. Impostora.

Ya no sabía a quién me refería. Las líneas que separaban a la reina y a mí se habían borrado hacía mucho.

Mis dedos se aflojaron del agarre y la daga cayó al suelo haciendo un ruido metálico y salpicó líquido rojo sobre el charco de sangre. Unas gotas se adherieron a mis botas gastadas —restos de una vida mortal tan alejada de mí que bien podría haber sido uno de mis febriles sueños de estos últimos meses.

Enfrenté a la hembra que esperaba su muerte, a la capucha hundida sobre su cabeza, su pequeño cuerpo firme. Preparada para el final que estaba por darle, el sacrificio en el que estaba por convertirse.

Levanté la segunda daga de fresno de la almohada de terciopelo, su empuñadura estaba helada en mi mano cálida y húmeda. Los guardias le retiraron la capucha.

Conocía el rostro que me estaba mirando.

Conocía esos ojos entre azul y gris, el cabello castaño dorado, esa boca llena y pómulos afilados. Conocía esas orejas que ahora estaban delicadamente arqueadas, las extremidades que habían cambiado los contornos y llenados con poder, cualquier imperfección humana suavizada en un brillo sutil, inmortal.

Conocía el vacío, la desesperación, la corrupción que goteaba en aquel rostro.

Mis manos no temblaron cuando busqué el mejor ángulo para la daga.

Mientras apretaba ese delicado hombro y miraba al interior de ese odiado rostro —*mi* rostro.

Hundí la daga de fresno en mi propio corazón, que la esperaba.

ACOTAR #2
PARADISE SUMMERLAND

PRIMERA PARTE
LA CASA DE LAS
BESTIAS

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA

Capítulo 1

Traducido por ValeCog // Corregido por Rin

Vomité en el baño, abrazando los lados fríos, tratando de contener los sonidos de mis arcadas.

La luz de la luna se filtraba sobre la enorme habitación de mármol, proporcionando la única iluminación mientras vomitaba en silencio, completamente enferma.

Tamlin no se había movido cuando me desperté de golpe. Y cuando no pude distinguir entre la oscuridad de mi habitación y la noche interminable de las mazmorras de Amarantha, cuando el sudor frío que me cubría el cuerpo se sintió como la sangre de aquellos inmortales, salí corriendo hacia el baño.

Había estado ahí unos quince minutos, esperando que las arcadas disminuyeran, que los temblores persistentes se hicieran menos frecuentes y desaparecieran, como olas en una piscina.

Jadeante, me agarré de la taza, contando cada respiración.

Sólo una pesadilla. Una de muchas —estando dormida o despierta—, una de tantas que me perseguían estos días.

Habían pasado tres meses desde lo de Bajo la Montaña. Tres meses para ajustarme a mi cuerpo inmortal, a un mundo que luchaba para unir las piezas después de que Amarantha lo hiciera pedazos.

Me concentré en mi respiración, en inspirar por la nariz, expirar por la boca. Una y otra vez.

Cuando parecía que había terminado con las arcadas, me separé del inodoro despacio... pero no fui muy lejos. Sólo hasta la pared adyacente, cerca de la ventana rota, donde podía ver el cielo nocturno, donde la brisa podía acariciar mi rostro pegajoso. Incliné la cabeza contra la pared, apoyé mis manos contra el frío suelo de mármol. Real.

Esto era real. Había sobrevivido; había conseguido salir.

A menos que fuera un sueño...,sólo un sueño febril en las mazmorras de Amarantha, y yo me despertaría de nuevo en esa celda, y—

Curvé mis rodillas contra mi pecho. Real. *Era real.*

Articulé las palabras.

Continué articulándolas hasta que pude aflojar mi agarre en mis piernas y levantar mi cabeza. El dolor me atravesó las manos...De alguna manera, las tenía tan apretadas que mis uñas estuvieron cerca de perforar mi piel.

Fuerza inmortal...,más una maldición que un don. Había abollado y doblado cada pieza de plata que había tocado durante los tres días después de regresar aquí, había tropezado con mis propios pies, ahora más largos y rápidos, con tanta frecuencia que Alis había retirado cualquier objeto de valor irremplazable de mis habitaciones (se había puesto particularmente gruñona cuando volqué una mesa con un jarrón de ochocientos años) y había destrozado no una, ni dos, sino *cinco* puertas de cristal solamente por cerrarlas con demasiada fuerza sin intención.

Suspirando por mi nariz, desdoblé mis dedos.

Mi mano derecha era lisa, suave. Totalmente Fae.

Incliné mi mano izquierda y la doblé, las espirales de tinta oscura recubrían mis dedos, mi muñeca, mi brazo hasta el codo, empapados de la oscuridad de la habitación. El ojo grabado en la palma de mi mano daba la impresión de que me miraba, calmado y astuto como un gato, la pupila partida más amplia que un rato antes más temprano ese día. Como si se hubiese ajustado a la luz, como lo haría cualquier ojo ordinario.

Le fruncí el ceño.

Miré con furia a quien pudiera estar mirando a través del tatuaje.

No había oído de Rhys en los últimos tres meses. Ni un susurro. No me había atrevido a preguntarle a Tamlin, o a Lucien, o a cualquier otro...no fuera a ser que de alguna manera convocara al gran señor de la Corte Oscura, le recordara de alguna manera el trato tonto que había hecho en Bajo la Montaña: una semana con él cada mes a cambio de qué me salvara del borde la muerte.

Pero incluso si Rhys se hubiera olvidado milagrosamente, yo nunca podría hacerlo. Ni tampoco Tamlin, ni Lucien, ni cualquier otro. No con el tatuaje.

Incluso si al final, Rhys... incluso si no había sido exactamente un enemigo.

Para Tamlin, sí lo era. Para cualquier otra corte, sí lo era. Eran muy pocos los que cruzaban las fronteras de la Corte Oscura y vivían para contarlo. Nadie sabía lo que había realmente en la parte norte de Prythian.

Montañas y oscuridad y estrellas y muerte.

Pero no yo no me había sentido enemiga de Rhysand la última vez que había hablado con él, en las horas después de la derrota de Amarantha. No le había contado a nadie sobre ese encuentro, lo que él me había dicho, lo que yo le había confesado.

Alégrate de tu corazón humano, Feyre. Pobre de ellos que no sienten nada en absoluto.

Cerré mis dedos en un puño, tapando ese ojo en el tatuaje. Me puse de pie y tiré de la cadena del inodoro antes de inclinarme sobre el lavamanos para enjuagar mi boca, después lavar mi cara.

Ojalá no sintiera nada.

Ojalá mi corazón humano hubiera cambiado junto con el resto de mí, haciéndose de mármol inmortal. En lugar del pedazo de negrura hecho trizas que era ahora, que dejaba escapar su purulencia en el resto de mi ser.

Tamlin permaneció dormido mientras me deslizaba de nuevo a mi habitación oscura, su desnudo cuerpo desparramado sobre el colchón. Durante un momento, admiré los poderosos músculos de su espalda, tan amorosamente trazados por la luz de la luna; su cabello dorado, enredado por el sueño y por los dedos que yo le había pasado por la cabeza mientras hacíamos el amor horas antes.

Por él, había hecho esto; por él, me había perdido voluntariamente, a mí misma y a mi alma inmortal.

Y ahora tenía la eternidad para vivir con ello.

Continué hacia la cama, cada paso más entumecido, más pesado que el anterior. Las sábanas ahora estaban frías y secas, y me deslicé dentro de ellas, de espaldas hacia Tamlin, envolviendo mis brazos a mí alrededor. Su respiración era profunda –pareja. Pero con mis oídos Fae... a veces me preguntaba si había oído que contenía la respiración, sólo por algunos latidos. Nunca tuve el valor de preguntarle si estaba despierto.

Él nunca se despertó cuando las pesadillas me sacaban de mi sueño; nunca se despertó cuando, noche tras noche, vomitaba todas mis entrañas. Si lo había sabido o había escuchado, no dijo nada al respecto.

Sabía que sueños similares lo perseguían a él, que esos sueños los sacaban del sueño tan de seguido como a mí. La primera vez que pasó, me había despertado y tratado de hablar con él. Pero se había alejado de mi toque, su piel cubierta de transpiración y de repente, ahí estaba esa bestia de pelaje y garras y cuernos y colmillos. Había pasado el resto de la noche tendido al pie de la cama, monitoreando la puerta, la pared de ventanales.

Desde entonces, así había pasado muchas noches.

Acurrucada en la cama, me tapé más con las sábanas, anhelando su calor en la fría noche. La situación se había convertido en nuestro acuerdo tácito; no dejar ganar a Amarantha la partida al reconocer que seguía atormentándonos en nuestros sueños y cuando estábamos despiertos.

De todas maneras, era más fácil no tener que explicar. No tener que decirle que a pesar de que lo había liberado, salvado a su gente y a toda Prythian de Amarantha... me había roto a mí misma.

Y que no creía que la eternidad fuera lo suficientemente larga para curarme.

Capítulo I

Traducido por ValeCog // Corregido por Rincone

—Quiero ir.

—No.

Me crucé de brazos, metí mi mano tatuada bajo mi bíceps derecho, y separé ligeramente mis pies sobre el sucio suelo de los establos.

—Han pasado tres meses. No ha pasado nada, y la aldea no está ni a cinco millas...

—No. —El sol de media mañana que entraba por las puertas del establo deslumbraba sobre el dorado cabello de Tamlin mientras él terminaba de abrochar el cinturón de dagas en su pecho. Su rostro —tremendamente atractivo, exactamente a como lo había imaginado esos largos meses en que él había estado llevando esa máscara—, estaba determinado, sus labios apretados en una línea fina.

Justo detrás de él, ya montado sobre su caballo con motas grises y junto a otros tres señores centinelas Fae, Lucien sacudió la cabeza en una silenciosa advertencia, con su ojo de metal entrecerrando. *No lo presiones*, parecía decir.

Pero mientras Tamlin se dirigía hacia el lugar dónde estaba su semental negro ya ensillado, apreté mis dientes con fuerza y fui detrás de él hecha una furia.

—La aldea necesita toda la ayuda que pueda conseguir.

—Y nosotros aún seguimos cazando a las bestias de Amarantha —dijo mientras se montaba sobre su caballo en un movimiento fluido. En ocasiones me preguntaba si los caballos eran meramente para mantener una apariencia de civilidad —de normalidad. Solo para pretender que él no podía correr más rápido que ellos, que no vivía con un pie en el bosque. Sus ojos verdes eran como astillas de hielo cuando el semental comenzó a caminar—. No tengo centinelas de sobra para que cuiden de ti.

Me dirigí hacia las bridas del caballo.

—No necesito un escolta. —Mi agarre sobre el cuero fue tan fuerte cuando tiré del caballo para que se detuviera, que el anillo dorado en mi dedo —junto con la reluciente esmeralda de corte cuadrado sobre él—, brilló en la luz del sol.

Habían pasado dos meses desde que Tamlin me había hecho la proposición —dos meses teniendo que soportar exposiciones sobre flores y ropas, de disposición de asientos y comida. La semana pasada había tenido un pequeño respiro, gracias al Solsticio de Invierno, aunque había pasado de contemplar encaje y seda a seleccionar coronas de hojas perenes y guirnaldas. Pero al menos había sido un descanso.

Tres días de banquetes, de comidas e intercambio de pequeños presentes, culminados en una ceremonia larga y más bien odiosa, en la cima de las colinas durante la noche más larga, la que señalaba el cambio de un año a otro cuando el sol moría y uno nuevo se alzaba. O algo así. Celebrar una festividad de invierno en un lugar en el que era primavera permanentemente, no hizo mucho para que mejorara mi carencia de ánimo festivo.

No había escuchado en particular las explicaciones de sus orígenes —y los mismos Faes se debatían si se había originado en la Corte de Invierno o en la Corte de Día. Ahora ambas la reclamaban como su festividad más sagrada. Todo lo que realmente sabía era que había tenido que soportar dos ceremonias: una al atardecer para comenzar con una noche interminable de regalos, baile y bebida en honor a la muerte del viejo sol; y otra al siguiente amanecer, ya con los ojos nublados y los pies adoloridos, para darle la bienvenida al renacimiento del sol.

Ya había sido lo suficiente malo verme obligada a estar de pie detrás de los cortesanos y hadas menores allí congregadas mientras Tamlin daba sus tantos brindis y saludos. Mencionar que mi cumpleaños también caía en la noche más larga del año había sido un hecho que muy convenientemente olvidé contarle a alguien. De cualquier forma, ya había recibido suficientes regalos —y sin ninguna duda, recibiría muchos, muchísimos más el día de mi boda. Tenía poco uso para tantas cosas.

Ahora únicamente se interponían dos semanas entre la ceremonia y yo. Si no conseguía salir de aquella mansión, si no tenía un día para hacer *algo* más que gastar el dinero de Tamlin y denigrarme a...

—Por favor. Los esfuerzos de recuperación son muy lentos. Podría cazar para los aldeanos, conseguirles comida...

—No es seguro —dijo Tamlin haciendo que su semental volviera a caminar. El pelaje del caballo brilló como un espejo oscuro, incluso en la penumbra de los establos—. Especialmente para ti.

Era lo mismo que decía cada vez que teníamos esta discusión; cada vez que le suplicaba que me dejara ir a la aldea del Alto Fae vecino para ayudar a reconstruir lo que Amarantha había quemado hacía años.

Lo seguí hasta salir de los establos, hacía el día brillante y sin nubes del exterior, las hierbas ondulantes con la suave brisa cubrían las colinas cercanas.

—La gente quiere regresar, quieren un lugar para *vivir*...

—Esas mismas personas te ven a ti como una bendición —un punto de estabilidad. Si algo te llegara a pasar... —Se interrumpió mientras hacía que su caballo se detuviera en el borde del camino de tierra que conducía a los bosques del este, Lucien ahora esperaba algunas yardas de distancia—. No tiene ningún sentido reconstruirlo todo si las criaturas de Amarantha asolan las tierras y lo destruyen todo de nuevo.

—Las guardas están levantadas...

—Algo consiguió pasar antes de que las guardas estuvieran reparadas. Ayer Lucien cazó cinco nags.

Giré mi cabeza hacia Lucien, quien hizo una mueva de dolor. No me había contado eso en la cena de anoche. Había *mentido* cuando le pregunté por qué estaba cojeando. Mi estómago se revolvió —no sólo por la mentira, sino también por la... naga. A veces soñaba que su sangre me bañaba mientras yo las mataba, o con sus caras serpentina y lascivas cuando intentaron cortarme en pedazos en el bosque.

Tamlin dijo suavemente:

—No puedo hacer lo que debo si me tengo que preocupar por si estás a salvo o no.

—Por supuesto que estaré a salvo. —Como una Alta Fae, con mi fuerza y velocidad, tenía una muy buena posibilidad de escapar si algo llegara a pasar.

—Por favor..., por favor, hazlo por mí —dijo Tamlin acariciando el ancho cuello de su semental cuando la bestia relinchó con impaciencia. Los demás ya habían hecho que sus caballos se movieran en un trote lento; el que iba en cabeza ya estaba prácticamente en el interior de las sombras del bosque. Tamlin señaló con su barbilla hacia la mansión de alabastro que se erguía detrás de mí—. Estoy seguro de que la casa hay cosas en las que podrás ayudar. O podrías pintar. Prueba ese nuevo quit que te di por el Solsticio de Invierno.

No había nada más, a parte de los planes de boda, esperándome en esa casa, dado que Alis se negaba a que yo levantara un dedo para hacer cualquier cosa. No por quien era yo para Tamlin, no por quien iba a convertirme para Tamlin, sino... por lo que yo había hecho por ella, por sus niños, por Prythian. Todos los sirvientes se comportaban de igual forma; algunos aún clamaban en gratitud cuando me cruzaba con ellos en los pasillos. Y en cuanto a pintar...

—Bien —exhalé. Me obligué a mirarlo a los ojos, a dar una sonrisa—. Ten cuidado —dije, y lo decía en serio. Pensar en él saliendo ahí afuera, cazando los monstruos que una vez sirvieron a Amarantha...

—Te amo —dijo Tamlin en voz baja.

Asentí, murmurando lo mismo cuando trotó en dirección dónde Lucien seguía esperando, el emisario ahora fruncía el ceño ligeramente. No los observé partir.

Me tome mi tiempo en retirarme a través de los bordes de los jardines, las aves de primavera piaban alegremente, la grava crujía bajo mis frágiles zapatos.

Odiaba los brillantes vestidos que se habían convertido en mi uniforme de cada día, pero no tenía el corazón de decírselo a Tamlin –no cuando había comprado tantos, no cuando se veía tan feliz de verme usándolos. No cuando sus palabras no estaban tan alejadas de la verdad. El día que me pusiera mis pantalones y mi túnica, el día en que atara armas a mi cuerpo como si de joyería fina se tratara, enviaría un mensaje largo y claro a través de las tierras. Así que vestí los vestidos y permití que Alis me arreglara el cabello –si esto le compraba una pizca de paz y comodidad a esta gente.

Al menos Tamlin no se había opuesto a que llevara la daga que siempre estaba conmigo, colgando de un cinturón enjoyado. Lucien me había regalado las dos cosas –la daga en los meses anteriores a Amarantha, y el cinturón en las semanas posteriores a su caída, de cuando había llevado la daga, junto con muchas otras, a donde sea que yo iba. *Ya que vas a ir armada hasta los dientes, no está demás que te veas bien*, había dicho.

Pero incluso si la tranquilidad reinara durante cien años, dudaba mucho que me despertara una mañana y no llevara conmigo un cuchillo.

Cien años.

Eso tenía yo –tenía siglos por delante. Siglos con Tamlin, siglos en este lugar hermoso y tranquilo. Tal vez conseguía sanar en algún momento a lo largo del camino. O tal vez no.

Me detuve un momento delante de las escaleras que llevaban arriba en el interior de la casa cubierta de rosas y hiedra, y eché un vistazo hacia la izquierda – hacia el jardín de rosas ceremonial y las ventanas justo detrás.

Solo había pisado esa habitación —mi viejo estudio de pintura— una vez, cuando acababa de regresar.

Y todas esas pinturas, todos los suministros, todos los lienzos en blanco a la espera de que plasmara en ellos historias y sentimientos y sueños... los había odiado.

Había salido momentos más tarde y no había vuelto desde entonces.

Había dejado de catalogar los colores, los sentimientos y las texturas, había dejado de notarlos. Apenas podía mirar las pinturas que colgaban en el interior de la mansión.

Una dulce voz y femenina trino mi nombre desde las puertas abiertas de par en par de la mansión, y la tensión que había en mis hombros se aflojó un poco.

Ianthe. La Suma Sacerdotisa, así como la Alta Fae noble y amiga de la infancia de Tamlin, la cual había asumido el trabajo de ayudar a planear las festividades de la boda.

Y quien había asumido el trabajo de adorarnos a Tamlin y a mí como si fuéramos dioses recién acuñados, bendecidos y elegidos por el Caldero mismo.

Pero no podía quejarme –no cuando Ianthe conocía a todo el mundo dentro y fuera de la corte. Había ido junto conmigo a eventos y cenas, alimentándose con detalles sobre aquellos que atendían, y fue la razón principal por la que conseguí sobrevivir al torbellino alegre del Solsticio de Invierno. Después de todo, había sido precisamente ella la que presidió varias de las ceremonias –y estuve más que feliz en dejarla elegir qué clase de coronas y guirnalda deberían adornar la mansión y los jardines, qué platería iba acorde con cada comida.

Más allá de eso... mientras era Tamlin quien pagaba por mis ropas de cada día, era el ojo de Ianthe el que las seleccionaba. Ella era el corazón de su gente, ordenada por la Mano de la Diosa para sacarlos de la desesperación y oscuridad.

Yo no estaba en posición de dudar. Aún no me había guiado por mal camino –y había aprendido a temer los días cuando ella estaba ocupada con su propio templo en los jardines, supervisando a los peregrinos y a sus acólitos. Aún hoy, sí, pasar tiempo con Ianthe era mejor que la alternativa.

Apreté los bordes de gaza de mi vestido color rosa amanecer en una mano y ascendí por la escalera de mármol hacia la casa.

La próxima vez, me prometí. La próxima vez, convencería a Tamlin de que me dejara ir a la aldea.

+++

—Oh, no podemos dejar que *ella* se siente junto a él. Se harían trizas entre ellos dos, y después terminaríamos con las ropas arruinadas por la sangre.

Debajo de su capucha de un azul grisáceo pálido, Ianthe frunció el ceño, arrugando el tatuaje de las fases lunares allí estampado. Emborronó el nombre que había puesto en uno de los diagramas de asientos momentos antes.

El día se había vuelto caluroso, la habitación estaba sofocante incluso con la brisa que entraba por las ventanas abiertas. Y aún así, la pesada túnica con capucha permaneció en su lugar.

Todas las Sumas Sacerdotisas usaban túnicas ondulantes, rizadas artísticamente y con capas –aunque sin duda estaban muy lejos de ser matronales. La delgada cintura de Ianthe resaltaba con un cinturón fino de piedras límpidas de un azul cielo, cada una de ellas perfectamente ovalada e incrustada en brillante plata. En la cima de su capucha había un aro a juego –una delicada diadema de plata, con una gran piedra en su centro. Había un trozo de tela doblado por debajo del aro, una franja que desdoblaría por encima de las cejas y ojos cuando necesitara orar, suplicar al Caldero y a la Madre, o sólo pensar.

Una vez, Ianthe me mostró como lucía el trozo de tela cuando estaba abajo: solamente su nariz y su boca llena y sensual quedaban a la vista. La Voz del Caldero. Había encontrado la imagen inquietante –que el mero hecho de cubrir la parte superior de su rostro de alguna manera transformara a la brillante y astuta hembra en una efigie, en algo Distinto. Misericordiosamente, la mantenía apartada de su rostro la mayor parte del tiempo. En ocasiones, retiraba la capucha por completo para permitirle al sol jugar con su cabello, dorado, largo y sutilmente ondulado.

Los anillos de plata de Ianthe brillaron en sus dedos bien cuidados cuando escribió otro nombre.

—Es como un juego —dijo, suspirando por su firme nariz—. Todas las piezas, compitiendo por poder o dominación, dispuestos a derramar sangre, de ser necesario. Debe ser duro para ti ajustarse a eso.

Tal elegancia y riqueza –sin embargo el salvajismo permanente. Los Altos Fae no eran la risible nobleza del mundo mortal. No, si ellos reñían, *terminaría* con alguien siendo rasgado en tiras sangrientas. Literalmente.

Una vez, había temblado solo por compartir espacio vital con ellos.

Doblé mis dedos en un puño, estiré y contorsioné los tatuajes grabados en mi piel.

Ahora podía luchar a su lado o contra ellos. Tampoco era que lo hubiese intentado.

Estaba siempre en el punto de mira –demasiado monitoreada y juzgada. ¿Por qué la prometida del Gran Señor debería aprender a luchar si había regresado la paz? Ese había sido el razonamiento de Ianthe, cuando por error, lo había comentado durante la cena. Tamlin, para su crédito, había visto ambos lados: yo aprendería a defenderme... pero los rumores se esparcirían.

—Los humanos no son mucho mejores —le dije al final. Y dado que Ianthe era la única de mis nuevas acompañantes que no parecía estar anonadada o asustada de mí, traté de dar conversación y dije:

—Mi hermana Nesta podría encajar perfectamente.

Iantheladeó la cabeza y la luz del sol hizo que la piedra azul en la diadema de su capucha brillara.

—¿Se nos *unirán* tus parientes mortales?

—No. —No había pensado en invitarlas..., no había querido exponerlas al mundo de Prythian. O a lo que era yo ahora.

Con un dedo largo y delgado, dio unos golpecitos sobre la mesa.

—Pero viven bastante cerca del muro ¿no es así? Si fuera importante para ti tenerlas aquí, Tamlin y yo podríamos asegurar su llegada.

En las horas que habíamos pasado juntas, le había contado sobre la aldea y la casa en la que ahora vivían mis hermanas, sobre Isaac Hale y Tomas Mandray.

No había sido capaz de nombrar a Clare Beddor..., o lo que le había sucedido a su familia.

—Todo en cuanto a ella concierne —dije, tratando de recuperar los recuerdos de cuando era humana y lo que le habían hecho a ella—. Mi hermana Nesta detesta a tu especie.

—*Nuestra* especie —corrigió Ianthe calmadamente—. Ya hemos discutido esto.

Solamente asentí.

Pero siguió diciendo:

—Somos viejos, y astutos, y disfrutamos usando las palabras como cuchillas y garras. Cada palabra que salga de tu boca, cada giro de una frase, será juzgada..., y posiblemente usada contra ti. —Intentando suavizar la advertencia, añadió—: Mantén alta la guardia, Señora.

Señora. Un nombre sin sentido. Nadie sabía cómo llamarme. No había nacido como una Alta Fae.

Había sido Fabricada —resucitada y moldeada en este nuevo cuerpo por los siete Grandes Señores de Prythian. No era la compañera de Tamlin, que yo supiera. No había ningún vínculo de emparejamiento entre nosotros..., aún.

De verdad y siendo honesta, Ianthe, con su cabello dorado y brillante, sus ojos de un azul verdoso, facciones elegantes y cuerpo flexible, se veía más como la compañera de Tamlin. Su igual. Una unión con Tamlin —un Gran Señor y una Suma Sacerdotisa— enviaría un mensaje de fortaleza, claro y conciso, a cualquier posible amenaza sobre nuestras tierras. Y de asegurar el poder que Ianthe sin duda había construido por ella misma.

Dentro de los Altos Fae, la sacerdotisa supervisaba sus ceremonias y rituales, registraba sus historias y leyendas, y aconsejaban a sus señores y señoras tanto en asuntos grandes como en los triviales. No había presenciado ninguna magia proveniente de ella, pero cuando le había preguntado a Lucien al respecto, él había fruncido el ceño y dicho que su magia era extraída de sus ceremonias, y que podía ser completamente letal si así lo decidían. La había estado observado durante el Solsticio de Invierno en busca de cualquier señal de magia, evaluando la forma en la que se había posicionado para que el sol naciente cayera de lleno sobre sus brazos levantados, pero no había habido ninguna ondulación o repiqueteo de poder. Saliendo de ella, o de la tierra debajo de nosotros.

No sé qué había estado esperando realmente de Ianthe —una de las doce Sumas Sacerdotisas que gobernaban a sus hermanas en cada territorio de Prythian. Vieja, célibe, y callada, eso era lo que había estado esperando, gracias a las leyendas mortales que se susurraban, cuando Tamlin anunció que una antigua amiga pronto llegaría para ocupar y renovar el complejo de templos ruinosos dentro de nuestras tierras. Pero a la mañana siguiente, Ianthe había entrado como si nada a nuestra casa y esas expectativas se esfumaron inmediatamente. Especialmente la parte del celibato.

Las sacerdotisas podían casarse, tener hijos, y coquetear tanto como quisieran. Deshonrarían el regalo de fertilidad dada por el Caldero si negaran sus instintos, su magia femenina inherente en dar vida, me había dicho una vez Ianthe.

Por lo que mientras los siete Grandes Señores gobernaban Prythian desde sus tronos, las doce Sumas Sacerdotisas reinaban desde los altares, con sus hijos tan poderosos y respetados como la descendencia de cualquier señor. E Ianthe, la Suma Sacerdotisa más joven en tres siglos, permanecía soltera, sin hijos, y aficionada a *disfrutar de los mejores hombres que la tierra tiene para ofrecer*.

Constantemente me preguntaba cómo sería ser así de libre y tan conforme dentro de ti misma.

Cuando no respondí a su amable reprimenda, dijo:

— ¿Le has dado algún pensamiento al color de las rosas? ¿Blancas? ¿Rosas? ¿Amarillas? ¿Roja...

—Rojas no.

Odiaba ese color. Más que a nada. El cabello de Amarantha, toda esa sangre, los verdugones en el cuerpo destrozado de Clare Beddor, clavado a las paredes de Bajo la Montaña...

—Bermejas podrían quedar lindas, con todo ese verde... Pero tal vez eso sea demasiado Corte de Otoño. —De nuevo, ese dedo golpeó sobre la mesa.

—Cualquier color que tú quieras. —Si estuviera siendo honesta conmigo misma, admitiría que Ianthe se había convertido en una muleta. Pero ella parecía estar dispuesta a hacerlo —preocupándose cuando yo no era capaz de obligarme a estarlo.

Aún así, las cejas de Ianthe se levantaron ligeramente.

A pesar de ser una Suma Sacerdotisa, ella y su familia habían conseguido librarse de los horrores de Bajo la Montaña escapando. Su padre; uno de los aliados más fuertes de Tamlin dentro de la Corte de Primavera y un capitán en sus fuerzas, había sentido llegar los problemas y se había largado junto con Ianthe, su madre y dos hermanas más pequeñas a Vallahan, uno de los incontables territorios faes a través del océano. Durante cincuenta años, vivieron en la corte extranjera, esperando a que llegara el momento oportuno mientras tanto su pueblo era masacrado y esclavizado.

Ella no lo había mencionado ni una vez. Yo sabía que no debía preguntar.

—Cada elemento de esta boda enviará un mensaje; no sólo a Prythian, sino al mundo del exterior —dijo. Ahogué un suspiro. Lo sabía..., ya me había dicho esto antes—. Se que no te entusiasma el vestido...

Vaya un eufemismo. Odiaba la monstruosidad de tul que ella había seleccionado. También Tamlin —aunque se había reído hasta quedarse ronco cuando se lo había mostrado en la privacidad de mi alcoba. Pero me había prometido que aunque el vestido era absurdo, la sacerdotisa sabía lo que estaba haciendo. Quise presionar sobre el tema, odiando el hecho de que aunque había estado de acuerdo conmigo, se había puesto de su lado, pero... pero habría tomado más energía de la que valía la pena.

Ianthe continuó;

—Pero da la impresión correcta. He pasado el suficiente tiempo entre las cortes para saber cómo operan. Confía en mí con esto.

—Confío en ti —dije y sacudí una mano hacia los papeles que estaban delante de nosotras—. Tú sabes cómo hacer estas cosas, yo no.

La plata tintineó en las muñecas de Ianthe, de igual modo que hacían las pulseras que usaban los Hijos del Bendito al otro lado del muro. A veces me preguntaba si esos humanos tontos habían robado la idea de las Sumas Sacerdotisas de Prythian —si había sido una sacerdotisa como Ianthe quien había difundido tal disparate entre los humanos.

—También es un momento importante para mí —dijo Ianthe cuidadosamente, ajustando la diadema sobre su capucha. Sus ojos azul verdosos se encontraron con los míos—. Tú y yo somos muy parecidas; jóvenes, sin probar entre estos... lobos. Estoy agradecida contigo, y con Tamlin, por permitir que sea yo quien presida la ceremonia, por invitarme a trabajar con esta corte, a ser parte de esta corte. Las otras Sumas Sacerdotisas no se preocupan por mí, ni yo por ellas, pero... —Sacudió la cabeza, y la capucha se balanceó con el movimiento—. Juntos

—murmuró—. Nosotros tres hacemos una unidad formidable. Cuatro, si cuentas a Lucien —resopló—. No es que él quiera tener algo que ver conmigo para nada.

Una declaración recurrente.

A menudo, ella encontraba maneras de traerlo a colación, de arrinconarlo en eventos, de tocar su codo u hombro. Él lo ignoraba todo. Finalmente la semana pasada, le pregunté a él si ella había fijado su mirada en él, y Lucien simplemente me lanzó una mirada y un suave gruñido antes de irse ofendido. Me tomé eso como un sí.

Pero un emparejamiento con Lucien sería casi tan beneficioso como uno con Tamlin: la mano derecha de un Gran Señor y otro hijo de Gran Señor... cualquier descendencia sería poderosa, codiciada.

—Tú sabes que es... difícil para él, cuando hay mujeres involucradas —dije neutralmente.

—Ha estado con *muchas* mujeres desde la muerte de su amante.

—Tal vez es diferente contigo —tal vez significaría algo para lo que no está listo. —Me encogí de hombros, buscando las palabras apropiadas. —Tal vez se mantiene alejado por ello.

Lo consideró, y rogué que compre mi media mentira. Ianthe era ambiciosa, lista, hermosa, y audaz —pero no creía que Lucien la perdonara, o que alguna vez la perdonaría, por huir durante el reinado de Amarantha. Algunas veces me preguntaba si mi amigo podría arrancarle la garganta por ello.

Ianthe al final asintió.

— ¿Estás al menos emocionada por la boda?

Jugueteé con mi anillo de esmeralda.

—Será el día más feliz de mi vida.

Sin duda alguna lo fue el día que Tamlin me pidió que me casara con él. Lloré de la alegría mientras le decía que sí, sí, y mil veces sí, e hicimos el amor en el campo de flores silvestres donde me había llevado para la ocasión.

Ianthe asintió.

—Esta unión está bendecida por el Caldero. Vuestra supervivencia a los horrores Bajo la Montaña es la prueba.

Entonces la vi mirarme..., a los tatuajes de mi mano derecha.

Me costó un poco no esconder mi mano debajo de la mesa.

El tatuaje que ella tenía en la frente era de una tinta de color azul medianoche –pero de alguna forma le sentaba bien, incluso resaltaba los vestidos femeninos, y la joyería de brillante plata. Al contrario de la brutalidad elegante del mío.

—Podríamos conseguirte unos guantes —ofreció ella casualmente.

Y eso enviaría otro mensaje..., tal vez a la persona que tan desesperadamente esperaba que se hubiese olvidado de mi existencia.

—Lo consideraré —dije con una suave sonrisa.

Fue lo único que conseguí decir y así evitar salir corriendo antes de que la hora terminara e Ianthe se marchara a sus propias habitaciones para rezar –un regalo de Tamlin por su regreso– para dar las gracias del medio día al Caldero por la liberación de nuestras tierras, mi triunfo, y la soberanía permanente de Tamlin sobre esta tierra.

En ocasiones quería pedirle que rezara también por mí.

Que rezara para que, algún día, llegara amar los vestidos, las fiestas, y mi papel como una novia ruborizada y encantadora.

+++

Ya estaba metida en la cama cuando Tamlin entró a mi habitación, tan silencioso como lo sería un ciervo por el bosque. Levanté mi cabeza, acercando mi mano hacia la daga que guardaba en mi mesita de noche, pero me relajé al ver esos hombros anchos, su bronceada piel dorada por la luz que emitía el candelabro del pasillo haciendo que su rostro quedara en penumbra.

— ¿Estás despierta? —murmuró. Podía oír el disgusto en su voz. Se había quedado en su estudio desde la cena, clasificando la pila de papeles que Lucien había arrojado sobre su escritorio.

—No puedo dormir —dije mientras observaba como se movían sus músculos mientras iba al baño a lavarse. Hacía una hora que intentaba quedarme dormida –pero cada vez que cerraba mis ojos, mi cuerpo se quedaba bloqueado, las paredes del cuarto se encogían. Había ido tan lejos como para abrir las ventanas, pero... iba a ser una noche larga.

Me recosté sobre las almohadas, escuchando los sonidos constantes y eficientes que hacía mientras se preparaba para ir a la cama. Seguía teniendo sus propias habitaciones, considerando vital que yo tuviera mi propio espacio.

Pero él dormía aquí cada noche. Todavía no visitaba su cama, pero me preguntaba si nuestra noche de bodas eso cambiaría. Rezaba por no levantarme asustada y vomitar sobre las sábanas cuando no reconociera la habitación en la que estaba, cuando no supiera si la oscuridad era permanente.

Tal vez ese fuera el motivo por el que él no hubiera insistido en ese punto.

Emergió del cuarto de baño, quitándose la túnica y la camisa, y yo me apoyé sobre mis codos para mirarlo cuando se detuvo al borde de la cama.

Mi atención se dirigió hacia sus dedos fuertes y ágiles desatando sus pantalones.

Tamlin dejó escapar un bajo gruñido de aprobación, haciendo que me mordiera el labio inferior mientras se quitaba los pantalones junto con su ropa interior, revelando su orgullosa y gruesa longitud. Mi boca se secó, y devoré con la mirada su torso musculoso, los pectorales de su pecho y después...

—Ven aquí —gruñó de forma tan ronca que las palabras apenas fueron discernibles.

Aparté las sábanas revelando mi cuerpo ya desnudo, y él siseó.

Los rasgos de su rostro se volvieron voraces cuando me moví en la cama para ponerme de rodillas. Tomé su rostro entre mis manos y lo besé, enmarcando su dorada piel con mis dedos de marfil y manchados con negro por el tatuaje.

Sostuvo mi mirada durante el beso incluso cuando me acerqué más a él, y contuve un pequeño sonido cuando se rozó contra mi estómago.

Sus callosas manos agarraron mis caderas, mi cintura y después me mantuvo en el lugar mientras bajaba un poco más la cabeza, tomando el control del beso. El roce de su lengua contra la unión de mis labios me hizo abrir completamente para él, y él arrasó, reclamándome y marcándome.

Entonces solté un gemido y eché la cabeza hacia atrás para darle un mejor acceso. Sus manos sujetaron mi cintura y después se movieron –una la usó para ahuecar mi trasero y la otra para deslizarla entre nosotros.

Este –este momento, cuando éramos él y yo y nada entre nuestros cuerpos...

Su lengua rozó el techo de mi boca mientras frotaba un dedo contra mi centro, y solté un jadeo con mi espalda arqueándose.

—Feyre —dijo mi nombre contra mis labios como la plegaria más devota que cualquiera de las que Ianthé hubiera ofrecido al Caldero en aquella oscura mañana del solsticio.

Su lengua se deslizó de nuevo dentro de mi boca, sincronizada con el dedo que deslizó en mi interior. Mis caderas se ondularon, exigiendo más, anhelando su plenitud, y su gruñido reverberó en mi pecho cuando añadió otro dedo.

Me moví sobre su dedo. Los relámpagos de placer azotaban mis venas y mi concentración se redujo a solo sus dedos, su boca, a su cuerpo dentro del mío. Su palma se movió contra el manojo de nervios en la cima de mis muslos, y gemí su nombre mientras me rompía en pedazos.

Eché la cabeza hacia atrás para respirar el aire fresco de la noche, y entonces estaba siendo inclinada hacia la cama de forma gentil, delicada y amorosa.

Él se recostó sobre mí, bajó la cabeza hacia mi pecho y todo cuanto necesitó fue una leve presión de sus dientes en mis pezones para que arañara su espalda, volviera mis piernas a su alrededor y le acomodara entre mis piernas. Esto., era *esto* lo que yo necesitaba.

Se detuvo con brazos temblorosos cuando se elevó por encima de mí.

—Por favor —gemí.

Solo rozó sus labios contra mi mandíbula, mi cuello y mi boca.

—Tamlin —le rogué. Tocó mis pechos con sus manos e hizo girar rápidamente su pulgar sobre uno de mis pezones. Solté un grito y se introdujo en mí con un poderoso golpe.

Por un momento, no fui nada, ni nadie.

Entonces fuimos uno, dos corazones latiendo como uno solo, y me prometí que siempre sería de esa manera mientras se retiraba unas pulgadas, los músculos de su espalda se flexionaron bajo mis manos, y después se estrelló otra vez contra mí. Y una y otra vez.

Me rompí contra él mientras se movía, mientras murmuraba mi nombre y decía cuanto me amaba. Y cuando ese relámpago volvió a llenar mis venas, mi cabeza, cuando jadeé su nombre, él encontró su propia liberación. Lo abracé mientras pasaban las ondas de estremecimiento, saboreando su peso, la sensación de su piel, su fuerza.

Durante un rato, sólo llenaba la habitación los roces de nuestras respiraciones.

Fruncí el ceño cuando se apartó —pero no fue muy lejos. Se recostó sobre su costado, apoyó la cabeza sobre un puño y trazó círculos ociosos sobre mi estómago y sobre mis pechos.

—Siento lo de esta tarde—murmuró.

—Está bien —exhalé—. Lo entiendo.

No era una mentira, pero tampoco una verdad del todo.

Sus dedos bajaron un poco más, haciendo círculos en mi ombligo.

—Eres... lo eres todo para mí —dijo con voz ronca—. Necesito... necesito que estés bien. Saber que no pueden llegar hasta ti... que ya no pueden lastimarte.

—Lo sé. —Esos dedos se arrastraron más abajo. Tragué fuerte y volví a decir—: Lo sé. —Aparté el pelo de su rostro con mis dedos—. ¿Pero qué hay de ti? ¿Quién te mantiene a ti a salvo?

Su boca se apretó. Con sus poderes recuperados, no necesitaba que nadie lo protegiera ni lo escudara. Casi podía ver los pelos de electricidad invisible levantarse —no por mí, sino ante el pensamiento de cómo había sido unos cuantos meses atrás: propenso a los caprichos de Amarantha, su poder un mero goteo en comparación con la cascada que ahora corría a través de él. Tomó una respiración para estabilizarse y se inclinó para besar mi corazón, justo entre mis pechos. Esa era respuesta suficiente.

—Pronto —murmuró, y esos dedos viajaron de vuelta hasta mi cintura. Casi gruñí—. Pronto serás mi esposa, y todo estará bien. Dejaremos todo esto detrás.

Arqueé mi espalda, urgiendo su mano a ir más abajo, y él se rió roncamente. Ni siquiera me escuché hablar mientras me concentraba en sus dedos obedeciendo mi orden silenciosa.

—¿Cómo me llamarán entonces? —Rozó mi ombligo mientras se inclinaba hacia abajo, succionando la punta de mi pecho en su boca.

—¿Hmm? —dijo y la vibración contra mi pezón me hizo estremecer.

— ¿Todos simplemente me llamarán «la esposa de Tamlin»? ¿Obtengo un... título?

Levantó su cabeza el tiempo suficiente para mirarme.

— ¿Quieres un título?

Antes de que pudiera responder, mordió mi pecho, luego lamió la pequeña herida..., lamió mientras sus dedos por fin se hundían entre mis piernas. Acarició perezosamente, con círculos burlones.

—No —jadeé—. Pero no quiero que la gente... —Caldero hiérveme, que malditos *dedos*—. No sé si podré soportar que me llamen Gran Señora.

Sus dedos se deslizaron de nuevo dentro de mí, y gruñó en aprobación por la humedad entre mis muslos, tanto de él como mía.

—No lo harán —dijo contra mi piel, posicionándose de nuevo sobre mí y deslizándose hacia abajo por mi cuerpo, dejando un rastro de besos mientras lo hacía—. No existe tal cosa como una Gran Señora.

Agarró mis muslos para abrir mis piernas ampliamente, bajó su boca, y...

— ¿Qué quieres decir con que no existe tal cosa como una Gran Señora?

El calor, su toque —todo eso se detuvo.

Alzó la cabeza de entre mis piernas y casi llegué al clímax por la simple vista. Pero lo que decía, lo que implicaba... Besó la parte interna de mi muslo.

—Los Grandes Señores sólo toman esposas. Consortes. Nunca ha habido una Gran Señora.

—Pero la madre de Lucien...

—Ella es Señora de la Corte de Otoño. No Gran Señora. Igual que tú serás Señora de la Corte de Primavera. Se dirigirán hacia ti como se refieren a ella. Te respetarán como la respetan a ella. —Bajó su mirada otra vez hacia lo que estaba a pulgadas de su boca.

—Entonces Lucien...

—No quiero escuchar el nombre de otro hombre en tus labios ahora mismo —gruñó, y bajó su boca a mi centro.

A la primera caricia de su boca, dejé de discutir.

Capítulo 3

Traducido por ValeCog // Corregido por Rin

La culpa de Tamlin debía de haberlo golpeado con fuerza porque a pesar de que al otro día se había ido, Lucien estaba esperando con la oferta de inspeccionar el progreso en la aldea cercana.

No había ido de visita en más de un mes –no podía siquiera recordar la última vez que había dejado los terrenos. Algunos de los aldeanos habían sido invitados a nuestras celebraciones del Solsticio de Invierno, pero apenas había podido hacer algo más que saludarlos, gracias al tamaño de la multitud.

Los caballos ya se encontraban ensillados a las puertas de los establos, y conté los centinelas en las puertas distantes (cuatro), a cada lado de la casa (dos en cada esquina), y los que estaban ahora por el jardín por el cual acababa de salir (dos). Aunque ninguno habló, sus ojos se presionaron en mí.

Lucien se movió para montar su yegua con motas grises pero le corté el camino.

—¿Una caída de tu maldito caballo? —siseé, dando un empujón a su hombro.

De hecho, Lucien se tambaleó hacia atrás, la yegua relinchó en alarma y yo parpadeé hacia mi mano extendida. No me permití contemplar lo que habían hecho los guardias. Antes de que él pueda decir nada, demandé:

—¿Por qué mentiste sobre la naga?

Lucien se cruzó de brazos, su ojo de metal se estrechó y se retiró su rojizo pelo de la cara con una sacudida.

Durante un momento, tuve que apartar la mirada.

El pelo de Amarantha había sido más oscuro –y su rostro de un blanco cremoso, nada que ver con la piel dorada por el beso del sol de Lucien.

En lugar de mirarlo, estudié los establos detrás de él. Al menos era un establo grande, abierto. Normalmente tenía pocos problemas con estar ahí dentro, lo cual era en su mayoría cuando estaba lo suficiente aburrida como para visitar los caballos que estaban allí. Había un montón de espacio para moverse, para escapar. Las paredes no se sentían demasiado... indestructibles.

No como las cocinas, la cual era demasiado baja, las paredes demasiado gruesas, las ventanas no lo suficientemente grandes para trepar a ellas. No como el estudio, sin luz natural suficiente o salidas fáciles. Tenía una lista larga en mi cabeza de lugares que podía o no soportar en la mansión, clasificadas en orden de según cuanto hacían que mi cuerpo se paralizara y sudara.

—No *mentí* —dijo Lucien severamente—. Técnicamente *sí* me caí de mi caballo. —Palmeó el costado de su montura—. Después de que una de ellas me derribara.

Una forma muy fae de pensar, de mentir.

—¿Por qué?

Lucien cerró la boca.

—¿*Por qué?*

Simplemente se dio la vuelta hacia su yegua que esperaba. Pero conseguí ver la expresión en su rostro —la...*lástima* en su ojo.

Espeté:

—¿Podemos caminar en lugar de montar?

Se giró hacia mí lentamente.

—Son tres millas.

—Y tú puedes correr eso en pocos minutos. Me gustaría ver si puedo seguir el ritmo.

Su ojo de metal zumbó, y supe lo que diría antes de que abriera su boca.

—No importa —dije, caminando hacia mi yegua blanca, una bestia de carácter dulce, aunque un poco perezosa y mimada. Lucien no intentó de convencerme de lo contrario, y se mantuvo en silencio mientras cabalgábamos desde la mansión y durante el camino en el bosque. La Primavera, igual que

siempre, estaba en plena floración. La brisa estaba cargada con olores a lilas, la maleza a ambos lados del camino susurraba con vida. No había ningún indicio del Bogue, de una naga, o de cualquiera de las criaturas que una vez mantuvieron en total quietud el bosque. Al final, terminé por decir:

—No quiero tu maldita lástima.

—No es lástima. Tamlin dijo que no debería decírtel... —Se encogió un poco.

—No estoy hecha de cristal. Si la naga te atacó, *merezco* saber...

—Tamlin es mi Gran Señor. Él ordena y yo obedezco.

—No pensabas en eso cuando te saltaste sus órdenes para enviarme a ver a la Suriel. —Y casi había muerto.

—En ese entonces estaba desesperado. Todos lo estábamos. Pero ahora..., ahora necesitamos orden, Feyre. Necesitamos reglas, y rangos, y *orden*, si tenemos una oportunidad para reconstruirnos. De forma que lo que él diga, se hará. Soy el *primero* al que los otros miran —doy el ejemplo. No me pidas que arriesgue la estabilidad de esta corte al oponerme. No en este momento. Te da tanta rienda suelta como le es posible.

Traté de respirar para estabilizarme, de llenar mis pulmones apretados.

—Para alguien que se niega a interactuar con lanthe, desde luego sueñas como ella.

Soltó un siseo.

—No tienes *ni idea* de lo difícil que es para él incluso dejarte salir de los terrenos de la finca. Está bajo más presión de lo que eres consciente.

—Sé exactamente cuanta presión soporta. Y no sabía que me había convertido en una prisionera.

—No eres... —Apretó la mandíbula—. No se trata de eso y lo sabes.

—Él no tuvo ningún problema en permitirme salir a cazar y vagar por mi cuenta cuando era una simple humana. Cuando las fronteras eran mucho más inseguras.

—No le importabas de igual forma que ahora. Y después de lo que pasó Bajo la Montaña... —Las palabras resonaron en mi cabeza, junto con el sonido de mis músculos en demasiada tensión—. Está aterrado. *Aterrado* ante la idea de verte en manos de sus enemigos. Y ellos también lo saben... saben que todo cuanto tienen que hacer para controlarlo es atraparte a ti.

—¿Crees que no lo sé? ¿Pero de verdad espera que pase el resto de mi vida en la mansión, supervisando a los sirvientes y usando ropas bonitas?

Lucien miró hacia el bosque, al que permanecía siempre joven.

—¿No es lo que todas las mujeres humanas desean? ¿Un señor fae atractivo con el que casarse y bañarse en riquezas por el resto de sus vidas?

Agarré las riendas de mi caballo tan fuerte que este ladeó su cabeza.

—Es bueno saber que aún eres un idiota, Lucien.

Su ojo de metal se entrecerró.

—Tamlin es un Gran Señor. Tú serás su esposa. Hay tradiciones y expectativas que debes cumplir. Que *nosotros* debemos cumplir, con el fin de dar un frente sólido en la recuperación después de lo de Amarantha y uno dispuesto a destruir a cualquier enemigo que ose tomar nuevamente lo que nos pertenece. —Ilanthe me había dado casi el mismo discurso ayer—. El Diezmo será pronto —continuó, sacudiendo la cabeza—, el primero desde... su maldición. —Su estremecimiento fue apenas perceptible—. Él le dio a nuestra gente tres meses para poner sus asuntos en orden, y quería esperar hasta que el año nuevo hubiese comenzado, pero demandará el Diezmo el siguiente mes. Ilanthe le ha dicho que es hora —que las personas están listas.

Él se quedó esperando y yo quise escupirlo, porque él sabía —*sabía* que yo no sabía lo que era eso, y quería que yo lo admitiera.

—Dímelo —dije llanamente.

—Dos veces al año, en su mayoría cuando se acercan los Solsticios de Verano e Invierno, cada miembro de la Corte de Primavera, ya sean Altos Fae o hadas menores, deben pagar un Diezmo, el cual depende de sus ingresos y estatus. Es la forma en que mantenemos el funcionamiento del estado, como pagamos por cosas como los centinelas, la comida y los sirvientes. A cambio de eso, Tamlin los protege, gobierna y ayuda cuando puede. Es un dar y recibir. Este año, retrasó el Diezmo un mes —sólo para concederles ese tiempo extra para que juntaran los fondos, para festejar. Pero muy pronto, los emisarios de cada caterva, aldea, o clan

estarán llegando para pagar sus Diezmos. Como la esposa de Tamlin, se espera que te sientes junto a él mientras reparte juicio. Se puede poner feo. Yo estaré haciendo el seguimiento de quién se presenta y quien no, de quién no paga. Y luego, si no consiguen pagar su Diezmo dentro de los tres días de gracia que les ofreceré oficialmente, se espera que se les de caza. Las Sumas Sacerdotisas –Ilanthe– le otorgan derechos sagrados de caza para ello.

Horrible —brutal. Quería decirlo, pero la mirada que Lucien me estaba dando... había tenido suficiente de gente juzgándome.

—Por lo que debes darle tiempo, Feyre —dijo Lucien—. Deja que pase la boda, el Diezmo del mes que viene, y entonces... entonces podemos mirar lo demás.

—Le he dado tiempo —dije—. No puedo quedarme en la casa para siempre.

—Él lo sabe... no lo dice, pero lo sabe. Confía en mí. Perdónalo si la masacre de su propia familia le impide ser muy... liberal con tu seguridad. Ha perdido a aquellos por los que se preocupaba demasiadas veces. To dos lo hemos hecho.

Cada palabra que salí de su boca era como combustible a la fosa de fuego lento dentro de mis entrañas.

—No quiero casarme con un Gran Señor. Sólo quiero casarme con *él*.

—No existe uno sin el otro. Es lo que es. Siempre, *siempre* intentará protegerte, te guste o no. Habla con él sobre ello, habla con él de verdad, Feyre. Lo resolveréis. —Nuestras miradas se encontraron. Un músculo se movió en la mandíbula de Lucien—. No me pidas que elija.

—Pero deliberadamente *no* me estás diciéndome cosas.

—Él es mi Gran Señor. Su palabra es *ley*. Tenemos esta oportunidad, Feyre, para reconstruir y hacer el mundo como debería ser. No comenzaré ese mundo nuevo rompiendo su confianza. Incluso si tú...

—¿Incluso si yo qué?

Su rostro se volvió pálido, y acarició con una mano la melena del color de tela de araña de su yegua.

—Fui forzado a ver como mi madre masacraba a la mujer que amaba. Mis hermanos me forzaron a mirar.

Mi corazón se apretó por él –por el dolor que lo rondaba.

—No hubo ningún hechizo mágico, ningún milagro que la trajera de regreso. No hubo Grandes Señores reunidos para revivirla. Miré, y ella murió, y *nunca* olvidaré el momento en el que escuché a su corazón dejar de latir.

Mis ojos quemaron con lágrimas.

—Tamlin consiguió lo que yo no pude —dijo Lucien suavemente, con su respiración entrecortada—. Todos escuchamos como se rompió tu cuello. Pero tú conseguiste volver. Y dudo que él llegue a olvidar ese sonido. Y hará todo cuanto esté en su poder para protegerte de un nuevo peligro, incluso si eso significa mantener secretos, incluso si eso significa regirte por reglas que no te gustan. En esto, no dará su brazo a torcer. Así que no le pidas que lo haga –todavía no.

No conseguí poner ninguna palabra en mi cabeza, en mi corazón. Darle tiempo a Tamlin, dejarlo ajustarse... era lo menos que podía hacer.

El clamor de la construcción superó el parloteo de los pájaros del bosque mucho tiempo antes de que pusiéramos un pie en la aldea: martillos sobre clavos, gente gritando órdenes, el ganado rebuznando.

Salimos del bosque para encontrarnos con una aldea medio construida: pequeños y bonitos edificios de piedra y madera, estructuras provisionales sobre los suministros y sobre el ganado... Las únicas cosas que parecían absolutamente terminadas eran el gran pozo en el centro del pueblo y lo que parecía ser una taberna.

A veces me seguía sorprendiendo la normalidad de Prythian, las similitudes absolutas entre ella y las tierras mortales. Bien podría haber estado en mi propia aldea, regresado a casa. Una aldea mucho más linda y nueva, pero el diseño, los puntos focales...eran los mismos.

Y me sentí como una forastera cuando Lucien y yo entramos cabalgando al corazón del caos y todos detuvieron su trabajo, la venta y molienda para mirarnos.

Para mirarme a mí.

Como una onda de silencio, los sonidos de la actividad murieron incluso en los confines más alejados de la aldea.

—Feyre Rompemaldiciones —susurró alguien.

Bueno, ese nombre era nuevo.

Estaba agradecida por las mangas largas de mi traje de montar, y de los guantes a juego que me había puesto antes de entrar en la frontera de la aldea.

Lucien detuvo su yegua frente a un Alto Fae masculino que parecía que estaba a cargo de la construcción de una casa al borde de la fuente del pozo.

—Vinimos a ver si se necesitabais algo de ayuda —dijo, lo suficientemente fuerte como para que todos escucharan—. Nuestros servicios son tuyos por este día.

El hombre palideció.

—Agradecimientos, mi señor, pero no se necesita ninguna. —Sus ojos me engulleron, ampliándose—. La deuda está saldada.

El sudor en mis palmas se sintió más espeso, más caliente. Mi yegua dio una coz sobre el camino de tierra rojiza.

—Por favor —dijo Lucien, inclinando su cabeza con gracia—. El esfuerzo de reconstruir también es nuestra carga. Sería nuestro honor.

El hombre sacudió la cabeza.

—La deuda está saldada.

Y fue igual en cada lugar de la aldea en que nos detuvimos: Lucien desmontando, ofreciendo ayuda, y recibiendo rechazos educados y reverentes.

A los veinte minutos, ya estábamos cabalgando de nuevo al interior del sombreado y bullicioso bosque.

—¿Él permitió que me trajeras hoy —dije con voz ronca—, para que dejara de pedir ayudar con la reconstrucción?

—No. Decidí traerte por mi cuenta. Por esa misma razón. No quieren o necesitan tu ayuda. Tu presencia es una distracción y un recordatorio de por lo que pasaron.

Di un respingo.

—Pero ellos no estuvieron Bajo la Montaña. No reconozco a ninguno de ellos.

Lucien se encogió de hombros.

—No. Amarantha tenía... campamentos para ellos. A las hadas nobles y favorecidas se les permitió habitar Bajo la Montaña. Pero si las personas de una corte no trabajaban para traer mercancías y comida, eran encerrados en campamentos dentro de una red de túneles por debajo de la Montaña. Miles de ellos, embutidos en cámaras y túneles sin luz, sin aire. Durante cincuenta años.

—Nunca nadie dijo...

—Estaba prohibido hablar sobre eso. Algunos de ellos se volvieron locos, comenzaron a alimentarse de los demás cuando Amarantha se olvidaba de ordenar a los guardias que los alimentaran. Algunos formaron bandas que merodeaban por los campos y hacían... —Frotó sus cejas con un pulgar e índice—. Hicieron cosas horribles. En este momento, están intentando recordar lo que es ser alguien normal —a cómo *vivir*.

La bilis quemó mi garganta. Pero esta boda... sí, quizás sería el comienzo de esa curación.

Pero aun así parecía que un velo sofocara mis sentidos, que ahogara el sentido, el sabor y la sensación.

—Sé que quieres ayudar —ofreció Lucien—. Lo siento.

Yo también lo sentía.

La enormidad de mi existencia ahora solo era un bostezo sin fin frente a mí.

Y dejé que me tragara completa.

Capítulo 4

Traducido por Mais // Corregido por Rin

Unos cuantos días antes que se celebrara la boda, los invitados empezaron a llegar y estuve agradecida de no ser nunca una Gran Señora, de nunca ser igual a Tamlin en responsabilidad y poder.

Una parte pequeña y olvidada de mí rugía y gritaba ante ello pero...

Cena tras cena, almuerzos, picnics y cacerías.

Fui presentada y paseada por los alrededores, y mi rostro dolía por la sonrisa plastificada ahí, día y noche. Empecé a esperar la boda, sabiendo que una vez que terminara, no tendría que ser agradable o hablar con alguien o *hacer* cualquier cosa durante una semana. Un mes. Un año.

Tamlin lo soportó todo de esa manera suya tan silenciosa y casi salvaje—y me dijo una y otra vez que las fiestas eran una manera de presentarme a su corte, de darle a su gente algo para celebrar. Me aseguró que odiaba las reuniones tanto como yo y que Lucien era el único que realmente disfrutaba de sí mismo, pero... atrapé a Tamlin sonriendo algunas veces. Y se lo merecía de verdad, se lo había ganado. Y estas personas también se lo merecían.

Así que dejé de pensar en ello, me pegué a Ianthe cuando Tamlin no estaba a mi lado, o si estaban juntos, dejaba que los dos lideraran las conversaciones mientras yo contaba las horas hasta que todos se fueran.

—Deberías irte a la cama —dijo Ianthe mientras ambas observábamos a los fiesteros que llenaban el gran salón. Hacía unos treinta minutos que la había visto en las puertas, y agradecí la excusa para poder dejar el grupo de amigos de Tamlin con los que me había quedado estancada hablando. O *no* hablando. O se quedaban mirándome o intentaban con mucho esfuerzo salir con temas comunes. Con cacería, mayormente. La conversación se estancaba normalmente después de tres minutos.

—Tengo otra hora antes de necesitar dormir —dijo. Ianthe tenía su usual túnica pálida, con la capucha puesta y la diadema de plata con su piedra azul en la cima.

Los Altos Faes varones la miraban mientras merodeaban por donde estábamos nosotras en la pared de madera cerca de las puertas principales, ya fuera por temor o lujuria o tal vez ambos, sus miradas ocasionalmente se centraban en mí. Conocía los ojos amplios que nada tenían que ver con mi vestido verde brillante o rostro bonito (apenas amable comparado con el de Ianthe). Intenté ignorarlos.

—¿Estás lista para mañana? ¿Hay algo que pueda hacer por tí? —Ianthe sorbió de su vaso de vino espumoso. De hecho, el vestido que llevaba esa noche había sido un regalo de su parte —un vestido de Corte de Primavera. Alis sencillamente se había quedado mirando mientras yo me vestía, desconcertada y en silencio, dejando que Ianthe hiciera lo que eran sus tareas normales.

—Estoy bien.

Ya había contemplado lo patética que sería si le pedía que se quedara permanentemente después de la boda. Si revelaba que temía que me dejara en esta corte, con esta gente, hasta Nynsar—una pequeña fiesta de primavera que celebraba el fin de la siembra de los campos y repartía los primeros cortes de flores de la estación. Meses y meses desde ahora. Incluso tener su vida en su propio templo se sentía muy apartado.

Dos varones que ya nos habían rondado un par de veces finalmente se llenaron de coraje para acercarse a nosotros —a ella.

Me incliné contra la pared, la madera se hundió a mi espalda, mientras flanqueaban a Ianthe. Guapos, de la forma en que muchos de ellos lo eran, protegidos con armas que los marcaba como dos Altos Faes que protegían las tierras de Tamlin. Tal vez incluso trabajaban bajo órdenes del padre de Ianthe.

—Sacerdotisa —dijo uno, haciendo una reverencia profunda.

Para entonces, ya me había acostumbrado a que la gente besara sus anillos de plata y le imploraran rezos en sus nombres, para sus familias o sus amantes. Ianthe lo tomaba todo sin que ese hermoso rostro cambiara en lo más mínimo.

—Bron —dijo hacia el de su izquierda, de cabello marrón y alto—. Y Hart —dijo hacía de su derecha, de cabello negro y con un poco más de cuerpo que su amigo. Ella dio una tímida y hermosa sonrisa ladina la cual ya sabía que significaba que ahora andaba a la caza de un acompañante para la noche.

—Par de alborotadores, no os he visto en mucho tiempo.

Se evadieron con comentarios coquetos, hasta que los dos varones comenzaron a mirar hacia mí.

—Oh —dijo Ianthe y su capucha se movió cuando se dio la vuelta—. Permitid que os presente a la Señora Feyre —Bajó sus ojos, inclinando su cabeza en un profundo asentimiento—. Salvadora de Prythian.

—Lo sabemos —dijo Hart silenciosamente, haciendo una reverencia igual que amigo hasta la cintura—. Estuvimos Bajo de la Montaña contigo.

Me las ingenié para inclinar mi cabeza un poco mientras ellos se enderezaban.

—Enhorabuena por lo de mañana —dijo Bron, sonriendo—. Un final apropiado, ¿eh?

Un final apropiado hubiese sido yo en una tumba, quemándome en el infierno.

—El Caldero —dijo Ianthe—, nos ha bendecido a todos con tal unión.

Los varones murmuraron en acuerdo, haciendo una reverencia de nuevo. Lo ignoré.

—He de decir —continuó Bron—, ¿la prueba con el Middengard Wyrms? Brillante. Una de las cosas más brillantes que jamás he visto.

Fue un esfuerzo no empotrarme contra la pared, no pensar en el hedor de ese lodo, el crujir de esos dientes trituradores que se inclinaban hacia mí.

—Gracias.

—Oh, eso suena horrible —dijo Ianthe, acercándose mientras notaba que ya no estaba usando esa sonrisa amable. Colocó una mano en mi brazo—. Tal valentía es impresionante.

Estuve agradecida, tan patéticamente agradecida, por el toque tranquilizador. Por el apretón. Supe entonces que ella había inspirado multitudes de jóvenes mujeres Fae a unirse a su orden—no para alabar a su Madre y al Caldero, sino para aprender cómo *vivía*, cómo podía brillar tanto y amarse a sí misma, moverse de hombre a hombre como si fueran platos en un banquete.

—Nos perdimos la cacería del otro día —dijo Hart, casualmente—, así que no hemos tenido la oportunidad de ver tu talento de cerca, pero creo que el Gran Señor nos asignará posiciones cercanas al estado el próximo mes —sería un honor viajar contigo.

Tamlin no me permitiría salir con ellos ni en un millón de años. Y yo no tenía deseos de decirles que no tenía interés en usar jamás un arco y una flecha de nuevo, o cazar cualquier cosa. La cacería a la que me habían arrastrado hacía dos días atrás casi había sido demasiado. Incluso con todos observando, no había agarrado una flecha.

Ellos seguían esperando una respuesta así que dije —: El honor sería mío.

—¿Mi padre os ha asignado deberes para mañana, o atenderán la ceremonia? —dijo Ianthe, colocando una mano distractora en el brazo de Bron. Precisamente el motivo por el que la buscaba en los eventos.

Bron le respondió, pero los ojos de Hart permanecieron sobre mí —en mis brazos cruzados. En mis dedos tatuados.

Él dijo—: ¿Has oído algo del Gran Señor?

Ianthe se puso rígida, y Bron inmediatamente dirigió su mirada hacia mi carne tatuada.

—No —dije, manteniéndole la mirada a Hart.

—Lo más probable es que haya huido asustado ahora que Tamlin ha recuperado sus poderes.

—Entonces no conoces a Rhysand nada bien.

Hart parpadeó, e incluso Ianthe se mantuvo en silencio. Probablemente era la cosa más asertiva que había dicho a cualquiera durante estas fiestas.

—Bueno, nos encargaremos de él si es necesario —dijo Hart, moviéndose en su sitio mientras yo continuaba manteniendo su mirada, sin preocuparme en suavizar mi expresión.

Ianthe le dijo a él, a mí—: Las Sumas Sacerdotisas se están encargando de eso. No permitiremos que nuestra salvadora salga herida.

Cambié mi rostro a neutralidad. ¿Era ese el motivo inicial por el que Tamlin había buscado a Ianthe? ¿Para hacer una alianza? Mi pecho se apretó un poco. Me giré hacia ella.

—Voy arriba. Dile a Tamlin que lo veo mañana.

Mañana, porque esta noche, Ianthe me había dicho, estaríamos separados. Como dictaban sus antiguas tradiciones.

Ianthe besó mi mejilla, su capucha me escondió del salón durante un segundo.

—Estoy a tu disposición, Señora. Búscame si necesitas algo.

No lo haría, pero asentí.

Mientras salía del salón, di un vistazo hacia adelante —hacia donde Tamlin y Lucien estaban rodeados por un círculo de Altos Faes, varones y hembras. Tal vez no tan refinados como otros, pero... tenían esa mirada que tienen las personas que han estado juntas por mucho tiempo, que han luchado una junto a la otra. Los amigos de Tamlin. Me los había presentado e inmediatamente había olvidado sus nombres. No había intentado aprenderlos de nuevo.

Tamlin inclinó su cabeza hacia atrás y rió, los otros bramaron junto con él.

Me fui antes que pudiese verme, me abrí paso a través de los pasillos llenos de personas hasta que estuve en las escaleras oscuras y vacías del ala residencial.

A solas en mi habitación, me di cuenta que no podía recordar la última vez que había reído de verdad.

+++

El techo descendía, los grandes y mellados clavos estaban tan calientes que podía ver como se rizaba el calor incluso desde mi posición encadenada en el suelo. Encadenada, porque era una analfabeta y no podía leer el acertijo que estaba escrito en la pared y Amarantha se alegraba con la idea de dejarme ser atravesada.

Cada vez estaba más cerca. Nadie vendría a salvarme de esta horrible muerte.

Dolería. Dolería y sería lento, y lloraría—incluso tendría tiempo de llorar por mi madre, quién nunca se había preocupado por mí. Podría rogarle que me salvara...

+++

Mis extremidades se movieron con fuerza cuando me erguí de golpe sobre la cama, tirando de las cadenas invisibles.

Habría corrido hacia el baño si mis brazos y piernas no estuvieran temblando tan fuerte o si fuera capaz de respirar, respirar, *respirar...*

Temblando, observé la habitación. Era real, esto era real. Los horrores, eso eran pesadillas. Yo había salido; estaba viva, estaba a salvo.

Una briza nocturna entró por las ventanas abiertas, agitando mi cabello, secando mi sudor frío. Sentía atracción por el cielo oscuro, por las estrellas tan sombrías y pequeñas, como motas de hielo.

Bron había dado a entender que, observar mi encuentro con el Middengard Wyrn, había sido una competencia deportiva. Como si yo no hubiese estado a un error de distancia de ser devorada completamente y que escupiera mis huesos.

Salvadora y bufona, según parecía.

Caminé tambaleante hacia la ventana que estaba abierta y la abrí un poco más, adaptando mi vista a la oscuridad llena de estrellas.

Recosté mi cabeza contra la pared, saboreando el frío de las piedras.

En unas cuantas horas, estaría casada. Tendría mi final feliz, lo mereciera o no. Pero esta tierra, esta gente, *ellos* también tendrían su final feliz. Los primeros pasos hacia la curación. Hacia la paz. Y luego las cosas estarían bien.

Luego, yo estaría bien.

+++

De verdad, de verdad que odiaba mi vestido de boda.

Era una monstruosidad de tul y gasa y de telaraña, tan diferente de los vestidos sueltos que usualmente usaba: el cuerpo era de encajado, el escote curvado para hacer resaltar mis pechos, y las faldas...Las faldas eran una carpa brillante, prácticamente flotaba en el suave aire de primavera.

No había duda de por qué Tamlin se había reído. Incluso Alis, mientras me vestía, había murmurado para sí misma, pero no dijo nada. Más que nada porque Ianthe había elegido personalmente el vestido para complementarlo con la tela que había tejido hoy, la leyenda que había proclamado al mundo.

Podría haber lidiado con ello si no fuera por las mangas hinchadas y tapadas, tan grandes que casi podía verlas centellando por el periférico de mi visión. Mi cabello había sido rizado, la mitad hacia arriba, la mitad hacia abajo, entrelazado con perlas y joyas y el Caldero sabía qué más, y había tomado todo mi auto control evitar repugnarme frente al espejo antes de descender las majestuosas escaleras hacia el salón principal. Mi vestido siseó y giró con cada paso.

Más allá de las puertas cerradas del patio donde me detuve, el jardín había sido adornado con lazos y faroles con sombras de color crema, rosa y celeste. Trescientas sillas estaban organizadas en el jardín más grande, cada asiento ocupado por la corte de Tamlin. Hice mi camino por el pasillo principal, soportando sus miradas, antes de alcanzar el estrado al final, donde Tamlin estaría esperando.

Luego Ianthe consagraría y bendeciría nuestra unión justo antes que se ocultara el sol, como representante de *todas* las doce Suma Sacerdotisas. Ella había adivinado que presionarían para estar presentes, pero a través de cualquier astucia, había logrado mantener alejadas a las otras once. Ya sea para aclamar la atención hacia sí misma o para ahorrarme de ser perseguida por ellas. No podía saberlo. Tal vez ambos.

Mi boca se secó mientras Alis suavizaba la cola brillante de mi vestido en la sombra de las puertas del jardín. La seda y la gasa crujían y suspiraban, y apreté el bouquet pálido en mis manos enguantadas, casi chasqueando los tallos.

Guantes de seda hasta los codos que escondían las marcas. Ianthe los había enviado esa mañana en una caja forrada de terciopelo.

—No estés nerviosa —cloqueó Alis, su piel de corteza de árbol rica y enrojecida en la luz dorada de la tarde.

—No lo estoy —raspé.

—Estás tan inquieta como lo está sobrino menor cuando le cortan el pelo.
—Terminó suavizando mi vestido, alejando a unos sirvientes que habían venido a espiarme antes de la ceremonia. Pretendí no verlos ni tampoco a la multitud brillante por la puesta del sol, sentados en el jardín de más allá, y jugué con mi invisible fleco de tierra en mis faldas.

—Te ves hermosa —dijo Alis silenciosamente. Estaba casi segura que sus pensamientos sobre el vestido eran los mismos que los míos, pero le creí.

—Gracias.

—Y sueñas como si fueras a un funeral.

Plastifiqué una sonrisa en mi rostro. Alis rodó sus ojos. Pero me empujó hacia las puertas mientras se abrían contra un viento inmortal, una música melodiosa estaba sonando.

—Terminará más rápido que un parpadeo —prometió y gentilmente me empujó hacia el final de la puesta del sol.

Trescientas personas se alzaron de pie y giraron hacia mí.

Desde mi última prueba, no se había juntado tanta gente para observarme, para juzgarme. Todos vestidos de gala tan similar a lo que habían utilizado Bajo de la Montaña. Sus rostros estaban borrosos, se mezclaban.

Alis tosió desde las sombras de la casa y recordé empezar a caminar, mirar hacia el estrado...

Hacia Tamlin.

Me costaba respirar y era un esfuerzo seguir bajando las escaleras, evitar que me temblaran las piernas. Él estaba resplandeciente en una túnica verde y dorada, una corona de hojas de laurel pulidas, brillando en su cabeza. Había dejado de usar su glamour, permitiendo que la luz inmortal y la belleza brillaran en toda su gloria, solo para mí.

Mi visión se entrecerró hacia él, en mi Gran Señor, a sus ojos amplios brillantes mientras yo caminaba sobre el suave jardín, con pétalos de rosas blancas esparcidas...

Y rojas.

Como gotas de sangre sobre los pétalos blancos, los de color rojo habían sido esparcidos sobre el camino de más adelante.

Forcé mi mirada a levantarse, de elevarla hacia Tamlin, hacia sus hombros echados hacia atrás, hacia su cabeza en alto.

Tan inconsciente de lo verdaderamente rota y oscura que estaba por dentro. Lo impropia que era al estar vestida de blanco cuando mis manos estaban tan sucias.

Y todos los demás lo estaban pensando. Debían de hacerlo.

Cada paso era muy rápido, me llevaba hacia el estrado y hacia Tamlin. Y hacia Ianthe, vestida con túnica azul oscura esta noche, mirándome desde debajo de esa capucha y corona de plata.

Como si yo fuera buena, como si no hubiera matado a dos de su especie.

Era una asesina y una mentirosa.

Un conjunto de pétalos rojos se cernían más allá, justo como la sangre del joven Fae que se había acumulado en mis pies.

A diez pasos del estrado, en la esquina de esa piscina roja, reduje la velocidad.

Luego me detuve.

Todos estaban observando, exactamente como lo habían hecho cuando casi muero, espectadores de mi tormento.

Tamlin extendió una mano, sus cejas estaban ligeramente fruncidas. Mi corazón latía tan deprisa, tan rápido.

Iba a vomitar.

Justo encima de los pétalos de rosa; justo sobre el jardín y los lazos que iban hacia las sillas que lo flaqueaban.

Y algo vibró por entre mi piel y mis huesos, se alzó y empujó, moviéndose con fuerza a través de mi sangre...

Tantos ojos, habían tantos ojos sobre mí, víctimas de cada crimen que había cometido, de cada humillación...

No sé por qué me había molestado en usar guantes, por qué había dejado que Ianthe me convenciera.

El sol desvaneciéndose estaba muy caliente, el jardín muy cercado. Imposible de escapar como la promesa que estaba a punto de hacer, que me enlazaría con él para siempre, encadenándolo a mi alma rota y fatigada. La cosa dentro de mí ahora estaba merodeando nerviosa, mi cuerpo temblaba cada vez con más fuerza mientras buscaba una salida...

Para siempre—nunca me pondría mejor, nunca sería libre de mí misma, de ese calabozo donde había pasado tres meses...

—Feyre —dijo Tamlin, sus manos eran estables aún estiradas esperando las mías. El sol se hundió más allá del borde de la pared del jardín oeste; las sombras aparecieron, enfriando el ambiente.

Si me iba de allí, empezarían las habladurías, pero no conseguía dar los últimos pocos pasos, no podía, no podía, no podía...

Iba a romperme, justo ahí, justo en ese momento, y ellos verían cuan arruinaba estaba realmente.

Ayúdame, ayúdame, ayúdame, le rogaba a alguien, a cualquiera. Le rogaba a Lucien, de pie en la primera fila, sus ojos de metal estaban sobre mí. Le rogaba a Ianthe, a su rostro sereno y paciente y amoroso bajo esa capucha. *Sálvame, por favor, sálvame. Sácame de aquí. Termina esto.*

Tamlin tomó un paso hacia mí, la preocupación ensombrecía sus ojos.

Yo di un paso hacia atrás. No.

La boca de Tamlin se apretó. La multitud murmuró. Serpentinatas hechas de seda cargadas con globos de luces centellaban encima y alrededor nuestro.

Ianthe dijo suavemente:

—Acércate, Novia, y reúnete con tu verdadero amor. Acércate, Novia, y deja que el bien triunfe finalmente.

Bien. Yo no era buena. Era *nada*, y mi alma, mi alma eterna, estaba maldecida...

Intenté que mis pulmones traidores soltaran aire para así poder decir la palabra; *No...no*.

Pero no tuve que decirla.

Una tormenta se desató detrás de mí, sonando como si dos rocas hubieran chocado entre sí.

La multitud gritó echándose hacia atrás, unos cuantos se desvanecieron completamente mientras la oscuridad se abría paso.

Me di la vuelta, y a través de la noche que se iba a la deriva como humo al viento, encontré a Rhysand enderezando las solapas de su chaqueta negra.

—Saludos, querida Feyre —ronroneó.

Capítulo 5

Traducido SOS por Idrys & Guidaí // Corregido por Rin

No debería haber estado sorprendida. No cuando a Rhysand le gustaba hacer un espectáculo de todo. Y encontraba el agobiar a Tamlin como una forma de arte.

Pero allí estaba él.

Rhysand, Gran Señor de la Corte Oscura, ahora se encontraba junto a mí, y la oscuridad se filtraba de él como la tinta en el agua.

Él inclinó la cabeza, su pelo negro azulado cambiando con el movimiento. Esos ojos violeta brillaron a la luz fae dorada mientras se fijaban en Tamlin, mientras alzaba una mano hacia el lugar donde Tamlin y Lucien y sus centinelas tenían sus espadas medio sacadas, evaluando como salirme del camino, la forma de derribarle...

Pero cuando elevó la mano, ellos se congelaron.

Ianthe, sin embargo, estaba retrocediendo lentamente, su cara estaba drenada de todo color.

—¡Qué boda más encantadora! —dijo Rhysand, metiéndose las manos en los bolsillos mientras todas las espadas se mantenían mentidas dentro en sus vainas. La multitud restante retrocedió de nuevo, algunos saltaron por encima de los asientos para escapar de allí.

Rhys me examinó lentamente, y chasqueó la lengua ante mis guantes de seda. Lo que fuera que se había estado construyendo debajo de mi piel se quedó inmóvil y frío.

—Lárgate de aquí —gruñó Tamlin, acechándonos. Las garras se habían abierto paso en sus nudillos.

Rhys chasqueó la lengua de nuevo.

—Oh, yo creo que no. No cuando vengo a cobrar mi trato con mí querida Feyre.

Mi estómago se vació. No...no, no ahora.

—Intenta romper el trato, y sabes lo que pasará —continuó Rhys, riéndose un poco de la multitud que seguía cayendo una sobre otra solo para alejarse de él. Hizo un gesto con la barbilla hacia mí—. Te he dado tres meses de libertad. Al menos podrías parecer feliz de verme.

Yo estaba temblando tanto que no pude decir nada. Los ojos de Rhys parpadearon con desagrado.

La expresión se había ido cuando se enfrentó a Tamlin nuevo.

—Me la llevo ahora.

—No te atrevas —gruñó Tamlin. Detrás de él, la tarima se hallaba vacía; Ianthe había desaparecido por completo. Junto con la mayoría de los asistentes.

—¿He interrumpido algo? Pensé que había terminado. —Rhys me dio una sonrisa llena a más no poder de veneno. Lo sabía, a través de ese enlace, a través de cualquier magia que había entre nosotros, había sabido que estaba a punto de decir que no—. Al menos, Feyre parecía pensar que eso.

Tamlin gruñó—: Deja que terminemos la ceremonia...

—Tu Suma Sacerdotisa —dijo Rhys—, parece que también piensa que se ha terminado.

Tamlin se tensó cuando al mirar por encima de su hombro se encontró el altar vacío. Cuando nos volvió a enfrentar, las garras habían vuelto a entrar hasta la mitad dentro de manos.

—Rhysand...

—No estoy de humor para negociar —dijo Rhys—, aunque incluso crea que podría usarlo en mi favor —Me sacudí ante la caricia de su mano en mi codo—. Vámonos.

No me moví.

—Tamlin —exhalé.

Tamlin dio un paso hacia mí, con el rostro dorado volviéndose cetrino, pero siguió centrado en Rhys.

—Di tu precio.

—No te molestes —canturreó Rhys, enlazando sus codos conmigo. Cada punto de contacto era aberrante, insoportable.

Me llevaría de vuelta a la Corte Oscura, el lugar que Amarantha supuestamente había modelado Bajo la Montaña después, lleno de depravación, de tortura y de muerte...

—Tamlin, por favor.

—Qué dramática —dijo Rhysand, acercándose más de un empujón.

Pero Tamlin no se movió, y esas garras fueron sustituidas por completo con lisa piel. Fijó su mirada en Rhys, haciendo una mueca con sus labios.

—Si le haces daño...

—Lo sé, lo sé —Rhysand arrastró las palabras—. La traeré de regreso en una semana.

No...no, Tamlin no podía hacer este tipo de tratos, no cuando significaban que me dejaría ir. Incluso Lucien miraba boquiabierto a Tamlin, su cara blanca por la furia y el shock.

Rhys soltó mi codo sólo para deslizar una mano alrededor de mi cintura, presionándome contra su costado mientras me susurraba al oído—: Agárrate.

Entonces la oscuridad rugió, un viento me llevó de un lado a otro, el suelo desapareció de debajo de mí, el mundo desapareció a mí alrededor. Sólo quedaba Rhys, y yo le odié por tener que aferrarme a él, lo odié con todo mi corazón...

Entonces, la oscuridad desapareció.

Primero olí el jazmín y después vi las estrellas. Un mar de estrellas parpadeantes más allá de los pilares de piedra de luna brillantes que enmarcaban la vista panorámica de las montañas cubiertas de nieve sin fin.

—Bienvenida a la Corte Oscura —fue todo cuanto dijo Rhys.

+++

Era el lugar más hermoso que jamás había visto.

Cualquiera que fuera el edificio en el que nos encontrábamos, estaba en lo alto de una de las montañas de piedra gris. El pasillo que nos rodeaba estaba abierto a los elementos, no había ventanas, solo unas imponentes columnas y cortinas de gasa, balanceándose en la brisa con olor a jazmín.

Tenía que haber un poco de magia que mantuviera caliente el aire a finales de aquel invierno. Por no hablar de la altitud, la nieve o el revestimiento de las montañas, los vientos fuertes que hacían mover los velos a la deriva en una errante niebla.

Había poco espacio para sentarse, comedores, áreas de trabajo esparcidas por el pasillo, dividido en partes con esas cortinas o plantas exuberantes, alfombras gruesas esparcidas por el suelo de piedra lunar. Unas bolas de luz se agitaban en la brisa, junto con faroles de vidrio de colores que colgaban de los arcos del techo.

Ni un grito, ni un chillido, ni una súplica para ser escuchada.

Detrás de mí, se alzaba una pared de mármol blanco, interrumpida ocasionalmente por las puertas abiertas que conducían a tenues escaleras. El resto de la Corte Oscura tenía que estar por ahí. No era de extrañar que no pudiera oír a nadie gritando, si estaban todos dentro.

—Esta es mi residencia privada —dijo Rhys casualmente. Su piel era más oscura de lo que recordaba, dorada ahora, en lugar de pálida.

Pálida, por estar encerrado Bajo la Montaña durante cincuenta años. Lo examiné, en busca de cualquier signo de sus masivas alas membranosas con las que había admitido que amaba volar. Pero no había ninguna. Sólo el hombre, sonriéndome.

Y esa expresión demasiado familiar.

— ¿Cómo te *atreves*...?

Rhys resopló.

—Desde luego he echado de menos *esa* mirada en tu cara. —Se acercó un poco más caminando, sus movimientos eran felinos, esos ojos violetas se tornaron letales—. De nada, por cierto.

—¿Por *qué*?

Rhys se detuvo a menos de un paso de distancia metiendo sus manos dentro de sus bolsillos. La noche no parecía escaparse de él aquí, y se veía, a pesar de su perfección, casi normal.

—Por salvarte cuando lo pediste.

Me puse rígida.

—Yo no pedí nada.

Su mirada cayó a mi mano izquierda.

Rhys no dio ninguna advertencia antes de agarrarme del brazo, gruñir en voz baja, y me quitarme el guante. Su tacto era como una marca, y di un respingo, dando un paso atrás, pero él se mantuvo firme hasta que hubo conseguido quitarme ambos guantes.

—Te escuché rogándole a alguien, a *cualquiera*, que te rescatara de allí, que te ayudase a salir. Te escuché decir *no*.

—No dije nada.

Le dio la vuelta otra vez a mi mano desnuda, apretando su agarre mientras examinaba el ojo que había tatuado. Dio toque con el dedo sobre la pupila. Una vez. Dos veces.

—Te oí alto y claro.

Le arrebaté mi brazo.

—Llévame de vuelta. *Ahora*. No quiero ser raptada.

Se encogió de hombros.

—¿Qué mejor momento para traerte aquí? Tal vez Tamlin no se haya dado cuenta de que estabas a punto de rechazarlo frente a toda su corte, tal vez ahora puedas echarme la culpa a mí.

—Eres un bastardo. Dejaste bastante claro que yo tenía...reservas.

—Tan agradecida, como siempre.

Luché para tomar una sola respiración profunda.

—¿Qué quieres de mí?

—¿*Querer*? En primer lugar, quiero que me des las gracias. Después, quiero que te quites ese espantoso vestido. Te ves... —Su boca se torció en una línea cruel—. Te ves exactamente a que la joven de ojos saltones que él y la tonta sacerdotisa quieren que seas.

—No sabes nada de mí. O de nosotros.

Rhys me dio una sonrisa de complicidad.

—¿Y Tamlin sí? ¿Alguna vez te ha preguntado por qué vomitas todas las noches, o por qué no puedes entrar en algunas habitaciones o ver ciertos colores?

Me quedé helada. Él bien podría haberme desnudado.

—¡Sal de mi cabeza!

Tamlin tenía horrores propios que soportar, que enfrentar.

—Lo mismo digo. —Se alejó unos pasos—. ¿Crees que me gusta que me despierten cada noche con visiones tuyas vomitando? Envías todo por el vínculo, y no me gusta tener un asiento de primera fila cuando estoy intentando dormir.

—Idiota.

Otra risa. Pero no iba a preguntar sobre lo que quería decir, sobre el vínculo entre nosotros. No le daría la satisfacción de parecer curiosa.

—En cuanto a lo demás que quiero de ti... —Hizo un gesto hacia la casa detrás de nosotros—. Te lo diré mañana en el desayuno. Por ahora, date un baño. Descansa. —Esa rabia brilló en sus ojos de nuevo mirando el vestido, el cabello—. Toma las escaleras a la derecha, un piso abajo. Tu habitación es la primera puerta.

—¿No es un calabozo? —Tal vez era tonta por revelar el miedo, por sugerírselo.

Pero Rhys se dio media vuelta, elevando las cejas.

—No eres una prisionera, Feyre. Has hecho un trato, y yo lo estoy cumpliendo. Aquí serás mi huésped, con los privilegios de un miembro de mi

familia. Ninguno de mis súbditos te va a tocar, o te hará daño, o te pondrá enferma aquí.

Mi lengua estaba seca y pesada cuando dije:

— ¿Y dónde podrían estar esos súbditos?

—Algunos habitan aquí en la montaña debajo de nosotros. —Él inclinó la cabeza—. Tienen prohibido poner un pie en esta residencia. Ellos saben que estarían firmando su sentencia de muerte. —Sus ojos se encontraron con los míos, crudos y claros, como si pudiera sentir el pánico y las sombras que se arrastraban—. Amarantha no era muy creativa —dijo con ira tranquila—. Las personas que hay aquí abajo, bajo esta montaña, mi corte, ha sido temida durante mucho tiempo, y ella eligió para replicarla la intromisión en el espacio de la montaña sagrada de Prythian. Así que, sí: hay una corte por debajo de esta montaña, la Corte a la que tu Tamlin ahora espera que yo te someta. La presido de vez en cuando, pero en su mayoría se rige sola.

—Cuando... ¿cuándo me vas a llevar ahí? —Si tuviera que pasar a la clandestinidad, tener que ver ese tipo de horrores de nuevo... Pediría, le *rogaría* que no me llevara. No me importaba lo patética que parecería. Había perdido cualquier tipo de reparo en qué líneas cruzaría para sobrevivir.

—No voy a llevarte allí. —Rodó los hombros—. Esta es mi casa, y la corte debajo de ella... es asunto mío, como vosotros los mortales decís. No me gusta que ambas se superpongan muy a menudo.

Mis cejas se elevaron ligeramente.

—¿Nosotros los mortales?

La luz de las estrellas bailaron sobre los planos de su rostro.

—¿Debo considerarte algo diferente?

Un reto. Empujé mi irritación ante la diversión que de nuevo tiraba de las comisuras de sus labios, y en su lugar dije:

— ¿Y los otros habitantes de tu corte? —El territorio de la Corte Oscura era enorme, más grande que cualquier otra en Prythian. Y alrededor de nosotros se encontraban esas montañas, menudas y marchitas de nieve. No había señales de pueblos, ciudades, o cualquier otra cosa.

—Repartidos por todos lados, viviendo como lo desean. Al igual que *tú*, eres libre de vagar por donde quieras.

—Quiero ir a casa.

Rhys se rió, mientras caminaba hacia el otro extremo de la sala, la cual terminaba en un porche abierto a las estrellas.

—Estoy dispuesto a aceptar tus gracias en cualquier momento que gustes —dijo sin mirar hacia atrás.

El rojo explotó delante de mi visión, y no podía respirar lo suficientemente rápido, no podía pensar por encima del rugido en mi cabeza. En un segundo, estaba mirando detrás de él, y al siguiente, tenía mi zapato en una mano.

Se lo lancé con todas mis fuerzas.

Con toda mi considerable fuerza inmortal.

Apenas conseguí ver mi zapatilla de seda mientras esta volaba por el aire, rápida como una estrella fugaz, tan rápida que incluso un Gran Señor no podría detectarla mientras se acercaba...

Y le golpeó en la cabeza.

Rhys se volvió, alzando una mano hacia la parte de atrás de su cabeza, con los ojos muy abiertos.

Yo ya tenía el otro zapato en la mano.

Los labios de Rhys se retiraron de sus dientes.

—*Atrévete* —Que temperamento..., debía de estar en un cierto estado de ánimo hoy para dejar que su sentido del humor se mostrara tanto.

Bueno. Ya éramos dos.

Arrojé mi otro zapato directamente en su cabeza, tan rápido y duro como el primero.

Su mano lo agarró rápidamente, cogiendo el zapato a meros centímetros su cara.

Rhys siseó con rabia y bajó el zapato, sus ojos se encontraron con los míos mientras la seda se disolvía en polvo brillante negro en el interior de su puño. Sus

dedos se desplegaron y la última de las cenizas espumosas se fue con el viento, y examinó mi mano, mi cuerpo, mi cara.

—Interesante —murmuró, y continuó su camino.

Me debatí entre placarlo o golpearle esa cara con los puños, pero no era estúpida. Estaba en su casa, en la cima de una montaña en medio de ninguna parte, según parecía. Nadie vendría a rescatarme, no había nadie aquí que fuera testigo de mis gritos.

Así que me volví hacia la puerta que había indicado, en dirección a la escalera tenue de más allá.

Casi había llegado a ella, sin atreverme a respirar demasiado fuerte, cuando una brillante voz femenina, dijo de forma divertida a lo lejos detrás de mí, en algún punto donde sea el lugar al que había ido Rhys en extremo opuesto de la sala:

—Bueno, *eso* ha ido bien.

El furioso gruñido de Rhys como respuesta fue suficiente para que me diera prisa.

Mi habitación era... un sueño.

Después de registrarla en busca de cualquier signo de peligro, después de que memorizara cada salida y escondite, me detuve en el centro para contemplar dónde, exactamente, me quedaría durante la siguiente semana.

Al igual que el salón del piso superior, sus ventanas estaban abiertas al brutal mundo de más allá, sin cristales ni contraventanas, y sus cortinas transparentes amatista se movían suavemente con esa suave brisa antinatural. La gran cama era una cremosa mezcla de blanco y marfil, con almohadas, sábanas y cubrecamas para días, más atrayente aún gracias a las doradas lámparas gemelas a sus lados. Un armario y un tocador ocupaban una pared, enmarcados por esas ventanas sin vidrios. Atravesando la habitación, detrás de una arqueada puerta de madera, había una cámara con un fregadero y un retrete de porcelana, pero la bañera...

Que bañera.

Ocupando la otra mitad de la habitación, mi bañera era en realidad una piscina que linda justo en el borde de la propia montaña. Una piscina para remojarme o disfrutar. Su orilla infinita parecía desaparecer en la nada, con el agua fluyendo silenciosamente hacia el borde y a la noche interminable.

Una repisa angosta adyacente contra la pared tenía sobre ella unas velas gordas alineadas que se consumían lentamente, cuyo brillo hacia que luciera dorada la oscura superficie de cristal y despedía zarcillos de humo.

Abierta, aireada, lujosa y... calmada.

Esta habitación estaba a la altura de una emperatriz. Con sus suelos de mármol, sedas, terciopelos y demás elegantes detalles, sólo una emperatriz podría habérsela permitido. Traté de no pensar en cómo sería la habitación de Rhys, si así era como trataba a sus invitados.

Invitada, no prisionera.

Bueno, la habitación lo probaba.

No me molesté en hacer una barricada en la puerta. Rhys podría entrar volando si se sentía con ganas. Además, lo había visto romper la mente de un hada sin pestañear. Dudaba que un poco de madera pudiera mantener fuera ese horrible poder.

Inspeccioné la habitación otra vez, con mi vestido de boda susurrando contra el cálido piso de mármol.

Miré hacia abajo detenidamente.

Luces ridícula.

El calor inundó mi cuello y mejillas.

No excusaba lo que él había hecho. Incluso si me había... salvado —me atraganté con la palabra —de tener que rechazar a Tamlin. De tener que dar explicaciones.

Poco a poco, empecé a quitarme los pasadores y adornos en mi rizado cabello, dejándolos sobre el tocador. El verlos fue suficiente para hacerme apretar los dientes, así que los arrojé a un cajón vacío en su lugar, cerrándolo de un golpe tan fuerte que el espejo sobre la mesa se sacudió. Acaricié mi cuero cabelludo, adolorido por el peso de los rizos y los punzantes pasadores. Esta tarde, me había

imaginado a Tamlin sacándolos uno a uno de mi cabello, un beso por cada pasador, pero ahora...

Tragué contra el ardor en mi garganta.

Rhys era la menor de mis preocupaciones. Tamlin había visto la duda ¿Pero había entendido que estaba a punto de decir que no? ¿lo había entendido Ianthé? Tenía que decirle. Tenía que explicarle que no podía haber una boda, no durante un tiempo. Quizás, esperaría hasta que el vínculo de pareja se acomodara en su lugar, hasta estar segura de que no había algún error, de que... De que yo lo merecía.

Quizás hasta que él también, se enfrentara a las pesadillas que lo perseguían. Hasta que él relajara un poco su agarre mortal a las cosas. A mí. Incluso si yo entendía su necesidad de protegerme, ese miedo a perderme...

Quizás debería explicarle todo cuando regresara.

Pero, tanta gente lo había visto, me había visto dudar.

Mi labio inferior tembló y comencé a desabotonar mi vestido, luego lo retiré de mis hombros.

Lo dejé deslizarse al suelo con un susurro de seda, tul y adornos, un soufflé desinflado en el suelo de mármol, y di un paso largo para salir de él. Incluso mi ropa interior era ridícula: espumosos trozos de encaje, destinados exclusivamente a ser admirados por Tamlin, y luego a ser arrancados en jirones.

Agarré el vestido, dirigiéndome al armario y lo tiré dentro también.

Mi tatuaje se veía austero contra el montón de seda blanca y encaje. Mi respiración se aceleró. No noté que estaba llorando hasta que agarré el primer pedazo de tela que pude encontrar dentro del armario — un conjunto de ropa de noche turquesa— y puse mis pies dentro de un pantalón largos hasta los tobillos, luego pasé la blusa de manga corta sobre mi cabeza, su dobladillo me llegaba hasta el ombligo. No me importó que debieran ser alguna moda de la Corte Oscura, no me importó que fueran suaves y cálidas.

Trepé a esa gran cama mullida con sábanas suaves y acogedoras, y apenas pude dar un soplo lo suficientemente fuerte como para apagar las lámparas de ambos lados.

Pero tan pronto como la oscuridad envolvió la habitación, los sollozos llegaron, fuertes, estremecedores, sacudiéndome y fluyendo al exterior por las ventanas abiertas, a la estrellada noche besada por la nieve.

+++

Rhys no había mentido cuando dijo que me uniría a él para desayunar.

Mis antiguas doncellas de Bajo la Montaña aparecieron en la puerta justo después del amanecer, y quizás no hubiera reconocido a las lindas y morenas gemelas si no hubieran actuado como si me conocieran. Nunca las había visto como nada más que sombras, con sus rostros siempre ocultos en la noche impenetrable. Pero aquí, o quizás sin Amaranta, eran totalmente corpóreas.

Nuala y Cerridwen eran sus nombres, y me pregunté si alguna vez me los habían dicho. Si había estado tan perdida Bajo la Montaña como para interesarme.

Su gentil golpe a la puerta me despertó, tampoco dormí demasiado durante la noche. Por un latido de corazón, me pregunté por qué mi cama se sentía tan suave, por qué se veían montañas a la distancia y no pastos de primavera y colinas... Y entonces todo volvió. Junto con un palpitante e incesante dolor de cabeza.

Luego de un segundo golpe paciente, seguido por una apagada explicación a través de la puerta de quienes eran, bajé con dificultad de la cama para dejarlas pasar. Luego de un miserablemente incómodo saludo, me informaron que el desayuno sería servido en treinta minutos, y que debía bañarme y vestirme.

No me molesté en preguntar si Rhys estaba detrás de esa última orden, o si era su recomendación basada en cuán fatal me veía, pero ellas dejaron algunas ropas sobre la cama antes de dejarme para que me bañara en privado.

Estuve tentada a quedarme en el lujurioso calor del baño por el resto del día, pero un ligero, infinitamente entretenido *tirón* se abrió paso a través de mi dolor de cabeza. Conocía ese tirón, había sido llamada por él una vez, en esas horas posteriores a la caída de Amaranta.

Me zambullí hasta el cuello en el agua, escaneando el cielo despejado de invierno, el feroz viento azotando la nieve de los pinos cercanos... Ninguna señal de

él, ningún batir de alas. Pero el tirón jalaba otra vez dentro de mi mente, en mis tripas, llamándome. Cómo la campana de un sirviente.

Maldiciéndolo en voz alta, me sequé y vestí con la ropa que me habían dejado.

Y ahora, dando zancadas a través del soleado piso de arriba mientras seguía ciegamente hacia la fuente de ese insufrible tirón, mis zapatos de seda casi totalmente silenciosos sobre el suelo de labradorita, quería arrancarme estas ropas, sólo por pertenecer a este lugar, a él.

Los pantalones melocotón de tiro alto eran sueltos e inflados, fruncidos en los tobillos con puños de terciopelo de oro brillante. Las largas mangas del top a juego eran de gasa, también fruncidas en las muñecas; el top en sí mismo colgaba hasta el ombligo, revelando un poco de piel mientras caminaba.

Siendo cómoda, era fácil de moverse con ella, de correr con ella. Femenina. Exótica. Lo suficientemente fina que, a no ser que Rhysand planeara atormentarme arrojándome a la desierta tierra de invierno que nos rodeaba, podía asumir que no traspasaría la frontera de cualquiera que fuera la magia que mantenía el palacio tan cálido.

Al menos el tatuaje, visible a través de la manga transparente, no estaría fuera de lugar aquí. Pero, las ropas todavía eran parte de esta corte.

Y sin ninguna duda parte de algún juego en que él pretendía usarme.

Al final mismo del piso, una pequeña mesa de vidrio brillaba como mercurio en el corazón mismo de una veranda de piedra, colocada con tres sillas y repleta con frutas, jugos, pasteles y embutidos. Y en una de esas sillas... Pese a que Rhys miraba hacia afuera, a la amplia vista, las nevadas montañas casi brillando bajo la luz del sol, sabía que había sentido mi presencia desde el momento en que salí del hueco de la escalera al otro lado de la sala. Quizás desde que desperté, si ese tirón podía tomarse como indicador.

Me detuve entre los dos últimos pilares, estudiando al Gran Señor holgazaneando en la mesa de desayuno y la vista que observaba.

—No soy un perro al que se le llame —dije a modo de saludo.

Lentamente, Rhys miró sobre su hombro. Esos ojos violetas se veían vibrantes a la luz, y cerré mis manos en puños mientras me observaban desde la cabeza a los pies y empezaba otra vez. Frunció el ceño hacia lo que fuere que no le agradó.

—No quería que te perdieras —dijo débilmente.

Mi cabeza palpitaba y fijé mi mirada en la tetera plateada que humeaba en el centro de la mesa. Una taza de té...

—Pensé que siempre estaría oscuro aquí —dije, sólo para no parecer tan desesperada por esa estimulante taza de té, que ayudaría tan temprano en la mañana.

—Somos una de las tres cortes solares —dijo, haciendo un ademán indicándome que me sentara con un elegante giro de muñeca—. Nuestras noches son mucho más hermosas y nuestros anocheceres y amaneceres son exquisitos, pero nos adherimos a las leyes de las naturalezas.

Me acomodé en la silla tapizada frente a él. Su túnica estaba desabotonada en el cuello, revelando un poco del bronceado pecho de debajo.

—¿Y las otras cortes no lo hacen?

—La naturaleza de las estaciones de las cortes — dijo —, está ligada a sus Grandes Señores, cuyas magias y voluntades la mantiene en una eterna primavera, invierno, otoño o verano. Siempre ha sido así, esa clase de extraño estancamiento. Pero las cortes solares —Día, Amanecer y Oscura— son de... una naturaleza más simbólica. Quizá seamos poderosos, pero ni siquiera nosotros podemos alterar el paso del sol o su intensidad ¿Té?

La luz del sol bailó por la curva de la tetera plateada. Limité un ansioso asentimiento a una restringida inclinación de barbilla.

—Pero encontrarás —siguió Rhysand, sirviendo una taza para mí—, que nuestras noches son más espectaculares, tan espectaculares que algunos en mi territorio incluso despiertan con la caída del sol y van a la cama al amanecer, sólo para vivir bajo la luz de las estrellas.

Serví un poco de leche en el té, observando la luz en la oscuridad arremolinarse juntas.

—¿Por qué está tan cálido aquí? Cuando el invierno está en pleno apogeo allí fuera.

—Magia.

—Obviamente —Bajé la cuchara de té y bebí, casi suspirando por el torrente de calor y del humeante y delicioso sabor.

—¿Pero, por qué?

Rhys escaneó el que se deslizaba por entre los pinos haciendo que se mecieran.

—Si calientas tu casa en invierno ¿Por qué no debería yo calentar este lugar también? Debo admitir que no sé por qué mis predecesores construyeron un palacio más apto la Corte de Verano, en medio de una cordillera de montañas que es su mejor momento, es medianamente cálida ¿Pero quién soy yo para cuestionar?

Tomé algunos sorbos más, el dolor había empezado a disminuir, y me atreví a poner un poco de fruta en mi plato que había en un tazón de cristal cercano.

Él observó cada movimiento. Entonces, dijo en voz baja:

—Has perdido peso.

—Tienes la tendencia de espiar mis pensamientos cada vez que te place — dije, apuñalando un pedazo de melón con mi tenedor—. No veo porqué luces tan sorprendido por ello.

Su mirada no se iluminó, pese a que una sonrisa jugó entre sus labios, sin lugar a dudas su máscara favorita.

—Sólo hago eso muy ocasionalmente, y no puedo evitarlo si *tú* envías pensamientos a través del lazo.

Consideré negarme a preguntar si lo había hecho la noche anterior, pero...

—Este *lazo* que te permite ver dentro de mi cabeza, ¿cómo funciona?

Se bebió de su propio té.

—Piensa en el lazo del contrato como un puente entre nosotros, y que en cada lado hay una puerta a nuestras respectivas mentes. Un escudo. Mi talento innato me permite colarme a través de los escudos mentales de cualquiera que yo desee, con o sin ese puente, a menos que sea alguien muy, muy poderoso, o que hubiese entrenado extensivamente para mantener esos escudos firmes. Como humana, las puertas a tu mente estaban completamente abiertas para mí. Como fae... —Se encogió de hombros—. A veces, de manera inconsciente, tienes los escudos arriba; A veces, cuando esos escudos están abiertos, es como si estuvieras

de pie en la entrada en tu mente, lanzándome tus pensamientos a través del puente. A veces los escucho; otras veces no.

Fruncí el ceño, apretando el tenedor con fuerza.

—¿Y cuán seguido te vuelas en mi mente cuando mis escudos están abiertos?

Toda diversión desapareció de su expresión.

—Cuando no puedo decir si tus pesadillas son amenazas reales o sólo tu imaginación. Cuando estás a punto de casarte y ruegas en silencio a que alguien te ayude. Sólo cuando dejas caer tus escudos mentales e inconscientemente lanzas esos pensamientos por el puente. Y para responder a tu pregunta antes de que la hagas, sí. Incluso con tus escudos arriba, podría entrar en tu mente si quisiera. Podrías entrenar, aprender a cómo protegerte de personas como yo, incluso con el puente uniendo nuestras mentes y mi propia habilidad.

Ignoré la oferta. Aceptar el hacer cualquier cosa con él se sentía demasiado permanente, una aceptación firme de nuestro acuerdo.

—¿Qué quieres conmigo? Dijiste que me lo dirías cuando estuviera aquí. Así que dime.

Rhys se recostó en su silla, doblando unos poderosos brazos que ni siquiera las elegantes ropas podían esconder.

—¿Esta semana? Quiero que aprendas a leer.

Capítulo 6

Traducido por _celaena_ // Corregido por Rincone

Rhysand se había burlado al respecto una vez —cuando estuvimos Bajo la Montaña, me había preguntado una vez si obligarme a aprender a leer sería mi idea personal de una tortura.

—No, gracias —dije agarrando mi tenedor para evitar tirárselo a la cabeza.

—Vas a ser la mujer de un Gran Señor —dijo Rhys—. Se espera que recibas tus propias correspondencias, tal vez incluso que des un discurso o dos. Y solo el Caldero sabe cuántas cosas más él y lanthe consideren apropiado para ti. Hacer los menús para cenas, escribir cartas de agradecimiento por todos esos regalos de boda, bordar dulces frases en almohadas. Es una habilidad necesaria. ¿Y, sabes qué? Qué tal si practicamos lo del escudo mientras estamos en ello. La lectura y la protección..., por fortuna puedes practicarlas juntas.

—Ambas son habilidades necesarias —dije entre dientes—, pero no serás tú el que me enseñe.

—¿Qué otra cosas vas hacer contigo? ¿Pintar? ¿Qué tal vas con eso estos días, Feyre?

—¿Qué demonios te importa?

—Cumple varios de mis propósitos, por supuesto.

—Qué. Propósitos.

—Vas a tener que aceptar trabajar conmigo para averiguarlo, me temo.

Algo afilado pinchó mi mano.

Había doblado el tenedor en una maraña de metal.

Cuando lo dejé sobre la mesa, Rhys se rio entre dientes.

—Interesante.

—Dijiste eso anoche.

— ¿No se me permite decir eso dos veces?

—Eso no es lo que estaba insinuando y tú lo sabes.

Su mirada me examinó de nuevo, como si pudiera ver debajo de la tela melocotón, a través de la piel, directo al alma destrozada de debajo. Entonces se desvió hacia el tenedor destrozado.

— ¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres bastante fuerte para una Alta Fae?

— ¿Ah sí?

—Lo tomare como un no. —Se metió un trozo de melón en la boca—. ¿Te has probado contra alguien?

—¿Por qué debería? —Era un desastre suficiente como estaba.

—Porque fuiste resucitada y renacida con el poder combinado de los siete Grandes Señores. Si yo fuera tú, tendría curiosidad por ver si algo más me fue transferido durante el proceso.

Mi sangra se heló.

—Nada más me fue *transferido*.

—Sería bastante... interesante —Sonrió ante la palabra—, de haber sido así.

—No fue así, y no voy a aprender a leer o a protegerme contigo.

— ¿Por qué? ¿Por despecho? Pensaba que habíamos superado eso cuando estábamos Bajo la Montaña.

—No me hagas hablar de lo que me hiciste Bajo la Montaña.

Rhys se quedó inmóvil.

Tan quieto como nunca le había visto, tan quieto como la muerte llamando en esos ojos. Entonces su pecho comenzó a moverse, más y más rápido.

En medio de los pilares que se alzaban detrás de él, podría haber jurado ver la sombra de unas grandes alas extendidas.

Él abrió la boca, se inclinó hacia delante, y luego se detuvo. Al instante, las sombras, la respiración entrecortada, la intensidad se habían ido, y la sonrisa perezosa estaba de regreso.

—Tenemos compañía. Lo discutiremos más tarde.

—No, No lo haremos. —Pero unos rápidos pero ligeros pasos resonaron desde el final del salón, y entonces ella apareció.

Si Rhysand era el hombre más hermoso que jamás había visto, ella era su equivalente en mujer.

Su cabello dorado y brillante estaba recogido en una trenza casual, y sus ropas de un color turquesas —confeccionadas como las mías— compensaban su piel bañada por el sol, haciendo que prácticamente brillara a la luz de la mañana.

—Bueno, bueno —canturreó ella, sus labios llenos despedían una deslumbrante sonrisa y sus hermosos ojos marrones se fijaron en mí.

—Feyre —dijo Rhys suavemente—. Te presento a mi prima, Morrigan. Mor, te presento a la preciosa, encantadora, y de mente abierta, Feyre.

Me debatí si salpicar mi té en su cara, pero Mor empezó a caminar en mi dirección. Cada paso era seguro y estable, elegante y... sólido. Alegre pero alerta. Alguien que no necesitaba armas —o al menos que se molestara en llevarlas encima.

—He escuchado hablar tanto de ti —dijo poniéndome de pie, ofreciendo torpemente mi mano.

Ella la ignoró y me dio un abrazo de esos que rompen los huesos. Olía a cítricos y canela. Intenté relajar la tensión en mis músculos mientras se apartaba y sonreía más bien de manera diabólica.

—Al parecer te estabas metiendo bajo la piel de Rhys —dijo, pavoneándose hacia su asiento colocado entre nosotros—. Lo bueno es ya estoy aquí. Pensé que disfrutaría viendo las pelotas de Rhys clavadas en la pared.

Rhys deslizó su incrédula mirada hacia ella, con sus cejas levantadas.

Escondí la sonrisa que tiraba de mis labios.

—Es...es un placer conocerte.

—Mentirosa —dijo Mor, sirviéndose algo de té y cargando su plato—. No quieres tener nada que ver con nosotros, ¿verdad? Y el malvado Rhys está haciendo que te quedes aquí.

—Estás muy...alegre hoy, Mor —dijo Rhys.

Los impresionantes ojos de Mor se alzaron hacia el rostro de su primo.

—Perdóname si me emociono por tener compañía *por una vez*.

—Podrías estar atendiendo tus propias obligaciones —dijo él tácitamente.

Apreté más mis labios. Nunca había visto a Rhys... irritado.

—Necesitaba un descanso, y me dijiste que viniera aquí siempre que quisiera, así que ¿qué mejor momento que ahora, cuando trajiste a mi nueva amiga para que me conociese por fin?

Parpadeé varias veces dándome cuenta de dos cosas al mismo tiempo: uno, que en realidad había querido decir lo que dijo; dos, había sido suya la voz femenina que había escuchado hablando anoche, burlándose de Rhys por nuestra disputa. *Bueno, eso ha ido bien*, se había burlado. Como si no hubiera otra alternativa, ninguna posibilidad de amabilidad, en lo que concerniera a él y a mí.

Un nuevo tenedor apareció al lado de mi plato, y lo levanté sólo para pinchar un trozo de melón.

—Los dos no os parecéis en nada —dije al final.

—Mor es mi prima en la definición más *imprecisa* —dijo él. Ella le sonrió, devorando rodajas de tomate y blanquecino queso—. Pero nos criamos juntos. Ella es mi única familiar que queda viva.

No tuve el valor de preguntar qué había pasado con todos los demás. O recordarme qué padre era responsable de la falta de familia en mi propia corte.

—Y como mi única pariente que queda —Rhys continuó—. Mor cree que tiene derecho a entrar y salir de mi vida como le parezca conveniente.

—Así que estás gruñón esta mañana —dijo Mor, dejando caer dos magdalenas sobre su plato.

—No te vi Bajo la Montaña —dije de repente, odiando esas tres últimas palabras más que a ninguna otra cosa.

—Oh, yo no estaba allí —dijo—. Yo estaba en...

—Suficiente, Mor —dijo, su voz mezclada con un fragor silencioso.

Fue una prueba en sí misma no incorporarme por la interrupción, de no estudiarlos más de cerca.

Rhysand dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Mor se quedará aquí durante el resto de la semana, pero desde ya, no te sientas en la obligación de complacerla con tu presencia.

Mor le sacó la lengua. Él rodó sus ojos, el gesto más humano que jamás le había visto hacer. Él examinó mi plato.

—¿Has comido suficiente? —Asentí—. Bien. Entonces vamos. —Inclinó su cabeza hacia los pilares y las cortinas se mecieron tras él—. Tu primera lección aguarda.

Mor dividió una de las magdalenas en dos con un firme corte de su cuchillo. El ángulo de sus dedos, de su muñeca, confirmó con certeza mis sospechas de que las armas no eran en absoluto extrañas para ella.

—Si él te cabrea, Feyre, siente libre de empujarlo por la barandilla del balcón más cercano.

Rhys le dio un gesto calmado y sucio mientras se dirigía por el pasillo.

Me levanté de mi sitio cuando él estuvo a una buena distancia por delante. —Disfruta del desayuno.

—Siempre que quieras compañía —dijo ella mientras me movía alrededor de la mesa—. Da un grito.

Probablemente quería decir eso literalmente.

Simplemente asentí y caminé detrás del Gran Señor.

+ + + +

Accedí a sentarme en la larga mesa de madera en el interior de una habitación separada por una cortina simplemente porque él tenía razón en algo. El

no ser capaz de leer casi me había costado la vida Bajo la Montaña. Que me condenen si permitía que eso se convirtiera en una debilidad de nuevo, estuviera en su agenda personal o no. Y en la protección... sería una puñetera tonta si no aceptaba la oferta para que me enseñara. La idea de que alguien, en especial Rhys, hurgando dentro de la confusión que era mi mente, cogiendo información sobre la Corte de Primavera, sobre las personas que yo amaba... Nunca permitiría eso. No voluntariamente.

Pero no por ello era más fácil soportar la presencia de Rhysand en la mesa de madera. O la pila de libros amontonados encima de ella.

—Conozco el alfabeto —dije bruscamente cuando él puso un trozo de papel delante de mí—. No soy tan estúpida. —Retorcí mis dedos sobre mi regazo, después aplasté mis inquietas manos debajo de mis piernas.

—No he dicho que seas estúpida —dijo—. Solo intento saber por dónde deberíamos comenzar. —Me recosté en el mullido asiento—. Dado que te has negado a decirme nada sobre lo que sabes.

Mi cara se calentó.

—¿No puedes contratar a un tutor?

Él levantó una ceja.

—¿Es tan difícil para ti siquiera intentarlo frente a mí?

—Eres un Gran Señor, ¿no tienes mejores cosas que hacer?

—Por supuesto. Pero nada tan agradable como ver cómo te retuerces.

—Eres un completo idiota, ¿lo sabías?

Rhys bufó con una carcajada.

—Me han llamado cosas peores. De hecho, creo que tú me has llamado cosas peores.

Golpeó el papel delante de él.

—Lee esto.

Era un borrón de letras. Mi garganta se cerró.

—No puedo.

—Inténtalo.

La oración estaba escrita en una rúbrica elegante, concisa. Su escritura, sin duda. Intenté abrir mi boca, pero mi columna vertebral se entumeció.

—¿Cuál es exactamente tu interés en todo esto? Dijiste que me lo dirías si trabajaba contigo.

—No especifiqué *cuándo* te lo diría. — Me despecué de él mientras mis labios se fruncían. Se encogió de hombros—. Tal vez me moleste la idea de que dejes que esos aduladores y tontos belicistas de la Corte de Primavera te hagan sentir inadecuada. Tal vez de verdad me gusta ver cómo te retuerces. O tal vez...

—Lo capto.

Rhys resopló.

—Intenta leerlo, Freyre.

Imbécil. Cogí con rabia el papel, casi rasgándolo por la mitad en el proceso. Miré a la primera palabra, sondeándola en mi cabeza.

—T-te... —La siguiente la averigüé con una combinación de mi pronunciación silenciosa y la lógica—. Ves...

—Bien —murmuró.

—No te he pedido tú aprobación.

Rhys se rio.

—Ab... Absolutamente. —Me tomó más de lo que quería admitir averiguarlo. La siguiente palabra era incluso peor—. De... Del...

Me digné a mirarle, con las cejas levantadas.

—Deliciosa —ronroneó él.

Mis cejas ahora estaban fruncidas. Leí las siguientes dos palabras, entonces giré mi cara hacia él

— *¿Te ves absolutamente deliciosa hoy, Freyre!? ¿Eso es lo que has escrito?*

Se recostó en su asiento. Cuando nuestras miradas se cruzaron, unas garras afiladas acariciaron mi mente y su voz susurró dentro de ella:

Es verdad, ¿no es así?

En respuesta a eso, me sacudí, la silla debajo de mí crujió.

— ¡Detente!

Pero esas garras ahora excavaban —y mi cuerpo entero, mi corazón, mis pulmones, mi sangre estaban rendidas a su control, a merced de sus órdenes mientras decía: *La moda de la corte oscura te sienta bien.*

No podía moverme de mi asiento, ni siquiera podía parpadear.

Esto es lo que ocurre cuando dejas tus defensas mentales abajo. Alguien con mi tipo de poderes podría deslizarse aquí dentro, ver cuánto quisiera, y adueñarse de tu mente. O podrían romperla. Ahora mismo estoy de pie en el umbral de tu mente. . . pero si quisiera profundizar, todo lo que necesitaría sería un medio pensamiento mío y quién eres, tu propio ser, sería borrado.

A lo lejos, sentí el sudor deslizarse por mi sien.

Deberías tener miedo. Deberías tener miedo de esto, y deberías estar dando gracias a los condenados dioses del Caldero que nadie con mis dones se haya encontrado contigo durante estos últimos tres meses. Ahora empújame fuera.

No pude. Esas garras estaban en todas partes —escarbando cada pensamiento, cada pieza de personalidad. Él empujó un poco más fuerte.

Empújame. Fuera.

No sabía por dónde empezar. Empujé a ciegas y me estrellé contra él, contra las garras que estaban por todas partes, como si fuera la cima suelta de un círculo de espejos.

Su risa, baja y suave, llenó mi mente, mis oídos.

De esa forma, Feyre.

En respuesta, un pequeño camino abierto se formó en mi mente. El camino de salida.

Me tomaría una eternidad desenganchar cada garra y empujar la masa de su presencia fuera por la estrecha abertura. Si pudiera barrerla...

Una ola. Una ola en sí, de mí, para barrer y sacar todo lo que fuera de él al exterior...

No le permití ver el plan que tomaba forma mientras hacía que en una ola se abalanzara y golpeará.

Las garras se aflojaron a regañadientes. Como si me dejaran ganar esta ronda. Él solo se limitó a decir:

—Bien

Mis huesos, mi aliento y sangre, todo volvía a ser mío. Me dejé caer en mi asiento.

—Todavía no —dijo—. Escudos. Bloquéame la puerta de modo que no pueda volver a entrar.

Quería irme a un a un lugar tranquilo y dormir un rato...

Unas garras acariciaron la capa externa de mi mente...

Me imaginé un muro inflexible irguiéndose de golpe, negro como la noche y de unos treinta centímetros de espesor. Las garras se retrajeron un segundo antes de que el muro las cortase en dos.

Rhys estaba sonriendo.

—Muy bonito. Contundente, pero bonito.

No pude evitarlo. Cogí el pedazo de papel y lo desmenucé en dos, luego en cuatro.

—Eres un cerdo

—Sin duda alguna. Pero mírate... has leído la frase entera, me has echado de tu mente, y te has protegido. Excelente trabajo.

—No seas condescendiente conmigo.

—No lo soy. Puedes leer a un nivel mucho más elevado de lo que me esperaba.”

Esa quemazón volvió a mis mejillas.

—Pero más bien analfabeta.

—Llegados a este punto, se trata de práctica, ortografía, y más práctica. Para cuando llegue Nynsar, podrías estar leyendo novelas. Y si sigues añadiendo esos escudos, es posible que me dejes fuera del todo para entonces, también.

Nynsar. Sería la primera que Tamlin y su corte celebrarían en casi cincuenta años.

Amarantha lo había prohibido por mero capricho, junto con algunas otras pequeñas, pero apreciadas fiestas Fae que ella había considerado *innecesaria*. Pero Nynsar estaba a solo unos meses a partir de ahora.

— ¿Acaso es siquiera posible –mantenerte fuera del todo?

—No es probable, pero ¿quién sabe la profundidad a la que llega ese poder? Sigue practicando y veremos qué pasa.

—Y para cuando llegué Nynsar, ¿seguiré estando atada también a este lazo?

Silencio.

Presioné en el tema.

—Después... después de lo ocurrido... —No podía mencionar detalles de lo que había ocurrido Bajo la Montaña, lo que él había hecho por mí durante la pelea con Amarantha, que hizo después...—. Creo que podemos estar de acuerdo en que no te debo nada, y tú no me debes nada.

Su mirada era inquebrantable.

Me encendí.

— ¿No es suficiente que todos seamos libres?

Puse con un golpe mi mano tatuada sobre la mesa.

—Al final, pensé que eras diferente, pensaba que todo era una máscara, pero alejándome de allí, *manteniéndome* aquí... —Negué con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras lo suficientemente crueles, lo suficientemente inteligente como para convencerlo de poner fin a esta negociación.

Sus ojos se oscurecieron.

—No soy tu enemigo, Feyre.

—Tamlin afirma que lo eres. —Enrollé los dedos de mi mano tatuada en un puño apretado—. Todo el mundo dice que lo eres.

—¿Y tú qué piensas? —Se inclinó hacia atrás en su silla de nuevo, pero su rostro estaba serio.

—Estás haciendo un maldito buen trabajo haciendo que esté de acuerdo con ellos.

—Mentirosa —ronroneó—. ¿Acaso les has dicho a tus amigos sobre *lo que te hice* Bajo la Montaña?

Así que ese comentario en el desayuno se *había* metido bajo su piel.

—No quiero hablar de nada relacionado con eso. Ni contigo ni con ellos.

—No, porque es mucho más fácil pretender que nunca pasó y dejar que ellos te mimen.

—No *dejo* que me mimen...

—Te tenían envuelta como un regalo ayer. Como si fueras *su* recompensa.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —En su rostro destelló la rabia, después desapareció.

—Estoy lista para ser llevada a casa —me limité a decir.

—Donde estarás clausurada por el resto de tu vida, sobre todo una vez que empieces a dar a luz herederos. No puedo esperar a ver lo que hace Ianthe cuando ponga sus manos sobre ellos.

—No parece tener una buena opinión de ella.

Algo frío y depredador se arrastró y apareció en sus ojos.

—No, no puedo decir que la tenga. —Señaló un pedazo de papel en blanco—Comienza por copiar el alfabeto. Hasta que tus letras sean perfectas. Y cada vez que lleves una ronda, baja y sube tu escudo. Hasta que esa sea tu segunda naturaleza. Vuelvo en una hora.

—¿Qué?

—Copia. El. Alfabeto. Hasta...

—He oído lo que has dicho. —Capullo. Capullo, capullo, *capullo*.

—Entonces a trabajar. —Rhys se puso de pie de un salto—. Y al menos ten la decencia de llamarme una sola vez capullo cuando tus escudos estén alzados.

Se evaporó en una ola de la oscuridad antes de que me diese cuenta de que había dejado que la pared inflexible se volviera a desvanecer.

+ + + +

En el momento en el que Rhys volvió, mi mente se sentía como un charco de lodo.

Me había pasado la hora entera haciendo lo que me había ordenado, aunque había dado un respingo por cada ruido proveniente de escalera cercana: pasos silenciosos de los siervos, el aleteo de las sábanas siendo cambiadas, alguien tarareando una melodía hermosa y sinuosa. Y más allá de eso, la charla de las aves que habitaban en el calor artificial de la montaña o en los muchos árboles de cítricos en macetas. No había señales de mi inminente tormento. No había centinelas si quiera para vigilarme. Bien podría haber tenido todo el lugar para mí sola.

Lo cual era bueno, ya que mis intentos para bajar y subir aquel escudo mental a menudo terminaba haciendo que mi cara se torciera, se tensara o se contrajera.

—No está mal —dijo Rhys, mirando por encima de mi hombro.

Había aparecido momentos antes a una distancia saludable, y si no lo conociera mejor, podría haber pensado que era porque no quería que me asustara. Como si supiera de las veces que Tamlin se había arrastrado detrás de mí, y que el pánico me golpeaba tan fuerte que me hacía lanzarlo sobre su trasero con un puñetazo en el estómago. Lo aparté; la conmoción en el rostro de Tam por lo *fácil* que había sido hacerle perder el equilibrio, la humillación por haber dejado mi estúpido terror al descubierto...

Rhys escaneó las páginas que había garabateado, mirándolas y siguiendo mi progreso.

Entonces hubo un rasguño de garras en las paredes de mi mente —solo para estrellarse contra una negra pared, brillante e inflexible.

Empujé de forma persistente mi voluntad en aquella pared cuando las garras empujaron, poniendo a prueba puntos débiles...

—Bueno, bueno —ronroneó Rhysand mientras esas garras mentales se retiraban—. Con suerte descansaré bien por fin esta noche, si puedes arreglártelas para mantener la pared mientras duermes.

Dejé caer el escudo y envié una palabra por ese puente mental entre nosotros, y volví a alzar el muro. Detrás de ella, mi mente se movía como gelatina. Necesitaba una siesta.

Desesperadamente.

—Puede que sea un capullo, pero mírate. Tal vez podamos divertirnos un poco con nuestras lecciones después de todo.

+ + + +

Todavía tenía el ceño fruncido hacia la musculosa espalda de Rhys mientras me mantenía unos saludables diez pasos detrás de él mientras él me conducía a través de los pasillos del edificio principal, con las colindantes montañas y el vertiginoso cielo azul como únicos testigos de nuestra silenciosa caminata .

Estaba demasiado agotada para preguntar a donde nos dirigíamos ahora, y él no se molestó en explicarlo mientras me conducía hacia la parte de arriba –hasta que entramos en una cámara redonda en la parte superior de una torre.

Una mesa circular de piedra negra ocupaba el centro, mientras que el mayor tramo de la pared de piedra gris ininterrumpida estaba cubierta de un mapa masivo de nuestro mundo. Estaba marcado y señalado y fijado, por cualquier motivo que no podía decir, pero mi mirada se desvió a las ventanas a través del cuarto –tantas que se sentía como estar totalmente expuesta, transpirable. El hogar perfecto, supuse, para un Gran Señor bendecido con alas.

Rhys fue hacia la mesa, donde había otro mapa desplegado, unas figurillas salpicaban su superficie. Un mapa de Prythian – e Hiberno.

Todas las cortes en nuestro país habían sido marcadas, junto con los pueblos y ciudades y ríos y puertos de montaña. Todas las cortes... menos la Corte Oscura.

El vasto territorio del norte estaba completamente en blanco. Ni siquiera una cordillera había sido grabada. Extraño, probablemente parte de alguna estrategia que no entendía.

Encontré a Rhysand mirándome —sus cejas levantadas lo suficiente como para hacerme callar la boca contra la pregunta que se estaba formando.

— ¿Nada que preguntar?

—No.

Una sonrisa felina bailó en las comisuras de sus labios, pero Rhys hizo un gesto con la barbilla hacia el mapa de la pared.

— ¿Que ves?

— ¿Esto es una especie de forma de convencerme para aceptar mis clases de lectura? —De hecho, no podía descifrar ninguna de lo que había allí escrito, sólo las formas de las cosas. Como la pared, una línea masiva que dividía en dos nuestro mundo

—Dime lo que ves.

—Un mundo dividido en dos.

—¿Y crees que debería permanecer así?

Giré mi cabeza hacia él.

—Mi familia... —Me detuve a media frase. Debería haber sabido que no podía admitir tener una familia, que me preocupaba por ellos...

—Tu familia humana —terminó Rhys—. Estaría profundamente afectada si el muro cayese, ¿verdad? Tan cerca de la frontera... Si tienen suerte, huirán a través del océano antes de que eso suceda.

— ¿Sucederá?

Rhysand no rompió mi mirada.

—Tal vez.

— ¿Por qué?

—Porque se acerca la guerra, Feyre.

Capítulo 7

Traducido por Idrys & Guidai // Corregido por Mew

Guerra.

La palabra resonó por mi cuerpo, congelando mis venas.

—No los invadas —suspiré. Me pondría de rodillas por esto. Me arrastraría si tenía que hacerlo—. No los invadas, por favor.

Rhys ladeó la cabeza, endureciendo la boca.

—De verdad piensas que soy un monstruo, incluso después de todo.

—Por favor —me quedé sin aliento—. Están indefensos, no tendrán ninguna oportunidad...

—No voy a invadir las tierras mortales —dijo en voz demasiado baja.

Esperé a que continuara, contenta por la habitación espaciosa, el aire luminoso, cuando el suelo comenzó a oscilar debajo de mí.

—Levanta tu maldito escudo —gruñó.

Miré hacia el interior, buscando esa pared invisible que había caído de nuevo. Pero estaba tan cansada, y si la guerra iba a llegar, si mi familia...

—Protégete. *Ahora.*

La cruda orden en su voz, la voz del Gran Señor de la Corte Oscura, me hizo actuar por instinto, mi agotada mente construyó la pared ladrillo a ladrillo. Sólo cuando había resguardado mi mente una vez más, habló, sus ojos suavizados de manera casi imperceptible.

—¿Pensaste que había terminado con Amarantha?

—Tamlin no dijo... —¿Y por qué me lo diría? Pero había tantas patrullas, tantas reuniones a las que no se me permitió asistir, tanta...tensión. Él tenía que saberlo. Necesitaba preguntarle, por qué no me había dicho....

—El Rey de Hiberno ha estado planeando su campaña para reclamar el mundo al sur del muro durante más de cien años —dijo Rhys—. Amarantha fue un experimento, una prueba de cuarenta y nueve años, para ver la facilidad y el tiempo en el que un territorio puede caer y ser controlado por uno de sus comandantes.

Para un inmortal, cuarenta y nueve años no era nada. No me habría sorprendido oír que él había estado planeando esto durante mucho más tiempo que un siglo.

—¿Va a atacar Prythian primero?

—Prythian —dijo Rhys, señalando el mapa de nuestra gran isla sobre la mesa—, es todo lo que se interpone entre el Rey de Hiberno y el continente. Quiere recuperar las tierras de los humanos ahí, tal vez aprovechar las tierras de las hadas, también. Si alguien intercepta su flota de conquista antes de que llegue el continente, seríamos nosotros.

Me deslicé en una de las sillas, las rodillas me temblaban tanto que apenas podían mantenerme en posición vertical.

—Él tratará de eliminar Prythian de su camino con rapidez y en profundidad —continuó Rhys—. Y romper el muro en algún punto del proceso. Ya hay agujeros en él, aunque afortunadamente son lo bastante pequeños como para que sea difícil que pasen sus ejércitos de una forma rápida. Él quiere derribar todo, y es probable que utilice el consiguiente pánico a su favor.

Cada respiración era como tragar cristales.

—Cuándo... ¿cuándo va a atacar?

El muro se había mantenido estable durante cinco siglos, y aun así, esos malditos agujeros habían permitido a las más sucias y más hambrientas bestias Fae colarse a través y alimentarse de seres humanos. Sin ese muro, si Hiberno ciertamente lanzaba un ataque al mundo humano... Deseé no haber comido en el desayuno.

—Esa es la pregunta —dijo—. Y por qué te traje aquí.

Levanté la cabeza para encontrarme con su mirada. Su rostro se encontraba ojeroso, pero en calma.

—No sé cuándo o dónde planea atacar a Prythian —continuó Rhys—. No sé quiénes de aquí podrían ser sus aliados.

—¿Tendría aliados aquí?

Dio un guiño lento.

—Cobardes que se inclinarían y se unirían a él, en lugar de luchar contra sus ejércitos de nuevo.

Podría haber jurado que un susurro de oscuridad se expandió por el suelo detrás de él.

—¿Tú...luchaste en la guerra?

Por un momento, pensé que no iba a contestar. Pero entonces Rhys asintió.

—Yo era joven, al menos para nuestros estándares. Pero mi padre envió ayuda a la alianza mortal de las hadas en el continente, y lo convencí para que me llevaran en una legión de nuestros soldados. —Se sentó en la silla junto a la mía, mirando distraídamente el mapa—. Yo estaba estacionado en el sur, justo donde la lucha era más gruesa. La masacre fue... —Se mordió el interior de la mejilla—. No tengo ningún interés en volver a ver esa masacre a gran escala así de nuevo.

Él parpadeó, como si limpiara de su mente los horrores.

»Pero no creo que el Rey de Hiberno vaya a golpear de esa manera, no al principio. Él es demasiado inteligente como para perder sus fuerzas aquí, como para darle tiempo al continente de reunirse mientras nosotros luchamos contra él. Si él hace su movimiento para destruir Prythian y el muro, será con sigilo y engaño. Debilitándonos. Amarantha fue la primera parte de ese plan. Ahora tenemos a varios Grandes Señores sin probar, cortes rotas con Sumas Sacerdotisas luchando por el control como lobos alrededor de un cadáver, y un pueblo que se ha dado cuenta de lo impotentes que pueden ser en realidad.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —dije, mi voz fina, áspera. No tenía ningún sentido, ninguno, que me rebelara sus sospechas, sus miedos.

E Ianthe, ella podría ser ambiciosa, pero era amiga de Tamlin. *Mi* amiga, en cierto modo. Tal vez la única aliada que tendríamos en contra de las otras Altas Sacerdotisas, ya tuviera Rhys aversión personal por ella o no...

—Te lo estoy contando por dos razones —dijo, con el rostro tan frío, tan tranquilo, que me enervó tanto como la noticia que me estaba dando—. Uno, eres cercana a.... Tamlin. Él no solo tiene hombres, sino que también tiene vínculos largos con Hiberno...

—Él *nunca* ayudaría al Rey...

Rhys levantó una mano.

—Quiero saber si Tamlin está dispuesto a luchar con nosotros. Si es capaz de utilizar esas conexiones a nuestro favor. Mientras él y yo tensamos las relaciones, tú tienes el placer de ser la intermediaria.

—Él no me informa de esas cosas.

—Tal vez es hora de que lo haga. Tal vez es hora de que insistas. —Él examinó el mapa, y seguí donde su mirada aterrizó. En el muro dentro de Prythian, en el pequeño territorio mortal, vulnerable. Mi boca se secó.

—¿Cuál es la otra razón?

Rhys me miró de arriba abajo, evaluando, ponderando.

—Tienes un conjunto de habilidades que necesito. Se rumorea que atrapaste a una Suriel.

—No fue tan difícil.

—Yo lo he intentado y fracasado. Dos veces. Pero esa es una discusión para otro día. Te vi atrapar el Middengard Wyrn como un conejo. —Sus ojos brillaron—. Necesito que me ayudes. Que utilices tus habilidades para rastrear lo que necesito.

—¿Qué *necesitas*? ¿Lo que sea está relacionado con mi lectura y blindaje, supongo?

—Lo sabrás más adelante.

No sabía por qué me había molestado en preguntar.

—Tiene que haber al menos una docena de otros cazadores más experimentados y habilidosos....

—Tal vez los haya. Pero tú eres la única en quien confío.

Parpadeé perpleja.

—Podría traicionarte cada vez que me dé la gana

—Podrías. Pero no lo harás. —Apreté los dientes, y estaba a punto de decir algo cruel cuando añadió—: Y después está la cuestión de tus poderes.

—No tengo ningún poder. —Salió tan rápido que no había ninguna posibilidad de que sonara como otra cosa que negación.

Rhys se cruzó de piernas.

—¿No? La fuerza, la velocidad... Si no lo conociera, diría que Tamlin y tú estabais haciendo un muy buen trabajo en fingir que eres normal. Que los poderes que estás mostrando no son, por lo general, los primeros indicios entre nuestra especie de que el hijo de un Gran Señor podría convertirse en su heredero.

—No soy un Gran Señor.

—No, pero fuiste traída a la vida por siete de nosotros. Tu esencia está ligada a nosotros, nace de nosotros. ¿Y si te hemos dado más de lo que esperábamos? —Una vez más, esa mirada pasó por encima de mí—. ¿Qué pasa si te levantas contra nosotros, te alzas como una Gran Señora?

—No hay Grandes Señoras.

Sus cejas se fruncieron, pero negó con la cabeza.

—Hablares de *eso* más tarde, también. Pero sí, Feyre, *puede* haber Grandes Señoras. Y tal vez no seas una de ellas, pero... ¿y si fueras algo similar? ¿Qué pasaría si fueras capaz de ejercer el poder de los siete Grandes Señores a la vez? ¿Y si pudieras mezclarte en la oscuridad, o cambiar de forma, o congelar más que una habitación, a un ejército entero?

El viento del invierno en los picos cercanos parecía aullar en respuesta. Esa cosa que había sentido bajo mi piel...

—¿Entiendes lo que eso podría significar en una guerra venidera? ¿Entiendes cómo podría destruirte si no aprendes a controlarlo?

—Uno, deja de hacer tantas preguntas retóricas. Dos, no sabemos si en realidad *tengo* esos poderes....

—Los tienes. Pero tienes que empezar a dominarlos. Conocer lo que heredaste de nosotros.

—¿Y supongo que tú también eres el que me tiene que enseñar? ¿Leer y protegerme no es suficiente?

—Mientras caces conmigo lo que necesito, sí.

Empecé a sacudir la cabeza.

—Tamlin no lo permitirá.

—Tamlin no es tu guardián, y lo sabes.

—Soy su súbdita y él es mi Gran Señor...

—Tú *no eres súbdita de nadie*.

Me puse rígida ante el destello de sus dientes, de sus alas expandiéndose como el humo.

—Voy a decir esto una vez y sólo una vez —ronroneó Rhysand, mientras acechaba el mapa en la pared—. Puedes ser un peón, ser la recompensa de alguien, y pasar el resto de tu vida inmortal haciendo reverencias y fingiendo que eres menos que él, que lanthe, que cualquiera de nosotros. Si deseas elegir ese camino, entonces está bien. Una pena, pero es tu elección. —La sombra de sus alas se agitaron de nuevo—. Pero te conozco, más de lo que tú crees, y no me creo ni por un minuto que te parezca remotamente bien ser un trofeo bonito para alguien que se ha sentado sobre su trasero durante casi cincuenta años, y que luego siguió sentado sobre su trasero mientras tú eras triturada...

—Para...

—O —él siguió adelante—, tienes otra opción. Puedes dominar cualquier poder que te fue dado y hacer que cuente. Puedes desempeñar un papel en esta guerra. Porque la guerra llegará de una forma u otra, y no trates de engañarte a ti misma creyendo que a cualquiera de los Fae le importará una mierda tu familia al otro lado del muro cuando todo nuestro territorio se convierta muy probablemente en un osario.

Me quedé mirando el mapa, a Prythian, y la franja de tierra en la base sur.

—¿Quieres salvar el reino de los mortales? —preguntó—. Entonces conviértete en alguien a quien Prythian escuche. Conviértete en alguien vital. Conviértete en un arma. Porque podría llegar un día, Feyre, en que solo tú estés de pie entre el Rey de Hiberno y tu familia humana. Y no te gustaría estar sin preparación.

Levanté la mirada hacia él, mi aliento estaba estancado en mi garganta, dolía.

Como si no acabara de eliminar el mundo debajo de mis pies, Rhysand dijo—: Piensa en eso. Tomate esta semana. Pregunta a Tamlin, si eso te hace dormir mejor. Mira lo que dice la encantadora Iltane al respecto. Pero es tu elección, no la de nadie más.

++++

No vi Rhysand durante el resto de la semana. Ni a Mor.

Las únicas personas con las que me encontré fueron Nuala y Cerridwen, quienes me dieron las comidas, hicieron mi cama, y de vez en cuando me preguntaban cómo me estaba yendo.

La única prueba que tenía de que Rhys mantenía las promesas eran las copias en blanco del alfabeto, junto con varias frases que tenía que escribir todos los días, intercambiando palabras, cada una más desagradable que la anterior:

Rhysand es el Gran Señor más guapo.

Rhysand es el Gran Señor más delicioso.

Rhysand es el Gran Señor más listo.

Cada día, una desgraciada frase, con un solo cambio de palabra variando entre la arrogancia y la vanidad. Y cada día, otro sencillo conjunto de instrucciones: levantar los escudos, bajarlos. Levantar los escudos, bajarlos. Una y otra vez.

Cómo sabía si obedecía o no, no me importaba, pero hice mis deberes, subiendo y bajando esos espesos escudos mentales. Sólo porque era todo lo que tenía que hacer.

Mis pesadillas me dejaban aturdida, sudorosa, pero la habitación era tan abierta, la luz de las estrellas tan brillantes que cuando me despertaba de golpe no iba corriendo al baño. No había paredes empujándose a mí alrededor, no había oscuridad total. Sabía dónde estaba. Incluso si me molestaba estar allí.

El día anterior a que nuestra semana por fin acabara, yo estaba caminando hacia mi pequeña mesa de siempre, mientras hacía muecas ante esas frases deliciosas que encontraría esperando y todas las acrobacias mentales, cuando las voces Mor y de Rhys flotaron hasta mí.

Era un espacio público, por lo que no me molesté en enmascarar mis pasos mientras me acercaba a donde se encontraban hablando en una de las salas de estar, con Rhys paseándose ante la caída libre de la montaña y Mor descansando en un sillón de color crema.

—Azriel querría saber eso —estaba diciendo Mor.

—Azriel puede irse al infierno —Rhys se echó hacia atrás—. Él probablemente ya lo sabe, de todos modos.

—Jugamos la última vez —dijo Mor con una seriedad que me hizo detenerme a una distancia sana—, y perdimos. De mala manera. No vamos a hacer eso de nuevo

—Deberías estar trabajando —Fue la única respuesta de Rhysand—. Te di el control por una razón, ya sabes.

La mandíbula de Mor se apretó, y al fin se enfrentó a mí. Ella me dio una sonrisa que fue más bien un encogimiento.

Rhys se volvió, frunciendo el ceño.

—Di lo que sea que viniste aquí a decir, Mor — dijo firmemente, retomando su ritmo.

Mor rodó los ojos en mi dirección, pero su rostro se volvió solemne mientras decía—: Hubo otro ataque en un templo en Cesere. Casi todas las sacerdotisas están muertas y el tesoro fue saqueado.

Rhys se detuvo. Y yo no sabía qué procesar: la noticia, o la rabia absoluta transmitida en una palabra mientras Rhys decía—: Quién.

—No lo sabemos —dijo Mor—. Las mismas pistas de la última vez: grupo pequeño, cuerpos que mostraban signos de heridas de palas de gran tamaño, y no hay rastro de dónde venían o cómo desaparecieron. No hay supervivientes. Los cuerpos fueron encontrados un día más tarde, cuando llegó un grupo de peregrinos.

Por el Caldero. Debía de haber hecho un pequeño ruido, porque Mor me dio una mirada tensa, pero simpática.

Rhys, sin embargo.... Primero empezaron como sombras —columnas emergiendo de su espalda.

Y entonces, como si su rabia hubiera aflojado el control sobre esa bestia a la que una vez me había dicho que odiaba ceder, esas alas se hicieron carne.

Grandes, brutales y hermosas alas, membranosas y con garras como las de un murciélago, oscuras como la noche y fuertes como el infierno. Incluso la forma en la que estaba de pie parecía cambiada —más estable, conectado a la tierra. Como si alguna pieza final de él hubieran hecho clic en su lugar. Pero la voz de Rhysand seguía siendo tan suave como la media noche y dijo—: ¿Qué tiene que decir Azriel al respecto?

Una vez más, la mirada de Mor, como si no supiera si yo debía estar presente en esta conversación.

—Está molesto. Cassian lo está aún más, está convencido de que debe ser uno de los delincuentes de las bandas guerreras de Iliria, con la intención de ganar un nuevo territorio.

—Es algo a considerar —reflexionó Rhys—. Algunos de los clanes Ilirios se inclinaron alegremente hacia Amarantha durante esos años. Tratar de ampliar sus fronteras podría ser su forma de ver hasta qué punto me pueden empujar y salirse con la suya. —Odiaba el sonido del nombre de ella, centrada más en él que en la información que se me estaba permitiendo tener.

—Cassian y Az están esperando... —Ella se interrumpió y me dio un respingo de disculpa—. Están esperando tus órdenes en el lugar habitual.

Bien, eso estaba bien. Había visto ese mapa en blanco en la pared. Yo era la esposa de un enemigo. Incluso mencionar donde estaban estacionadas sus fuerzas, lo que estaban haciendo, podría ser peligroso. No tenía ni idea dónde se *encontraba* Cesere, ni siquiera lo que era, en realidad.

Rhys estudió al aire libre de nuevo, el aullido del viento empujaba las oscuras y turbias nubes sobre los picos distantes. Buen tiempo, me di cuenta, para volar.

—Volar sería más fácil —dijo Mor, siguiendo la mirada del Gran Señor.

—Dile a los idiotas que estaré allí en unas pocas horas —se limitó a decir.

Mor me dio una sonrisa cautelosa, y desapareció.

Estudí el espacio vacío donde había estado, ni un rastro de ella dejado atrás.

—¿Cómo funciona eso de.... desaparecer? —dije en voz baja. Había visto hacerlo sólo a unos pocos Altos Fae, y nadie me lo había explicado nunca.

Rhys no me estaba mirando, pero dijo—: ¿Tamizar? Piensa en ello como... dos puntos diferentes en un trozo de tela. Un punto es tu lugar actual en el mundo. El otro a través de la tela es al que deseas ir. Tamizar es... como doblar esa tela para que los dos puntos se alineen. La magia lo dobla y todo lo que hacemos nosotros es dar un paso para llegar de un lugar a otro. A veces es un gran paso, y puedes sentir el tejido oscuro del mundo a medida que pasas a través de él. Un paso más corto, digamos de un extremo de la habitación a la otra, apenas se nota. Es un don raro, y útil. Aunque sólo los faes más fuertes pueden hacerlo. Más poderoso eres, cuanto más lejos puedas saltar entre puntos de una sola vez.

Sabía que la explicación era tanto para mi beneficio como para para distraerme. Pero me encontré diciendo—: Lo siento por lo del templo, y las sacerdotisas.

La ira todavía brillaba en esos ojos que por fin se volvieron hacia mí.

—Muchas personas más van a morir muy pronto, de todos modos.

Tal vez era por eso que había permitido que me acercara, que escuchara la conversación. Para recordarme lo que muy bien podría suceder con Hiberno.

—¿Qué son...? —intenté—. ¿Qué son las bandas guerreras Ilirias?

—Bastardos arrogantes, eso es lo que son —murmuró.

Me crucé de brazos, esperando.

Rhys estiró las alas, la luz del sol ajustándose a la textura de cuero brillando con un imperceptible color.

—Son una raza de guerreros dentro de mis tierras. Y un dolor total en mi trasero.

—¿Algunos apoyaron Amarantha?

La oscuridad bailó en la sala mientras la lejana tormenta crecía lo suficientemente cerca para sofocar el sol.

—Algunos. Pero los míos y yo hemos disfrutado dándoles caza estos últimos meses. Y poniéndoles fin.

Lentamente; esa era la palabra que faltaba por añadir.

—¿Es por eso por lo que te fuiste, con lo que estabas ocupado?

—Me encontraba ocupado con muchas cosas.

No era una respuesta. Pero parecía que había terminado de hablar conmigo y, quienesquiera que fueran Cassian y Azriel, reunirse con ellos era más importante.

Rhys apenas dijo adiós, antes de caminar directo hacia el borde de la veranda, al vacío, hacia el liviano aire.

Mi corazón se detuvo, pero antes de que pudiera emitir sonido, él se alzó más adelante, tan rápido como el fuerte viento entre los pinos. Un par de batidas de alas lo hicieron desvanecerse entre las nubes de tormenta.

—Adiós a ti también —gruñí, haciendo un gesto vulgar en su dirección, y comencé mi tarea del día, sólo con el sonido de la tormenta más allá de los escudos de la casa como compañía. Incluso mientras la nieve azotaba, la magia protegía el salón, incluso mientras me esforzaba con las frases: *Rhysand es interesante; Rhysand es hermoso; Rhysand es perfecto*; Mientras levantaba y bajaba mis escudos mentales hasta que mi mente quedaba destruida, pensaba en lo que había oído, en lo que ellos habían dicho.

Me pregunté qué sabría lanthe acerca de los asesinatos, si había conocido a alguna de las víctimas. Si conocía Cesere. Si los templos eran objetivos de ataque, ella lo sabría. Tamlin lo sabría.

Esa última noche, apenas pude dormir, en parte de alivio, en parte por el terror de que Rhysand tuviera de verdad alguna sucia sorpresa final aguardando. Pero la noche y la tormenta pasaron y, cuando amaneció, me vestí antes de que el sol se alzara por completo. Me había acostumbrado a comer en mi habitación, pero subí las escaleras, atravesando ese gran salón abierto, hacia la mesa en la veranda más lejana.

Recostado en su silla habitual, Rhys vestía las mismas ropas que el día anterior, con el cuello de su chaqueta negra desabotonado, su camisa tan desordenada como su cabello. Sin alas, afortunadamente. Me pregunté si acababa de volver de donde se había encontrado con Mor y los otros. Me pregunté qué habría averiguado.

—Ya ha pasado una semana —dije, a modo de saludo —. Llévame a casa.

Rhys tomó un largo sorbo de lo que había en su copa. No parecía té.

—Buenos días, Feyre.

—Llévame a casa.

Estudió mis ropas verde azuladas y doradas, una variación de mi atuendo diario.

—Ese color te sienta bien.

— ¿Quieres que diga por favor? ¿Es eso?

—Quiero que me hables como a una persona. Empieza con un “Buenos días” y veremos a donde nos lleva.

—Buenos días.

Sonrió ligeramente. Bastardo.

— ¿Estás lista para enfrentar las consecuencias de tu partida?

Me enderecé. No había pensado en la boda. Toda la semana sí, pero hoy... Hoy sólo había pensado en Tamlin, en cuanto quería verle, abrazarle, preguntarle acerca de todo lo que Rhys había dicho. Durante los últimos días, no había mostrado ningún signo del poder que Rhysand creía que yo tenía, no había *sentido* ningún indicio bajo mi piel. Gracias al Caldero.

—No es de tu incumbencia.

—Cierto. Probablemente lo ignorarás, de cualquier manera. Lo esconderás bajo la alfombra, como todo lo demás.

—Nadie pidió tu opinión, Rhysand.

— ¿Rhysand? —rió bajo y suave—. ¿Te doy una semana de lujos y me llamas Rhysand?

—No pedí estar aquí, o que me dieras esa semana.

—Y aun así, mírate. Tú rostro tiene algo de color y esas marcas bajo tus ojos casi han desaparecido. Tu escudo mental es espectacular, por cierto.

—Por favor, llévame a casa.

Él se encogió de hombros y se levantó.

—Le diré a Mor que dijiste adiós.

—Apenas la vi en toda la semana—. Sólo ese primer encuentro y la conversación de ayer, donde no habíamos intercambiado dos palabras.

—Ella estaba esperando una invitación, no quería molestarte. Desearía que me extendiera la misma cortesía.

—Nadie me lo dijo —No me importaba demasiado. Sin duda ella tenía mejores cosas que hacer, de cualquier forma.

—Tú no preguntaste ¿Y para qué molestarse? Mejor estar sola y ser miserable —Se acercó, cada paso tranquilo, elegante. Su cabello definitivamente estaba enredado, como si hubiera pasado sus manos por él, o sólo volado por horas hacía ese lugar secreto—. ¿Has pensado en mi oferta?

—Te lo dejaré saber el próximo mes.

Se detuvo a poca distancia, su rostro dorado se tensó.

—Te lo dije una vez y te lo digo ahora —dijo—. No soy tu enemigo.

—Y yo te dije una vez, y te lo digo ahora, eres enemigo de Tamlin. Supongo que eso te hace mi enemigo.

—¿De verdad?

—Libérame del trato y averigüémoslo.

—No puedo hacer eso.

—¿No puedes? ¿O no lo harás?

Él se limitó a extender su mano.

—¿Vamos?

Apenas me estiré para alcanzarlo. Sus dedos estaban fríos, encallecidos por armas que nunca le había visto usar.

La oscuridad nos rodeó, y fue un instinto aferrarme a él mientras el mundo se desvanecía bajo mis pies. Nos tamizamos de verdad. El viento me azotaba y su brazo era cálido, pesado contra mi espalda mientras viajábamos a través de los

reinos, con Rhys riéndose burlonamente de mi terror. Pero entonces el suelo firme y piedras aparecieron bajo mis pies, luego el brillo eneguedor del sol sobre mí, mucho verde, pequeños pájaros cantando.

Me alejé de él, parpadeando por el brillo, con el macizo roble encorvado sobre nosotros. El roble al final de los jardines, de casa.

Comencé a dirigirme hacia la casa pequeña, pero Rhys me tomó por la cintura.

—Buena suerte —dijo en voz baja.

—Aleja tus manos de mí.

Rió, dejándome ir.

—Te veré el próximo mes —dijo y, antes de que pudiera escupirle, se desvaneció.

++++

Encontré a Tamlin en su estudio; Lucien y otros dos guardias estaban parados alrededor del mapa que cubría la mesa de trabajo.

Lucien fue el primero en voltearse cuando me acerqué a la puerta, quedándose en silencio en medio de una oración. Pero cuando la cabeza de Tamlin se levantó, corrió atravesando la habitación tan rápido que apenas tuve tiempo de respirar antes de que me aplastara contra él, murmuré su nombre, mientras mi garganta quemada. Entonces...

Entonces él me alejó y me escaneó de la cabeza a los pies.

— ¿Estás bien? ¿Estás herida?

—Estoy bien —dije, notando el momento exacto en el que él se dio cuenta de la ropa de la Corte Oscura que llevaba, el pedazo de piel expuesto en mi estómago —, nadie me tocó.

Pero él siguió escaneando mi rostro, mi cuello. Luego me giró, examinando mi espalda, como si pudiera ver a través de las ropas. Me alejé de su agarre.

—He dicho que nadie me ha tocado.

Su respiración era pesada, sus ojos se veían salvajes.

—Estás bien —dijo. Luego lo dijo otra vez. Y otra vez.

Mi corazón se rompió, me estiré para acunar su rostro con mis manos.

—Tamlin —murmuré.

Lucien y los otros guardias, sabiamente, empezaron a salir. Mi amigo atrapó mi mirada mientras se iba, regalándome una sonrisa aliviada.

—Él puede dañarte de otras maneras —gruñó Tamlin, cerrando los ojos en respuesta a mí toque.

—Lo sé, pero estoy bien. De verdad que sí —dije, tan suavemente como pude. Luego noté el estado de las paredes del estudio, con marcas de garras en ellas. En todas ellas. Y la mesa que estaban usando... Era nueva.

—Destrozaste el estudio.

—Destrocé la mitad de la casa —dijo, inclinándose hacia delante para descansar su frente contra la mía —. Te apartó de mí, te robó...

—Y me dejó en paz.

Tamlin se alejó, gruñendo.

—Probablemente para que bajaras la guardia. No tienes idea de la clase de juegos que le gustan, de lo que es capaz de hacer...

—Lo sé —dije, incluso aunque las palabras supieran como ceniza en mi boca —. La próxima vez, tendré cuidado...

—No habrá próxima vez.

Parpadeé.

—¿Encontraste una forma de escapar del trato?

—No te dejaré ir.

—Él dijo que habría consecuencias por romper un trato mágico.

—Al demonio con las consecuencias. —Pero lo escuché como la amenaza vacía que era, y como le destruía. Ese era quien era él, lo que era él: protector, defensor. No podía pedirle que dejara de serlo... Que dejara de preocuparse por mí.

Me puse de puntillas y lo besé. Había tantas cosas que quería preguntarle, pero más tarde.

—Vamos al piso de arriba —dijo contra sus labios. Él deslizó sus brazos a mí alrededor.

—Te extrañé —dijo entre besos —. Enloquecí.

Eso era todo lo que necesitaba oír. Hasta que...

—Necesito hacerte unas preguntas.

Dejé escapar un bajo sonido en asentimiento, pero acerqué más mi rostro.

—Más tarde.

Su cuerpo era tan cálido, tan fuerte contra el mío, su esencia tan familiar...

Tamlin me agarró de la cintura, presionando su frente contra la mía.

—No, ahora —dijo, pero gimió suavemente cuando pasé mi lengua por sus dientes.

—Mientras...—Se inclinó hacia atrás, alejando su boca de la mía —. Mientras todo está fresco en tu memoria.

Me congelé, con una mano enredada en su cabello y la otra aferrando la parte trasera de su túnica.

— ¿Qué?

Tamlin dio un paso hacia atrás, sacudiendo su cabeza como si quisiera alejar el deseo que nublaba sus sentidos.

No habíamos estado separados tanto tiempo desde Amaranta ¿Y ahora quería presionarme por información de la Corte Oscura?

—Tamlin...

Pero él levantó una mano, sus ojos evitando los míos mientras llamaba a Lucien. Durante el tiempo que le tomó al emisario aparecer, arreglé mis ropas, el top se había subido, y peiné mi cabello con los dedos.

Tamlin simplemente caminó a su escritorio y se sentó, indicándome que tomara asiento frente a él.

—Lo siento —dijo suavemente, mientras los ociosos pasos de Lucien se acercaban—. Esto es por nuestro propio bien. Por nuestra seguridad.

Observé las destrozadas paredes, los muebles arrastrados y astillados ¿Qué pesadillas había sufrido, dormido y despierto, mientras yo estaba lejos? ¿Cómo había sido el imaginarme en manos de su enemigo, luego de haber visto lo que Amaranta me había hecho?

—Lo sé —murmuré finalmente —. Lo entiendo, Tamlin. — O eso intentaba. Simplemente me deslicé en la silla de respaldo bajo cuando Lucien entró, cerrando la puerta tras él.

—Me alegra verte de una pieza, Feyre—dijo, tomando asiento junto a mí—. Sin embrago, podría estar mejor sin las ropas de la Corte Oscura. —Tamlin gruñó en asentimiento. No dije nada. Aun así, entendía, realmente entendía, porque las ropas eran una afrenta para ellos. Tamlin y Lucien cruzaron miradas, hablando sin intercambiar palabra, de esa manera que sólo pueden hacerlo personas que han sido compañeros desde hacía siglos. Lucien dio un leve asentimiento y se recostó en su silla, para escuchar y observar.

—Necesitamos que nos digas todo —dijo Tamlin—. La estructura de la Corte Oscura, a quién viste, qué armas y poderes usaban, que hizo Rhys, con quien hablé, cada pequeño detalles que recuerdes.

—No me había caído en cuenta de que fuera una espía.

Lucien se removió en su asiento, pero Tamlin habló.

—Por mucho que odie tu trato, te ha sido concedido acceso a la Corte Oscura. Extranjeros rara vez pueden entrar, y si lo hacen, raramente salen en una pieza. Y si todavía viven, sus memorias usualmente están... alteradas. Lo que sea que Rhysand esconde allí, no quiere que nosotros lo descubramos.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Por qué quieres saber? ¿Qué vas a hacer?

—Conocer los planes de mi enemigo, su estilo de vida, es vital. Y en cuanto a lo que vamos a hacer... Eso no está ni aquí ni allí—. Sus ojos verdes me escrutaron —. Empieza con el lugar de la corte ¿Es cierto que está bajo una montaña?

—Esto se parece horriblemente a un interrogatorio.

Lucien respiró fuertemente, pero se mantuvo en silencio.

Tamlin apoyó sus manos en el escritorio.

—Necesitamos saber estas cosas, Feyre. O... ¿O es que no puedes recordar?— Por de sus nudillos asomaron las garras.

—Puedo recordarlo todo —dije —. Él no dañó mi mente —Y, antes de que me volvieran a preguntar, empecé a hablar de lo que había visto.

Porque confío en ti, había dicho Rhysand. Y quizás... Quizás él sí había alterado mi mente, incluso con las lecciones del escudo mental, porque describir los planos de su casa, de su corte, las montañas a su alrededor, fue como bañarme en aceite y lodo. Él *era* mi enemigo, me obligaba a mantener un trato que había cerrado de pura desesperación.

Seguí hablando, describiendo la habitación de la torre.

Tamlin me interrogó sobre las figuras de los mapas, haciéndome recordar cada palabra que Rhysand había dicho, hasta que mencioné lo que me había pesado la mayoría de la semana: los poderes que Rhys creía que yo tenía... y de los planes de Hiberno. Le conté sobre esa conversación con Mor, acerca del templo que había sido atacado (Cesere, me explicó Tamlin, era un puesto al norte de la Corte Oscura, y una de las pocas ciudades conocidas) y sobre Rhysand mencionando a dos personas llamadas Cassian y Azriel. Los rostros de ambos se tensaron con eso, pero no dijeron si los conocían o qué sabían sobre ellos. Así que les conté acerca de los Ilirianos, quienquiera que fuesen, y de que Rhysand había cazado a los traidores entre ellos. Cuando terminé, Tamlin estaba en silencio y Lucien prácticamente vibrando por las palabras reprimidas que moría por escupir.

— ¿Creen que pueda llegar a tener esas habilidades? —dije, obligándome a mí misma a sostener su mirada.

—Es posible —dijo Tamlin con calma.

—Y si es cierto...

—Sería un poder por el que otros Grandes Señores matarían. —Fue un esfuerzo quedarse quieta mientras su ojo de metal me escrutaba, como si buscara cualquier indicio de ese poder que podía correr por mi sangre—. Mi padre, por ejemplo, no estaría feliz de saber que perdió una gota de su poder, o de que la novia de Tamlin lo tiene ahora. Hará cualquier cosa para asegurarse de que no lo poseas, incluyendo matarte. Hay otros Grandes Señores que estarían de acuerdo. —Esa *cosa* bajo mi piel comenzó a agitarse.

—Nunca lo usaría contra nadie...

—No se trata de lo que vayas a hacer con él; se trata de que poseas una ventaja cuando no deberías —dijo Tamlin—. En el segundo en que una palabra sobre esto salga, tendrás un objetivo sobre tu espalda.

— ¿Lo sabías? —demandé. Lucien rehuyó a mi mirada — ¿Lo sospechabas?

—Esperaba que no fuera verdad —dijo cuidadosamente Tamlin—. Ahora que Rhys lo sospecha, no hay forma de saber lo que hará con esa información...

—Él quiere que entrene —No era tan estúpida como para mencionar el entrenamiento del escudo mental, no ahora.

—Entrenar atraería demasiada atención —dijo Tamlin—. No *necesitas* entrenar. Puedo protegerte de lo que sea que nos amenace.

Pero hubo un momento en que no pudo hacerlo. Cuando estuvo vulnerable y tuvo que verme ser torturada hasta la muerte. Y no pudo hacer nada para detener a Amaranta de...

No permitiría otra Amaranta. No permitiría que el Rey de Hiberno trajera sus bestias y lacayos aquí para lastimar a más personas. Para lastimarme a mí y a los míos. Para destruir el muro y lastimar a incontables más en su camino.

—Podría usar mis poderes contra Hiberno.

—Eso está fuera de discusión —dijo Tamlin—. Especialmente porque no habrá guerra ninguna contra Hiberno.

—Rhys dijo que la guerra es inevitable y que nos golpeará fuerte.

— ¿Y Rhys lo sabe todo? —dijo Lucien con sequedad.

—No, pero... Estaba preocupado. Él cree que yo podría hacer la diferencia en cualquier conflicto futuro.

Tamlin apretó los dedos, conteniendo sus garras.

—No tienes entrenamiento ni en batalla, ni en armas. E incluso si comenzara a entrenarte hoy, pasarían años antes de que pudieras sobrevivir en un campo de batalla inmortal. —Tomó un profundo respiro—. Así que, sin importar lo que él piense que puedes hacer, Feyre, no te tendré siquiera en ningún lugar *cerca* de un campo de batalla. Especialmente si significa revelar cualquier poder que puedas tener a nuestros enemigos. Estarías peleando contra Hiberno en el frente y contra enemigos de expresión amistosa a tu espalda.

—No me importa...

—A *mí* me importa —gruñó Tamlin. Lucien respiró fuerte—. A mí me importa si mueres, si sales herida, si estás en peligro cada segundo del resto de nuestras vidas. Así que no habrá ningún entrenamiento y mantendremos esto entre nosotros.

—Pero, Hiberno...

Lucien intervino con calma.

—Ya tengo mis fuentes trabajando en eso.

Le dirigí una mirada suplicante.

Lucien suspiró levemente y le habló a Tamlin.

—Quizás si la entrenáramos en secreto...

—Demasiados riesgos, demasiadas variables —replicó Tamlin—. No habrá ningún conflicto con Hiberno, ninguna guerra.

—Eso es un pensamiento esperanzado.

Lucien murmuró algo que sonó como una súplica al Caldero.

Tamlin se tensó.

—Descríbeme otra vez la sala del mapa. —Fue su única respuesta.

Fin de la discusión. No había espacio para discutir.

Nos observamos un momento, y se me hizo un nudo en el estómago. Él era el Gran Señor, *mi* Gran Señor. Era el escudo, el defensor de su gente. De mí. Y si mantenerme a salvo significaba que su gente podría mantener la esperanza, construir una nueva vida, que él podría hacerlo también... Yo podía ceder en esto. Podía hacerlo.

No eres súbdita de nadie.

Quizás Rhysand *había* alterado mi mente, con o sin escudos.

Sólo ese pensamiento fue suficiente para que volviera a administrarle detalles a Tamlin.

Capítulo 8

Traducido por Mais // Corregido por Rincone

Una semana después, llegó el Diezmo.

Había tenido todo un día con Tamlin, un día en que nos pasamos caminando, haciendo el amor en los jardines altos de un campo soleado y teniendo una cena privada y silenciosa, antes que fuera llamado a la frontera. No me dijo por qué o hacia dónde. Solo que debía quedarme en los jardines y que tendría a centinelas haciéndome guardia todo el tiempo.

Así que pasé a solas la semana, despertándome en mitad de la noche para lanzar mis entrañas, para sollozar por las pesadillas. Ianthe, si es que había sabido de la masacre de las hermanas en el norte, no dijo nada sobre ello en los pocos minutos que la vi. Y dado lo poco que *me* gustaba ser empujada a hablar sobre las cosas que me plagaban, opté por no sacar el tema durante las horas que venía a visitarme, ayudándome a elegir mi ropa, mi cabello, mis joyas, para el Diezmo.

Cuando le pedí que me explicara qué esperar, apenas dijo que Tamlin se encargaría de todo. Debía de verlo desde su lado, y observar.

Lo suficientemente fácil, y tal vez un alivio, no esperar hablar o actuar.

Pero había sido un esfuerzo no mirar el ojo tatuado en mi palma, recordar lo que Rhys me había gruñido.

Tamlin solo había regresado la noche anterior para supervisar el Diezmo de hoy. Intenté no tomarlo personal, no cuando él tenía tanta carga encima. Incluso si no me contara mucho sobre ello, más allá de lo que Ianthe había mencionado.

Sentada al lado de Tamlin, encima de un estrado en el gran vestíbulo del señorío de mármol y oro, soporté el sinfín de ojos, lágrimas, gratitud y bendiciones por lo que había hecho.

En su usual túnica con capucha de azul pálido, Ianthe estaba cerca a las puertas, ofreciendo bendiciones a aquellos que se iban, palabras de consuelo para quienes se vinieron abajo completamente en mi presencia, promesas que el mundo era mejor ahora, que el bien había ganado sobre el mal.

Después de veinte minutos, estaba casi inquieta. Después de cuatro horas, dejé de escuchar completamente.

Seguían llegando, los emisarios representando cada pueblo y gente en la Corte de Primavera, trayendo sus pagos en forma de oro o joyas, en pollos o semillas o ropa. No importaba qué fuera, mientras fuera igual a lo que ellos tenían. Lucien estaba al pie del estrado, enumerando cada monto, armando hasta los dientes como los otros diez centinelas en el vestíbulo. Era la sala de recepción — Lucien la había llamado así— pero se parecía como el infierno a una habitación del trono para mí. Me preguntaba si él lo había llamado así porque las otras palabras...

Había pasado mucho tiempo en otra habitación del trono. También Tamlin.

Y no había estado sentada en un estrado como él, sino arrodillándome ante este. Acercándome como la esbelta hada, de piel gris, escabulléndose desde el frente de la línea sin fin, a rebosar de Faes Altos y menores.

Ella no tenía ropa. Su cabello oscuro y largo caía sobre sus senos altos y firmes, y sus ojos grandes estaban completamente negros. Como una charca estancada. Y mientras se movía, la luz de la tarde brillaba en su piel iridiscente.

El rostro de Lucien se apretó con desaprobación, pero él no hizo comentario alguno mientras las hadas menores bajaban su rostro puntiagudo y delicado y apretaban sus delgados dedos sobre sus senos.

—En nombre de los Espectros acuáticos¹, saludo al Gran Señor —dijo ella, su voz extraña y en silbante, sus labios llenos y sensuales revelaron unos dientes tan filudos y ásperos como los de un lucio². Los ángulos filudos de su rostro acentuaron esos ojos negros como el carbón.

Había visto antes a los de su clase. En el estanque justo pasando el borde del feudo. Había cinco de ellas que vivían entre las cañas y nenúfares. Apenas había visto más que sus cabezas brillantes saliendo a través de la superficie vidriosa — nunca había conocido lo horrorosas que eran de cerca. Gracias al Caldero nunca había ido a nadar en ese estanque. Tenía el presentimiento que me agarraría con esos dedos de aleta—esas uñas ásperas enterrándose profundamente—y me jalaban debajo de la superficie antes de poder gritar.

¹ La idea de los Espectros-Acuáticos (Water-Wraiths en inglés) se originó en Escocia. Un Wraith es como una aparición, un espectro, una visión, una imagen irreal, y un Water-Wraith es un espíritu que preside en las aguas. Se suponen que toman la forma de mujeres delgadas y viejas con rasgos fruncidos, y se visten de verde. Los Water-Wraiths intentan llevarse a viajeros hacia la muerte, al ahogarlos. Viven en el agua.

² Un tipo de pez

—Bienvenida —dijo Tamlin. Cinco horas y se veía tan fresco como había estado en la mañana.

Supuse que con sus poderes de vuelta, pocas cosas lo cansaban ahora.

La Espectro acuática se acercó, sus pies de aleta y con garras, de un gris moteado. Lucien tomó un paso casual entre nosotras.

Ese era el motivo por el que se había situado a mi lado en el estrado.

Apreté mis dientes. ¿Quién iba a pensar que nos atacarían en nuestra propia casa, en nuestra propia tierra, si no estaban convencidos que los de Hiberno podrían lanzar un ataque? Incluso Ianthe había detenido su silencioso murmullo a las espaldas del vestíbulo para monitorear el encuentro.

Aparentemente, esta conversación no era la misma que las otras.

—Por favor, Gran Señor —el hada estaba diciendo, haciendo una reverencia tan baja que su cabello de tinta acarició el mármol—. No quedan peces en el lago.

El rostro de Tamlin era granito puro.

—A pesar de eso, se espera que pagues. —La corona encima de su cabeza brillaba en la luz de la tarde. Hecha a mano con esmeraldas, zafiros y piedras preciosas, el oro había sido moldeado en una corona de flores de primavera. Una de las cinco coronas que pertenecían a su línea de sangre.

El hada expuso sus palmas, pero Tamlin la interrumpió.

—No hay excepciones. Tienes tres días para presentar lo que debes, u ofrecer el doble en el próximo Diezmo.

Fue un esfuerzo evitar quedarme boquiabierta ante el rostro inamovible y las palabras despiadadas. A la espalda, Ianthe hizo un asentimiento de confirmación a nadie en particular.

Los Espectro acuáticos no tenían nada que comer, ¿cómo podía esperar que ella le *diera* comida?

—Por favor —susurró, a través de sus dientes puntiagudos, su piel plateada y moteada, brillaba al tiempo que empezaba a temblar—. No queda nada en el lago.

El rostro de Tamlin no cambió.

—Tienes tres días...

—¡Pero no tenemos oro!

—*No* me interrumpas —dijo él. Aparté la mirada, incapaz de aguantar ese rostro sin piedad.

Ella enterró su cabeza aún más abajo.

—Mis disculpas, mi señor.

—Tienes tres días para pagar o traerás el doble el próximo mes —repitió—. Si fallas en hacerlo, ya conoces las consecuencias.

Tamlin ondeó una mano como despedido. La conversación había terminado.

Después de una mirada de esperanza y final hacia Tamlin, ella se alejó de la cámara. La siguiente hada—una cabra con patas de cervatillo tendiendo lo que parecía una canasta de hongos—pacientemente esperaba a ser invitado a acercarse al estrado.

Me volteé hacia Tamlin—: No necesitamos una canasta de peces —murmuré—. ¿Por qué hacerla sufrir así?

Movió sus ojos hacia donde Ianthe había dado un paso a lado para dejar pasar a la criatura, una mano en las joyas de su cinturón. Como si la mujer fuera a arrancárselas justo ahí para usarlo como pago. Tamlin frunció el ceño.

—No puedo hacer excepciones. Una vez que lo haces, todos demandarán el mismo trato.

Apreté los brazos de mi silla, un pequeño asiento de roble al lado de su trono gigante de rosas talladas.

—Pero nosotros no *necesitamos* estas cosas. ¿Por qué necesitamos una lana dorada, o un tarro de mermelada? Si ya no le quedan peces, tres días no harán la diferencia. ¿Por qué dejarla morir de hambre? ¿Por qué no ayudarla a reponer el estanque?

Había pasado suficientes años con un estómago adolorido por no ser capaz de llenarlo, de querer gritar por la injusticia.

Sus ojos esmeraldas se suavizaron como si leyera cada pensamiento en mi rostro, pero dijo—: Porque es como funciona. Esa es la forma en que mi padre lo hacía, y su padre, y la forma en que mi hijo deberá hacerlo. —Ofreció una sonrisa y alcanzó mi mano—. Algún día.

Algún día. Si es que nos casábamos. Si algún día me volvía en algo menos que una carga, y ambos escapáramos las sombras cazándonos. No habíamos empezado el tema para nada. Ianthe, piadosamente, no había dicho nada tampoco.

—Aún podemos ayudarla, encontrar alguna manera de mantener lleno ese estanque.

—Tenemos suficiente con qué lidiar. Darle caridad no la ayudará a largo plazo.

Abrí mi boca, pero la cerré. No era el momento de discutir. Así que aparté mi mano de la suya mientras él señalaba a la cabra con patas de cervatillo a acercarse finalmente.

—Necesito aire fresco —dije, y me deslicé de mi silla. No le di a Tamlin la oportunidad de oponerse antes que saliera del estrado. Intenté no notar los tres centinelas que Tamlin había enviado tras de mí, o la línea de emisarios que se quedaron boquiabiertos y susurraron mientras cruzaba el vestíbulo.

Ianthe intentó atraparme mientras yo pasaba, pero la ignoré.

Alcancé las puertas principales y caminé tan rápido como pude mientras pasaba la fila de gente, deslizándome por las escaleras y hacia la grava del accionamiento principal. A través de la celosía de varios cuerpos, Altos Fae y hadas menores parecidos, encontré a la Espectro retirándose, dirigiéndose alrededor de la esquina de nuestra casa, hacia el estanque de más allá de los jardines. Caminaba con dificultad, limpiando sus ojos.

—Discúlpame —la llamé, alcanzando su paso, los centinelas en mi camino, mantuvieron una distancia de respeto detrás de mí.

Ella se detuvo al borde de la casa, girando con suavidad más allá de lo normal. Evadí la urgencia de retroceder un paso ante esos rasgos sobrenaturales que me devoraban. Quedándome a solo unos pasos, los guardias nos monitoreaban con las manos en sus dagas.

Su nariz no era más que dos hendiduras y unas branquias delicadas aletearon detrás de sus orejas. Incluyó su cabeza ligeramente. No una completa

reverencia, porque yo no era alguien, pero reconociendo que era el juguete del Gran Señor.

—¿Sí? —siseó, sus dientes de lucio brillaron.

—¿De cuánto es tu Diezmo?

Mi corazón latía más rápido mientras contemplaba los dedos de aletas y los dientes filudos. Tamlin una vez me había dicho que los Espectros-acuáticos comían de todo. Y si no quedaban peces...

—¿Cuánto oro quiere él, cuánto valen tus peces en oro?

—Mucho más de lo que tienes en tu bolsillo.

—Entonces —dije, desabrochando un brazalete decorado con rubíes de mi muñeca, uno que Ianthe me había dicho que combinaba mejor con mi color que el plateado que siempre usaba. Se lo ofrecí—. Toma esto.

Antes de que pudiera agarrarlo, arranqué el collar de oro de mi garganta y los aretes de diamante en forma de lágrimas de mis orejas.

—Dale lo que le debes, luego cómprate un poco de comida —dije, tragando mientras sus ojos se ampliaban. La aldea cercana tenía un pequeño mercado cada semana, con vendedores jóvenes y uno que yo esperaba ayudar a prosperar. De algún modo.

—¿Y qué pides a cambio?

—Nada. Es...no es un trato. Solo tómallo. —Extendí más mis manos—. Por favor.

Frunció el ceño ante las joyas colgando de mis manos.

—¿No deseas nada a cambio?

—Nada. —Las hadas en la línea ahora miraban desvergonzadas—. Por favor, solo tómalas.

Con una última mirada, sus dedos fríos y pegajosos rozaron los míos, alzando la joya. Brilló como luz en el agua, en sus manos de aleta.

—Gracias —dijo, e hizo una reverencia más profunda esta vez—. No olvidaré vuestra bondad. —Su voz se deslizó sobre las palabras, y temblé de nuevo

mientras sus ojos negros amenazaban con tragarme por completo—. Tampoco ninguna de mis hermanas.

Caminó de regreso al feudo, los rostros de mis tres centinelas se apretaban con reproche.

++++

Me senté a la mesa con Lucien y Tamlin. Ninguno de los dos habló, pero la mirada de Lucien se mantuvo rebotando de mí hacia Tamlin, luego a su plato.

Después de diez minutos de silencio, dejé mi tenedor y le dije a Tamlin—: ¿Qué sucede?

Tamlin no vaciló.

—Ya sabes de qué se trata.

No respondí.

—Le diste a la Espectro-acuático tus joyas. Joyas que yo te di.

—Tenemos una maldita casa llena de oro y joyas.

Lucien tomó una respiración profunda que sonaba mucho como: Aquí vamos.

—¿Por qué no debería habérselas dado? —demandé—. Esas cosas no significan nada para mí. ¡Nunca he usado la misma joya dos veces! ¿A quién le importa?

Los labios de Tamlin formaron una línea.

—Porque *rompes* las leyes de esta corte cuando actúas así. Porque es así como se *hacen* las cosas aquí, y cuando le entregaste a esa hada glotona el dinero que necesita, me hace—hace que toda la corte—se vea *débil*.

—No me hables así —dije, apretando mis dientes. Él golpeó su mano en la mesa, las garras salieron a través de su carne, pero me incliné hacia adelante, rozando mis propias manos en la madera—. Aún no tienes idea de lo que fue para mí estar al borde del hambre durante meses. Y puedes decirle glotona todo lo que quieras, pero yo también tengo hermanas y recuerdo lo que se sentía volver a casa sin nada para comer.

Calmé mi pecho pesado, y esa fuerza debajo de mi piel se movió, ondulándose junto con mis huesos.

—Así que puede que se gaste todo ese dinero en cosas estúpidas, tal vez ella y sus hermanas no tengan auto-control. Pero yo no voy a dejar que eso sea posible y dejarlas morir de hambre, por una regla *ridícula* que tus ancestros inventaron.

Lucien aclaró su garganta.

—Ella no quiere hacer ningún daño, Tam.

—Sé que no quiere hacer ningún daño —espetó.

Lucien mantuvo su mirada.

—Cosas peores han sucedido, cosas peores *pueden* suceder. Solo relájate.

Los ojos esmeraldas de Tamlin fueron fieros mientras le ladraba a Lucien—: ¿Te pedí tu opinión?

Esas palabras, la *mirada* que le dio a Lucien y la forma en que éste bajó su cabeza hizo que mi temperamento fuera un río de fuego en mis venas. *Alza la mirada*, le imploré silenciosamente. Devuélveselo. *Él está equivocado, y nosotros en lo correcto*. La mandíbula de Lucien se apretó. Esa fuerza me hizo vibrar de nuevo, filtrándose hacia afuera, lanzándose por Lucien. *No te quedes callado...*

Entonces me había ido.

Aun allí, todavía viendo a través de mis ojos pero también medio mirando a través de otro ángulo en la habitación, otro punto de vista de una persona.

Las ideas me golpearon, imágenes y recuerdos, un patrón de pensamiento y sensación de antaño, e inteligente y triste, tan interminablemente triste y con sentimiento de culpa, sin esperanza...

Luego volví, parpadeando, nada más que el latido de corazón que había pasado mientras miraba boquiabierta a Lucien.

Su cabeza. Había estado adentro de su cabeza, me había deslizado a través de sus muros mentales...

Me puse de pie, arrojando mi servilleta sobre la mesa con manos que estaban desconcertadamente firmes.

Sabía de dónde venía ese *don*. Mi comida se alzó en mi garganta, pero deseaba que regresara a su sitio.

—No hemos terminado con esta comida —gruñó Tamlin.

—Oh, supéralo —ladré, y me fui.

Podría jurar haber notado dos huellas en la madera, saliendo debajo de mi servilleta. Rogaba que ninguno de los dos lo hubiera notado.

Y que Lucien permaneciera ignorante a la violación que acababa de cometer.

Capítulo 9

Traducido por Mais // Corregido por Rincone

Caminé por mi habitación durante un rato. Tal vez me había equivocado cuando vi esas quemaduras, tal vez habían estado ahí antes. Tal vez no había convocado calor y marcado la madera. Tal vez no me había deslizado dentro de la mente de Lucien como si me estuviera moviendo de una habitación a la otra.

Como siempre lo hacía, Alis apareció para ayudarme a cambiarme para la cama. Mientras me sentaba ante la vanidad, dejando que ella peinara mi cabello, me encogí ante mi reflejo. El morado debajo de mis ojos se veía permanente ahora, mi rostro pálido. Incluso mis labios estaban algo pálidos y suspiré al tiempo que cerraba mis ojos.

—Le diste tus joyas a un Espectro-acuático —reflexionó Alis y encontré su reflejo en el espejo. Su piel marrón se veía como cuero aplastado y sus ojos oscuros brillaron por un momento antes de enfocarse en mi cabello—. Son un poco resbaladizas.

—Ella dijo que se estaban muriendo de hambre, que no tenían comida —murmuré.

Gentilmente, Alis hizo una maraña.

—Hoy en día, ninguna hada le habría dado el dinero. Nadie se hubiese atrevido. Muchas se han ido a una tumba de agua debido al hambre. Al apetito insaciable, es su maldición. Tus joyas no le durarán ni una semana.

Golpeé el suelo con un pie.

—Pero —continuó Alis, dejando el peine para hacerme una trenza simple. Sus dedos largos y delgados arañaron a través de mi cuero cabelludo—. Jamás lo olvidará. Mientras viva, sin importar lo que dijiste, estará en deuda contigo.

Alis terminó la trenza y palmeó mi hombro.

—Muchas hadas han probado el hambre en estos últimos cincuenta años. No creas que no correrán las habladurías de lo ocurrido.

Tenía miedo de eso más que nada.

++++

Fue antes de medianoche cuando me cansé de esperar, caminé por los corredores silenciosos y oscuros y lo encontré en su estudio, por una vez a solas.

Una caja de madera envuelta con un lazo rosado estaba en la mesa pequeña entre las sillas mellizas.

—Estaba a punto de subir —dijo, alzando su cabeza para hacer una rápida revisión de mi cuerpo para asegurarse de que estaba completamente bien, todo estaba bien—. Deberías de estar dormida.

Cerré la puerta detrás de mí. Sabía que no sería capaz de dormir, no con las palabras que nos habíamos gritado todavía sonando en mis oídos.

—Tú también —dije, mi voz tan tenue como la paz entre nosotros—. Trabajas muy duro.

Crucé la habitación para inclinarme contra la silla, mirando el regalo al tiempo que Tamlin me miraba.

—¿Por qué crees que tengo tan poco interés en ser Gran Señor? —dijo, levantándose de su asiento para rodear la mesa. Besó mi ceja, la punta de mi nariz, mi boca—. Tanto papeleo —refunfuñó en mis labios. Me reí, pero él presionó su boca contra el punto desnudo entre mi cuello y mi hombro—. Lo siento —murmuró y mi espina dorsal cosquilleó. Besó de nuevo mi cuello—. Lo siento.

Corrí una mano por su brazo.

—Tamlin —empecé.

—No debí de haber dicho esas cosas —respiró contra mi piel—. A ti o a Lucien. No fue con intención.

—Lo sé —dije y su cuerpo se relajó contra el mío—. Siento haberte hablado bruscamente.

—Tenías todo el derecho —dijo aunque técnicamente no lo tenía—. Estuve mal.

Lo que había dicho era verdad, si hacía excepciones, entonces otras hadas demandarían el mismo trato. Y lo que yo había hecho *podría* interpretarse como un debilitamiento.

—Tal vez yo...

—No. Tenías razón. No entiendo lo que significa morir de hambre o algo similar.

Me aparté un poco para inclinar mi cabeza hacia el regalo esperando ahí, más que deseosa que esto fuera el final. Le di una pequeña y torcida sonrisa.

—¿Para ti?

Mordió mi oreja en respuesta.

—Para ti. De mí parte. —Una disculpa.

Sintiéndome más ligera después de días, solté el lazo y examiné la pálida caja de madera de abajo. Tal vez era dos pies de alto y tres pies de ancho, una manija de hierro sólido anclado en lo alto, ninguna cresta o letra para indicar qué podía haber dentro. Sin duda no era un vestido, pero...

Por favor que no sea una corona.

Aunque, seguramente, una corona o una diadema estaría en algo menos...rudimentario.

Desenganché la pequeña cerradura de bronce y abrí la amplia tapa.

De hecho, era algo peor que una corona.

Construido dentro de la caja había compartimientos, hojas y sostenedores, todos llenos de pinceles y pinturas y carboncillo y hojas de papel. Un equipo de pintura de viaje.

Roja, la pintura roja dentro del vial de vidrio era tan brillante, el azul tan aturdidor como los ojos de esa hada que había degollado...

—Pensé que te gustaría llevártelo contigo por el jardín. En lugar de arrastrar todas esas bolsas como siempre haces.

Los pinceles eran frescos, brillantes, las cerdas suaves y limpias.

Mirando esa caja, a lo que estaba adentro, se sentía como examinar el cuerpo de un cuervo.

Intenté sonreír. Intenté llevar algo de brillo a mis ojos.

Él dijo—: No te gusta.

—No —intenté decir—. No es eso, es maravilloso.

Y lo era. Realmente lo era.

—Pensé que si empezabas a volver a pintar... —Esperé a que terminara.

No lo hizo.

Mi rostro se acaloró.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté silenciosamente—. ¿El papeleo te ayudará con algo?

Me atreví a ver sus ojos. El mal genio se encendía en ellos. Pero dijo—: No estamos hablando de mí. Estamos hablando sobre ti.

Estudí la caja y a lo que contenía de nuevo.

—¿Se me permitirá ir por donde desee pintar? ¿O también habrá una escolta?

Silencio.

Un no, y un sí.

Empecé a temblar, pero por mí, por *nosotros*, me hice a mí misma decir—: Tamlin, Tamlin, no puedo...no puedo vivir mi vida con guardias alrededor mío día y noche. No puedo vivir con esa...sofocación. Solo déjame ayudarte, déjame trabajar contigo.

—Me has dado suficiente, Feyre.

—Lo sé. Pero... —Lo enfrenté. Encontré su mirada, el completo poder del Gran Señor de la Corte de Primavera—. Es más difícil que me maten ahora. Soy más rápida, más fuerte...

—Mi familia era más rápida y fuerte que tú. Y fueron asesinados con bastante facilidad.

—Entonces cástate con alguien que pueda estar a la altura.

Parpadeó. Lentamente. Luego dijo con una suavidad terrible—: ¿Entonces, no te quieres casar conmigo?

Intenté no mirar el anillo en mi dedo, a la esmeralda.

—Por supuesto que sí. *Por supuesto que sí.* —Mi voz se rompió—. Pero tú...Tamlin. —Las paredes se me echaban encima. El silencio, los guardias, las miradas. Lo que había visto hoy en el Diezmo—. Me estoy ahogando —logré decir—. Me estoy ahogando. Y mientras más hagas esto, cuantas más guardias...bien podrías estar hundiendo mi cabeza debajo del agua.

Nada en esos ojos, en ese rostro.

Pero entonces...

Chillé y el instinto tomó el control cuando su poder explotó a través de la habitación.

Las ventanas se destrozaron.

Los muebles se rompieron.

Y esa caja de pinturas y pinceles y papel...

Explotó en tierra, vidrio y madera.

Capítulo 10

Traducido por Candy27 // Corregido por Rin

Una respiración, y el estudio estaba intacto.

Al siguiente, solo quedaban esquivas de nada, una cascara de una habitación.

Nada de eso me había tocado desde donde me había dejado caer en el suelo, con mis manos sobre mi cabeza.

Tamlin estaba jadeando, sus irregulares respiraciones eran casi como gemidos.

Yo estaba temblando, temblando tan fuerte que pensaba que mis huesos se astillarían como lo habían hecho los muebles, pero me obligué a bajar mis brazos y mirarle.

Había devastación en esa cara. Y dolor. Y miedo. Y pena.

Alrededor mío no habían caído escombros, como si me hubiera escudado.

Tamlin tomó un paso hacia mí, sobre ese límite invisible.

Retrocedió como si se hubiera golpeado contra algo sólido.

—Feyre —carraspeó.

Dio un paso adelante otra vez, y esa línea lo detuvo.

—Feyre, por favor —respiró.

Y me di cuenta de que la línea, esa burbuja de protección...

Venía de mí.

Un escudo. No solo uno mental, sino uno físico también.

No sabía de qué Gran Señor provenía, quien controlaba el aire o el viento o algo de eso. A lo mejor uno de las cortes Solares. No me importaba.

—Feyre —gimió Tamlin una tercera vez, empujando su mano contra lo que parecía una invisible y curvada parte de aire endurecido—. *Por favor. Por favor.*

Esas palabras rompieron algo en mi interior. Me abrieron.

A lo mejor también rompieron ese escudo de aire sólido, porque su mano pasó a través.

Después caminó por encima de la línea que dividía el orden del el caos, el peligro de la seguridad.

Se dejó caer sobre sus rodillas, tomando mi cara entre sus manos.

—Lo siento, lo siento.

Yo no podía parar de temblar.

—Lo intentaré —Suspiró—. Intentaré mejorar. A veces no... no puedo controlarlo. La rabia. Hoy simplemente... hoy ha sido malo. Con el Diezmo, con todo. Hoy... vamos a olvidarlo, vamos a superarlo. Por favor.

No luché mientras deslizaba sus brazos alrededor mío, cogiéndome lo suficientemente apretado como para que su calor me calara. Enterró su cara en mi cuello y dijo sobre mi nuca, como si las palabras fueran absorbidas por mi cuerpo, como si pudiera decirlo solo de la manera que siempre había sido bueno comunicando, piel con piel:

—No pude salvarte antes. No pude protegerte de ellos. Y cuando dices eso, sobre... sobre mi ahogándote... ¿Soy mejor de lo que ellos lo fueron?

Debería haberle dicho que no era verdad, pero... había hablado desde el corazón. O lo que quedaba de él.

—Intentaré mejorar —dijo otra vez—. Por favor, dame más tiempo. Déjame... déjame controlar esto. Por favor.

¿Controlar qué? Quería preguntar. Pero las palabras me habían abandonado. Me di cuenta de que no había hablado todavía.

Me di cuenta de que estaba esperando una respuesta, y de que no tenía una.

Así que puse mis brazos alrededor de él, porque cuerpo con cuerpo era la única forma que podía hablar, también.

Fue respuesta suficiente.

—Lo siento —dijo otra vez. No dejó de murmurarlo por unos minutos.

Has dado suficiente, Feyre.

A lo mejor tenía razón. Y a lo mejor no quedaba nada más que dar, de todas formas. Miré sobre su hombro mientras le sujetaba.

La pintura roja había quedado salpicada por toda la pared detrás de nosotros. Y mientras veía como se deslizaba hacia abajo por la pared de madera rota, pensé que parecía sangre.

++++

Tamlin no dejó de disculparse durante días. Me hizo el amor, por la mañana y por la noche. Adoró mi cuerpo con sus manos, su lengua, sus dientes. Pero eso nunca había sido la parte difícil. Nosotros soloe nos equivocábamos con el resto.

Pero él cumplió su palabra.

Hubo menos guardias mientras caminaba por el terreno. Algunos quedaban, pero no se seguían los talones. Incluso monté a través del bosque sin escolta.

A pesar de que sabía que el mozo del establo le había dicho a Tamlin el momento en que me había ido, y el que había regresado.

Tamlin nunca mencionó ese escudo de aire sólido que había usado contra él. Y las cosas fueron suficientemente bien para que no me atreviera a mencionarlo tampoco.

++++

Los días pasaron en un borrón. Tamlin estaba fuera más a menudo que otras veces, y cuando volvía, no me decía nada. Desde hacía un tiempo había dejado de molestarle en busca de respuestas. Un protector, eso es lo que él era, y lo que siempre sería. Lo que *yo* había querido cuando estaba fría y dura y triste; lo que había necesitado para derretir el hielo de esos amargos años a punto de la inanición.

No tuve el valor de preguntarme lo qué quería o necesitaba ahora. En quien me había convertido.

Así que con la desocupación como mi única opción, pasé mis días en la biblioteca. Practicando mi lectura y mi escritura. Añadiendo a ese escudo mental, ladrillo tras ladrillo, capa tras capa. A veces viendo si podía convocar esa pared física de aire sólido también. Saboreando el silencio, incluso cuando se arrastraba por mis venas, mi cabeza.

Algunos días, no hablaba con nadie. Ni siquiera con Alis.

Me despertaba cada noche, temblando y jadeando. Y me alegraba de que Tamlin no estuviera allí para ser testigo de eso. Cuando yo, tampoco, era testigo de cómo se levantaba de repente de su sueño, frío y con el sudor cubriendo su cuerpo. O cambiando a su bestia y quedándose despierto hasta el amanecer, monitoreando la finca en busca de amenazas. ¿Qué podía decir para calmar esos miedos, cuando yo era la fuente de muchos de ellos?

Pero él volvió por una estancia prolongada dos semanas después del Diezmo, y decidí intentar hablar, interactuar. Le debía el intentarlo. Me lo debía a mí misma.

Él pareció tener la misma idea. Y por primera vez en un tiempo... las cosas se sintieron normales. O tan normales como podían ser.

Me desperté una mañana con el sonido de voces bajas y profundas en el pasillo fuera de mi dormitorio. Cerrando los ojos, me acurruqué en la almohada y me cubrí con las sábanas hasta la cabeza. A pesar de nuestro revolcón matutino en las sábanas, me estaba levantando tarde todos los días, a veces ni me molestaba en salir de la cama hasta la hora de la comida.

Un gruñido cortó a través de las paredes, y abrí los ojos otra vez.

—Vete —advirtió Tamlin.

Hubo una respuesta tranquila, demasiado suave para entenderla más allá de básicos murmullos.

—Lo diré una última vez...

Fue interrumpido por esa voz, y los pelos de mi brazo se elevaron. Estudié el tatuaje de mi antebrazo mientras contaba los días. No, no, este día no podía haber llegado tan pronto.

Quitando las sábanas a patadas, corrí hacia la puerta, dándome cuenta a mitad de camino que estaba desnuda. Gracias a Tamlin, mis ropas habían sido hechas tiras y lanzadas a través de la habitación, y no tenía una bata a mano. Agarré una manta de una silla cercana y me la envolví alrededor antes de abrir la puerta.

Claro que sí, Tamlin y Rhysand estaban de pie en el pasillo. En cuanto escuchó abrirse la puerta, Rhys se volvió hacia mí. La sonrisa que tenía en su cara flaqueó.

—Feyre. —Los ojos de Rhys se entretuvieron, tomando cada detalle—. ¿Te estás quedando sin comida aquí?

—¿Qué? —demandó Tamlin.

Esos ojos violetas se volvieron fríos. Rhys extendió una mano hacia mí.

—Vámonos.

Tamlin estuvo frente al rostro de Rhysand en un instante, y yo me encogí.

—Lárgate —dijo señalando hacia la escalera—. Ella irá a ti cuando esté preparada.

Rhysand simplemente cepilló un rastro de polvo invisible de la manga de Tamlin. Una parte de mí admiró el auténtico valor que debió tomar. Tener los dientes de Tamlin a pulgadas de tu garganta, me habría hecho entrar en pánico.

Rhys me echó una mirada.

—No, no lo habrías hecho. Por lo que tus recuerdos me proporcionan, la última vez que los dientes de Tamlin estuvieron cerca de tu garganta, tú le

abofeteaste la cara. —Subí de un golpe las barreras que había olvidado, frunciendo el ceño.

—*Cierra la boca* —dijo Tamlin, poniéndose entre nosotros dos— *Y vete.*

El Gran Señor cedió un paso hacia las escaleras y deslizó sus manos a sus bolsillos.

—Realmente deberías inspeccionar tus guardas. El caldero sabe qué otro tipo de gentuza podrían entrar aquí tan fácil como lo he hecho yo. —Otra vez, Rhys me evaluó, su mirada era dura—. Ponte algo de ropa.

Le mostré mis dientes mientras caminaba de vuelta a mi habitación. Tamlin iba detrás de mí, cerrando la puerta lo suficiente fuerte como para que los candelabros temblaran, haciendo que la luz oscilara sobre las paredes.

Solté la manta y fui a zancadas hacia el guardarropa al otro lado de la habitación, el colchón gruñó detrás de mí cuando Tamlin se sentó en la cama.

— ¿Cómo ha conseguido entrar? —pregunté, abriendo de un golpe las puertas y rebuscando a través de mi ropa hasta que encontré el vestido turquesa de la Corte Oscura que le había pedido a Alis que guardara. Sabía que ella había querido quemarlo, pero le dije que de todos modos terminaría trayendo otro conjunto.

—No lo sé —dijo Tamlin. Me puse mis pantalones, dándome la vuelta para encontrarlo pasándose una mano a través del pelo. Sentí la mentira detrás de sus palabras—. Él solo...solo es parte de algún tipo de juego suyo.

Me pasé por la cabeza corta camiseta.

—Si la guerra se acerca, más vale que intentemos arreglar las cosas. —No habíamos hablado de ese tema desde el día que había regresado. Escarbé en el fondo del guardarropa en busca de unos zapatos plateados que hicieran juego, y me volví hacia él mientras me los ponía.

—Empezaré a arreglar cosas el día que te libere de tu trato.

—A lo mejor está alargando el trato de modo que estés tentada a escucharlo. —Di unas zancadas hasta donde estaba sentado en la cama, mis pantalones quedaban un poco más sueltos alrededor de mi cintura que el mes pasado.

—Feyre —dijo alcanzándome, pero di un paso fuera de su alcance—. ¿Por qué necesitas saber estas cosas? ¿No es suficiente recuperar la paz? Te ganaste eso para ti misma. Te lo *ganaste*. He relajado el número de centinelas; Lo he estado intentando... intentando mejorar sobre eso. Así que deja el resto de esto... —Tomó una respiración para estabilizarse—. Este no es el momento para esta conversación.

Nunca era el momento para *esta* conversación, o *aquella* conversación. Pero no lo dije. No tenía la energía para decirlo, y todas las palabras se secaron y volaron lejos. Así que memoricé las líneas de la cara de Tamlin, y no luché cuando me empujó contra su pecho y me sujetó apretadamente.

Alguien tosió desde la entrada, y el cuerpo de Tamlin se congeló alrededor mío.

Pero ya había tenido suficiente de peleas y gruñidos, y volvía a ese lugar abierto y sereno en lo alto de la montaña... Parecía mejor que esconderse en la biblioteca.

Me aparté, y Tamlin se detuvo mientras yo caminaba de regreso al pasillo.

Rhys frunció el ceño hacia mí. Me debatí si ladrarle algo desagradable, pero habría requerido más fuego del que tenía, y habría requerido que me importara lo que pensara.

La cara de Rhys se volvió ilegible mientras extendía una mano.

Solo para que Tamlin apareciera detrás de mí y empujara esa mano hacia abajo.

—Terminas aquí con el trato, en este momento, y te daré lo que quieras. Cualquier cosa.

Mi corazón se detuvo.

—¿Estás loco?

Tamlin no hizo más aparte de parpadear en mi dirección.

Rhysand simplemente levantó una ceja.

—Ya tengo todo lo que quiero. —Caminó alrededor de Tamlin como si fuera una pieza de mobiliario y tomó mi mano. Antes de que pudiera decir adiós, un viento negro no elevó, y nos habíamos ido.

Capítulo 11

Traducido SOS por Mais // Corregido por Rincone

—¿Qué diablos te sucedió? —dijo Rhysand antes que la Corte Oscura apareciera completamente alrededor de nosotros.

—¿Por qué no solo miras dentro de mi cabeza? —Incluso mientras lo decía, las palabras no eran de ataque. No me molesté en hacerlo a un lado mientras me apartaba de su agarre.

Me dio un guiño.

—¿Dónde estaría la diversión en eso?

No sonreí.

—¿No me vas a lanzar ningún zapato esta vez? —Casi podía ver las otras palabras en sus ojos. *Vamos. Juega conmigo.*

Me dirigí hacia las escaleras que me llevarían a mi habitación.

—Desayuna conmigo —dijo.

Hubo una nota en esas palabras que hizo que me detuviera. Una nota de lo que podría haber jurado era desesperación. Preocupación. Me di media vuelta y mi ropa suelta se deslizó sobre mis hombros, en mi cintura. No me había dado cuenta la cantidad de peso que había perdido. A pesar de que las cosas estaban regresando a la normalidad.

—¿No tienes otras cosas con las que lidiar? —dije.

—Por supuesto que sí —dijo, encogiéndose de hombros—. Tengo tantas cosas con las que lidiar que a veces me tienta la idea de darle rienda suelta a mi poder a través del mundo y dejar la mesa limpia. Solo para comprarme algo de jodida paz. —Sonrió, haciendo una reverencia hasta la cintura. Incluso esa mención casual de su poder falló en hacerme estremecer—. Pero siempre haré tiempo para ti.

Estaba hambrienta, todavía no había comido. Y eso era preocupación brillando detrás de esa pícara e insufrible sonrisa. Así que le hice un gesto para que liderara el camino hacia esa familiar mesa de vidrio al final del pasillo.

Caminamos a una distancia casual. Cansada. Estaba tan...cansada.

Cuando estuvimos casi a la mesa, Rhys dijo—: Este mes sentí un miedo punzante a través de nuestro amoroso lazo. ¿Ha pasado algo excitante en esa maravillosa Corte de Primavera?

—No es nada —dije. Porque así era. Y no era de su incumbencia.

Lo miré de reojo —y fue ira, no preocupación— destelló en esos ojos. Podría haber jurado que la montaña detrás de nosotros tembló en respuesta.

—Si ya lo sabes —dije, fríamente—, ¿entonces por qué preguntas?

Me dejé caer sobre mi silla mientras él se deslizaba en la suya.

Dijo silenciosamente—: Porque estos días todo cuanto escucho a través de este lazo es nada. Silencio. Incluso con tus escudos alzados tan impresionantemente la mayoría del tiempo, debería ser capaz de *sentirte*. Y aun así, no lo hago. A veces tiro del lazo solo para asegurarme de que sigues viva. —La oscuridad se fue consumiendo—. Y entonces de repente un día, estoy en medio de una reunión importante cuando el terror puro explota a través del lazo. Todo lo que obtuve fueron destellos de tú y de él, y después nada. El silencio regresó. Me gustaría saber qué causó esa ruptura.

Me serví de los platos de comida, apenas preocupándome de lo que había sido servido en la mesa.

—Fue una discusión y el resto no es de tu incumbencia.

—¿Es por eso que te ves como si tu pena, tu culpa y tu ira te estuvieran comiendo viva, poco a poco?

No quería hablar de ello.

—Sal de mi cabeza.

—Oblígame. *Sácame*. Dejaste caer tu escudo esta mañana, cualquiera podría haber entrado directamente.

Sostuve su mirada. Otro reto. Y yo solo...no me importaba. No me importaba sobre lo que sea que ardía en mi cuerpo, sobre cómo me había deslizado dentro de la cabeza de Lucien, tan fácil como Rhys podía hacerlo en la mía, con o sin escudo.

—¿En dónde está Mor? —pregunté.

Se tensó y me preparé para que él insistiera, para que me provocara, pero dijo—: Fuera. Tiene tareas que atender. —Las sombras revolotearon a su alrededor de nuevo y me enterré en mi comida—. ¿La boda está pendiente, entonces?

Me detuve en mi comida lo suficiente para balbucear—: Sí.

—Esperaba una respuesta más ligada a las líneas de, *No hagas preguntas estúpidas de las que ya conoces la respuesta*, o mi favorita, *Vete al infierno*.

Solo busqué un plato de tartaletas. Sus manos estaban planas sobre la mesa, y un susurro de humo negro se curvaba sobre sus dedos. Como garras.

—¿Has pensado en mí oferta? —dijo.

No respondí hasta que mi plato estuvo vacío y estuve colocando más comida en este.

—No voy a trabajar contigo.

Casi sentí la calmada oscuridad que se había colocado sobre él.

—¿Y por qué, Feyre, me estás rehusando?

Rebusqué entre la fruta en mi plato.

—No voy a ser parte de esta guerra que tú crees que está viniendo. Dices que debería ser un arma, no un peón, para mí es lo mismo. La única diferencia es quién la ejerce.

—Quiero tu ayuda, no manipularte —espetó.

Su llamada de temperamento hizo que finalmente alzar la cabeza.

—Quieres mi ayuda porque eso hará que Tamlin se enoje.

Las sombras bailaron alrededor de sus hombros, como si las alas estuvieran tratando de tomar forma.

—Bien —respiró—. Yo cavé esa tumba por mí mismo, con todo lo que hice Bajo la Montaña. Pero necesito tu ayuda.

De nuevo, podía sentir las otras palabras no dichas: *Pregúntame por qué; insísteme.*

Y de nuevo, no quería hacerlo. No tenía la energía.

—Fui prisionero en su corte por casi cincuenta años. Fui torturado y golpeado y jodido hasta que solo diciéndome a mí mismo quién era, qué tenía que proteger, fue lo que me mantuvo buscando una forma para terminarlo. Por favor, ayúdame a evitar que eso suceda de nuevo. Por Prythian —dijo Rhys silenciosamente.

Alguna parte distante de mi corazón dolió y sangró ante las palabras, a lo que había dejado al desnudo. Pero Tamlin había hecho excepciones, había suavizado la presencia de los guardias, me había permitido vagabundear un poco más libremente. Estaba intentándolo. Estábamos intentándolo. No arriesgaría eso.

Así que seguí comiendo.

Rhys no dijo otra palabra.

++++

No lo acompañé durante la cena.

No me levanté a tiempo para el desayuno tampoco.

Pero cuando salí al mediodía, él estaba esperando arriba, en su rostro estaba esa sonrisa divertida y fácil. Me empujó contra la mesa que había arreglado con libros y papel y tinta.

—Copia estas oraciones —arrastró las palabras a través de la mesa, entregándome un pedazo de papel.

Los miré y leí perfectamente.

—*Rhysand es una persona espectacular. Rhysand es el centro de mi mundo. Rhysand es el mejor amante con el que una mujer ha soñado.*

Dejé el papel, escribí las tres oraciones y se lo entregué.

Las garras se lanzaron en mi mente un momento después. Y rebotaron sin causar daño sobre un escudo negro y brillante de andamio.

Él parpadeó.

—Has practicado.

Me levanté de la mesa y me fui.

—No tenía nada mejor que hacer.

++++

Esa noche, dejó una pila de libros en mi puerta con una nota.

Tengo asuntos que atender. La casa es tuya. Envíame un aviso si me necesitas.

Los días pasaron, y no lo hice.

++++

Rhys regresó al final de la semana. Había logrado situarme a mí misma en uno de los pequeños salones que daban hacia las montañas, y casi había leído un libro entero en el acolchado sofá, avanzando lentamente mientras aprendía nuevas palabras. Pero había llenado mi tiempo, dándome silenciosa y firme compañía con esos personajes, que no existían y nunca lo harían, pero de alguna manera me hacía sentir menos...sola.

La mujer que había lanzado una lanza de hueso hacia Amarantha...ya no sabía en dónde estaba. Tal vez se había desvanecido ese día que su cuello se había roto y la inmortalidad férica había llenado sus venas.

Estaba terminando un buen capítulo, el penúltimo en el libro, un eje de luz del sol de la tarde calentaba mis pies, cuando Rhysand se deslizó entre dos de los enormes sofás con platos gemelos en sus manos, y los colocó en la mesa ante mí.

—Dado que parece haberte inclinado en un estilo de vida sedentario —dijo—, pensé que podría dar otro paso más y traerte comida.

Mi estómago ya estaba retorciéndose con hambre, y bajé el libro contra mi regazo.

—Gracias.

Una risa corta.

—¿Gracias? Nada de ¿Gran Señor y sirviente? O, ¿Lo que sea que quieras, puedes metértelo por el culo, Rhysand? —Chasqueó la lengua—. Qué decepcionante.

Dejé el libro y extendí mi mano por el plato. Él podía escucharme a sí mismo hablar todo el día si quería, pero yo quería comer. Ahora.

Mis dedos casi habían rozado el borde del plato cuando salió de mi alcance.

Volví a buscarlo. Una vez más, un zarcillo de su poder arrancó el plato hacia atrás.

—Dime qué puedo hacer —dijo—. Dime qué puedo hacer para ayudarte.

Rhys mantuvo el plato lejos de mi alcance. Habló de nuevo, y como si las palabras saliendo hubiesen suavizado su agarre en su poder, garras de humo se curvaron sobre sus dedos y grandes alas de sombra se expandieron de su espalda.

—Meses y meses y sigues siendo un fantasma. ¿Nadie ahí te preguntó qué infiernos está sucediendo? ¿A tu Gran Señor simplemente no le importa?

Sí le importaba. Tamlin sí se preocupaba. Tal vez demasiado.

—Me está dando espacio para solucionarlo —dije, con suficiente rabia que apenas reconocí mi voz.

—Déjame ayudarte —dijo Rhys—. Pasamos por suficiente Bajo la Montaña...

Me estremecí.

—Ella gana —respiró Rhys—. Esa perra gana si te dejas caer.

Me pregunté si se había estado diciendo eso a sí mismo por meses, me preguntaba si también había tenido momentos cuando sus propios recuerdos a veces lo sofocaban profundamente de noche.

Pero alcé el libro, disparando cuatro palabras por el lazo entre nosotros antes de colocar mis escudos de nuevos.

Se terminó la conversación.

—Y un infierno que se acabó —ladró. Un repiqueteo de poder acarició mis dedos y luego el libro se cerró entre mis manos. Mis uñas se enterraron en el cuero y el papel, en vano.

Bastardo. Arrogante, presumido *bastardo*.

Lentamente, alcé mis ojos hacia él. Y sentí...no temperamento caliente, sino ira helada y brillante. Casi podía sentir ese hielo entre la punta de mis dedos, besando mis palmas. Y juré que había hielo revistiendo el libro antes de lanzarlo contra su cabeza.

Se cubrió lo suficientemente rápido que rebotó lejos y se deslizó a través del suelo de mármol detrás de nosotros.

—Bien —dijo, su respiración un poco desigual—. ¿Qué más tienes Feyre?

Hielo se derritió en llamas, y mis dedos se curvaron en puños.

Y el Gran Señor de la Corte Oscura honestamente se vio aliviado ante la vista de ello, de esa ira que me había hecho querer rabiar y quemar. Y sentir, por una vez. No como ese hueco frío y silencioso. Y la idea de volver a ese señorío con los centinelas y las patrullas y los secretos...me hundí en mi silla. Me congelé una vez más.

—En cualquier momento que necesites alguien con quien jugar —dijo Rhys, empujando el plato hacia mí—, ya sea durante nuestra maravillosa semana juntos o de otro modo, déjame saber.

No podía formular una respuesta, exhausta del pedazo de temperamento que había mostrado.

Y me di cuenta que estaba en una caída libre sin fin. Había estado ahí por un tiempo. Desde el momento que había apuñalado a esa joven Fae en el corazón.

No alcé la mirada hacia él de nuevo mientras devoraba la comida.

++++

A la mañana siguiente, Tamlin estaba esperando en la sombra del poderoso y retorcido roble en el jardín. Una expresión de muerte retorcía su rostro, dirigida solamente a Rhys. Aun así, no había nada divertido en la sonrisa de Rhys mientras daba un paso lejos de mí, solo un frío y astuto depredador contemplando.

—Entra —me gruñó Tamlin.

Miré entre los dos Grandes Señores. Y ver esa ira en el rostro de Tamlin...sabía que no habría más viajes a solas o caminatas a través de los jardines.

Rhys solo me dijo—: Lucha.

Y luego se había ido.

—Estoy bien —le dije a Tamlin mientras sus hombros se caían, su cabeza haciendo una reverencia.

—Encontraré una manera de terminar esto —juró.

Quería creerle. Sabía que él haría cualquier cosa para lograrlo.

Me hizo recorrer de nuevo cada detalle que hubiera aprendido en la casa de Rhys. Cada conversación, sin embargo breve. Le conté todo, cada palabra más silenciosa que la anterior.

Proteger, proteger, proteger, podía ver la palabra en sus ojos, la sentí en cada estocada que le dio a mi cuerpo esa noche. Había sido alejada de él una vez de la forma más permanente, pero nunca más.

Los centinelas regresaron con completa fuerza a la mañana siguiente.

Capítulo 12

Traducido por Wan_TT18 // Corregido por Rincone

Durante la primera semana que estuve de vuelta, no se me permitió estar fuera de vista en la casa. Algunas amenazas habían estallado en las tierras, por ello Tamlin y Lucien se vieron obligados a ausentarse para tratar con ello. Le pedí a mi amigo que me dijera lo que era, sin embargo... Lucien tenía esa mirada que siempre hacía cuando lo quería, pero su lealtad hacía Tamlin se interponía en el camino. Así que no pregunte otra vez.

Durante su ausencia, Ianthe volvió para ser mi compañía, protegerme, no lo sé.

Ella era la única permitida. La manada semipermanente de los señores de la corte de primavera y mujeres de la mansión habían sido despedidos, junto con sus sirvientes personales. Yo estaba agradecida por ello, porque ya no volvería a encontrarme con ellos mientras caminara por los pasillos de la casa, o los jardines, y tener que desenterrar el recuerdo de sus nombres, historias personales, ya no tendría que soportarlos tratando de no mirar el tatuaje, pero... sabía que a Tamlin le había gustado tenerlos alrededor. Sabía que algunos de ellos eran de hecho viejos amigos, sabía que le gustaba la casa, llena de sonido y las risas y la charla. Sin embargo, había encontrado que todos ellos hablaban entre sí como si estuvieran aconsejándose como socios. Palabras bonitas que enmascaran insultos con bordes afilados.

Me alegré por el silencio, incluso cuando se volvió un peso sobre mí, aunque llenó mi cabeza hasta que no quedó nada dentro de ella más allá del... vacío.

Eternidad. ¿Era esto mi eternidad?

Ardía a través de libros todos los días, las historias sobre personas y lugares de los que nunca había oído hablar. Eran tal vez la única cosa que me impedía balancearme al borde de la absoluta desesperación.

Tamlin regresó ocho días más tarde, rozando un beso sobre mi frente y mirándome por encima, y luego se dirigió al estudio. Donde Ianthe tenía noticias para él.

Que yo tampoco escucharía.

Sola en el salón, viendo como la sacerdotisa con capucha lo condujo hacia las puertas dobles por el otro extremo, una luz tenue roja...

Mi cuerpo se tensó, el instinto rugió a través de mí mientras yo me agitaba...

No era Amarantha.

Lucien.

El pelo rojo era de él, no de ella. Yo estaba aquí, no en la mazmorra —

Los ojos de mi amigo —tanto de metal y carne— se fijaron en mis manos.

Donde mis uñas estaban creciendo, curvándose. No en garras de sombra, sino garras que habían triturado a través de mi tiempo y de la ropa interior de nuevo...

Para, para, para, para, para...

Lo hizo.

Cómo soplar una vela, las garras se desvanecieron en una voluta de sombra.

La mirada de Lucien se deslizó hacia Tamlin y Ianthe, sin darse cuenta de lo que había sucedido, y luego inclinó la cabeza en silencio, haciendo un gesto para que lo siguiera.

Tomamos las escaleras amplias al segundo nivel, los pasillos estaban desiertos. No miré las pinturas que flanqueaban ambos lados. No miré más allá de las ventanas imponentes hacia los jardines luminosos.

Pasamos junto a la puerta de mi dormitorio, pasamos la suya hasta que entramos en un pequeño estudio en la segunda planta, en su mayoría vacías.

Él cerró la puerta después de que yo entrara en la habitación, y me apoyé contra el panel de madera.

—¿Hace cuánto han estado apareciendo las garras? —dijo en voz baja.

—Esta fue la primera vez. —Mi voz sonó hueca y sin brillo en mis oídos.

Lucien me inspeccionó—el vestido fucsia vibrante que Ianthe había elegido esa mañana, el rostro que no se molestó en poner con una expresión agradable...

—Es poco lo que puedo hacer —dijo con voz ronca—. Pero le preguntaré esta noche. Acerca del entrenamiento. Los poderes se manifestarán ya sea que te formemos o no, no importa quién esté alrededor. Le preguntaré esta noche —repitió.

Sin embargo yo ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

Lucien no me detuvo mientras abría la puerta en la que él había estado apoyado y se fue sin decir nada más. Dormí hasta la cena, desperté lo suficiente como para comer, y cuando fui abajo, las voces de Tamlin, Lucien, y Ianthe me enviaron de regreso sobre mis pasos.

Ellos la cazarán y la matarán, siseó Ianthe a Lucien.

Lucien le gruñó de vuelta, *lo harán de todos modos, así que ¿cuál es la diferencia?*

La diferencia, Ianthe hirvió en ira, está en nosotros tener la ventaja de este conocimiento—no será Feyre solamente quién se apunte para los dones robados por los Grandes Señores. Tus hijos, entonces le dijo a Tamlin, también tendrán tal poder. Otros Grandes Señores sabrán eso. Y si ellos no matan a Feyre abiertamente, entonces podrían darse cuenta de lo que pueden ganar si son dotados con la descendencia de ella, también.

Mi estómago se había volcado ante aquella implicación. Para que pudiera ser robada—y mantenida—para... engendrar. Sin duda... sin duda ningún Gran Señor iría tan lejos.

Si fueran a hacer eso, Lucien respondió, ninguno de los otros Grandes Señores se uniría a ellos. Ellos enfrentarían la ira de seis cortes sobre ellos. Nadie es tan estúpido.

Rhysand es así estúpido, escupió Ianthe. Y con ese poder suyo, él potencialmente podría soportarlo. Imagínala, dijo, suavizando la voz sin tener ninguna duda se volvió hacia Tamlin, podría llegar el día que él no la traiga de regreso. Escuchas las mentiras envenenadas, él susurró en su oído. Hay otras formas

de hacerlo, añadió ella con rebosante veneno. Puede que no seamos capaces de tratar con él, pero hay algunos amigos que he hecho a través del mar...

No somos asesinos, Lucien cortó. Rhys es lo que es, pero quien tomaría su lugar...

Mi sangre se heló, y podría haber jurado que el hielo congeló mis dedos.

Lucien continuó, con su tono de súplica:

Tamlin. Tam. Solo deja que entrené, déjala dominar esto—si los otros Grandes Señores vienen por ella, que tenga una posibilidad...

Se hizo el silencio a medida que dejaron a Tamlin considerarlo.

Mis pies comenzaron a moverse al momento en que oí la primera palabra de su boca, apenas un gruñido.

No.

Con cada paso subiendo las escaleras, oí el resto.

No les daremos ninguna razón para que sospechen que podría tener alguna habilidad, lo que el entrenamiento seguramente hará. No me mires así, Lucien.

Silencio de nuevo.

A continuación, un gruñido, y un estremecimiento mágico sacudió la casa.

La voz de Tamlin había sido baja, mortal.

No me presiones con esto.

No quería saber lo que estaba ocurriendo en esa habitación, que le había hecho a Lucien, lo que Lucien había incluso parecido hacer para causar ese pulso de poder.

Cerré la puerta de mi dormitorio y no me molestó en ir a cenar en absoluto.

++++

Tamlin no me buscó esa noche. Me preguntaba si él, Ianthe, y Lucien seguían debatiendo mi futuro y las amenazas contra mí.

Había centinelas fuera de mi dormitorio la tarde del día siguiente, cuando finalmente me arrastré fuera de la cama.

Según ellos, Tamlin y Lucien ya estaban escondidos en su estudio. Sin cortesanos de Tamlin hurgando, la casa estaba otra vez en silencio mientras yo, sin nada más que hacer, me dirigí a caminar los senderos del jardín que había seguido muchas veces, me había sorprendido la clara suciedad no estaba permanentemente grabada con mis huellas.

Sólo mis pasos sonaban en los pasillos relucientes cuando pasaba guardia tras guardia, armados hasta los dientes y haciendo su mejor esfuerzo para no mirar boquiabiertos hacía mí. Nadie me hablaba. Incluso los criados se habían mantenido en sus habitaciones, a menos que fueran absolutamente necesarios.

Tal vez me había hecho demasiado perezosa; tal vez mi holgazanamiento me había hecho más propensa a estos estallidos. *Cualquier persona* podría haberme visto ayer.

Y aunque nunca había hablado de ello... Ianthe lo sabía. Sobre los poderes. ¿Cuánto tiempo había estado al tanto? La idea de Tamlin diciéndole...

Mis zapatillas de seda rasparon en las escaleras de mármol, el rastro de la gasa de mi vestido verde deslizándose detrás de mí.

Ese silencio. El exceso de silencio.

Tenía que salir de esta casa. Necesitaba hacer algo. Si los aldeanos no querían mi ayuda, entonces estaba bien. Podía hacer otras cosas. Fueran lo que fueran.

Estaba a punto de girar por el pasillo que conducía al estudio, determinada a preguntarle a Tamlin si había alguna tarea que pudiera llevar a cabo, lista para suplicarle, cuando las puertas se abrieron y del estudio Tamlin y Lucien aparecieron, ambos fuertemente armados. Sin rastro de Ianthe.

—¿Te vas tan pronto? —le dije, a la espera de que alcanzaran el vestíbulo.

La cara de Tamlin era una máscara sombría mientras se acercaba.

—Hay actividad en la frontera marítima occidental. Tengo que irme. —El más cercano a Hiberno.

—¿Puedo ir contigo? —Nunca había preguntado directamente, pero...

Tamlin hizo una pausa. Lucien continuó avanzando, a través de las puertas delanteras abiertas de la casa, casi sin poder ocultar su mueca de dolor.

—Lo siento —dijo Tamlin, alcanzándome. Di un paso fuera de su agarre—. Es muy peligroso.

—Sé cómo permanecer oculta. Tú simplemente...llévame contigo.

—No voy a arriesgarnos a que nuestros enemigos pongan sus manos sobre ti. — *¿Qué enemigos? Dime—Dime algo.*

Miré por encima del hombro, hacia el lugar donde Lucien se había quedado parado sobre grava más allá de la entrada de la casa. No había caballos. Supuse que no eran necesarios en esta ocasión, cuando eran más rápidos sin ellos. Pero tal vez podría mantener el ritmo. Tal vez me esperaría hasta que se fueran y...

—Ni siquiera lo pienses —advirtió Tamlin.

Mi atención se centró de vuelta a su rostro.

Él gruñó.

—Ni siquiera intentes venir detrás de nosotros.

—Puedo pelear —Lo intenté de nuevo. Una verdad a medias. Un don para la supervivencia no era lo mismo que una habilidad entrenada—. Por favor.

Nunca había odiado tanto una palabra..

Él negó con la cabeza, cruzando el vestíbulo hacia las puertas delanteras.

Lo seguí impulsivamente.

—Siempre habrá alguna amenaza. Siempre habrá algún conflicto o enemigo o algo que me mantenga aquí.

Disminuyó la velocidad hasta detenerse justo dentro de las puertas de roble, tan cuidadosamente restaurada después de que los compinches de Amarantha las hubieran destruido.

—Apenas puedes dormir una noche entera —dijo cuidadosamente.

Yo repliqué:

—Tú tampoco.

Pero él sólo siguió adelante.

—Apenas puedes manejar estar alrededor de otras personas...

—Lo prometiste. —Mi voz se quebró. Y no me importó estar rogando—. Tengo que salir de esta casa.

—Tienes a Bron para llevarte a ti y a Ianthe de paseo...

—¡No quiero ir a dar un paseo! —Extendí los brazos—. No quiero ir a dar un paseo, o un picnic, o recoger flores silvestres. Quiero hacer algo. Así que llévame contigo.

Esa chica que había tenido que ser protegida, que había anhelado estabilidad y comodidad... había muerto bajo la montaña. Había muerto, y no hubo nadie que la protegiera de esos horrores antes de que se rompiera mi cuello. Así que lo había hecho yo misma. Y no querría, no podría, ceder esa parte de mí que se había despertado y transformado Bajo la Montaña. Tamlin había conseguido sus poderes de nuevo, se había convertido de nuevo en un todo —se convirtió en ese protector y proveedor que él deseaba ser.

Yo no era la chica humana que necesitaba mimos y cuidados, que quería lujos y sencillez. No sabía cómo volver a ansiar esas cosas. Para ser dócil.

Las garras de Tamlin salieron perforando su carne.

—Incluso si me arriesgara, tus habilidades sin entrenar hacen que tu presencia no sea más que una carga.

Aquello fue como ser golpeada con piedras tan fuertes que podía sentir cómo me rompía. Pero levanté la barbilla y dije:

—Iré ya sea que tú quieras o no.

—No, no lo harás. —Avanzó a través de la puerta, sus garras rozando el aire a los costados, y estuve a mitad de camino por las escaleras antes de que alcanzara el umbral.

Donde me estrellé contra una pared invisible.

Me tambaleé hacia atrás, tratando de reordenar mi mente en torno a la imposibilidad de aquello. Era idéntica a la que había construido ese día en el

estudio, y busqué dentro de los fragmentos de mi alma, mi corazón, por una atadura de ese escudo y me pregunté si me había bloqueado a mí *misma*, pero...no había poder emanando de mí.

Alcé una mano hacia el aire de la puerta. Y encontré una resistencia sólida.

—Tamlin —jadeé.

Pero él ya estaba bajado por el camino principal, yendo hacia las amenazantes puertas de hierro.

Lucien permaneció al pie en la escalera, con el rostro muy, muy pálido.

—*Tamlin* —dije de nuevo, empujando contra el muro.

No se giró.

Golpeé mi mano contra la barrera invisible con furia. No hubo movimiento—nada más que aire tambaleante. Y no había aprendido lo suficiente acerca de mis propios poderes como para pasar a través del muro, para romperlo... había permitido que me convenciera de no aprender esas cosas por *su* bien....

—No te molestes intentarlo —dijo Lucien en voz baja, mientras Tamlin pasaba por las puertas y desaparecía —tamizando—. Ha protegido toda la casa a tu alrededor. Los demás pueden entrar y salir, pero tú no puedes. No hasta que levante el escudo.

Me había encerrado allí dentro.

Volví a golpear el escudo. Otra vez.

Nada.

—Se paciente, Feyre —Lucien lo intenta, haciendo una mueca mientras seguía a Tamlin—. Por favor. Veré lo que puedo hacer. Lo volveré a intentar.

Apenas lo escuché por encima del ruido en mis oídos. No esperé a verlo pasar las puertas y también tamizarse.

Me había encerrado. Me había aislado dentro de esta casa.

Me lancé a la ventana más cercana en el vestíbulo y la abrí. Una brisa fresca de primavera se deslizó en el interior—y empujé mi mano a través de ella— solo para que mis dedos rebotaran contra una pared invisible. Suavemente, un fuerte viento empujó contra mi piel.

Respirar se hizo más difícil.

Estaba atrapada.

Estaba atrapada dentro de esta casa. Bien podría haber estado Bajo la Montaña; bien podría haber estado dentro de esa celda de nuevo...

Retrocedí, con pasos demasiado ligeros, demasiado rápidos, y choqué contra la mesa de roble en el centro del vestíbulo. Ninguno de los centinelas cercanos vino a investigar.

Él me había atrapado aquí; *me había encerrado*.

Dejé de ver el suelo de mármol, o las pinturas en las paredes, o la escalera se cierne detrás de mí. Dejé de escuchar el canto de los pájaros de primavera, o el suspiro de la brisa a través de las cortinas.

Y luego la aplastante oscuridad cayó con fuerza y se levantó desde abajo, devorando, rugiendo y triturando.

Era todo lo que podía hacer para no gritar, para no romperme en diez mil piezas mientras me hundía en el suelo de mármol, inclinándome sobre mis rodillas, y envolviendo los brazos a mí alrededor.

Él me había atrapado; me había atrapado; me había atrapado...

Tenía que *salir*, porque acababa de escapar de una cárcel no hacía mucho, y esta vez, esta vez...

Tamizarme. Podría desaparecer en nada más que aire y aparecer en otro lugar, en algún lugar abierto y libre. Busqué a tientas por mi poder, por cualquier cosa, algo que me pudiera mostrar la forma de hacerlo, el camino para salir. Nada. No había nada, yo me había convertido en nada, y nunca podría salir.

Alguien gritaba mi nombre a lo lejos.

Alis—Alis.

Pero yo estaba instalada en un capullo de oscuridad, de fuego, hielo y viento, un capullo que derritió el anillo de mi dedo hasta que el oro mineral goteó hasta desaparecer, la esmeralda fue lo siguiente en caer. Me envolví en esa fuerza con furia como si pudiera evitar que las paredes me aplastaran por completo, y tal vez, tal vez me comprara un poco de aire...

Yo no podía salir; no podía salir; no podía salir...

++++

Unas delgadas y fuertes manos me agarraron desde debajo de los hombros.

No tenía la fuerza para luchar contra ellas.

Una de esas manos se movió debajo de mis rodillas y la otra a mi espalda, y luego estaba siendo levantada, sujeta contra lo que era sin lugar a dudas un cuerpo femenino.

No podía verla, no quería verla.

Amarantha.

Había venido para llevarme de nuevo; había venido para matarme finalmente.

Se decían palabras a mí alrededor. Dos mujeres.

Ninguna de ellas... ninguna de ellas era Amarantha.

—Por favor, por favor, cuida de ella. —Alis.

Desde la derecha de mi oído, la otra respondió:

—Consideraros muy, muy afortunadas de que vuestro Gran Señor no estaba aquí cuando llegamos. Sus guardias tendrán un infierno de dolores de cabeza cuando se despiertan, pero están vivos. Estad agradecidos. —Mor.

Mor me sostenía, me tenía cargada.

La oscuridad parpadeó lo suficiente para poder recobrar el aliento, para poder ver la puerta del jardín mientras caminaba hacia esta. Abrí la boca, pero ella bajó la mirada hacia mí y dijo:

—¿Creíste que su escudo nos mantendría alejados de ti? Rhys lo hizo añicos con apenas un pensamiento.

Pero no vi a Rhys en ningún sitio, no mientras la oscuridad se arremolinaba de nuevo sobre mí. Me aferré a ella, tratando de respirar, de pensar.

—Eres libre —dijo Mor con fuerza—. Eres libre.

No segura. Sin protección.

Libre.

Ella me llevó más allá del jardín, a los campos, subió una cuesta, bajó y dentro...en una cueva...

Debo haber comenzado a sacudirme, aterrorizada en sus brazos, porque dijo:

—Estás fuera; eres *libre* —una y otra y otra vez mientras la verdadera oscuridad nos tragaba.

Medio latido después, ella salió a la luz del sol—a una brillante luz del sol con olor a fresa y hierba. Me imagine que esto tenía que ser verano, entonces...

Entonces un gruñido bajo y vicioso dividió el aire ante nosotras, cortando incluso a través de mi oscuridad.

—Lo hice todo según las reglas —dijo Mor al dueño de ese gruñido.

Fui pasada de sus brazos a los de otra persona, y me esforcé para respirar, luché porque cualquier hilo de aire entrara en mis pulmones. Hasta que Rhysand dijo:

—Entonces hemos terminado aquí.

Un aire me desgarró, junto con una oscuridad antigua.

Pero una sombra más dulce, más suave que la noche me acarició, acariciaba mis nervios, mis pulmones, hasta que por fin pude conseguir tomar algo de aire, hasta que me sedujo para hasta caer en un sueño.

Capítulo 13

Traducido por Wan_TT18 // Corregido por Rincón

Me desperté con la luz de sol y en un espacio abierto..., no había nada más aparte de un cielo despejado y montañas cubiertas de nieve a mí alrededor.

Y Rhysand descansando en un sillón al otro lado del sofá donde yo estaba tumbada, mirando hacia las montañas, con la cara extrañamente solemne.

Tragué saliva, y su cabeza se giró hacia mí.

No había bondad en sus ojos. Nada más que infinita rabia helada.

Pero él parpadeó y eso desapareció de su rostro. Había sido reemplazado con quizás alivio. Agotamiento.

Y la pálida luz del sol calentaba el suelo de piedra lunar... amanecía. Estaba amaneciendo. No quería ni pensar cuánto tiempo había estado inconsciente.

—¿Qué ha pasado? —le dije. Mi voz estaba ronca. Como si hubiera estado gritando.

—*Estabas gritando* —dijo. No me importaba si mi escudo mental estaba alzado o no, o si estaba completamente destrozado—. También conseguiste darles un susto de muerte a todos los criados y centinelas en la mansión de Tamlin cuando estabas envuelta en la oscuridad y no podían verte...

Mi estómago dio un vuelco con miedo.

—¿He hecho daño a algu...

—No. Lo que sea que hiciste, se contuvo dentro de ti.

—Tu no...

—Según la ley y el protocolo —dijo, estirando sus largas piernas—, las cosas se habrían vuelto muy complicadas y muy desastrosas si hubiera sido yo quien entrara en la mansión y te llevara. Lo de destrozarse el escudo estuvo bien,

pero era Mor quien tenía que entrar ella sola, dejar inconscientes a los centinelas con su poder, y llevarte hasta cruzar la frontera de otra corte antes de que pudiera traerte hasta aquí. O de lo contrario Tamlin tendría vía libre para movilizar sus tropas sobre mis tierras para reclamarte. Y dado que no tengo ningún interés en una guerra interna, tuvimos que hacerlo todo según las reglas.

Era lo que había dicho Mor..., que lo había hecho todo según las reglas.

Pero...

—Cuando él regrese...

—Puesto que tu presencia aquí no es parte de nuestro requisito mensual, no estás obligada a volver. —Se frotó la sien—. A menos que lo desees.

La situación se estrelló en mi interior como una piedra hundiéndose hasta el fondo de una piscina. Había tanta tranquilidad dentro de mí, como si no hubiera... nada.

—Me encerró en esa casa —logré decir.

La sombra de unas poderosas alas se extendió detrás de la silla de Rhys. Pero su rostro estaba en calma cuando dijo:

—Lo sé. Te sentí. Incluso aunque tenías alzados tus escudos... por primera vez.

Me obligué a alzar la vista y encontrarme con su mirada.

—No tengo otro lugar a donde ir.

Era tanto una pregunta, como una petición.

Él agitó una mano, sus alas estaban empezando a desaparecer.

—Quédate aquí durante todo el tiempo que desees. Quédate aquí para siempre, si eso es lo que quieres.

—Yo...yo tendré que volver en algún momento.

—Tú pídelo, y yo lo hare. —Eso también lo decía en serio. Aunque por la ira en sus ojos, podía decir que no le gustaba la idea. Me llevaría de regreso a la Corte de Primavera en el momento en que lo pidiera.

Me llevaría de vuelta a aquel silencio, a los centinelas, y a una vida de no hacer nada a parte de usar vestidos, dar cenas y planificar fiestas.

Se cruzó de piernas, un tobillo sobre su rodilla.

—El día que llegaste aquí, te hice una oferta: ayúdame y la comida, vivienda, ropa... todo eso será tuyo.

En el pasado, había sido una mendiga. La idea de hacerlo ahora...

—Trabaja para mí —dijo Rhysand—. Te lo debo, de todos modos. Y y averiguaremos el resto día a día, si es necesario.

Me giré para mirar las montañas, como si pudiera ver todo el camino hacia la Corte de Primavera al sur. Tamlin iba a estar furioso. Destrozaría la casa.

Pero él... él me había encerrado. Ya fuera porque me había malentendido profundamente o porque estaba demasiado roto por lo que había pasado en Bajo la Montaña, pero... él me había encerrado.

—No voy a volver. —Las palabras resonaron en mi interior como si se tratara de una sentencia de muerte—. No lo haré...hasta que resuelva las cosas. —Empujé contra esa pared de ira, de tristeza y desesperación pura mientras mi pulgar rozaba la marca vacía en mi piel donde el anillo había estado una vez.

Un día a la vez. Tal vez...tal vez Tamlin volvería a ser él. Se curaría su ser, esa herida cortante e irregular de miedo. Tal vez yo también me curaría. No lo sabía.

Pero lo que sí sabía era que si me quedaba en esa mansión, si era encerrada una vez más... eso podría terminar la rotura que Amarantha había comenzado.

Rhysand convocó una taza de té caliente de la nada y me la entregó.

—Bebe esto.

Tomé la taza y dejé que su calor penetrara en mis rígidos dedos. Él se quedó mirándome hasta que tomé un sorbo, y después volvió a observar las montañas. Tomé otro sorbo—menta y... regaliz, y otra hierba o especia.

Yo no iba a volver. Tal vez nunca... conseguiría volver. No desde lo de Bajo la Montaña.

Cuando la taza estaba a medio terminar, busqué a tientas cualquier cosa que pudiera decir y así apartar el silencio aplastante.

—Esa oscuridad... ¿es... parte del poder que *tú* me diste?

—Uno podría suponer que sí.

Vacíé el resto de la taza.

—¿Nada de alas?

—Si heredaste algo del poder para cambiar de forma de Tamlin, tal vez puedas crear alas tú misma.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal ante el pensamiento, por las garras que habían surgido de mí ese día con Lucien.

—¿Y los otros Grandes Señores? Hielo; eso es de Invierno. El escudo que formé esa vez de viento endurecido... ¿de quién proviene? ¿Qué podrían haberme dado los otros? Está...¿la tamización está ligada a alguno de vosotros en particular?

Él lo consideró.

—¿Viento? Probablemente de La Corte de Día. Y la tamización...no está limitada a ninguna corte. Depende únicamente de tu propia reserva de poder y del entrenamiento. —No sentí que tuviera que mencionar la forma tan estrepitosa en la que había fallado en incluso moverme una pulgada—. Y en cuanto a los dones que hayas obtenido de los otros... supongo que de ti depende averiguarlo.

—Debería haber sabido que tu buena voluntad desaparecería después de un minuto.

Rhys dejó escapar una risa baja y después se puso de pie, estirando sus musculosos brazos por encima de su cabeza y rotó su cuello. Como si hubiera estado sentado ahí durante un muy largo tiempo. Durante toda la noche.

—Descansa un día o dos, Feyre —dijo—. Después asume la tarea de averiguar todo lo demás. Tengo asuntos en otro lugar dentro de mis tierras; volveré a finales de semana.

A pesar del tiempo que había dormido, estaba muy cansada—cansada hasta los huesos, tanto que mi corazón estaba arrugado. Cuando no respondí, Rhys desapareció por entre los pilares de piedra lunar.

Y entonces vi cómo serían mis próximos días: en soledad, sin nada que hacer y sola con mis propios pensamientos, una terrible compañía. Empecé a hablar antes de que pudiera reconsiderarlo.

—Llévame contigo.

Rhys se detuvo cuando estaba pasando a través de dos cortinas de gasa de color púrpura. Después se giró despacio, poco a poco.

—Deberías descansar.

—He descansado lo suficiente —dije, dejé sobre la mesa la taza vacía y me levanté. Mi cabeza dio vueltas ligeramente. ¿Cuándo había comido por última vez? —. A donde sea que vayas a ir, lo que sea que estés haciendo...llévame contigo. Me mantendré alejada de los problemas... Tú solo...por favor —Odiaba la última palabra; estaba ahogándome en ella. No había hecho nada para influir en Tamlin.

Durante un largo rato, Rhys solo guardó silencio. Entonces se acercó hacia mí, sus grandes zancadas disminuían cada vez más la distancia y su rostro era una dura roca.

—Si vienes conmigo, no habrá vuelta atrás. No se te permitirá hablar de lo que veas a nadie fuera de la corte. Porque si lo haces, morirá gente—*mi* gente morirá. Así que si vienes, tendrás que mentir sobre ello para siempre; si regresas a la Corte de Primavera, *no* podrás decirle a nadie lo que has visto y a quienes has conocido, y de lo que has sido testigo. Si prefieres no ocultar eso a tus amigos, entonces quédate aquí.

Quedarme aquí, estar encerrada en la Corte de Primavera... Mi pecho era como una enorme herida abierta. Me pregunté si podría desangrarme por ella – como si un espíritu pudiera desangrarse y morir. A lo mejor eso ya había pasado.

—Llévame contigo —respiré—. No le diré nada a nadie de lo que vea. Ni siquiera... ellos. —No podía soportar pronunciar su nombre.

Rhys me estudió durante unos instantes. Y, al final, me dio una media sonrisa.

—Salimos en diez minutos. Si quieres refrescarte, adelante.

Un recordatorio inusualmente amable de que probablemente lucía como una muerta. Me sentía como uno. Pero pregunté:

—¿A dónde vamos?

La sonrisa de Rhys se ensanchó en una sonrisa.

—A Velaris, la Ciudad de Luz de Estrellas.

++++

En el momento en que entré en mi habitación, la hueca tranquilidad regresó, llevándose con ella cualquier pregunta que pudiera haber tenido sobre – sobre una ciudad.

Todo había sido destruido por Amarantha. Si había una ciudad en Prythian, sin duda alguna iba a visitar unas ruinas.

Entré de un salto en el baño y me lavé tan rápido como pude, después me di bastante prisa poniéndome la ropa de la Corte Oscura que había sido dejada para mí. Mis movimientos carecían de sentido, cada uno de ellos un débil intento de dejar de pensar en lo que había sucedido, en lo que...en lo que Tamlin había tratado de hacer y había hecho, en lo que yo había hecho...

En el momento en que regresé al atrio principal, Rhys estaba apoyado contra un pilar de piedra lunar, picoteando una de sus uñas y simplemente dijo:

—Esos fueron quince minutos —Antes de extender su mano.

No tenía ni un ápice de fuego para incluso intentar lucir como si me importara su burla antes de que fuéramos tragados por una oscuridad crepitante.

El viento, la noche y las estrellas giraron mientras él nos tamizaba por el mundo, y su mano callosa raspó contra la mía propia desvaneciéndose antes...

Ante de que la luz del sol, no de las estrellas, me saludaran. Entrecerrando los ojos por el brillo, me di cuenta que me hallaba de pie en lo que parecía sin lugar a dudas el vestíbulo de la casa de alguien.

La alfombra roja de adorno amortiguó el único paso tambaleándome que di para alejarme de él mientras contemplaba las cálidas paredes con paneles de madera, el arte, la amplia escalera de roble que iba en línea recta.

Detrás de nosotros habían dos habitaciones: a mí izquierda, una sala de estar con una chimenea de mármol negro, un montón de muebles que parecían

cómodos y elegantes, pero también gastados y unas estanterías integradas en todas las paredes. A mi derecha: un comedor con una mesa larga de madera de cerezo lo bastante grande para albergar unas diez personas –pero pequeña en comparación con los comedores de la mansión. Más adelante, por el estrecho pasillo, había unas cuantas puertas más, terminando en lo que asumí daría lugar a una cocina. Una casa de ciudad.

Había visitado una cuando yo era una niña y mi padre me había llevado a la ciudad más grande de nuestro territorio: había pertenecido a un cliente increíblemente rico, y había oído a café y bolas de naftalina. Un lugar bonito, pero con una mala ventilación.

Esta casa... esta casa era un *hogar* que había sido habitado, disfrutado y apreciado.

Y estaba en una ciudad.

ACOTAR #2
PARADISE SUMMERLAND

SEGUNDA PARTE

LA CASA DE VIENTO

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA

Capítulo 14

Traducido & Corregido por Rincone

—Bienvenida a mi hogar —dijo Rhysand.

Una ciudad..., un mundo yacía allí fuera.

El sol de la mañana se filtraba por las ventanas que recubrían la parte delantera de la casa. La puerta de madera tallada frente a mi tenía incrustaciones de cristal empañado que dejaba entrever una pequeña antecámara y la entrada propiamente dicha más allá de ella, cerrada y sólida contra cualquier fisgón de la ciudad.

Y la idea de poner un pie fuera de ella, directo a una multitud mirando maliciosamente, ver la destrucción que Amarantha muy probablemente les había infligido...Un peso pesado se presionó contra mi pecho.

No había sacado a relucir el tema para preguntar hasta ahora, ni dado una onza de espacio para considerar que esto podría ser un error, pero...

—¿Qué es este lugar?

Rhys apoyó un amplio hombro contra el umbral de roble tallado el cual conducía a la sala de estar y se cruzó de brazos.

—Esta es mi casa. Bueno, tengo dos casas en la ciudad. Una es para...asuntos más oficiales, pero esta es sólo para mi familia y para mí.

Me quedé escuchando esperando oír algún sirviente, pero no escuché nada. Bueno, tal vez eso fuera bueno, mejor que tener gente llorosa y mirando con la boca abierta.

—Nuala y Cerridwen están aquí —dijo, leyendo mi mirada que estaba puesta en el pasillo detrás de nosotros—. Pero a parte de ellas, solo estamos tú y yo.

Me tensé. No se suponía que las cosas tuvieran ninguna diferencia en la propia Corte Oscura, pero...esta casa era mucho, mucho más pequeña. No habría a donde escapar de él. Salvo por la ciudad de afuera.

En nuestro territorio mortal no habían quedado ciudades. Aunque algunas habían surgido en el continente principal, llenas de arte, aprendizaje y comercio. Elain una vez quiso ir conmigo. No creo que pudiera tener esa oportunidad ahora.

Rhysand abrió la boca, pero entonces las siluetas de dos cuerpos altos y poderosos aparecieron al otro lado de las puertas delanteras de cristal empañado. Una de ellas la golpeó con el puño.

—Date prisa, culo perezoso —dijo una profunda voz masculina arrastrando las palabras desde la antecámara de más allá. El agotamiento me drogaba tan fuertemente que no me importó que hubiese unas alas escondidas detrás de las dos formas oscuras.

Rhysand no le dio más que un parpadeo a la puerta.

—Dos cosas, querida Feyre.

Los golpes continuaron, seguidos por el segundo macho murmurando a su compañero:

—Si vas a comenzar una pelea con él, que sea después del desayuno. —Esa voz...como sombras tomando forma, oscura, lisa...y fría.

—No fui yo el que me sacó de la cama para venir volando hasta aquí —dijo el primero. Entonces añadió—: Metomentodo.

Podría haber jurado ver tirar una sonrisa de los labios de Rhys a tiempo que continuaba:

—Primero, nadie —absolutamente nadie— salvo Mor y yo podemos tamizarnos al interior de esta casa. Está custodiada, blindada y un poco más que custodiada. Solo aquellos que yo dese —y que tú desees— pueden entrar. Aquí estás a salvo: y a salvo en cualquier lugar de esta ciudad, para el caso. Los muros de Velaris están todos protegidos y no han sido violados en cinco mil años. Nadie con malas intenciones penetra en esta ciudad a menos que yo lo permita. Así que camina por donde desees, haz cuanto quieras, y mira a quien tú quieras. Este par de ahí fuera —añadió, con los ojos brillantes—. Mejor si no están en esa lista de personas que debas molestarte en conocer si siguen golpeando la puerta como un par de niños.

Otro golpe, enfatizado por la primera voz masculina diciendo:

—Sabes que podemos oírte, capullo.

—Segundo —continuó Rhysand—. En lo que respecta a los dos hijos de puta en mi puerta, es decisión tuya si deseas reunirte con ellos ahora, o ir arriba como haría una persona sabia, tomar un siesta dado que aún luces un poco paliducha, y entonces ponerte algo apropiado para la ciudad mientras yo les saco la mierda a golpes a estos por hablarle de esa forma al Gran Señor.

Había tanta luz en sus ojos. Lo hacía parecer más...joven, de algún modo. Más mortal. Tan en desacuerdo con la rabia helada que había visto antes cuando me había despertado...

Despertado en ese sofá, y entonces decidido que no regresaría a casa.

Decidido que, tal vez, la Corte de Primavera no podría ser mi casa.

Me estaba ahogando en esa vieja sensación de pesadez, arañando mi camino hacia una superficie que podría jamás existir. Había dormido por solo la Madre sabía cuánto tiempo, y aun así....

—Ven a buscarme cuando se hayan ido.

Esa diversión se atenuó, y Rhys parecía como si quisiera decir algo más, pero una voz femenina —nítida y filosa— se escuchaba ahora detrás de los dos hombres en la antecámara.

—Los Ilirianos son peores que gatos maullando para que les dejen entrar por la puerta de atrás. —El pomo sonó. Ella suspiró fuertemente—. ¿En serio, Rhysand? ¿Nos has dejado fuera?

Luchando por mantener esa inmensa sensación de pesadez a raya un poco más, fui hacia las escaleras —hacia la parte superior en la que ahora se encontraba Nuala y Cerridwen, haciendo una mueca hacia la puerta principal. Podría haber jurado que Cerridwen me hizo sutilmente un gesto para que me diese prisa. Y podría haber besado a ambas gemelas por ese poco de normalidad.

Podría haber besado a Rhys también, por esperar a abrir la puerta hasta que estuve a mitad de camino del pasillo azul cerúleo del segundo piso.

Todo lo que oí fue la primera voz masculina declarar:

—Bienvenido a casa, hijo de puta. —Seguido por la segunda voz masculina diciendo: —Te sentí regresar. Mor me puso al corriente, pero yo...

Esa extraña voz femenina lo cortó.

—Manda a tus perros a jugar al jardín, Rhysand. Tú y yo tenemos asuntos que atender.

Esa voz de medianoche dijo con una fría calma que recorrió mi espina dorsal:

—Al igual que yo.

Entonces la voz engreída arrastró las palabras.

—Nosotros llegamos primero. Espera tu turno, minúscula Anciana.

A ambos lados de mí, Nuala y Cerridwen se encogieron, ya fuera por intentar mantener la risa o por algún vestigio de miedo, o tal vez ambas cosas. Definitivamente ambas cosas, dado el gruñido femenino que rodó a través de la casa—no obstante sin mucha fuerza.

El pasillo de arriba estaba puntuado con lámparas de araña con cristales de colores que se arremolinaban, iluminando las pocas puertas pulidas a cada lado. Me pregunté cuál pertenecía a Rhysand—y entonces me pregunté cuál pertenecería a Mor cuando la escuché bostezar a mitad del camino por delante:

—¿Por qué todo el mundo está aquí tan temprano? Pensé que nos reuniríamos esta noche en la casa.

Abajo, Rhysand gruñó —gruñó de verdad—: Créeme, no habrá ninguna fiesta. Solo una masacre, si Cassian no cierra la boca.

—Estamos hambrientos —La primera voz masculina —Cassian— se quejó—. Aliméntanos. Alguien me dijo que habría desayuno.

—Patético —se burló la extraña voz femenina—. Son patéticos, idiotas.

Mor dijo:

—Sabemos que eso es cierto. Pero, ¿hay comida?

Escuché las palabras —las escuché y procesé. Y entonces flotaron a la oscuridad de mi mente.

Nuala y Cerridwen abrieron una puerta que conducía a una habitación calentada por el fuego e iluminada por el sol. Daba a un jardín amurallado besado por el invierno en la parte posterior de la casa de la ciudad, las grandes ventanas aportaban una vista hacia la durmiente fuente de piedra en su centro, desaguada por la temporada. Todo en la habitación en sí era de madera rica, blanca y suave, con toques sutiles de salvia. Se sentía, aunque pareciera extraño, casi humano.

Y la cama—una enorme, con felpa, adornada con colchas y edredones en crema y marfil para mantener a raya el frío invierno —que parecía la más acogedora de todas.

Pero no había ido tan lejos para no hacer un par de preguntas básicas —al menos para darme la ilusión de estar cuidando un poco de mi propio bienestar.

—¿Quién era? —Logré decir mientras cerraban la puerta detrás de nosotros.

Nuala se dirigió al pequeño baño adjunto —mármol blanco, una bañera con patas, más ventanas soleadas que daban a la pared del jardín y a la gruesa línea de cipreses que montaban guardia detrás de él. Cerridwen, ya acechando el armario, se encogió un poco y dijo por encima del hombro:

—Son del Circulo Intimo de Rhysand.

De los que había escuchado mencionar ese día en la Corte Oscura —con quienes Rhys iba a encontrarse.

—No era consciente de que los Grandes Señores mantuvieran las cosas tan casuales —admití

—No lo hacen —dijo Nuala, volviendo del cuarto de baño con un cepillo—. Pero Rhysand sí.

Al parecer mi pelo era un desastre, porque Nuala lo cepilló mientras Cerridwen sacaba algo de ropa para dormir color marfil —una caliente y suave blusa recortada de encaje y unos pantalones.

Miré la ropa, después la habitación, luego al jardín de invierno y a la fuente durmiente de más allá, y las palabras de más temprano de Rhysand hicieron clic en su lugar.

Los muros de esta ciudad no han sido violados en cinco mil años.

Lo que significaba que Amarantha...

—¿Cómo es que sigue aquí esta ciudad? —Me encontré con la mirada de Nuala en el espejo—. ¿Cómo...cómo consiguió sobrevivir?

El rostro de Nuala se apretó y sus ojos oscuros se desviaron hacia su gemela, quien se levantó lentamente desde un cajón de la cómoda, con unas zapatillas de forro polar para mí en su mano. La garganta de Cerridwen se balanceaba mientras tragaba.

—El Gran Señor es muy poderoso —dijo Cerridwen cuidadosamente—. Y se dedicó a su pueblo mucho antes de que el manto de su padre pasara a él.

—¿Cómo sobrevivió? —Insistí. Una ciudad —una preciosa, si los sonidos de mi ventana, el jardín de más allá, eran un indicativo— yacía a mí alrededor. Sin tocar, completa. Mientras que el resto del mundo había sido dejado en ruinas.

Los gemelos se miraron de nuevo, algún tipo de lenguaje silencioso aprendido desde la matriz pasó entre ellos. Nuala dejó el cepillo en el tocador.

—No es cosa nuestra decirlo.

—Él les pidió que no...

—No —interrumpió Cerridwen, abriendo las cubiertas de la cama—. El Gran Señor no hizo tal demanda. Pero lo qué hizo para defender esta ciudad le corresponde a él contarle, no a nosotras. Estaríamos más cómodas si es él quien te lo dice, no vaya a ser que digamos algo equivocado.

Las miré a ambas. Bien. Bastante justo.

Cerridwen se movió para cerrar las cortinas, sumiendo la habitación en oscuridad.

Mi corazón se tropezó, conquistando con esto mi rabia, y solté:

—Déjalas abiertas.

No podía quedarme sumida y encerrada en la oscuridad —todavía no.

Cerridwen asintió y dejó las cortinas abiertas, antes de partir, ambos gemelos me dijeron que solo tenía que llamar si necesitaba algo.

A solas, me deslicé dentro de la cama apenas sintiendo toda la suavidad, la suavidad de las sábanas.

Escuché el crepitar del fuego, el canto de los pájaros en las copas de los árboles perenne del jardín –tan diferente a la dulce melodía de primavera a la que estaba acostumbrada. La que podría nunca volver escuchar o ser capaz de soportar de nuevo.

Tal vez Amarantha había ganado después de todo.

Y una extraña y nueva parte de mí se preguntó si el que yo nunca regresara podría ser un apropiado castigo para él. Por lo que él me había hecho.

El sueño me reclamó, rápido, brutal y profundo.

Capítulo 15

Traducido por Mais // Corregido por Rincone

Me desperté cuatro horas después.

Me tomó minutos recordar en dónde estaba, qué había sucedido. Y cada golpe del pequeño reloj en la mesa de escribir de color palo de rosa era un empujón de regreso a esa pesada oscuridad. Pero al menos no estaba cansada. Fatigada, pero ya no en la cúspide de sentirme con ganas de dormir para siempre.

Pensaría en lo que había sucedido en la Corte de Primavera después. Mañana. Nunca.

Piadosamente, el Círculo Íntimo de Rhysand se había ido antes de que terminara de vestirme.

Rhys me estaba esperando en la puerta principal, que estaba abierta hacia una pequeña antecámara de madera y mármol, la cual también estaba abierta a la calle. Su mirada se posó en mí, desde los zapatos de gamuza azul —prácticos y cómodos— hasta el abrigo celeste hasta la rodilla, a la trenza que empezaba a un lado de mi cabeza y se curvaba alrededor de la espalda. Bajo mi abrigo, mi delgado atuendo había sido reemplazado por pantalones más gruesos y cálidos, y un suéter color crema que era tan suave que podría haber dormido en este. Dentro de los profundos bolsillos del abrigo, había guardado unos guantes tejidos que combinaban con mis zapatos.

—A esos dos sin duda les gusta hacer escándalo —dijo Rhysand, aunque algo sobre ello se sintió tenso mientras nos dirigíamos por la puerta principal.

Cada paso hacia ese umbral brillante era tanto una eternidad como una invitación. Por un momento, el peso sobre mí se desvaneció, al tiempo que engullía los detalles de la ciudad emergente:

La mantecosa luz del sol suavizaba el templado día de invierno, un patio pequeño y limpio —carente de hierba y casi blanco— estaba bordeado con una reja de hierro forjada que llegaba hasta la cintura, y los parterres estaban vacíos, todo ello llevaba hacia una limpia calle de adoquines pálidos. En una variada

vestimenta, varios Altos Faes paseaban por los alrededores: algunos en abrigos como el mío para protegerse contra el aire fresco, algunos usaban moda mortal con capas y esponjadas faldas y encaje, algunos con cuero y todos sin darse ningún prisa mientras respiraban la briza con olor a verbena de sal y limón que ni siquiera el invierno podía apartar. Ninguno de ellos miró hacia la casa, como si no supieran o les tuviera sin cuidado que su propio Gran Señor se encontrara en una de las tantas casas de mármol del pueblo –alineadas a cada lado de la calle, cada una con un verde techo de cobre y chimeneas pálidas que expulsaban zarcillos de humo hacia el cielo fresco.

A la distancia, se escuchaban niños gritar de risa.

Caminé hacia la reja frontal, abriéndola con dedos torpes que apenas registraban el metal helado, y di tres pasos completos hacia la calle antes de detenerme por la vista que había al otro lado.

La calle se inclinaba hacia abajo, revelando más de esas hermosas casas de ciudad y chimeneas despidiendo humo, más gente bien alimentada y despreocupada. Y justo al pie de la colina, un vasto y serpenteante río describía una curva, destellaba como zafiro profundo y desembocaba en una vasta extensión de agua.

El mar.

La ciudad había sido construida como una corteza en lo alto de las ondulantes y empinadas colinas que flanqueaban el río, los edificios estaban elaborados de mármol blanco o cálida piedra arenisca. Barcos con velas de variadas formas vagaban en el río, las alas blancas de las aves brillaban por encima de ellos al sol de mediodía.

Ningún monstruo. Ninguna oscuridad. Ni una pista de miedo, de desesperación.

Intocable.

La ciudad no ha sido infringida en cinco mil años.

Incluso en la cumbre de su dominio sobre Prythian, lo que sea que hizo Rhys o, lo que sea que vendió o el trato que hizo...Amarantha verdaderamente no había tocado este lugar.

El resto de Prythian había sido hecho trizas, para después ser dejado sangrante en el curso de cincuenta años, sin embargo Velaris... Mis dedos se curvaron en puños.

Sentí avecinarse algo y miré directo hacia abajo, hacia el final de la calle.

Ahí, como eternos guardianes de la ciudad, se elevaba un muro de montañas con una cima plana de piedra roja, la misma piedra que había sido usada para construir algunas de las estructuras. Se curvaban en el borde norte de Velaris, donde el río se inclinaba hacia ellas y fluía bajo su sombra. En el norte, diferentes montañas rodeaban la ciudad a través del río —una gama de agudos picos como dientes de pez abría las alegres colinas de la ciudad desde el mar de más allá. Pero las montañas que había detrás de mí... eran gigantes durmiendo. De algún modo vivos, despiertos.

Como si respondiera, ese ondulante y deslizante poder corrió a través de mis huesos, como un gato rozándose contra mis piernas en busca de atención. Lo ignoré.

—La cima de la mitad —dijo Rhys detrás de mí y yo di la vuelta, recordando que estaba ahí. Él estaba apuntando hacia la meseta más grande. En la parte más alta de la montaña, parecía que habían construido huecos y *ventanas*. Y volando hacía ellas, sostenidas por unas grandes y oscuras alas, habían dos figuras—. Esa es mi otra casa en esta ciudad. La Casa de Viento.

Sin duda alguna, las figuras voladoras fueron apartadas con brusquedad por lo que parecía una malvada y rápida corriente.

—Allí es donde cenaremos esta noche —agregó, y no pude decir si sonaba irritado o resignado sobre ello.

Y no me importaba. Me volteé hacia la ciudad de nuevo y dije—: ¿Cómo?

Entendió a lo que me refería.

—Suerte.

—¿Suerte? Sí, qué suerte de tu parte —dije silenciosamente pero no débilmente—, que el resto de Prythian haya sido devastada mientras tu gente, tu ciudad, se mantenía a salvo.

El viento removió el cabello oscuro de Rhys, su rostro estaba ilegible.

—¿Alguna vez pensaste por un momento —dije, mi voz tan gruesa como grava—, en extender esa *suerte* a alguna otra parte? ¿A alguien más?

—Las demás ciudad —dijo con calma—. Eran conocidas para el mundo. Velaris ha permanecido en secreto más allá de las fronteras de estas tierras

durante milenios. Amarantha no llegó a tocarla porque no sabía de su existencia. Ninguna de sus bestias lo sabía. Tampoco nadie de las demás cortes sabe de su existencia.

—¿Cómo?

—Hechizos, guardas y mis implacables ancestros, quienes estaban dispuestos hacer cualquier cosa para preservar un pedazo de bondad en nuestro infeliz mundo.

—Y cuando llegó Amarantha —dije, casi escupiendo el nombre—. ¿No pensaste en abrir este lugar como un refugio?

—Cuando Amarantha llegó —dijo, su temperamento se había soltado un poco de la correa y sus ojos destellaron—. Tuve que tomar decisiones bastante difíciles, muy rápido.

Rodé los ojos mientras me daba la vuelta para observar las ondulantes y planas colinas, el mar de más allá.

—Asumo que *no* me vas a contar sobre ello. —Pero tenía que saberlo, cómo había logrado salvar este pedazo de paz y hermosura.

—Ahora no es el momento para esa conversación.

Bien. De todos modos había escuchado ese tipo de cosas miles de veces antes en la Corte de Primavera. No valía la pena usar el esfuerzo para forzar el tema.

Pero no me sentaría en mi habitación, *no podía* permitirme llorar y deprimirme y dormir. Así que me aventuraría, incluso si era una agonía, incluso si el tamaño de este lugar... Caldero, era enorme. Alcé mi mentón hacia la ciudad en pendiente hacia el río.

—Entonces dime ¿Qué era eso que valió la pena salvar al costo de todos los demás?

Quando lo enfrenté, sus ojos azules eran tan rudos como el mar que se agitaba a la distancia.

—Todo —dijo.

++++

Rhysand no estaba exagerando.

Había de todo para ver en Velaris: tiendas de té con mesas delicadas y sillas dispersas afuera de sus alegres partes de delante, calientes, sin duda, gracias a algún hechizo de calidez, a rebosar de conversaciones, de Altos Fae riéndose, y unas cuantas raras y hermosas hadas. Había cuatro plazas principales de mercadeo; Palacios, se llamaban: dos a este lado —el lado sur— del Río Sidra, dos en el norte.

En las horas que caminamos, solo logré ver dos de ellos: geniales plazas de piedra blanca flanqueadas por pilares soportando los edificios tallados y pintados que se alzaban sobre ellos y proveían un camino cubierto debajo para las tiendas construidas al nivel de la calle.

El primer mercado al que entramos, el Palacio de Hilo y Joyas, vendía ropa, zapatos, suplementos para hacer ambas cosas, y joyas, tiendas sin fin de joyas brillantes. Aun así, nada dentro de mí se agitó ante el brillo de la luz del sol sobre las telas, sin duda todas ellas raras, que se mecían con la fría briza del río, por la ropa expuesta en los grandes ventanales, o el lustro del oro, los rubíes, esmeraldas y perla sobre camas de terciopelo. No me molesté en lanzar una mirada al ahora dedo vacío en mi mano izquierda.

Rhys ingresó a unas cuantas tiendas de joyas, buscando un regalo para un amigo, había dicho. Cada vez, preferí quedarme esperando afuera, escondida entre las sombras de debajo de los edificios del Palacio. Caminar era suficiente por hoy. Presentarme, resistir las miradas fijas, y lágrimas y los juicios...Si tenía que lidiar con eso, bien podría meterme en la cama y nunca salir.

Pero nadie en las calles me miró dos veces, incluso estando al lado de Rhysand. Tal vez no tenían idea de quién era yo, tal vez a la población de la ciudad no les importaba quién estaba entre ellos.

El segundo mercado, el Palacio de Hueso y Sal, era uno de las Plazas Gemelas: uno a un lado del río, el otro —el Palacio de Casco y Hoja— al otro lado, ambos atestados con vendedores ofreciendo carne, produciéndola, preparando comidas, ganado, confecciones, especies...Tantas especies, aromas familiares y ya olvidados de aquellos preciosos años cuando había conocido la comodidad de un padre invencible y riqueza sin fin.

Rhysand se mantuvo alejado unos pasos con sus manos dentro de sus bolsillos mientras ofrecía pedazos de información de vez en cuando. Sí, lo había dicho, que muchas tiendas y casas usaban magia para calentarse, especialmente los espacios abiertos de moda. No pregunté más sobre ello.

Nadie lo evadía, nadie susurraba sobre él o lo le daba una palmeada o lo tocaba como lo habían hecho Bajo la Montaña.

En lugar de eso, la gente que lo veía le ofrecía sonrisas grandes y cálidas. Algunos se acercaban, apretando su mano para darle la bienvenida. Él conocía a cada uno de ellos por su nombre, y ellos lo llamaban por el suyo.

Pero Rhys se puso cada vez más silencioso en lo que transcurría la tarde. Nos detuvimos al borde brillante y pintado de la ciudad, construido sobre una de las colinas que fluían directo hacia borde del río. Di una mirada hacia la primera tienda que había delante y mis huesos volvieron frágiles.

La bulliciosa puerta estaba abierta ampliamente revelando arte, pintura y pinceles y pequeñas esculturas.

Rhys dijo:

—Es por esto que se conoce Velaris: por la plaza de los artistas. Encontrarás miles de galerías, tiendas de suplementos, alfareros, esculturas de jardines y todo lo demás. Lo llaman el Arcoíris de Velaris. Los espectáculos de los artistas —los músicos, los bailarines, los actores— se realizan en esa colina justo al otro lado del Sidra. ¿Ves el pedazo de oro brillando cerca de la cima? Ese es uno de los teatros principales. Hay cinco importantes en la ciudad, pero ese es el más famoso. Y también hay teatros más pequeños y el anfiteatro en los acantilados del mar... —Se detuvo cuando notó mi mirada volviendo a la variedad de edificios brillantes.

Altos Faes y hadas menores muy variadas con los que nunca me había encontrado y de los que no conocía el nombre deambulaban por las calles. Fue más tarde cuando noté unas más que otras: algunas de piernas largas, sin cabello y brillando como si una luna interna habitara detrás de su piel de noche oscura, algunos cubiertos en escalas opalescentes que cambiaban de color con cada paso de gracia de sus palmeados pies con garras, algunos elegantes, salvajes enigmas de cuernos y pezuñas y piel rayada. Algunos estaban embutidos en pesados abrigos, bufandas y guantes, otros andaban sin nada más que sus escamas, piel y garras y no parecían pensarlo dos veces. Ni ningún otro. No obstante, todos estaban preocupados con las vistas, con algunas compras, algo salpicado con arcilla, tierra y...pintura.

Artistas. Nunca me había llamado a mí misma una artista, nunca había llegado a pensar tan alejado o tan grande, pero...

Donde una vez había habitado todo ese color, luz y textura, ahora solo quedaba una inmundia celda de prisión.

—Estoy cansada —conseguí decir.

Pude sentir la mirada de Rhys y no me importó si mi escudo estaba alzado o no para evitar que leyera mis pensamientos. Pero él dijo simplemente:

—Podemos volver otro día. Es casi hora de la cena de todos modos.

De hecho el sol ya había empezado a hundirse tras el punto en que el río se unía con el mar más de más allá entre las colinas, coloreando la ciudad en un tono rosa y dorado.

Tampoco me sentí con ganas de pintar eso. Incluso mientras la gente se detenía para admirar la puesta de sol por venir —como si los residentes de este lugar, de esta corte, tuvieran la libertad, la seguridad de disfrutar las vistas cuando quisieran. Y de nunca haber conocido algo diferente.

Quería gritarles, quería agarrar una pieza de adoquín suelta y romper la ventana más cercana, quería soltar ese poder de nuevo, hirviendo debajo de mi piel y decirles, *mostrarles*, lo que me habían hecho, lo que le habían hecho al resto del mundo, mientras ellos admiraban puestas de sol y pintaban y tomaban té junto al río.

—Tranquila —murmuró Rhys.

Giré mi cabeza en su dirección con brusquedad, mi respiración estaba algo pesada.

Su rostro se había vuelto de nuevo ilegible.

—Mi gente es inocente.

Así de fácil, mi ira se desvaneció, como si se hubiera soltado un peldaño de la escalera que había estado subiendo dentro de mí y hubiera caído sobre la calle de piedra pálida.

Sí —sí, por supuesto que eran inocentes. Pero no me sentí con ganas de pensar más en ello. En nada.

Volví a decir:

—Estoy cansada.

Su garganta se agitó, pero asintió, dándole la espalda a Arcoíris.

—Mañana por la noche, iremos a caminar. Velaris es precioso de día, pero fue construido para ser visto después de oscurecer.

No esperaba menos de la Ciudad de Luz de Estrellas, pero las palabras se habían vuelto de nuevo difíciles.

Pero...la cena. Con él. En esa Casa de Viento. Reuní el suficiente enfoque para decir—: ¿Quién, exactamente, va a estar en esa cena?

Rhys nos llevó hacia una calle empinada, mis muslos quemaban con el movimiento. ¿Estaba tan en baja forma, tan débil?

—Mi Círculo Íntimo —dijo—. Quiero que los conozcas antes de que decidas si te gustaría quedarte en este lugar. Si te gustaría trabajar conmigo y además trabajar con ellos. A Mor ya lo conociste, pero a los otros tres...

—Los que vinieron esta tarde.

Asintió una vez.

—Cassian, Azriel y Amren.

—¿Quiénes son ellos?

Él había dicho algo sobre Ilirianos, pero Amren —la voz femenina que había escuchado— no poseía alas. Al menos las que había visto a través del vidrio empañado.

—Hay niveles —dijo neutralmente—, entre nuestro círculo. Amren es mi Segunda al mando.

¿Una mujer? La sorpresa debía haber estado escrita en mi rostro porque Rhys dijo:

—Sí. Y Mor es mi Tercera. Solo un tonto pensaría que mis guerreros Ilirios eran los más altos depredadores en nuestro círculo.

La irreverente y alegre Mor era la Tercera del Gran Señor de la Corte Oscura.

Rhys continuó.

—Verás a lo que me refiero cuando conozcas a Amren. Se ve como una Alta Fae, pero hay algo diferente merodeando debajo de su piel. —Rhys asintió a una pareja que pasaba, quienes hicieron una reverencia con sus cabezas con un saludo alegre—. Puede que sea más vieja que esta ciudad, pero es presumida, le gusta acumular baratijas y pertenencias como un dragón en una cueva. Así que...permanece en guardia. Ambas tienen mal temperamentos cuando se provocan y no quiero que tengas ninguna sorpresa esta noche.

Una parte de mí no quería saber qué tipo de criatura era ella exactamente.

—Entonces si llegamos a una pelea y le arranco el collar, ¿me rostizará y me comerá?

Él se rió.

—No, Amren haría cosas, mucho, mucho peor que eso. La última vez que Amren y Mor se pelearon, dejaron mi montaña favorita reducida a cenizas. —Alzó una ceja—. Para que conste, soy el Gran Señor más poderoso en la historia de Prythian, y meramente interrumpir a Amren es algo que solo *he hecho* una vez en el último siglo.

El Gran Señor más poderoso en la historia.

En los milenios infinitos que habían existido aquí en Prythian, Rhys —*Rhys* con sus muecas y sarcasmos y ojos sexuales...

Y Amren era peor. Y mayor de *cinco mil años*.

Esperé a que el miedo golpeará; esperé a que mi cuerpo gritara para encontrar una forma de salir de esta cena, pero no hubo...nada. Tal vez sería algo misericordioso ser exterminado...

Una enorme mano agarró mi rostro lo suficientemente gentil para no hacer daño, pero lo suficientemente fuerte para hacerme mirarle.

—Nunca *jamás* pienses en eso —siseó Rhysand, sus ojos estaban lívidos—. *Ni por un maldito momento.*

Ese lazo entre nosotros se tensó y mis escudos mentales colapsaron. Y por un latido, justo como había sucedido Bajo la Montaña, me moví como un relámpago desde mi cuerpo hacia el de él, de mis ojos hacia los suyos.

No me había dado cuenta...de cómo me veía...

Mi rostro estaba demacrado, mis mejillas afiladas, mis ojos azul grisáceo estaban apagados y con manchas moradas debajo. Mis labios llenos —la boca de mi padre— estaban pálidos, y mi clavícula sobresalía por encima del grueso escote de lana de mi suéter. Me veía como si...como si una ira y pena y despecho me hubiesen comido viva, como si de nuevo estuviera muriéndome de hambre. No por comida, sino...por alegría y vida...

Entonces estuve de nuevo dentro de mi cuerpo, mirándolo.

—¿Ha sido un truco?

Su voz estaba ronca mientras bajaba la mano de mi rostro.

—No. —Inclinó su cabeza a un lado—. ¿Cómo lo atravesaste? Mi escudo.

No sabía de qué estaba hablando. No *había* hecho nada. Solo...me deslicé. Y no quería hablar sobre ello, no aquí, no con él. Eché a andar con prisa, mis piernas —tan malditamente delgadas, tan *inútiles*— quemaban con cada paso que daba por la colina empinada.

Me alcanzó y me cogió por el codo, otra vez con esa gentileza considerada, pero lo suficientemente fuerte para hacer que me detuviera.

—¿En cuántas mentes te has deslizado por accidente?

Lucien...

—¿*Lucien*? —Soltó una risa cosa—. Qué lugar más miserable para estar.

Enfadada, solté un gruñido bajo.

—*No* entres a mi cabeza.

—Tienes tu escudo abajo —Lo volví a alzar—. Bien podrías haberme estado gritando su nombre. —Ahí estaba de nuevo, colocando su cabeza en un ángulo contemplativo—. A lo mejor que tengas mi poder... —Se mordió el labio inferior, luego resopló—: Eso tendría sentido, por supuesto, si el poder proviene de *mí*... si mi propio escudo te confunde a *tí* conmigo y te deja entrar. Fascinante.

Me debatí si escupir sobre sus botas o no.

—Llévate de vuelta tu poder. Yo no lo quiero.

Soltó una sonrisa tímida.

—No funciona de esa manera. El poder está atado a tu vida. La única forma de recuperarlo sería matándote. Y dado que disfruto de tu compañía, declinaré la oferta.

Caminamos unos pocos pasos antes de que prosiguiera:

»Tienes que mantener vigilados y alzados tus escudos mentales. Especialmente ahora que has visto Velaris. Si en algún momento vas a otro lugar, fuera de estas tierras, y alguien se desliza dentro de tu mente y ve este lugar... — Un músculo palpitó en su mandíbula—. Se nos llama daemati, aquellos capaces de caminar dentro de la mente de otra persona como si fuéramos de una habitación a otra. Somos raros, y el rasgo aparece cuando la Madre lo desea, pero hay suficiente de nosotros esparcidos en el mundo que muchos —en su mayoría aquellos en posiciones de influencia— entrenan extensivamente contra nuestras habilidades. Si en algún momento te topas con un daemati sin esos escudos alzados, Feyre, se llevarán todo cuanto quieran. Uno más poderoso podría convertirte en su esclava involuntaria, hacer que hagas lo que sea que desee y tú nunca lo sabrías. Mis tierras causan el suficiente misterio para que un forastero pueda encontrarte, entre otras cosas, una valiosa fuente de información.

Daemati, ¿ahora era una de ellos si también podía hacer esas cosas? Otro maldito título que podían susurrar cuando pasara por delante de la gente.

—En otras palabras, en una potencial guerra con Hiberno, ¿el ejército del rey ni siquiera podría atacar aquí? —Ondeeó una mano hacia la ciudad alrededor de nosotros—. De modo que...—tú mimada gente, aquellos que no pueden proteger sus mentes—... ¿consiguen tu protección y no tienen que pelear mientras el resto de nosotros sangramos?

No lo dejé responder y sencillamente incrementé mi paso. Había sido un golpe bajo e inmaduro, pero... por dentro, en el interior me había convertido en algo como ese mar distante, agitándose sin descanso, zarandeada por los chubascos que arrasaban con cualquier sensación de dónde podía estar la superficie.

Rhys se mantuvo un paso detrás durante el resto de la caminata hacia la casa de la ciudad.

Una pequeña parte de mí me susurró que había podido sobrevivir a Amarantha; podía sobrevivir a dejar a Tamlin; podía sobrevivir a esta transición hacia este nuevo y extraño cuerpo... Pero a ese hueco vacío y frío en mi pecho...no estaba segura de poder sobrevivir a eso.

Incluso en los años en los que había estado de baja por la mala alimentación, esa parte de mí había estado llena de color, de luz. Tal vez volverme una férica lo había roto. Tal vez Amarantha lo había roto.

O tal vez lo había hecho yo en el momento que enterré esa daga en los corazones de las dos hadas inocentes y su sangre calentó mis manos.

++++

—Absolutamente no —dije desde el pequeño jardín en la azotea de la casa de la ciudad, mis manos estaban metidas profundamente en los bolsillos de mi abrigo para calentarlas contra el ataque del aire de la noche. Había espacio suficiente para unas cuantas hileras con flores y una mesa redonda de hierro con dos sillas..., y Rhysand y yo.

La ciudad centellaba alrededor de nosotros, las mismísimas estrellas parecían colgar más bajas, pulsando con rubí, amatista y perlas. Por encima, la luna llena hacía que el mármol de los edificios y los puentes brillaran como si estuvieran encendidos por dentro. La música sonaba, instrumentos de cuerdas y unos suaves tambores, y a cada lado del Sidra, había luces doradas en formas redondas en las orillas salpicadas con cafés y tiendas, todas abiertas por la noche a rebosar de gente.

Viva..., tan llena de vida. Casi podía probarla crepitando en mi lengua.

Rhysand se cruzó de brazos. Estaba vestido todo de negro, acentuado con hilo de plata. E hizo crujir enormes alas mientras decía:

—No. La Casa de Viento está protegida para evitar que las personas se tamicen al interior, al igual que esta casa. Incluso contra los Grandes Señores. No me preguntes el motivo o quién lo hizo. Pero la opción es o caminar los diez mil pasos, lo que *realmente* no me siento con ganas de hacer, Feyre, o volar hasta allí. —La luz de la luna recubrió la garra en el ápice de cada ala. Me dio una lenta sonrisa que no había visto en toda la tarde.

—Te prometo que no te soltaré.

Fruncí las cejas mientras miraba el vestido de azul medianoche que había elegido, incluso con las mangas largas y la tela pesada y lujosa, la pronunciaba uve en el escote no hacía nada contra el frío. Había estado indecisa de si usar el suéter y

pantalones gruesos, pero había optado por la ostentosis sobre la comodidad. Ya me estaba arrepintiendo, incluso con el abrigo. Pero si su Círculo Íntimo no era nada como la corte de Tamlin...mejor usar un atuendo más formal. Me estremecí al contemplar la oscura distancia desde la azotea hasta la residencia en la montaña.

—El viento romperá el vestido en un instante.

Su sonrisa se volvió felina.

—Iré por las escaleras —dije con furia, dando la bienvenida al enojo por las últimas horas de entumecimiento mientras me dirigía hacia la puerta que estaba final de la azotea.

Rhys desplegó una de sus alas, bloqueando mi camino.

Era una suave y lisa membrana, salpicada con un toque de iridiscencia. Dije a la defensiva:

—Nuala se pasó una hora con mi cabello.

Una exageración, pero ella se había preocupado mientras yo estaba ahí sentada en completo silencio, dejándole que gentilmente separara el final de cada mechón en suaves rulos y amarrara cada sección en lo alto de mi cabeza con preciosas hebillas de oro. Pero tal vez esta noche fuera mejor quedarme dentro, a solas y en silencio...tal vez sería mejor que enfrentar a la gente. Que interactuar.

El ala de Rhys se curvó a mí alrededor acercándome más a él hasta que casi pude sentir el calor de su poderoso cuerpo.

—Prometo no dejar que el viento destruya tu peinado.

Alzó una de sus manos como si fuera a coger uno de esos rulos sueltos, después la bajó.

—Si tengo que decidir si quiero trabajar contigo contra Hiberno, con tu Círculo Íntimo, ¿podemos simplemente... reunirnos aquí?

—Ya están todos allí. Y además, la Casa de Viento tiene el espacio suficiente para que no me sienta con ganas de arrojarlos a todos montaña abajo.

Tragué con fuerza. En lo alto de la parte central de la montaña detrás de nosotros, se curvaban suelos con luz que brillaban como si la montaña estuviera coronada con oro. Y entre esa corona de luz y yo, había un largo, *larguísimo* tramo de cielo abierto.

—Quieres decir —dije, porque tal vez eso estaba siendo la única arma en mi arsenal—, que ésta casa es demasiado pequeña, y que sus personalidades son demasiado grandes y te preocupa que yo pueda volver a perder el control.

Su ala me acercó más a él en un susurro de calidez sobre mi hombro.

—¿Y qué si es así?

—No soy ninguna muñeca rota.

Incluso si la conversación que habíamos tenido esta tarde, si lo que había visto en sus ojos, decía lo contrario. Pero cedí otro paso.

—Sé que no lo eres. Pero eso no significa que vaya a lanzarte los lobos. Si ibas en serio en lo de querer trabajar conmigo para mantener alejado a Hiberno de estas tierras, de mantener el muro intacto, quiero que conozcas primero a mis amigos. Que decidas por tu cuenta es algo con lo que puedes lidiar. Y quiero que esta reunión sea bajo *mis* términos, no cuando ellos decidan emboscar esta casa de nuevo.

—No sabía que tenías amigos.

Sí, enojo, aspereza...se sentía bien. Mejor que no sentir algo.

Me dio una sonrisa fría.

—No preguntaste.

Rhysand estaba lo suficientemente cerca ahora para deslizar una mano alrededor de mi cintura, sus dos alas me rodearon. Mi espina dorsal se inmovilizó. Una jaula...

Las alas retrocedieron.

Pero él apretó su brazo. Me abrazaba para iniciar el despegue. Que la Madre me salve.

—Esta noche lo pediste y volvimos aquí, sin ninguna pregunta. Y si no puedes soportar trabajar conmigo o con ellos, tampoco habrá preguntas sobre eso. Podemos encontrar alguna otra manera para que vivas aquí, de que estés satisfecha, sin importar lo que yo necesito. Tú eliges, Feyre.

Me debatí sobre presionar en eso..., en insistir en lo de quedarme. ¿Pero quedarme para qué? ¿Para dormir? ¿Para evitar una reunión que ciertamente debería tener antes de decidir *qué* quería hacer conmigo misma? Y para volar...

Estudié las alas, el brazo alrededor de mi cintura.

—Por favor, no me sueltes. Y por favor no...

Nos lanzamos hacia el cielo tan rápido como una estrella fugaz.

Antes que mi grito terminara de hacer eco, la ciudad se abrió enormemente grande debajo de nosotros. Una mano de Rhys se deslizó debajo de mis rodillas mientras la otra se envolvía alrededor de mi espalda y costillas, y ascendimos aleteando, arriba, arriba hacia la noche estrellada, hacia la oscuridad líquida y viento silbante.

Las luces de la ciudad se redujeron hasta que Velaris no fue más que una manta de terciopelo ondulante plagada de joyas, hasta que la música ya no llegaba al alcance de nuestras orejas puntiagudas. El aire estaba frío, pero nada además de una briza gentil acariciaba mi rostro, a pesar de dirigirnos hacia la Cada de Viento con una rapidez y precisión magnífica.

El cuerpo de Rhys era duro y caliente contra el mío, una fuerza sólida de la naturaleza diseñada y perfeccionada para esto. Incluso su olor me recordaba al viento, la lluvia y la sal y algo cítrico que no podía nombrar.

Nos desviamos bruscamente hacia una corriente ascendente, subiendo tan rápido que fue puro instinto aferrarme a su túnica negra mientras mi estómago se apretaba. Fruncí el entrecejo ante la risa suave que picó en mi oreja.

—Esperaba más gritos por tu parte. Puede que no esté tratando lo suficiente.

—*No lo hagas* —siseé, enfocándome en la tiara de luces que se aproximaba en la pared eterna de la montaña.

Con el cielo rodando en lo alto y las luces brillantes de por debajo, arriba y abajo se volvieron espejos, hasta que estuvimos navegando a través de un mar de estrellas. Algo apretado en mi pecho se soltó una fracción de su agarre.

—Cuando era un niño —dijo Rhys en mi oído—, me escapaba de la Casa de Viento saltando desde mi ventana, y volaba y volaba toda la noche, solo daba vueltas sobre la ciudad, el río y el mar. A veces lo sigo haciendo.

—Tus padres debieron estar encantados.

—Mi padre nunca lo supo, y mi madre... —Hizo un pausa—. Ella era Iliriana. Algunas noches, cuando me atrapaba cuando acababa de saltar por la ventana, me regañaba...y después ella también saltaba para volar conmigo hasta el amanecer.

—Suenas encantadora —admití.

—Lo era —dijo. Y esas dos palabras me dijeron lo suficiente sobre su pasado que no me entrometí.

Una maniobra y estuvimos subiendo más alto, hasta que estuvimos en línea recta a un balcón ancho, iluminado por la luz de linternas doradas. Al fondo, construidas en la mismísima montaña roja, había dos puertas de cristal que ya estaban abiertas, revelando un comedor largo, pero sorprendentemente casual, hecho de piedras y acentuado con rica madera. Noté que cada silla había sido moldeada para albergar las alas.

El aterrizaje de Rhys fue tan suave como su despegue, aunque mantuvo un brazo debajo de mis hombros mientras mis rodillas se doblaban para ajustarse. Me sacudí su toque y enfrenté la ciudad detrás de nosotros.

Había pasado tanto tiempo agazapada sobre árboles que las alturas habían perdido su terror fundamental hacía mucho. Pero la extensión de esta ciudad... aún peor, la enormidad de la extensiva oscuridad de más allá...del mar... Tal vez seguía siendo una humana tonta por sentirme de esa forma, pero no me había dado cuenta del tamaño del mundo. Del tamaño de Prythian si una ciudad de esta enormidad había podido mantenerse oculta de Amarantha, de otras cortes.

Rhysand estaba en silencio a mi lado. Sin embargo después de un momento, dijo:

—Suéltalo.

Alcé una ceja.

—Di lo que tengas en mente, una cosa. Y yo también diré una.

Sacudí mi cabeza y me volví a girar hacia la ciudad.

Pero Rhys dijo—: Yo estoy pensando en que pasé cincuenta años encerrado Bajo la Montaña, y algunas veces me permitía soñar con este lugar, pero nunca esperé volver a verlo. Pienso en que desearía haber sido yo quien la

asesinara. Pienso en que si llega la guerra, podría pasar un largo tiempo hasta que pueda tener una noche como esta.

Después deslizó sus ojos hacia mí, expectante.

No me molesté en preguntarle cómo había conseguido ocultarle este lugar, no cuando parecía rehusarse a responder. Así que dije:

— ¿Crees que la guerra llegue así de rápido?

—Esta fue una invitación a no hacer preguntas. Te he dicho...tres cosas. Dime tu una.

Miré hacia el mundo que se abría por delante, a la ciudad y el mar inquieto y la noche de invierno seco.

Tal vez se tratara de alguna pizca de coraje, o de imprudencia, o estaba tan por encima de todo que nadie, salvó Rhys y el viento podría escuchar, pero dije:

—Estoy pensando que debí haber sido una tonta enamorada por haberme permitido ver tan poco de la Corte de Primavera. Estoy pensando que hay una gran parte de ese territorio que nunca se me permitió ver o escuchar y tal vez habría vivido en la ignorancia para siempre, como una mascota. Estoy pensando... —Las palabras se me estrangulaban en la garganta. Sacudí la cabeza como si así pudiera despejar las que quedaban. Pero seguí diciéndolas—. Estoy pensando en que era una persona tan solitaria y sin esperanza, que tal vez me enamoré de la primera cosa que me mostró un poco de bondad y seguridad. Y estoy pensando que tal vez él lo sabía, tal vez no directamente, pero tal vez él quería ser esa persona para alguien. Y a lo mejor eso funcionaba para la que era yo antes. Puede que no funcione para quien... para lo que soy ahora.

Ahí estaba.

Las palabras, odiosas, egoístas y malagradecidas. Por todo lo que Tamlin había hecho...

El mero pensamiento de su nombre me agitó por dentro. Tan solo ayer por la tarde había estado allí. No, no, no pensaría en eso. Todavía no.

Rhysand dijo:

—Esos han sido cinco. Parece que te debo dos pensamientos. —Se giró para mirar detrás de nosotros—. Más tarde.

ACOTAR #2
PARADISE SUMMERLAND

Porque los dos alados masculinos de más temprano estaban de pie en la
puerta.

Sonriendo.

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA

Capítulo 16

Traducido por _celaena_ // Corregido por Mew

Rhys se paseó hacia los dos hombres de pie junto a las puertas del comedor, dándome la opción de quedarme donde estaba o unirme a ellos.

Una palabra, había prometido, y podíamos irnos.

Ambos hombres eran altos, sus alas se escondían tras unos cuerpos poderosos y musculosos, vestidos con cuero negro que me recordó a escamas desgastadas de algún tipo de bestia serpentina.

Unas espadas largas e idénticas estaban atadas bajando por sus espinas, las hojas hermosas en su sencillez. Tal vez no necesitaba haberme molestado con las ropas finas, después de todo.

El que era ligeramente más grande de los dos, con el rostro enmascarado por las sombras, se rió y dijo:

—Vamos, Feyre. No mordemos. A menos que nos lo pidas.

La sorpresa me recorrió el cuerpo, haciendo que mis pies se pusieran en movimiento.

Rhys se metió las manos en los bolsillos.

—Según lo último que he oído, Cassian, es que nadie te ha aceptado esa oferta.

El segundo resopló y los rostros de los dos hombres al fin se iluminaron en el momento en que se giraron hacia la luz dorada del comedor, y honestamente me pregunté me pregunté por qué nadie lo había aceptado: si la madre de Rhysand también había sido Iliriana, entonces su gente estaba bendecida con belleza antinatural.

Al igual que su Gran Señor, los machos —guerreros— eran de cabello oscuro y de piel bronceada. Pero a diferencia de Rhys, sus ojos eran de un color

avellana y se posaron en mí fijamente cuando, por fin, caminé por su lado en dirección a la Casa de Viento esperando detrás de ellos.

Ahí era donde terminaban las similitudes entre los tres.

Cassian inspeccionó a Rhys de pies a cabeza, su cabello negro, que le llegaba hasta los hombros, se desplazó con el movimiento.

—Cuánto lujo esta noche, hermano. Y también has hecho que la pobre Feyre se vista. —Me guiñó un ojo. Había algo labrado toscamente sobre sus facciones, como si estuviera hecho de viento, de tierra y llamas y todos estos rodeos civilizados no fueran más que un inconveniente.

Sin embargo el segundo hombre, el de una mayor belleza clásica de los dos... Incluso la luz brillaba desde los elegantes planos de su rostro. Con buena razón. Hermoso, pero casi increíble. Él sería de quien estar atento —el cuchillo en medio de la oscuridad. De hecho, un cuchillo de caza con empuñadura obsidiana estaba envainado en uno de sus muslos, la oscura vaina estaba grabada con líneas plateadas de runas que nunca antes había visto.

Rhys dijo:

—Este es Azriel —mi maestro de espías. —No era de extrañar. Un instinto enterrado me hizo comprobar que mis escudos mentales estuvieran intactos. Por si acaso.

—Bienvenida. —Fue todo lo que dijo Azriel en voz baja, casi de forma plana, al mismo tiempo que extendía una mano brutalmente llena de cicatrices hacia mí. La forma de la mano era normal, pero la piel... Parecía haber sido retorcida, emborronada y ondulada. Eran quemaduras. Debían de haber sido horribles si incluso su sangre inmortal no había sido capaz de curarlas.

Las láminas de cuero de su armadura ligera fluían por casi la mayor parte de la superficie, atadas por un lazo alrededor de su dedo corazón. No para ocultarla, me di cuenta de eso cuando su irrumpió en el aire frío de la noche entre nosotros. No, era para mantener en su sitio la gran piedra de cobalto insondable que adornaba la parte posterior del guante. Otra igual descansaba sobre su mano izquierda, y unas piedras gemelas pero de color rojo adornaban los guantes de Cassian, su color era como el del corazón dormido de una llama.

Tomé la mano de Azriel, y sus dedos ásperos apretaron la mía. Su piel estaba tan fría como su rostro.

Pero la palabra que Cassian había utilizado hacía un instante atrapó mi atención mientras soltaba la mano de Azriel y trataba de no parecer demasiado ansiosa por dar un paso atrás junto al lado de Rhys.

—¿Sois hermanos? —Los Ilirianos tenían un aspecto similar, pero sólo de la forma que tenían las personas que procedían del mismo sitio.

Rhysand aclaró,

—Hermanos en el sentido de que todos los idiotas son hermanos de una clase.

Nunca había pensado de ese modo.

— ¿Y tú? — le pregunté a Cassian.

Cassian se encogió de hombros y sus alas se apretaron más.

—Yo comando las tropas de Rhys.

Como si semejante posición fuera algo que se pasara por alto. Y... Tropas. Rhys tenía tropas. Me removí sobre mis pies. Los ojos color avellana de Cassian siguieron el movimiento y su boca se alzó por un lado, y sinceramente pensé que estaba a punto de darme su opinión profesional sobre qué hacer eso me haría inestable contra un rival cuando Azriel aclaró:

—Cassian también destaca fastidiando a todo el mundo. Especialmente entre nuestros amigos. Por lo tanto, como un amigo de Rhysand... buena suerte.

Una amiga de Rhysand -no la salvadora de sus tierras, no la asesina, no una cosa entre humana y férica. Tal vez ellos no sabían...

Pero Cassian le dio un codazo a su hermano de idiotez, o lo que sea que fuera, sacándolo de balance, y las poderosas alas de Azrael se ensancharon ligeramente mientras se estabilizaba.

—¿Cómo demonios hiciste esa escalera de hueso en la guarida del Middengard Wyrms cuando luces como si tus propios huesos pudieran romperse en cualquier momento?

Bueno, eso lo confirmaba. Y la pregunta de si él había estado Bajo la Montaña. Pero dónde había estado sino... Ese era otro misterio. Tal vez aquí, con esta gente. Seguro y mimado.

Me encontré con la mirada de Cassian, aunque sólo fuera porque tener a Rhysand defendiéndome todo el tiempo bien podría hacer que me derrumbase un poco más. Y puede que eso me hiciera tan miserable como una víbora, tal vez resultara que era una, pero dije:

—¿Cómo demonios hiciste *tú* para sobrevivir tanto tiempo sin que nadie te matara?

Cassian inclinó hacia atrás la cabeza y se rio, el sonido era tan rico y completo que rebotaba contra las piedras rojizas de la Casa. Las cejas de Azriel se movieron con aprobación mientras las sombras parecían envolverse más estrechamente a su alrededor. Como si él fuera su oscura colmena, de la que partían y a la que regresaban. Traté de no temblar y enfrenté a Rhys con la esperanza de obtener una explicación acerca de los dones oscuros de su maestro de espías.

La cara de Rhys estaba en blanco, pero sus ojos eran cautos. Evaluando. Casi le exigí qué demonios estaba mirando, hasta que Mor entró al balcón como quien no quiere la cosa con:

—Si Cassian está aullando, espero que sea porque Feyre lo haya mandado a cerrar su bocota.

Ambos Ilirianos se giraron hacia ella; Cassian separó sus pies ligeramente posados en el suelo en una posición de combate que yo conocía bastante bien.

Eso fue casi suficiente para hacer que notara menos a Azriel mientras esas sombras se relajaban y su mirada se deslizaba sobre el cuerpo de Mor: llevaba puesto un fluido vestido rojo de gasa acentuado con puños de oro, y un peinado hecho como si hojas doradas echaran hacia atrás las ondas de su cabello suelto. Un hilillo de sombra se enroscó alrededor de la oreja de Azriel y sus ojos se movieron bruscamente hacia los míos. Coloqué cara de inocencia tonta.

—No sé por qué olvido que los dos están emparentados —le dijo Cassian a Mor, señalando con la barbilla hacia Rhys, quien entornó los ojos—. Vosotros dos y vuestra ropa.

Mor hizo una reverencia en dirección de Cassian. De hecho, traté de no hundirme con alivio al ver sus finas ropas. Al menos ahora no me vería demasiado arreglada.

—Quería impresionar a Feyre. Al menos podrías haberte molestado en peinarte.

—A diferencia de algunas personas —dijo Cassian, confirmando que mis sospechas eran correctas sobre esa posición de combate—. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo que sentarme frente al espejo durante horas.

—Sí —dijo Mor, echándose sobre un hombro su largo cabello—, como fanfarronear por Velaris...

—Tenemos compañía —fue la suave advertencia de Azriel, sus alas volvieron a extenderse un poco mientras las conducía por debajo de la puerta del balcón hacia el comedor. Podría haber jurado que tentáculos de oscuridad se arremolinaba a su paso.

Mor le dio unas palmaditas en el hombro Azriel mientras esquivaba su ala extendida.

—Relájate, Az. Nada de peleas esta noche. Se lo prometimos a Rhys.

Las sombras que habían estado al acecho se desvanecieron al momento que Azriel dejaba caer un poco la cabeza —su cabello, oscuro como la noche misma, se deslizó sobre su hermoso rostro, como para protegerse de esa despiadadamente hermosa sonrisa.

Mor no dio ninguna indicación de haberlo notado y curvó los dedos en mi dirección.

—Ven y siéntate conmigo mientras ellos beben. — Me quedaba dignidad suficiente como para no mirar a Rhys en busca de que confirmara que era seguro. Por lo que obedecí, poniéndome a su lado mientras los dos Ilirianos se reunían con su Gran Señor—. A menos que prefieras beber —ofreció Mor cuando entramos al interior del cálido comedor de piedra rojiza—. Pero te quiero para mí antes de que Amren te acapare...

Las puertas del interior del comedor se abrieron con un susurrante viento, revelando los pasillos sombreados de color carmesí de la montaña por delante.

Y tal vez una parte de mí seguía siendo mortal, porque a pesar de que la pequeña y delicada mujer *parecía* una Alta Fae... como Rhys me había advertido, cada uno de mis instintos me pedía correr. Esconderme.

Ella era varias pulgadas más baja que yo, con el pelo a la altura de su barbilla, negro, brillante y lacio, su piel estaba bronceada y suave, y su rostro; bonito, rozando lo normal, más que aburrido lucía ligeramente irritado. Pero los ojos de Amren...

Sus ojos de color plata eran muy diferentes a nada que hubiera visto antes; un atisbo de la criatura que sabía que no era una Alta Fae, lo sabía en mis entrañas. O habido nacido de esa manera.

La plata en los ojos de Amren parecía arremolinar-se como humo bajo un cristal.

Llevaba pantalones y una camiseta como los que había vestido yo en otro palacio dentro de una montaña, ambos en tonos estaños y nubes de tormenta, y perlas —blancas, grises y negras— adornaban sus orejas, dedos y muñecas. Incluso el Gran Señor junto a mí se sentía como una voluta de sombra en comparación al poder con el que ella latía.

Mor gimió y se dejó caer sobre una silla cerca del final de la mesa, y se sirvió una copa de vino. Cassian tomó asiento frente a ella, deslizando sus dedos por la botella de vino.

Pero Rhysand y Azriel se quedaron de pie, observando, tal vez vigilando, mientras la mujer se acercaba a mí y después de detuvo a tres pies de distancia.

—Tu gusto sigue siendo excelente, Gran Señor. Gracias. —Su voz era suave, pero más cortante que cualquier hoja con la que me hubiera encontrado. Sus delgados y pequeños dedos rozaron un delicado broche de plata y perlas clavado justo encima de su pecho derecho.

Así que era ella a quien le había comprado la joya. La joya que yo jamás, bajo ninguna circunstancia, trataría de robar.

Estudí a Rhys y Amren, como si pudiera ser capaz de leer lo que había más allá del vínculo entre ellos, pero Rhysand agitó una mano y bajó la cabeza.

—Te queda bien, Amren.

—A mí todo me queda bien —dijo ella, y esos ojos horribles y encantadores volvieron a reunirse con los míos. Como relámpagos encadenados.

Dio un paso más cerca, olfateó delicadamente, y aunque yo era medio pie más alta, nunca me había sentido más dócil. Pero mantuve la cabeza en alto. No sabía por qué, pero lo hice.

Amren dijo:

—Así que ahora somos dos.

Mis cejas se fruncieron.

Los labios de Amren tenían un toque de rojo.

—Nosotras, quienes nacimos siendo otra cosa, y nos hallamos atrapadas en cuerpos nuevos y extraños.

Decidí que *realmente* no quería saber lo que ella había sido antes.

Amren sacudió la barbilla hacia mí para que me sentase en la silla vacía junto a Mor y su cabello como noche fundida se meneó. Reclamó el asiento frente a mí, Azriel se colocó a su otro lado mientras Rhys tomaba el que estaba delante de él... a mi derecha.

No había nadie en los extremos de la mesa.

—Aunque *hay* una tercera —dijo Amren, mirando ahora a Rhysand—. Creo que no has tenido noticias de Miryam en... siglos. Interesante.

Cassian entornó los ojos.

—Por favor, ve al grano, Amren. Tengo hambre.

Mor se atragantó con el vino. Amren deslizó su atención al guerrero a su derecha. Azriel, a su otro lado, los vigilaba a ambos muy, muy cuidadosamente.

—¿Nadie te calienta la cama ahora, Cassian? Debe ser muy difícil ser un Iliriano y no tener pensamientos en su cabeza salvo aquellos sobre su parte favorita.

—Sabes que siempre estoy feliz de enredarme en las hojas contigo, Amren —dijo Cassian, completamente imperturbable ante los ojos plateados, del poder que irradia de cada uno de sus poros—. Sé lo mucho que disfrutas de los Ilirian...

—Miryam —dijo Rhysand cuando la sonrisa de Amren se convirtió en una serpentina—. Y Drakon lo está haciendo bien, según he oído. ¿Y qué es, exactamente eso tan interesante? "

La cabeza de Amren se inclinó hacia un lado mientras me estudiaba. Traté de no encogerme.

—Solo una vez antes un humano fue Hecho un ser inmortal. Es interesante que se haya repetido justo cuando todos los antiguos jugadores han regresado. Pero Miryam fue dotada con una larga vida, no un cuerpo nuevo. Y tú, chica... —

Olfateó una vez más y nunca me sentí más al descubierto. La sorpresa iluminó los ojos de Amren. Rhys solo se limitó a asentir. Lo que sea que significara eso. Ya estaba cansada. Cansada de ser valorada y evaluada—. Tu mismísima sangre, tus venas, tus huesos fueron Hechos. Un alma mortal dentro de un cuerpo inmortal.

—Tengo hambre —dijo Mor empujándose con un muslo. Chasqueó un dedo, y una pila de platos con pollo asado, verduras y pan apareció delante de nosotros. Simple, pero.... elegante. Nada formal. Tal vez el suéter y los pantalones no habrían estado fuera de lugar para tal comida—. Amren y Rhys pueden quedarse hablando toda la noche y aburrirnos hasta las lágrimas, así que no te molestes en esperarlos para empezar a comer. —Alzó su tenedor, chasqueando la lengua—. Le pregunté a Rhys si *yo* podía llevarte a cenar, solo nosotras dos, y dijo que tú no querrías. Pero siendo sincera... ¿prefieres pasar el tiempo con este par de ancianos, o conmigo?

—Para alguien que tiene la misma edad que yo —dijo Rhys arrastrando las palabras—, parece haber olvidado...

—Todo el mundo quiere hablar, hablar y hablar —dijo Mor, dando una mirada de advertencia a Cassian, el cual también había abierto la boca—. ¿No podemos comer, comer y comer, y después hablar?

Había un interesante balance entre la aterradora Segunda de Rhys y su encantadoramente punzante Tercera. Si el rango de Mor era mayor que la de los dos guerreros en esta mesa, entonces tenía que haber algún otro motivo ajeno a ese encanto irrespetuoso. Algún poder que le permitiera a ella entrar en una pelea con Amren que Rhys había mencionado —y salir ilesa.

Azriel rio suavemente a Mor, pero levantó su tenedor. Yo hice lo mismo, esperando a que él tomara un bocado antes de hacerlo yo. Solo por si acabo...

Estaba bueno. Muy bueno. Y el vino...

Ni siquiera me había dado cuenta de que Mor me había servido una copa hasta que terminé mi primer sorbo y ella chocó la suya contra la mía.

—No dejes que estos vejestorios te mangoneen.

Cassian dijo:

—Le dijo la sartén al cazo. —Luego frunció el ceño a Amren, quien apenas había tocado su plato—. Siempre se me olvida lo extraño que es eso. —Él tomó su plato sin ceremonias, vertió la mitad del contenido en el suyo antes de pasarle el resto a Azriel.

Azriel le dijo a Amren mientras deslizaba la comida en su propio plato:

—Siempre le digo que pida permiso antes de hacer eso.

Amren movió sus dedos y el plato vacío desapareció de las manos llenas de cicatrices de Azriel.

—Si no has sido capaz de entrenarlo después de todos estos siglos, muchacho, no creo que ahora vayas hacer ningún progreso. —Enderezó los cubiertos en el lugar vacante ante ella.

—¿Tú no...comes? —le dije. Las primeras palabras que había dicho desde que nos sentamos.

Los dientes de Amren eran desconcertantemente blancos.

—No este tipo de comida.

—Que el Caldero me hierva —dijo Mor, tragando de su vino—. ¿Podemos no seguir por ahí?

Decidí que tampoco quería saber qué comía Amren.

Rhys se rio a mi otro lado.

—Recuérdame tener cenas familiares más a menudo. —Cenas familiares – no reuniones oficiales de la corte. Y esta noche... o no sabían que estaba aquí para decidir si de verdad quería trabajar con Rhys, o no tenían ganas de fingir ser todo lo contrario a lo que eran. Sin duda se habían vestido como habían querido –tuve la creciente sensación de que podría haber aparecido en camisón y no habría importado. Un grupo único, efectivamente. Y contra de Hiberno... ¿quiénes serían, qué podrían hacer, como aliados o adversarios?

Frente a mí, un capullo de silencio parecía latir alrededor de Azriel, mientras los otros atacaban sus comidas. Escudriñé de nuevo ese óvalo de piedra azul en su guante mientras él bebía de su copa de vino. Azriel notó mi mirada, rápida como había sido —ya que tenía la sensación de que había estado percibiendo y catalogando todos mis movimientos, palabras y respiraciones. Levanto ambos dorsos de sus manos en mi dirección de modo que ambas joyas se exhibieran.

—Se llaman sifones. Concentran y enfocan nuestro poder en la batalla.

Sólo él y Cassian las llevaban.

Rhys dejó su tenedor, y aclaró para mí:

—El poder de los Ilirianos más fuertes se rigen bajo la frase de «incinerar ahora, preguntar después». Tienen pequeños dones mágicos más allá de eso, el poder de matar.

—El don de una gente violenta y belicista —agregó Amren. Azriel asintió mientras sombras se envolvían alrededor de su cuello y sus muñecas. Cassian le dio una mirada penetrante con su rostro apretado, pero Azriel no le hizo caso.

Rhys continuó, aunque sabía que era consciente de cada mirada entre el maestro de espías y el comandante del ejército.

—Los Ilirianos reproducen el poder para darles ventaja en la batalla, sí. Los Sifones filtran ese poder bruto y permiten que Cassian y Azriel lo transformen en algo más sutil y variado, en escudos y armas, flechas y lanzas. Imagina la diferencia entre lanzar un cubo de pintura contra una pared a utilizar un pincel. Los Sifones le permiten a la magia ser ágil y precisa en el campo de batalla cuando su estado natural tiende hacia algo mucho más desordenado y sin pulir, y potencialmente peligroso cuando estás luchando en espacios reducidos.

Me pregunté con qué frecuencia había necesitado hacer eso cualquiera de ellos. Si esas cicatrices en las manos de Azriel estaban causadas por eso.

Cassian flexionó los dedos, admirando las translucidas piedras rojas que adornaban el dorso de sus propias grandes manos.

—No hace daño que también se vean condenadamente bien.

Amren murmuró:

—Ilirianos.

Cassian enseñó los dientes con diversión salvaje y tomó un sorbo de vino.

Conocerlos, tratar de imaginar cómo podría trabajar con ellos, confiar en ellos, en caso de que explotara el conflicto con Hiberno... me disputaba por algo qué preguntarle y decirle a Azriel, esas sombras se habían ido otra vez.

—Cómo tú... quiero decir, ¿cómo tú y Lord Cassian...?

Cassian vomitó su copa de vino sobre la mesa, haciendo que Mor se levantara de un salto, maldiciéndolo mientras usaba una servilleta para limpiarse el vestido.

Pero Cassian estaba bramando de risa y Azriel colocó una sonrisa cautelosa y tenue en su rostro mientras Mor frotaba una mano sobre su vestido y las manchas de vino aparecieron en los pantalones de cuero de lucha de Cassian — o tal vez volaron, me di cuenta. Mis mejillas se calentaron. Sin saberlo había roto algún tipo de protocolo de la corte y...

—Cassian —Rhys arrastró las palabras—, no es un Lord. Aunque estoy seguro de que aprecia que pienses que lo es. —Estudió su Círculo Íntimo—. Y ya que estamos, tampoco lo es Azriel. Ni Amren. Y Mor, lo creas o no, es la única con un título de pura sangre en esta sala. —¿Él no? Rhys debió ver la pregunta en mi cara, porque dijo—: Soy medio Iliriano. Tan bueno como un bastardo donde el Alto Fae purasangre importa.

—¿Entonces vosotros tres no son Altos Fae? —le dije a él y a los dos hombres.

Cassian terminó de reír.

—Los Ilirianos desde luego no son Altos Fae. Y me alegro de eso. —Se metió el pelo negro detrás de su oreja redondeada; como una vez había sido la mía—. Y no somos hadas menores, aunque algunos traten de llamarnos así. Sólo somos, Ilirianos. Considerados caballería aérea prescindible para la Corte Oscura en el mejor de los casos, y estúpidos soldados gruñones en el peor de ellos.

—Lo cual es la mayor parte del tiempo —aclaró Azriel. No me atreví a preguntar si esas sombras eran una parte de ser Iliriano, también.

—No vi a ninguno Bajo la Montaña —dije en su lugar. Tenía que saber sin lugar a dudas si habían estado allí, si me habían visto, si podría impactar en el modo en que yo interactuara mientras trabajara con...

Se hizo el silencio. Ninguno de ellos, ni siquiera Amren, miró a Rhysand. Fue Mor quien dijo:

—Porque ninguno de nosotros estuvo allí.

La cara de Rhys era una máscara de frialdad.

—Amarantha no sabía que ellos existían. Y cuando alguien intentaba contárselo, por lo general se encontraban sin el espíritu para hacerlo.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. No por el frío asesino, sino, sino...

—¿De verdad mantuviste esta ciudad, y todas estas personas, escondidas de ella durante cincuenta años?

Cassian estaba mirando fijamente su plato, como si pudiera salirse de su propia piel.

Amren dijo:

—Seguiremos manteniendo esta ciudad y estas personas escondidas de nuestros enemigos durante mucho más que eso.

Esa no era una respuesta.

Rhys no había esperado volver a verlos cuando fue llevado Bajo la Montaña. Sin embargo, se las había arreglado para mantenerlos a salvo.

Y eso los mataba —a los cuatro sentados en la mesa. Les mataba todo lo que él había hecho, como sea que lo hubiera hecho. Incluso a Amren.

Tal vez no sólo por el hecho de que Rhys había soportado a Amarantha mientras ellos habían estado aquí. Tal vez también lo fuera para los que se quedaron fuera de la ciudad. Tal vez escoger una ciudad, un lugar, como escudo era mejor que nada. Tal vez... tal vez era algo reconfortante, el hecho de tener un lugar en Prythian que se mantuviera intacto. Inmaculado.

La voz de Mor fue un poco cruda cuando me explicó, sus peines de oro brillaron en la luz:

—No hay una sola persona en esta ciudad que no sea consciente de lo que sucedió fuera de estos límites. O de los costes.

No quise preguntar cuál había sido el precio. El dolor que se entrelazaba con el pesado silencio me dijo lo suficiente.

Sin embargo, si todos podían vivir con su dolor, podían seguir riendo... Me aclaré la garganta mientras me enderezaba y le dije a Azriel quien, con sombras o no, parecía el más seguro.

—¿Cómo os conocisteis? —Una pregunta inofensiva para tantearlos, aprender quiénes eran. ¿No?

Azriel simplemente se giró hacia Cassian, quien estaba mirando a Rhys con culpa y un amor en su rostro tan profundo y agonizante que un instinto enterrado casi me hizo estirar la mano a través de la mesa para sujetar su mano.

Pero Cassian pareció procesar lo que le había preguntado y su amigo, en silencio, le solicitó que contara él la historia, y una mueca se difuminó a través de su rostro.

—Todos nos odiábamos al principio.

Junto, una luz destellaba en los ojos de Rhys. Lo que había preguntado sobre Amarantha, los horrores que le había hecho recordar...

Una confesión por una confesión... pensé que lo había hecho por mí. Tal vez tenía cosas que necesitaba expresar, que *no podía* expresar a estas personas, no sin causarles más dolor y culpa.

Cassian continuó, llamando mi atención al silencioso Gran Señor a mi derecha,

—Somos bastardos, ya sabes. Az y yo. Los Ilirianos... Nos encanta nuestra gente y nuestras tradiciones, pero habitan en clanes y campamentos en las profundidades de las montañas del Norte, y no les gustan los extraños. Especialmente los Altos Faes que tratan de decirles lo que deben hacer. Pero están muy obsesionados con el linaje, y tienen sus propios príncipes y señores entre ellos. Az —dijo, señalando con el pulgar en su dirección, y su Sifón rojo capturó la luz—, era el bastardo de uno de los señores de la zona. Y si crees que el hijo bastardo de un señor es odiado, entonces no puedes imaginar cómo de odiado era el bastardo de una lavandera de un campamento de guerra y un guerrero que ella no recordaba o recordaría. —Su casual encogimiento de hombros no coincidió con el brillo feroz de sus ojos color avellana—. El padre de Az lo envió a nuestro campamento para formarse una vez que él y su encantadora esposa se dieron cuenta de que era un Shadowsinger.

Shadowsinger. Sí, el título, cualquier cosa que significase, parecía encajar.

—Como los daemati —dijo Rhys para mí—, los Shadowsingers son poco frecuentes y codiciados las cortes y territorios del mundo, por su sigilo y predisposición a escuchar y sentir cosas que otros no pueden.

Tal vez esas sombras estaban efectivamente susurrándole a él, entonces. El frío rostro de Azriel no arrojaba nada.

Cassian dijo—: El señor del campamento prácticamente se cagó encima de la emoción el día que Az fue a parar a nuestro campamento. Pero yo... una vez que mi madre me desterró y fui capaz de caminar, fui llevado a un campamento apartado, y me tiraron al barro para ver si vivía o moría.

—Habrían sido más inteligentes lanzarte desde un acantilado —dijo Mor, resoplando.

—Oh, definitivamente —dijo Cassian, esa mueca pasando a gran nitidez—. Sobre todo porque cuando fui mayor y lo suficientemente fuerte como para volver al campamento en el que había nacido, supe que esos capullos habían jodido a mi madre hasta que ella murió.

Otra vez se hizo el silencio, aunque diferente esta vez. La tensión y la ira creciente de una máquina que ha soportado demasiado, sobrevivido a mucho... y sentido el dolor del otro profundamente.

—Los Ilirianos —cortó Rhys con suavidad, y esa luz finalmente de vuelta a su mirada—, son guerreros sin igual, y son ricos con historias y tradiciones. Pero también son brutales y canallas, sobre todo en lo que se refiere a la forma en que tratan a sus mujeres.

Los ojos de Azriel se habían vuelto casi vacíos mientras miraba a la pared de ventanas detrás de mí.

—Son bárbaros —dijo Amren, y ningún hombre Iliriano se opuso. Mor asintió enfáticamente, incluso cuando notó la postura de Azriel y se mordió el labio—. Incapacitan a sus mujeres de modo que puedan conservarlas para dar a luz a los guerreros más perfectos.

Rhys se encogió.

—Mi madre era de cuna humilde —me dijo—, y trabajó como costurera en uno de sus muchos campamentos de guerra en la montaña. Cuando las mujeres alcanzan la mayoría de edad en los campamentos, cuando tienen su primer sangrado, sus alas son... cortadas. Sólo una incisión en el lugar adecuado, si se deja curar de forma inadecuada, puede incapacitarte para siempre. Mi madre era dulce, salvaje y le encantaba volar. De modo que hizo todo lo que tenía en su poder para evitar llegar a la madurez. Aguantó hambre, reunió hierbas ilegales, cualquier cosa para detener el curso natural de su cuerpo. Cumplió dieciocho años y aún no había sangrado, con la mortificación de sus padres. Pero su sangrado finalmente llegó, y todo lo que necesitó fue estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado, para que un hombre se diese cuenta de su situación y se lo contara al señor del campamento. Ella intentó escapar, pero era joven, y los guerreros eran más

rápidos y la trajeron de regreso a rastras. Estaban a punto de atarla a los postes en el centro del campamento cuando mi padre se tamizó allí para una reunión con el señor del campamento sobre alistarse para la guerra. Vio a mi madre vapuleada y luchando como un gato salvaje, y... —Tragó saliva—. El vínculo de compañeros entre ellos encajó en su lugar. Él la miró, y supo lo que era. Vaporizó a los guardias que la sujetaban.

Mis cejas se estrecharon.

—¿Vaporizó?

Cassian dejó escapar una risa malvada mientras Rhys hacía flotar en el aire una rodaja de limón que barnizaba su pollo, por encima de la mesa. Con un movimiento de su dedo, se vaporizó en niebla con aroma cítrico.

—A través de la lluvia de sangre —continuó Rhys mientras concluía la imagen de lo que haría a un cuerpo, de lo que él podía hacer—. Mi madre lo vio a él. Y el enlace encajó en su lugar para ella. Mi padre la llevó de nuevo a la Corte Oscura esa noche y la hizo su esposa. Ella amaba a su gente, y los echaba de menos, pero nunca se olvidó de lo que habían tratado de hacerle, lo que le hicieron a las mujeres entre ellos. Trató durante décadas hacer que mi padre lo prohibiera, pero la guerra se acercaba, y él no se arriesgaría a aislar a los Ilirianos cuando los necesitaba para dirigir sus ejércitos. Y a morir por él.

—Una verdadera joya, tu padre — se quejó Mor.

—Al menos le gustas —respondió Rhys, luego aclaró para mí—: Mi padre y mi madre, a pesar de ser compañeros, eran erróneos el uno para el otro. Mi padre era frío y calculador, y podía llegar a ser cruel, dado había sido entrenado para serlo desde que nació. Mi madre era delicada y ardiente y querida por todos los que la conocían. Ella le odió después de un tiempo, pero nunca dejó de estar agradecida de que él hubiera salvado sus alas, de que le permitiera volar cuando y a donde deseara. Y cuando yo nací, y pude convocar a las alas Ilirianas a mi antojo... ella quiso que conociera la cultura de su pueblo.

—Quería mantenerte fuera de las garras de tu padre —dijo Mor, agitando su vino, sus hombros se aflojaron cuando Azriel finalmente parpadeó, y parecía sacudirse cualquier recuerdo que le hubiera congelado.

—Eso también —añadió secamente Rhys—. Al cumplir los ocho años, mi madre me llevó a uno de los campos de guerra Ilirianos. Para ser entrenado como todos los hombres Ilirianos eran entrenados. Y como todas las madres Ilirianas, me empujó al círculo de combate el primer día, y se alejó sin mirar atrás.

—¿Te abandonó? —me encontré diciendo.

—No, nunca —dijo Rhys con una ferocidad que había oído pocas veces, siendo una de ellas esta tarde—. También se alojaba en el campamento. Pero es considerado una vergüenza para una madre consentir a su hijo cuando él va a entrenar.

Mis cejas se levantaron y Cassian se rio.

—Canalla, como él dijo —me dijo el guerrero.

—Estaba demasiado asustado —admitió Rhys, ni una sombra de vergüenza se podía encontrar—. Estaba aprendiendo a manejar mis poderes, pero la magia Iliriana era una mera fracción de eso. Y es raro entre ellos, por lo general sólo lo poseen a los guerreros más poderosos, de pura raza. —Una vez más, miré los Sifones yaciendo sobre de las manos de los guerreros—. He intentado utilizar un Sifón durante estos años —dijo Rhys—, y destrocé alrededor de una docena antes de darme cuenta de que no era compatible, las piedras no pueden aguantarlo. Mi poder fluye y se perfecciona de otras formas.

—Que complicado, ser un Gran Señor tan poderoso —bromeó Mor. Rhys rodó los ojos.

—El señor del campamento me prohibió utilizar mi magia. Por el bien de todos. Pero no tenía ni idea de cómo luchar cuando puse un pie en el círculo de entrenamiento aquel día. Los otros chicos de mi edad también lo sabían. Especialmente uno en concreto, que me echó un vistazo y me golpeó hasta reducirme a un desastre sangriento.

—Estabas tan *limpito* —dijo Cassian, moviendo la cabeza—. El hijo bonito y mestizo del Gran Señor, cuán estafalario estabas con tu ropa nueva de entrenamiento.

—Cassian —dijo Azriel con esa voz como sonido de las tinieblas—, se dedicó a conseguir ropa nueva durante años desafiando a otros chicos a pelear, siendo el premio las ropas que vestían. —No había orgullo en las palabras: por la brutalidad de su pueblo. Sin embargo no culpaba al Shadowsinger. Tratar a *cualquiera* de esa forma...

Cassian, sin embargo, se rio entre dientes. Pero ahora mi atención estaba dirigida a sus hombros anchos y fuertes, en la luz de sus ojos.

Nunca había conocido a nadie en Prythian que alguna vez hubiera estado hambriento, desesperado, no como yo lo había estado.

Cassian parpadeó, y la forma en que me miraba cambió, era más evaluadora, más... sincera. Podría haber jurado que vi las palabras en sus ojos: *Tú sabes lo que es. Sabes la marca que deja.*

—Yo había vencido a todos los niños de nuestra edad más de dos veces ya — continuó Cassian —. Pero entonces llegó Rhys, con su ropa tan limpia, y olía... diferente. Como un verdadero rival. Así que atacué. Nos dieron tres latigazos a cada uno por la pelea.

Me estremecí. Golpear niños...

—Es mucho peor, chica —interrumpió Amren—, en esos campamentos. Tres azotes son prácticamente un estímulo para luchar de nuevo. Cuando hacen algo verdaderamente malo, se rompen los huesos. Repetidamente. Durante semanas.

Le dije a Rhys:

— ¿Tu madre te envió voluntariamente a eso?

—Mi madre no quería que me confiara de mi poder —dijo Rhysand—. Ella sabía desde el momento en que me concibió que yo sería cazado toda mi vida. Donde una fuerza fracasara, ella quería que otra me salvara. Mi educación fue otra arma y por eso fue conmigo: para enseñarme después de que las clases acabaran durante el día. Y cuando me llevó a casa la primera noche, a nuestra nueva casa al borde del campamento y me hizo leer junto a la ventana. Fue allí donde vi a Cassian caminando por el barro, hacia las pocas carpas destartaladas a las afueras del campamento. Le pregunté a ella a dónde iba él, y me dijo que a los bastardos no se les daba nada: que deben encontrar su propio refugio, su propia comida. Si sobreviven y son elegidos para entrar una banda de guerra, siempre estarán en un rango inferior, pero reciben sus propias carpas y suministros. Pero hasta entonces, permanecían en el frío.

—Esas montañas — añadió Azriel, con el rostro duro como el hielo—, ofrecen algunas de las condiciones más duras que puedas imaginar.

Había pasado el tiempo suficiente dentro de bosques congelados para saberlo.

—Después de mis lecciones —continuó Rhys —, mi madre me limpió los latigazos, y cuando lo hizo, por primera vez me di cuenta de lo que era estar cálido, seguro y cuidado. Y eso no sentó bien.

—Aparentemente no —dijo Cassian—. Porque en la oscuridad de la noche, ese pequeño gilipollas me despertó en mi destartalada tienda y me dijo que mantuviera la boca cerrada y fuese con él. Y tal vez fue el frío lo que me hizo un estúpido, pero así lo hice. Su madre estaba furiosa. Pero nunca olvidaré la expresión de su bello rostro cuando me vio y dijo: «Hay una bañera con agua caliente. Metete en ella o puedes volver al frío». Siendo un muchacho inteligente, le obedecí. Cuando salí, ella tenía un pijama limpio para mí y me ordenó ir la cama. Me había pasado toda mi vida durmiendo en el suelo, y cuando me opuse, dijo que lo entendía porque ella había sentido lo mismo una vez, y que se sentiría como si estuviera siendo engullido, pero que la cama era mía durante el tiempo que yo quisiera.

—¿Y fueron amigos después de eso?

—Caldero, no —dijo Rhysand—. Nos odiábamos el uno al otro, y sólo nos comportamos porque si uno de nosotros se metía en problemas o provocaba al otro, entonces ninguno de nosotros comíamos esa noche. Mi madre empezó a enseñar a Cassian, pero no fue hasta que Azriel llegó un año después que decidimos ser aliados.

La sonrisa de Cassian creció a medida que se estiraba hacia Amren para palmear a su amigo en el hombro. Azriel suspiró, el sonido de un largo sufrimiento. La expresión más cálida que le había visto hacer.

—Un mestizo nuevo en el campamento y un Shadowsinger no entrenado para patear. Por no hablar de que ni siquiera podía *volar* gracias a...

Mor cortó perezosamente:

—Mantén el rumbo, Cassian.

De hecho, cualquier calidez había desaparecido del rostro de Azriel. Pero calmé mi propia curiosidad mientras Cassian se volvía a encoger de hombros, sin molestarse en tomar nota del silencio que parecía gotear del Shadowsinger. Mor lo notó, sin embargo, incluso si Azriel no se molestó en reconocer su mirada preocupada, la mano que ella seguía mirando como si fuera a tocar, pero que se lo había pensado mejor.

Cassian continuó:

—Rhys y yo hicimos de su vida un infierno, Shadowsinger o no. Pero la madre de Rhys había conocido a la madre de Az, y lo acogió. A medida que fuimos creciendo, y los otros hombres que nos rodean también lo hicieron, nos dimos

cuenta de que los demás nos odiaban lo suficiente para que tuviéramos más probabilidades de supervivencia dando los golpes juntos.

—¿Tienes algún don? —le pregunté—. ¿Al igual que...ellos? —Giré la barbilla hacia Azriel y Rhys.

—Un temperamento volátil no cuenta —dijo Mor cuando Cassian abrió su boca.

Él le dio esa sonrisa que noté significaba que probablemente se avecinaban problemas, pero me dijo:

—No los tengo, no más allá de un hacinamiento de poder destructivo. Bastardo nacido, por los cuatro costados. —Rhys se inclinó hacia delante como si fuese a objetar, pero Cassian siguió adelante—. Incluso así, los otros hombres sabían que éramos diferentes. Y no porque fuéramos dos bastardos y un mestizo. Éramos más fuertes, más rápidos, como el Caldero sabía que habíamos sido apartados y quería que nos encontráramos los unos a los otros. La madre de Rhys también lo vio. Especialmente cuando llegamos a la mayoría de edad, y todo lo que queríamos hacer era follar y luchar.

—Los hombres son criaturas horribles, ¿verdad? —dijo Amren.

—Repulsivos —dijo Mor, chasqueando la lengua.

Alguna pequeña parte superviviente de mi corazón quiso... reírse de eso.

Cassian se encogió de hombros.

—El poder de Rhys crecía cada día, y todo el mundo, incluso los señores del campamento, sabían que podría vaporizar a todo el mundo si le daba la gana. Y nosotros dos... no nos quedábamos atrás. —Se tocó el Sifón carmesí con un dedo—. Un bastardo Iliriano nunca había recibido uno de estos. Nunca. Para que a Az y a mí se nos designara, de mala gana, hicieron que cada guerrero de cada campo en esas montañas nos probara. Solamente los capullos de pura sangre consiguen Sifones —nacidos y criados *para* el poder destructor. Aún les quita el sueño, le siguen dando vueltas de dónde demonios lo conseguimos.

—Entonces estalló la guerra —Azriel tomó el control. Sólo la forma en que dijo las palabras me hicieron sentarme recta. Escuchar—. Y el padre de Rhys visitó nuestro campamento para ver cómo le había ido a su hijo después de veinte años.

—Mi padre —dijo Rhys, agitando su vino una vez, dos veces—, vio que su hijo no sólo había empezado a rivalizar con él por el poder, sino que se había aliado

con quizá los dos Ilirianos más mortíferos de la historia. Se le metió en la cabeza que si nos daba una legión en la guerra, era muy probable que pudiéramos volverla en su contra cuando regresáramos.

Cassian se rio.

—Así que el capullo nos separó. Le dio a Rhys el mando de una legión de Ilirianos que lo odiaban por ser un mestizo, y a mí me metió en una legión distinta para que fuera un soldado de infantería corriente, incluso cuando mi poder superaba a cualquiera de los líderes de guerra. A Az se lo quedó para él como su Shadowsinger, sobre todo para espiar y hacer su trabajo sucio. Sólo nos veíamos unos a los otros en los campos de batalla durante los siete años que duró la guerra. Se enviaban listas de las bajas entre los Ilirianos, y yo leía cada una de ellas, pensando si vería sus nombres en ella. Pero entonces Rhys fue capturado...

—*Esa es una historia para otro momento* —dijo Rhys, lo suficientemente fuerte para que Cassian levantase las cejas, pero asintió. Los ojos violetas de Rhys encontraron los míos, y me pregunté si era verdadera luz de estrellas lo que parpadeaba tan intensamente en ellos mientras hablaba—. Una vez me hube convertido en Gran Señor, nombré a estos cuatro mi Círculo Interno, y le dije al resto de la antigua corte de mi padre que si tenían algún problema con mis amigos, que podían irse. Todos y cada uno lo hicieron. Resultó que tener un mestizo como Gran Señor se volvió peor con el nombramiento de dos mujeres y dos bastardos Ilirianos.

Tan malos como los seres humanos, en algunos aspectos.

—¿Y qué...qué les pasó a ellos después?

Rhys se encogió de hombros, aquellas grandes alas cambiando con el movimiento.

—La nobleza de la Corte Oscura cayó en una de tres categorías: los que me odiaban lo suficiente que cuando Amarantha asumió el control, se unieron a su corte y más tarde hallaron la muerte; los que me odiaban lo suficiente como para tratar de derrocarme y se enfrentaron a las consecuencias; y los que me odiaban, pero no lo suficiente para ser estúpidos y desde entonces han tolerado el gobierno de un mestizo, especialmente cuando esto raramente interfiere en sus miserables vidas.

—¿Ellos son... los que viven debajo de la montaña?

Asintió una vez.

—En la Ciudad Hewn, sí. Se la di a ellos por no ser tontos. Raramente salen. Están contentos de estar allí, de gobernarse y de ser tan malvados como les plazca, por la eternidad.

Esa fue la corte que le debió mostrar a Amarantha cuando llegó por primera vez, y su maldad debió de haberle complacido lo suficiente para moldear la suya propia según aquella.

—La Corte de Pesadillas —dijo Mor, chupando un diente.

—¿Y cuál es esta corte? —pregunté, haciendo un gesto hacia ellos. La pregunta más importante.

Fue Cassian, con ojos claros y brillantes como su Sifón, quien dijo:

—La Corte de Sueños.

La Corte de los Sueños: los sueños de un mestizo Gran Señor, dos guerreros bastardos, y... dos mujeres.

—¿Y vosotras? —les dije a Mor y Amren.

Amren se limitó a decir:

—Rhys se ofreció a hacerme su Segunda. Nadie me había lo había pedido antes, así que dije que sí, para ver cómo sería. Resultó que lo disfruté.

Mor se inclinó hacia atrás en su asiento, Azriel miraba cada movimiento que ella hacía con delicada e implacable atención.

—Yo era una soñadora nacida en la Corte de las Pesadillas —dijo Mor. Hizo girar un rizo alrededor de un dedo, y me pregunté si su historia podría ser la peor de todas ellas. Se limitó a decir—: Así que salí.

—Entonces, ¿cuál es tu historia? —me dijo Cassian con un movimiento de su barbilla.

Había asumido que Rhysand se los había contado todo. Rhys simplemente se encogió de hombros en mi dirección.

Así que me enderecé.

—Nací en una familia rica de comerciantes, con dos hermanas mayores y padres que sólo se preocupaban por su dinero y posición social. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años; mi padre perdió su fortuna tres años después. Lo

vendió todo para pagar sus deudas, nos mudamos a una cabaña, y no se molestó en conseguir trabajo, dejándonos a nosotras morir de hambre lentamente durante años. Tenía catorce años cuando se acabó lo último que quedaba del dinero, junto con la comida. Él no trabajaba, no podía, porque los deudores vinieron y le destrozaron la pierna delante de nosotras. Así que fui al bosque y aprendí a cazar por mí misma. Y yo nos mantuve con vida, no muy lejos de la inanición muchas veces, durante cinco años. Hasta que... todo pasó.

Todos se quedaron en silencio de nuevo, la mirada de Azriel ahora era evaluadora. No había contado su historia. ¿Alguna la diría? ¿O nunca diría nada sobre esas quemaduras en sus manos? ¿Y qué le susurran esas sombras, hablan algún idioma siquiera?

Pero Cassian dijo:

—Aprendiste tu misma a cazar. ¿Qué hay acerca de luchar?

Negué con la cabeza. Cassian apoyó los brazos sobre la mesa.

—Por suerte para ti, acabas de encontrar un profesor.

Abrí la boca para protestar, pero... la madre de Rhysand le había dado un arsenal de armas para usar si lo otro fallaba. ¿Qué tenía yo más allá de disparar con arco y cabezonería bruta? Y si tenía este nuevo poder —esos *otros* poderes...

No volvería a ser débil. No dependería de nadie más. Nunca tendría que soportar el toque del Attor mientras me arrastraba porque estaba demasiado impotente para saber dónde y cómo golpear. Nunca más.

Pero lo que Ianthe y Tamlin habían dicho...

—¿Vosotros no creéis que se enviaría un mal mensaje si la gente me ve aprendiendo a luchar, usando armas?

En el momento en que las palabras salieron, me di cuenta cuán estúpidas eran. La estupidez de...de lo que me había estado tragando estos últimos meses.

Silencio. Después Mor dijo con un suave veneno que me dio a entender que la Tercera del Gran Señor había recibido entrenamiento por su propia cuenta en la Corte de Pesadillas:

—Déjame decirte dos cosas. Como alguien que puede haber estado antes en tus zapatos. —De nuevo, ese lazo compartido de enojo y dolor latía entre todos ellos, a excepción de Amren, quien me estaba dando una mirada chorreante

de desagrado—. Uno —dijo Mor—, has dejado la Corte de Primavera. —Traté de no dejar que todo el peso de esas palabras se hundiese en mí—. Si eso no envía un mensaje, ya sea para bien o para mal, entonces tu entrenamiento tampoco lo hará. Dos —continuó, apoyando la palma de la mano sobre la mesa—. Una vez viví en un lugar donde la opinión de los demás importaba. Eso me sofocó, casi me quebró. Así que me vas a entender, Feyre, cuando digo que sé lo que se siente, y sé lo que ellos trataron de hacerte, y que con el valor suficiente, puedes decir al demonio con la reputación. —Su voz se suavizó, y la tensión entre todos ellos se desvaneció—. Haces lo que tú quieres, lo que tú necesitas.

Mor no me diría lo que debía vestir o no. No permitiría que me hiciera a un lado mientras hablaba por mí. Ella no... no haría ninguna de las cosas que yo había, de tan buena gana, con desesperación, permitido que Ianthe hiciera. Nunca antes había tenido una amiga. Ianthe... ella no había sido una. No de la forma que importaba, me di cuenta. Y Nesta y Elain, en esas pocas semanas que había estado en casa antes de Amarantha, habían comenzado a cumplir ese rol, pero... pero mirando a Mor, no podía explicarlo, no podía entenderlo, pero... lo sentí. Como si de hecho, pudiera ir a cenar con ella. Hablar con ella.

No es que tuviera gran cosa que ofrecerle a cambio.

Pero lo que había dicho... lo que habían dicho todos... Sí, Rhys había hecho bien en traerme aquí. De dejarme decidir a mí si podía manejarlo —las burlas, la intensidad y el poder. Si *quería* ser parte de un grupo que probablemente me presionaría, me abrumaría, y tal vez asustaría, pero... si estaban dispuestos a ir en contra de Hiberno, después de luchar contra ellos ya hace quinientos años...

Me encontré con la mirada de Cassian. Y aunque sus ojos bailaron, no había nada divertido en ellos.

—Pensaré en ello.

Mediante el lazo en mi mano, podría haber jurado sentir un destello de grata sorpresa. Revisé mis escudos mentales, pero estaban intactos. Y la cara de calma de Rhysand no reveló ningún indicio de su origen.

Así que dije claramente, de manera constante:

—Acepto tu oferta de trabajar con vosotros. Para ganarme la vida. Y ayudar con Hiberno en todo lo que pueda.

—Bien —se limitó a responder Rhys. A pesar de que los otros levantaron sus cejas. Sí, obviamente *no* se les había dicho que esto era una entrevista de algún tipo—, porque empezamos mañana.

—¿Dónde? ¿Y qué? —farfullé.

Rhys entrelazó sus dedos y los apoyó sobre la mesa, y comprendí que había otra razón para esta cena más allá de mi decisión cuando nos anunció a todos:

—Porque que el rey de Hiberno está efectivamente a punto de iniciar una guerra, y quiere resucitar a Jurian para hacerlo.

Jurian, el antiguo guerrero cuya alma Amarantha había aprisionado dentro de ese anillo horrible como castigo por matar a su hermana. El anillo que contenía su ojo...

—Tonterías —escupió Cassian—. No hay manera de hacer eso.

Amren seguía ida, y fue ella a quien Azriel estaba observando, marcando.

Amarantha fue sólo el comienzo, me dijo una vez Rhys. ¿Había sabido esto desde ese entonces? ¿Habían sido esos meses Bajo la Montaña un mero preludio a cualquier infierno que estuviese a punto de ser liberado? Resucitar a los muertos. Qué clase de poder profano...

Mor se quejó:

— ¿Por qué el rey querría resucitar a *Jurian*? Él era tan odioso. Todo lo que le gustaba hacer era hablar de sí mismo.

La edad de esta gente me golpeó como un ladrillo, a pesar de todo lo que me habían contado minutos antes. La Guerra...todos ellos... todos ellos habían luchado *en* la guerra de hacía quinientos años.

—Eso es lo que quiero averiguar —dijo Rhysand—. Y cómo el rey planea hacerlo.

Amren por fin dijo: —La noticia sobre la resucitación de Feyre habrá llegado hasta él. Sabe que es posible que los muertos sean rehechos.

Me removí en mi asiento. Había esperado ejércitos brutales, el derramamiento de sangre pura. Pero esto...

—Los siete Grandes Señores tendrían que estar de acuerdo con eso —replicó Mor—. No hay ninguna probabilidad de que suceda. Va a tener que tomar otro camino. —Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en solo rendijas mientras

miraba a Rhys—. Todos los sacrificios, las matanzas en los templos. ¿Crees que está relacionado con eso?

—Sé que está relacionado. No quería decírtelo hasta que lo supiera a ciencia cierta. Pero Azriel confirmó asaltaron el monumento en Sangravah hace tres días. Están buscando algo, o lo han encontrado. —Azriel asintió en confirmación, incluso Mor lanzó una mirada de sorpresa en su dirección. Azriel le devolvió una mirada de disculpa.

Respiré con fuerza. — Es...es por eso que el anillo y el hueso del dedo desaparecieron después de que Amarantha muriera. Para esto. Pero, ¿quién...? — Mi boca se secó—. Ellos nunca atraparon a Attor, ¿verdad?

Rhys dijo también en voz baja: —No. No, lo hicieron.

La comida en mi estómago se volvió plomiza. Le dijo a Amren:

—¿Cómo se puede tomar un ojo y un hueso de un dedo y convertirlo en un hombre de nuevo? ¿Y cómo lo detenemos?

Amren le frunció el ceño a su vino sin tocar.

—Ya sabéis cómo encontrar la respuesta. Hay que ir a la Prisión. Hablar con el Bone Carver³.

—Mierda —dijeron Mor y Cassian a la vez.

Rhys dijo con calma: — Tal vez podrías ser de ayuda, Amren.

Estuve agradecida por la mesa que nos separa cuando Amren dijo siseando:

—No pondré ni un pie en la prisión, Rhysand, y tú lo sabes. Así que hazlo tú mismo, o envía a uno de estos perros a hacerlo por ti.

Cassian sonrió, mostrando sus dientes blancos, rectos y perfectos para morder. Amren también le mostró la suya una vez más.

Azriel se limitó a sacudir la cabeza.

—Yo iré. Los centinelas de La Prisión me conocen, saben lo que soy.

³ Tallista de Huesos

Me pregunté si el Shadowsinger era por lo general el primero en arrojarse ante el peligro. Los dedos de Mor se detuvieron en el cuello de su copa de vino, entrecerrando los ojos hacia Amren. Las joyas, el vestido rojo —todo a lo mejor una forma de restar importancia al oscuro poder enturbiado en sus venas.

—Si alguien va a ir a la Prisión —dijo Rhys antes de que Mor abriera la boca—, soy yo. Y Feyre.

—¿Qué? —exigió Mor, sus manos estaban ahora planas sobre la mesa.

—Él no querrá hablar con Rhys —les dijo Amren a los otros—. Ni con Azriel. Ni con cualquiera de nosotros. No tenemos nada que ofrecerle. Pero un inmortal con un alma mortal... —Se quedó mirando mi pecho como si pudiera ver el corazón latiendo debajo... Y me quedé pensando de nuevo en lo que comería ella—. El Bone Carver podría estar ciertamente dispuesto a hablar con ella.

Todos me miraron. Como si esperaran que les rogara no ir allí, que me acurrucara y me acobardara. Era su rápida y brutal entrevista para ver si querían colaborar conmigo, supuse.

Pero el Bone Carver, la naga, el Attor, la Suriel, el Bogge, el Middengard Wyrn... Quizá habrían roto cualquier parte de mí que realmente temía. O tal vez el miedo era solo algo que ahora sentía en mis sueños.

—Tú eliges, Feyre —dijo Rhys despreocupadamente.

De rehusarme y llorar o hacer frente a algún horror desconocido, la elección estaba fácil.

—¿Qué tan malo podría ser? —fue mi respuesta.

—Malo —dijo Cassian. Ninguno de ellos se molestó en contradecirlo.

Capítulo 17

Traducido & Corregido por Mew

Jurian.

El nombre resonaba por mi cuerpo incluso después de haber terminado la cena, incluso después de que Mor, Cassian, Azriel y Amren dejaran de discutir y gruñir sobre quién haría qué y dónde, mientras Rhys y yo íbamos a la Prisión —donde sea que fuese eso— mañana.

Otra vez, Rhys voló conmigo por encima de la ciudad, sumergida en luces y oscuridad. Rápidamente me di cuenta que prefería por mucho el ascender, y que no podía mantener la mirada fija demasiado tiempo sin que se me subiera la cena. No miedo —sencillamente una reacción de mi cuerpo de algún tipo.

Volamos en silencio, el silbido del viento de invierno como único sonido, a pesar de su refugio de calor que impedía que me congelara por completo. Solo cuando la música en las calles nos dio la bienvenida le eché un vistazo a su cara, sus rasgos ilegibles mientras se concentraba en volar.

—Esta noche...volví a sentirte. A través del vínculo. ¿Pasé tus escudos?

—No —dijo él, explorando las calles de adoquines de por debajo—. Este vínculo...es una cosa viva. Un canal abierto entre nosotros, formado por mis poderes, formado...por lo que necesitabas cuando hicimos el trato.

—No morir, era lo que necesitaba cuando estuve de acuerdo.

—Necesitabas no estar sola.

Nuestros ojos se encontraron. Estaba demasiado oscuro para poder leer lo que había en su mirada. Fui yo quién apartó la mirada primero.

—Todavía estoy aprendiendo cómo y por qué a veces podemos sentir cosas que el otro no quiere saber —admitió—. Así que aún no tengo una explicación para lo que sentiste esta noche.

Necesitabas no estar sola...

Pero, ¿qué sobre él? Había sido separado de sus amigos y familia durante cincuenta años...

Le dije: —Permitiste que Amarantha y el mundo entero pensara que dirigías y te deleitabas en la Corte de Pesadillas. Todo era una fachada...para mantener a salvo lo que más importaba.

Las luces de la ciudad iluminaron de dorado su rostro.

—Amo a mi pueblo y a mi familia. No pienses que no me convertiría en un monstruo para mantenerlos protegidos.

—Ya lo hiciste Bajo la Montaña —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

El viento agitó su cabello.

—Y sospecho que tendré que hacerlo de nuevo muy pronto.

—¿Cuál fue el costo? —me atreví a preguntar—. ¿Por mantener este lugar secreto y libre?

Cayó en picado, batiendo las alas para hacer un suave aterrizaje sobre el tejado de una de las casas de la ciudad. Di un paso para alejarme, pero él agarró mi barbilla.

—Ya conoces el costo.

Ser la puta de Amarantha.

Él asintió, y creo que pude haber dicho las viles palabras en voz alta.

—Cuando ella me engañó para quitarme los poderes y dejar solo restos, seguían siendo mayores que los de los demás. Y decidí utilizarlos para intervenir en la mente de todos los ciudadanos de la Corte Oscura que ella capturó, y de cualquier persona que pudiera saber la verdad. Tejé una red entre todos ellos, controlando activamente sus mentes cada segundo de cada día, cada década, para que se olvidaran de Velaris, se olvidaran de Mor, Amren, Cassian y Azriel. Amarantha quería saber quién era cercano a mí—a quien matar y torturar. Pero mi verdadera corte estaba aquí, gobernando esta ciudad y las otras. Y utilicé los restos de mis poderes para escudarlas a la vista y el sonido. Tenía suficiente para una ciudad—un lugar. Escogí la que ya había estado escondiendo de la historia. Yo elegí, y ahora debo vivir con las consecuencias de saber que muchas más fueron dejadas en el exterior para sufrir. Además de para los que están aquí...cualquiera

que volara o viajara cerca de Velaris no vería más que rocas estériles, y si trataban de cruzarlas, de repente se encontraban queriendo otra cosa. Los viajes por mar y el comercio mercante se interrumpió —los marineros se convirtieron en agricultores que trabajaron la tierra alrededor de Velaris. Y debido a que mis poderes estaban enfocados en ocultarlos, Feyre, me quedé con muy poco para usar contra Amarantha. Así que decidí que para evitar que hiciera preguntas sobre la gente que me importaba, yo sería su puta.

Había hecho todo eso, hizo cosas horribles...*todo* lo hizo por su gente, sus amigos. Y la única pieza de sí mismo que había ocultado y que se las había arreglado para evitar que ella contaminara, destruyera, incluso si eso significaba cincuenta años atrapado en una jaula de rocas...

Ahora esas alas se abrieron. ¿Cuántos sabían sobre esas alas fuera de Velaris o de los campamentos de guerra de los Ilirianos? ¿O había borrado todo recuerdo de ellos en Prythian mucho antes de Amarantha?

Rhysand soltó mi barbilla. Pero mientras bajaba las manos, sujeté su muñeca, sintiendo su sólida fuerza.

—Es una pena —dije, las palabras casi engullidas por el sonido en la música de la ciudad—. Que los demás de Prythian no lo sepan. Una pena que dejes que piensen lo peor.

Dio un paso atrás, sus alas se batieron en el aire como poderosos tambores.

—Mientras las personas que más importan conozcan la verdad, los demás no me importan. Duerme un poco.

Entonces se lanzó hacia el cielo, y fue tragado por la oscuridad entre las estrellas.

++++

Caí en un sueño tan pesado que mis sueños fueron un oleaje que me arrastró hacia abajo, abajo, y abajo hasta que no pude escapar de ellos.

Yacía desnuda y boca abajo sobre un familiar suelo de mármol de color rojo mientras Amarantha deslizaba un cuchillo a lo largo de mis costillas desnudas, el acero raspó suavemente contra mi piel.

—Mentirosa y traicionera humana —ronroneó ella—, con tu sucio y mentiroso corazón.

El cuchillo se deslizó en una caricia fresca. Luché por levantarme, pero mi cuerpo no respondió.

Ella depositó un beso en el hueco de mi garganta.

—Eres igual de monstruo que yo. —Curvó el cuchillo sobre mi pecho, inclinándolo hacia la coronación de mi pezón, como si pudiera sentir el corazón que latía debajo. Empecé a sollozar—. No malgastes tus lágrimas.

A lo lejos, alguien rugió mi nombre: rogaba por mí.

—Voy hacer que la eternidad sea un infierno para ti —prometió ella, la punta de la daga perforó la carne sensible debajo de mi pecho, sus labios se cernieron a una respiración de distancia de los míos mientras empujaba...

++++

Manos...habían unas manos sobre mis hombros, sacudiéndome, apretándome. Me retorcí contra ellas, gritando, gritando...

—FEYRE.

La voz era a la vez la noche, el amanecer, las estrellas y la tierra, y cada pulgada de mi cuerpo se calmó bajo su primario dominio.

—Abre los ojos —ordenó la voz.

Lo hice.

Mi garganta estaba en carne viva, mi boca llena de cenizas, mi rostro empapado y pegajoso, y Rhysand...Rhysand estaba encima de mí, con los ojos muy abiertos.

—Ha sido un sueño —dijo él, su respiración era tan fuerte como la mía.

La luz de la luna que goteaba a través de las ventanas iluminaba las líneas oscuras del tatuaje que se arremolinaba bajando por su brazo, sus hombros, sobre su esculpido pecho. Parecido al que tenía yo en mi brazo. Escudriñó mi cara.

—Un sueño —volvió a decir.

Velaris. Yo estaba en Velaris, en su casa. Y yo tenía...mi sueño...

Las sábanas, las cubiertas estaban arrancadas. Hechas jirones. Pero no con un cuchillo. Y ese ceniciento sabor ahumado que cubría mi boca...

Mi mano estaba desconcertantemente firme mientras la alzaba para encontrarme con las terminaciones de mis dedos ardiendo en brasas a fuego lento. Garras de viviente fuego que habían penetrado en las sábanas como si fuesen heridas cauterizadas...

Lo alejé con un duro empujón, cayéndome de la cama y chocando contra un pequeño baúl antes de precipitarme hacia el cuarto de baño, ponerme de rodillas frente al inodoro, y vomitar el contenido de mi estómago. Otra vez. Y otra vez. Mis dedos siseaban contra la fría porcelana.

Unas largas y calientes manos alejaron mi pelo un momento después.

—Respira —dijo Rhys—. Imagina que se apagan como velas, uno por uno.

Me lancé hacia la taza del baño de nuevo, estremeciéndome mientras la luz y el calor brotaba y crispaba saliendo de mí rápidamente, y saboreé la vacía y fría oscuridad que se agrupaba a su paso.

—Bueno, esas es una forma de hacerlo —dijo él.

Cuando me atreví a mirar mis manos, apoyadas en la taza, las brasas se habían extinguido. El poder en mis venas, en mis huesos, dormía una vez más.

—He tenido este sueño —dijo Rhys mientras yo vomitaba de nuevo y él me sostenía el cabello—. En el que no soy yo el que está atrapado debajo de ella, sino Cassian o Azriel. Y ella está clavando sus alas a la cama con clavos, y no hay nada que yo pueda hacer para evitarlo. Ella me ordena que mire, y no tengo otra opción que ver cómo les he fallado.

Me aferré a la taza del baño, escupí una vez y me levanté para enjuagarme. Observé como el remolino del agua se iba por completo antes de girar mi cabeza para mirarlo.

Sus dedos habían sido suaves, pero firmes, en el lugar que habían penetrado en mi pelo.

—Tú nunca les fallaste —dije con voz áspera.

—Hice...cosas horribles para asegurarme de ello. —Esos ojos violetas casi brillaron en la penumbra.

—Yo también. —Mi sudor se aferraba como la sangre —la sangre de esas hadas...

Me giré, apenas haciéndolo a tiempo. Su otra mano delineó largas y suaves líneas bajando por la curva de mi espalda, mientras yo desparramaba mi cena una y otra vez. Cuando la última ola disminuyó, tomé aire.

—¿Las llamas?

—Corte de Otoño.

No pude reunir una respuesta. En algún punto, me incliné contra la frescura de la cercana bañera y cerré los ojos.

Cuando los volví a abrí, el sol se filtraba por las ventanas y yo estaba en mi cama —fuertemente acurrucada en sábanas frescas y limpias.

++++

Me quedé mirando fijamente la filosa ladera cubierta de hierba de la pequeña montaña, temblando a los velos de niebla que flotaban alejándose. Detrás de nosotros, la tierra se extendía en brutales acantilados y a un mar violeta peltre. Más allá, nada más además de una gran montaña recubierta de rocas grises y musgo.

Rhys se puso de pie a mi lado, enfundada en su espina dorsal, un espada de doble filo, cuchillos atados a sus piernas, vestido de cuero en lo que yo solo pude asumir como la ropa de combate Iliria, basada en lo que Cassian y Azriel habían llevado la noche anterior. Los pantalones oscuros eran ajustados, el laminado de cuero como escamas, gastado y con cicatrices, y ceñidos a unas piernas que no había notado que eran tan musculosas. Su ajustada chaqueta había sido construida alrededor de unas alas que ahora estaban completamente afuera, y finalmente trozos de armadura oscura y rasguñada en sus hombros y antebrazos.

Si acaso su atuendo no me había dicho suficiente sobre a lo que nos podríamos estar enfrentando hoy—si mi propio atuendo similar no me lo decía—todo lo que necesitaba era echarle un vistazo a la roca delante de nosotros y sabría que no sería agradable. Había estado tan distraída en el estudio hacía una hora por lo que Rhysand había estado escribiendo mientras redactaba un cuidadoso requerimiento para visitar la Corte de Verano, que no pensé en preguntar qué

esperaría aquí. No es que Rhysand se haya molestado en explicar realmente por qué quería visitar la Corte de Verano más allá de “mejorar las relaciones diplomáticas”.

—¿Dónde estamos? —dije, nuestra primera palabra desde la tamización de hacía un rato. Velaris había estado vivaz, soleada. Este lugar, donde sea que fuera, estaba helado, desierto, estéril. Únicamente roca, hierba, niebla y mar.

—En un remanso en el corazón de las Islas Occidentales —dijo Rhysand, alzando la vista hacia la astronómica montaña—. Y esa —dijo apuntando hacia ella—, es la Prisión.

Ahí no había nada ni nadie a los alrededores.

—Yo no veo nada.

—La roca es la Prisión. Y en su interior están las criaturas más viles y peligrosas, y criminales que no puedes ni imaginar.

Ir allí adentro—dentro de la piedra, bajo otra montaña...

—Este lugar —dijo—. Se hizo antes de que los Grandes Señores existieran. Antes de que Prythian fuera Prythian. Algunos de los presos recuerdan esos días. Recuerdan un tiempo en que la familia de Mor, no la mía, gobernaba el Norte.

—¿Por qué Amren no entraría aquí?

—Porque una vez fue una prisionera.

—No en ese cuerpo, supongo.

Soltó una sonrisa cruel.

—No. Para nada.

Me estremecí.

—La caminata te calentará la sangre —dijo Rhys—. Dado que no podemos tamizarnos en el interior o volar hasta la entrada...los guardianes exigen que los visitantes entren caminando. Todo el camino.

No me moví.

—Yo... —La palabra se atoró en mi garganta. Ir al interior de otra montaña...

—El pánico ayuda —dijo en voz baja—, a recordarme que yo salí. Que todos salimos.

—A duras penas. —Intenté respirar. No puedo, no puedo...

—Nosotros salimos. Y eso podría volver a ocurrir si no entramos.

La fría niebla mordió mi cara. E intenté —lo hice— dar un paso hacia adelante.

Mi cuerpo se rehusó a obedecer.

Intenté de nuevo dar otro paso; lo intenté por Elain y Nesta, y el mundo humano que podría ser destruido, pero...no pude.

—Por favor —susurré. No me importaba si eso quería decir que había fallado mi primer día de trabajo.

Rhysand, como prometió, no hizo ninguna pregunta mientras agarraba mi mano y nos llevaba de regreso al soleado invernal y lleno de color Velaris.

++++

No salí de la cama por el resto del día.

Capítulo 18

Traducido por Guidaí // Corregido por Rincón

Amren estaba parada a los pies de mi cama. Salté hacia atrás, golpeándome con la cabecera, cegada por el brillo de la mañana alumbrándome, buscando a tientas un arma, cualquier cosa para usar...

—No me sorprende que seas tan delgada, si desparramas tus entrañas cada noche. —Me olfateó y sus labios se curvaron—. Apestas a vomito.

La puerta del dormitorio estaba cerrada. Rhys había dicho que nadie entraba sin su permiso, pero...

Ella tiró algo sobre la cama. Un pequeño amuleto de oro, perlas y piedras de un azul nuboso.

—Esto me sacó de la Prisión. Úsalo allí y ellos no podrán retenerte jamás.

No toqué el amuleto.

—Permíteme dejar algo en claro —dijo Amren, apoyando ambas manos en la de madera baranda tallada a los pies de la cama—. No doy este amuleto a la ligera. Pero puedes tomarlo prestado mientras haces lo que se necesita hacer, y me lo devolverás cuando termines. Si te lo quedas, te encontraré y el resultado no será placentero. Pero es tuyo para usarlo en la Prisión.

Para el momento en que mis dedos rozaron el frío metal y la piedra, ella había salido por la puerta. Rhys no había estado equivocado al compararla con un dragón de fuego.

++++

Rhys permaneció frunciendo el ceño y observando el amuleto mientras subíamos la cuesta de la Prisión, tan empinada que por momento debíamos arrastrarnos sobre nuestras manos y rodillas.

Trepamos más y más alto, y bebí de los incontables pequeños arroyos que brotaban de los baches y huecos de la cuesta, llena de hierba y musgo. A todo nuestro alrededor la niebla derivaba, azotada por el viento, cuyo hueco gemido ahogaba los crujidos de nuestros pasos.

— ¿Qué? —dije cuando atrapé a Rhys mirando el collar por enésima vez.

—Ella te dio eso.

No era una pregunta.

—Debe ser serio, entonces — dije—, el riesgo con...

—No digas nada que no quieras que otros escuchen —Señaló la piedra debajo de nosotros—. Los presos no tienen nada mejor que hacer que escuchar a través de la tierra y la roca en busca de chismes. Ellos venderán cualquier pedazo de información por comida, sexo e incluso un respiro de aire.

Podía hacer esto; podía dominar este miedo.

Amren había salido. Y se había mantenido fuera. El amuleto también me mantendría a mí libre.

—Lo siento —dije—. Por lo de ayer.

Me quedé en la cama por horas, incapaz de moverme o pensar.

Rhys me tendió una mano para ayudarme a trepar una roca particularmente escarpada, acarreándome fácilmente hasta donde él se encontraba en la parte superior. Había pasado tanto tiempo... tanto tiempo desde que había estado fuera, usando mi cuerpo, confiando en él. Mi respiración era irregular, incluso con mi nueva inmortalidad.

—No tienes que disculparte por nada —dijo—. Estás aquí ahora.

Pero era tan cobarde, que nunca habría venido sin el amuleto

—No te dejaré sin salario —añadió con un guiño.

Me faltaba demasiado el aliento, incluso para fruncir el ceño. Trepamos, hasta que la parte superior de la montaña se convirtió en una pared frente a nosotros y no tuvimos más que pendientes llenas de hierbas extendiéndose detrás, hasta muy abajo, donde fluían hasta el agitado mar gris.

Rhys sacó la espada de su espalda con un rápido movimiento.

—No luzcas tan sorprendida —dijo.

—Nunca... te había visto con un arma —Excluyendo la daga que había agarrado para rajar la garganta de Amarantha al final, para librarme de mi agonía.

—Cassian reiría hasta quedarse ronco oyendo eso. Y luego me haría entrar en la arena de combate con él.

— ¿Puede vencerte?

— ¿En un combate mano a mano? Sí. Debería esforzarse, para variar, pero ganaría —Ni rastro de arrogancia, ni orgullo—. Cassian es el mejor guerrero que he encontrado en todas las cortes, en todas las tierras. Lidera mis ejércitos debido a eso.

No dudaba de su afirmación. Y el otro Iliriano...

—Azriel... sus manos. Las cicatrices, quiero decir —dije— ¿Qué las produjo?

Rhys se quedó en silencio un momento. Luego, habló muy suavemente.

—Su padre tenía dos hijos legítimos, ambos mayores que Azriel. Ambos crueles y malcriados. Lo aprendieron de su madre, la esposa del Señor. Durante los once años que Azriel vivió bajo la custodia de su padre, ella se aseguró de que él fuera retenido en una celda sin ventanas ni luz. Lo dejaban salir por una hora cada día, y le dejaban visitar a su madre por una hora una vez a la semana. No tenía permitido entrenar, o volar, o hacer cualquiera de las cosas que sus instintos Ilirianos le rugían que hiciera. Cuando tenía ocho años, sus hermanos decidieron que sería divertido ver qué pasaba cuando se mezclaban los dones de curación rápida de un Iliriano, con aceite y fuego. Los guerreros oyeron los gritos de Azriel. Pero no lo suficientemente rápido como para salvar sus manos.

Las náuseas me inundaron. Pero eso todavía le dejaba tres años más viviendo con ellos ¿Qué otros horrores habría soportado, antes de ser enviado a ese campamento en la montaña?

— ¿Fueron... fueron sus hermanos castigados?

La expresión de Rhys era tan inexpresiva como la roca, el viento y el mar a nuestro alrededor, mientras hablaba con una calma letal.

—Eventualmente.

Había tanta crudeza en sus palabras, que para desviarnos pregunté:

— Y Mor... ¿Qué hace ella por ti?

—Mor es a quien llamaré cuando mis ejércitos fallen y Cassian y Azriel estén muertos.

Mi sangre se congeló.

— ¿Así que ella debe esperar hasta entonces?

—No. Como mi tercera, Mor es mi... supervisora de corte. Ella cuida de la dinámica entre la Corte de Pesadillas y la Corte de Sueños, dirige Velaris y la ciudad Hewn. Supongo que en las tierras mortales, ella sería considerada una reina.

— ¿Y Amren?

—Sus deberes como mi Segunda la convierten en mi asesora política, biblioteca andante y la persona que hace mi trabajo sucio. La nombré al ganar mi trono, pero ella era mi aliada, quizás mi amiga, mucho antes de eso.

— Quiero decir... En esa guerra en la que tus ejércitos fallan, Cassian y Azriel mueren, e incluso Mor se ha ido. —Cada palabra era semejante a hielo en mi lengua. Rhys se detuvo en su alcance por la cara lisa de la roca frente a nosotros.

—Si ese día llega, encontraré una manera de romper el hechizo de Amren y liberarla en el mundo. Y le pediré que acabe conmigo primero.

Por la Madre.

— ¿Qué es ella?

Después de nuestra conversación esta mañana, quizás era estúpido preguntar.

—Algo más. Algo peor que nosotros. Y si ella alguna vez encuentra una manera de liberarse de su prisión de carne y hueso... Que el Caldero nos proteja a todos.

Me estremecí nuevamente y miré hacia arriba, hacia la escarpada pared de piedra.

—No puedo trepar una roca como esa.

—No necesitas hacerlo — dijo Rhys, apoyando una mano sobre la piedra. Como un espejismo, se desvaneció con un destello de luz.

Pálidas puertas talladas se alzaban en su lugar, tan altas que su parte superior se perdía en la niebla.

Puertas de hueso.

++++

Las puertas de hueso se abrieron, oscilantes y silenciosas, revelando una caverna de un negro tan oscuro como nunca había visto, incluso Bajo la Montaña.

Aferré el amuleto en mi garganta, el metal era cálido en mi palma. Amren había salido. Yo también saldría andando de allí.

Rhys puso una cálida mano en mi espalda y me guió dentro, con tres esferas de luz de luna levitando delante de nosotros.

No, no, no, no, no....

—Respira —dijo en mi oído—. Un respiro.

— ¿Dónde están los guardias? —me las arreglé para dejar escapar a través de la presión en mis pulmones.

—Ellos habitan dentro de la roca de la montaña —murmuró, su mano encontró la mía y la envolvió, mientras me arrastraba hacia la penumbra inmortal—. Sólo emergen para el momento de alimentación o para tratar con prisioneros inquietos. No son nada más que sombras de pensamientos y un hechizo antiguo.

Con las pequeñas luces flotando delante, traté de no mirar demasiado hacia las paredes grises. Especialmente cuando eran tan toscas que las pequeñas irregularidades podrían haber sido una nariz, o una frente rugosa, o un conjunto de labios burlones.

La tierra estaba limpia de cualquier cosa que no fueran piedras. Y había silencio. Absoluto silencio, mientras doblábamos en una curva y la última luz en el brumoso mundo se desvanecía en un profundo negro.

Me concentré en mi respiración. No podía quedar atrapada aquí; no podía ser encerrada en este horrible lugar muerto.

El camino se internaba en lo profundo de las entrañas de la montaña y agarré los dedos de Rhys para no perder mi camino. Él todavía tenía su espada agarrada en la otra mano.

— ¿Todos los Grandes Señores tienen acceso? —Mis palabras salieron tan suaves, que fueron devoradas por la oscuridad. Incluso ese vibrante poder en mis venas había desaparecido, escavando en algún lugar de mis huesos.

—No. La Prisión se rige a sí misma; La isla podría ser incluso una octava corte. Pero cae bajo mi jurisdicción y mi sangre sella las puertas.

— ¿Podrías liberar a los presos?

—No. Una vez que la sentencia es dada y el prisionero traspasa esas puertas... Pertenece a la Prisión. Ella nunca les dejará salir. Me tomo el sentenciar a personas aquí muy, muy seriamente.

— ¿Alguna vez tu...

—Sí. Y ahora no es momento para hablar de ello. —Apretó mi mano, a modo énfasis.

Bajamos, atravesando la oscuridad.

No había ninguna puerta. Ninguna luz. Ningún sonido. Ni siquiera un goteo de agua.

Pero podía sentirlos.

Podía sentirlos durmiendo, caminando, deslizando sus manos y garras al otro lado de las paredes.

Eran antiguos y crueles, de una manera que nunca había conocido, incluso con Amarantha.

Eran infinitos, pacientes y habían aprendido la lengua de la oscuridad, de la piedra.

— ¿Cuánto tiempo? —respiré — ¿Cuánto tiempo estuvo ella aquí?

No me atreví a pronunciar su nombre.

—Azriel miró una vez en los archivos de los templos y bibliotecas más antiguos. Todo lo que encontró, fue una vaga mención de que ella entró antes de que Prythian se dividiera en cortes, y salió una vez que estas se hubieron establecido. Su encarcelamiento precede a nuestra palabra escrita. No sé cuánto tiempo estuvo aquí. Un par de milenios parece una suposición razonable.

Mis entrañas se estremecieron de horror.

— ¿Nunca preguntaste?

— ¿Para qué molestarse? Ella me lo dirá cuando sea necesario.

— ¿De dónde viene ella? —El broche que él le había dado, un regalo tan pequeño para un monstruo que una vez había habitado aquí.

—No lo sé. Aunque hay leyendas que claman que, cuando nuestro mundo nació, hubo... rasgaduras, en la tela de los reinos. Que en el caos de la Creación, criaturas de otros mundos podían pasar a través de esas hendiduras y entrar a otro mundo. Pero las hendiduras se cerraron al final, y las criaturas podrían haber quedado atrapadas, sin manera de retornar a sus hogares.

Era más horrible de lo que podía imaginar. Tanto el que monstruos hubieran caminado a través de mundos, y el terror de estar atrapada en otro reino.

— ¿Piensas que ella era uno de ellos?

—Pienso que ella es la única de su especie y que no hay registros de que otros hayan existido. Incluso los Suriel tienen números, por muy escasos que sean. Pero ella, y algunos de los que están en la Prisión... Pienso que ellos vienen de algún otro lugar. Y que han estado buscando una manera de volver a casa desde hace mucho, mucho tiempo.

Estaba temblando bajo el abrigo forrado de cuero, mi aliento haciendo vapor delante de mí.

Bajamos y bajamos, y el tiempo perdió su esencia. Podrían haber pasado horas o días y nos deteníamos sólo cuando mi inútil, desgastado cuerpo demandaba agua. Incluso mientras bebía, él no dejó ir mi mano. Como si la roca fuera a tragarme para siempre. Me aseguré de que esas pausas fueran pocas y rápidas.

Y seguimos hacia delante, más profundo. Sólo las luces y su mano me impedían sentir que me encontraba en caída libre hacia la oscuridad. Por un latido

de corazón, el hedor de mi propia celda en los calabozos llenó mi nariz, y el crujido del heno mohoso cosquilleó en mi mejilla...

La mano de Rhys apretó la mía.

—Sólo un poco más.

—Debemos estar cerca de la parte inferior ahora.

—La pasamos. El Bone Carver está encarcelado debajo de las raíces de la montaña.

— ¿Quién es él? ¿Qué es él? —Sólo había sido informada de lo que debía decir, nada de qué debía esperar. Sin duda para que no entrara demasiado en pánico.

—Nadie lo sabe. Aparece como quiere aparecer.

— ¿Cambiador de forma?

—Sí y no. Se te aparecerá como una cosa, pero yo podré estar parado justo a tu lado y ver otra.

Traté de no comenzar a balar como ganado.

— ¿Y los tallados de huesos?

—Ya verás.

Rhys se detuvo frente a un bloque de piedra. El pasillo continuaba más y más abajo, hacia la oscuridad. El aire aquí era hermético. Incluso mis soplos de aliento en el frío aire parecían efímeros.

Rhysand liberó mi mano finalmente, sólo para apoyar nuevamente la suya en la piedra lisa. Cambió bajo su palma, formando una puerta.

Como las puertas de arriba, era de hueso marfileño. En su superficie se encontraban grabadas incontables imágenes: Flora y fauna, mar y nubes, estrellas y lunas, niños y esqueletos, criaturas hermosas y horribles...

Se abrieron hacia afuera. La celda estaba a oscuras, apenas se distinguía de la pared...

—He tallado las puertas para cada prisionero en este lugar —dijo una pequeña voz dentro —, pero la mía sigue siendo mi favorita.

—Debo estar acuerdo —dijo Rhysand. Caminó hacia el interior, la luz levitando delante para iluminar a un niño de cabello negro sentado contra la pared más lejana, cuyos ojos de un azul aplastante se posaron en Rhysand, para luego deslizarse hacia dónde yo me encontraba, en el umbral.

Rhys rebuscó en una bolsa que no había notado que llevaba. No, una que había convocado desde cualquiera fuera el bolsillo entre reinos que usaba como almacén. Lanzó un objeto hacia el chico, que no parecía de más de ocho años. Hubo un destello blanco en el suelo áspero de piedra. Otro hueso largo, robusto y dentado en un extremo.

—El hueso de becerro que terminó la matanza, cuando Feyre mató al Middengard Wyrn —dijo Rhys.

Mi sangre se congeló. Había habido muchos huesos que había utilizado en mi trampa. No había notado cuál había rematado al Wyrn. O pensado que alguien lo hubiera notado.

—Entrad —Fue todo lo que dijo el Bone Carver y no había inocencia, o amabilidad, en esa voz infantil.

Me adelanté un paso, ni uno más.

—A pasado una era —dijo el chico, devorando la visión de mí —, desde que algo nuevo entrara a este mundo.

—Hola —resoplé.

— ¿Estás asustada?

—Sí —dije. *Nunca mientas*. Esa había sido la primera orden de Rhys.

El muchacho se puso de pie, pero se mantuvo al otro lado de la celda.

—Feyre —murmuró, inclinando su cabeza. El astro de luz de hada iluminó de plateado su oscuro cabello.

—Fay-ruh —dijo otra vez, sacando las sílabas como si pudiera saborearlas. Al final, enderezó su cabeza.

— ¿A dónde fuiste cuando moriste?

—Una pregunta por otra pregunta —repliqué, como había sido instruida durante el desayuno.

El Bone Carver inclinó su cabeza hacia Rhysand.

—Siempre fuiste más inteligente que tus ancestros — Pero sus ojos se posaron en mí —. Cuéntame a dónde fuiste, qué viste, y contestaré tu pregunta.

Rhys me dirigió un sutil asentimiento, pero sus ojos se veían preocupados. Porque lo que el chico había preguntado... Debí calmar mi respiración para pensar, para recordar.

Pero había sangre, muerte, dolor y gritos... Y ella estaba quebrándome, asesinándome tan lentamente, y Rhys estaba allí, rugiendo de furia mientras yo moría, Tamlin rogando por mi vida, de rodillas frente a su trono... Pero había tanta agonía y quería que se detuviera, que todo terminara...

Rhys se había quedado rígido mientras monitoreaba al Bone Carver, como si esos recuerdos fluyeran libremente a través de los escudos mentales, los cuales me aseguré que estuvieran intactos esta mañana. Y me pregunté si él creía que me había rendido allí, en ese momento.

Apreté mis manos en puños.

Había sobrevivido, había salido. Podría salir hoy.

—Oí el crujido —dije. La cabeza de Rhys volteó hacia mí—. Escuché el crujido, cuando ella me rompió el cuello. Estaba en mis oídos, pero también dentro de mi cráneo. Me había ido antes de sentir algo más que el primer latigazo de dolor. —Los ojos violetas del Bone Carver parecían más brillantes—. Y luego hubo oscuridad. Una oscuridad diferente a la de este lugar. Pero había un... vínculo — dije—. Una atadura. Me aferré a ella... y de repente podía ver. No a través de mis ojos, sino... sino de los de él —dije, inclinando mi cabeza hacia Rhys. Estiré los dedos de mi mano tatuada—. Sabía que estaba muerta, y ese pequeño trozo de espíritu era todo lo que quedaba de mí, aferrándose al vínculo de nuestro trato.

— ¿Pero había alguien allí? ¿Viste algo más allá?

—Sólo quedaba ese vínculo en la oscuridad.

El rostro de Rhysand se había quedado pálido, su boca una fina línea apretada.

— Y cuando fui creada nuevamente —dije —, seguí ese vínculo hacía mí. Sabía que mi casa se encontraba en el otro extremo. Hubo luz, entonces. Era como nadar hacia arriba a través de vino espumoso...

— ¿Tenías miedo?

—Todo lo que quería era volver con... con las personas a mi alrededor. Lo quería tanto, que no tenía espacio para el miedo. Lo peor había pasado y la oscuridad era tranquila, silenciosa. No parecía un mal lugar para desvanecerse, pero quería ir a casa. Así que seguí el vínculo hasta mi hogar.

—No había ningún otro mundo —presionó el Bone Carver.

—Si lo había, o lo hay, no lo vi.

— ¿Ninguna luz? ¿Ningún portal?

¿A dónde quieres llegar? La pregunta casi se escapó de mi lengua.

— Sólo había paz y oscuridad.

— ¿Tenías un cuerpo?

—No.

— ¿Tenías...

—Es suficiente de ti —ronroneó Rhysand, el sonido semejante a terciopelo sobre el acero más afilado—. Dijiste una pregunta por otra pregunta. Por el momento, has preguntado... —Hizo un recuento con los dedos—. Seis.

El Bone Carver se recostó contra la pared y se deslizó hasta sentarse.

—Es raro el día en el que me encuentro con alguien que regresa de la verdadera muerte. Discúlpame por querer mirar detrás de la cortina —Agitó una delicada mano en mi dirección—. Pregunta, niña.

—Si no hubiera ningún cuerpo. Nada más que, quizás, un pedazo de hueso —dije, tan firmemente como pude—. ¿Podría haber una manera de resucitar a esa persona? Hacer crecer un nuevo cuerpo y poner su alma en él.

Sus ojos destellaron.

— ¿Fue el alma conservada de alguna manera? ¿Contenida?

Traté de no pensar en el anillo con el ojo que Amarantha había usado, en el alma que ella había encerrado dentro, para que presenciara todos sus horrores y depravaciones.

—Sí.

—No hay ninguna manera.

Casi suspiré de alivio.

—A menos... —El niño hizo rebotar cada dedo en su pulgar, su mano semejante a un insecto pálido e inquieto—. Hace mucho tiempo, antes de los Altos Fae, antes del hombre, había un Caldero... Decían que toda la magia estaba contenida en su interior, que el mundo nació de él. Pero cayó en las manos equivocadas, y cosas grandiosas y horribles fueron llevadas a cabo con él. Cosas fueron *forjadas* con él. Cosas tan malvadas que el Caldero fue robado otra vez, a un gran costo. No podía ser destruido, porque había creado todas las cosas y, si era aniquilado, entonces la vida dejaría de ser. Así que fue escondido y olvidado. Sólo con ese Caldero, algo que está muerto podría ser reforjado de esa manera.

La expresión de Rhysand era nuevamente una máscara de calma.

— ¿Dónde lo escondieron?

—Cuéntame un secreto que nadie conozca, Señor Oscuro, y te contaré el mío.

Me preparé para cualquiera que fuese la horrible verdad que estaba por llegar. Pero Rhysand dijo:

—Mi rodilla derecha tiene una punzada de dolor cuando llueve. La hice polvo durante la Guerra, y duele desde entonces.

El Bone Carver dejó salir una áspera risa, incluso mientras yo miraba boquiabierto a Rhys.

—Siempre fuiste mi favorito —dijo, mostrando una sonrisa que nunca, ni por un momento, tomaría por infantil—. Muy bien. El Caldero fue escondido en el fondo de un lago congelado en Lapplund. —Rhys comenzó a girarse hacia mí, como si se dirigiera hacia allí en ese momento, pero el Bone Carver añadió—: Y desapareció hace mucho, mucho tiempo —Rhys se detuvo—. No sé a dónde fue, o dónde está ahora. Milenios antes de que nacieras, las tres patas sobre las que se apoya fueron exitosamente separadas de su base, en un intento de fracturar *algo* de su poder. Funcionó... apenas. Remover las patas, fue como cortar el primer nudillo de un dedo. Molesto, pero todavía puedes usar el resto con alguna dificultad. Las patas fueron ocultadas en tres templos diferentes: Cesere, Sangravah, e Itica. Si *ellas* se han perdido, es probable que el Caldero se encuentre

activo otra vez... Y que el portador lo desee con su poder completo, sin ninguna pizca de él perdido.

Esa era la razón por la que los templos habían sido saqueados. Para recuperar las patas en los que el Caldero se apoyaba y restaurar todo su poder.

—Supongo que no sabes *quién* tiene el Caldero ahora —dijo simplemente Rhys.

El Bone Carver me señaló con un pequeño dedo.

—Prométeme que me cederás sus huesos cuando ella muera, y lo pensaré —Me tensé, pero el chico rió—. No. Creo que ni siquiera tú prometerías eso, Rhysand. —Podría haber llamado a la mirada de Rhysand una advertencia.

—Gracias por tu ayuda —dijo, apoyando una mano en mi espalda para guiarme hacia afuera. Pero si él sabía... me giré otra vez hacia la criatura-niño.

—Había una opción, en la muerte —dije.

Esos ojos quemaban como fuego de cobalto.

La mano de Rhys se tensó en mi espalda, pero se mantuvo allí. Cálida, firme. Y me pregunté si el toque era más para asegurarse a sí mismo que yo seguía allí, todavía respirando.

—Yo sabía —seguí —, que podía dirigirme a la deriva, hacia la oscuridad. Elegí pelear, aferrarme por un poco más de tiempo. Aún así, sabía que, si quería, podría desvanecerme. Y quizás sería un nuevo mundo, un reino de paz y tranquilidad. Pero no estaba lista para eso, no para ir allí sola. Sabía que había algo más esperando, más allá de la oscuridad. Algo bueno.

Por un momento, esos ojos azules se abrieron y brillaron con más intensidad.

—Sabes quién tiene el Caldero, Rhysand. Quién ha saqueado los templos. Sólo has venido aquí para confirmar eso que has sospechado por un largo tiempo.

—El rey de Hiberno.

El temor se abrió paso por mis venas y se asentó en mi estómago. No debería estar sorprendida, debería haberlo sabido, pero...

El Tallista no dijo nada más. Esperando otra verdad.

Así que ofrecí otra quebrada parte de mí.

—Cuando Amarantha me hizo matar a esas dos hadas, si el tercero no hubiese sido Tamlin, al final, habría atravesado mi propio corazón con la daga.

Rhys se congeló.

—Sabía que no había vuelta atrás de lo que había hecho —dije, preguntándome si las llamas azules en los ojos del Carver podrían quemar mi alma destrozada, hasta las cenizas—. Y una vez que hubiera roto su maldición, una vez que supiera que los había salvado, sólo quería suficiente tiempo para dirigir la daga hacia mí misma. Sólo decidí que quería vivir cuando ella me mató y supe que no había terminado con eso... con eso para lo que había nacido.

Me atreví a dirigir una mirada hacia Rhys, había algo semejante a devastación en su hermoso rostro. Desapareció en un parpadeo.

Incluso el Bone Carver habló gentilmente.

—Con el Caldero, podrías hacer otras cosas, además de resucitar a los muertos. Podrías destruir el muro.

Lo único que mantenía las tierras humanas —a mi familia— a salvo, no sólo de Hiberno, si no de cualquier otra hada.

—Es probable que Hiberno se haya mantenido tranquilo por tantos años, porque se encontraba buscando el Caldero, aprendiendo sus secretos. La resurrección de un individuo en específico puede, muy bien, haber sido su primera prueba, una vez que patas sean reunidas y ahora sabe que el Caldero es energía pura, poder puro, y, como cualquier magia, se puede agotar. Así que lo dejará descansar, reunir fuerza. Aprenderá sus secretos, para alimentarlo con más energía, más poder.

— ¿Hay una manera de detenerlo? —respiré.

Silencio. Expectante, paciente silencio.

La voz de Rhys estaba ronca mientras decía:

—No le ofrezcas ni una...

—Cuando el Caldero fue creado —interrumpió el Tallista—, su oscuro creador usó lo último del mineral fundido para forjar un libro. El Libro de los Respiros. En él, escritos entre las palabras talladas, se encuentran los hechizos

para contrarrestar el poder del Caldero, o controlarlo por completo. Pero después de la Guerra, fue dividido en dos piezas. Una partió con las hadas, y otra con las seis reinas humanas. Fue parte del tratado, puro simbolismo, ya que el Caldero se había hallado perdido por milenios y era considerado un simple mito. El Libro era considerado inofensivo, porque semejantes buscan semejantes —y sólo aquel que fue Creado, puede decir los hechizos y convocar su poder. Ninguna criatura nacida de la tierra puede manejarlo, así que los Grandes Señores y los humanos lo descartaron como poco más que una reliquia histórica. Pero si el Libro estuviera en las manos de algo reforjado... Tendrías que comprobar esta teoría, por supuesto. Pero... puede ser posible.

Sus ojos se redujeron a rendijas, divertidas, mientras yo me daba cuenta... Me daba cuenta....

»Así que, ahora el Gran Señor de Verano posee nuestra pieza y las reinas mortales regentes tienen la otra, sepultada en su brillante palacio junto al mar. La mitad de Prythian está custodiada, protegida con hechizos de sangre, sellados con la sangre del mismo Verano. La perteneciente a las reinas mortales... Fueron astutas, cuando recibieron su regalo. Usaron a nuestra propia especie para hechizar el Libro, para atarlo, de manera de que, si alguna vez era robado, si, digamos, un Gran Señor se tamizaba a su castillo para robarlo... El Libro se derretiría en mineral y se perdería. Debe ser entregado libremente por una reina mortal, sin ningún truco, ni magia, involucrados —Soltó una pequeña risa—. Tan inteligentes, esas adorables criaturas humanas.

El Tallista parecía perdido en un antiguo recuerdo, luego sacudió su cabeza.

»Reúne las dos mitades del Libro de los Respiros y serás capaz de anular los poderes del Caldero. Ojalá, antes de que recupere toda su fuerza y destruya el Muro.

No me molesté en agradecer. No con la información que nos había dado. No cuando me había visto forzada a decir esas cosas, cuando aún podía sentir la persistente atención de Rhys. Cómo si él hubiera sospechado, pero nunca creído, cuanto me había quebrado en aquel momento con Amarantha.

Nos giramos, su mano deslizándose de mi espalda para agarrar mi mano.

El toque era suave, gentil. Y, de repente, no tuve fuerzas siquiera para agarrar la suya en respuesta.

El Tallista recogió el hueso que Rhysand le había traído y lo sopesó en sus manos de niño.

—Tallaré tu muerte aquí, Feyre.

Caminamos hacia arriba y arriba, a la oscuridad, a través de la piedra dormida y los monstruos que habitaban en su interior. Al final, le hablé a Rhys.

— ¿Qué viste?

—Tu primero.

—Un niño, de alrededor de ocho años; cabello oscuro y ojos azules.

Rhys se estremeció, el gesto más humano que le había visto hacer.

— ¿Qué viste? —presioné.

—A Jurian —dijo Rhys—. Se veía exactamente como Jurian la última vez que lo vi: enfrentando a Amarantha, cuando pelearon a muerte.

No quería saber cómo el Bone Carver sabía sobre quién llegaríamos a preguntar.

Capítulo 19

Traducido & Corregido por Rincone

—Amren tiene razón —dijo Rhys arrastrando las palabras, apoyado en el umbral del salón de la casa de la ciudad—. Son como perros esperando a que vuelva a casa. Tal vez debería comprar algunas golosinas.

Cassian le dio un gesto vulgar desde donde estaba sentado en el sofá frente a la chimenea, uno de sus brazos por encima de la espalda de Mor. A pesar de que todo cuanto su poderoso y musculoso cuerpo sugeriría a alguien era que estaba relajado, en su mandíbula había tensión, una energía contenida que me daba a entender que había estado esperando por mucho tiempo.

Azriel permaneció junto a la ventana, cómodamente escondido en las sombras, una nevisca espolvoreaba el césped y la calle detrás de él. Y Amren...

Por ningún lado. No podía decir si me sentía aliviada o no. Tendría que dar con ella para devolverle el collar pronto —si las advertencias de Rhys y sus propias palabras eran para creerse.

Húmeda y fría por la niebla y el viento que nos acompañó desde la Prisión, me dirigí hacia el sillón al otro lado del sofá, el cual se había acomodado, al igual que gran parte del mobiliario aquí, para dar cabida a las alas de los Ilirianos. Estiré mis rígidos miembros hacia el fuego y sofoqué un gemido por el delicioso calor.

—¿Cómo fue? —dijo Mor, poniéndose recta junto a Cassian. Sin túnica hoy, solo un práctico pantalón de color negro y un grueso suéter azul.

—El Bone Carver —dijo Rhys—. Es un chismoso al que le gusta husmear demasiado en los asuntos de la gente.

—¿Pero? —demandó Cassian, apoyando sus brazos sobre las rodillas, sus alas fuertemente encogidas.

—Pero —dijo Rhys—, también puede ser de ayuda, cuando quiere. Y parece que tenemos que empezar a hacer lo que se nos da mejor.

Flexioné mis entumidos dedos, contenta con dejar que ellos discutieran, necesitaba un momento para recuperarme, para acallar lo que le había revelado al Bone Carver.

Y lo que el Bone Carver sugirió que yo podría ser capaz de hacer con ese libro. Las habilidades que podría tener.

Rhys les contó sobre el Caldero, y la razón detrás de las depredaciones del templo, sin escasear de palabrotas y preguntas—y sin revelar nada de lo que yo había admitido a cambio de la información. Azriel emergió desde las sombras que lo cubrían para hacer más preguntas: su rostro y su voz se mantuvieron ilegibles. Cassian, se mantuvo sorprendentemente callado —como si el general entendiera que el shadowsinger sabría qué información era necesaria, y estuviera ocupado evaluándola por sus propios medios.

Cuando Rhys hubo terminado, su maestro de espías dijo:

—Contactaré con mis fuentes en la Corte de Verano sobre el paradero de la mitad del Libro de los Respiros. Yo mismo puedo volar al interior del mundo humano para averiguar dónde guardan su parte del Libro antes de que se lo preguntemos.

—No hay necesidad —dijo Rhys—. Y esta información no debe confiarse a nadie, ni siquiera a tus contactos, ni a nadie fuera de esta habitación. Salvo a Amren.

—Son de confiar —dijo Azriel con tranquilidad de acero, sus manos llenas de cicatrices apretadas a los costados de su vestimenta de cuero.

—No tomaremos riesgos en cuanto a esto concierne —se limitó a decir Rhys. Le mantuvo la mirada a Azriel, y casi pude oír las palabras silenciosas que añadió Rhys; No hay juicio o reflexión en ti, Az. En lo absoluto.

Pero Azriel no produjo ningún tinte de emoción mientras asentía, desplegando sus manos.

—Entonces, ¿qué tienes planeado? —cortó Mor, por el bien de Az.

Rhys sacudió una pieza invisible de suciedad de su ropa de combate. Cuando levantó la cabeza, sus ojos violetas eran glaciales.

—El Rey de Hiberno saqueó uno de nuestros templos para conseguir una pieza perdida del Caldero. En cuanto a mi concierne, ese es un acto de guerra, una indicación de que Su Majestad no tiene ningún interés en cortejarme.

—Probablemente recuerde nuestra lealtad a los seres humanos durante la guerra —dijo Cassian—. No se arriesgaría a relevar sus planes tratando de influenciarte, y apuesto a que uno de los compinches de Amarantha le reportó lo sucedido Bajo la Montaña. A como terminó todo, me refiero. —La garganta de Cassian se balanceó.

De cuando Rhys trató de asesinarla.

Retiré mis manos del fuego.

Rhys dijo: —Exacto. Pero eso significa que las fuerzas de Hiberno ya estaban infiltradas en nuestras tierras, sin haber sido detectadas. Planeo devolverle el favor.

Madre santísima. Cassian y Mor solo sonrieron con placer salvaje.

—¿Cómo? —preguntó Mor.

Rhys se cruzó de brazos.

—Requerirá planearse con cuidado. Pero si el Caldero está en Hiberno, entonces a Hiberno es a dónde debemos ir. O para recuperarlo...o para usar el Libro para anularlo.

Una parte cobarde y patética mía ya estaba temblando.

—Es probable que alrededor de Hiberno haya un número mayor de guardas y escudos de los que tenemos aquí —replicó Azriel—. Tendremos que encontrar un modo de pasar a través de ellos sin ser detectados.

Una ligera inclinación de cabeza.

—Y es por lo donde empezaremos primero. Mientras nosotros buscamos el libro. Así cuando tengamos ambas mitades, podremos movernos rápidamente, antes incluso de que se rieguen los rumores de que están en nuestras manos.

Cassian asintió pero preguntó:

—Entonces, ¿cómo harás para recuperar el libro?

Me abracé a mí misma mientras Rhys decía:

—Dado que estas cosas están encantadas por los Grandes Señores por individual, y solo pueden ser encontradas por ellos, a través de sus

poderes...Entonces, además de su uso en relación con el manejo del Libro de los Respiros en sí, parece que tenemos nuestro propio detector.

Ahora todos me estaban mirando.

Me encogí.

—Lo que dijo el Bone Carver fue que tal vez fuese capaz de rastrear cosas. Tú no sabes... —Mis palabras se desvanecieron cuando Rhys sonrió.

—Tienes una semilla de todos nuestros poderes, es como si tuvieras siete huellas digitales. Si escondiéramos algo, si lo hiciéramos y lo protegieramos con nuestros poderes, no importa dónde esté oculto, tú serías capaz de rastrearlo a través de esa misma magia.

—No puedes estar seguro de eso —intenté otra vez.

—No...pero hay un modo de probarlo —Rhys seguía sonriendo.

—Allá vamos —se quejó Cassian. Mor le dio a Azriel una mirada de advertencia para decirle que no fuera voluntario esta vez. El maestro de espías solo le dio una mirada de incredulidad a cambio.

Me podría haber quedado en mi silla mirando su lucha de voluntades si Rhys no hubiera dicho:

—Con tus habilidades, Feyre, podrías ser capaz de encontrar la mitad del Libro en la Corte de Verano —y romper la custodia que hay a su alrededor. Pero no voy a confiar en la palabra del Tallista en eso, o llevarte allí sin haberte puesto a prueba primero. Para estar seguros que cuando llegue el momento, que cuando tengamos que conseguir el libro, tú... nosotros no fallaremos. Así que haremos otro pequeño viaje. Para ver si puedes encontrar un valioso objeto que me pertenece, el cual perdí hace un considerable tiempo atrás.

—Mierda —dijo Mor, hundiendo sus manos en los gruesos pliegues de su suéter.

—¿Dónde? —Me las arreglé para decir.

Fue Azriel quien respondió.

—Donde la Tejedora.

Rhys levantó una mano cuando Cassian abrió la boca.

—La prueba —dijo—, será para ver si Feyre puede identificar un objeto mío dentro del tesoro de la Tejedora. Cuando lleguemos a la Corte de Verano, Tarquin podría tener encantada su mitad del Libro para que luzca diferente, se sienta diferente.

—Por el Caldero, Rhys —espetó Mor, poniendo ambos pies sobre la alfombra—. ¿Has perdido la...

—¿Quién es la Tejedora? —pregunté.

—Una antigua y malvada criatura —dijo Azriel, e inspeccionó las tenues cicatrices en sus alas y cuello y me pregunté cuántas cosas se habría encontrado en su vida inmortal. Y si eran peor que las personas con las que compartía lazos de sangre—. Que debería mantener imperturbada —añadió en la dirección de Rhys—. Encuentra otro modo de probar sus habilidades.

Rhys se encogió de hombros y me miró. Yo decidía. Siempre—siempre era decisión mía con él estos días. Sin embargo no me había dejado regresar a la Corte de Primavera en esas dos visitas... ¿porque sabía lo mucho que necesitaba alejarme de ella?

Me mordí el labio inferior, sopesando los riesgos, esperando a sentir algún punto de miedo, o emoción. Pero esta tarde se había drenado cualquier reserva de ese tipo de cosas.

—El Bone Carver, la Tejedora... ¿alguna vez llamarán a alguien solo por un nombre?

Cassian se rió entre dientes, y Mor se acomodó entre los cojines del sofá.

Sólo Rhys, al parecer, entendió que no había sido una broma del todo. Su rostro estaba tenso. Como si supiera exactamente lo cansada que estaba—de que debería estar temblando ante la idea de esta Tejedora, pero después del Bone Carver, de lo que le había revelado...no podía sentir absolutamente nada.

Rhys dijo para mí:

—¿Qué tal si añadimos otro nombre a esa lista?

No me gustó particularmente el sonido de eso. Mor decía lo mismo.

—El Emisario —dijo Rhysand, haciendo caso omiso de su prima—. El Emisario de la Corte Oscura... con el reino humano.

Azriel dijo:

—No ha habido uno en quinientos años, Rhys.

—Tampoco ha habido una humana convertida en inmortal desde entonces. —Rhys encontró mi mirada—. El mundo humano debe estar tan preparado como nosotros, especialmente si el Rey de Hiberno planea romper el muro y desencadenar su fuerza sobre ellos. Necesitamos la otra mitad del libro que tienen las reinas mortales, y si no podemos usar la magia para influenciarlas, entonces ellas tendrán que entregárnoslo.

Más silencio. En la calle más allá de la bahía de las ventanas, copos de nieve pasaban, posándose sobre los adoquines.

Rhys hizo un gesto con su barbilla hacia mí.

—Eres una fae inmortal, con un corazón humano. Incluso como tal, podrías poner un pie en el continente y ser...cazada por ello. Debemos tener una base en territorio neutral. Un lugar dónde los humanos confíen en nosotros, confíen en ti, Feyre. Y dónde los otros humanos puedan arriesgarse a reunirse contigo. A escuchar la voz de Prythian después de cinco centurias.

—La ciudad de mi familia —dije.

—Por las tetas de la Madre, Rhys —cortó Cassian, ampliando las alas lo suficiente como para casi tirar un jarrón de cerámica en la mesa junto a él—. No pensarás en ir a la casa de su familia y sencillamente pedirles eso, ¿no?

Nesta no querrá ningún trato con los Fae, y Elain es tan gentil, tan dulce... ¿cómo podría meterlas en esto?

—La tierra —dijo Mor, acercándose para devolver el jarrón a su lugar—, se teñirá con sangre, Cassian, independientemente de lo que le hagamos a su familia. Ahora es una cuestión de qué lado brotará esa sangre —y cuánta será derramada. Cuánta sangre humana podremos salvar.

Y tal vez eso me hiciera una tonta cobarde, pero dije:

—La Corte de Primavera linda con el muro...

—El muro se extiende a través del mar. Volaremos hasta altamar —dijo Rhys sin siquiera un parpadeo—. No correré el riesgo a ser descubierto por ninguna corte, aunque los rumores podrían extenderse rápidamente una vez que

estemos allí. Sé que no será fácil, Feyre, pero si hay algún modo de que puedas convencer a esas reinas...

—Lo haré —dije. El cuerpo roto y empalado de Clare Beddor parpadeó en mi visión. Amarantha había sido una de sus comandantes. Solo una—de muchos. El Rey de Hiberno tenía que ser horrible más allá de lo conocido para ser su maestro. Si esas personas ponían sus manos sobre mis hermanas...—. Puede que no se alegren con la idea, pero haré que Elain y Nesta nos ayuden.

No tuve el valor para preguntarle a Rhys si podría simplemente forzar a mi familia a estar de acuerdo a ayudarnos si se rehusaban. Me pregunté si sus poderes podrían funcionar con Nesta cuando el glamour de Tamlin había fallado contra su mente de acero.

—Que así sea, entonces—dijo Rhys. Ninguno de ellos se veía especialmente feliz—. Una vez que la querida Feyre regrese de donde la Tejedora, pondremos a Hiberno de rodillas.

++++

Rhys y los otros se fueron esa noche—dónde, no me lo dijeron. Pero después de los acontecimientos del día, apenas terminé de devorar la comida que Nuala y Cerridwen trajeron a mi habitación antes de caer dormida.

Soñé con un hueso largo, blanco y tallado con una precisión aterradora: mi rostro, retorcido en agonía y desesperación; un cuchillo de fresno en mi mano; un charco lejano de sangre producido por dos cadáveres...

Pero me desperté a la acuosa luz invernal del amanecer—mi estómago lleno por la noche anterior.

Al minuto después de recuperar la conciencia, Rhys tocó a mi puerta. Apenas le había concedido el permiso de entrar antes de que se deslizara en el interior como un viento de media noche, y lanzara un cinturón adornado con cuchillo a los pies de la cama.

—Date prisa —dijo, abriendo las puertas del armario y sacando mi ropa de combate de cuero. Las arrojó sobre la cama—. Quiero partir antes de que el sol esté totalmente arriba.

—¿Por qué? —dije, empujando las sábanas. Hoy no había alas.

—Porque el tiempo es esencial. —Sacó mis calcetines y botas—. Una vez que el Rey de Hiberno se dé cuenta de que alguien está buscando el Libro de los Respiros para anular los poderes del Caldero, entonces sus agentes también iniciarán la caza.

—Parece que lo has sospechado durante un tiempo. —No había tenido la oportunidad de discutirlo con él la noche pasada—. El Caldero, el rey, el Libro...lo querías confirmado, pero estabas esperando por mí.

—De haber estado de acuerdo a trabajar conmigo dos meses atrás, te habría llevado directo al Bone Carver para ver si él confirmaba mis sospechas sobre tus talentos. Pero las cosas no fueron como estaban previstas.

No, ciertamente no lo habían hecho.

—La lectura —dije, deslizándolo mi pie dentro del forro polar de las botas de suela gruesa—. Esas es la razón de que insistieras en las lesiones. De modo que si tus sospechas eran ciertas y yo podía dar con el libro... pudiese leerlo —o traducir lo que sea que haya en su interior. —Un libro que por su antigüedad muy bien podría haber sido escrito en un lenguaje completamente diferente. En un alfabeto diferente.

—De nuevo —dijo, ahora moviéndose por la cómoda—. De haber empezado a trabajar conmigo, te habría dicho el porqué. No podía arriesgarme a que lo descubrieras de otra forma. —Hizo una pausa con una mano en el pomo—. Debías aprender a leer sin importar qué. Pero sí, cuando te dije que servía a mis propios fines...se debía a esto. ¿Me culpas por ello?

—No —le dije y hablaba en serio. —. Pero preferiría ser informada de cualquier futuro plan.

—Tomo la debida nota. —Rhys abrió los cajones bruscamente y sacó mi ropa interior. De sus manos colgó un trozo de encaje de medianoche y sonrió—. Me sorprende que no le hayas pedido a Nuala y Cerridwen que te compraran otra cosa.

Me acerqué a él, arrebatándole el encaje.

—Estás babeando sobre la alfombra. —Cerré de un portazo la puerta del baño antes de que pudiera responder.

Estaba esperándome cuando salí, ya vestida con el ceñido cuero. Levantó el cinturón con cuchillos, y yo estudié los broches y correas.

—Nada de arcos, espadas o flechas —dijo él. Vestido en su propia ropa de batalla Iliriana de cuero, esa sencilla y brutal espada estaba atada a su espina dorsal.

—¿Pero los cuchillos están bien?

Rhys se arrodilló y amplió la red de cuero y acero, haciendo señas para que pasara una pierna a través de un agujero

Hice lo pedido, ignorando el roce de sus firmes manos en mis muslos mientras pasaba a través de otro agujero, y él empezaba a apretar y pandear cosas.

—Ella no notará cuchillos, porque tiene cuchillos en su cabaña para comer y su trabajo. Pero cosas que estén fuera de lugar —objetos que no deben estar ahí...Una espada, un arco, una flecha...podría notar esas cosas.

—¿Qué hay de mí?

Apretó una correa. Fuertes y capaces manos—tan en desacuerdo con las galas que solía llevar para cegar al resto del mundo con el pensamiento de que era algo completamente diferente.

—No hagas ni un sonido, no toques nada además del objeto que ella me quitó.

Rhys alzó la vista, las manos apoyadas en mis muslos.

Inclínate, le ordenó él una vez a Tamlin. Y aquí estaba ahora, de rodillas ante mí. Sus ojos brillaron como si él también lo recordara. Había sido parte de su juego—¿de la fachada? ¿O había sido venganza por la encarnizada contienda entre ellos?

—Si estamos en lo correcto sobre tus poderes —dijo—, si el Bone Carver no nos mintió, entonces tú y el objeto tendrán la misma...señal, gracias al hechizo conservado que puse en él hace tiempo. Los dos son uno y lo mismo. Ella no notará tu presencia mientras tú solo toques eso. Serás invisible para ella.

—¿Está ciega?

Asintió una vez.

—Pero sus otros sentidos son letales. Así que se rápida, y silenciosa. Encuentra el objeto y huye, Feyre. —Sus manos se detuvieron en mis piernas, envolviendo la parte posterior de ellas.

—¿Y si me nota?

Sus manos apretaron ligeramente.

—Entonces sabremos exactamente cuán habilidosa eres.

Cruel y convincente bastardo. Sonreí hacia él.

Rhys se encogió de hombros.

—¿Prefieres que te encierre en la Casa de Viento, te llene de comida, y te haga vestir finas ropas y planificar mis fiestas?

—Vete al infierno. Si es tan importante, ¿por qué no consigues el objeto tú mismo?

—Porque la Tejedora me conoce -y si soy atrapado, habría un alto precio. Los Grandes Señores no deben interferir con ella, no importa lo desesperada que sea la situación. Hay muchos tesoros en su guarida, algunos los ha guardado durante milenios. La mayoría nunca son recuperados -porque los Grandes Señores no se atreven a ser capturados, gracias a las leyes que la protegen, gracias a su ira. Cualquier ladrón que vaya en sus nombres...o bien no regresa, o nunca se envía, por miedo a conducirla hacia su Gran Señor. Pero a ti...ella no te conoce. Tú perteneces a todas las cortes.

—Entonces, ¿soy tu cazadora y ladrona?

Sus manos se deslizaron hacia abajo, al hueco de la parte posterior de mis rodillas mientras decía con una pícaro sonrisa:

—Tú eres mi salvación, Feyre.

Capítulo 20

Traducido & Corregido por Rincone

Rhysand nos tamizó en el interior de un bosque antiguo, más consciente, que cualquier otro lugar en el que hubiera estado.

Los árboles de haya estaban fuertemente entrelazados entre sí, salpicados y cubiertos tan plenamente de musgo y líquenes que era casi imposible ver la corteza de debajo.

—¿Dónde estamos? —dije en un respiro, casi sin atreverme a susurrar.

Rhys mantuvo sus manos en una posición casual al alcance de sus armas.

—En el corazón de Prythian, es un territorio grande y vacío que divide el norte del sur. En el mismo centro de nuestra montaña sagrada.

Mi corazón tropezó, y me centré en dar mis pasos por entre los helechos, musgos y raíces.

—Este bosque —continuó Rhys—, está en el extremo este del territorio neutral. Aquí no hay Grandes Señores. Aquí la ley se hace por el más fuerte, más mezquino, el más astuto. Y la Tejedora del Bosque está en la cima de la cadena alimentaria.

Los árboles se quejaron —a pesar de no haber brisa que los moviera. No, aquí el aire era tenso y rancio.

—¿Amarantha no los aniquiló?

—Amarantha no era tonta —dijo Rhys, su rostro estaba oscuro—. No tocó a ninguna de estas criaturas o perturbó el bosque. Durante años, intenté encontrar la forma de manipularla para que cometiera ese estúpido error, pero nunca cayó.

—Y ahora nosotros la estamos perturbando. —Por una simple prueba.

Él se rió, el sonido rebotó en las piedras grises esparcidas por el suelo del bosque como si fueran canicas.

—Cassian intentó convencerme anoche de no traerte. Incluso pensé que me golpearía.

—¿Por qué? —Apenas lo conocía.

—¿Quién sabe? Con Cassian, es probable que esté más interesado en follarte que en protegerte.

—Eres un cerdo.

—Podrías, lo sabes —dijo Rhys, sosteniendo una rama de una escuálida haya para dejarme pasar por debajo—. Si necesitas superarlo en un sentido físico, estoy seguro de que Cassian estará más que feliz de hacerlo.

Se sentía como una prueba. Y me molestó lo suficiente para soltar:

—Entonces dile que vaya a mi habitación esta noche.

—Si sobrevives a la prueba.

Hice una pausa en lo alto de una pequeña roca llena de líquenes.

—Pareces satisfecho con la idea de que no lo haga.

—Todo lo contrario, Feyre. —Eché un vistazo hacia donde estaba de pie sobre la piedra. Estaba casi al nivel de sus ojos. El bosque estaba incluso más silencioso —los árboles parecían acercarse más, como intentando captar cada palabra—. Le dejaré saber a Cassian que estás... abierta a sus avances.

—Bien —dije. Una pizca de aire hueco me rozó, como un destello de la noche. Ese poder en mis huesos y sangre se agitó en respuesta.

Intenté saltar desde la piedra, pero él me sujetó por la barbilla, el movimiento demasiado rápido para ser detectado. Sus palabras fueron una caricia mortal cuando dijo:

—¿Te gustó la vista de mí arrodillando ante ti?

Sabía que podía escuchar mi corazón, dado que palpitaba a un ritmo atronador. Le di una pequeña sonrisa odiosa, alejando mi barbilla de su tacto y salté de la piedra. Podría haber apuntado a sus pies. Y él se habría alejado del camino lo suficiente para evitarlo.

—¿No es en eso en lo que todos los hombres son buenos, de todos modos? —Pero las palabras estaban apretadas, casi sin aliento.

La sonrisa que dio en respuesta era como sábanas de seda y brisa con olor a jazmín a media noche.

Una línea peligrosa —una que Rhys me estaba forzando a andar para evitar que pensara en lo que estaba a punto de enfrentarme, en la ruina en la que estaba metida.

La rabia, este... flirteo, el incordio... Él sabía que esas eran mis soportes.

Lo que iba a encontrar, entonces, debía ser verdaderamente aterrador si él quería que entrara allí enfadada —pensando en sexo, en cualquier otra cosa menos en la Tejedora del Bosque

—Buen intento —dije con voz ronca. Rhysand se encogió de hombros y se pavoneó hacia los siguientes árboles.

Bastardo. Sí, lo había hecho para distraerme, pero...

Avancé detrás de él tan silenciosa como fui capaz, con la intención de alcanzarlo y estampar mi puño en su espina dorsal, pero alzó una mano mientras se detenía frente a un claro.

En el centro, había una pequeña casa con techos de paja y una chimenea medio derrumbada. Ordinaria –casi mortal. Incluso había un pozo, con su cubo posado en el borde de piedra, y una pila de madera situado debajo de una de las ventanas circulares en la casita. No había sonido ni luz en el interior, ni siquiera humo que saliera de la chimenea.

Las pocas aves del bosque se quedaron calladas. No del todo, pero lo justo para mantener su charloteo al mínimo. Y —ahí.

Había un débil zumbido procedente del interior de la casita, bonito y constante.

Podría ser el lugar en el que me habría detenido si tuviera sed o hambre, o si tuviera la necesidad de un refugio para pasar la noche.

Tal vez esa fuera la trampa.

Los árboles alrededor del claro, sus ramas tan cercanas que casi arañaban el techo de paja, muy bien podrían haber sido los barrotes de una jaula.

Rhys inclinó la cabeza hacia la casa, doblándose por la mitad con gracia dramática.

Entrar, salir —no hacer ningún ruido. Encontrar lo que fuera que fuese el objeto y robarlo delante de las narices de una persona ciega.

Y luego correr como el demonio.

Tierra cubierta de musgo creaba el camino hasta la puerta principal, una ya ligeramente abierta. Un poco de queso. Y yo era el tonto ratón a punto de cogerlo.

En un abrir y cerrar de ojos, Rhys articuló: *buena suerte*.

Le lancé un gesto vulgar y poco a poco y silenciosamente, empecé a caminar hacia la puerta delantera.

El bosque parecía monitorizar cada uno de mis pasos. Cuando miré hacia atrás, Rhys se había ido.

No dijo que intervendría si estaba en peligro mortal. Probablemente debí preguntarlo.

Evité las hojas y las piedras, cayendo en un patrón de movimiento que una parte de mi cuerpo —alguna parte no nacida por los Grandes Señores— recordaba.

Como un despertar. Era como se sentía.

Pasé más allá del pozo. Ni una mota de polvo, ni una piedra fuera de lugar. Una trampa perfecta y bonita, me advertía esa parte de mí. Una trampa diseñada en un tiempo en que los humanos eran la presa; ahora puesta para un tipo de juego más inteligente y mortal.

Ya no sería la presa, decidí mientras me acercaba a la puerta.

Y no era un ratón.

Era un lobo.

Me quedé escuchando en el umbral, la roca estaba erosionada como si montones de botas lo hubieran atravesado —y tal vez nunca vuelto a atravesar de regreso. Las palabras de su canción llegaban claras ahora, su voz dulce y hermosa, como un rayo de luz en una corriente:

*«Eran dos hermanas, ellas iban jugando,
Para ver el buque de su padre llegar navegando...
Y cuando alcanzaron el borde de la mar
A su interior la mayor a la menor fue a enviar.»*

Una melosa voz, para una antigua y horrible canción. La había escuchado antes —ligeramente diferente, pero cantada por humanos que no tenían ni idea que su procedencia era de las gargantas de las hadas.

Escuché durante otro rato, tratando de oír a alguien más. Pero solo estaba el estrépito y el repiqueteo de algún tipo de dispositivo, y la canción de la Tejedora.

*«A ratos se hundía y a ratos nadaba,
Hasta que el cadáver al dique del molinero llegó. »*

Mi respiración estaba contenida en mi pecho, pero la mantuve —dirigiéndola a través de mi boca en respiraciones silenciosas. Abrí la puerta, solo una pulgada.

Sin chirrido —no había goznes oxidados. Otra pieza de la bonita trampa: prácticamente invitaba a los ladrones a entrar. Miré en el interior cuando la puerta se abrió lo suficiente.

Un gran salón de estar, con una pequeña y cerrada puerta en la parte posterior. En las paredes se alineaban estantes que iban desde el suelo hasta el

techo a rebosar de bric-á-brac⁴: libros, conchas, muñecas, hierbas, cerámicas, calzados, cristales, más libros, joyas... Desde las vigas del techo colgaban topo tipo de cadenas, pájaros muertos, vestidos, cintas, trozos retorcidos de madera, hilos de perlas...

Una tienda de cachivaches –de algún inmortal acaparador.

Y que acaparador...

En la penumbra de la casa, había una gran rueca, agrietada y abollada por la edad.

Y ante esta antigua roca, de espaldas a mí, estaba sentada la Tejedora.

Su espeso cabello era de un rico color ónix, caía hasta su delgada cintura mientras trabajaba en la rueda, unas manos blancas como la nieve alimentaba y tiraban del hilo alrededor de un espinado y filoso eje.

Parecía joven: su sencillo pero elegante vestido color gris, brillaba débilmente en la tenue luz del bosque que pasaba a través de las ventanas mientras cantaba con una voz de lustroso oro.

*« ¿Pero qué hizo él con su esternón?
Se hizo una viola para tocar al son.
¿Qué hizo con sus muy pequeños dedos?
Hizo clavijas para su viola con todos ellos. »*

La fibra que tenía introducida en la rueda era de un suave color blanco. Como la lana, pero... yo sabía, con esa persistente parte humana mía, que no era lana. Sabía que no quería saber de qué criatura procedía, a *quién* le daba vueltas en la rosca.

Ya que en el estante que estaba justo delante de ella, había cono tras cono de hilo de todos los colores y texturas. Y en la plataforma adyacente a ella había ringleras y yardas de ese hijo tejido –tejido, me di cuenta, en una enorme tela casi oculta en la oscuridad cercana a la chimenea. El telar de la Tejedora.

Había llegado en un día de hilar —¿habría estado cantando si en su caso hubiera llegado en un día de tejer? Por el olor bañado en miedo y extraño que provenía de esos rollos de tela, ya sabía la respuesta.

Un lobo. Yo era un lobo.

Entré en la casa, teniendo cuidado con los restos esparcidos por el suelo de tierra. Ella siguió trabajando, el repiqueteo de la rueca tan alegre, tan en desacuerdo con su horrible canción.

⁴ De origen francés, se refiere a objeto de colección, como tazas de té decoradas y pequeños vasos, plumas, flores de cera bajo cúpulas de cristal, cascaras de huevo, estatuillas, etc...

*«¿Y qué hizo él con el puente de su nariz?
Con este a su viola le hizo un puente.
¿Qué hizo él con sus venas tan azules?
Hizo cuerdas para su viola iguales. »*

Escaneé la habitación, tratando de no escuchar la letra.

Nada. No sentía...nada que me empujara hacia un objeto en particular. Tal vez sería una bendición si de hecho yo *no* era la que podía seguir el Libro –si hoy no era el inicio de lo que seguro sería una sucesión de miserias.

La Tejedora siguió allí, trabajando.

Observé los estantes, el techo. Tiempo prestado. Estaba con tiempo prestado, y casi me estaba quedando sin él.

¿Me había enviado Rhys a una misión de tontos? Tal vez no había nada aquí. Tal vez el *objeto* se lo habían llevado. Sería algo que él haría. Para burlarse de mí en el bosque, para ver qué tipo de cosas harían reaccionar mi cuerpo.

Y tal vez estaba lo suficiente resentida con Tamlin en ese momento como para disfrutar de ese mortal trozo de flirteo. Tal vez era tan monstruo como la hiladora delante de mí.

Pero si yo era un monstruo, entonces supuse que Rhys también lo era.

Rhys y yo éramos iguales –más allá del poder que me había entregado. Sería apropiado si Tamlin también me odiaba, una vez se diera cuenta que de verdad me había ido.

Entonces lo sentí –como un golpecito en el hombro.

Me giré en redondo, manteniendo un ojo sobre la Tejedora y el otro en la habitación mientras me deslizaba entre el laberinto de mesas y cachivaches. Como si se tratara de un faro, un trozo de luz entrelazada con su media sonrisa, tiró de mí.

Hola, parecía decir. ¿Has venido a reclamarme por fin?

Sí –sí, quería decir. A pesar de que una parte de mí deseaba que fuera de otra manera.

La Tejedora cantaba detrás de mí:

*« ¿Qué hizo con sus ojos tan brillantes?
En su viola los colocó a la primera luz.
¿Qué hizo con su lengua tan rugosa?
La nueva caja fue y esta lo suficiente habló.*

Seguí el pulso –hacia el estante cubriendo la pared junto a la chimenea. Nada. Y nada en el segundo. Pero en el tercero, justo por encima de mi línea de visión...ahí.

Casi podía oler su esencia salada y cítrica. El Bone Carver había tenido razón.

Me puse de puntillas para el examinar el estante. Un viejo cuchillo de cartas, libros de pieles que no quería tocar ni oler; un puñado de pelotas, una empañada corona de rubíes y jaspe, y...

Un anillo.

Un anillo con hebras de oro y plata trenzadas, salpicado con perlas y con una piedra de un profundo y sólido color azul. Zafiro –pero diferente. Nunca había visto un zafiro como ese, incluso en el oficio de mi padre. Este... podría haber jurado que en la pálida luz, se irradiaban las líneas de una estrella de seis puntas en la circular y opaca superficie.

Rhys –esto tenía Rhys escrito por todos lados.

¿Me había enviado por un *anillo*?

La Tejedora cantó:

*«Al tocar la tercera cuerda,
'Oh aquel es mi padre el rey.' »*

La miré por otro latido de corazón, midiendo la distancia entre el estante y la puerta abierta. Cogería el anillo, y me iría en un latido de corazón. Rápido, silenciosa, callada.

*«Al tocar la segunda cuerda,
'Oh ahí se sienta mi madre la reina' »*

Bajé una de mis manos hacia uno de los cuchillos atados a mis muslos. Cuando estuviera con Rhys, tal vez lo apuñalaría en el intestino.

Así de rápido, el recuerdo de sangre fantasmal cubrió mis manos. Sabía cómo se sentía deslizar mi daga a través de su piel, huesos y carne. Sabía cómo la sangre gotearía, cómo gemiría de dolor.

Acallé el pensamiento, aunque pudiera sentir la sangre de esas hadas empapando esa parte de mí que no había muerto y que no pertenecía a nadie sino a mi miserable ser.

*«Al tocar las tres a la vez,
'Aquella mi hermana la que me ahogó.' »ⁱ*

Mi mano estaba tranquila mientras con un último y agonizante respiro
cogí el anillo del estante.

La Tejedora dejó de cantar.

Capítulo 21

Traducido por Mais // Corregido por Rin

Me congelé con el anillo ahora en el bolsillo de mi chaqueta. Ella había terminado la última canción, tal vez empezaría otra.

Tal vez.

La rueda giratoria disminuyó su velocidad.

Retrocedí un paso hacia la puerta. Luego otro.

Más lento y lento, cada rotación de la vieja rueda más larga que la última.

Solo diez pasos hacia la puerta.

Cinco.

La rueda dio la vuelta, una última vez, tan lento que podía ver cada uno de sus radios.

Dos.

Me volteé hacia la puerta mientras ella arremetía con una mano blanca, agarrando la rueda y deteniéndola completamente.

La puerta ante mí se cerró con un golpe.

Me lancé por la perilla, pero no había ninguna.

Ventana. Ve hacia la ventana...

—¿Quién está en mi casa? —dijo suavemente.

Miedo, miedo sin diluir y sin romper, me golpeó y recordé. Recordé lo que significaba ser humana, sin esperanza y débil. Recordé lo que significaba querer *luchar* para vivir, desear hacer lo que sea para seguir respirando...

Busqué la ventana al lado de la puerta. Sellada. Ningún pestillo, ninguna abertura. Solo el vidrio que no era vidrio. Sólido e impenetrable.

La Tejedora giró su rostro hacia mí.

Lobo o ratón, no hacía la diferencia, porque me convertí en no más que un animal, catalogando mi oportunidad de sobrevivencia.

Por encima de su joven y flexible cuerpo, debajo de su negro y hermoso cabello, su piel era gris, arrugada, flácida y seca. Y en dónde sus ojos debían haber tenido brillo, yacían pozos negros podridos. Sus labios se habían marchitado a nada más que profundas y oscuras líneas alrededor de un agujero completo de dientes ahuecados, como si hubiese carcomido durante muchos huesos.

Y sabía que ella estaría carcomiendo mis huesos pronto si no salía de ahí.

Su nariz —a lo mejor una vez impertinente y bonita, ahora media ahuecada— se respingó mientras olfateaba en mi dirección.

—¿Qué eres? —dije con una voz que era muy joven y amorosa.

Fuera, fuera, tenía que *salir*...

Había otro camino.

Uno camino de suicidio e insensato.

No quería morir.

No quería ser comida.

No quería ir hacia esa dulce oscuridad.

La Tejedora se alzó de su pequeño asiento.

Y supe que mi tiempo prestado se había acabado.

—¿Qué es como todo —reflexionó, tomando un paso elegante hacia mí—, pero diferente a todo?

Yo *era* un lobo.

Y mordía cuando era acorralada.

Me lancé hacia la solitaria vela quemando en la mesa al centro de la habitación. Y la lancé contra la pared de hilo tejido, contra todos esos miserables y oscuros pernos de tela. Cuerpos tejidos, pieles, vidas. Dejarlos ser libres.

El fuego estalló, y el chillido de la Tejedora fue tan penetrante que pensé que mi cabeza podría romperse; aunque mi sangre podía hervir en sus venas.

Ella se precipitó hacia las llamas, como si las pudiese apagar con esas perfectas manos blancas, su boca de dientes rotos estaba abierta y gritaba como si no hubiera nada más que infierno negro dentro de ella.

Me precipité hacia el corazón oscuro. Hacia la chimenea por encima.

Era un camino apretujado, pero amplio, lo suficientemente amplio para mí.

No dudé mientras me sostenía de la repisa y me levantaba, mis brazos casi sucumbiendo. Vaya fuerza inmortal, me había traído solo hasta aquí y me había vuelto tan débil, tan desnutrida.

Les había *dejado a ellos* volverme débil. Reducida como un caballo salvaje roto en pedacitos.

Los ladrillos manchados de hollín estaban sueltos, desiguales. Perfectos para escalar.

Más rápido, tenía que ir más rápido.

Pero mis hombros raspaban contra el ladrillo, y *apestaba* aquí, como a carroña y cabello quemado, y había un brillo aceitoso en la piedra, como grasa cocinada...

El grito de la Tejedora se cortó cuando yo estaba a medio camino de su chimenea, la luz del sol y los árboles casi visibles, cada respiración era casi un sollozo.

Busqué el siguiente ladrillo con las uñas de mis dedos rompiéndose mientras me levantaba tan violentamente que mis brazos rugieron en protesta contra el apretón de la piedra a mí alrededor, y...

Y estaba atorada.

Atorada, mientras la Tejedora siseaba desde su casa.

—¿Qué pequeño ratón está escalando por mi chimenea?

Tuve suficiente espacio para mirar hacia abajo cuando el rostro roto de la Tejedora apareció por debajo. Puso esa mano lechosa sobre la repisa, y me di cuenta del poco espacio que había entre nosotras.

Mi cabeza se vació.

Empujé contra el agarre de la chimenea, pero no pude moverme.

Iba a morir aquí. Iba a ser arrastrada por esas hermosas manos y ser desgarrada y comida. Tal vez mientras siguiera viva, ella colocaría esa horrible boca en mi carne y mordería y rompería y masticaría y...

Pánico negro reverberó por mi cuerpo, y de nuevo estaba atrapada bajo una montaña cercana, en una zanja fangosa, el Middengard Wyrn corría hacia mí. Apenas había escapado, apenas...

No podía respirar, no podía respirar, no podía respirar...

Las uñas de la Tejedora arañaron contra el ladrillo mientras daba un paso hacia arriba.

No, no, no, no, no...

Pateé y pateé contra los ladrillos.

—¿Creíste que podías robar e irte, ladrona?

Hubiese preferido al Middengard Wyrn. Hubiese preferido a los dientes filudos y masivos a los dientes mellados de ella...

Para.

La palabra brotó de la oscuridad de mi mente.

Y la voz era la mía.

Para, decía –decía yo.

Respira.

Piensa.

La Tejedora se acercó, el ladrillo se rompió bajo sus manos. Había escalado como una araña, como si yo fuera una mosca en su telaraña.

Para.

Y esa palabra lo silenció todo.

La dije con un movimiento de labios.

Para. Para. Para.

Piensa.

Había sobrevivido al Wyrn, sobrevivido a Amarantha. Y me habían entregado dones. Dones considerables.

Como la fuerza.

Yo *era* fuerte.

Golpeé una mano contra la pared de la chimenea, tan bajo como pude llegar. La Tejedora siseó ante los escombros que empezaron a llover. Golpeé mi puño de nuevo, recuperando esa fuerza.

No era una mascota, ni una muñeca, ni un animal.

Era una sobreviviente, y era fuerte.

No sería débil, ni indefensa de nuevo. No lo sería, *no podía* estar rota. Domesticada.

Di un golpe con mi puño contra los ladrillos una y otra vez y La Tejedora se detuvo.

Se detuvo lo suficiente para que el ladrillo que yo había aflojado se deslizara con libertad dentro de mi palma.

Y para que pudiera lanzarlo contra su repulsivo y horrible rostro, tan fuerte como pude.

Los huesos crujieron y ella rugió, la sangre negra se esparció. Pero aprisioné mis hombros contra los lados de la chimenea, mi piel se desprendió por debajo de mi cuero. Seguí, seguí y seguí, hasta que fui una piedra, una piedra demoledora, hasta que nada ni nadie me agarraba y estaba escalando la chimenea.

No me atrevía detenerme, no mientras alcanzaba el borde y me arrastraba hacia el exterior y caí sobre el techo de paja. El cual no estaba cubierto de heno para nada.

Sino de cabello.

Y con toda esa grasa que cubría la chimenea, toda esa grasa brillando ahora en mi piel... el cabello se aferró a mí. En grupos, mechones y filamentos. La bilis se elevó pero la puerta principal se abrió de golpe, y un chillido le siguió.

No, no por ese camino. No hacia el suelo.

Arriba, arriba, arriba.

La rama de un árbol colgaba baja y cercana, y me moví a través de ese atroz techo, intentando no pensar sobre quién y qué estaba pisando, qué se aferraba a mi piel, mi ropa. Un segundo después, salté hacia la rama, moviéndome entre las hojas y musgo mientras La Tejedora gritaba,

—¿DÓNDE ESTÁS?

Pero estaba corriendo a través del árbol, corriendo hacia otro más cercano. Salté de rama en rama, mis manos desnudas arrancaban la madera. ¿Dónde estaba Rhysand?

Más y más lejos volé, sus gritos me perseguían, aunque se hacían cada vez más distantes.

¿Dónde estás, dónde estás, dónde estás...?

Y entonces, colgando en una rama de un árbol frente a mí, con un brazo envuelto en el extremo, Rhysand dijo arrastrando las palabras:

—¿Qué diablos *hiciste*?

Me detuve en seco, respirando pesadamente. Pensé que mis pulmones de hecho podían sangrar.

—Tú —siseé.

Pero él alzó un dedo a sus labios y se tamizó hasta mí, agarrando mi cintura con una mano y ahuecando la parte de atrás de mi cuello con la otra, mientras nos alejaba rápidamente.

Hacia Velaris. Justo sobre la Casa de Viento.

Caímos en caída libre, y no tuve tiempo de gritar cuando sus alas aparecieron, abriéndose ampliamente mientras nos movíamos en un deslizante balanceado... justo a través de unas ventanas abiertas de lo que tenía que ser una

habitación de guerra. Cassian estaba ahí, en medio de una discusión con Armen sobre algo.

Ambos se congelaron al tiempo que aterrizábamos sobre el suelo rojizo.

Había un espejo en la pared detrás de ellos, y me miré en él lo suficiente para saber por qué estaban boquiabiertos.

Mi rostro tenía cortes y estaba sanguinolento, y estaba cubierta de tierra y grasa —*grasa hervida*— y polvo mortero, el cabello aferrado a mí, y olía...

—Hueles a barbacoa —dijo Amren, encogiéndose un poco.

Cassian aflojó su mano que había envuelto alrededor del cuchillo de pelea en su cintura.

Yo seguía jadeando, seguía intentando controlar mi respiración. El cabello aferrándose a mí arañaba y picaba y...

—¿La mataste? —dijo Cassian.

—No —respondió Rhys por mí, plegando sus alas holgadamente—. Pero dado lo mucho que La Tejedora estaba gritando, estoy muriendo por saber qué hizo la querida Feyre.

Grasa, tenía grasa y cabello de *personas* sobre mí...

Vomitó sobre el suelo.

Cassian maldijo, pero Amren ondeó una mano e instantáneamente eso desapareció, junto con el desastre en mí. Pero pude sentir el fantasma de eso ahí, los restos de gente, el mortero de esos ladrillos...

—Ella...me detectó de algún modo —logré decir, hundiéndome contra la gran mesa negra y limpiando mi boca contra el hombro de mi gamuza—. Y bloqueó las puertas y ventanas. Así que tuve que salir trepando por la chimenea. Me quedé atorada —agregué, al tiempo que las cejas de Cassian se alzaban—, y cuando ella intentó trepar, lancé un ladrillo contra su rostro.

Silencio.

Amren miró a Rhysand.

—¿Y en dónde estabas tú?

—Esperando, lo suficientemente lejos para que ella no me detectara.

Le ladré:

—Me podría haber servido un poco la ayuda.

—Sobreviviste —dijo—. Y encontraste una manera de ayudarte a ti misma.

Por el brillo duro de sus ojos, supe que estaba al tanto del pánico que casi había conseguido matarme, ya fuera por los escudos mentales que me había olvidado de colocar o cualquier anomalía en nuestro lazo. Había estado al tanto de ello y me permitió enfrentarlo.

Porque *casi* había conseguido terminar muerta, y no sería de ningún uso para él si eso pasaba cuando importaba, con el Libro. Exactamente como él lo había dicho.

—También era eso sobre lo que se trataba esto —espeté—. No solo de este *estúpido anillo*. —Busqué en mi bolsillo, lanzando el anillo en la mesa—. O sobre mis *habilidades*, sino de que pueda dominar mi pánico.

Cassian maldijo de nuevo, sus ojos sobre ese anillo.

Amren sacudió su cabeza, un poco de su cabello negro se balanceó.

—Brutal, pero efectivo.

Rhys solo dijo:

—Ahora ya lo sabes. Que puedes usar tus habilidades para cazar nuestros objetos, y además rastrear el Libro en la Corte de Verano y dominarte a ti misma.

—Eres un imbécil, Rhysand —dijo Cassian silenciosamente.

Rhys apenas escondió sus alas con un golpe elegante.

—Tú habrías hecho lo mismo.

Cassian se encogió de hombros, como diciendo que bien, lo habría hecho.

Miré mis manos, mis uñas sangrientas y rotas. Y le dije a Cassian:

—Quiero que me enseñes a cómo pelear. Como volverme fuerte. Si la oferta de entrenamiento sigue en pie.

Las cejas de Cassian se alzaron y no se molestó en mirar a Rhys en busca de aprobación.

—Me estarás llamando imbécil bastante rápido si entrenamos. Y no sé nada sobre entrenar a humanos, lo rompibles que son sus cuerpos. En dónde, quiero decir —agregó con un estremecimiento—. Lo descubriremos.

—No quiero que mi única opción sea escapar —dije.

—Escapar —interrumpió Amren —, te mantuvo viva hoy.

La ignoré.

—Quiero saber cómo luchar para encontrar mi salida. No quiero tener que esperar que alguien me rescate. —Enfrenté a Rhys, cruzando mis brazos—. ¿Bueno? ¿Me he probado a mí misma?

Pero él solo recogió el anillo y me dio un asentimiento de agradecimiento.

—Era el anillo de mi madre.

Como si eso fuera toda la explicación y respuestas que debía.

—¿Cómo lo perdiste? —demandé.

—No lo hice. Mi madre me lo dio como un recuerdo, después lo recuperó cuando alcancé la madurez —y se lo dio a la Tejedora para que lo custodiara.

—¿Por qué?

—Así yo no lo desperdiciaba.

Disparates e idioteces y, quería un baño. Quería *silencio* y un baño. La necesidad por esas cosas me golpeó lo suficientemente fuerte para que mis rodillas se aflojaran.

Apenas miré a Rhys antes de que agarrara mi mano, expandiera sus alas y nos tuviera a los dos elevándonos de nuevo a través de las ventanas. Caímos en caída libre por cinco atronadores y salvajes latidos antes que él me tamizara a mi habitación en la casa de la ciudad. Un baño caliente ya estaba preparándose. Me tambaleé hacia este, el cansancio golpeándome como un soplo físico, cuando Rhys dijo:

—¿Y qué hay sobre entrenar tus otros...dones?

A través del vapor que se alzaba de la tina, dije:

—Creo que tú y yo nos desgarraremos uno al otro en pedazos.

—Oh, definitivamente lo haremos. —Se inclinó contra el umbral del baño—. Pero no sería divertido de otro modo. Considera *nuestro* entrenamiento ahora oficialmente parte de los requisitos de tu trabajo conmigo. —Alzó una vez su mentón—. Sigue adelante, intenta pasar mis escudos.

Sabía de cuáles estaba hablando.

—Estoy cansada. El baño se enfriará.

—Prometo que estará igual de caliente en unos pocos minutos. O, si dominas tus dones, tal vez puedas ser capaz de hacerlo tu misma.

Fruncí el ceño. Pero tomé un paso hacia él, luego otro, haciendo que él diera un paso, luego dos, hacia la habitación. La grasa y el cabello fantasmal se aferraban mí, recordándome lo que él había hecho...

Sostuve su mirada, esos ojos violetas destellaban.

—Lo sientes, ¿verdad? —dijo, sobre el castaño de las aves del jardín—. Tu poder, asediando bajo tu piel, ronroneando en tu oído.

—¿Y qué si es así?

Se encogió de hombros.

—Me sorprende que lanthe no te haya colocado en un altar para ver cómo se ve ese poder dentro de ti.

—¿Cuál es, precisamente, tu problema con ella?

—Encuentro que la Suma Sacerdotisa es una perversión de lo que una vez fueron, lo que una vez prometieron ser. lanthe es entre las peor de ellas.

Un nudo se retorció en mi estómago.

—¿Por qué dices eso?

—Pasa mis escudos y te lo *mostraré*.

Así que eso explicaba el cambio en la conversación. Una burla. Un anzuelo.

Sosteniendo su mirada... me permití caer en ello. Me permití imaginar esa línea entre nosotros, un poco de luz trenzada...Y ahí estaba, su escudo mental al otro lado del lazo. Negro y sólido e impenetrable. No había ningún modo de ingresar. Sin embargo, me había deslizado ahí dentro antes...cómo, no tenía ni idea.

—He tenido suficientes pruebas por hoy.

Rhys cruzó los dos pies de espacio entre nosotros.

—Las Sumas Sacerdotisa se ha estado escondiendo entre algunas Cortes; Amanecer, Día e Invierno, mayormente. Se han atrincherado tan a fondo que sus espías están en todos lados, sus seguidores casi fanáticos en devoción. Y aun así, durante esos cincuenta años, escaparon. Permanecieron escondidas. No me sorprendería si Ianthe busca establecer una posición segura en la Corte de Primavera.

—¿Intentas decirme que todas son villanas de corazones oscuros?

—No. Algunas, sí. Algunas son compasivas, desinteresadas y sabias. Pero hay otras que son meramente hipócritas...Aunque esas son las que siempre parecen las más peligrosas para mí.

—¿E Ianthe?

Un destello de conocimiento brilló en sus ojos.

Realmente no me lo diría. Me lo estaba colgado delante de mí como un pedazo de carne...

Me lancé. Ciega, salvaje, pero envié mi poder golpeando por esa línea entre nosotros. Y salté cuando golpeé contra sus escudos internos, el retumbe haciendo eco en mí como sin duda hubiese golpeado contra mi cuerpo.

Rhys se rió y vi fuego.

—Admirable, poco riguroso, pero un esfuerzo admirable.

Jadeando un poco, herví.

Pero él dijo—: Solo por intentarlo... —Y tomó mi mano entre la suya. El lazo se tensó, esa cosa debajo de mi piel pulsó, y...

Hubo oscuridad, y la sensación colosal de él al otro lado de su barricada mental de firmeza negra. El escudo fue para siempre, el producto de la mitad de un milenio de ser cazado, atacado, odiado. Rocé una mano mental contra ese muro.

Como un gato de la montaña arqueándose ante un toque, pareció ronronear, y luego relajar su guardia.

Su mente se abrió para mí. Una antecámara, al menos. Un simple espacio que él había ahuecado, para dejarme ver...

Una habitación hecha de obsidiana; una cama de mamut de sábanas de ébano, lo suficientemente grandes para acomodar las alas.

Y en ella, esparcida en nada más que su piel, yacía Ianthe.

Retrocedí, dándome cuenta que era un recuerdo e Ianthe estaba en su cama, en su corte, debajo de esa montaña, sus senos llenos, puntiagudos contra el frío...

—Hay más —dijo la voz de Rhys muy lejos, mientras yo luchaba por salir. Pero mi mente se golpeó contra ese escudo, el otro lado. Él me había atrapado aquí...

—Me has dejado esperando —dijo Ianthe, enojada.

Sentía la madera dura y hecha a mano, enterrándose en mi espalda —la espalda de Rhysand— mientras él se inclinaba contra la puerta de la habitación.

—Sal de aquí.

Ianthe hizo un pequeño puchero, doblando su rodilla y abriendo sus piernas, desnudándose ante él.

—Veo la manera en que me miras, Gran Señor.

—Tú ves lo que quieres ver —él, nosotros, dijimos. La puerta se abrió a su lado—. Sal de aquí.

Ella inclinó débilmente sus labios.

—Escuché que te gusta jugar a juegos. —Su delgada mano empezó a bajar, más allá de su ombligo—. Creo que encontrarás en mí una compañera de juegos bastante divertida.

Ira helada se deslizó a través de mí, de él, mientras se debatía entre el mérito de lanzarla contra las paredes, y la mucha inconveniencia que causaría eso. Ella lo acosaba sin descanso, también a los otros hombres. Azriel se había ido la noche anterior por eso. Y Mor estaba a un comentario más de romperle el cuello.

—Pensé que tu alianza recaía en otras cortes. —Su voz era tan fría. La voz del Gran Señor.

—Mi alianza recae con el futuro de Prythian, con el verdadero poder de esta tierra. —Sus dedos se deslizaron entre sus piernas, y se detuvieron. Su jadeo se unió a la habitación mientras él enviaba un zarcillo de poder volando hacia ella, fijando ese brazo a la cama, y lejos de sí misma—. ¿Sabes lo que una unión entre nosotros haría por Prythian, por el mundo? —dijo ella, sus ojos lo seguían devorando.

—Te refieres a ti misma.

—Nuestra descendencia podría liderar Prythian.

Asombro cruel bailó a través de él.

—¿Así que quieres que mi corona y yo juguemos a ser adornos?

Ella intentó retorcer su cuerpo, pero su poder la mantuvo quieta.

—No veo a nadie más que valga esa posición.

Ella sería un problema, ahora y después. Él lo sabía. Mátala ahora, termina esto antes que empiece, enfrenta la ira de las otras Sumas Sacerdotisas... espera a ver qué sucede.

—Sal de mi cama. Sal de mi habitación. Y sal de mi corte.

Soltó el agarre de su poder para que ella pudiera hacerlo.

Los ojos de Ianthe se oscurecieron y se levantó de un salto, sin importarle su ropa, colgada sobre su silla favorita. Cada paso hacia él hacía que sus generosos pechos dieran saltos. Se detuvo apenas a unos pasos.

—No tienes idea lo que puedo hacerte sentir, Gran Señor.

Ella estiró una mano hacia él, justo a su entrepierna.

Su poder se lanzó hacia sus dedos antes que ella pueda agarrarlo.

El tiró del poder hacia abajo, retorciéndolo.

Ianthe gritó. Intentó apartarse, pero su poder se congeló en su lugar, tanto poder, tan fácilmente controlado, rodando alrededor de ella, contemplando el final de su existencia como un servidor estudiando a un ratón.

Rhys se inclinó más cerca para respirar en su oído.

—Jamás vuelvas a tocarme. Nunca más toques a otro hombre en mi corte. — Su poder rompió huesos y tendones y ella gritó de nuevo—. Tu mano sanará —dijo, retrocediendo un paso—. La próxima vez que me toques a mí o a cualquiera en mis tierras, descubrirás que el resto de ti no mejorará tan bien.

Lágrimas de agonía corrieron su rostro, el efecto gastado por el odio haciendo brillar sus ojos.

—Te arrepentirás de esto —siseó ella.

Él rió suavemente, una risa de un amante, y un destello de poder lanzó su culo hacia el pasillo. Su ropa la siguió un momento después. Luego la puerta se cerró de golpe.

Como un par de tijeras cortando una cinta de burla, el recuerdo se cortó, el escudo detrás de mí cayó, y tropecé hacia atrás, parpadeando.

—Regla número uno —me dijo Rhys, sus ojos brillantes con el odio de ese recuerdo—, no entres a la mente de alguien a menos que controles tu sitio adentro. Un daemati puede dejar su mente abierta para ti, y luego encerrarte dentro, convertirte en su esclava de sus deseos.

Un escalofrío corrió por mi espina dorsal ante la idea. Pero lo que me había mostrado....

—Regla número dos —dijo, su rostro duro como la piedra—, cuando...

—¿Cuándo fue eso? —dije bruscamente. Lo conocía lo suficiente para no dudar de su verdad—. ¿Cuándo sucedió eso entre vosotros dos?

El hielo permaneció en sus ojos.

—Hace cientos de años. En la Corte de Pesadillas. Le permití visitarme después que lo rogara por años, insistiendo que quería construir lazos entre la Noche Oscura y las sacerdotisas. Escuché rumores sobre su naturaleza, pero ella era joven y no descubierta, y esperaba que tal vez una nueva Suma Sacerdotisa pudiera, de hecho, ser el cambio que la orden necesitaba. Resulta que ya estaba bien entrenada por algunas de sus hermanas menos benevolentes.

Tragué duro, mi corazón resonando.

—Ella...ella no actuó de esa manera en...

Lucien.

Lucien la odiaba. Había hecho alusiones vagas y crueles de que no le gustaba, de estar cerca de ella....

Iba a vomitar. ¿Ella...ella lo había acosado así? ¿Él...él había sido forzado a decir que sí por su posición?

Y si regresaba a la Corte de Primavera algún día... ¿Cómo convencería a Tamlin de despedirla? ¿Qué sucedía sí, ahora que me había ido, ella estaba...?

—Regla número dos —finalmente Rhys continuó—, prepárate para ver cosas que tal vez no te gusten.

Solo cincuenta años después, llegó Amarantha. Y hecho exactamente a Rhys lo que Ianthe le había hecho a él y el motivo por el que quería matarla. Él había permitido que pasara. Para mantenerlos a ellos a salvo. Para alejar a Azriel y Cassian de las pesadillas que lo cazarían para siempre, de soportar más dolor de lo que habían sufrido de niños...

Alcé mi cabeza para preguntarle más. Pero Rhys se había desvanecido.

A solas, me quité la ropa, luchando con las hebillas y correas que él me había colocado, ¿cuándo había sucedido? ¿Hacía una o dos horas atrás?

Se sentía como si toda una vida hubiese pasado. Y ahora era una certificada rastreadora de Libros, parecía.

Mejor que una esposa planificadora de fiestas encargada de criar pequeños Grandes Señores. Lo que Ianthe había querido hacerme, serviría cualquier agenda que tenía.

El baño sin duda estaba caliente, como él había prometido. Y reflexioné sobre lo que me había mostrado, viendo esa mano una y otra vez rebuscando entre las piernas de él, la posesión y arrogancia en ese gesto...

Apagué el recuerdo, y el agua del baño de repente estaba fría.

Capítulo 22

Traducido por Mais // Corregido por Rin

A la mañana siguiente, la Corte de Verano aún no había pronunciado palabra alguna, así que Rhysand hizo bien en su decisión de traernos al reino mortal.

—¿Qué es lo que uno usa, exactamente, en tierras humanas? —dijo Mor, desde donde estaba tumbada al pie de mi cama. Para alguien que clamaba haber estado fuera tomando y bailando hasta sabe Madre cuándo, se veía injustamente despabilada.

Cassian y Azriel, quejándose y haciendo muecas sobre el desayuno, se veían como si hubiesen sido atropellados por vagones. Repetidamente. Alguna pequeña parte de mí se preguntaba cómo sería salir con ellos, ver lo que Velaris podía ofrecer de noche.

Revoloteé entre la ropa en mi armario.

—Capas —dije—. Lo cubren todo. El escote podría ser un poco atrevido dependiendo del evento, pero...todo lo demás se esconde debajo de faldas y enaguas y tonterías.

—Suenan como si las mujeres estuvieran acostumbradas a no tener que correr, o pelear. No recuerdo que haya sido así hace quinientos años.

Me detuve en un ensamble de turquesa con acentos de oro, rico, brillante, regio.

—Incluso con el muro, la amenaza de hadas permanecía, así que...sin duda ropa práctica hubiese sido necesario para correr, para pelear ante cualquiera que lograra atravesar. Me preguntó qué cambio.

Saqué el top y pantalones para su aprobación. Mor apenas asintió, ningún comentario como Ianthe hubiese dado, ninguna *intervención* beatífica.

Aparté el pensamiento y el recuerdo de lo que ella le había intentado hacer a Rhys, y seguí.

—En estos tiempos, la mayoría de mujeres se casa, cría a niños y luego planea los matrimonios de sus hijos. Algunos de los pobres pueden trabajar en los campos y raramente, unos cuantos son mercenarios o soldados contratados, pero...mientras más ricos sean, más restringidas son sus libertades y roles. Pensarías que el dinero te compraría la habilidad para hacer lo que te plazca.

—Algunos de los Altos Fae —dijo Mor, jalando un hilo de bordar de mi sábana—, son iguales.

Me deslicé detrás del biombo de vestir, para desatar la bata que me había puesto momentos antes que ella entrara para hacerme compañía, al tiempo que me preparaba para el viaje de hoy.

—En la Corte de Pesadillas —continuó, esa voz cayendo suave y un poco fría una vez más—, las mujeres son...costeadas. Nuestra virginidad es protegida, luego vendida al mejor postor, cualquier hombre que sea el más ventajoso para nuestras familias.

Me seguí vistiendo, tan solo para darme a mí misma algo que hacer mientras el horror de lo que empezaba a sospechar se deslizaba a través de mis huesos y sangre.

—Nací más fuerte que todos en mi familia. Incluso los hombres. Y no podía esconderlo porque podían olerlo, de la misma manera en que puedes oler al Heredero de un Gran Señor antes que él llegue al poder. El poder deja una marca, un...eco. Cuando tenía doce, antes de sangrar, rezaba para que ningún hombre me tomara como esposa, para escapar de lo que mis primas mayores habían conseguido: matrimonios sin amor, a veces brutales.

Me pasé la blusa por la cabeza y abotoné los puños de terciopelo en mis muñecas antes de ajustar las mangas transparentes y turquesas en su lugar.

—Pero entonces empecé a sangrar unos cuantos días después de cumplir los diecisiete. Y en el momento en que mi primer sangrado llegó, mi poder despertó con completa fuerza, e incluso los malditos dioses de la montaña temblaron alrededor de nosotros. Pero en lugar de estar aterrada, cada familia liderando en la Ciudad Hewn me vio como una yegua premiada. Veían ese poder y querían reproducirlo en su línea de sangre, una y otra vez.

—¿Y qué pasaba con tus padres? —logré decir, deslizando mis pies en los zapatos celestes. Sería finales de invierno en las tierras mortales, la mayoría de zapatos serían inútiles. De hecho, mi actual conjunto sería inútil, pero solo por los momentos que estaría fuera, arropada.

—Mi familia estaba fuera de sí del júbilo. Podían seleccionar una alianza con cualquiera de las otras familias líderes. Mis ruegos por decidir en la cuestión no fueron escuchados.

Ella se había ido, me recordé a mí misma. Mor se había ido y ahora vivía con gente que se preocupaba por ella, que la amaba.

—El resto de la historia —Mor dijo mientras yo emergía—, es largo y horrible y te lo contaré en algún otro momento. Vine aquí a decir que no iré contigo al reino mortal.

—¿Por la forma en que tratan a las mujeres?

Sus ricos ojos marrones estaban brillantes pero calmados.

—Cuando lleguen las reinas, estaré ahí. Me gustaría ver si reconozco a algunos de mis amigos ya muertos en sus rostros. Pero...no creo que sea capaz de...comportarme con los demás.

—¿Rhys te dijo que no fueras? —dije, apretadamente.

—No —dijo bufando—. De hecho, intentó convencerme de ir. Dijo que estaba siendo ridícula. Pero Cassian... él lo entiende. Los dos nos lo llevamos anoche.

Mis cejas se alzaron un poco. Era el motivo por el que habían salido y se habían emborrachado, sin duda. Para aplicarle alcohol al Gran Señor.

Mor se encogió de hombros ante la pregunta no dicha en mis ojos.

—Cassian ayudó a Rhys a sacarme. Antes que cualquiera tuviera rango real para hacerlo. Para Rhys, ser atrapado hubiese sido un castigo suave, tal vez un poco de rechazamiento social. Pero para Cassian... él lo arriesgó todo para asegurarse de que yo salía de esa corte. Y él se ríe al respecto, pero cree que es un bastardo de mísera cuna, para nada digno de su rango o de su vida aquí. No tiene idea de que vale más que cualquier otro hombre que haya conocido en esa corte, y fuera de esta. Él y Azriel, eso es.

Sí, Azriel, el que se mantenía un paso alejado, cuyas sombras lo seguían y parecían desvanecerse en su presencia. Abrí mi boca para preguntar sobre su historia con él, pero el reloj repicó las diez. Era hora de irnos.

Mi cabello había sido arreglado antes del desayuno en una trenza coronada encima de mi cabeza, una pequeña diadema de oro —salpicada con

lapislázuli- colocada delante. Unos pendientes a juego que eran lo suficientemente largos para rozar los lados de mi cuello y recogí el brazalete de oro que había dejado en el vestidor, deslizando uno en cada muñeca.

Mor no hizo comentario alguno, y supe que si no hubiese utilizado nada más que mi ropa interior, ella me habría dicho que hiciera lo que quisiera con cada palmo de mí. Me giré hacia ella.

—Me gustaría que mis hermanas te conocieran. Tal vez no hoy. Pero si alguna vez te sientes con ganas...

Inclinó su cabeza y yo me acaricié la parte de atrás de mi cuello desnudo.

—Quiero que escuchen tu historia. Sé que hay una fuerza especial... — Mientras hablaba, me di cuenta que yo tenía que escucharlo, saberlo—. Una fuerza especial en soportar tales pruebas oscuras y dificultades... y seguir siendo cálida y buena. Seguir deseando confiar, y salir adelante.

La boca de Mor se apretó y parpadeó unas cuantas veces.

Fui hacia la puerta, pero me detuve con mi mano en la perilla.

—Siento si no fui tan acogedora contigo como tú lo fuiste conmigo cuando llegué a la Corte Oscura. Yo estaba... estoy intentando aprender a cómo ajustarme.

Una patética e inarticulada forma de explicar la arruinada pieza en la que me había convertido.

Pero Mor saltó de la cama, abrió la puerta para mí y dijo:

—Hay días buenos y días difíciles para mí, incluso ahora. No dejes que los días malos ganen.

++++

Hoy, parecía que sería, en efecto, otro día difícil.

Con Rhys, Cassian y Azriel listos para salir -Amren y Mor seguían en Velaris para liderar la ciudad y planear nuestro inevitable viaje a Hibern- yo me quedé con una única cuestión: con quién volar.

Rhys nos tamizó fuera de la costa, justo a la línea invisible del muro que cortaba nuestro mundo. Había una rasgadura en su magia a media milla mar adentro, por dónde atravesamos volando.

Pero de pie en ese pasillo, todos vestidos con sus ropas de pelear y yo, arropada con una pesada capa y forrada en piel, le di una mirada a Rhys y volví a sentir esas manos en mis muslos. Sentí como había sido mirar dentro de su mente, sentir su fría ira, sentirlo a él... defenderse a sí mismo, a su gente, sus amigos, usando el poder y las máscaras de su arsenal. Él había visto y soportado tal...tales cosas innombrables, y aun así... sus manos en mis muslos habían sido gentiles, el toque como si....

No me permití terminar el pensamiento.

—Volaré con Azriel —dije.

Rhys y Cassian se miraron como si yo hubiera declarado que quería desfilas por Velaris vistiendo nada más que mi piel, pero el shadowsinger apenas inclinó su cabeza y dijo:

—Por supuesto.

Y eso, por suerte, fue todo.

Rhys tamizó a Cassian primero, regresando un momento después por Azriel y por mí.

El maestro de espías se quedó en silencio mientras esperaba. Intenté no verme demasiado incómoda mientras me levantaba en sus brazos y esas sombras que le susurraban se aplastaban en mi cuello y mi mejilla. Rhys estaba frunciendo el ceño un poco, y yo solo le di una mirada filosa.

—No dejes que el viento arruine mi cabello —dije.

Él bufó, agarró el brazo de Azriel y todos nos desvanecemos en un viento oscuro.

Estrellas y oscuridad, las manos llenas de cicatrices de Azriel apretándose a mí alrededor, mis brazos enredados en su cuello, esperando, enfrentando, contando...

Después la luz de un sol cegador, rugiente viento, una caída, abajo...

Entonces nos inclinamos y salimos disparados en línea recta. El cuerpo de Azriel era cálido y duro, aunque esas manos brutalizadas estaban siendo consideradas mientras me apretaban. Ninguna sombra nos acechaba, como si él las hubiera dejado en Velaris.

Abajo, por delante, detrás, el vasto mar azul se estrechaba. Por encima, fortalezas de nubes se movían, y a mi izquierda... Una mancha oscura en el horizonte. Tierra.

La tierra de la Corte de Primavera.

Me pregunté si Tamlin estaría en el borde oeste del mar. Una vez él había intuido problemas en esa zona. ¿Podría sentirme, sentirnos, ahora?

No me permití pensar en ello. No cuando *sentía* el muro.

Como humana, el muro no había sido nada más que un escudo invisible.

Como férica... no podía verlo, pero podía escucharlo crujiendo con poder, saborearlo, sentirlo en el revestimiento de mi lengua.

—Es aborrecible, ¿verdad? —dijo Azriel, su baja voz casi siendo tragada por el viento.

—Ahora veo por qué fuisteis... *fuimos* disuadidos por todos estos siglos —admití. Con cada latido, nos acercábamos más a esa gigantesca y nauseabunda sensación de poder.

—Te acostumbrarás a ellas, a las palabras —dijo. Dado que me aferraba a él tan apretadamente, no pude ver su rostro.

Observé la luz cambiar dentro del zafiro del Sifón, como si fuera el gran ojo de una bestia medio dormida en un baldío congelado.

—En realidad ya no sé en dónde encajo —admití, tal vez solo porque el viento estaba chillando a nuestro alrededor y Rhys ya se había tamizado más allá, a donde la oscura forma de Cassian volaba, más allá del muro.

—He estado vivo por más de cinco siglos y medio, y yo tampoco estoy seguro de eso —dijo Azriel.

Intenté apartarme para leer su hermoso y helado rostro, pero él apretó su agarre, una advertencia silenciosa para que me preparara.

Cómo sabía Azriel en que lugar estaba la grieta, no tenía ni idea. Para mí todo se veía igual: infinito cielo abierto.

Pero sentí el muro mientras nos deslizábamos a través de él. Lo sentí lanzarse hacia mí, como enfurecido de que hubiésemos pasado, sentí el poder encenderse e intenté cerrar ese vacío pero fallé...

Después, habíamos salido.

El viento era cortante, la temperatura tan fría que me quitaba la respiración. Ese aire amargo parecía de algún modo menos vivo que el aire primaveral que habíamos dejado atrás.

Azriel se ladeó, virando hacia la línea costera, donde Rhys y Cassian estaban ahora aterrizando sobre la tierra. Me estremecí dentro de mi capa forrada de piel, aferrándome a la calidez de Azriel.

Estábamos una playa arenosa en la base de acantilados blancos, y tierra plana y nevosa flanqueada con bosques de invierno devastados, que se expandían detrás de ellos.

Las tierras humanas.

Mi casa.

Capítulo 13

Traducido por Mais // Corregido por Rincone

Un año había pasado desde que con sigilo caminé por ese laberinto de nieve y hielo y asesiné un hada con odio en mi corazón.

La mansión de techo esmeralda de mi familia era tan encantadora al final del invierno como lo había sido durante el verano. Aunque en un tipo diferente de belleza, el mármol pálido parecía cálido contra la rigurosa nieve apilada sobre la tierra, y pedazos de hojas perennes y acebo adornaban las ventanas, los arcos y las farolas. La única pieza de decoración —de celebración— de la que se preocupaban los humanos. No dado que habían prohibido y condenado cada fiesta después de la Guerra, todo recuerdo de sus supervisores inmortales.

Tres meses con Amarantha me habían destruido. No podía empezar a imaginar lo que milenios con Altos Fae como ella podían hacer, las cicatrices que dejaría en una cultura, una gente.

Mi gente, o al menos lo habían sido alguna vez.

Con la capucha puesta, mis dedos metidos en los bolsillos de mi capa de piel, me detuve ante las puertas dobles de la casa, escuchando el claro sonido del timbre que había presionado un segundo antes.

Detrás de mí, escondidos con hechizos de glamour, mis tres acompañantes esperaban, invisibles.

Les había dicho que sería mejor si yo hablaba primero con mi familia. A solas.

Me estremecí, anhelando el moderado invierno de Velaris, preguntándome cómo podía estar tan templado el tiempo en el lejano norte, pero... todo en Prythian era raro. Tal vez cuando el muro no había existido, cuando la magia había fluido libremente entre los reinos, las diferencias de estaciones no habían sido tan vastas.

La puerta se abrió y un ama de llaves con rostro feliz —la señora Laurent recordé— me echó un vistazo.

—¿Puedo ayudar....? —Las palabras se cortaron cuando notó mi rostro.

Con la capucha puesta, mis orejas y corona estaban escondidas, pero ese brillo, esa rigidez más allá de lo normal.... No abrió más la puerta.

—Estoy aquí para ver a mi familia —dije, ahogada.

—Tú...tu padre está fuera por negocios, pero tus hermanas... —No se movió.

Ella lo sabía. Podía decir que había algo diferente, algo *fuera*...

Sus ojos se movieron por mis alrededores. Ningún carruaje, ningún caballo.

Ninguna huella en la nieve.

Su rostro palideció, y me maldije a mí misma por no pensar en ello...

—¿Señora Laurent?

Algo en mi pecho se rompió ante la voz de Elain proveniente del pasillo detrás de ella.

Ante la dulzura, la juventud y la amabilidad inalcanzada por Prythian, desconociendo lo que yo había hecho, en lo que me había convertido...

Retrocedí un paso. No podía hacer esto. No podía traer esto sobre ellas.

Entonces el rostro de Elain apareció por encima del hombro redondo de la señora Laurent.

Hermosa, siempre había sido la más hermosa para nosotros. Delicada y encantadora, como un amanecer de verano.

Elain estaba exactamente como la recordaba, igual a como la recordé cuando estuve en esos calabozos, cuando me dije a mí misma que sí fallaba, si Amarantha cruzaba el muro, ella sería la siguiente. Del modo que sería la siguiente si el Rey de Hiberno rompía el muro, si no conseguía el Libro de los Respiros.

El cabello castaño de Elain estaba medio alzado, su cremosa piel pálida y sonrojada de color, y sus ojos, como chocolate fundido, se ampliaron cuando me reconoció.

Se llenaron de lágrimas y silenciosamente brotaron, deslizándose por esas hermosas mejillas.

La señora Laurent no se movió ni un centímetro. Me cerraría la puerta en las narices de un golpe en el momento en que sucediera algo malo.

Elain alzó una mano delgada hacia su boca mientras su cuerpo se sacudía con un sollozo.

—Elain —dije, con voz ronca.

Pasos se escucharon en las majestuosas escaleras detrás de ellos, luego...

—Señora Laurent, traiga un poco de té y llévelo a la sala de dibujo.

El ama de llaves miró hacia las escaleras, luego a Elain, después a mí.

Un fantasma en la nieve.

La mujer meramente me dio una mirada que prometía muerte si dañaba a mis hermanas mientras se daba vuelta hacia la casa, dejándome ante Elain, quien seguía llorando silenciosamente.

Pero di un paso hacia el umbral y alcé la mirada hacia la escalera.

Hacia donde estaba Nesta, con una mano en el pasamano, mirándome como si yo fuera un fantasma.

++++

La casa era hermosa, pero había algo intocable en ello. Algo nueva, comparada a la antigua y desgastada casa entrañable de Rhys en Velaris.

Y sentada ante la chimenea de mármol hecha a mano en el cuarto de estar, con mi capucha puesta, mis manos estiradas hacia el fuego ardiente, sentí...sentí como si hubieran dejado entrar a un lobo.

Un espectro.

Me había hecho muy grande para estas habitaciones, para esta frágil vida mortal, tan marcada y salvaje y... poderosa. Y estaba por traer eso permanentemente en sus vidas también.

En dónde estaban Rhys, Cassian y Azriel, no lo sabía. Tal vez estaban de pie como sombras en la esquina, observando. Tal vez se habían quedado afuera en la nieve. No me extrañaría que Cassian y Azriel estuvieran ahora volando por las tierras, inspeccionando el paisaje, haciendo círculos amplios hasta alcanzar la villa, mi destartalada cabaña vieja, o tal vez incluso el mismo bosque.

Nesta se veía igual. Pero mayor. No en su rostro, que era tan grave y maravilloso como lo había sido antes, sino...en sus ojos, en la forma en que se movía.

Sentadas al otro lado de mí, en un pequeño sofá, mis hermanas miraban y esperaban.

—¿Dónde está Padre? —dije, sintiendo que era la única cosa segura por decir.

—En Neva —dijo Nesta, nombrando una de las ciudades más grandes del continente—. Haciendo negocios con algunos mercantes de la otra mitad del mundo. Y asistiendo a una cumbre sobre la amenaza que acecha sobre el muro. Me imagino que nos has venido a advertir sobre eso.

Ninguna palabra de alivio, nunca por parte de ella.

Elain alzó su taza de té.

—Cualquiera que sea la razón, Feyre, estamos felices de verte. Viva. Pensamos que estabas...

Me quité la capucha antes que ella pudiese continuar.

La taza de té de Elain tembló en su platillo mientras notaba mis orejas. Mis largas manos y delgadas, el rostro que era innegablemente férreo.

—*Estuve* muerta —dije, con voz áspera—. Estuve muerta y luego renací...fui rehecha.

Elain colocó su taza de té temblorosa sobre la pequeña mesa entre nosotras. El líquido ámbar salpicó sobre los lados, acumulándose en el platillo.

Y mientras ella se movía, Nesta se inclinó ligeramente. Entre Elain y yo.

—Necesito que me escuchéis —dije, mientras sostenía la mirada de Nesta.

Ambas estaban con los ojos abiertos como platos.

Pero lo hicieron.

Les conté mi historia. Y con tanto detalle como pude soportar. Les conté sobre Bajo la Montaña. De mis pruebas. Y Amarantha. Les conté sobre morir. Y sobre renacer.

Explicarles los últimos pocos meses, sin embargo, fue más difícil.

Así que lo mantuve breve.

Pero expliqué lo que debía de suceder aquí, la amenaza que planteaba Hiberno. Explicué lo que necesitaba que fuera esta casa, lo que necesitaba que fuéramos nosotras, y lo que yo necesitaba de ellas.

Y cuando terminé, seguían con los ojos abiertos de par en par. Calladas.

—Tú... tú quieres que otros Altos Faes vengan... *aquí* —dijo finalmente Elain—. Y... y las Reinas del Reino.

Asentí lentamente.

—Encuentra otro lugar —dijo Nesta.

Me volteé hacia ella, ya rogando, esperando una pelea.

—Encuentra otro lugar —dijo de nuevo Nesta, con su espalda recta—. No las quiero en mi casa. O cerca de Elain.

—Nesta, por favor —respiré—. No hay otro lugar; ningún otro lugar al que pueda ir sin que alguien me dé caza, me crucifique...

—¿Y qué hay de nosotras? ¿Cuándo la gente de aquí comprenda que somos simpatizantes de Faes? ¿Seremos entonces mejores que los Hijos del Bendito? Cualquier reputación, cualquier influencia que tengamos... se habrá ido. Y la boda de Elain...

—Boda —balbuceé.

No me había dado cuenta del anillo de perlas y diamante en su dedo, la banda de metal oscuro brillando contra la luz del fuego.

Aunque el rostro de Elain estaba pálido mientras lo miraba.

—En cinco meses —dijo Nesta—. Se casará con el hijo de un Lord. Y su padre ha dedicado su vida en cazar a *tu especie* cuando cruzan el muro.

Tu especie.

—Así que no habrá ninguna reunión aquí —dijo Nesta, sus hombros rígidos—. No habrá ningún Fae dentro de esta casa.

—¿Me incluyes a mí en esa declaración? —dijo, silenciosamente.

El silencio de Nesta fue suficiente respuesta.

Pero Elain dijo:

—Nesta.

Lentamente, mi hermana mayor la miró.

—Nesta —dijo Elain de nuevo, retorciendo sus manos—. Si... si no ayudamos a Feyre, no *habrá* boda. Incluso las murallas del Lord Nolan y todos sus hombres, no podrán salvarme de... de ellos. —Nesta apenas se movió. Elain insistió—. Lo mantenemos en secreto, enviaremos fuera a los sirvientes. Con la primavera acercándose, estarán contentos de irse a casa. Y si Feyre necesita entrar y salir para reunirse, nos avisará y nosotras nos encargaremos de enviarlos fuera. Daremos excusas para enviarlos fuera por las fiestas. Padre no volverá hasta el verano, de todos modos. Nadie lo sabrá. —Elain colocó una mano en la rodilla de Nesta, el morado del vestido de mi hermana casi tragándose la mano de marfil—. Feyre dio y dio, por años. Ahora es momento de ayudarla. De ayudar...a otros.

Mi garganta estaba apretada, y mis ojos quemaban.

Nesta estudió el anillo oscuro en el dedo de Elain, la forma en que ella parecía acunarlo. Una dama, en eso se convertiría Elain. Lo que estaba arriesgando por esto.

Encontré la mirada de Nesta.

—No hay otro camino.

Su mentón se alzó ligeramente.

—Enviaremos fuera a los sirvientes mañana.

—Hoy —insistí—. No tenemos tiempo por perder. Ordénales que se vayan ahora.

—Lo haré —dijo Elain, tomando una profunda respiración y cuadrando sus hombros. No esperó a ninguna de nosotras antes de salir, tan grácil como una cierva.

Me quedé a solas con Nesta.

—¿Él es bueno...el hijo del Lord con el que se va a casar? —dije.

—Ella cree que lo es. Lo ama como es.

—¿Y tú qué crees?

Los ojos de Nesta —mis ojos, los ojos de mi madre— encontraron los míos.

—Su padre construyó un muro de piedra alrededor de sus tierras, tan alto que incluso los árboles no pueden alcanzarlo. Creo que parece una prisión.

—¿Le has dicho algo?

—No. El hijo, Graysen, es lo suficientemente bueno. Tan prendido de Elain como ella de él. Es el padre el que no me gusta. Solo ve el dinero que tiene ella para ofrecerle a su estado, y su cruzada contra los Faes. Pero el señor es viejo. Morirá pronto.

—Con suerte.

Se encogió una vez de hombros. Después Nesta preguntó:

—Tú Gran Señor... pasaste por todo esto —Ondeó una mano hacia mí, mis orejas, mi cuerpo—. ¿Y aun así no terminó bien?

De nuevo me sentí pesada.

—Este Lord construyó un muro para mantener alejados a los Fae. Mi Gran Señor quería mantenerme a mi enjaulada.

—¿Por qué? Te dejó volver aquí hace muchos meses atrás.

—Para salvarme, protegerme. Y creo que...creo que lo que le pasó a él, a nosotros, Bajo la Montaña, lo rompió. —Tal vez más de lo que me había roto a mí—. La necesidad de proteger a toda costa, incluso mi propio ser....creo que quería sofocarlo, pero no pudo. No pudo dejar eso.

Ahí estaba... ahí había mucho que aún debía de hacer, me di cuenta. Establecer las cosas. Establecerme a mí misma.

—Y ahora estás en una nueva corte.

No tanto una pregunta, pero igual dije:

— ¿Te gustaría conocerlos?

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA

Capítulo 24

Traducido por Idrys // Corregido por Rin

Le llevó horas a Elain el trabajar su encanto con el personal para hicieran rápidamente sus maletas y se fueran, cada uno con una bolsa de dinero para acelerar el proceso. La señora Laurent, aunque fue la última en partir, se comprometió guardarse para sí lo que había visto.

No sabía dónde habían estado esperando Rhys, Cassian, y Azriel, pero cuando la señora Laurent se había montado en el carro repleto del último personal, en dirección hacia el pueblo para coger el transporte hacia cualquier lugar al que todos tuvieran familia, hubo un golpe en la puerta.

La luz ya se estaba desvaneciendo, y el mundo exterior se encontraba cargado de tonos azules, blancos y grises, teñido de oro, cuando abrí la puerta principal y los encontré esperando.

Nesta y Elain estaban en la habitación, el espacio abierto más grande en el comedor de la casa.

En cuanto a Rhys, Cassian, Azriel, sabía que había tenido razón para seleccionarlo como el punto de reunión.

Eran enormes, salvajes y duros y antiguos.

Rhys levantó las cejas.

—Pensarías que se les ha dicho que una plaga ha caído sobre la casa.

Abrí la puerta lo suficientemente amplia como para dejarlos entrar, y luego la cerré rápidamente contra el frío.

—Mi hermana Elain puede convencer a cualquiera de hacer cualquier cosa con unas cuantas sonrisas.

Cassian dejó escapar un silbido cuando se giró en su sitio, inspeccionando el gran vestíbulo de la entrada, el mobiliario adornado, las pinturas. Todo ello pagado por Tamlin, inicialmente. Él se había encargado de cuidar a mi familia, sin

embargo, la suya.... No quería pensar en su familia, asesinados por una corte rival por cualquier razón que nadie nunca me había explicado. No ahora que yo estaba viviendo entre ellos...

Él había sido bueno, había una parte de Tamlin que era buena...

Sí. Me había dado todo lo que necesitaba para convertirme en mí misma, para sentirme segura y cuando él consiguió lo que quería... Se había detenido. Lo había intentado, pero no realmente. Se había permitido permanecer ciego a lo que necesitaba tras lo de Amarantha.

—Tu padre debe ser un buen comerciante —dijo Cassian—. He visto castillos con menos riqueza.

Encontré a Rhys estudiándome, una pregunta silenciosa escrita en su rostro. Respondí: —Mi padre está de viaje de negocios y asistiendo a una reunión en Neva por la amenaza de Prythian.

—¿Prythian? —dijo Cassian, girándose hacia nosotros—. ¿Hiberno no?

—Es posible que mis hermanas estuvieran equivocadas, tus tierras son ajenas a ellas. Simplemente dijeron «sobre el muro». Asumí que pensaban que era Prythian.

Azriel se adelantó, sus pies tan silenciosos como un gato.

—Si los seres humanos son conscientes de la amenaza, si se están reuniendo en contra de ella, entonces eso podría darnos una ventaja cuando nos reunamos con las reinas.

Rhys todavía me miraba, como si pudiera ver el peso que había caído sobre mí desde que había llegado allí. La última vez que había estado en esta casa, había sido una mujer frenéticamente enamorada, desesperada de amor de tal manera que había vuelto a entrar a Prythian, fui Bajo la Montaña, como una simple humana. Tan frágil como mis hermanas me parecían ahora.

—Ven —dijo Rhys, ofreciéndome un sutil y comprensivo movimiento de cabeza antes de señalar el camino—. Vamos a hacer las presentaciones.

+++

Mis hermanas se hallaban de pie junto a la ventana, la luz de las lámparas persuadían el oro en su cabello para que brillara. Tan hermosas y jóvenes, y vivas, ¿pero cuándo cambiaría eso? ¿Cómo sería hablar con ellas cuando yo permaneciera igual, mientras que su piel se volvía más delgada y arrugada, sus espaldas curvadas con el peso de los años, sus manos blancas y manchadas?

Yo apenas estaría en mi plena existencia inmortal cuando ellas fuesen borradas de la existencia como una vela ante un aliento frío.

Pero podría darles unos pocos años, unos años seguros, hasta entonces.

Crucé la habitación y los tres varones estaban a un por detrás, debajo de nosotros, los suelos de madera tan brillantes y pulidos como un espejo. Me había quitado la capa, ahora que los criados se habían ido, y fue a mí, no a los Ilirios, a quien miraron primero mis hermanas. A la ropa de Fae, la corona, la joyería.

Una extraña... esta parte de mí ahora era una extraña para ellas.

Entonces se fijaron en los varones alados, o en dos de ellos. Las alas de Rhys habían desaparecido, su vestimenta de piel laminada reemplazada con una chaqueta y pantalón negro finos.

Mis hermanas se pusieron rígidas ante Cassian y Azriel, ante esas poderosas alas tan apretadamente contra esos cuerpos vigorosos, ante las armas, y luego ante la devastadora hermosura de las caras de los tres hombres.

Elain, orgullosamente, no se desmayó.

Y Nesta, para ser ella, no se burló de ellos. Sólo dio un paso no tan sutil en frente de Elain, y metió la mano echa un puño detrás de su sencillo y elegante vestido amatista. El movimiento no pasó desapercibido por mis compañeros.

Me detuve a unos cuatro pasos de distancia, dando a mis hermanas espacio para respirar en una habitación que de repente había sido privada de todo el aire. Les dije a los hombres:

—Ellas son mis hermanas, Nesta y Elain Archeron.

No había pensado en el nombre de mi familia, no lo había usado durante años y años. Porque incluso cuando había sacrificado y cazado por ellos, no había querido el nombre de mi padre, no cuando él se sentaba delante de ese pequeño fuego y nos dejaba morir de hambre. Permitiendo que entrara sola en el bosque. Había dejado de utilizarlo el mismo día que había matado ese conejo, y sentí su

sangre manchando mis manos, de la misma forma en que la sangre de esas hadas las habían arruinado años después como un tatuaje invisible.

Mis hermanas no se inclinaron. Sus corazones latían salvajemente, incluso el de Nesta, y la espiga de su terror recubrió mi lengua...

—Cassian —dije, inclinando la cabeza hacia la izquierda. Entonces me moví hacia la derecha, agradecida de que esas sombras no estuvieran en ninguna parte para ser encontradas mientras decía—: Azriel. —Me giré hacia el centro—. Y Rhysand, el Gran Señor de la Corte Oscura.

Rhys también se había atenuado, noté. La noche ya no estaba sobre él, la gracia de otro mundo ni el repiqueteo de poder. Pero mirando a esos ojos violetas salpicados de estrellas, nadie podría confundirlo con cualquier cosa menos extraordinaria.

Se inclinó ante mis hermanas.

—Gracias por vuestra hospitalidad y generosidad —dijo con una sonrisa cálida. Pero había algo de tensión en ella.

Elain trató de devolver la sonrisa, pero fracasó.

Nesta se limitó a mirarles a los tres, luego a mí, y dijo: — El cocinero dejó la cena en la mesa. Deberíamos comer antes de que se enfríe. —No esperó a que estuviera de acuerdo antes empezar a andar a zancadas en directamente hacia la mesa de cerezo pulido.

Elain dijo con voz ronca—: Encantada de conoceros. —Antes de darse prisa tras ella, las faldas de seda de su vestido de cobalto siseando sobre el suelo de parquet.

Cassian parecía estar sufriendo dolores mientras las seguía, las cejas de Rhys estaban alzadas, y Azriel parecía más inclinado por mezclarse entre las sombras más cercanas y evitar a toda costa esta conversación.

Nesta estaba esperando en la cabecera de la mesa, una reina dispuesta a ser el centro de atención. Elain temblaba en la silla tapizada de madera tallada a su izquierda.

Yo les hice un favor a todos y tomé el asiento a la derecha de Nesta. Cassian reclamó el lugar junto a Elain, quien apretó el tenedor como si fuera a servirle contra él, y Rhys se deslizó en el asiento de al lado, Azriel a su otro lado. Una leve sonrisa floreció sobre la boca del Azriel cuando notó los dedos de Elain

blancos con los nudillos en ese tenedor, pero se mantuvo en silencio, mientras que Cassian se encontraba, con sutileza, tratando de ajustar sus alas en una silla humana. Que el Caldero me aspe. Debería haberlo recordado. Aunque ue dudaba de que apreciaran si ahora que les traía dos taburetes.

Suspiré por la nariz y quité las tapas de los diversos platos y guisos. Salmón escalfado con eneldo y limón del invernadero, patatas batidas, pollo asado con remolacha y nabos del sótano, y alguna cazuela de huevo, carne de caza, y puerros. Alimentos de temporada de lo que les quedaba al final del invierno.

Reuní la comida en el plato, escuchando los sonidos de mis hermanas y compañeros haciendo lo mismo, llenándolos el silencio. Tomé un bocado y luché para no encogerme.

Una vez, estos alimentos habrían estado ricos y sabrosos.

Ahora era como ceniza en mi boca.

Rhys estaba hurgando en su pollo sin ninguna duda. Cassian y Azriel comían como si no hubieran comido en meses. Siendo quizás guerreros, luchando en guerras, les había dado la capacidad de ver la comida como fuerza y ponían a un lado el sabor.

Encontré a Nesta observándome.

—¿Hay algo malo con nuestra comida? —dijo con rotundidad.

Me obligué a tomar otro bocado, cada movimiento de la mandíbula siendo un esfuerzo.

—No. —Tragué saliva y di un gran trago de agua.

—¿Así que ya no puedes comer comida normal, eres demasiado buena para ella? —Una pregunta y un reto.

El tenedor de Rhys resonó en su plato. Elain hizo un pequeño ruido, angustiada.

Y aunque Nesta me había dejado utilizar esta casa, a pesar de que había tratado de cruzar el muro por mí y se había esforzado en una tregua provisional, el *tono*, el disgusto y la desaprobación...

Apoyé la mano plana sobre la mesa.

—Puedo comer, beber, follar, y luchar tan bien como lo hacía antes. Mejor, incluso.

Cassian se atragantó con el agua. Azriel se removió en su asiento, orientándose para saltar entre nosotras si fuera necesario.

Nesta dejó escapar una risa baja.

Pero podía probar el fuego en la boca, oír ruidos en mis venas, y...

Hubo un ciego y sólido *tirón* sobre el vínculo, la fría oscuridad inundó mi cuerpo, mi carácter, mis sentidos, calmando el fuego...

Me dispuse a proteger mis escudos mentales. Pero estaban intactos.

Rhys no hizo nada más que guiñarme un ojo antes de decir de manera uniforme a Nesta:

—Si alguna vez vienes a Prythian, descubrirás por qué vuestra comida sabe tan diferente.

Nesta lo miró por encima del hombro.

—Tengo muy poco interés en poner un pie en tu tierra, así que tendré que declinar la oferta.

—Nesta, por favor —murmuró Elain.

Cassian estaba evaluando a Nesta con un brillo en sus ojos que sólo podía interpretar como un guerrero enfrentándose a un nuevo oponente interesante.

Entonces, santísima Madre, Nesta movió su atención a Cassian, notando lo que significaba el brillo. Ella gruñó en voz baja:

—¿Qué estás mirando?

Las cejas de Cassian aumentaron, con un poco con diversión ahora.

—A alguien quien dejó que su hermana más joven arriesgar su vida todos los días en el bosque, mientras ella no hacía nada. Alguien que dejó que una niña de catorce años saliera al bosque, tan cerca del muro. —Mi cara comenzó a calentarse, y abrí la boca. Pero no supe qué decir—. Tu hermana murió, *murió* para salvar a mi pueblo. Está dispuesta a hacerlo de nuevo para protegerte de la guerra. Así que no esperes que me sienta aquí con la boca cerrada mientras te burlas de ella por una elección que no llegó a hacer, e insultar a *mi* pueblo en el proceso.

Nesta no se inmutó mientras estudiaba sus bellos rasgos, el torso musculoso. Luego se volvió hacia mí. Ignorándolo por completo.

La cara de Cassian estaba casi salvaje. Un lobo que había estado dando vueltas a una cierva... sólo para que en su lugar, encontrarse a un gato de montaña vistiendo su piel.

La voz de Elain se tambaleó al notar lo mismo y rápidamente dijo:

—Es... es muy difícil de entender, de... aceptarlo. —Me di cuenta de que el metal oscuro de su anillo... era de hierro. A pesar de que les había dicho que el hierro era inútil, ahí estaba. El regalo de la familia de su futuro marido odiadores de Faes. Elain lanzó sus ojos suplicantes a Rhys, luego a Azriel, tal miedo mortal recubría sus características, su olor—. Fuimos criadas de esa forma. Hemos oído historias de vuestra especie cruzando el muro para hacernos daño. Nuestra propia vecina, Clare Beddor, fue raptada, su familia asesinada...

Un cuerpo desnudo clavado en una pared. Roto. Muerto. Clavado allí durante meses.

Rhys estaba mirando a su plato. Inmóvil. Sin parpadear.

Le había dado a Amarantha el nombre de Clare, a pesar de saber que yo había mentido con él al respecto.

Elain dijo:

—Todo esto es muy desconcertante.

—Me lo puedo imaginar —dijo Azriel. Cassian le lanzó una mirada. Pero la atención de Azriel estaba en mi hermana y había una sonrisa amable en su rostro anodino. Sus hombros se relajaron un poco. Me pregunté si el maestro espía de Rhys conseguía a menudo su información con frías maneras como el hielo tanto como con sigilo y sombras.

Elain se sentó un poco más recta mientras le decía a Cassian:

—Y en cuanto a la caza de Feyre durante esos años, no fue solo la negligencia de Nesta lo que tuvo la culpa. Teníamos miedo, y no habíamos recibido ninguna formación, y todo nos había sido arrebatado, y nosotras le fallamos. Las dos.

Nesta no dijo nada, con la espalda rígida.

Rhys me dio una mirada de advertencia. Agarré el brazo de Nesta, atrayendo su atención hacia mí.

—¿Podemos empezar de nuevo ...?

Casi podía saborear su orgullo agitándose en sus venas, ladrando para no dar marcha atrás.

Cassian, el muy condenado, le dio una sonrisa burlona.

Pero Nesta simplemente dijo entre dientes:

—Bien. —Y volvió a comer.

Cassian observaba cada bocado que daba, cada sacudida de su garganta mientras tragaba.

Me obligué a limpiar mi plato, consciente de la propia atención de Nesta a *mi* forma de comer.

Elain le dijo a Azriel, tal vez los dos únicos civilizados aquí:— ¿Puedes volar de verdad?

Él dejó el tenedor, parpadeando. Podría decir incluso que estaba cohibido. Él dijo: —Cassian y yo provenimos de una raza de féricos llamados Ilirios. Nacemos escuchando la canción del viento.

—Eso es muy bonito —dijo—. ¿Pero, no es aterrador? ¿Volar tan alto?

—A veces si —dijo Azriel. Cassian arrancó su implacable atención de Nesta el tiempo suficiente para asentir estando de acuerdo—. Si estás atrapado en una tormenta, si la corriente te lleva lejos. Pero estamos entrenados tan a fondo que el miedo desaparece antes de salir a volar. —Y, sin embargo, Azriel no había sido entrenado hasta mucho tiempo después de eso. *Te acostumbra a las palabras*, me había dicho él antes. ¿Con qué frecuencia tenía que recordarse a sí mismo usar tales palabras? ¿"Nosotros" y "nuestro" y "nosotros" sonaban tan extrañas en su lengua como lo hacían en la mía?

—Te pareces a un Alto Fae —interrumpió Nesta, su voz como una cuchilla afilada—. ¿Pero no lo eres?

—Sólo los Alto Fae que se parecen a *ellos* —Cassian arrastró las palabras, agitando una mano hacia mí y a Rhys—, son Altos Fae. Todos los demás, con

cualesquier otra diferencia, te marca como a lo que les gusta llamar “hadas menores”.

Rhysand al fin dijo:

—Se ha convertido en un término que se utiliza con facilidad, pero oculta una historia larga y sangrienta de injusticias. Muchas hadas menores se resienten al término y desean que a todos nosotros se nos llamen por la misma cosa.

—Y con razón —dijo Cassian, bebiendo de su agua.

Nesta me examinó.

—Pero no eras un Alta Fae, no desde el principio. Entonces, ¿qué te llaman? —No podía decir si era una burla o no.

Rhys dijo:

—Feyre es lo que ella elija ser.

Nesta ahora nos examinó, alzando los ojos a la corona. Sin embargo, dijo:

—Escribe tu carta a las reinas esta noche. Mañana, Elain y yo iremos al pueblo para enviarla. Si las reinas vienen aquí —agregó, echando una mirada congelada a Cassian—, sugeriría que os prepararais para prejuicios mucho más profundos que los nuestros. Y que contempléis cómo vais a sacarnos a *todos* de este lío si las cosas se ponen feas.

—Tendremos eso en cuenta —dijo Rhys suavemente.

Nesta continuó, completamente sin estar impresionada por ninguno de nosotros. —Supongo que querrán quedarse a pasar la noche.

Rhys me miró en silencio preguntándome. Fácilmente podríamos irnos, los hombres encontrarían el camino a casa en la oscuridad, pero... demasiado pronto, tal vez, el mundo se iría al infierno. Le dije:— Si no es mucha molestia, entonces sí. Nos iremos después del desayuno de mañana.

Nesta no sonrió, pero Elain sí.

—Bien. Creo que hay algunas habitaciones preparadas...

—Necesitaremos dos —interrumpió Rhys en voz baja—. Una junto a la otra, con dos camas cada una.

Entrecerré las cejas hacia él.

Rhys me explicó:

—La magia es diferente pasado el muro. Así que nuestros escudos, nuestros sentidos, no pueden funcionar bien. No voy a correr ningún riesgo. Especialmente en una casa con una mujer desposada con un hombre que le dio un anillo de compromiso de hierro.

Elain se sonrojó un poco.

—Las... las habitaciones que tienen dos camas no están una junto a la otra —murmuró.

Suspiré. —Haremos espacio. No pasa nada. Éste de aquí —añadí con una mirada en dirección a Rhys—, sólo está de mal humor porque es viejo y ya ha pasado su hora de dormir.

Rhys se rió entre dientes, la ira de Cassian se escurrió lo bastante como para sonreír, y Elain, dándose cuenta de la calma de Azriel como prueba de que las cosas no estaban a punto de ir mal, ofreció una de las suyas también.

Nesta simplemente se puso de pie, una columna delgada de acero, y dijo a nadie en particular: —Si hemos terminado de comer, entonces esta comida ha acabado.

Y eso fue todo.

+++

Rhys escribió la carta por mí, Cassian y Azriel canturreando las correcciones, y nos tomó hasta la medianoche tener un boceto del que todos pensáramos que sonaba impresionante, acogedor, y lo suficientemente amenazador.

Mis hermanas limpiaban los platos mientras trabajamos, y se habían excusado horas antes de irse a la cama, mencionando dónde encontrar nuestras habitaciones.

Cassian y Azriel compartían una, Rhys y yo la otra.

Fruncí el ceño ante la gran habitación de invitados mientras Rhys cerraba la puerta detrás de nosotros. La cama era lo suficientemente grande para dos personas, pero yo no iba a compartir. Me giré hacia a él: —No...

La madera golpeó la alfombra, y una cama pequeña apareció en la puerta. Rhys se dejó caer sobre ella, quitándose las botas.

—Nesta es una delicia, por cierto.

—Ella es... su propia criatura —dije. Eso era tal vez lo más amable que podría decir sobre ella.

—Han pasado un par de siglos desde que alguien se metió tan fácilmente en la piel de Cassian. Es una lástima que los dos estén tan dispuestos a matarse el uno al otro.

Una parte de mí se estremeció ante los estragos que los dos causarían si decidieran dejar de pelear.

—Y Elain —dijo Rhys, suspirando mientras se quitaba la otra bota—, no se debe casar con el hijo de ese Lord, por cerca de una docena de razones, la menor de las cuales es el hecho de que no serás invitada a la boda. Aunque tal vez eso sea algo bueno.

Siseé. —Eso no tiene gracia.

—Al menos no tendrás que enviar un regalo, tampoco. Dudo que su suegro se digne a aceptarlo.

—Tienes mucha cara burlándote de mis hermanas cuando tus propios amigos tienen igual o más melodrama —Sus cejas se levantaron en una pregunta silenciosa. Aspiré—. Oh, ¿así que no has notado la manera en la que Azriel mira a Mor? ¿O cómo a veces ella *le* observa a él, le defiende? ¿Y cómo los dos hacen *tan* buen trabajo dejando a Cassian ser un mediador entre ellos la mayor parte del tiempo?

Rhys me niveló una mirada.

—Te sugeriría que mantuvieras ciertas observaciones para ti misma.

—¿Crees que soy una chismosa entrometida? Mi vida es lo suficientemente miserable tal cual es, ¿por qué iba a querer difundir esa miseria a los que me rodean también?

—¿Es miserable? Tu vida, quiero decir. —Una pregunta cuidadosa.

—No lo sé. Todo está sucediendo tan rápidamente que no sé qué sentir. —
Fui lo más honesta de lo que estaba siendo en mucho tiempo.

—Mmmm. Tal vez una vez que volvamos a casa, deba darte el día libre.

—Que considerado por tu parte, *mi señor*.

Resopló, desabrochándose la chaqueta. Me di cuenta que me encontraba de pie en toda mi galas, con nada que ponerme para dormir.

Un chasquido de los dedos de Rhys, y mi ropa de dormir, y algo de ligera lencería, aparecieron en la cama.

—No podía decidir qué trozo de encaje querías usar, por lo que te he traído unos cuantos para que eligieras.

—Cerdo —le llamé, agarrando la ropa y dirigiéndome al cuarto de baño contigo.

La habitación se hallaba calentita cuando salí, Rhys en la cama que había convocado desde donde fuera, toda la luz desaparecida salvo por el murmullo de las brasas en la chimenea. Incluso las sabanas se encontraban calientes mientras me deslizaba entre ellas.

—Gracias por calentar mi cama —dije en la penumbra.

Se encontraba de espaldas a mí, pero lo oí claramente cuando dijo:

—Amarantha nunca me dio las gracias por eso.

Todo calor se fue de inmediato.

—Ella no sufrió lo suficiente.

Ni siquiera de cerca, por todo lo que ella había hecho. A mí, a él, a Clare, a tantos otros.

Rhys no respondió. En lugar de eso, dijo:— No creía que pudiera soportar la cena.

—¿Qué quieres decir? —Él había estado más bien... calmado. Contenido.

—Tus hermanas tienen buenas intenciones, o una de ellas las tiene. Pero al verlas, sentadas en esa mesa... No me había dado cuenta de que me doliera con tanta fuerza. Lo joven que eras entonces. Cómo que no te protegieron.

—Me las arreglé muy bien.

—Les debemos nuestro agradecimiento por permitirnos usar esta casa —dijo en voz baja—, pero pasará un largo tiempo antes de que pueda mirar a tus hermanas sin querer a rugirles.

—Una parte de mí se siente de la misma manera —admití, metida debajo de las mantas—. Pero si no hubiera entrado en ese bosque, si no me hubieran dejado salir sola... Todavía estaríais esclavizados. Y quizás ahora Amarantha estaría preparando sus fuerzas para aniquilar estas tierras.

Silencio. Entonces—: Ya sabes que te pagaré el salario. Por todo esto.

—No hace falta. —Incluso si... incluso si no tenía dinero propio.

—Cada miembro de mi corte recibe uno. Ya hay una cuenta bancaria en Velaris para ti, donde se depositarán tus salarios. Y tienes líneas de crédito en la mayoría de las tiendas. Así que si no tienes suficiente contigo cuando vayas a comprar, puedes enviar la cuenta a La Casa.

—Yo... no tenías por qué hacer eso. —Tragué saliva—. ¿Y cuánto, exactamente, me estás pagando cada mes?

—La misma cantidad que los otros. —Sin duda un generoso, un *demasiado* generoso salario. Pero él preguntó de repente—: ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿Acaso necesito contarlos aun? —Él se limitó a esperar. Suspiré—. Es en el solsticio de invierno.

Él hizo una pausa.

—Eso fue hace meses.

—Mmmhmm.

—Tú no... No recuerdo haberte visto celebrarlo.

A través del lazo, a través de mi mente caótica sin blindar.

—No se le dije a nadie. No quería una fiesta cuando ya había toda una celebración. Los cumpleaños parecen carecer de sentido ahora, de todos modos.

Se quedó en silencio durante un largo minuto.

—¿De verdad naciste en el solsticio de invierno?

—¿Es tan difícil de creer? Mi madre declaró que yo era tan retraída y extraña porque nací en la noche más larga del año. Trató un año de cambiar mi cumpleaños a otro día, pero se olvidó de hacerlo la siguiente vez, ocupada planeando fiestas que posiblemente eran más ventajosas.

—Ahora sé dónde le viene a Nesta. Sinceramente, es una pena que no podamos permanecer más tiempo, aunque sólo sea para ver quién quedará de pie: ella o Cassian.

—Apuesto mi dinero a Nesta.

Una suave risa serpenteó a lo largo de mis huesos, un recordatorio de que él una vez había apostado por mí. Había sido el único en la Montaña que había apostado dinero en mí en que derrocaría al Middengard Wyrn.

Él dijo: —El mío también.

Capítulo 15

Traducido por Wan_TT18 // Corregido por Rincone

De pie bajo el entramado de árboles pesados por la nieve, noté el bosque dormido y me pregunté si las aves se habían quedado en silencio por mi presencia. O la del Gran Señor a mi lado.

—Congelarme el trasero a primera hora de la mañana no es la forma como pensaba pasar nuestro día fuera —dijo Rhysand, frunciendo el ceño ante el bosque—. Debería llevarte las Estepas Ilirianas cuando volvamos. El bosque de allí es mucho más interesante. Y más cálido.

—No tengo ni idea de dónde está eso. —La nieve crujía bajo las botas que Rhys había convocado cuando declaré que quería entrenar con él. Y no físicamente sino —con los poderes que tenía. Fueran lo que fueran. —Me enseñaste un mapa en blanco esa vez, ¿recuerdas?

—Precauciones.

— ¿Alguna vez veré uno apropiado, o seré dejada de lado para adivinar dónde está todo?

—Estás en un estado de ánimo encantador hoy —dijo Rhys, y levantó una mano en el aire entre nosotros. Un mapa plegado apareció, el cual llevaba a una dulce apertura—. Para que no piense que no confío en ti, querida Feyre... —Señaló justo al sur de las Islas del Norte—. Estas son las Estepas. Cuatro días por esta dirección a pie —Arrastró un dedo hacia arriba, hacia las montañas a lo largo de las islas—. Te llevarán a territorio Iliriano.

Me concentré en el mapa, tomando nota de la península que sobresalía a media altura de la costa occidental de la corte oscura y el nombre marcado allí. *Velaris*. Una vez me había mostrado un espacio en blanco...cuando le había pertenecido a Tamlin y había sido poco más que una espía y prisionera. Debido a que él sabía que yo le diría a Tamlin sobre las ciudades y sus ubicaciones.

Que Ianthé también podría saberlo.

Empujé a un lado el peso en mi pecho, en mis entrañas.

—Aquí —dijo Rhys, guardándose el mapa y haciendo un gesto hacia el bosque alrededor de nosotros—. Vamos a entrenar aquí. Estamos lo suficientemente lejos ahora.

Lo suficientemente lejos de la casa, de cualquier otra persona, para evitar ser detectados. O dañar a alguien.

Rhys extendió una mano, y una gruesa vela corta apareció en su palma. La dejó en el suelo cubierto de nieve.

—Enciéndela, apágala con agua y después seca la mecha.

Sabía que quería decir que lo hiciera sin mis manos.

—No puedo hacer ni una sola de esas cosas —le dije—. ¿Qué hay de la protección física? —Por lo menos yo había sido capaz de hacer *algo* de eso.

—Eso es para otro momento. Hoy, sugiero que comiences a tratar alguna otra faceta de tu poder. ¿Qué hay de cambiar de forma?

Lo miré.

—Que sea fuego, agua y aire. —Bastardo, insufrible bastardo.

El no presionó en el asunto, por suerte —no preguntó por qué el cambio de forma podría ser el único poder que nunca me molestaría en priorizar y dominar. Tal vez por la misma razón en particular por la que no quería preguntar sobre una pieza clave de su historia, no quería saber si Azriel y Cassian habían ayudado cuando la familia gobernante de la Corte de Primavera fue asesinada.

Miré a Rhys de la cabeza a los pies: el atuendo de guerrero Iliriano, la espada por encima del hombro, las alas, y esa sensación general de poder abrumador que siempre irradiaba de él. —

—Tal vez deberías irte.

— ¿Por qué? Parecías muy insistente en que te entrenara.

—No me puedo concentrar contigo alrededor —admití—. Vete... ahora. Puedo sentirte incluso a una habitación de distancia.

Una curva en forma sugestiva se formó sus labios.

Rodé los ojos. — ¿Por qué no simplemente te ocultas en uno de esos reinos de bolsillo por un rato?

—No funciona de esa manera. No hay aire allí. —Le di una mirada para decir que definitivamente debería hacerlo entonces, y se rio—. Bueno. Practica todo lo que quieras en privado. —Él sacudió su barbilla hacia mi tatuaje—. Da un grito por el lazo si logras cualquier cosa antes del desayuno.

Fruncí el ceño ante el ojo en la palma de mi mano.

—¿Cómo...? Literalmente, ¿gritarle al tatuaje?

—Puedes intentar frotarlo en ciertas partes del cuerpo y yo podría llegar más rápido.

Se desvaneció en la nada antes de que pudiera lanzarle la vela.

Sola en el helado bosque, reproduje sus palabras y una risita silenciosa emergió de mí.

+++

Me preguntaba si debería haber probado con el arco y las flechas que me había dado antes de pedirle que se fuera. Todavía no había probado el arco Iliriano. No había disparado nada en meses, en realidad.

Me quedé mirando la vela. No pasó nada.

Pasó una hora.

Pensé en todo lo que me enfurecía, me enfermaba; pensé en lanthe y su título, sus demandas. Ni siquiera un hilo de humo emergió.

Cuando mis ojos estaban a punto de sangrar, tomé un descanso para rebuscar como mendiga entre la bolsa que había traído. Me encontré pan fresco, una lata de estofado calentado mágicamente, y una nota de Rhysand que decía:

Estoy aburrido. ¿Ninguna chispa todavía?

Sin sorprenderme, una pluma repiqueteaba en la parte inferior de la bolsa.

Cogí la pluma y escribí mi respuesta apoyada en lo alto del bote antes de ver la letra desaparecer justo después de escribir:

No, físgón. ¿No tienes cosas importantes que hacer?

En la nota volvió a aparecer una escritura momentos después.

Estoy viendo a Cassian y Nesta entrar en detalles de nuevo sobre su té. Algo a lo que me sometiste cuando me echaste a patadas de tu entrenamiento. Pensé que este era nuestro día libre.

Solté un bufido y escribí: *pobrecito bebe Gran Señor. La vida es tan dura.*

El papel desapareció y volvió a aparecer, ahora su garabato estaba cerca de la parte superior del papel, el único poco espacio libre que quedaba.

La vida es mejor cuando estás cerca. Y mira qué bonita es tu escritura.

Casi podía sentirlo esperando al otro lado, en la sala de desayunos soleado, medio prestando atención al combate entre mi hermana mayor y guerrero Iliriano. Una leve sonrisa curvó mis labios.

Eres un coqueto descarado, contesté.

La página se desvaneció. Me quedé mirando mi palma, a la espera de que volviera.

Y estaba tan concentrada en eso que no me di cuenta de que alguien estaba detrás de mí, hasta que una mano tapó mi boca y me puso de pie.

Me retorcí, mordí y arañé, gritando mientras quien fuera ese alguien, me arrastraba.

Traté de escaparme y la nieve revoloteó a nuestro alrededor como polvo sobre un camino, pero los brazos que me sujetaban eran inamovibles, como unas bandas de hierro y...

Una voz ronca habló en mi oído

—Detente, o te romperé el cuello.

Conocía esa voz. Merodeaba en mis pesadillas.

El Attor.

Capítulo 16

Traducido por AnamiletG // Corregido por Rincone

El Attor se desvaneció en los momentos posteriores a la muerte de Amarantha, y se sospechaba que había huido hacia el rey de Hiberno. Pero había venido aquí, a las tierras mortales...

Me hice flexible en sus brazos, intentando comprar un poco de tiempo para buscar algo, cualquier cosa, para usar en su contra.

—Bien —silbó en mi oído—. Ahora dime...

La oscuridad explotó a nuestro alrededor.

El Attor gritó, *gritó* de verdad, cuando la oscuridad nos tragó y fui arrancada de sus largos y delgaduchos brazos, sus uñas cortaron mi piel. Caí de cara contra la helada nieve.

Me giré, volteándome sobre mi espalda, intentando conseguir ponerme de pie...

La luz volvió mientras me ponía de cuclillas, cuchillo en mano.

Y ahí estaba Rhysand, reteniendo al Attor contra un roble cubierto de nieve con nada más que ataduras retorcidas de oscuridad. Iguales a las que había destrozado las manos de Ianthe. Las de Rhysand las tenía metidas en sus bolsillos, con su rostro frío y hermoso como la muerte.

—Me había estado preguntando adonde te habías escurrido.

El Attor jadeó luchando contra las ataduras.

Rhysand se limitó a enviar dos lanzas de negrura hacia sus alas. El Attor gritó de dolor cuando aquellas lanzas se reunieron con su carne y se hundieron profundamente en la corteza detrás de él.

—Responde a mis preguntas, y puedes volver arrastrándote hasta tu maestro —dijo Rhys, como si estuviera preguntando sobre el tiempo.

—Put a —escupió el Attor. Sangre plateada se filtraba desde sus alas y chisporroteaba cuando caían sobre la nieve.

Rhys sonrió.

—Olvidas que prefería disfrutar de estas cosas —Levantó un dedo.

El Attor gritó:

—¡No!—El dedo de Rhys se detuvo—. Me enviaron —jadeó —, por ella.

—¿Por qué? —preguntó Rhys con una ocasional y aterradora calma.

—Esa fue la orden. No pregunté. El rey la quiere.

Mi sangre se puso tan fría como el bosque que nos rodeaba.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Rhys. El Attor comenzó a gritar, esta vez bajo la fuerza de un poder que no pude ver. Me estremecí.

—*No lo sé, no lo sé, no lo sé.* —Lo creí.

—¿Dónde está el rey en este momento?

—En Hiberno.

—¿Ejército?

—Inminente.

—¿Que tan grande?

—Interminable. Tenemos aliados en todos los territorios, todos a la espera.

Rhys ladeó la cabeza como si estuviera contemplando qué preguntar a continuación. Pero se puso recto, y Azriel chocó contra la nieve, haciéndola volar como agua de un charco. Había venido volando en modo silencio porque ni siquiera había oído el latido de sus alas. Cassian debía de haberse quedado en la casa para defender a mis hermanas.

No había bondad en la cara de Azriel para el momento en que la nieve se asentó —la máscara inamovible del shadowsinger del Gran Señor.

El Attor empezó a temblar, y casi me sentí mal por el cuándo Azriel empezó a acecharlo. Casi, pero no lo hice. No cuando estos bosques estaban tan cerca de la mansión. De mis hermanas.

Rhys se puso a mi lado cuando Azriel llegó al Attor.

—La próxima vez que intentes llevártela —le dijo Rhys al Attor—. Mataré primero; preguntaré después.

Azriel miró a Rhys a los ojos. Rhys asintió. Los Sifones encima de sus manos llenas de cicatrices parpadearon y ondularon como fuego azul mientras alcanzaba al Attor. Antes de que el Attor pudiera gritar, éste y el maestro espía desaparecieron.

No quise pensar a dónde irían, ni en lo que haría Azriel. Ni siquiera sabía que Azriel poseía la habilidad para tamizar, o lo que fuera el poder que había canalizado a través de sus Sifones. Él había dejado que Rhys nos tamizara a los dos el otro día —a menos que ese poder fuese demasiado agotador para usarlo a la ligera.

—¿Lo matará? —le dije, las bocanadas de aliento eran desiguales.

—No —Me estremecí ante su poder bruto brotando de su cuerpo tenso—. Lo utilizaremos para enviar un mensaje a Hiberno, que si quieren cazar a los miembros de mi corte, van a tener que hacer un mejor esfuerzo.

Me sobresalté...ante la afirmación que había hecho de mí, y las palabras.

—¿Tú lo sabías? ¿Sabías que me estaba cazado?

—Tenía curiosidad por ver quién querría robarte en el primer momento que estuvieras sola.

No sabía por dónde empezar. Tamlin tenía razón en lo de mi seguridad. Hasta cierto punto. No era una excusa.

—Así que desde el principio no tenías planeado quedarte conmigo en mi entrenamiento. Me usaste de cebo.

—Sí, y lo haría de nuevo. Estuviste segura todo el tiempo.

—*¿Debiste decírmelo!*

—Quizás la próxima vez.

—¡No habrá una próxima vez! —Le di un golpe en el pecho con mi mano cerrada y él retrocedió un paso por la fuerza del golpe. Parpadeé. Lo había olvidado, me había olvidado esta fuerza durante mi pánico. Al igual que con la Tejedora. Me había olvidado de lo fuerte que era.

—Sí, así es —gruñó Rhysand, leyendo la sorpresa en mi cara, rompiendo la fría calma—. Te olvidaste de la fuerza, y de que puedes arder y convertirte en oscuridad, y hacer crecer garras. Lo *olvidaste*. *Dejaste de luchar*.

No se refería únicamente a lo del Attor. O la tejedora.

Y la rabia se apodero de mí en una ola tan poderosa que no quedó ningún pensamiento en mi cabeza, solo la ira: hacia mí, hacia lo que me había visto obligada a hacer, lo que me habían hecho a mí, a él.

—¿Y qué si lo hice? —siseé y lo empuje de nuevo—. ¿Y *qué* si lo hice?

Fui a empujarlo de nuevo, pero Rhys se tamizó a unos pies de distancia.

Arremetí hacia él y la nieve crujió bajo mis pies.

—No es fácil —La rabia me sobrepaso, me borró. Levanté los brazos para golpear las palmas contra su pecho...

Y él volvió a desaparecer.

Apareció detrás de mí, tan cerca que su aliento me hizo cosquillas en la oreja cuando dijo:

—No tienes ni idea de lo fácil que *no* es.

Giré, luchando contra él. Desapareció antes de que pudiera golpearlo, aporrearlo.

Rhys apareció al otro lado del claro, riendo.

—Esfuézate más.

No podía doblarme en oscuridad ni ir a los bolsillos. Y si yo pudiera... si pudiera convertirme en humo, en aire, en la noche y las estrellas, me gustaría utilizarlo para aparecer justo en frente de él y quitar de un golpe la sonrisa de su cara.

Me moví, aunque fuera inútil, aun cuando él se desvaneció en oscuridad, y lo odié por ello, por sus alas y su capacidad de moverse como la niebla en el viento. Apareció a un paso de distancia, y salté, con las manos en alto...*garras* en alto.

Y me estrellé contra un árbol.

Se echó a reír cuando me recuperé con mis dientes chocando, con las garras latiendo cuando despedazaron la madera. Pero yo ya estaba arremetiendo mientras él desaparecía, lanzándome como si pudiera desaparecer entre los pliegues del mundo también, seguirle la pista a través de la entena...

Y así lo hice.

El tiempo se detuvo y se acortó, y pude ver la oscuridad que era él dando vueltas convertido en humo y girando, como si se estuviera trasladando a otro lugar en el claro. Me precipité hacia ese lugar, incluso mientras sentía mi propia ligereza, doblándome en viento, sombra y polvo, la soltura de ello irradiando de mí, todo mientras me desplazaba hacia donde él se dirigía.

Rhysand apareció, una figura sólida en mi mundo de humo y estrellas.

Y sus ojos estaban muy abiertos, su boca separada en una sonrisa de placer malvado y me tamicé frente a él y lo derribe sobre la nieve.

Capítulo 27

Traducido por AnamiletG // Corregido por Rincone

Jadeé, tumbada sobre Rhys en la nieve, mientras él reía roncamente.

—*Jamás* —gruñí en su rostro—, *vuelvas* —empujé sus hombros duros como piedras con garras curvas en mis manos—, *a usarme como cebo de nuevo*.

Dejó de reír.

Empujé con más fuerza, esas uñas clavándose en su ropa de cuero.

—Dijiste que podía ser un arma...que me enseñarías a convertirme en una. No me utilices como un peón. Y si ser uno es parte de mi trabajo para ti, entonces he terminado. *Se acabó*.

A pesar de la nieve, su cuerpo estaba caliente debajo de mí y no estaba segura de que haberme dado cuenta de lo mucho más grande que era hasta que nuestros cuerpos estuvieron a ras, demasiado cerca. Demasiado, muy cerca.

Rhys ladeó la cabeza, sacudiéndose un trozo de nieve que se aferraba a su cabello.

—Bastante justo.

Me aparté de él de un empujón y la nieve crujió cuando retrocedí. Mis garras se habían ido.

Se alzó sobre los codos.

—Hazlo otra vez. Muéstrame cómo lo hiciste.

—No —La vela que había traído ahora yacía en pedazos, medio enterrada bajo la nieve—. Quiero volver a la mansión. —Estaba fría, y cansada, y él había...

Su rostro se volvió grave.

—Lo siento.

Me preguntaba con qué frecuencia decía esas dos palabras. No me importaba.

Esperé mientras se levantaba de un salto, sacudiéndose la nieve y tendía una mano.

No era sólo una oferta.

Lo olvidaste, había dicho él..

—¿Por qué me quiere el rey de Hiberno? ¿Porque sabe que puedo anular el poder del caldero con el Libro?

La oscuridad parpadeó, el único signo del temperamento de Rhysand, una vez más estaba atado.

—Eso es lo que voy a averiguar.

Dejaste de luchar.

—Lo siento —repitió, su mano todavía extendida—. Vamos a desayunar, y luego iremos a casa.

—Velaris no es mi casa.

Podría haber jurado que el dolor brilló en sus ojos antes de que nos llevara de nuevo a la casa de mi familia.

Capítulo 28

Traducido SOS por Idrys // Corregido por Rincón

Mis hermanas comieron el desayuno con Rhys y conmigo, Azriel se fue a donde sea que hubiera llevado al Attor. Cassian había desaparecido para reunirse con él en el momento en regresamos. Le había dado a Nesta una reverencia burlona, y ésta le respondió con un gesto vulgar que yo no sabía que supiera hacer.

Cassian simplemente se rió, sus ojos deslizándose como serpiente por el vestido de un azul hielo de Nesta con una intención predatoria que, dado el siseo rabioso de ella, supo que la haría escupir. Entonces se había ido, dejando a mi hermana en las puertas abiertas con su cabello castaño dorado revuelto por el helado viento producido por sus poderosas alas.

Llevamos a mis hermanas al pueblo para enviar por correo nuestra carta, Rhys nos camufló con glamour, por lo que fuimos invisibles mientras ellas entraban en la pequeña tienda para enviarlas. Después de regresar a casa, nuestros adioses fueron rápidos. Yo sabía que Rhys quería volver a Velaris, aunque sólo fuera para saber lo que había pasado con el Attor.

Le dije lo suficiente a Rhys mientras nos pasábamos través del muro, al calor de Prythian, después nos tamizamos a Velaris.

La niebla de la mañana todavía se enroscaba por la ciudad y las montañas que la rodeaban. El frío también se mantenía, pero no era tan implacable como el frío del mundo mortal. Rhys me dejó en el vestíbulo, resollando aire caliente en mis manos congeladas, sin mucho más que un adiós.

Con hambre de nuevo, me encontré con Nuala y Cerridwen, y engullí los bollos de queso con cebolla mientras pensaba en lo que había visto, en lo que había hecho.

Ni una hora más tarde, Rhys me encontró en la sala de estar, con los pies apoyados en el sofá frente a la chimenea, un libro en mi regazo y una taza de té humeante sobre la mesa frente a mí. Me puse de pie cuando entró, escaneándolo para detectar cualquier signo de daño. Algo de la opresión en mi pecho se alivió cuando no encontré nada fuera de lugar.

—Se ha acabado —dijo, pasándose una mano por su pelo negro azulado—. Hemos averiguado lo que necesitábamos. —Me preparé para que me dejara fuera, para que me dijera que tenía que tener cuidado, pero Rhys añadió —: Depende de ti, Feyre, decidir qué parte de nuestros métodos deseas conocer. Lo que puedes manejar. Lo que le hicimos al Attor no fue bonito.

—Quiero saberlo todo —dije—. Llévame allí.

—El Attor no está en Velaris. Estaba en la Ciudad Hewn, en la Corte de Pesadillas, donde le tomó a Azriel menos de una hora romperlo. —Esperé por más, y como si decidiera que no estaba a punto de desmoronarme, Rhys se acercó más, hasta quedar a menos de un pie donde la alfombra roja adornada se extendía entre nosotros. Sus botas, por lo general impecablemente pulidas... era sangre plateada lo que las manchaba. Sólo cuando me encontré con su mirada dijo—: Te lo mostraré.

Sabía a lo que se refería, y me tranquilicé, bloqueando el sonido del fuego murmurante y las botas, y el frío persistente alrededor de mi corazón.

Inmediatamente, me encontré en esa antesala de su mente, un bolsillo de memoria que había tallado para mí.

La oscuridad fluyó en mí, suave y seductora, haciéndose eco en los lugares más recónditos de un poder tan grande que no tenía fin ni principio.

—Dime cómo la localizaste —dijo Azriel con la tranquila voz que había roto a un sinnúmero de enemigos.

Yo -Rhys- me apoyé en la pared del fondo de la celda, con los brazos cruzados. Azriel se encontraba agachado delante del Attor, donde había sido encadenado a una silla en el centro de la habitación. Unos pocos niveles más arriba, La Corte de Pesadillas se deleitaba, sin darse cuenta de que su Gran Señor había llegado.

Tendría que hacerles una visita pronto. Recordarles quien sostenía su correa.

Pronto. Pero no hoy. No cuando Feyre se había tamizado.

Y seguía jodidamente cabreada conmigo.

Con razón, si era honesto. Pero Azriel se había enterado de que una pequeña fuerza enemiga se había infiltrado en el Norte hacía dos días, y mis sospechas se confirmaron. La querían a ella, ya fuera para llegar a Tamlin o a mí. O tal vez para sus propios experimentos.

El Attor dejó escapar una risa baja.

—Recibí las noticias del rey de vuestro paradero. No sé cómo lo supo. Recibí la orden y atravesé el muro tan rápido como pude.

El cuchillo de Azriel se hallaba fuera, en equilibrio sobre una rodilla. Portavoz de la verdad –el nombre escrito en runas Ilirias plateadas en la vaina. Ya había sabido que el Attor y algunos otros habían estado situados en las afueras del territorio ilirio. Había estado medio tentado de abandonar al Attor en uno de los campos de guerra y ver lo que los ilirios hacían con él.

Los ojos del Attor se desplazaron hacia mí, brillando con un odio al que ya me había acostumbrado.

—Que tengas buena suerte intentando quedarte con ella, Gran Señor.

Azriel dijo:

— ¿Por qué?

La gente a menudo comete el error de asumir que Cassian era el más salvaje; el que no podía ser domesticado. Pero Cassian era todo temperamento caliente – temperamento que podía ser usado para forjar y soldar. Había una furia helada en Azriel que nunca había sido capaz de descongelar. En los siglos que lo conocía, poco había dicho sobre su vida, de aquellos años en la fortaleza de su padre, encerrado en la oscuridad. Tal vez el don de shadowsinger le había llegado entonces, tal vez aprendió por sí mismo el lenguaje de las sombras, el viento y la piedra. Sus medio hermanos no eran sociables, tampoco. Yo lo sabía porque los había conocido, les había preguntado, y les rompí las piernas cuando habían escupido a Azriel.

Habían vuelto a caminar, con el tiempo.

El Attor dijo:

— ¿Crees que no es de conocimiento común el hecho de que se la robaste a Tamlin?

Ya sabía eso. Esa había sido la tarea del Azriel estos días: seguir la situación en la Corte de Primavera, y prepararse para nuestro propio ataque a Hiberno.

Pero Tamlin había cerrado sus fronteras, las había sellado con tal fuerza que incluso volar por la noche era imposible. Y cualquier oído y cualquier ojo que Azriel hubiera poseído en la corte, se habían quedado sordos y ciegos.

—El rey podría ayudarte a conservarla, que sea apiade de ti, si trabajas con él...

Mientras el Attor hablaba, revolví entre su mente, cada pensamiento más vil y repugnante que el anterior. Ni siquiera sabía que yo me había deslizado dentro, pero ahí estaba: imágenes del ejército que había sido construido, el doble contra el que había luchado cinco siglos atrás; las costas de Hiberno llenas de barcos, preparándose para un asalto; del rey, a sus anchas en su trono en su ruinoso castillo. No había señales del malhumorado Jurian o del Caldero. Ni un susurro de que el Libro estuviera en sus mentes. Todo lo que el Attor había confesado era cierto. Y no tenía más valor.

Az miró por encima del hombro. El Attor se lo había dado todo. Ahora era mero balbuceo para comprar tiempo.

Me aparté de la pared de un empujón.

—Rómpele las piernas, tritura sus alas, y déjalo en la costa de Hiberno. Mira si sobrevive. —El Attor comenzó a recibir una paliza, rogando. Me detuve junto a la puerta y le dije—: Recuerdo cada momento. Agradece que te deje vivir. Por ahora.

No me había permitido ver los recuerdos de Bajo la Montaña: de mí, de los demás... De lo que había hecho a esa chica humana que le había dado a Amarantha en el lugar de Feyre. No me permitía ver lo que eso había sido como para vencer a Feyre —para atormentarla y torturarla.

Tendría que haber salpicado con él las paredes. Pero lo necesitaba para enviar un mensaje más de lo que necesitaba mi propia venganza.

El Attor ya se encontraba gritando bajo el borde afilado del Portador de la Verdad cuando salí de la celda.

Entonces terminó. Me tambaleé hacia atrás, rebobinado al interior de mi cuerpo.

Tamlin había cerrado sus fronteras.

—¿Cuál es la situación con la Corte de Primavera?

—Ninguna. A partir de ahora. Pero sabes lo lejos que puede ir Tamlin para... proteger lo que cree que es suyo.

La imagen de la pintura deslizándose por la pared del estudio reventado destelló en mi mente.

—Debí haber enviado a Mor ese día —dijo Rhys con una amenaza tranquila.

Subí de golpe mis escudos mentales. No quería hablar de eso.

—Gracias por decírmelo —dije, y me llevé mi libro y el té a mi habitación.

—Feyre —dijo. No me detuve—. Lo siento por haberte... regañado antes.

Y esto, el dejarme entrar en su mente... era una oferta de paz.

—Tengo que escribir una carta.

+++

La carta era rápida y sencilla. Pero cada palabra era una batalla.

No a causa de mi anterior analfabetismo. No, ahora podía leer y escribir bien.

Fue a causa del mensaje que Rhys, de pie en el vestíbulo, ahora leía:

Me fui por mi propia voluntad.

Estoy cuidada y segura. Estoy agradecida por todo lo que hiciste por mí, todo lo que diste.

Por favor no vengas a buscarme. No voy a volver.

Rápidamente la dobló en dos y ésta se desvaneció.

—¿Estás segura?

Quizás eso ayudaría con cualquier *situación* que hubiera en la Corte de Primavera. Eché un vistazo a las ventanas más allá de él. La niebla envolviendo la ciudad se había alejado, revelando un cielo brillante y sin nubes. Y de alguna manera, mi cabeza se sentía más clara de lo que había estado en días, en meses.

Había una ciudad ahí fuera, la que apenas había observado o preocupado.

Lo deseaba —la vida, la gente. Quería verla, sentirla subir por mi sangre. Sin barreras, sin límites para lo que pudiera surgir o hacer.

—No soy la mascota de nadie —dije. La cara de Rhys era contemplativa, y me pregunté recordaba que eso mismo me había dicho él una vez, cuando yo estaba demasiado perdida en mi propia culpa y desesperación para entender lo—. ¿Qué sigue?

—Por si sirve de algo, me gustaría darte un día libre....

—No me mimes.

—No lo estoy haciendo. Y difícilmente llamaría el encuentro de esta mañana como *descansar*. Pero perdóneme si hago evaluaciones basado en tu condición física actual.

—Seré yo quien decida eso. ¿Qué pasa con el Libro de los Respiros?

—Una vez que Azriel regrese de lidiar con el Attor, usará su otro conjunto de habilidades para infiltrarse en las cortes de las reinas mortales, para saber dónde lo guardan y cuáles podrían ser sus planes. Y en cuanto a la mitad que está Prythian... Iremos a la Corte de Verano dentro de unos pocos días, si mi solicitud de hacer una visita es aprobada. Los Grandes Señores de visita en otras Cortes ponen nervioso. Nos ocuparemos del Libro entonces.

Él cerró la boca, sin duda esperando a que subiera las escaleras, que me quejara y que durmiera.

Suficiente, me había hartado de dormir.

Le dije:

—Me dijiste que esta ciudad se ve mejor por la noche. ¿Vas a seguir hablando o te importaría mostrármela?

Soltó una suave risa mientras me miraba. No retrocedí ante su mirada.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos de nuevo, torció la boca en una sonrisa muy poco vista. Diversión de verdad, tal vez un poco de felicidad ribeteada con alivio. El hombre detrás de la máscara del Gran Señor.

—Cena —dijo—. Esta noche. Vamos a ver si *tú*, querida Feyre, eres todo charla o si le vas a permitir a un Señor de la Noche llevarte a la ciudad.

+++

Amrén vino a mi habitación antes de la cena. Al parecer, *todos* íbamos a salir esta noche.

En la planta baja, Cassian y Mor se estaban peleando sobre si Cassian podía volar más rápido a corta distancia de lo que Mor podría tamizarse al mismo lugar. Supuse que Azriel se hallaba cerca, buscando refugio en las sombras. Con suerte, habría descansado un poco después de tratar con el Attor y descansaría un poco más antes de entrar en el reino mortal para espiar a las reinas.

Amren, al menos, llamó esta vez antes de entrar. Nuala y Cerridwen, que habían terminado de configurar los peines de nácar en mi pelo, echaron un vistazo a la delicada mujer y desaparecieron en bocanadas de humo.

—Cosas volubles —dijo Amren, sus labios rojos cortados en una línea cruel—. Los Espectros siempre lo son.

—¿Espectros? —Me retorcí en el asiento ante el tocador—. Creía que eran Altas Fae.

—Mitad —dijo Amren, examinando mi ropa blanca, turquesa y cobalto—. Los Espectros no son más que sombras y niebla, capaces de atravesar paredes, piedra o lo que sea. No quiero ni saber cómo esas dos fueron concebidas. Los Altos Faes meten sus pollas en cualquier lugar.

Me atraganté con lo que podría haber sido una risa o una tos.

—Son buenas espías.

—¿Por qué crees que ahora están susurrando en el oído de Azriel que estoy aquí?

—Pensé que respondían ante Rhys.

—Responden ante ambos, pero fueron entrenadas por Azriel en primer lugar.

—¿Me están espiando?

—No. —Ella frunció el ceño ante un hilo suelto en su camisa de color de una nube lluviosa. Su pelo oscuro a la altura de la barbilla se balanceaba mientras levantaba la cabeza—. Rhys les ha dicho una y otra vez que no, pero no creo que Azriel confíe en mí plenamente alguna vez. Así que están informando sobre mis movimientos. Y con buena razón.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Estaría decepcionada si el maestro espía de Rhysand no me vigilara. Incluso si hacerlo va contra las órdenes.

—¿Rhys no lo castiga por desobedecer?

Esos ojos plateados brillaron.

—La Corte de Sueños se basa en tres cosas: defender, honorar, y valorar. ¿Esperabas fuerza bruta y obediencia? Muchos de los principales oficiales de Rhysand tienen poco o ningún poder. Se valora la lealtad, la astucia, la compasión. Azriel, a pesar de su desobediencia, está actuando para defender su corte, su pueblo. Por lo tanto, no. Rhysand no lo castiga. Hay reglas, pero son flexibles.

—¿Qué pasa con el diezmo?

—¿Qué diezmo?

Me puse de pie del banquillo.

—El diezmo, los impuestos, lo que sea. Dos veces al año.

—Hay impuestos sobre los habitantes de la ciudad, pero no hay diezmo. —Ella chasqueó la lengua—. Pero el Gran Señor de Primavera promulga uno.

No quería pensar en ello por completo, no todavía...no con esa carta ahora en camino hacia él, si no había sido aún entregada. Así que alcancé a la pequeña caja en el tocador y saqué su amuleto.

—Toma. —Entregué la cosa incrustada de oro y joyas—. Gracias.

Las cejas de Amren se alzaron mientras lo dejaba caer en su palma esperando.

—Lo devuelves.

—No me di cuenta que fuera una prueba.

La colocó de nuevo en la caja.

—Quédatelo. No posee magia.

Parpadeé.

—Mentiste...

Ella se encogió de hombros, dirigiéndose hacia la puerta.

—Lo encontré en el fondo de mi joyero. Necesitabas algo para creer que podrías volver a salir de la Prisión.

—Pero Rhys se quedó mirándolo....

—Porque *él* me lo dio hace doscientos años. Es probable que estuviera sorprendido de volver a verlo, y se preguntaría por qué te lo había dado. Probablemente se *preocupó* de por qué te lo podría haber dado.

Apreté los dientes, pero Amren ya se estaba yendo por la puerta alegremente.

—De nada.

Capítulo 29

Traducido por Idrys // Corregido por Rincone

A pesar de la noche fría, cada tienda estaba abierta mientras caminábamos por la ciudad. Músicos tocaban en las pequeñas plazas, y el Palacio de Hilo y Joyas se hallaba lleno de compradores y artistas, de Altos Fae y hadas menores por igual. Pero nosotros continuamos, hasta llegar al río, el agua estaba tan quieta que las estrellas y las luces se mezclaban en su oscura superficie como una cinta viva de eternidad.

Los cinco iban sin prisa alguna mientras caminamos a través de uno de los amplios puentes de mármol que abarcaban el Sidra, en ocasiones avanzando y otras parándonos para conversar. De los faroles ornamentales que se alineaban a ambos lados del puente, la luz férica proyectaba sombras doradas en las alas de los tres varones, alumbrando la punta de las garras de cada uno.

Las conversaciones oscilaban desde las personas que conocían, a los partidos de equipos en deportes de los que nunca había oído hablar (al parecer, Amren era una viciosa y obsesiva seguidora), de tiendas nuevas, de música que habían oído, clubes que preferían... Ni una mención de Hiberno o de las amenazas que enfrentábamos, sin duda evitándolo, pero tenía la sensación de que también era porque esta noche, este tiempo juntos... no querían esa terrible, y espantosa presencia intrusa. Como si todos fueran ciudadanos normales, incluso Rhys. Como si no fueran las personas más poderosas en esta corte, quizás en todo Prythian. Y nadie, absolutamente nadie en la calle se resistió, palideció o salió corriendo.

Sobrecogidos, quizás un poco intimidados, pero... sin miedo. Era tan inusual que permanecí callada, limitándome a observarlos a ellos, a su mundo. La normalidad por la que cada uno luchaba tan duro para preservar. Contra la que yo una vez había causado estragos, resentida.

Pero no había ningún lugar como este en el mundo. No tan sereno. Tan amado por su pueblo y sus gobernantes.

El otro lado de la ciudad se encontraba aún más lleno de gente, con los clientes en galas para asistir a los muchos teatros que pasamos. Nunca había visto un teatro antes, nunca había visto una obra de teatro o un concierto, o una sinfonía.

En nuestro destartado pueblo, lo que teníamos eran mimos y juglares como mucho, manadas de mendigos aullando con instrumentos improvisados en el peor de los casos.

Dimos un paseo a lo largo de la calzada junto al río, pasando por las tiendas y cafeterías, música brotaba de ellas. Y pensé, incluso mientras flotaba detrás de los otros con mis manos enguantadas metidas en los bolsillos de mi grueso abrigo azul, que todos los sonidos podrían haber sido la cosa más hermosa que había oído nunca: la gente, el río, y la música; el ruido metálico de la plata sobre los platos; el roce de las sillas que se sacaban y empujaban; los gritos de los vendedores que vendían sus productos a medida que deambulaban

¿Cuánto me había perdido en estos meses de desesperación y entumecimiento?

Pero ya no. El alma de Velaris vibraba por mi cuerpo, y en raros momentos de calma, podría jurar que oía el choque del mar, arañando los distantes acantilados

Con el tiempo, entramos en un pequeño restaurante al lado del río, construido en la planta baja de un edificio de dos plantas, todo el espacio adornado con verdes y dorados y apenas lo suficientemente grande como para caber todos nosotros. Y tres pares de alas Ilirias.

Pero la dueña los conocía, y les dio un beso en la mejilla cada uno, incluso a Rhysand. Bueno, excepto a Amren, ante quien la propietaria se inclinó antes de regresar a su cocina y nos pidiera que nos sentásemos en la mesa grande que estaba mitad dentro y mitad fuera de la parte delantera de la tienda. La noche estrellada estaba fresca, el viento susurraba entre las palmeras en macetas colocadas con un cuidado amoroso a lo largo de la barandilla. No había duda de que se usaba la magia para no morir en el invierno, al igual que la calidez del restaurante mantenía el frío apartado de nosotros o de cualquiera de los que cenaban al aire libre en la orilla del río.

A continuación, las bandejas de comida comenzaron a llegar, junto con el vino y la conversación, y cenamos bajo las estrellas al lado del río. Nunca había tenido comida tan rica y cálida y salada y picante. Como si no llenara solamente mi estómago, sino también llenara ese agujero persistente en mi pecho.

La propietaria, una mujer delegada de piel morena con preciosos ojos marrones, se encontraba de pie detrás de mí silla, conversando con Rhys sobre el último cargamento de especias que había llegado a los Palacios.

—Los comerciantes decían que los precios podrían subir, Gran Señor, sobre todo si los rumores sobre Hiberno son correctos.

En la mesa, sentí deslizarse la atención de los demás sobre nosotros, incluso mientras seguían hablando.

Rhys se echó hacia atrás en su asiento, girando su copa de vino.

—Encontraremos una manera de evitar que se disparaten los precios.

—No se moleste, por supuesto —dijo la propietaria, retorciéndose un poco los dedos—. Es solo que... es tan bonito tener este tipo de especias disponibles de nuevo, ahora que... que las cosas están mejor.

Rhys le dio una suave sonrisa, la cual le hizo parecer más joven.

—No me molestaría, no cuando me gusta tanto tu cocina.

La propietaria sonrió, ruborizándose, y miró hacia donde yo me había retorcido en la mitad de mi asiento para mirarla.

—¿Es de su agrado?

La felicidad en su rostro, la satisfacción que sólo un día de trabajo duro haciendo algo que amas podría dar, me golpeó como una piedra.

Yo....yo recordaba sentirme así. Después de estar pintando desde por la mañana hasta la noche. Una vez, eso era todo cuanto había deseado para mí. Miré los platos, luego a ella, y dije:

—He vivido en el reino mortal, y he vivido en otras cortes, pero nunca he probado una comida así. Comida que me hace... sentir despierta.

Sonaba tan estúpido a medida que lo sentía salir de mi boca, pero no podía pensar en otra forma de decirlo. Pero la dueña asintió como si entendiera y me apretó el hombro.

—Entonces le traeré un postre especial —dijo y se dirigió a la cocina.

Me volví hacia mi plato, pero encontré los ojos de Rhysand sobre mí. Su rostro estaba más suave, más contemplativo de lo que lo había visto, con la boca ligeramente abierta.

Levanté las cejas. ¿Qué?

Él me dio una sonrisa arrogante y se inclinó para escuchar la historia que Mor estaba diciendo sobre...

Olvidé lo que ella estaba hablando cuando la propietaria salió con una copa de metal llena de un líquido oscuro y lo puso delante de Amren.

La Segunda de Rhys no había tocado su plato, pero empujaba la comida como si en realidad estuviera tratando de ser educada. Cuando vio la copa delante de ella, alzó sus cejas.

—No tenías que hacerlo.

La propietaria encogió sus delgados hombros.

—Está fría y caliente, y de todos modos necesitábamos a la bestia para la carne asada de mañana.

Tenía la horrible sensación de saber lo que había dentro.

Amren arremolinó la copa, el líquido oscuro lamiendo los lados como vino, y luego tomó un sorbo.

—Lo has especiado muy bien. —La sangre brilló en sus dientes.

La propietaria se inclinó.

—Nadie se va de mi casa con hambre —dijo antes de marcharse.

De hecho, casi le pedí a Mor que me sacara rodando del restaurante cuando habíamos acabado y Rhys había pagado la cuenta, pese a las protestas de la propietaria. Mis músculos estaban ladrando gracias a mi *formación* anterior en el bosque mortal, y en algún momento durante la comida, cada parte de mí que había utilizado, mientras luchaba contra Rhys en la nieve, había comenzado a doler.

Mor se frotó el estómago en círculos perezosos mientras se detenía junto al río.

—Quiero ir a bailar. No voy a ser capaz de conciliar el sueño estando así de llena. Rita está justo subiendo la calle.

Bailar. Mi cuerpo gimió en protesta y miré a mí alrededor por si había un aliado para echar por tierra esa idea ridícula.

Pero Azriel, *Azriel* dijo, con los ojos totalmente fijos en Mor:

—Me apunto.

—Por supuesto que sí —se quejó Cassian, con el ceño fruncido—. ¿No tienes que irte al amanecer?

El ceño fruncido de Mor ahora se reflejó en el de Cassian, como si se diera cuenta de dónde y qué estaría haciendo mañana. Ella le dijo a Azriel:

—No tenemos que...

—Yo quiero —dijo Azriel, sosteniendo su mirada el tiempo suficiente hasta que Mor la dejó caer, se giró hacia Cassian, y dijo: — ¿Te vas a dignar a unirte a nosotros, o tiene planes de comerte con los ojos tus músculos en el espejo?

Cassian resopló, enlazando el codo a través del de ella y llevándola hacia la parte de arriba de la calle.

—Iré, pero por las bebidas, idiota. No para bailar.

—Gracias a la Madre. Casi me destrozaste el pie la última vez que lo intentaste.

Fue un esfuerzo no mirar a Azriel mientras él los observaba caminar por la empinada calle, cogidos del brazo y peleando con cada paso. Las sombras se reunieron alrededor de sus hombros como si le estuvieran susurrando, protegiéndolo, tal vez. Su ancho pecho se expandió con un profundo aliento, haciendo que se deslizaran, y después inició un suave y elegante paseo detrás de ellos. Si Azriel iba con ellos, entonces cualquier excusa que yo pudiera dar no...

Me giré con ojos suplicantes hacia Amren, pero había desaparecido.

—Está consiguiendo más sangre en la parte de atrás para llevarse a casa con ella —dijo Rhys en mi oído, y casi me mató del susto. Su risa era cálida contra mi cuello—. Y después irse directa a su apartamento para darse un atracón.

Traté de no estremecerme cuando lo enfrenté.

—¿Por qué sangre?

—No parece educado preguntar.

Fruncí el ceño hacia él.

—¿Tú vas a bailar?

Él miró por encima del hombro a sus amigos, que casi habían subido la empinada calle, algunas personas hacían una pausa para saludarles.

—Prefiero caminar a casa —dijo Rhys finalmente—. Ha sido un día largo.

Mor se volvió en la parte superior de la colina, con la ropa de color púrpura flotando a su alrededor en el viento de invierno, y levantó su oscura y dorada ceja. Rhys negó con la cabeza, y ella hizo un gesto con la mano, seguido por los gestos cortos de Azriel y Cassian, que había vuelto a hablar con su hermano de armas.

Rhys hizo un gesto hacia delante.

—¿Vamos? ¿O tienes demasiado frío?

Consumir sangre con Amren en la parte trasera del restaurante sonaba más atractivo, pero negué con la cabeza y me puse a su lado mientras caminábamos a lo largo del río hacia el puente.

Me embriagué de la ciudad con tanta avidez como como Amren había engullido la sangre con especias, y casi me tropecé mientras divisaba el brillo del color a través del agua.

El Arcoíris de Velaris brillaba como un puñado de joyas, como si la pintura que usaran en sus casas cobrara vida en la luz de la luna.

—Esta es mi vista favorita de la ciudad —dijo Rhys, parándose en la barandilla de metal a lo largo de la pasarela del río y mirando hacia el barrio de los artistas—. También era el favorito de mi hermana. Mi padre solía tener que sacarla a rrastras y gritando de Velaris, le encantaba.

Busqué la respuesta correcta a la tristeza tranquila en esas palabras. Pero como una tonta e inútil, simplemente le pregunté: —Entonces, ¿por qué tus dos casas están al otro lado del río? —Me apoyé en la barandilla, mirando los reflejos de la oscilación del arcoíris en la superficie del río mientras peces brillantes luchaban en la corriente.

—Porque quería una calle tranquila, de modo que pudiera visitar este clamor cuando quisiera y luego tener una casa a la que retirarme.

—Podrías haber reordenado la ciudad.

—¿Por qué diablos iba a cambiar algo de este lugar?

—¿No es eso lo que hacen los Grandes Señores? —Mi aliento se empañó frente a mí en la nocturna brisa—. ¿Lo que ellos quieren?

Estudió mi cara.

—Hay muchas cosas que me gustaría hacer, y no las hago.

No me había dado cuenta de lo cerca que estábamos.

—Así que cuando compras joyas para Amren, ¿es que para que le sigas cayendo bien o porque estáis... juntos?

Rhys soltó una risa.

—Cuando yo era joven y estúpido, una vez la invité a mi cama. Ella se rió hasta quedarse afónica. La joyería es sólo porque me gusta hacerle regalos a un amigo que trabaja duro para mí, y me protege cuando le necesito. El seguir cayéndole bien es una ventaja añadida.

Nada de eso me sorprendió.

—Y no te casaste con nadie.

—Cuántas preguntas esta noche. —Me quedé mirándolo hasta que suspiró—. He tenido amantes, pero nunca me sentí tentado a invitar a ninguna a compartir una vida conmigo. Y, sinceramente, creo que si se los hubiese pedido, todas habrían dicho que no.

—Pensaría que habrían estado entre ellas para ganarse tu mano. —Al igual que Ianthe.

—Casarse conmigo significa una vida con una diana en la espalda, y si hubiera descendencia, entonces, una vida de saber que serían cazados desde el momento en que fueran concebidos. Todo el mundo sabe lo que pasó con mi familia y mi gente sabe que, más allá de nuestras fronteras, somos odiados.

Todavía no conocía la historia completa, pero le pregunté:

— ¿Por qué? ¿Por sois odiados? ¿Por qué ocultar la verdad de este lugar secreto? Es una pena que nadie lo sepa, el bien que haces aquí.

—Hubo un tiempo en que la Corte Oscura *fue* la Corte de Pesadillas y fue gobernada desde Hewn City. Hace mucho tiempo. Sin embargo, un antiguo Gran Señor tenía una visión diferente, y en lugar de permitir que el mundo viera su

territorio vulnerable en un momento de cambio, selló las fronteras y dio un golpe, lo que eliminó a los peores de los cortesanos y a los depredadores, construyendo Velaris para los soñadores, estableciendo el comercio y la paz.

Sus ojos brillaban, como si pudiera volver atrás y verlo todo. Con esos notables dones suyos, no me sorprendería.

»—Para preservarla —continuó Rhys —, se mantuvo en secreto, y lo mismo hizo su descendencia, y sus descendientes. Hay muchos hechizos en la propia ciudad, puestos por él, y por sus herederos, que hacen que los que comercian aquí no desperdigen nuestros secretos, y les otorgan habilidades adaptadas para la mentira, con el fin de mantener el origen de sus bienes, sus barcos, ocultos del resto del mundo. Se rumorea que el antiguo Gran Señor derramó la sangre de su propia vida sobre las piedras y el río para mantener ese hechizo eterno.

»—Pero en el camino, a pesar de sus mejores intenciones, la oscuridad volvió a crecer, no siendo tan mala como lo había sido... Pero bastante mala como para existir una división permanente dentro de la corte. Permitimos que el mundo vea esa otra mitad, la que temen, para que nunca puedan imaginarse este lugar de aquí. Y permitimos que la Corte de Pesadillas continúe, cegando la existencia de Velaris, porque sabemos que sin ellas, hay algunas cortes y reinos que nos pueden atacar. E invadir nuestras fronteras para descubrir los muchos, muchos secretos que hemos mantenido ocultos a los otros Grandes Señores y a las Cortes durante estos milenios.

—¿Así que realmente ninguno de los otros lo saben? ¿En las otras cortes?

—Ni un alma. No la encontrarás ni en un solo mapa, o mencionada en ningún libro más allá de los escritos aquí. Quizás sea una pena que esté tan contenida y aislada, pero... —Hizo un gesto a la ciudad que nos rodeaba—. No parece que mi gente sufra mucho por ello.

De hecho, no sufrían. Gracias a Rhys, y a su círculo íntimo.

—¿Te preocupa que Az vaya a las tierras mortales mañana?

Dio unos golpecitos con el dedo en la barandilla.

—Claro que estoy preocupado. Pero Azriel se ha infiltrado en lugares mucho más desgarradores que el de unas cuentas cortes mortales. El encontraría un insulto mi preocupación.

—¿Le importa lo que hace? No espiar, quiero decir. Lo que le hizo al Attor hoy.

Rhys desató un aliento.

—Es difícil decirlo con él, y él nunca me lo diría. He sido testigo de Cassian destrozando a oponentes y luego vomitar sus tripas una vez que la matanza se detuvo, a veces incluso llorar por ellos. Pero Azriel... Cassian lo intenta, yo lo intento, pero creo que la única persona a la que le llega a admitir cualquier tipo de sentimiento es a Mor. Y eso es sólo cuando ella le molesta hasta el punto de que incluso su infinita paciencia se agota.

Sonreí un poco.

— ¿Pero él y Mor... nunca...?

—Eso es entre ellos y Cassian. No soy estúpido o lo suficientemente arrogante como para estar en medio. —Lo cual, sin duda, lo sería yo si metiera la nariz en sus asuntos.

Caminamos en silencio a través del puente lleno hacia otro lado del río. Mis músculos se estremecieron ante las colinas escarpadas entre nosotros y la casa de la ciudad.

Estaba a punto de pedirle a Rhys que me llevara volando a casa cuando capté los hilos de la música que brotaba desde un grupo de artistas fuera de un restaurante.

Mis manos se aflojaron a los lados. Una versión reducida de esa sinfonía era la que había oído en un calabozo frío, cuando había estado tan perdida de terror y desesperación que había tenido alucinaciones... alucinaciones mientras la música se vertía al interior de mi celda... y evitó que me rompiera.

Y una vez más, su belleza me golpeó, envolviéndome y sacudiéndome, de alegría y paz.

Nunca habían tocado una pieza tal en Bajo la Montaña, nunca este tipo de música. Y nunca había oído música en mi celda, salvo esa vez.

—Tú —suspiré, sin apartar los ojos de los músicos que tocaban con tanta habilidad que incluso los comensales habían puesto sus tenedores cerca de sus cafés—. Tú enviaste esa música a mi celda. ¿Por qué?

La voz de Rhysand estaba ronca.

—Porque te estabas rompiendo. Y no pude encontrar otra manera de salvarte.

La música creció y se erigió. Había visto un palacio en el cielo cuando había alucinado, un lugar entre el anochecer y el amanecer... una casa de pilares de piedra lunar.

—Vi la Corte Oscura.

Me miró de reojo.

—Yo no te envié esas imágenes.

No me importaba.

—Gracias. Por todo, por lo que hiciste. Entonces y ahora.

—¿Incluso después de la Tejedora? ¿Después de mi trampa de esta mañana para el Attor?

Mis fosas nasales se ensancharon.

—Lo arruinas todo.

Rhys sonrió, y no me di cuenta si las personas estaban mirando cuando deslizó un brazo bajo mis piernas, y nos disparó hacia el cielo.

Podría aprender a amarlo, me di cuenta. El volar.

+++

Estaba leyendo en la cama, escuchando la charla alegre del fuego de abedul tostado a través de la habitación, cuando di vuelta a la página de mi libro y un trozo de papel cayó al suelo.

Di un vistazo al pedazo inmóvil de color crema y a la escritura a mano y me senté con la espalda recta.

En él, Rhysand había escrito:

Puede que sea un coqueto descarado, pero al menos no tengo un temperamento horrible. Deberías venir a atender mis heridas de nuestra disputa en la nieve. Estoy lleno de golpes en todos lados gracias a ti.

Algo hizo clic contra la mesilla de noche, y una pluma rodó a través de la caoba pulida. Siseando, la cogí y garabateé:

Ve a lamerte las heridas y déjame en paz.

El papel desapareció.

Desapareció durante un rato, mucho más tiempo de lo que le debería haber llevado escribir las pocas palabras que estaban escritas en el papel cuando volvió aparecer.

Preferiría bastante más que tú lamieras mis heridas por mí.

Mi corazón latía con fuerza, más y más rápido, y una especie extraña de fiebre pasó por mis venas mientras leía la frase una y otra vez. Un reto.

Apreté mis labios para evitar sonreír mientras escribía:

¿Lamerte dónde, exactamente?

El documento se desvaneció antes de que hubiera hecho la última marca.

Su respuesta tardó un tiempo en llegar. Entonces:

Dondequiera que tú quieras lamerme, Feyre.

Me gustaría comenzar con "En todas partes," pero puedo elegir, si es necesario.

Le escribí:

Esperemos que mis lamidas sean mejores que las tuyas. Recuerdo lo horrible que fuiste Bajo la Montaña.

Mentira. Él había lamido mis lágrimas cuando me encontraba a un paso de romperme.

Lo había hecho para mantenerme distraída, para que siguiera enojada. Debido a que la ira era mejor que no sentir nada; porque la ira y el odio eran combustible en la oscuridad sin fin de mi desesperación. De la misma manera que la música me había impedido romperme.

Lucien había venido a arreglarme un par de veces, pero nadie se arriesgó lo bastante como para mantenerme, no sólo viva, sino tan mentalmente intacta como podría estar considerando las circunstancias. Así como lo había estado haciendo durante las últimas semanas, burlándose y burlándose de mí para mantener el vacío a raya. Justo como lo estaba haciendo ahora.

Me encontraba bajo presión —decía su siguiente nota. Si quieres, estaría más que feliz en demostrarte que estás equivocada. Me han dicho que soy muy, muy bueno lamiendo.

Apreté las rodillas y escribí: *Buenas noches.*

Un segundo más tarde, su nota decía:

Trata de no gemir demasiado alto cuando sueñes conmigo. Necesito un sueño reparador.

Me levanté, tiré la carta al fuego burbujeante, y le dio un gesto vulgar.

Podría haber jurado que una risa retumbó por el pasillo.

+++

No soñé con Rhys.

Soñé con el Attor, sus garras sobre mí, agarrándome mientras era golpeada. Soñé con su risa sibilante y con su hedor.

Pero dormí toda la noche. Y no me desperté ni una vez.

Capítulo 30

Traducido SOS por Mais // Corregido por Mais

Cassian podía ser un ser de sonrisas arrogantes y vulgaridades la mayoría del tiempo pero a la tarde siguiente, en el área de combate de roca tallada situada en lo alto de la Casa de Viento, estaba siendo un asesino de sangre fría.

Y cuando esos instintos letales se enfocaron en mí...

Debajo de la ropa de cuero de combate, incluso con la temperatura fresca, mi piel estaba resbaladiza por el sudor. Cada respiración destrozaba mi garganta, y mis brazos temblaban tanto que en cualquier momento que intentaba usar mis dedos, mi dedo meñique empezaba a temblar incontrolablemente.

Estaba viéndolo tambalearse por sí solo cuando Cassian cerró el espacio entre nosotros, apretó mi mano y dijo:

—Esto es porque estás golpeando con los nudillos equivocados. Los dos primeros –el dedo índice y el del medio– ahí es donde se deben conectar los golpes. Golpear con esto —dijo, palmeando con un dedo calloso en el pedazo de piel ya magullada en la uve entre mi dedo meñique y anular—, te hará más daño a ti que a tu oponente. Tienes suerte que el Attor no quiso meterse en una batalla de puños.

Habíamos estado con lo mismo durante una hora, avanzando en los pasos básicos del combate mano a mano. Y resulta que podía haber sido buena cazando, en tiro al arco, pero ¿usando mi lado izquierdo? Patética. Era descoordinada como un cervatillo recién nacido intentando caminar. Golpear y pisar con mi lado izquierdo del cuerpo a la vez estaba siendo casi imposible, y me tambaleaba contra Cassian más seguido de lo que lo golpeaba. Los golpes con el lado derecho...esos eran fáciles.

—Consigue una bebida —dijo él—. Luego vamos a trabajar en tu centro. No tiene sentido aprender a golpear si ni siquiera puedes mantener tu postura.

Fruncí hacia el sonido del choque de espadas en el área de combate frente a nosotros.

Azriel, sorprendentemente, había regresado del reino mortal para el almuerzo. Mor lo había interceptado primero, pero yo había obtenido un segundo reporte de Rhys de que él había encontrado una clase de barrera alrededor del palacio de las reinas, y tuvo que regresar para evaluar qué debía hacer sobre ello.

Evaluar y pensar profundamente, parecía, dado que Azriel apenas había emitido un “hola” educado en mi dirección antes de lanzarse a combatir con Rhysand, su rostro severo y apretado. Habían estado así por una hora, hasta ahora, sus finas espadas como destellos de mercurio mientras se movían dando vueltas alrededor. Me pregunté si era una práctica o era una forma de Rhys de ayudar a su espía a sacar su frustración.

En algún punto desde que me había fijado la última, a pesar del día soleado de invierno, se habían librado de sus chaquetas de cuero y sus camisas.

Sus brazos bronceados y musculosos estaban cubiertos de tatuajes de la misma manera que adornaban mi propia mano y antebrazo, la tinta fluyendo a través de sus hombros y sobre sus esculpidos y músculos pectorales. Entre sus alas, una línea de ellos corría por la columna de su espina dorsal, justo por debajo donde típicamente ataban sus espadas.

—Conseguimos estos tatuajes cuando nos iniciamos como guerreros Ilirianos, para la buena suerte y la gloria en el campo de batalla —dijo Cassian, siguiendo mi mirada. Aunque dudaba que Cassian estuviera bebiendo de la imagen ante nosotros: los músculos de sus estómagos resplandecientes de sudor en el brillante sol, el agrupamiento de sus muslos poderosos, la fuerza ondulante de sus espaldas, rodeando esas poderosas y hermosas alas.

Alas veloces mortales

El título vino de pronto, y por un momento, vi la pintura que había creado: la oscuridad de esas alas, iluminadas débilmente con líneas de rojo y oro por el sol radiante de invierno, el deslumbramiento saliendo de sus espadas, la dureza de los tatuajes contra la belleza de sus rostros...

Parpadeé y la imagen se había ido, como una nube de vaho caliente en una noche helada.

Cassian sacudió bruscamente su mentón hacia sus hermanos.

—Rhys está fuera de forma y va admitirlo, pero Azriel es demasiado educado como para patearle el trasero.

Rhys no estaba para nada fuera de forma. Que el Caldero me hierba, ¿qué infiernos *comían* que se veían así?

Mis rodillas temblaron un poco mientras caminaba hacia el taburete donde Cassian había traído una jarra de agua y dos vasos. Me serví uno para mí, mi dedo meñique temblaba incontrolablemente de nuevo.

Mi tatuaje, me di cuenta, había sido hecho con marcas Ilirianas. Tal vez fue la forma de Rhys de desearme suerte y gloria mientras enfrentaba a Amarantha.

Suerte y gloria. Ya no me preocupaba por esas cosas en estos días.

Cassian llenó un vaso para sí y lo hizo chocar contra el mío, tan distante y extraño del brutal capataz quién, hacía unos momentos, me había hecho pasar por golpes, vapuleos a sus almohadillas de combate e intentando no encogerme en el suelo para rogar por la muerte. Tan distante y extraño del hombre quién se había enfrentado con mi hermana, incapaz de resistir el deseo de compararse contra el espíritu de acero y ardiente de Nesta.

—Así que —dijo Cassian, tragando el agua. Detrás de nosotros, Rhys y Azriel se estrellaron, se separaron y se estrellaron de nuevo—, ¿cuándo vas a hablar sobre cómo le escribiste una carta a Tamlin, diciéndole que te has ido para siempre?

La pregunta me golpeó tan cruelmente que espeté:

—¿Qué tal si te pregunto cuándo vas hablar sobre cómo bromeas y tientes a Mor para esconder lo que sea que sientas por ella? —Porque no tenía ninguna duda de que él estaba muy al tanto sobre el rol que jugaba la pequeña telaraña de ellos.

El golpe de pasos y crujido de espadas detrás de nosotros trastabilló y luego se reanudó.

Cassian soltó una risa sobresaltada y áspera.

—Noticias viejas.

—Tengo el presentimiento que probablemente sea eso lo que ella dice de ti.

—Regresa al campo de batalla —dijo Cassian, dejando su vaso vacío—. Ningún ejercicio de centro. Solo puños. Quieres ser impertinente, entonces gánate el mérito de serlo.

Pero la pregunta que había hecho hormigueaba en mi cráneo.

Te has ido para siempre; te has ido para siempre; te has ido para siempre.

Yo había...lo había hecho. Pero sin saber lo que él pensaba, si le había importado algo... No, yo sabía que le importaba. Probablemente había destrozado la casa con su ira.

Si con solo mencionar que él me estaba ahogando había causado que destrozara su estudio, entonces esto... había estado tan asustada de esos ataques de ira pura, tan acobardada por ellos. Y habían sido amor... lo había amado tan profundamente, tan enormemente, pero...

—¿Rhys te lo contó? —dije.

Cassian tuvo la decencia de verse un poco nervioso ante la expresión de mi rostro.

—Le informé a Azriel, quién es el que... monitorea las cosas y necesita saber. Az me lo contó a mí.

—Asumo que fue mientras estuvieron tomando y bailando.

Tomé lo último de mi agua y caminé de regreso al ring.

—Oye —dijo Cassian, atrapando mi brazo. Sus ojos color avellana estaban más verdes que marrones hoy—. Lo siento. No quería toca una fibra. Az solo me lo contó porque le dije que *yo* necesitaba saberlo para mis propias fuerzas; saber qué esperar. Ninguno de nosotros...no creemos que sea una broma. Lo que hiciste fue algo difícil. Una decisión malditamente difícil. Solo fue mi forma de mierda de ver si necesitabas hablar de ello. Lo siento —repitió, dejándome ir.

Las palabras se tropezaron y había seriedad en sus ojos...asentí mientras volvía a mi lugar.

—De acuerdo.

Aunque Rhysand seguía con Azriel, podía jurar que sus ojos estaban sobre mí, que habían estado sobre mí desde el momento en que Cassian me había hecho esa pregunta.

Cassian se metió las manos en los guantes de combate y las sostuvo en alto.

—Treinta golpes de uno y dos; luego cuarenta; luego cincuenta. —Hice una mueca de dolor sobre sus guantes mientras envolvía mis manos—. No respondiste a mi pregunta —dijo, con una sonrisa tentadora, una que dudaba que sus soldados o sus hermanos hubiesen visto.

Había sido amor, y en serio —la felicidad, el placer, la paz... había sentido todas esas cosas. Una vez.

Posicioné mis piernas a las doce y a las cinco y alcé mis manos hacia mi rostro.

Pero tal vez esas cosas también me habían cegado.

Tal vez había habido una venda sobre mis ojos, algo que me cegaba de su temperamento. De su necesidad de control, de proteger, que corría tan profundamente que me había encerrado. Como una prisionera.

—Estoy bien —dije, dando un paso y golpeando con mi lado izquierdo. De forma fluida, suave como la seda, como si mi cuerpo inmortal finalmente se alineara.

Mi puño se estrelló contra el guante de combate de Cassian, y retrocedí tan rápido como una serpiente mordiendo mientras golpeaba con mi derecha, mi hombro y pie torciéndose.

—Uno —contó Cassian. De nuevo, golpeé, uno-dos—. Dos. Y bien es Bueno, bien es Genial.

Una vez, y otra vez y otra vez.

Ambos sabíamos que «bien» era una mentira.

Lo había hecho todo, *todo* por ese amor. Me había roto en trizas, había asesinado a inocentes y me había degradado a mí misma, y él se había quedado *sentado* junto a Amarantha en ese trono. Y no hizo nada, no tomó ningún riesgo...no se arriesgó a ser atrapado hasta cuando solo quedaba una noche, y todo lo que quería hacer no era liberarme, sino tener sexo conmigo, y...

Otra vez, otra vez, otra vez. Uno-dos; uno-dos; uno-dos.

Y cuando Amarantha me había roto, cuando me rompió los huesos e hizo que mi sangre hirviera en mis venas, él sencillamente se había arrodillado y rogado ante ella. No había intentado matarla, no se había arrastrado por mí, cuando yo había luchado como nunca, por él.

Otra vez, otra vez, otra vez, cada golpe de mis puños en los guantes de combate era una pregunta y una respuesta.

Y había tenido las agallas, una vez que sus poderes estaban de regreso, de encerrarme dentro de una jaula. Las *agallas* de decir que yo ya no era útil; que tenía que ser recluida para *su* paz mental. Me había dado todo lo que necesitaba para convertirme en mí misma, para estar a salvo, y cuando obtuvo lo que quiso, cuando recuperó sus poderes, sus tierras... dejó de intentarlo. Aún seguía siendo bueno, aún seguía siendo Tamlin, pero él sencillamente estaba... equivocado.

Y entonces estaba sollozando con mis dientes apretados, limpiando con lágrimas esa herida infectada, y no me importó que Cassian estuviera ahí, o Rhys o Azriel.

Las estocadas de acero cesaron.

Mis puños conectaron con piel desnuda, y me di cuenta que había atravesado a golpes los guantes de combate... no, los *había quemado*, y...

Yo también me detuve.

Las envolturas alrededor de mis manos ahora solo eran manchas de hollín. Las palmas de Cassian permanecían levantadas ante mí, listas para tomar el golpe, si necesitaba hacerlo.

—Todo está bien —dijo, silenciosamente. Gentilmente.

Y tal vez estaba exhausta y rota, pero dije en un respiro:

—Los asesiné.

No había dicho las palabras en voz alta desde que había ocurrido.

Los labios de Cassian se apretaron.

—Lo sé. —Ninguna condenación, ninguna alabanza. Solo sombría comprensión.

Mis manos se aflojaron mientras otro sollozo se abría paso a través de mí.

—Debí haber sido yo.

Y ahí estaba.

De pie debajo del cielo nublado, el sol de invierno golpeando sobre mi cabeza, sin nada a mí alrededor salvo roca, ninguna sombra donde esconderme, nada a lo que aferrarme... ahí estaba.

Entonces la oscuridad se instaló, suave y gentil oscuridad –no, sombra– y un cuerpo sudoroso y resbaladizo se detuvo ante mí. Uno dedos gentiles alzaron mi mentón hasta que alcé la vista... hacia el rostro de Rhysand.

Sus alas se habían envuelto a nuestro alrededor como un capullo, la luz del sol fundía la membrana en colores dorados y rojos. Más allá de nosotros, en el exterior, en otro mundo tal vez, los sonidos de acero contra acero –Cassian y Azriel combatiendo– se iniciaron.

—Te sentirás así cada día por el resto de tu vida —dijo Rhysand. Así de cerca, podía oler el sudor en él, el aroma de mar y cítrico debajo de este. Sus ojos eran suaves. Intenté apartar la mirada, pero él sostuvo firme mi mentón—. Y sé esto porque me he sentido así cada día desde que mi madre y mi hermana fueron degolladas y tuve que enterrarlas yo mismo, e incluso la retribución no lo arregló. —Limpió las lágrimas de una mejilla, luego la otra—. Tienes dos opciones, o permites que eso te destruya, dejas que te mate casi como lo hizo La Tejedora, o puedes aprender a vivir con ello.

Por un largo momento, solo miré a su rostro abierto y tranquilo –tal vez su verdadero rostro, el que estaba debajo de todas las máscaras que usaba para mantener a salvo a su gente.

—Lo siento, por tu familia —dijo con tono áspero.

—Siento no haber encontrado una manera de liberarte de lo que sucedió Bajo la Montaña —dijo Rhys con el mismo silencio—. De morir. De que *quisieras* morir. —Empecé a sacudir mi cabeza, pero él dijo—: Tengo dos tipos de pesadillas: en las que vuelvo a ser la puta de Amarantha o lo son mis amigos... y en las que escucho tu cuello chasquear y ver la luz abandonar tus ojos.

No tenía respuesta para eso, para el tono de su profunda y rica voz. Así que examiné sus tatuajes en su pecho y brazos, el brillo de esa piel bronceada, tan dorada ahora que ya no estaba enjaulado dentro de esa montaña.

Detuve mi concienzudo examen cuando llegué a la uve que formaban los músculos que fluían debajo de la cintura de sus pantalones de cuero. En lugar de continuar, flexioné mi mano en frente de mí, mi piel caliente por el calor que había quemado los guantes.

—Ah —dijo mientras hacía retroceder sus alas y las doblaba gallardamente detrás de él—. Eso.

Entrecerré los ojos el desborde de la luz del sol.

— ¿Corte de Otoño, verdad?

Tomó mi mano, examinándola, la piel ya magullada por el combate.

—Verdad. Un regalo de su Gran Señor, Beron.

El padre de Lucien. Lucien... me preguntaba qué había hecho él con todo esto. Si me extrañaba. Si Ianthe continuaba... cazándolo.

Aun combatiendo, Cassian y Azriel estaban intentando hacer lo posible por no parecer que nos estuvieran espiando.

—No estoy muy al tanto de las complejidades de los dones elementales de los otros Grandes Señores —dijo Rhys—, pero podemos descubrirlo, día a día, si es necesario.

—Si eres el Gran Señor más poderoso en la historia... ¿eso significa que lo que obtuve de ti tenga más influencia que lo demás? —¿Por qué había sido capaz de entrar en su cabeza esa vez?

—Inténtalo. —Sacudió bruscamente su mentón hacia mí—. Comprueba si puedes invocar oscuridad. No te pediré que intentes tamizarte —agregó con una sonrisa.

—Para empezar, no sé ni cómo lo hice.

—Deséalo con fuerza.

Le di una mirada impasible.

Él se encogió de hombros.

—Intenta pensar en mí, lo guapo que soy. Lo talentoso...

—Lo arrogante que eres.

—Eso también. —Cruzó sus brazos sobre su pecho desnudo, el movimiento haciendo que los músculos de su estómago aletearan.

—Ponte una camisa mientras estás en eso —bromeé.

Me dio una sonrisa felina.

—¿Te hace sentir incómoda?

—Me sorprende que no hayan más espejos en esta casa, ya que parece que te gusta mirarte mucho.

Azriel entró en un ataque de tos. Cassian se giró con una mano sobre su boca.

Los labios de Rhys se retorcieron.

—Ahí está la Feyre que adoro.

Fruncí el entrecejo, pero cerré mis ojos e intenté ver en mi interior —a cualquier esquina oscura en mí que pudiese encontrar. Había muchas.

Demasiadas.

Y ahora mismo, ahora mismo cada una contenía esa carta que había escrito ayer.

Una despedida.

Por mi propia cordura, mi *propia* seguridad...

—Hay diferentes tipos de oscuridad —dijo Rhys. Yo mantuve mis ojos cerrados—. Está la oscuridad que asusta, la oscuridad que alivia, la oscuridad que tranquiliza. —Me imaginé cada una—. Está la oscuridad de los amantes y la oscuridad de los asesinos. Se convierte en lo que el portador desea que sea, lo que necesita que sea. No es totalmente malo o bueno.

Solo vi la oscuridad de ese calabozo; la oscuridad de la guarida del Bone Carver.

Cassian soltó una maldición, pero Azriel murmuró un suave desafío que hizo que sus espadas empezaran a chocar de nuevo.

—Abre tus ojos. —Así lo hice.

Y encontré oscuridad a mí alrededor. No proveniente de mí, sino de Rhys. Como si el campo de combate hubiese sido eliminado, como si el mundo aún tuviese que empezar.

Silencioso.

Suave.

Pacífico.

Unas luces empezaron a parpadear; pequeñas estrellas, lirios en floración de color azul, morados y blancos. Estiré una mano hacia una de ellas y su luz bailó en las puntas de mis dedos. A lo lejos, tal vez en otro mundo, Azriel y Cassian combatían en la oscuridad, sin duda usándolo como un ejercicio de entrenamiento.

Moví la estrella entre mis dedos como una moneda en una mano de un mago. Aquí, en la suave y chispeante oscuridad, una respiración estable llenó mis pulmones.

No podía recordar la última vez que había hecho tal cosa. Respirar tan fácilmente.

Luego la oscuridad se rompió en pequeños fragmentos y se desvaneció, más rápido que humo en el viento. Me encontré parpadeando ante el cegador sol, mi brazo aún estirando y a Rhysand todavía ante mí.

Aún sin camisa.

Él dijo:

—Podemos trabajar en ello después. Por ahora —Olfateó—, ve a darte un baño.

Le hice un gesto particularmente vulgar y le pedí a Cassian que me llevara volando a casa.

Capítulo 31

Traducido por Wan_TT18 // Corregido por Mais

—No bailes tanto sobre los dedos de tus pies —me dijo Cassian cuatro días más tarde, mientras pasábamos una tarde inusualmente cálida en el ring de entrenamiento—. Pies estables, dagas arriba. Los ojos puestos en los míos. Si estuvieras en un campo de batalla, ya estarías muerta con esa maniobra.

Amren resopló, revisándose las uñas mientras descansaba en una tumbona.

—Ella te escuchó las primeras diez veces que lo dijiste, Cassian.

—Sigue hablando, Amren, y te arrastraré al ring y veremos realmente cuánta práctica has estado haciendo.

Amren se limitó a continuar con la limpieza de sus uñas, con un diminuto hueso, me di cuenta.

—Tócame, Cassian, y te arrancaré tu parte favorita. Tan pequeña como pueda ser.

Él soltó una risita. De pie entre ellos en el ring de entrenamiento en lo alto de la Casa de Viento, con una daga en cada mano, el sudor deslizándose por mi cuerpo, me pregunté si debería encontrar una manera de escapar. Tal vez tamizarme, aunque no había sido capaz de hacerlo de nuevo desde aquella mañana en el reino mortal, a pesar de mis tranquilos esfuerzos en la intimidad de mi propia habitación.

Cuatro días de esto, de entrenamiento con él, de trabajar con Rhys después para tratar de convocar fuego o la oscuridad. Como era de esperarse, había hecho más progreso con lo primero.

Aún no había llegado respuesta de la Corte de Verano. O de la Corte de Primavera, con respecto a mi carta. No había decidido si eso era algo bueno. Azriel continuaba con su intento de infiltrarse en las cortes de las reinas humanas, su red de espías ahora buscaba un punto ciego para entrar. El no haber conseguido hacerlo aún lo había vuelto más silencioso que de costumbre, más frío.

Los ojos plateados de Amren levantaron la vista de sus propias uñas.

—Bueno. Puedes jugar con ella.

—¿Jugar con quién? —dijo Mor, saliendo de las sombras del hueco de la escalera.

Las fosas nasales de Cassian se ensancharon.

—¿Dónde estuviste la otra noche? —preguntó a Mor sin mucho más que un gesto de saludo—. No te vi salir del Rita. —Era su salón de baile habitual para beber y salir de fiesta.

Ellos me habían arrastrado allí hacía dos noches, y había pasado la mayor parte del tiempo sentada en su mesa, tomando mi vino, hablando sobre música con Azriel, quien había llegado contento para la fiesta, pero de mala gana se unió a mí para observar a Rhys celebrando en el bar. Mujeres y hombres observaban a Rhysand a través de la sala y el Shadowsinger y yo hicimos un juego de apuestas sobre quién, exactamente, tendría el valor suficiente para invitar al Gran Señor a su casa.

Como era de esperar, Az ganó todas las rondas. Pero al menos estaba sonriendo para el final de la noche, para el deleite de Mor cuando ella tropezó de nuevo en nuestra mesa buscando tomar otra bebida antes de pavonearse a la pista de baile de nuevo.

Rhys no aceptó las ofertas que le llegaron, sin importar lo bonitas que fueran, sin importar cómo le sonrieran y se rieran. Y sus rechazos eran educados, firmes, pero amables.

¿Había estado con alguien desde Amarantha? ¿Quería a otra persona en su cama después de Amarantha? Ni siquiera el vino me dio el valor de preguntarle a Azriel al respecto.

Mor, al parecer, iba al Rita más que nadie, prácticamente vivía ahí, en realidad. Ella se encogió de hombros ante las demandas de Cassian y otro asiento como el de Amren apareció.

—Sencillamente me... fui —dijo, dejándose caer.

—¿Con quién? —presionó Cassian.

—La última vez que me fijé —dijo Mor, reclinándose en la silla—, no recibía órdenes de ti, Cassian. O que tuviera que darte reportes. Así que, dónde estaba y con quién, no es de tu maldita incumbencia.

—Tampoco se lo dijiste a Azriel.

Hice una pausa, sopesando esas palabras, los tensos hombros de Cassian. Sí, había cierta tensión entre él y Mor que daba lugar a que discutieran, pero... tal vez Cassian aceptaba el papel de intermediario no para mantenerlos separados, sino para alejar al shadowsinger del dolor. De ser *noticia vieja*, como yo la había llamado.

Al final, Cassian recordó que yo estaba de pie frente a él, observó la expresión de comprensión en mi rostro, y me dio una de advertencia a cambio. Bastante justo.

Me encogí de hombros y me tomó un momento ubicar las dagas y recuperar el aliento. Por un instante, deseé que Nesta estuviera ahí, aunque sólo fuera para *verlos* confrontarse. No habíamos oído nada sobre mis hermanas —o sobre las reinas mortales. Me preguntaba cuándo enviaríamos otra carta o intentaríamos con otra forma.

— ¿Por qué, exactamente —dijo Cassian a Amren y Mor, sin molestarse en tratar de sonar agradable—, estáis vosotras dos, *señoritas*, aquí?

Mor cerró los ojos mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, tomando el sol sobre su dorado rostro con la misma irreverencia que Cassian tal vez trató de proteger a Azriel —y de la que tal vez Mor también intentó proteger a Azriel.

—Según parece, Rhys vendrá en unos momentos para darnos algunas noticias. ¿Amren no te lo dijo?

—Lo olvidé —dijo Amren, aun estrujándose las uñas—. Estaba divirtiéndome mucho viendo a Feyre evadir las técnicas testadas de Cassian que hacen que las personas hagan lo que él quiera.

Las cejas de Cassian se levantaron.

—Has estado aquí durante una *hora*.

—Ups —dijo Amren.

Cassian levantó las manos.

—Baja tu culo aquí y dame veinte estocadas...

Un gruñido vicioso y sobrenatural lo interrumpió.

Pero Rhys salió del hueco de la escalera, y no podía decidir si debía estar aliviada o decepcionada de que el enfrentamiento de Cassian contra Amren fuera pospuesto repentinamente.

Vestían con sus ropas finas, no con las de combate de cuero ni con sus alas a la vista. Rhys los miró, a mí, a las dagas que había dejado en el suelo, y luego dijo:

—Siento interrumpir cuando las cosas se estaban poniendo interesantes.

—Por fortuna para las pelotas de Cassian —dijo Amren, echándose hacia atrás en su silla—, llegaste en el momento adecuado.

Cassian gruñó con poco entusiasmo hacia ella.

Rhys se rio, y dijo a nadie en particular:

—¿Listos para unas vacaciones de verano?

—¿La Corte de Verano te ha invitado? —dijo Mor.

—Por supuesto que sí. Feyre, Amren, y yo nos marchamos mañana.

¿Solamente nosotros tres? Cassian pareció tener el mismo pensamiento, sus alas crujieron mientras cruzaba sus brazos y se enfrentaba a Rhys.

—La Corte de Verano está llena de tontos impetuosos y arrogantes imbéciles —advirtió—. Debería acompañaros.

—Tú podrías encajar perfectamente —canturreo Amren—. Es una lástima que aun así no vayas.

Cassian la señaló con el dedo.

—Ten cuidado, Amren.

Ella le enseñó los dientes en una sonrisa maliciosa.

—Créeme, preferiría no ir, tampoco.

Apreté mis labios en una línea para evitar sonreír o hacer muecas, no lo sabía.

Rhys se frotó las sienes.

—Cassian, teniendo en cuenta el hecho de que la última vez que fuiste, eso no terminó bien...

—Destrocé *un* edificio...

—Y —Rhys le cortó—. Teniendo en cuenta el hecho de que están completamente aterrorizados de la dulce Amren, *ella* es la opción más sabia.

No sabía si había alguien vivo que *no* estuviera aterrado por completo de ella.

—Fácilmente podría ser una trampa —presionó Cassian—. ¿Quién dice que el retraso en responder no sea porque están en contacto con nuestros enemigos para emboscarte?

—Esa es *otra* de las razones por la que viene Amren —dijo Rhys simplemente.

Amren tenía el ceño fruncido, aburrido y molesto.

—También hay una gran cantidad de tesoros en la Corte de Verano. Si el Libro está oculto, Amren, puede que encuentres otros objetos de tu agrado —dijo Rhys, muy casualmente.

—Mierda —dijo Cassian, levantando sus manos otra vez—. ¿En serio, Rhys? Ya es bastante malo que los vayamos a robar, pero robarles a ciegas...

—Rhysand *tiene* razón en algo —dijo Amren—. Su Gran Señor es joven y no probado. Dudo mucho que haya tenido el tiempo suficiente para catalogar los tesoros que heredó cuando fue nombrado Bajo la Montaña. Dudo que llegue a saber que algo le falta. Muy bien, Rhysand, me apunto.

Nada mejor que un dragón de fuego para guardar su tesoro, claro. Mor me dio una mirada secreta de forma sutil, la cual transmitía la misma cosa, y me tragué una risa.

Cassian comenzó a objetar de nuevo, pero Rhys dijo en voz baja:

—Te necesitaré a ti —no a Amren— en el reino humano. La Corte de Verano te expulsó por la eternidad, y aunque tu presencia sería una buena distracción mientras Feyre hace lo que tiene que hacer, podría hacer más mal que bien.

Me puse rígida. Lo que tenía que hacer, es decir; rastrear el Libro de los Respiros y robarlo. Feyre Rompemaldiciones... y ladrona.

—Tú solo ponte a descansar, Cassian —dijo Amren con los ojos un poco acristalados, mientras, sin duda, se imaginaba el tesoro que podría robar de la Corte de Verano—. Estaremos bien sin ti fanfarroneando y gruñéndole a todo el mundo. Su Gran Señor le debe un favor a Rhys por salvar su vida Bajo la Montaña, y guardar sus secretos.

Las alas de Cassian se agitaron pero Mor intervino: —Y probablemente el Gran Señor también quiera averiguar de qué lado estamos en relación con cualquier conflicto próximo.

Las alas de Cassian se quedaron quietas de nuevo. Sacudió la barbilla hacia mí.

—Menos Feyre. Una cosa es tenerla aquí, incluso cuando todo el mundo lo sabe. Otra cosa es llevarla a una corte diferente y presentarla como un miembro de la nuestra.

Se enviaría el mensaje a Tamlin. Si mi carta no era suficiente.

Pero Rhys había terminado. Incluyó la cabeza hacia Amren y se dirigió hacia el pasadizo. Cassian dio un paso, pero Mor levantó una mano.

—Déjalo —murmuró. Cassian la fulminó, pero obedeció.

Lo tomé como una oportunidad de ir tras Rhys, con la cálida oscuridad dentro de la Casa de Viento cegándome. Mis ojos Fae se ajustaron con rapidez, pero durante los primeros pasos por el estrecho pasillo, me arrastré detrás de Rhys sólo de memoria.

—¿Alguna otra trampa que deba saber antes de partir mañana? —le dije a su espalda.

Rhys miró por encima de su hombro, haciendo una pausa en lo alto del rellano de la escalera.

—Y yo que había pensado que tus notas de la otra noche indicaban que me habías perdonado.

Observé esa media sonrisa, ese pecho que yo podría haber sugerido que lamería y había evitado mirar durante los últimos cuatro días, y me detuve a una distancia considerablemente sana.

—Uno pensaría que un Gran Señor tendría cosas más importantes que hacer que pasar notas de un lado a otro por la noche.

—Tengo cosas más importantes que hacer —ronroneó—. Pero me encontré incapaz de resistir la tentación. De la misma forma que no puedes resistir mirarme cada vez que estamos fuera. Cuán territorial.

Mi boca se secó un poco. Pero, coquetear con él, luchar con él... Era fácil. Divertido.

Tal vez me merecía ambas cosas.

Así que cerré la distancia entre nosotros, andando con facilidad por delante de él, y dije:

—Al parecer, *tú* no has sido capaz de mantenerte lejos de mí desde Calanmai.

Algo onduló en sus ojos que no pude identificar, pero él cogió mi nariz y la sacudió, con tanta fuerza que siseé y golpee su mano, apartándola de mí.

—No puedo esperar a ver lo que esa afilada lengua tuya puede hacer en la Corte de Verano —dijo con la mirada fija en mi boca, y se desvaneció en sombra.

Capítulo 32

Traducido por Idrys // Corregido por Mais

Al final, sólo Amren y yo nos unimos a Rhys; Cassian había fallado en influenciar a su Gran Señor, Azriel todavía seguía fuera supervisando su red de espías e investigando el reino humano, y Mor estaba encargada de custodiar Velaris. Rhys nos tamizaría directamente en Adriata, la ciudad castillo de la Corte de Verano, y ahí nos quedaríamos durante el tiempo que me llevara detectar y robar la primera mitad del Libro.

Como la nueva mascota de Rhys, debería dar tours por la ciudad y por la residencia personal del Gran Señor. Si teníamos suerte, ninguno de ellos se daría cuenta de que el perro faldero de Rhys era en realidad un sabueso.

Y era un muy, muy buen disfraz.

Rhys y Amren se quedaron de pie en el vestíbulo de la mansión al día siguiente, el rico sol de la mañana entraba por las ventanas y caía sobre la alfombra ornamental. Amren vestía sus tonos grises habituales; sus pantalones sueltos un poco más abajo del ombligo, la blusa con un ondulante corte que mostraba un desnudo trozo de piel a lo largo de su vientre. Atractiva como un mar en calma bajo una cielo nublado.

Rhys iba de negro de la cabeza a los pies, acentuado con hilos de plata, sin alas. El hombre frío y culto que había conocido la primera vez. Su máscara favorita.

Para mí, había escogido un fluido vestido de color lila, las faldas fluían en un viento fantasmal por debajo del cinturón recubierto de plata y perlas en mi cintura. Oscuras flores plateadas que hacían juego, habían sido bordadas desde el borde del vestido hasta rozarme los muslos, y unas cuantas más se torcían bajando por los pliegues en mis hombros. El vestido perfecto para combatir el calor de la Corte de Verano.

El vestido giró y suspiró mientras descendía las últimas dos escaleras hacia el vestíbulo. Rhys me estudió con un largo e ilegible movimiento, desde mis pies calzados con zapatos plateados hasta mi cabello. Nuala había rizado los mechones que habían sobrado, rizos suaves y flexibles que resaltaban el oro en mi cabello.

Rhys simplemente dijo: —Bien. Vámonos.

Mi boca se abrió, pero Amren explicó con una amplia sonrisa felina: —Esta de mal humor esta mañana.

—¿Por qué? —pregunté, mirando a Amren tomando la mano de Rhys, sus delicados dedos empujados al lado de los suyos. Me tendió la otra mano a mí.

—Porque —respondió Rhys por ella—, me quedé hasta tarde con Cassian y Azriel, y me dieron una paliza a las cartas.

—¿Mal perdedor? —Le agarré la mano. Sus callos rasparon contra los míos, el único recordatorio del guerrero entrenado por debajo de la ropa y la fachada.

—Lo soy cuando mis hermanos me atacan por turnos —se quejó. No ofreció ninguna advertencia antes de hacernos desaparecer en aire de la medianoche, y luego...

Luego estaba entrecerrando los ojos ante un sol deslumbrante sobre un mar turquesa, mientras trataba de reordenar mi cuerpo por todo el calor seco y sofocante, incluso con la brisa fresca del agua.

Parpadeé un par de veces, y eso fue la reacción suficiente que me permitió mostrar mientras sacaba de un tirón mi mano del agarre de Rhys.

Parecía que nos hallábamos de pie sobre una plataforma de aterrizaje en la base de un palacio de piedra marrón, la construcción situada en el mismísimo pico de una montaña isleña en el corazón de una bahía con forma de media luna. La ciudad se extendía por debajo de nosotros, hacia ese mar espumoso, todos los edificios hechos de esa piedra, o de un brillante material blanco que podría haber sido coral o perla. Las gaviotas aleteaban sobre las numerosas torres y espiras, sin ninguna nube por encima de ellas, nada en la brisa excepto el aire salado y el ruido de la ciudad a sus pies.

Varios puentes conectaban la animada isla con la masa de tierra más grande que la rodeaba por tres lados, uno de ellos se alzaba de modo que un barco lleno de mástiles pudiera cruzarlo. De hecho, había más barcos de los que podía contar: algunos buques mercantes, algunos de pesca y algunos, al parecer, transportando a las personas de la ciudad-isla hacia tierra firme, cuyas orillas inclinadas se encontraban repletas de más edificios, de más personas.

Más personas como la media docena delante de nosotros, enmarcados por un par de puertas de mar de vidrio que se abrían hacia el interior del palacio. En nuestro pequeño balcón, no había opciones para escapar; ningún camino ni forma de tamizarnos... o de atravesar esas puertas. O, supuse, el abismo esperándonos en los tejados rojos de las bonitas casas a metros más abajo.

—Bienvenidos a Adriata —dijo el hombre alto en el centro del grupo.

Y yo lo conocía; le recordaba.

No de un recuerdo. Ya recordaba que el apuesto Gran Señor de Verano tenía la piel morena, el cabello blanco y abrumadores ojos azul turquesa. Ya recordaba que había sido obligado a ver como la mente de su cortesana era invadida y luego su vida extinguida por mano de Rhysand. Mientras Rhysand le mentía a Amarantha acerca de lo que había averiguado, salvando al hombre de un destino que quizás era peor que la muerte.

No... yo ahora recordaba al Gran Señor de Verano de una manera que no podía explicar, como si un fragmento de mí supiera que procedía de él, de aquí. Como si una pieza de mí dijera: *te recuerdo, te recuerdo, te recuerdo. Nosotros somos uno y lo mismo, tú y yo.*

Rhys se limitó a arrastrar las palabras:

—Es bueno volver a verte, Tarquin.

Las otras cinco personas que se encontraban detrás del Gran Señor de Verano intercambiaron ceños fruncidos en varios grados de severidad. Al igual que su señor, sus pieles eran oscuras, sus cabellos en tonos de blanco o plata, como si hubieran vivido bajo el sol brillante toda su vida. Sus ojos, sin embargo, eran de todos los colores. Y ahora se movían entre Amren y yo.

Rhys deslizó una mano en un bolsillo y e hizo un gesto con la otra hacia Amren.

—Amren, creo que a ella ya la conoces. A pesar de que no la has visto desde tu... ascenso. —Frío, con gracia calculadora, con bordes de acero.

Tarquin le dio a Amren el más breve asentimiento de cabeza.

—Bienvenida de nuevo a la ciudad, señora.

Amren no asintió, ni se inclinó, ni hizo una reverencia. Miró a Tarquin por encima, alto y musculoso, con la ropa de color verde mar, azul y oro, y dijo:

—Al menos eres mucho más apuesto que tu primo. Él era una ofensa para la vista. —Una mujer detrás de Tarquin la fulminó completamente con la mirada. Los labios rojos de Amren se ampliaron—. Mis condolencias, por supuesto —agregó con la cantidad de sinceridad que tendría una serpiente.

Malvados, crueles, eso es lo que eran Amren y Rhys... lo que yo iba a ser para ésta gente.

Rhys hizo un gesto hacia mí.

—No creo que hayáis sido presentados formalmente Bajo la Montaña. Tarquin, Feyre. Feyre, Tarquin. —No hubo títulos aquí, ya fuera para ponerlos nerviosos o porque Rhys los encontraba una pérdida de tiempo.

Los ojos de Tarquin, de ese azul cristalino tan impresionante, se fijaron en mí.

Te recuerdo, te recuerdo, te recuerdo.

El Gran Señor no sonrió.

Mantuve el rostro neutral, vagamente aburrido.

Su mirada se desvió hacia mi pecho, a la piel desnuda que revelaba la uve de mi vestido, como si pudiera ver a dónde había ido a parar esa chispa de vida, de su poder.

Rhys siguió esa mirada.

—Sus pechos *son* bastante espectaculares, ¿no es así? Deliciosos como manzanas maduras.

Luché contra el impulso de fruncir el ceño, y en su lugar deslicé mi atención hacia él, de la misma forma indolente que me había mirado a mí, a los demás.

—Y yo aquí, pensando que tenías una fascinación con mi boca.

Una sorpresa de encanto iluminó los ojos de Rhys pero se fue en un instante.

Los dos miramos de nuevo a nuestros anfitriones, todavía con cara de piedra y con las espaldas rígidas.

Tarquin parecía sopesar el aire entre mis compañeros y yo, y entonces dijo con cuidado: —Al parecer, tenéis una historia que contar.

—Tenemos muchas historias que contar —dijo Rhys, señalando con la barbilla hacia las puertas de cristal detrás de ellos—. ¿Qué tal si nos ponemos cómodos?

La mujer a medio paso detrás de Tarquin se acercó más.

—Hemos preparado bebidas refrescantes —dijo.

Tarquin pareció recordarla y puso una mano sobre su delgado hombro.

—Cresseida, princesa de Adriata.

¿Gobernante de su capital o esposa? No había ningún anillo en ninguno de sus dedos, y no la reconocía de Bajo la Montaña. Su largo cabello plateado soplaba sobre su bonito rostro por la salada brisa, y no confundí la luz en sus ojos castaños con algo más que no fuera afilada astucia.

—Es un placer —murmuró con voz ronca hacia mí—. Y un honor.

Mi desayuno se me revolvió en el estómago, pero no le dejé ver lo que me causaba el servilismo; no iba a dejar que se diera cuenta de que era artillería pesada. En lugar de eso le di mi mejor imitación de encogimiento de hombros de Rhysand.

—El honor es mío, princesa —dije.

Los otros fueron presentados a toda prisa: tres asesores que supervisaban la ciudad, la corte, y el comercio. Y luego un hombre apuesto de hombros anchos llamado Varian, el hermano menor de Cresseida, el capitán de la guardia de Tarquin, y el príncipe de Adriata. Fijó su atención totalmente en Amren, como si supiera dónde estaba la mayor amenaza. Y estaría feliz de matarla, si se diera la oportunidad.

En el breve tiempo que la llevaba conociendo, Amren nunca había estado más encantada.

Nos dirigieron al interior de un palacio con pasillos bellamente diseñados con conchas y paredes con un sinfín de ventanas con vista a la bahía y a tierra firme o al mar abierto de más allá. Lámparas de mar de vidrio se balanceaban bajo la tibia brisa por encima de arroyos borboteando y fuentes de agua dulce. Altos Fae —sirvientes y cortesanos— se apresuraban a través y alrededor de ellos, la mayoría de piel morena y vestidos con ropas sueltas y ligeras, todos demasiado preocupados con sus propios asuntos para darse cuenta o mostrar interés en nuestra presencia. No hubieron hadas menores cruzándose en nuestro camino, ni una.

Me mantuve un paso por detrás de Rhysand mientras él caminaba al lado de Tarquin, ese gran poder se retenía y se atenuaba, los otros venían detrás de nosotros. Amren se mantuvo al alcance, y me pregunté si ella también iba a ser mi guardaespaldas. Tarquin y Rhys mantenían una charla ligera y ambos ya sonaban aburridos, hablando acerca del Nynsar que se aproximaba, de las flores nativas que ambas cortes exhibirían durante la breve y pequeña fiesta.

No faltaría mucho para el Calanmai después de eso.

Mi estómago se retorció. Si Tamlin tenía la intención de mantener la tradición, si yo ya no estaba con él... no me permití llegar tan lejos. No sería justo. Ni para mí ni para él.

—Tenemos cuatro ciudades principales dentro de mi territorio —me dijo Tarquin, mirando por encima de su hombro musculoso—. Pasamos el último mes de invierno y los primeros meses de primavera en Adriata, está en su máxima expresión en esta época del año.

Ciertamente, supuse que con el verano sinfín, no había límite a cómo uno podría disfrutar de su tiempo. En el campo, junto al mar, en una ciudad bajo las estrellas... Asentí.

—Es muy hermosa.

Tarquin se me quedó mirando el tiempo suficiente para que Rhys dijera:

—Entiendo que las reparaciones han ido bien.

Eso hizo que la atención de Tarquin regresara a él.

—Principalmente. Queda mucho por hacer. La media mitad trasera del castillo es una ruina. Pero, como puedes ver, hemos terminado la mayoría del interior. Primero nos centramos en la ciudad, y esas reparaciones están en curso.

¿Amarantha había saqueado la ciudad?

—Espero que no se hayan perdido objetos de valor durante su ocupación —dijo Rhys.

—Ninguna de las cosas más importantes, gracias a la Madre —dijo Tarquin.

Detrás de mí, Cresseida se tensó. Los tres asesores se fueron para asistir a otras tareas, murmurando una despedida con miradas cautelosas en dirección a Tarquin. Como si ésta muy bien pudiera ser la primera vez que hubiera necesitado hospedar a alguien y ellos estuvieran vigilando cada movimiento de su Gran Señor.

Él les dio una sonrisa que no le llegó a los ojos, y no dijo nada más a medida que nos llevaba al interior de una habitación abovedada de roble blanco y de cristal verde, con vistas a la boca de la bahía y al mar que se extendía infinitamente.

Nunca había visto un agua tan vibrante. Era verde, cobalto y medianoche. Y en un segundo, en mi mente apareció una paleta de pintura, junto con el azul, el amarillo, el blanco y el negro que tal vez necesitaría para pintarlo...

—Esta es mi vista favorita —dijo Tarquin a mi lado, y me di cuenta que me había ido hacia las amplias ventanas mientras que los otros se habían sentado alrededor de la mesa de nácar. Un puñado de sirvientes estaba apilando las frutas, los vegetales de hojas verdes y los mariscos al vapor en sus platos.

—Debes estar muy orgulloso —dije—, de tener unas tierras tan impresionantes.

Los ojos de Tarquin —como el mar que se extendía frente nosotros— se deslizaron hacia mí.

—¿Cómo se comparan con las que has visto? —Tal pregunta fue cuidadosamente elaborada.

—Todo en Prythian es encantador, en comparación con el reino mortal —dije débilmente.

—¿Y ser inmortal es más encantador que ser humano?

Podía sentir la atención de todos sobre nosotros, incluso mientras Rhys entablaba una sosa conversación con Cresseida y Varian, al borde de una discusión acerca de la situación de sus mercados de pescado. Así que miré al Gran Señor de Verano de arriba y abajo, cómo él me había examinado, descaradamente y sin una pizca de cortesía.

Luego dije:

—Dímelo tú.

Los ojos de Tarquin se arrugaron.

—Eres una perla. Aunque supe eso el día que lanzaste ese hueso a Amarantha y le salpicaste de barro su vestido favorito.

Bloqueeé los recuerdos, el ciego terror de esa primera prueba.

¿Qué quería hacer él con ese tirón entre nosotros... se había dado cuenta de que era su propio poder, o pensaba que era un vínculo en sí, alguna especie de extraña fascinación?

Y si tenía que robárselo a él... tal vez eso significaba acercarse más.

—No te recordaba tan atractivo Bajo la Montaña. La luz del sol y el mar te favorecen.

Un hombre inferior podría haberse pavoneado. Pero Tarquin era más listo, sabía que había estado con Tamlin, que ahora estaba con Rhys, y que ahora había sido traída hasta aquí. Tal vez no pensara mejor de mí que de Ianthe.

—Exactamente, ¿cómo encajas dentro de la corte de Rhysand?

Una pregunta directa, después de tantos rodeos, sin duda para pillarme por sorpresa.

Casi funcionó, casi admití un: «*no lo sé*», pero Rhys dijo desde la mesa, como si hubiera oído cada palabra:

—Feyre es un miembro de mi Círculo Íntimo. Y es mi Emisaria en las Tierras Mortales.

—¿Tienes mucho contacto con el reino mortal? —dijo Cresseida, sentada a su lado.

Lo tomé como una invitación para sentarme y alejarme de la mirada demasiado pesada de Tarquin. Habían dejado un asiento para mí al lado de Amren, al otro lado de Rhys.

El Gran Señor de la Corte Oscura olió su vino –blanco y espumoso– y me pregunté si estaba tratando de hacerlos enojar implicando que lo habían envenenado mientras decía:

—Prefiero estar preparado para cada situación potencial. Y, dado que parece que Hiberno se está tomando molestias, entablar una conversación con los humanos podría ser de nuestro mejor interés.

Varian dejó de centrarse en Amren el tiempo suficiente como para decir más o menos: —¿Entonces se ha confirmado? Hiberno se está preparando para la guerra.

—Han terminado de prepararse —Rhys arrastró las palabras, dando por fin un sorbo de su vino. Amren no tocó su plato, aunque empujó las cosas como siempre hacía. Me pregunté qué –a quien– se comería mientras estuviera aquí. Varian parecía una buena conjetura—. La guerra es inminente.

—Sí, mencionaste eso en tu carta —dijo Tarquin, reclamando el asiento a la cabecera de la mesa, entre Rhys y Amren. Un movimiento audaz, el situarse entre dos seres tan poderosos. ¿Arrogancia, o un intento de amistad? La mirada de Tarquin se posó de nuevo sobre mí antes de centrarse en Rhys—. Y sabes que

nosotros lucharemos contra Hiberno. Perdimos suficientes personas buenas Bajo la Montaña. No tengo ningún interés en ser esclavo de nuevo. Pero si estás aquí para pedirme luchar en otra guerra, Rhysand...

—Eso no es una posibilidad —dijo Rhys sin problemas en interrumpirle—, y siquiera había pasado por mi mente.

Debía de haber mostrado mi atisbo de confusión, porque Cresseida me canturreó: —Los Grandes Señores han ido a la guerra por menos, ¿sabes? Hacerlo por una mujer tan *inusual* no sería nada inesperado.

El cual era probablemente el motivo de haber aceptado esta invitación, favor o no. Para tantearnos.

Si... si Tamlin iba a la guerra para conseguir que volviera. No. No, eso no sería una opción.

Le había escrito, le había dicho que se mantuviera alejado. Y él no era tan tonto como para iniciar una guerra que no podía ganar. No cuando no estaría luchando contra otro Alto Fae, sino contra guerreros Ilirianos, dirigidos por Cassian y Azriel. Sería una masacre.

Así que dije, aburrida, plana y apagada:

—Trata de no parecer demasiado excitada, princesa. El Gran Señor de Primavera no tiene planes de ir a la guerra con la Corte Oscura.

—¿Entonces estás en contacto con Tamlin? —dijo con una sonrisa empalagosa.

Mis siguientes palabras fueron tranquilas, lentas y decidí que no me importaba lanzárselas, ni una pizca.

—Hay cosas que son de conocimiento público, y cosas que no lo son. Mi relación con él es bien sabida. La situación actual de dicha relación, sin embargo, no es de tu incumbencia. O de cualquier otra persona. Pero conozco a Tamlin, y sé que no habrá guerra interna entre las cortes, al menos no por encima de mí o de *mis* decisiones.

—Qué alivio, entonces —dijo Cresseida, bebiendo de la copa de vino blanco antes de romper una gran pinza de cangrejo, rosa, blanca y naranja—. El saber que no estamos acogiendo una novia robada y que no necesitamos devolverla a su maestro, como exige la ley. Y como cualquier persona sabia debería hacer, para mantener los problemas alejados de su puerta.

Amren se quedó completamente inmóvil.

—Me marché por mi propia voluntad —dije—. Y nadie es mi maestro.

Cresseida se encogió de hombros.

—Piensa todo lo que quieras, señorita, pero la ley es la ley. Tú eres, eras, su novia. Jurar lealtad a otro Gran Señor no cambia eso. Por lo tanto, es una muy buena cosa que él respete tus decisiones. De lo contrario, todo lo que haría falta sería una carta de él a Tarquin, solicitando tu regreso, y tendríamos que obedecer. O arriesgarnos a una guerra.

Rhysand suspiró.

—Eres siempre una alegría, Cresseida.

—Cuidado, Gran Señor. Mi hermana dice la verdad —dijo Varian.

Tarquin puso una mano pálida sobre la mesa.

—Rhysand es nuestro invitado, sus cortesanos son nuestros invitados. Y vamos a tratarlos como tales. Los trataremos, Cresseida, como tratamos a las personas que nos salvaron el cuello cuando todo lo que habría hecho falta era una palabra de ellos para que estuviésemos muy, muy muertos.

Tarquin nos estudió a Rhysand y a mí, cuyo rostro se encontraba gloriosamente desinteresado. El Gran Señor de Verano sacudió la cabeza y le dijo a Rhys:— Tenemos cosas que discutir más adelante, tú y yo. Esta esta noche, voy a dar una fiesta por todos vosotros en mi placentera barcaza en la bahía. Después de eso, sois libres de vagar en la ciudad por donde deseéis. Perdonaréis si la princesa es protectora con su pueblo. La reconstrucción de estos meses ha sido larga y dura. No deseamos tener que volver a hacerlo a corto plazo.

Los ojos de Cresseida se oscurecieron, embrujados.

—Cresseida hizo muchos sacrificios en nombre de su pueblo —me ofreció Tarquin suavemente—. No te lo tomes de manera personal.

—Todos hicimos sacrificios —dijo Rhysand, el helado aburrimiento ahora cambiando a algo afilado—. Y ahora estás sentado en esta mesa con tu familia gracias a lo que hizo Feyre. Así que *perdóname*, Tarquin, si le digo a tu princesa que si envía palabra alguna a Tamlin, o si alguien de tu gente intenta llevarla hasta él, sus vidas estarán perdidas.

Incluso la brisa del mar murió.

—No me amenaces en mi propia casa, Rhysand —dijo Tarquin—. Mi agradecimiento llega sólo hasta cierto punto.

—No es una amenaza —contrarrestó Rhys, las pinzas de cangrejo en su plato abriéndose bajo manos invisibles—. Es una promesa.

Todos me miraron, a la espera de alguna respuesta.

Por lo que alcé mi copa de vino, mirándolos a los ojos, sosteniendo más tiempo la mirada de Tarquin, y dije:

—No es de extrañar que la inmortalidad nunca se haga aburrida.

Tarquin se rió y me pregunté si cuando soltó la respiración fue de profundo alivio.

Y a través de ese vínculo entre nosotros, sentí el destello de aprobación de Rhysand.

Capítulo 33

Traducido por Raelen P. // Corregido por Mais

Nos dieron una suite con habitaciones conectadas, todas daban a una sala amplia y lujosa con vista al mar y a la ciudad. Mi habitación tenía decoración de espuma de mar y el tono más claro de azul con puntos dorados; como la concha de almeja dorada en la punta de mi tocador de madera. Acababa de soltarla cuando se oyó que abrían la puerta blanca a mi espalda y Rhys entró.

Se apoyó contra la puerta una vez cerrada, su túnica desabotonada revelaba los círculos superiores del tatuaje que se extendía por su pecho.

—El problema, me acabo de dar cuenta, sería que me agrada Tarquin —dijo a modo de saludo—. Hasta me agrada Cresseida. Podría vivir sin Varian pero unas cuantas semanas junto a Cassian y Azriel y serán como uña y mugre y tendría que aprender a llevarme con él. O él estaría a merced de Amren, y tendría que dejarlo en paz o arriesgarme a enfurecerla.

—¿Y?

Regresé al tocador, donde la ropa que no había empacado pero sin duda provenían de la Corte Oscura, ya me esperaba.

El espacio de la habitación —la amplia cama, las ventanas, la luz del sol— llenaba el silencio entre nosotros.

—Y —continuó Rhys—, quiero que encuentres la manera de hacer lo que tienes que hacer sin convertirlos en nuestros enemigos.

—Así que dices que no me tienen que atrapar.

Asintió. Luego dijo: — ¿Te gusta que Tarquin no pueda dejar de mirarte? No sé si es porque te desea o porque sabe que posees su poder y quiere ver hasta qué grado.

—¿No puede ser ambos?

—Por supuesto. Pero que un Gran Señor te desee es un juego peligroso.

—Primero te burlas de mí con Cassian, ¿y ahora con Tarquin? ¿No puedes buscar otra forma de molestarme?

Rhys se acercó, y tuve que prepararme para su aroma, su calor, el impacto de su poder. Puso sus manos a mis costados, sujetando el tocador. Me negué a alejarme.

—Tienes una tarea aquí, Feyre. Una de la que nadie debe saber. Así que haz lo que tengas que hacer para llevarla a cabo. Pero consigue el libro. Sin que te atrapen.

No era una tonta. Conocía los riesgos. Y ese *tono*, esa *mirada* que siempre me daba.

—¿*Lo que sea*? —Levantó las cejas y yo exhalé—. Si tuviera sexo con él para conseguirlo, ¿qué harías?

Sus pupilas se dilataron, y su mirada cayó a mi boca. El tocador de madera crujió debajo de sus manos.

—Dices cosas tan atroces. —Esperé con el corazón desbocado. Entonces por fin me miró a los ojos otra vez—. Siempre eres libre de hacer lo que quieras, con quién tú quieras. Así que si te lo quieres montar, adelante.

—Tal vez lo haga. —Aunque una parte de mí quería replicar, *Mentirosa*.

—Bien. —Su aliento me acarició los labios.

—Bien —dije, consciente de cada centímetro entre nosotros, la distancia cada vez más pequeña, el reto se elevaba con cada segundo que pasaba sin que nos moviéramos.

—No —dijo con voz queda, sus ojos como estrellas—, pongas en peligro esta misión.

—Conozco el riesgo.

El simple poder de él me envolvía, despertándome. La sal y el mar y la brisa me llamaban, me cantaban. Y como si Rhys también los escuchara, inclinó la cabeza hacia la vela apagada en el tocador.

—Enciéndela.

Quería discutir, pero me giré para mirar vela, convocando fuego, convocando esa furia caliente que él se las arreglaba para... Un chorro violento de agua tiró la vela del tocador, como si alguien le hubiera echado una cubeta.

Me quedé mirando con la boca abierta el agua que caía del tocador, solo se oía el goteo contra el suelo de mármol.

Rhys, con las manos aún a mis costados, se rio suavemente.

—¿Alguna vez podrás seguir órdenes?

Pero lo que sea que fuese, estar aquí, cerca de Tarquin y su poder... Podía sentir que el agua me obedecía. La sentía cubriendo el suelo, sentía el vaivén del mar en la bahía, saboreaba la sal de la brisa. Sostuve la mirada de Rhys.

Nadie era mi amo... Pero yo podría ser ama de todo. Si lo quisiera. Si me atreviera.

Como una lluvia extraña, el agua se elevó del suelo cuando le pedí que se convirtiera como en esas estrellas que Rhys había convocado en su manto de oscuridad. Le pedí a las gotas que se separaran hasta que flotaron a nuestro alrededor, atrapando la luz y brillando como cristales de un candelabro.

Rhys apartó la vista para estudiarlas.

—Te sugiero —murmuró—, que no le muestres este truquito a Tarquin en la habitación.

Envié todas y cada una de las gotas al rostro del Gran Señor. Demasiado raudas y veloces para que las pudiera detener. Algunas me salpicaron cuando lo alcanzaron.

Ambos ahora empapados, Rhys se quedó un poco con la boca abierta, entonces sonrió.

—Buen trabajo —dijo por fin, alejándose del tocador. No se molestó en quitarse el agua de su piel—. Sigue practicando.

Pero yo dije—: ¿Te declarararía la guerra? ¿Por mí?

Sabía de quién hablaba. El temperamento caliente que había estado en el rostro de Rhys segundos antes, se convirtió en una calma letal.

—No lo sé.

—Yo... Regresaría. Si llegara a tal extremo, Rhysand. Regresaría si con eso evito que peléis.

Deslizó una mano mojada dentro de su bolsillo.

—¿Querías regresar? ¿Ir a la guerra en tu honor haría que lo amaras otra vez? ¿Ese gran gesto podría reconquistarte?

Tragué duro.

—Estoy cansada de la muerte. No me gustaría que alguien más muriera, mucho menos si es por mí.

—Eso no responde mi pregunta.

—No. No me gustaría regresar. Pero lo haría. El dolor y matanza no me conquistarían.

Rhys me miró por un largo tiempo, sin expresión alguna, antes de dar zancadas hacia la puerta. Se detuvo con los dedos sobre la perilla con forma de erizo de mar.

—Él te encerró porque lo sabía... el muy bastardo sabía el gran tesoro que eres. Que vales más que tierras, oro o joyas. Lo sabía y te quería solo para él.

Las palabras me golpean, aun cuando aliviaron un pedazo herido de mi alma.

—Él sí me amaba...me ama, Rhysand.

—El problema no es si te amó, sino cuánto. Demasiado. El amor también puede ser un veneno.

Y entonces se fue.

+++

La bahía estaba lo suficientemente tranquila, quizá debido a su amo y señor, que la embarcación apenas se balanceó mientras cenábamos abordo.

Hecho de la mejor madera y oro, el enorme barco era lo bastante grande para los Altos Fae que intentaban no vigilar cada movimiento que Rhys, Amren y yo hacíamos.

La cubierta principal estaba llena de mesas y sillones bajos para comer y pasar el rato, y en el nivel superior, debajo de un toldo de mosaicos fijados con nácar, nuestra mesa estaba puesta. Tarquin era el verano personificado en turquesa y dorado, pedazos de esmeralda brillaban en sus botones y dedos. Una corona de zafiro y oro blanco asemejaba a un oleaje adornaba su cabello turquesa, tan exquisito que a veces me quedaba mirándolo fijamente.

Como ahora, cuando se giró hacia mí y notó mi mirada.

—Uno creería que con lo talentosos que son nuestros joyeros, podrían haber hecho una corona un poco más cómoda. Esta se me clava horriblemente.

Una forma agradable de iniciar una conversación, cuando me había quedado callada durante la primera hora observando la ciudad sobre la isla, el agua, tierra firme, mientras enviaba una red de conciencia, de poder ciego, hacia ésta, para ver si algo respondía. Si el Libro dormitaba en algún lugar ahí afuera.

Nada había respondido a mi llamada silenciosa. Así que pensé que este era tan buen momento como cualquier otro mientras decía: — ¿Cómo la mantuviste alejada de las manos de Amarantha?

Decir el nombre de Amarantha aquí, entre tanta gente feliz y que celebraba, se sintió como invitar una nube de lluvia.

Sentado a su izquierda, metido en una conversación con Cresseida, Rhys ni me miró. De hecho, más temprano, apenas me había hablado; ni siquiera había notado mi ropa.

Era inusual, dado que hasta yo estaba contenta con cómo me veía, y otra vez yo lo había escogido: mi cabello suelto y hacia atrás con una diadema de rosa dorada, mi vestido de raso sin mangas era de color rosa claro –ajustado en el torso– muy parecido al morado que había usado por la mañana. Femenina, delicada y bonita. No me había sentido así en mucho, mucho tiempo. Y tampoco lo había querido.

Pero ser esas cosas aquí no me daría un boleto a una vida planeado fiestas. Aquí, podría ser hermosa y suave como el atardecer, y despertar en la mañana con ropas de combate Ilirianas.

—Nos las arreglamos para sacar la mayoría de nuestros tesoros cuando nuestro territorio cayó. Nostrus, mi predecesor, era mi primo. Yo era príncipe de otra ciudad. Así que me dieron órdenes de esconder el tesoro durante la noche, lo más rápido posible —dijo Tarquin.

Amarantha había matado a Nostrus cuando éste se había revelado, y también ejecutó a toda su familia por venganza. Tarquin debía ser uno de los pocos sobrevivientes si el poder había pasado a él.

—No sabía que la Corte de Verano valoraba tanto el tesoro —comenté. Tarquin soltó una carcajada.

—Los Grandes Señores anteriores lo hacían. Ahora lo hacemos por tradición, más que nada.

Con cuidado pero con aire casual, dije:— ¿Entonces valoras el oro y las joyas?

—Entre otras cosas.

Sorbí un trago de vino para ganar tiempo y pensar en una manera de preguntar sin levantar sospechas. Pero quizá ser directa sería lo mejor.

—¿Los invitados pueden ver la colección? Mi padre era un comerciante. Pasé la mayor parte de mi niñez en su oficina, ayudándolo con sus posesiones. Sería interesante comparar las riquezas mortales con aquellas hechas por manos de Faes.

Rhys seguía hablando con Cresseida, ni una señal de diversión o aprobación a través de nuestro vínculo.

Tarquin inclinó la cabeza hacia un lado, haciendo brillar las joyas de su corona.

—Por supuesto. ¿Qué tal mañana después del almuerzo?

No era estúpido y puede que estuviera consciente del juego, pero... la oferta era genuina. Sonreí un poco, asintiendo con la cabeza. Me giré para ver a la gente que paseaba en la cubierta de abajo, al agua alumbrada por la linterna, aún podía sentir la mirada de Tarquin.

—¿Cómo era? ¿El mundo mortal? —preguntó.

Tomé una fresa de la ensalada de mi plato.

—Solo vi un pequeño pedazo. A mi padre se le conocía como el Príncipe de los Comerciantes, pero yo era muy pequeña para que me llevara en sus viajes a otros lugares del mundo mortal. Cuando tenía once años, perdió nuestra fortuna en una embarcación con destino a Bharat. Pasamos los siguientes ocho años en la pobreza, en una aldea en el páramo cerca del muro. Así que no puedo hablar por todos los mortales cuando digo que lo que vi ahí era... duro. Brutal. Aquí, las líneas de clases parecen ser más borrosas. Allá se definen por el dinero. O lo tienes y no lo compartes, o te dejan para morir de hambre y pelear por tu sobrevivencia. Mi padre... recuperó sus riquezas cuando llegué a Prythian. —Mi corazón dio un vuelco y luego cayó a mi estómago—. Y la gente que no había parecido importarles que nos muriéramos de hambre, volvieron a ser nuestros amigos. Preferiría enfrentar cada criatura en Prythian que los monstruos al otro lado del muro. Sin magia, sin poder, el dinero se ha convertido en lo único importante.

Tarquin tenía los labios en una línea, pero su mirada era contemplativa.

—¿Les ayudarías si hubiera una guerra?

Una pregunta muy peligrosa y seria. No le diría nada de lo que estábamos haciendo en el otro lado del muro, no hasta que Rhys lo creyera apropiado.

—Mis hermanas viven con mi padre. Por ellas, pelearía. Pero por esos aduladores y presuntuosos...no me importaría ver su orden interrumpido. —Como la odiosa familia del prometido de Elain.

Con voz baja, Tarquin dijo:— Hay gente en Prythian que pensaría lo mismo de las cortes.

—¿Qué cosa... deshacerse de los Grandes Señores?

—Tal vez. Pero más que nada eliminar los privilegios inherentes de los Altos Fae sobre las hadas menores. Hasta el término sugiere un nivel de inequidad. Tal vez nos parezcamos más al reino humano de lo que piensas, no tan borrosos como podrían parecer. En algunas cortes, hasta el más pobre de los sirvientes de un Alto Fae tiene más derechos que el más rico de las hadas menores.

Me di cuenta de que no éramos las únicas personas en el barco, en esta mesa. Y que estábamos rodeados de Altos Fae con muy buen oído.

—¿Y estás de acuerdo con ellos? ¿Deberían cambiar las cosas?

—Soy un Gran Señor joven —dijo—. Con apenas ochenta años. —Así que debió tener treinta cuando Amarantha tomó el control—. A lo mejor otros me llamen inexperto o ingenuo, pero he vivido atrocidades de primera mano, y he conocido muchas buenas hadas inferiores que han sufrido por solo nacer en el lado equivocado del poder. Hasta dentro de mis propiedades, las restricciones de la tradición me presionan para imponer las reglas de mis antecesores: se tiene que ignorar por completo a las hadas menores mientras trabajen. Un día me gustaría ver un Prythian en el que ellos sean tomados en cuenta, tanto en mi hogar como en el mundo exterior.

Lo observé cuidadosamente en busca de mentiras o manipulación. Pero no encontré nada.

Robarle, le *robaría*. ¿Pero y si mejor le preguntaba? ¿Me lo daría o las tradiciones de sus ancestros eran demasiado poderosas?

—Dime qué significa esa mirada —dijo Tarquin, apoyando sus brazos musculosos sobre el mantel dorado.

—Pienso que sería muy fácil enamorarse de ti. Y más fácil aún llamarte mi amigo —dije sin rodeos.

Me sonrió ampliamente, sin restricciones.

—No me opondría a ninguna de esas cosas.

Fácil, muy fácil enamorarse de un hombre amable y considerado.

Pero puse mi vista sobre Cresseida, quien ahora casi estaba sobre el regazo de Rhysand. Y Rhysand sonreía como un gato, con un dedo formando círculos sobre el dorso de su mano mientras ella se mordía un labio y brillaba. Miré a Tarquin, con mis cejas levantadas haciendo una pregunta silenciosa.

Él hizo un gesto y sacudió la cabeza.

Esperaba que fueran al cuarto de ella. Porque si tenía que escuchar a Rhys acostarse con ella... No me permití terminar ese pensamiento.

—Han pasado muchos años desde que la vi así —reflexionó Tarquin.

Mis mejillas enrojecieron por la vergüenza. Pero ¿vergüenza de qué? ¿De querer estrangularla sin una buena razón? Rhysand coqueteaba conmigo y se burlaba de mí. Nunca me había... seducido, con aquellas largas miradas resueltas, las medias sonrisas que eran pura arrogancia Iliriana.

Supuse que se me había dado ese regalo una sola vez, y lo había usado, había peleado por él y lo había roto. Y supuse que Rhysand, por todo lo que había sacrificado y hecho... Se merecía alguien como Cresseida por lo menos.

Aun si... Aun si, por un segundo, deseé eso.

Deseé volver a sentirme así.

Y... estaba sola.

Me di cuenta en ese momento, que había estado sola desde hacía mucho tiempo.

Rhys se inclinó para oír algo que le decía Cresseida, sus labios rozando su oído, sus dedos ahora entrelazados.

Y no sentí pena ni desesperanza, ni terror, sino... infelicidad. Una infelicidad tan lúgubre y afilada que tuve que levantarme.

La mirada de Rhys se centró en mí, por fin recordando que existía, y no había nada en su rostro, ni una pista de que sentía lo que yo sentía a través de nuestro vínculo. No me importaba si no tenía un escudo, si mis pensamientos estaban al descubierto y los leía cual libro. Y tampoco parecía importarle a él. Volvió a reírse de lo que sea que Cresseida estuviera diciéndole, acercándose más.

Tarquin se había levantado, observándonos a Rhys y a mí.

Yo estaba infeliz, no solo destrozada. Sino infeliz.

Una emoción, noté. Era una emoción, ya no el vacío sin fin o el miedo ocasionado por la sobrevivencia.

—Necesito aire fresco —dije, a pesar de que estábamos al aire libre. Pero con las luces doradas, la gente yendo y viniendo de la mesa... Necesitaba encontrar un lugar en este barco donde pudiera estar a solas, solo por un momento, fuera una misión o no.

—¿Te gustaría compañía?

Miré al Gran Señor de Verano. No había mentido. Sería muy fácil enamorarse de un hombre como él. Pero no sabía si aun con el dolor que había sufrido Bajo la Montaña, Tarquin pudiera entender la oscuridad que podría vivir para siempre en mi interior. No solo de Amarantha, sino también los años que viví con hambre y desesperación. Que siempre podría ser un poco violenta o inquieta. Que podría ansiar la paz, pero jamás una jaula de comodidad.

—Estoy bien, gracias —dije, y caminé a las gran escalera que daba a la popa del barco, completamente iluminada, pero más tranquila que las áreas principales de la proa.

Rhys ni me miró cuando me alejé. Qué alivio.

Iba a mitad de las escaleras de madera cuando vi a Amren y Varian, ambos recargados contra pilares adyacentes, bebiendo vino e ignorándose. A pesar de que no hablaban con alguien más.

Tal vez esa fuera otra razón por la que ella había venido: para distraer al perro guardián de Tarquin.

Llegué a la cubierta principal, encontré un lugar por la barandilla de madera que estaba un poco más oscura que el resto y me recosté en ella. La magia impulsaba el barco, no había remos ni velas. Así que nos movimos por la bahía, en silencio y suavemente, apenas haciendo ondas a nuestro paso.

No me di cuenta de que lo había estado esperando hasta que el barco atracó en la base de la ciudad en la isla, y me pasé la última hora sola.

Cuando salí a la isla con el resto de la gente, Amren, Varian y Tarquin me esperaban en el muelle, todos un poco tensos.

No se veía en ningún lado a Rhysan ni a Cresseida.

Capítulo 34

Traducido por Candy27 / Corregido por Rincone

Afortunadamente, no hubo ningún sonido desde su habitación cerrada. Y ningún sonido salió durante esa noche, cuando me desperté de una sacudida de una pesadilla sobre ser girada en un asador, y no pude recordar donde estaba.

La luz de la luna bailaba sobre el mar más allá de mis ventanas, y había silencio, tanto silencio.

Un arma. Era un arma para encontrar ese libro, para impedir que el rey rompiera el muro, para detener lo que sea que estuviera planeando Jurian y la guerra que podría destruir mi mundo. Que podría destrozar este lugar, y a un Gran Señor que podría dar la vuelta al orden de las cosas.

Por un segundo, extrañé Velaris, extrañé las luces y la música y el Arcoíris. Extrañé el acogedor calor de la casa de la ciudad que daba la bienvenida desde el fresco invierno, extrañé... lo que era ser parte de su pequeña unidad.

Tal vez envolverme con sus alas, escribirme notas, había sido la manera de Rhys de asegurarse de que su arma no se rompiera a tal punto de no poder ser reparada. Eso estaba bien... bastante justo. No nos debíamos nada más que nuestras promesas de trabajar y luchar juntos.

Todavía podía ser mi amigo. Camarada, lo que fuera la cosa que había entre nosotros. Que llevara alguien a su cama no cambiaba esas cosas.

Simplemente había sido un alivio pensar, por un momento, que tal vez él estaba tan solo como yo.

+++

No tuve la valentía para salir de mi dormitorio para desayunar, para ver si Rhys había vuelto.

Para ver con quien venía a desayunar.

No tenía nada más que hacer, me dije a mi misma que me quedaría en la cama hasta mi visita para comer de Tarquin. Así que me quedé hasta que los sirvientes vinieron, disculpándose por molestarme, y empezaron a irse. Los detuve, diciéndoles que tomaría un baño mientras limpiaban la habitación. Fueron educados, aunque estaban nerviosos, y apenas asintieron mientras hacia lo que había dicho.

Me tomé mi tiempo en el baño. Y detrás de la puerta cerrada, dejé que ese núcleo del poder de Tarquin saliera, primero haciendo que el agua se elevara desde la bañera, y después formé pequeños animales y criaturas con ella.

Era lo más cerca de las transformaciones que me dejaría llegar. Contemplar cómo sería darme a mí misma rasgos de animales solo me pondría enferma. Podía ignorarlo, ignorar ese ocasional roce de garras en mi sangre por un momento.

Estaba haciendo que unas mariposas de agua revolotearan a través de la habitación cuando me di cuenta de que había estado en el baño lo suficiente para que el agua se enfriara.

Como la noche anterior, Nuala pasó a través de las paredes desde donde sea que *estuviera* quedándose en el palacio, y me vistió, de alguna manera en sintonía con el momento en que debería estar preparada. Cerridwen, me dijo, le había tocado algo no tan disfrutable y estaría vigilando a Amren. No tuve la valentía de preguntarle sobre Rhys, tampoco.

Nuala seleccionó un verde marino acentuado con rosa dorado, doblando y luego trenzando mi cabello, formando una gruesa y suelta trenza, que brillaba con pedazos de perlas. Si Nuala sabía porque estaba ahí, lo que iba a hacer, no lo dijo. Pero tomó un cuidado extra con mi rostro, iluminando mis labios con rosa fresa, espolvoreando mis mejillas con el más ligero rubor. Podría haber parecido inocente, encantadora, si no fuera por mis ojos grises. Más sombras de las que había visto la noche anterior, cuando me había admirado en el espejo.

Había visto suficiente del palacio para moverme hasta donde Tarquin había dicho para encontrarnos cuando le había ofrecido las buenas noches. El pasillo principal estaba situado en un nivel intermedio, el perfecto lugar de reunión para quienes vivían en lo alto y quienes trabajaban invisibles y sin ser escuchados por debajo.

Este nivel tenía varias habitaciones de reuniones, salones de baile, comedores, y cualquier otra habitación que se necesitara para los visitantes, eventos o reuniones. El acceso a los niveles residenciales del cual había venido estaba vigilado por cuatro soldados en cada escalera, los cuales me observaban cuidadosamente mientras esperaba a su Gran Señor contra el pilar de conchas. Me

preguntaba si podían sentir que había estado jugando con su poder en el baño, esa pieza de él que había cedido y que ahora estaba aquí respondiéndome a mí.

Tarquin salió desde una de las habitaciones adyacentes mientras el reloj daba las dos, seguido de mis propios compañeros.

Rhysand me miró de arriba abajo, notando las ropas que llevaba obviamente en honor a mi anfitrión y a su gente. Notando la manera en la que no me encontré con sus ojos, o los de Cresseida, mientras miraba solamente hacia Tarquin y Amren detrás de él. Varian ahora iba a zancadas hacia los soldados de la escalera, y les dio una agradable sonrisa.

—Te ves bien hoy —dijo Tarquin, inclinando su cabeza.

Al parecer Nuala era una increíblemente buena espía. La túnica de peltre de Tarquin estaba acentuada con el mismo tono de verde marino que mi ropa. Podía haber sido perfectamente un conjunto a juego. Supuse que con mi cabello castaño claro y mi piel pálida, era su opuesto.

Podía sentir todavía a Rhys evaluándome. Lo ignoré. Tal vez le mandase un perro de agua ladrando detrás de él más tarde, y dejaría que le mordiera el culo.

—Espero no haber interrumpido —le dije a Amrem.

Amren encogió sus delgados hombros, hoy vestía de gris liso.

—Estábamos terminando un debate bastante animado sobre armadas y quienes podrían estar a cargo de un frente unificado. Sabías —dijo—, ¿qué antes de llegar a ser tan grande y poderoso, Tarquin y Varian dirigían la flota Nostrum?

Varian, varios pasos más allá, se tensó, pero no se volvió.

Me encontré con los ojos de Tarquin.

—No mencionaste que fueras un marinero. —Era un esfuerzo sonar intrigada, como si no tuviera ninguna preocupación.

Tarquin se masajeó el cuello.

—Había planeado decírtelo durante nuestro recorrido. —Ofreció un brazo—. ¿Nos vamos?

Ni una palabra, no le había dicho ni una palabra a Rhysand. Y no iba a empezar ahora mientras envolvía mi brazo con el de Tarquin, y le decía a nadie en particular—: Os veo después.

Algo acarició mis barreras mentales, un murmullo de algo oscuro, poderoso. Tal vez una advertencia de que tuviera cuidado.

Aunque sentí una fea emoción muy parecida a la oscura y brillante oscuridad que me perseguía, tan parecida, que me acerqué un poco más a Tarquin y luego le di al Gran Señor de la Corte de Verano una bonita y tonta sonrisa que no le había dado a *nadie* en mucho, mucho tiempo.

Esa caricia de emoción se acalló al otro lado de mis escudos.

Bien.

+++

Tarquin me llevó a una habitación tan llena de joyas y tesoros que me dejó boquiabierto por un buen minuto. Un minuto que usé para observar las estanterías por un sentimiento chispeante...algo que se *sintiera* como el hombre a mi lado, como el poder que había invocado en el baño.

—Y esto es... ¿esto es solo *uno* de los tesoros?

La habitación había sido esculpida profundamente debajo del castillo, detrás de una puerta muy pesada de plomo que solo se había abierto cuando Tarquin puso su mano en él. No me atreví a acercarme lo suficiente a la cerradura para ver si funcionaba bajo mi toque, *su* firma falsa.

Un zorro en el gallinero. Eso es lo que era.

Tarquin soltó una risa ahogada.

—Mis antepasados eran unos bastardos codiciosos.

Sacudí mi cabeza, mirando detenidamente las estanterías esculpidas en la pared. Piedra sólida, sin forma de entrar, salvo que hiciera un túnel en la montaña misma. O si alguien me tamizaba. Aunque habría escudos similares a aquellos en la casa de la ciudad y en la Casa de Viento.

Las cajas rebosaban de joyas y perlas y gemas sin cortar, contenedores tan colmados de oro que se desperdigaban por el suelo de adoquines. Armaduras ornamentadas estaban de pie contra una de las paredes; vestidos tejidos de telarañas y luz de estrellas se inclinaban sobre otra. Había espadas y dagas de todo tipo. Pero no libros. Ni uno.

—¿Conoces la historia detrás de cada pieza?

—De algunas —dijo—. No he tenido mucho tiempo para aprender acerca de eso.

Bien, tal vez si no sabía nada acerca del Libro, no lo extrañaría.

Me di la vuelta en un círculo.

—¿Cuál es la cosa más valiosa aquí?

—¿Pensando en robar?

Solté una risilla.

—¿Hacer esa pregunta no me haría una ladrona terrible?

Mentirosa, despreciable de dos caras, en eso me convertía hacer *esa* pregunta.

Tarquin me estudió.

—Yo diría que estoy mirando a la cosa más valiosa aquí.

No fingí mi sonrojo.

—Eres... muy amable.

Su sonrisa fue suave. Como si su posición todavía no hubiera roto la compasión en él. Esperaba que nunca lo hiciera.

—Honestamente, no sé cuál es la cosa más valiosa. Todo esto son reliquias familiares invaluable de mi casa.

Caminé hacia una estantería, observándola. Un collar de rubíes estaba extendido sobre una almohada de terciopelo, cada uno del tamaño de un huevo de petirrojo. Tomaría una tremenda mujer llevar ese collar, dominar las gemas y no de otra forma.

En otro estante, un collar de perlas. Después zafiros.

Y en otro... un collar de diamantes negros.

Cada una de las piedras oscuras eran un misterio, y una respuesta. Cada uno de ellos dormía.

Tarquin se puso detrás de mí, mirando sobre mi hombro a lo que había captado mi interés. Su mirada se dirigió a mi rostro.

—Cógelo.

—¿Qué? —Me giré hacia él.

Se masajeó la parte de atrás del cuello.

—Como agradecimiento. Por lo de Bajo la Montaña.

Pregúntale ahora, pregúntale por el Libro en su lugar.

Pero eso requeriría confianza, y... amabilidad como él tenía, él era un Gran Señor.

Sacó la caja de su lugar y la cerró antes de dármela.

—Eres la primera persona que no se ríe de mi idea de romper las barreras de las clases sociales. Incluso Cresseida se ríe disimuladamente cuando se lo digo. Si no aceptas el collar por habernos salvado, entonces acéptalo por eso.

—Es una buena idea, Tarquin. Apreciarlo no significa que tengas que recompensarme.

Sacudió la cabeza.

—Solo cógelo.

Le hubiera insultado si me hubiera negado, así que cerré mis manos alrededor de la caja.

—Te quedará bien en la Corte Oscura —dijo Tarquin.

—Tal vez me quede aquí y te ayude a revolucionar el mundo.

Su boca se torció a un lado.

—Podría serme útil un aliado en el Norte.

¿Ese era el motivo por el que me había traído? ¿Por qué me había dado el regalo? No me había dado cuenta de lo solos que estábamos aquí abajo, que estaba bajo tierra, en un lugar en el que sería fácilmente encerrada...

—No tienes nada que temer de mí —dijo, y me pregunté si mi esencia era tan legible—. Pero lo dije en serio... te has... quedado con Rhysand. Y es terriblemente difícil tratar con él. Consigue lo que quiere, tiene planes que le dice a nadie hasta que los ha completado, y no se disculpa por nada. Sé su emisario en el reino humano, pero también sé el nuestro. Has visto mi ciudad. Tengo otras tres como esta. Amarantha las destruyó casi inmediatamente después de tomar el

control. Toda mi gente lo que quiere ahora es paz, y seguridad, y nunca tener que mirar por encima de su hombro de nuevo. Otros Grandes Señores me han contado sobre Rhys, y me han advertido sobre él. Pero él me perdonó Bajo la Montaña. Brutius era mi primo, y teníamos fuerzas reunidas en todas nuestras ciudades para atacar Bajo la Montaña. Los cogieron husmeando por los túneles para encontrarse con ellos. Rhys vio la mente de Brutius, sé que lo hizo. Y aun así le mintió a la cara, y la desafió cuando le dio la orden de convertirlo en un fantasma viviente. Tal vez fue por sus propias maquinaciones, pero sé que fue misericordia. Él sabe que yo soy joven y que no tengo experiencia, y me perdonó. —Tarquin sacudió su cabeza, más que todo hacia sí mismo—. A veces pienso que Rhysand... pienso que tal vez fue su puta para ahorrarnos a todos nosotros su completa atención.

No traicionaría nada de lo que sabía. Pero sospechaba que él podía verlo en mis ojos, el dolor ante la idea.

»—Sé que debería mirarte —dijo Tarquin—, y ver que te ha convertido en una mascota, en un monstruo. Pero veo la bondad en ti. Y creo que eso refleja más de él que nada. Pienso que muestra que tú y él podrían tener muchos secretos...

—Detente —dije abruptamente—. Solo... detente. Sabes que no te puedo decir nada. Y que no te puedo prometer nada. Rhysand es un Gran Señor. Solamente sirvo en su corte.

Tarquin miró al suelo.

—Perdóname si me he sobrepasado. Todavía estoy aprendiendo como jugar a los juegos de estas cortes, para disgusto de mis consejeros.

—Espero que nunca aprendas como jugar a los juegos de estas cortes.

Tarquin mantuvo mi mirada, su rostro precavido, pero un poco sombrío.

—Entonces permíteme una pregunta franca. ¿Es verdad que dejaste a Tamlin porque te encerró en su casa?

Intenté bloquear el recuerdo, el terror y la agonía de mi corazón rompiéndose. Pero asentí.

—¿Y es verdad que fuiste salvada de tu confinamiento por la Corte Oscura?

Asentí otra vez.

—La Corte de Primavera es mi vecino por el sur. Tengo tenues lazos con ellos. Pero a menos que pregunten, no mencionaré que estuviste aquí —dijo Tarquin.

Ladrona, mentirosa, manipuladora. No me merecía su alianza.

Pero incliné mi cabeza en agradecimiento.

—¿Algún otro tesoro escondido para enseñarme?

—¿El oro y las joyas no son suficientemente impresionantes? ¿Qué hay en tu ojo mercante?

Golpeé la caja.

—Oh, ya tengo lo que quiero, Ahora estoy curiosa de cuánto vale esta alianza.

Tarquin rió, el sonido rebotó por la piedra y se amplió a nuestro alrededor.

—No me siento con ganas de ir a mis reuniones esta tarde de todos modos.

—Que temerario y salvaje joven Gran Señor.

Tarquin unió codos conmigo otra vez, palmeando mi brazo mientras me conducía por la sala.

—Sabes, pienso que sería muy fácil enamorarme de ti, también, Feyre. Y más fácil ser tú amigo.

Me obligué a mirar a otro lado tímidamente mientras él cerraba la puerta blindada detrás de nosotros, colocando una palma plana en el espacio debajo del mango. Escuché el clic de la cerradura deslizándose en su lugar.

Me llevó por otras salas debajo de su palacio, algunas llenas de joyas, otras de armas, otras de ropa de eras pasadas. Me enseñó una llena de libros, y mi corazón empezó a latir, pero no había nada ahí. Nada salvo cuero y polvo y silencio. Sin chisporroteo de poder que se sintiera como el hombre al lado mío, ninguna pista del libro que necesitaba.

Tarquin me trajo a una última sala, llena de cajas y pilas cubiertas de sábanas. Y mientras miraba todo el arte que aparecía delante de la puerta abierta, dije:— Creo que ya he visto suficiente por hoy.

No preguntó nada mientras bloqueaba la sala y me escoltaba de vuelta hasta los ocupados y soleados niveles superiores.

Debía haber otros lugares donde podría estar almacenado. Salvo que estuviera en otra ciudad.

Tenía que encontrarlo. Pronto. Había un límite de tiempo en que Rhys y Amren podían llevar sus debates políticos antes de que tuviéramos que ir a casa. Solo rezaba para que pudiera encontrarlo lo suficientemente rápido, y no odiarme más de lo que ya lo hacía.

+++

Rhysand estaba holgazaneando en mi cama como si le perteneciera.

Le di un vistazo a sus manos cruzadas detrás de su cabeza, las largas piernas colgando por el borde del colchón, y apreté los dientes.

—¿Qué quieres?

Cerré la puerta de un golpe lo suficientemente fuerte como para enfatizar el filo de mis palabras.

—Coquetear y reír con Tarquin no te hizo ningún bien, ¿eh?

Lancé la caja hacía la cama al lado de él.

—Dímelo tú.

La sonrisa flaqueó mientras se sentaba, abriendo la tapa.

—Este no es el Libro.

—No, pero es un bonito regalo.

—Quieres que te compre joyas, Feyre, entonces dilo. Después de darte un guardarropa, pensé que te habrías dado cuenta de que *todo* era comprado para ti.

No me había dado cuenta, pero dije—: Tarquin es un buen hombre, un buen Gran Señor. Deberías sencillamente *preguntarle* por el maldito Libro.

Rhys cerró la tapa de un golpe.

—Así que te llena de joyas y pone miel en tu oído, ¿y ahora te sientes mal?

—Él quiere una alianza contigo, desesperadamente. Quiere creer en ti, confiar en ti.

—Bueno, Cresseida está bajo la impresión de que su primo es bastante ambicioso, así yo que tú me aseguraría de leer entre líneas.

—¿De verdad? ¿Te dijo eso antes, durante, o después de llevarla a la cama?

Rhys se puso de pie con movimiento lento y elegante.

—¿Es por eso que no me miras? ¿Por qué crees que he tenido sexo con ella a cambio de información?

—Información o tú propio placer, no me importa.

Caminó alrededor de la cama llegando hasta mí, y me mantuve firme, incluso cuando se detuvo con apenas una mano de ancho entre nosotros.

—¿Celosa, Feyre?

—Si yo estoy celosa, entonces tú estás celoso de Tarquin y su fluir de miel.

Los dientes de Rhysand destellaron.

—¿Piensas que me gusta particularmente tener que coquetear con una mujer solitaria para conseguir información de su corte, de su Gran Señor? ¿Piensas que me siento bien conmigo mismo haciendo eso? ¿Crees que me gusta hacerlo para que tú tengas el suficiente espacio para que puedas jugar con tus sonrisas y tus bonitos ojos, para que podamos conseguir el Libro e ir a casa?

—Parecías disfrutar bastante la noche anterior.

Su gruñido fue suave, vicioso.

—No me la llevé a la cama. Ella quería, pero no hice nada más allá de besarla. La llevé por una bebida a la ciudad, la dejé hablar de su vida, sus presiones, y la llevé de vuelta a su habitación, y no pasé de su puerta. Te esperé en el desayuno, pero te lo saltaste. O me evitaste, según parece. E intenté encontrarme con tus ojos esta tarde, pero tú fuiste muy *buena* dejándome fuera.

—¿Eso es lo que tienes metido bajo la piel? ¿Qué te dejara fuera, o que le fuera tan fácil entrar a Tarquin?

—Lo que tengo metido bajo la piel —dijo Rhys, su respiración un poco desigual—, es que le *sonrieras*.

El resto del mundo desapareció en una neblina mientras las palabras se hundían.

—Estás celoso.

Sacudió su cabeza, caminando hacia la pequeña mesa en la pared más alejada, y se sirvió un vaso de líquido ámbar. Colocó sus manos a la mesa, sus

poderosos músculos de su espalda temblando por debajo de su camisa mientras las sombras de esas alas luchaban por tomar forma.

—Escuché lo que le dijiste —dijo—. Que creías que sería fácil enamorarse de él. Y también lo pensabas de verdad.

—¿Y? —Era la única cosa que se me ocurría decir.

—Estoy celoso... de eso. De que yo no sea... esa clase de persona. Para nadie. La Corte de Verano siempre ha sido neutral; solo mostraron agallas durante esos años Bajo la Montaña. Perdoné la vida de Tarquin porque oí como quería equilibrar el terreno de juego entre los Altos Faes y los demás féricos. Yo he intentado hacer eso durante años. Sin resultado, pero... le perdoné solo por eso. Y Tarquin, con su corte neutral... nunca tendría que preocuparse por la gente escapando porque la amenaza a sus vidas, a la vida de sus hijos, siempre estaría ahí. Así que, si, estoy celoso de él, porque siempre será fácil para él. Y nunca sabrá lo que es mirar hacia el cielo nocturno estrellado y pedir un deseo.

La Corte de los Sueños.

La gente que sabía que había un precio y un pago que merecía la pena, por ese sueño. Los guerreros nacidos bastardos, los Ilirianos mestizos, el monstruo atrapado en un cuerpo hermoso, la soñadora nacida en una corte de pesadillas... Y la cazadora con un alma de artista.

Y tal vez porque era la cosa más vulnerable que me había dicho, tal vez eran la quemazón en mis ojos, pero caminé hasta donde estaba parado sobre el pequeño bar. No le miré mientras cogía el decantador de líquido ámbar y me servía un dedo de ancho, después rellené el suyo.

Pero encontré su mirada mientras chocaba mi copa contra la de él, el cristal sonó claro y brillante sobre el mar abajo, y dije: —Por la gente que mira a las estrellas y pide deseos, Rhys.

Cogió su copa, su mirada tan penetrante que me preguntaba porque me había molestado sonrojarme por Tarquin.

Rhys chocó su copa contra la mía.

—Por las estrellas que escuchan, y los sueños que son respondidos.

Capítulo 35

Traducido por Candy27 // Corregido por Mais

Dos días pasaron. En cada momento estaba haciendo malabarismos entre actos de verdades y de mentiras. Rhys se aseguró de que no fuera invitada a las reuniones que él y Amren mantenían para distraer a mi amable anfitrión, garantizándome tiempo para registrar la ciudad en busca de alguna pista del Libro.

Pero no con demasiado entusiasmo; no tan intensamente. No podía mostrarme demasiado intrigada mientras vagabundeaba por las calles y muelles, no podía hacer preguntas demasiado importantes a la gente que me encontraba sobre los tesoros y leyendas de Adriata. Incluso cuando me levantaba al alba, me hacía esperar hasta una hora razonable antes de adentrarme en la ciudad, me obligaba a tomar un extenso baño para secretamente practicar esa magia del agua. Y mientras crear animales de agua se hacía tedioso después de una hora... se me hacía más fácil. Tal vez por mi proximidad a Tarquin, tal vez por cualquier afinidad por el agua que ya estuviera en mi sangre, en mi alma, aunque por supuesto no estaba en la posición de preguntar.

Una vez que el desayuno era servido y consumido, me aseguraba de parecer un poco aburrida y desanimada cuando finalmente caminaba a través de la brillante entrada del palacio en mi camino hacia la ciudad que empezaba a despertar.

Difícilmente alguien me reconocería mientras casualmente examinaba las tiendas y las casas y los puentes por cualquier brillo de hechizo que se sintiera como Tarquin, a pesar de que dudaba que tuvieran razones para ello. Habían sido los Altos Faes –la nobleza– la que había sido mantenida Bajo la Montaña. Estas personas habían sido dejadas aquí... para ser atormentadas.

Cicatrices contaminaban los edificios, las calles, de lo que habían hecho en represalia por su rebelión: marcas de quemaduras, trozos de piedra arrancados, edificios enteros hechos escombros. La parte de atrás del castillo, como Tarquin había dicho, ciertamente estaba a medio camino de ser reparada. Tres torretas estaban medio destrozadas, la piedra bronceada chamuscada y derruida. Ninguna pista del Libro. Los trabajadores se esforzaban aquí –y por toda la ciudad– para reparar las áreas rotas.

Justo como las personas que habían visto –Altos Faes y hadas con escamas, branquias y con dedos larguiruchos y palmeados– todos parecían estar sanando

lentamente. Había cicatrices y más extremidades perdidas de las que podía contar. Pero en sus ojos... en sus ojos, la luz brillaba.

También los había salvado. Los había liberado de cualquier horror que había ocurrido durante esas cinco décadas.

Había hecho cosas terribles para salvarlos... pero los había salvado.

Y nada sería suficiente para arreglarlo, pero... no me sentía tan pesada, a pesar de no encontrar el brillo de la presencia del Libro, cuando volví al palacio en lo alto de una colina en la tercera noche, esperando noticias de Rhysand acerca de las reuniones del día, y enterarme de si había podido descubrir algo.

Mientras subía las escaleras del palacio, maldiciéndome a mí misma por mantenerme tan fuera de forma incluso con las lecciones de Cassian, espí a Amren sentada en el borde del balcón de una torreta, limpiando sus uñas.

Varian se apoyaba contra la puerta del balcón de otra torreta que estaba a la distancia de un salto, y me preguntaba si estaba considerando si podía cerrar la distancia lo suficientemente rápido para empujarla por el balcón. Un gato jugando con un ratón, eso es lo que era. Amren estaba prácticamente acicalándose, silenciosamente retándole a acercarse lo suficiente para olisquearla. Dudaba que a Varian le gustaran sus garras. A menos que fuera el motivo por el que la cazaba día y noche.

Sacudí mi cabeza, y continué subiendo, mirando cómo bajaba la marea.

El cielo marcado por la puesta del sol estaba atrapado en el agua y en el oleaje. Una leve brisa nocturna susurraba a su paso, y me incliné hacia ello, dejando que el frío me llenara. Hubo un tiempo en el que temía el final del verano, donde había rezado para que se mantuviera lo máximo posible. Ahora el pensamiento de un calor y sol sinfín me... aburría. Preocupante.

Estaba a punto de volverme hacia las escaleras cuando observé la pequeña pieza de tierra que se había revelado cerca del curso de la marea. La pequeña construcción. Con razón no lo había visto antes, no había estado tan arriba durante el día cuando la marea estaba baja... y durante el resto del día, por el barro y las algas que ahora brillaban en él, habría estado completamente cubierto.

Incluso ahora, estaba medio sumergido. Pero no podía quitar mis ojos de ello. Como si fuera una pequeña pieza de casa, húmeda y miserable como estaba, y necesitaba simplemente correr a través del curso del barro entre la parte más tranquila de la ciudad y tierra firme, rápido, rápido, rápido, así lo cogería antes de que desapareciera debajo de las olas de nuevo.

Pero el sitio era demasiado visible, y desde la distancia, definitivamente no podía decir si el Libro *estaba* contenido allí.

Teníamos que tener la absoluta certeza antes de ir, para garantizar los riesgos de buscar. Totalmente seguros.

Deseé no hacerlo, pero me di cuenta de que ya tenía un plan para eso, también.

+++

Cenamos con Tarquin, Cresseida y Varian en su comedor familiar, un gesto claro de que el Gran Señor ciertamente quería esta alianza, ambición o no.

Varian estaba estudiando a Amren como si estuviera intentando resolver un acertijo que ella le hubiera planteado, y ella le pagaba sin hacerle caso mientras debatía con Casseida acerca de varias traducciones de algún texto antiguo. Había estado conduciendo mi pregunta, diciéndole a Tarquin sobre las cosas que había visto en su ciudad ese día, el pescado fresco que había comprado para mí en el muelle.

—Te lo comiste allí mismo —dijo Tarquin, elevando las cejas.

Rhys había levantado la cabeza de un golpe cuando dije:— Ellos lo frieron con la comida de los otros pescadores. No me cobraron extra por ello.

Tarquin dejó salir una risa impresionada.

—No puedo decir que haya hecho eso siendo marinero o no.

—Deberías —dije, queriendo decir cada palabra—. Estaba delicioso.

Vestía el collar que me había regalado, y Nuala y yo habíamos planeado mi ropa alrededor de él. Decidimos el gris —un tono suave y perla— para mostrar el brillante negro. No vestía nada más, ni pendientes, ni pulseras, ni anillos. Tarquin parecía complacido con ello, incluso a pesar de que Varian se había atragantado cuando me contempló en una reliquia familiar de su casa. Cresseida, sorprendentemente, me dijo que me quedaba bien y que no pegaba aquí de todas maneras. Un cumplido con doble intención, pero elogio suficiente.

—Bueno, tal vez vaya mañana. Si me acompañas.

Le sonreí a Tarquin, consciente de todas las que le había ofrecido, ahora que Rhys lo había mencionado. Aparte de darme pequeñas y nocturnas novedades de su falta de progreso con el descubrimiento de cualquier cosa del Libro, realmente no habíamos hablado desde aquella tarde que le rellené el vaso, aunque había sido debido a nuestros propios días ocupados, no por incomodidad.

—Eso me gustaría —dije—. Tal vez podamos dar por un paseo en la mañana por la calzada cuando la marea esté baja. Hay un pequeño edificio justo al camino que parece fascinante.

Cresseida dejó de hablar, pero yo continué, dando un sorbo de mi vino.

»Me imagino que ya que he visto la mayoría de la ciudad, puedo verlo de camino a visitar también parte de tierra firme.

Tarquin le lanzó una mirada a Cresseida que fue toda la confirmación que necesitaba. Ese edificio de piedra seguramente guardaba lo que buscábamos.

—Son las ruinas de un templo —dijo Tarquin débilmente, la mentira suave como la seda—. Solo barro y algas ahora. Hemos querido repararlo durante años.

—Tal vez podemos ir al puente entonces. Ya he tenido suficiente barro por un tiempo.

Recuerda que te salvé, que luché contra el Middebgard Wyrn, olvida la amenaza...

Los ojos de Tarquin sostuvieron los míos por un tiempo demasiado largo.

En un parpadeo, lancé mi silencioso y oculto poder hacia él, una lanza que apuntaba a su mente, a esos recelosos ojos. Había un escudo en el lugar, un escudo de mar de vidrio, de coral y ondulante mar.

Me convertí en ese mar, me convertí en el susurro de las olas contra la roca, en el brillo de la luz del sol contra las alas blancas de una gaviota. Me convertí en él, me convertí en ese escudo mental.

Y entonces lo atravesé, un lazo nítido y oscuro me enseñaría el camino de vuelta cuando lo necesitara. Dejé que el instinto me guiara, sin duda concedido por Rhys, me llevara hacia adelante. A lo que necesitaba ver.

Los pensamientos de Tarquin me golpearon como piedritas. *¿Por qué pregunta por el templo? De todas las cosas que podía mencionar...* Alrededor de mí, continuaron comiendo. Yo continúe comiendo. Hice que mi propio rostro, en un cuerpo diferente, un mundo diferente, sonriera amablemente.

¿Por qué tantas ganas de querer venir aquí? ¿Por qué me preguntar sobre mi tesoro?

Como olas chapoteando, envié mis pensamientos lavando los suyos.

Ella es inofensiva. Es amable, y está triste y rota. La has visto con tu gente, has visto como los trata. Cómo te trata. Amarantha no ha roto esa amabilidad.

Vertí mis pensamientos en él, tiñéndolos con el océano y lágrimas de golondrina de mar, envolviéndolos a la esencia de lo que era Tarquin, la esencia que me había dado.

Llévala a tierra firme mañana. Eso la mantendrá lejos de preguntar por el templo. Ella salvó Prythian. Es tu amiga.

Mis pensamientos se establecieron en él como piedras lanzadas a una piscina. Y cuando el recelo se desvaneció de sus ojos, supe que mi trabajo había terminado.

Me arrastré de vuelta –atrás, atrás, deslizándome por esa pared de océano y perlas, enrollándome hacia el interior hasta que mi cuerpo era una caja alrededor mío.

Tarquin sonrió.

—Nos encontraremos después del desayuno. A menos que Rhysand me quiera para más reuniones.

Ni Cresseida ni Varian hicieron mucho más que echarle una mirada. ¿Rhys se había encargado de sus propias sospechas? Un rayo atravesó mi sangre, incluso a pesar de que ésta gritaba por lo que había hecho...

Rhys agitó una mano perezosamente.

—Por supuesto, Tarquin, pasa el día con mi señora.

Mi señora. Ignoré las dos palabras. Pero callé mi propia maravilla a lo que había conseguido, el pequeño horror construyéndose por la invisible violación a Tarquin de la que nunca sabría.

Me incliné hacia delante, agarrándome con mis brazos desnudos a la fría mesa de madera.

—Dime que hay para ver en tierra firme —le dije a Tarquin, y apartándolo de pensamientos sobre el templo que había al bajar la marea.

+++

Rhys y Amren esperaron hasta que se apagaron las luces de la casa antes de venir a mi habitación.

Había estado sentada en mi cama, contando los minutos, formando mi plan. Ninguna de las habitaciones de invitados daba al curso de la marea, como si no quisieran que alguien lo notara.

Rhys llegó primero, apoyándose contra la puerta cerrada.

—Que rápida aprendiz eres. A la mayoría de los daemati les toma años dominar ese tipo de infiltración.

Clavé las uñas en las palmas de mis manos.

—¿Sabes... lo que hice? —Decir las palabras en voz alta se sentía mucho más... real.

Me dio un bajo asentimiento.

—Y qué trabajo más experto hiciste, usando *su* esencia para engañar sus barreras, para conseguir pasarlas... Chica lista.

—Nunca me perdonará —exhalé.

—Nunca lo sabrá. —Rhys inclinó su cabeza, su sedoso cabello negro deslizándose sobre su frente—. Te acostumbrarás. Esa sensación de que estás cruzando los límites, de que los estás violando. Si sirve de algo, no he disfrutado particularmente de convencer a Varian y a Cresseida de encontrar otras cosas más interesantes.

Bajé mi mirada hacía el pálido suelo de mármol.

»Si no te hubieras ocupado de Tarquin —continuó—, es probable que estuviéramos hasta las rodillas de mierda ahora mismo.

—Ha sido mi culpa de todos modos, he sido la que ha preguntado por el templo. Simplemente estaba limpiando mi propio desastre. —Sacudí mi cabeza—. No se siente bien.

—Nunca lo hace. O no debería. De lejos muchos daemati pierden esa sensación. Pero aquí, esta noche... los beneficios superan los costes.

—¿Eso es también lo que te dijiste a ti mismo cuando entraste en mi mente? ¿Cuál fue el beneficio entonces?

Rhys se apartó de la puerta, cruzando la habitación hasta donde estaba sentada en la cama.

—Hay partes de tu mente que dejé imperturbables, cosas que te pertenecen solamente a ti, y siempre lo harán. Y por el resto... —Sus mandíbula se apretó—. Me asustaste como la mierda durante mucho tiempo, Feyre. comprobar de ese modo... no podía simplemente irrumpir en la Corte de Primavera y preguntarte como estabas, ¿verdad? —Pasos ligeros se escucharon en el pasillo: Amren. Aunque Rhys igual sostuvo mi mirada mientras decía—: Te explicaré el resto en algún otro momento.

La puerta se abrió.

—Parece un lugar estúpido para esconder un libro —dijo Amren como saludo mientras entraba, dejándose caer en la cama.

—Y el último lugar en el que mirarías —dijo Rhys, alejándose de mí para tomar asiento en el tocador de metal al lado de la ventana—. Pueden encantarlo fácilmente contra la humedad y la decadencia. ¿Un lugar solamente visible por pequeños momentos durante el día, cuando la tierra alrededor de él es expuesta para que todos la vean? No puedes pedir un lugar mejor. Tenemos los ojos de cientos mirándonos.

—¿Entonces cómo entramos? —dije.

—Seguramente esté protegido contra la tamización —dijo Rhys, apoyando los brazos en sus muslos—. No me arriesgaré a encender las alarmas intentándolo. Así que entraremos por la noche, a la vieja usanza. Puedo llevarlas a ambas, y después quedarme vigilando —añadió cuando elevé mis cejas.

—Qué galante —dijo Amren—, hacer la parte sencilla, y después dejar que las mujeres indefensas hagan el trabajo entre barro y algas.

—Alguien tiene que quedarse volando en círculos lo suficientemente alto para ver a alguien aproximándose, o para dar la voz de alarma. Y enmascarar vuestra vista.

Fruncí el ceño.

—Las cerraduras responden a su toque; esperemos que respondan al mío.

—¿Cuándo intervenimos? —dijo Amren.

—Mañana por la noche —dije—. Hay que ver las rotaciones de los guardias esta noche en marea baja, y hay que ver en dónde están los vigilantes. A quienes tendremos que quitar antes de hacer nuestra intervención.

—Piensas como un Iliriano —murmuró Rhys.

—Creo que eso se supone que es un cumplido —confió Amren.

Rhys resopló, y sombras se juntaron alrededor de él mientras perdía el agarre de su poder.

—Nuala y Cerridwen ya se están moviendo dentro del castillo. Yo tomaré el cielo. Vosotras dos deberíais ir a dar un paseo nocturno, considerando lo caluroso que está el ambiente. —Luego se había ido con un susurro de alas invisibles y una calurosa y oscura brisa.

Los labios de Amren estaban rojo sangre a la luz de la luna. Sabía quién tendría la tarea de tomar cualquier ojo espía, y acabar con un aperitivo. Mi boca se secó un poco.

—¿Quieres dar una vuelta?

Capítulo 36

Traducido por Wan_TT18 // Corregido por Mais

El día siguiente fue una tortura. Lento, interminable, una tortura caliente como el infierno.

Fingir interés por tierra firme, mientras caminaba con Tarquin, conocer su gente, sonreírles, todo se volvía más difícil mientras el sol serpenteaba a través del cielo, y finalmente comenzaba a avanzar poco a poco hacia el mar. Mentirosa, ladrona, embaucadora, así es como me llamarían pronto.

Tenía la esperanza de que lo supieran –que Tarquin lo supiera– que lo habíamos hecho por su bien.

Tal vez era arrogancia suprema, el pensar de esa manera, pero... era cierto. Teniendo en cuenta la rapidez con la que Tarquin y Cresseida se habían mirado el uno al otro, guiándome lejos de ese templo... Apostaría que no habrían entregado ese libro. Por sus propias razones, lo querían.

Tal vez este nuevo mundo de Tarquin solamente podía basarse en la confianza... Pero no tendría la oportunidad de construirse si se limpiaba todo aquello bajo los ejércitos del Rey de Hiberno.

Eso es lo que me dije una y otra vez mientras caminábamos por su ciudad, mientras soportaba los saludos de su gente. Tal vez no tan alegres como los de Velaris, pero... tenían una tentativa calidez duramente ganada. Personas que habían sufrido lo peor y probado ahora cómo superarlo. Como yo debería estar avanzando más allá de mi propia oscuridad.

Cuando el sol finalmente estaba deslizándose en el horizonte, le confesé a Tarquin que estaba cansada y hambrienta, y, siendo amable y servicial, me llevó de vuelta, comprándome un pastel de pescado cocido al horno de camino a casa. Incluso había comido un pescado frito en los muelles esa tarde.

La cena fue peor.

Nos marcharíamos antes del desayuno, pero ellos no lo sabían. Rhys mencionó que regresaríamos mañana por la tarde a la Corte Oscura, así que quizás una salida anticipada no sería tan sospechosa. Dejaría una nota sobre asuntos urgentes, dando las gracias a Tarquin por su hospitalidad, y luego desapareceríamos de vuelta a casa, a Velaris. Si todo iba de acuerdo al plan.

Ya conocíamos donde estaban ubicados los guardias, cómo funcionaban sus rotaciones, y también, donde estaban sus puestos en tierra firme.

Y cuando Tarquin besó mi mejilla para darme las buenas noches, diciendo que deseaba que no fuera mi última noche y tal vez me vería cuando visitara la Corte Oscura pronto... casi me caí de rodillas para pedirle perdón. La mano de Rhysand en mi espalda era una advertencia sólida para no perder la cabeza, aunque su rostro tenía nada más que tranquila diversión.

Fui a mi habitación. Y encontré ropa de cuero de combate Iliriana esperándome. Junto con el cinturón de cuchillos Ilirianos.

Así que me vestí para la batalla una vez más.

+++

Rhys nos llevó volando cerca de la marea baja, dejándonos antes de subir a los cielos, donde se quedaría dando círculos, supervisando los guardias en la isla y la península mientras nosotras cazábamos.

El lodo apestaba, salpicándonos y apretándonos con cada paso en el camino estrecho al pequeño templo en ruinas. Los percebes, algas marinas y lapas se aferraban a las piedras de color gris oscuro, y cada paso al interior de la solitaria cámara hacía que esa *cosa* en mi pecho dijera *¿dónde estás?, ¿dónde estás?, ¿dónde estás?*

Rhys y Amren habían registrado los escudos alrededor del sitio, pero no encontraron nada. Extraño, pero afortunado. Gracias a la puerta abierta, no nos atrevimos a arriesgarnos con luz, pero por la grietas del techo de piedra, la luz de la luna proporcionaba suficiente iluminación.

Con barro hasta las rodillas y el agua de las mareas deslizándose a lo largo de las piedras, Amren y yo inspeccionamos la cámara, poco más de cuarenta pies de ancho.

—Puedo sentirlo —exhalé—. Como una mano con garras corriendo por mi espina dorsal. —De hecho, mi piel se estremeció, tenía los pelos de punta por debajo de mi cálida ropa de cuero—. Está... dormido.

—No es de extrañar que lo escondieran debajo de la piedra, el barro y el mar —murmuró Amren, el lodo la salpicaba mientras se giraba en el sitio en el que estaba de pie.

Me estremecí, los cuchillos Ilirianos sobre mí ahora se sentían tan útiles como mondadientes, y volví de nuevo en mi lugar.

—No siento nada en las paredes. Pero es aquí.

De hecho, ambas miramos hacia abajo en el mismo momento y nos agachamos.

—Deberíamos haber traído una pala —dijo.

—No hay tiempo para conseguir una. —La marea estaba totalmente fuera ahora. Cada minuto contaba. No sólo por el regreso del agua, sino también por la salida del sol que no estaba demasiado lejos.

Cada paso a través del firme agarre del barro tomaba esfuerzo, me enfoqué en ese sentimiento, esa llamada. Me detuve en el centro del cuarto, un punto muerto. *Aquí, aquí, aquí*, susurró.

Me agaché, estremeciéndome ante el fango helado, ante los fragmentos de caparazones y los residuos que raspaban mis manos desnudas mientras empezaba a echarlos a un lado.

—Rápido.

Amren siseó, pero se inclinó para aferrarse al denso lodo.

Cangrejos y cosas resbaladizas hacían cosquillas en mis dedos. Me negaba a pensar en ellos.

Así que cavamos, y cavamos, hasta que estuvimos cubiertas de lodo salado que quemaba nuestros innumerables cortes pequeños mientras jadeamos ante un suelo de piedra. Y ante una puerta delantera.

Amren maldijo.

—Hecha para contener su fuerza, para preservarla. Ellos solían alinear los sarcófagos de los grandes gobernantes con ello, porque pensaban que un día se despertarían.

—Si el Rey de Hiberno se desenfrena con ese Caldero, muy bien podrían hacerlo.

Amren se estremeció, y señaló.

—La puerta está sellada.

Me limpié la mano en la única parte limpia de mí –mi cuello– y utilicé la otra para raspar el último trozo de barro en la puerta redonda. Cada roce contra el plomo envió punzadas de frío a través de mí. Pero ahí estaba, en el centro de la puerta, una espiral tallada.

—Esto ha estado aquí por un largo tiempo —murmuré.

Amren asintió.

—No me sorprendería que, a pesar de la huella del poder del Gran Señor, Tarquin y sus predecesores nunca hayan puesto un pie en este lugar, si el hechizo de sangre para proteger este lugar es transferido inmediatamente a ellos una vez que asumen el poder.

—¿Por qué codiciar el Libro entonces?

—¿No encerrarías un objeto de tan terrible poder para que nadie pueda utilizarlo en su propio beneficio o para el mal? O tal vez lo cerraron con llave en un lugar lejano como su propia moneda de cambio si alguna vez se vuelve necesario. No tengo idea de por qué, de todas las cortes, se le concedió la mitad del Libro en primer lugar.

Negué con la cabeza y puse mi mano plana sobre el espiral de delante.

Una sacudida me atravesó como un relámpago, y emití un gruñido, alejándome de la puerta.

Mis dedos se congelaron, como si el poder hubiera descargando mi esencia, bebiendo como bebía Amren, y lo sentí vacilar, preguntando...

Soy Tarquin. Soy el verano, soy el calor, soy el mar, el cielo y el campo sembrado.

Fui cada sonrisa que me había dado, me convertí en el azul cristalino de sus ojos, el color moreno de su piel. Sentí mi propio cambio de piel, sentí los huesos estirándose y cambiar. Hasta *ser* él, y tener un conjunto de manos de hombre, ahora empujando contra la puerta. Hasta que la esencia de mí se convirtió en lo que había probado en esa parte mental interna suya; mar, sol y salmuera. No me di ni momento para pensar en qué poder había acabado de usar. No permití que ninguna parte de mí que no fuera Tarquin brillara.

Soy tu maestro, y me dejarás pasar.

La cerradura se movió con más fuerza y más duro, y apenas podía respirar...

A continuación, ésta hizo un clic y gruñó.

Cambié de nuevo a mi propia piel, y me moví a la derecha del fango acumulado cuando la puerta se hundió y se alejó, metiéndose debajo de las piedras para revelar una escalera de caracol que iba la deriva en una absoluta penumbra. Y desde abajo, llegado en una brisa salada y húmeda, se sintieron tentáculos de poder.

Al otro lado de la escalera que se había abierto, el rostro de Amren estaba más pálido que de costumbre, sus ojos de plata deslumbrantes brillando.

—Nunca vi el Caldero —dijo ella—, pero debe ser terrible si un grano de su poder se siente... así.

De hecho, ese poder estaba llenado la cámara, mi cabeza, mis pulmones... asfixiándome, ahogándome y seduciéndome...

—Rápido —dije, y una pequeña bola de fuego fae derribó la curva de la escalera, iluminando unos gastados escalones grises resbaladizos por la baba.

Saqué mi cuchillo de caza y descendí, con una mano apoyada en la pared de piedra congelada para no resbalar. Bajé en una espiral descendente, con Amren de cerca, antes de que el fuego fae bailara sobre el agua podrida que llegaba hasta la cintura. Examiné el pasadizo a los pies de la escalera.

—Hay un pasillo, y una cámara más allá. Todo despejado.

—Entonces apresúrate de una puta vez —dijo Amren.

Preparándome, entré en las oscuras aguas aguantándome un grito por la temperatura cercana a la congelación, el mal olor de la misma. Amren se atragantó, el agua casi hasta su pecho.

—Este lugar sin duda se llena con rapidez una vez que la marea suba de nuevo —dijo mientras chapoteábamos a través del agua, con el ceño fruncido a los muchos agujeros de drenajes en las paredes.

Fuimos únicamente lo suficientemente lento para que ella pudiera detectar cualquier tipo de protección o trampa, pero, no había nada. Nada en absoluto. ¿Aunque quien llegaría alguna vez hasta aquí, a un lugar así?

Los locos, unos locos desesperados, esos lo harían.

El largo pasillo de piedra terminaba en una segunda puerta principal. Detrás de ella, ese poder se enroscaba, superponiéndose la huella de Tarquin.

—Está ahí dentro.

—Obviamente.

Fruncí el ceño, las dos temblando. El frío era lo suficientemente profundo que me pregunté si ya podría haber muerto en mi cuerpo humano. O bien de camino a eso.

Apoyé la palma de mi mano en la puerta. La succión, el cuestionamiento y el drenaje fueron peores esta vez. Tanto que tuve que apoyar mi mano tatuada en la puerta para no caer de rodillas llorando, mientras me examinaba.

Soy el verano, soy el verano, soy el verano.

No cambié al cuerpo de Tarquin en ese momento, no lo necesité. Un clic y un gruñido, y la puerta principal rodó dentro de la pared, el agua entró y nos llevó a rastras mientras tropezaba al interior de los brazos de Amren.

—Asquerosa, asquerosa cerradura —dijo entre dientes, estremeciéndose no solamente por el agua.

La cabeza me daba vueltas. Otra cerradura más y podría desmayarme.

Pero el fuego fae se balanceó en la cámara de más allá de nosotras y ambas nos detuvimos.

El agua no se mezcló con otra fuente, sino más bien se detuvo frente a un umbral invisible. Más allá de la cámara seca, había un vacío salvo por una tarima redonda y un pedestal.

Y una pequeña caja de plomo encima de ella.

Amren agitó una mano vacilante sobre el aire, donde el agua simplemente se había.... detenido. Entonces, satisfecha de que no hubiera escudos o trampas, dio un paso adelante, pisando sobre las piedras grises entrando en la cámara con un pequeño respingo. Después me hizo señas.

Caminé por el agua tan rápido como pude, siguiéndola, medio cayendo al suelo en lo que mi cuerpo se ajustaba al aire repentino. Di una vuelta, y por supuesto, el agua era un muro negro, como si hubiera un panel de vidrio manteniéndola en su lugar.

—Vamos a darnos prisa con esto —dijo, y no discrepé.

Inspeccionamos cuidadosamente la cámara: suelos, paredes, techos. No había señales de mecanismos o detonantes ocultos.

Aunque no más grande que un libro común, la caja de plomo parecía tragarse el fuego fae...y en su interior, susurraba... El poder del sello de Tarquin, y el Libro.

Y ahora escuchaba, tan claro como si Amren lo susurrara:

¿Quién eres? ¿qué eres? Acércate, déjame olerte, déjame verte...

Hicimos una pausa en lados opuestos del pedestal, el fuego fae se estaba cerniendo sobre la tapa.

—No hay escudos —dijo Amren, su voz escuchándose apenas más que el roce de sus botas sobre la piedra—. No hay hechizos. Tienes que cogerlo, llevarlo afuera. —La idea de tocar esa caja, acercarme a la cosa ahí dentro...—. La marea está subiendo de nuevo —añadió Amren, observando el techo.

—¿Tan pronto?

—Tal vez el mar lo sabe. Tal vez el mar está al servicio del Gran Señor.

Y si nos sorprendía ahí abajo cuando el agua entrara...

No creía que mis pequeños animales acuáticos fueran de ayuda. El pánico se retorció en mi estómago, pero lo aparté y me armé de valor, levantando la barbilla.

La caja sería pesada...y estaría fría.

¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Quién eres?...

Flexioné mis dedos e hice crujir mi cuello. *Soy el verano, soy mar, el sol, y las cosas verdes.*

—Vamos, vamos —murmuró Amren. Por encima, el agua corría sobre las piedras.

¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Quién eres?...

Soy Tarquin; soy el Gran Señor; soy tu maestro.

La caja se calmó. Como si eso fuera respuesta suficiente.

Cogí la caja del pedestal, el metal mordiendo el interior de mis manos y el poder un rumor aceitoso a través de mi sangre.

Una antigua y cruel voz siseó:

Mentirosa.

ACOTAR #2
PARADISE SUMMERLAND

Y la puerta se cerró de golpe.

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA

Capítulo 37

Traducido por Raeleen P. // Corregido por Mais

—¡NO! —le gritó Amren a la puerta en un instante, su puño en una forja radiante cuando la golpeaba contra la rendijilla, una, dos veces.

Y arriba se oía la velocidad y el burbujeo del agua cayendo hacia abajo, llenando la cámara...

No, no, no...

Alcancé la puerta, deslizando la caja en el bolsillo grande de mi chaqueta de cuero mientras la palma brillante de Amren se apretaba contra la puerta, quemando y calentando el metal; remolinos radiaban de ésta como si fuera un idioma por sí misma y entonces...

La puerta se abrió de golpe.

Y una corriente de agua se nos abalanzó.

Busqué la entrada pero la perdí cuando el agua me llevó atrás, arrastrándome debajo de la oscura y fría superficie. El frío me robó el aliento. Tenía que encontrar el suelo, encontrar el suelo...

Mis pies lo alcanzaron y me impulsé hacia arriba, tomando aire y buscando a Amren por la oscura cámara. Ella se estaba agarrando de la entrada, la mirada en mí, y me tendía su mano brillante.

El agua ya me llegaba al pecho y me apresuré hacia ella, luchando contra la embestida del agua, enviando ese nuevo poder a mi cuerpo, a mis brazos...

El agua se volvió más tranquila, como si el núcleo de poder calmara su corriente, su furia, pero Amren ahora escalaba la puerta.

—¿Lo tienes? —gritó por sobre el ruido del agua.

Asentí y me di cuenta de que su mano no estaba extendida hacia mí, sino hacia la puerta que había echado hacia atrás. Manteniéndola ahí para que yo saliera.

Atravesé el arco, Amren me siguió y la puerta se cerró con tal violencia que me pregunté cuánta fuerza utilizó para mantenerla abierta.

Lo malo era que ahora el agua del pasillo tenía mucho menos espacio para llenar.

—Vete —dijo, pero no esperé su aprobación para tomarla de las piernas, enredándolas a mi cintura, al tiempo que la echaba sobre mi espalda.

—Solo... haz lo que tengas que hacer —escupí, estirando el cuello para evitar el agua que no dejaba de aumentar.

Las escaleras no estaban muy lejos, las cuales ahora eran una cascada. ¿Dónde demonios estaba Rhysand? Pero Amren estiró una mano con la palma hacia afuera, y se abrió un camino por el agua. No estaba completamente despejado pero la corriente había disminuido. Dirigí esa pequeña parte del poder de Tarquin —*mi* poder— hacia éste. El agua se calmó aún más, esforzándose para obedecer a mis órdenes.

Corrí, sujetándole las piernas tan fuerte que probablemente dejaría una marca. Un paso a la vez, el agua ahora me llegaba a la mandíbula, a la boca...

Pero llegué a las escaleras, casi tropezándome en el escalón resbaladizo, pero el jadeo de Amren me detuvo de golpe. No era un jadeo de asombro, sino uno para tomar aire al tiempo que una pared de agua bajaba por las escaleras. Como si una enorme ola hubiese arrasado con todo el lugar. Aun con mi control del elemento, me fue imposible hacer algo al respecto.

Tuve el tiempo suficiente para tomar aire, sujetar las piernas de Amren y prepararme... Y vi que la puerta de arriba se cerraba, dejándonos dentro de una tumba de agua.

Estaba muerta. Sabía que lo estaba y no había manera de escapar.

Había gastado mi último aliento, y estaría consciente de cada segundo hasta que mis pulmones se rindieran, mi cuerpo me traicionara y tragara esa bocanada fatal de agua.

Amren me golpeó las manos hasta que la solté, hasta que nadé tras ella, intentando tranquilizar al pánico en mi corazón, mis pulmones, intentando convencerlos de aprovechar cada segundo en lo que Amren alcanzaba la puerta y presionaba su palma en ésta. Los símbolos destellaron una y otra vez. Pero la puerta no cedió.

Fui hacia ella, estampado mi cuerpo contra la puerta una y otra vez, y el plomo se abolló bajo mis hombros. Entonces me salieron garras, no pezuñas y empecé a cortar y golpear el metal...

Me ardían los pulmones. Estaban cediendo...

Amren golpeó la puerta, ese poco de luz empezaba a disminuir, como si estuviera contando los últimos latidos de su corazón.

Tenía que tomar una respiración, tenía que abrir mi boca y tomar aire, tenía que calmar el ardor...

Luego, la puerta fue arrancada.

Y la luz aún era lo suficientemente brillante para que pudiera ver tres rostros hermosos y etéreos siseando con sus dientes de pez al tiempo que sus dedos delgados y palmeados nos alejaban de las escaleras y nos envolvían entre sus brazos con piel de rana.

Espectros acuáticos.

Pero yo ya no aguantaba.

Y mientras esas manos escamosas me tomaron del brazo, abrí mi boca, dejando entrar agua y bloqueando cualquier pensamiento, sonido o aliento. Mi cuerpo se rindió, las garras desaparecieron...

Desechos, algas marinas y agua pasaron a mi lado, y tuve la vaga sensación de ser arrastrada por el agua tan rápido que ésta me quemó hasta por debajo de las pestañas.

Y luego hubo aire caliente; aire, aire, aire, pero tenía los pulmones llenos de agua y...

Un puño se estampó contra mi estómago y vomité agua a través de las olas. Tomé bocanadas de aire, y parpadeé ante el cielo rosa y morado del amanecer.

Oí un balbuceo y jadeo a mi lado, toqué el agua al girarme en la bahía para ver a Amren vomitando también, pero al menos estaba viva.

Y en las olas entre nosotras, con el cabello de color ónix cubriendo sus extrañas cabezas como si fueran cascos, los espectros acuáticos flotaban, mirándonos fijamente con esos ojos grandes y oscuros.

El sol se estaba alzando sobre ellas, la ciudad nos encerraba.

La que se situaba al centro dijo:

—La deuda de nuestra hermana está pagada.

Y luego desaparecieron.

Amren ya estaba nadando hacia la orilla a lo lejos.

Rogando que no regresaran y nos comieran, la seguí apresurada, intentando mantener mis brazadas lo más pequeñas posible para que no me detectaran.

Llegamos a una caleta tranquila y colapsamos.

+++

Una sombra bloqueaba el sol y la punta de una bota me tocó la pantorrilla.

—¿Qué —dijo Rhysand, aún en su traje de batalla negro—, estáis haciendo?

Abrí los ojos y vi a Amren elevándose sobre sus codos.

—¿Dónde *demonios* estabas? —exigió saber ella.

—Vosotras dos activasteis cada maldita trampa del lugar. Yo estaba cazando a los guardias que intentaron activar la alarma—. Me ardía la garganta y la arena me hacía cosquillas en la mejilla, mis manos estaban al rojo vivo—. Creí que lo tenías bajo control —le dijo a ella.

Amren siseó—: Ese *lugar*, o ese condenado libro, casi logra bloquear mis poderes. Por poco nos ahogamos.

Su mirada cayó en mí.

—No sentí nada a través del vínculo...

—Probablemente también bloqueó eso, estúpido bastardo —disparó Amren.

Él parpadeó.

—¿Lo encontrasteis? —No se veía preocupado porque estuviéramos medio ahogadas y que casi hubieramos muerto.

Me toqué mi chaqueta, el pesado bulto de metal por dentro.

—Bien —dijo Rhys y miré detrás de él ante la repentina urgencia en su tono.

Bastante seguro, en el castillo del otro lado de la bahía, la gente estaba yendo de un lado a otro rápidamente.

—Se me escaparon algunos guardias —siseó y nos tomó de los brazos y desaparecimos.

El oscuro viento estaba helado y rugía, y apenas me quedaba fuerza suficiente para aferrarme a él.

Me rendí por completo, al igual que Amren, cuando llegamos al recibidor de la casa de la ciudad, y ambas colapsamos sobre el suelo de madera, ensuciando la alfombra de arena y agua.

Cassian gritó desde el comedor detrás de nosotros: —¿Qué demonios?

Alcé la mirada hacia Rhysand, que apenas se acercó a la mesa.

—También estoy esperando una explicación —apenas le contestó a Cassian, Azriel y Mor, quienes miraban con sorpresa.

Pero yo me giré hacia Amren, aún tendida en el suelo. Sus ojos enrojecidos se estrecharon.

—¿Cómo?

—Durante el Diezmo, la emisaria de los espectros acuáticos dijo que no tenían ni dinero ni comida para pagar. Se estaban muriendo de hambre. —Cada palabra dolía y creí que iba a vomitar de nuevo. Él se lo merecía si vomitaba por toda la alfombra. Aunque probablemente me lo descontaría de mi salario —. Así que le di algunas de mis joyas para que pagara sus deudas. Ella juró que ni ella ni sus hermanas olvidarían jamás mi generosidad.

—Que alguien me lo explique, por favor —pidió Mor desde la otra habitación.

Permanecemos en el suelo y Amren comenzó a reírse quedamente, su menudo cuerpo sacudiéndose.

—¿Qué? —demandé.

—Solo una inmortal con un corazón humano les habría dado dinero a una de esas horribles bestias. Es tan... —Amren volvió a reírse, su oscuro cabello estaba cubierto con arena y algas marinas. Por un momento, hasta pareció humana —. Sea cual sea la suerte que tengas, niña... gracias al Caldero por ella.

Los otros nos observaban pero sentí que se me escapaba una risita. Seguida de una carcajada rasposa y lastimera como mis pulmones. Pero era una risa sincera, nacida quizás, de la histeria... y un profundo alivio.

Nos miramos y nos echamos a reír otra vez.

—Damas —ronroneó Rhysand, una orden silenciosa.

Gruñí cuando me levanté, la arena se esparció por todo el lugar, y le ofrecí una mano a Amren. Su agarre fue firme, pero sus ojos grisáceos destellaban una ternura sorprendente al tiempo que me daba un apretón antes de chasquear los dedos.

Al instante, ambas estábamos limpias y calientes, nuestra ropa ya seca. A excepción del parche alrededor de mi pecho, en donde esperaba la caja.

Mis compañeros tenían los rostros serios cuando me acerqué y metí la mano en mi bolsillo. Sentí un pedazo de metal entre los dedos, tan frío que me quemó. Lo dejé caer sobre la mesa. Dio un golpe sordo y todos retrocedieron, maldiciendo.

Rhys dobló un dedo hacia mí.

—Una última tarea, Feyre. Ábrela, por favor.

Las piernas me temblaban, la cabeza me daba vueltas y sentía la boca seca, llena de sal y arena, pero... quería acabar con esto. Así que me senté en una silla, jalando esa odiosa caja hacia mí, y coloqué una mano sobre ésta.

Hola, mentirosa, ronroneó.

—Hola —dije con voz queda.

¿Me vas a leer?

—No.

Los demás no dijeron nada; sin embargo su confusión era palpable. Solo Rhys y Amren me miraban con atención.

Ábrete, pedí en silencio.

Di por favor.

—Por favor —dije.

La caja —el Libro— se quedó en silencio. Y entonces dijo: *Como polos que se atraen.*

—Ábrete —dije, apretando los dientes.

Deshecho y Hecho; Hecho y Deshecho, ese es el ciclo. Como polos que se atraen.

Presioné con más fuerza, estaba tan cansada que no me importaban los pensamientos que se me escapaban, las partes y pedazos que eran parte de mí y los que no: calor y agua y hielo y luz y sombra.

Rompemaldiciones, me dijo y la caja se abrió.

Me recosté en la silla, agradecida por el cálido fuego en la chimenea cercana.

Los ojos color avellana de Cassian estaban oscuros.

—No quiero volver a escuchar esa voz en mi vida.

—Bueno, lo harás —dijo Rhysand con voz baja, levantando la tapa—. Pues vendrás con nosotros a ver a las reinas mortales tan pronto se dignen a visitarnos.

Estaba demasiado cansada como para pensar en eso, en lo que aún nos quedaba por hacer. Le eché un vistazo al interior de la caja.

No era un libro, no de papel y cuero. Estaba hecho de placas oscuras de metal, sujetos con tres aros: uno de oro, otro de plata y el último de bronce; cada uno hecho meticulosamente, en un alfabeto que no reconocí. Sí, al final resultó que mis clases de lectura fueron innecesarias.

Rhys lo dejó dentro de la caja mientras lo observamos, entonces nos retiramos. Solo Amren permaneció en su lugar. La sangre había abandonado su rostro por completo.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó Mor.

Me pareció ver que a Amren le temblaban las manos pero las metió dentro de sus bolsillos.

—No es un idioma de este mundo.

Solo Rhys no mostró reacción alguna ante la conmoción en el rostro de Amren. Como si ya supiera de qué idioma se trataba. La razón por la que la había elegido para esta misión.

—¿Y cuál es? —preguntó Azriel.

Amren miró fijamente el Libro por un largo tiempo —como si fuera un fantasma, o un milagro— y dijo: —Es Leshon Hakodesh. La Lengua Sagrada.

Esos ojos de color mercurio miraron a Rhysand, y me di cuenta de que ella también había comprendido por qué había ido.

—Oí una leyenda que decía que estaba escrito en una lengua de seres poderosos que le temían al poder del Caldero y crearon el Libro para combatirlo. Seres poderosos que vivieron aquí... y luego desaparecieron. Eres la única que puede descifrarlo —dijo Rhysand.

Mor fue la que lo advirtió.

—No te atrevas a jugar con esto, Rhysand.

Pero él negó con la cabeza.

—No estoy jugando. Fue un riesgo que tomé que Amren fuera capaz de leerlo... y solo tuve suerte.

Amren ensanchó sus fosas nasales con delicadeza, y por un segundo me pregunté si lo estrangularía por no contarle de sus sospechas, que el Libro podría ser mucho más que la llave de nuestra salvación.

Rhys le sonrió, como si estuviera dispuesto a darle una oportunidad.

Hasta Cassian puso una mano sobre su cuchillo de combate.

Pero entonces Rhysand habló.

—También pensé que el Libro podría contener el hechizo para liberarte y enviarte a casa. Si es que fueron ellos los que lo escribieron en primer lugar.

La garganta de Amren se movió... solo un poco.

—Mierda —dijo Cassian.

Rhys continuó.

—No te conté mis sospechas porque no quería esperanzarte. Pero si las leyendas del idioma son reales... Tal vez puedas encontrar lo que has estado buscando, Amren.

—Necesito la otra parte para descifrarlo. —Su voz estaba ronca.

—Espero que nuestra petición a las reinas mortales sea respondida pronto —dijo, frunciendo el ceño ante la arena y agua que ensuciaba el vestíbulo—. Y con suerte el próximo encuentro saldrá mejor que este.

Su boca se apretó pero aun así, sus ojos le brillaban con intensidad.

—Gracias.

Diez mil años en el exilio, sola.

Mor suspiró —un sonido fuerte y dramático, con la intención de romper el pesado silencio, sin duda— y se quejó, diciendo que quería que le contáramos la historia completa.

Sin embargo Azriel dijo: —Aun si el libro puede invalidar al Caldero... Todavía tenemos que lidiar con Jurian.

Todos lo miramos.

—Esa es la pieza que no encaja —aclaró Azriel, golpeando un dedo tatuado sobre la mesa—. ¿Por qué molestarse en resucitarlo? ¿Y qué hace el rey para mantenerlo sometido? ¿Qué tiene el rey sobre Jurian para mantener su lealtad?

—He pensado en ello —intervino Rhys, tomando asiento frente a mí en la mesa, en medio de sus hermanos. Claro que ya había pensado en ello. Rhys se encogió de hombros—. Jurian era... obsesivo en lo que a la persecución de sus metas respecta. Murió antes de alcanzar muchas de éstas.

Mor empalideció un poco.

—Si sospecha que Miryam está viva...

—Lo más probable es que crea que Miryam está muerta —la tranquilizó Rhys—. ¿Y quién mejor que el rey para revivir a su examante, con un Caldero capaz de resucitar a los muertos?

—¿Jurian formaría una alianza con Hiberno solo porque cree muerta a Miryam y la quiere recuperar? —preguntó Cassian, recargando los brazos sobre la mesa.

—Lo haría para vengarse de Drakon por ganar su corazón —respondió Rhys. Sacudió la cabeza—. Lo hablaremos más tarde.

Y yo hice una nota mental para recordar preguntarle quiénes eran esas personas, cuál era su historia; preguntarle a Rhys por qué nunca había insinuado Bajo la Montaña que *conocía* al hombre detrás del ojo del anillo de Amarantha. Después de que me hubiera bañado. Y tomado agua. Y una siesta.

Pero todos volvían a vernos a Amren y a mí, aguardando a que les contaremos la historia. Me sacudí unos cuantos granos de arena y dejé que Amren la contara, cada palabra sonaba más inverosímil que la anterior.

Del otro lado de la mesa, levanté la mirada de mi ropa y me encontré con que los ojos de Rhys ya estaban puestos en mí.

Ladeé la cabeza un poco, bajando mi escudo lo suficiente para decir a través del vínculo: *Por los sueños que son escuchados.*

Un latido después, una caricia sensual viajó por mis escudos mentales, como una amable petición. Los dejé caer, lo dejé entrar, y su voz me llenó la cabeza. *Por las cazadoras que recuerdan a los menos afortunados, y por los espectros acuáticos que nadan muy, muy rápido.*

Capítulo 38

Traducido por Idrys // Corregido por Mais

Amren se llevó el Libro a donde fuera que vivía en Velaris, dejándonos a los cinco para comer. Mientras Rhys les contaba sobre nuestra visita a la Corte de Verano, logré zamparme el desayuno antes del agotamiento por pasar despierta toda la noche, desbloqueando esas puertas, y muy a punto de que haber muerto. Cuando desperté, la casa se hallaba vacía, la cálida luz del sol de la tarde brillaba dorada y el día estaba tan inusualmente caluroso y encantador que me llevé un libro hasta el pequeño jardín en la parte trasera.

El sol finalmente se movió, dejando el jardín en sombras hasta el punto de que volvía a hacer frío. No estaba del todo dispuesta a renunciar todavía al sol así que anduve los tres niveles hasta el jardín de la azotea para ver cómo se ponía el sol.

Por supuesto, *por supuesto*, Rhysand ya estaba descansando en una de las sillas de hierro pintadas de blanco, con uno de sus brazos por encima del espaldar mientras su otra mano agarraba perezosamente un vaso de algún tipo de licor, y con una licorera de cristal llena ese licor puesta sobre la mesa delante de él.

Sus alas se cubrían el suelo de baldosas detrás de él, y me pregunté si también estaba aprovechando del día inusualmente apacible para asolear sus alas, cuando carraspeé.

—Sé que estás ahí —dijo sin volver su vista del Sidra y el mar rojo dorado de más allá.

Fruncí el ceño.

—Si quieres estar solo, me puedo ir.

Hizo un gesto con la barbilla hacia el asiento vacío en la mesa de hierro. No era una invitación brillante, pero... me senté.

Había una caja de madera al lado de la licorera, y podría haber pensado que era algo para lo que él estaba bebiendo si no hubiera notado la daga formada de nácar en la tapa.

No tuve que jurar que podía oler el mar, el calor y la tierra que era de Tarquin.

—¿Qué es eso?

Rhys vació su copa y levantó una mano —la licorera flotó a su lado en un viento fantasma— y se sirvió otra gran cantidad antes de hablar.

—Lo he estado pensando durante un buen rato —dijo, mirando hacia su ciudad—. Y debería haber simplemente preguntado a Tarquin por el Libro. Pero pensé que podría haber dicho que no y entonces vender la información al mejor postor. Pensé que podría haber dicho que sí, y aún así demasiado personas terminarían conociendo nuestros planes y habiendo una gran posibilidad de que la información se filtrara. Y al final del día, necesitaba saber *por qué* nuestra misión tenía que permanecer en secreto durante tanto tiempo como fuera posible. —Bebió de nuevo, y se pasó una mano por su pelo negro azulado—. No me agradó robarle. No me gustó lastimar a sus guardias. No me gustó desaparecer sin una palabra, cuando, ambición o no, él realmente quería una alianza. Tal vez incluso una amistad. Ningún otro Gran Señor se ha molestado o atrevido a hacerlo. Pero creo que Tarquin quería ser mi amigo.

Miré entre él y la caja y repetí:

— ¿Qué es eso?

—Ábrelo.

Abrí la tapa con cuidado.

En el interior, yaciendo sobre una cama de terciopelo blanco, brillaban tres rubíes, cada uno del tamaño de un huevo de gallina. Cada uno tan puro y de unos colores vivos que parecían hechos a mano de....

—Rubíes de sangre —dijo.

Retiré los dedos que habían estado acercando hacia las piedras.

—En la Corte de Verano, cuando se ha cometido un insulto grave, envían un rubí de sangre al infractor. Una declaración oficial de que hay un precio por su

cabeza, de que se le está dando caza y de que pronto estará muerto. La caja llegó a la Corte de Pesadillas hace una hora.

Por la Madre.

—Asumo que uno de estos tiene mi nombre. Y el tuyo. Y el de Amren.

La tapa se cerró de golpe por un viento oscuro.

—He cometido un error —dijo. Abrí la boca, pero él continuó—: Debí haber limpiado las mentes de los guardias y permitirles seguir delante. En su lugar, los dejé inconscientes. Ha pasado un tiempo desde que tuve que tomar algún tipo de defensa.... física como esa, y estaba tan concentrado en mi formación Iliriana que me olvidé del otro arsenal a mi disposición. Probablemente se despertaron y fueron directo hacia él.

—Él se habría dado cuenta de que faltaba el Libro bastante pronto.

—Podríamos haber negado que lo hubiéramos robado y atribuirlo a una coincidencia. —Él vació su copa—. Cometí un error.

—No es el fin del mundo si los cometas de vez en cuando.

—¿Te he dicho que ahora eres el enemigo público número uno de la Corte de Verano y te parece bien?

—No. Pero no te culpo.

Soltó un suspiro, mirando fijamente su ciudad mientras el calor del día sucumbía a la mordedura del invierno una vez más. Eso no le importó a él.

—Tal vez podrías devolver el Libro una vez que hayamos neutralizado el Caldero... disculparnos.

Rhys resopló.

—No. Amren tendrá ese Libro durante el tiempo que lo necesite.

—Entonces, haz las paces con él de alguna manera. Está claro que *tú* querías ser su amigo tanto como él quería ser el tuyo. No estarías tan enfadado de ser contrario.

—No estoy enfadado. Estoy molesto.

—Semántica.

Me dio una media sonrisa.

—Las disputas como la que acabamos de comenzar pueden durar siglos, milenios. Si ese es el costo de detener esta guerra, de ayudar a Amren... lo pagaré.

Me di cuenta que pagaría con todo lo que tuviera. Cualquier esperanza para él, su propia felicidad.

—¿Saben los demás...sobre los rubíes de sangre?

—Azriel fue quien me los trajo. Estoy pensando cómo voy a decírselo a Amren.

—¿Por qué?

La oscuridad llenó notablemente sus ojos.

—Porque su respuesta será ir a Adriata y borrar la ciudad del mapa.

Me estremecí.

—Exactamente —dijo.

Me quedé mirando Velaris con él, escuchando los sonidos del día envolviéndonos, y la noche que se abría paso. Adriata se sentía rudimentaria en comparación.

—Entiendo —dije, frotando mis manos para conseguir un poco de calor en mis manos ahora heladas—, porque hiciste lo que tuviste que hacer con el fin de proteger a esta ciudad. —Imaginar la destrucción que se había infligido a Adriata aquí en Velaris hizo que mi sangre se helara. Sus ojos se deslizaron hacia mí, con cautela y sin brillo. Tragué saliva—. Y entiendo por qué harás cualquier cosa por mantener su seguridad durante los tiempos venideros.

—¿Y tú punto es?

Un mal día, este era un mal día, me di cuenta, para él. No fruncí el ceño ante el ataque de sus palabras.

—Sobrevive a esta guerra, Rhysand, y preocúpate luego por Tarquin y los rubíes de sangre. Anula el Caldero, evita que el rey destruya el muro y esclavice el reino humano otra vez, y solucionaremos el resto después.

—Suenas como si fueras a quedarte aquí por un tiempo. —Una pregunta aburrida, pero afilada.

—Puedo encontrar donde quedarme, si a eso es a lo que te refieres. Tal vez use ese generoso cheque para conseguirme algo lujoso.

Vamos. Guíñame un ojo. Juega conmigo. Solo...dejar de lucir así.

Solo dijo:

—Reserva tus cheques de pago. Tu nombre ya ha sido añadido a la lista de los que tienen permitido usar mi línea de crédito. Cómprate lo que quieras. Cómprate una maldita casa entera si es lo que quieres.

Apreté los dientes, y tal vez fuese por pánico o desesperación, pero dije con dulzura:

—Vi una tienda muy bonita al otro lado Sidra el otro día. Vendían lo que parecía ser un montón de cosas pequeñas de encaje. ¿Puedo comprarlas con tu crédito también o eso sale de mis fondos personales?

Aquellos ojos violetas nuevamente se desviaron hacia mí.

—No estoy de humor.

No había humor, no había malicia. Podría quemarme por un fuego interior, pero...

Él se había quedado. Y luchado por mí.

Semana tras semana, había luchado por mí, incluso cuando yo no reaccionaba, incluso cuando apenas había sido capaz de hablar o de importarme si vivía, moría, comía o me moría de hambre. No podía dejarle con sus propios pensamientos oscuros ni con su propia culpa. Ya los había soportado el solo el tiempo suficiente.

Por lo que sostuve su mirada.

—No sabía que los Ilirianos fueran unos borrachos malhumorados.

—No estoy borracho, estoy bebiendo —dijo, con sus dientes destellando un poco.

—Una vez más, semántica. —Me recosté en mi asiento, deseando haber traído mi abrigo—. Tal vez deberías haberte acostado con Cresseida después de todo, para que los dos pudierais lamentaros juntos.

—¿Así que tú tienes derecho de tener tantos días malos como quieras, pero yo no puedo tener unas cuantas horas?

—Oh, tómate todo el tiempo que quieras estando deprimido. Te iba a invitarte a venir conmigo a comprar esas pequeñas cosas innombrables de encaje, pero... quédate aquí sentado para siempre, si tienes que hacerlo.

No respondió.

Continué—: Tal vez le envíe unos cuantos a Tarquin, con la oferta de usarlos para él si así nos perdona. Tal vez se lleve esos rubíes de sangre con él.

Su boca muy débilmente, apenas se alzó en sus esquinas.

—Lo vería como un insulto.

—Le di unas cuantas sonrisas y él me entregó una herencia familiar. Apuesto a que me daría las llaves de su reino si me presentara llevando solo esas prendas interiores.

—Alguien piensa muy bien de sí misma.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Pareces tener dificultad en *no* mirarme día y noche.

Ahí estaba, una semilla de verdad y una pregunta.

—¿Se supone que tengo que negar —dijo, arrastrando las palabras pero algo brilló en sus ojos—, que te encuentre atractiva?

—Nunca lo has dicho.

—Te he dicho muchas veces, y con bastante frecuencia, lo atractiva que te encuentro.

Me encogí de hombros, incluso mientras pensaba en todas esas veces, cuando las había descartado como cumplidos de broma y nada más.

—Bueno, tal vez deberías esforzarte más.

El brillo de sus ojos se convirtió en algo depredador.

Un estremecimiento me atravesó cuando colocó sus poderosos brazos sobre la mesa y ronroneó:

— ¿Es un reto, Feyre?

Sostuve esa mirada de depredador, la mirada del hombre más poderoso de Prythian.

—¿Lo es?

Sus pupilas se dilataron. Atrás quedó la tristeza tranquila, la culpa aislada. Sólo quedó ese letal enfoque... en mí. En mi boca. En el subir y bajar de mi garganta mientras trataba de mantener mi respiración tranquila.

Dijo muy despacio y con una voz baja:

—Qué tal si vamos a esa tienda ahora, Feyre, para que puedas probarte esas pequeñas cosas de encaje, y así ayudarte a escoger cuál de ellas enviarle a Tarquin.

Mis dedos se cerraron dentro de mis pantuflas de forro polar. Era una peligrosa línea la que estábamos andando. El viento helado de la noche agitó nuestro cabello.

Pero la mirada de Rhys se desvió hacia el cielo, y un segundo más tarde, Azriel salió disparado desde las nubes como una lanza de oscuridad.

No estaba segura de si debía sentirme aliviada o no, pero me fui antes de que Azriel pudiera aterrizar, dándole al Gran Señor y a su jefe espía algo de privacidad.

Tan pronto como entré en la penumbra de la escalera, el calor escapó de mi cuerpo, dejando una sensación de malestar y de frío en el estómago.

Estaba el coqueteo, y luego estaba... esto.

Había amado a Tamlin. Lo había amado tanto que no me había importado destruirme por ello, por él. Y entonces todo había sucedido, y ahora estaba aquí, y... y podría haber ido perfectamente a la bonita tienda con Rhysand.

Casi podía ver lo que habría sucedido:

Las damas de la tienda se mostrarían educadas –un poco nerviosas– y nos dejarían en privacidad mientras Rhys tomaba asiento en el sofá al fondo de la tienda y yo caminaba tras las cortinas para intentar probarme el conjunto de encaje rojo que ya había visto tres veces. Y cuando saliera, tratando de tener más bravuconería de la que sentía, Rhys me miraría de arriba a abajo. Dos veces.

Y seguiría mirándome mientras informaba a las damas de la tienda que la tienda estaba cerrada y que todas deberían volver mañana, y dejaríamos la cuenta en la encimera.

Me quedaría allí de pie, desnuda salvo por los trozos de encaje rojo, mientras escuchábamos los sonidos rápidos y discretos de ellas saliendo y cerrando la tienda.

Y él me miraría todo el tiempo –a mis pechos, visibles a través del encaje; a mi estómago plano, ahora por fin luciendo menos hambriento y tenso. A la extensión de mis caderas y muslos... y entre ellos. Entonces se contraría de nuevo con mi mirada, y torcería un dedo con un solo murmullo:

—Ven aquí.

Y yo caminaría hacia él, consciente de cada paso, hasta detenerme finalmente justo delante del lugar en el que se hallaba sentado. Entre sus piernas.

Sus manos se deslizarían por mi cintura, sus callos rasparían mi piel. Entonces me acercaría un poco más antes de inclinarse para dejar un beso en mi ombligo, su lengua...

Maldije cuando me estrellé contra el poste de la escalera.

Y parpadeé, parpadeé cuando el mundo regresó y me di cuenta...

Miré el ojo tatuado en mi mano y sentí esa voz silenciosa dentro del vínculo y les siseé a ambos con mi lengua. —*Imbécil*.

En el fondo de mi mente, una sensual voz masculina se carcajeó con una risa de medianoche.

Mi cara ardió, maldiciéndolo por la visión que había deslizado más allá de mis escudos mentales; los reforcé mientras entraba a mi habitación. Y me di un baño muy, muy frío.

+++

Comí con Mor esa noche junto al fuego en el comedor de la casa, Rhys y los demás estaban en algún lugar, y cuando por fin me preguntó por qué seguía

frunciendo el ceño cada vez que el nombre de Rhysand se mencionaba, le conté sobre la visión que me había enviado a mi mente. Ella se había reído hasta que el vino le salió por la nariz, y cuando *le* fruncí el ceño a ella, me dijo que debería estar orgullosa: cuando Rhys se ponía en modo gruñón, se necesitaría nada menos que un milagro para conseguir sacarlo de él.

Traté de ignorar la leve sensación de triunfo, incluso mientras subía a la cama.

Estaba empezando a ir a la deriva bien pasadas las dos de la mañana gracias a la charla con Mor sentadas en el sofá de la sala durante horas y horas acerca de todos los grandes y terribles lugares que ella había visto, cuando la casa dejó escapar un gemido.

Como si la propia madera estuviera siendo deformada, la casa empezó a gemir y a estremecerse, las luces de cristal de colores tintinaron en mi habitación.

Me senté de golpe y me giré hacia la ventana que estaba abierta. El cielo estaba despejado... no había nada...

Nada además de la oscuridad deslizándose en el interior de mi habitación procedente del pasillo detrás de mi puerta.

Conocía esa oscuridad. Un núcleo de ella vivía en mí. Se filtraba por las rendijas de la puerta como en una inundación. La casa se volvió a estremecer.

Salí de la cama de un salto, abrí la puerta de golpe, y la oscuridad me azotó como un viento fantasmal, llena de estrellas, de alas agitadas y de... dolor.

De mucho dolor y desesperación, de culpa y de miedo.

Salí corriendo de la habitación completamente ciega dentro de la impenetrable oscuridad. Pero había un hilo entre nosotros, y lo seguí hacia donde sabía que se hallaba su habitación. Busqué la perilla y entonces....

Más noche, más estrellas y viento se escaparon, mi cabello se azotó a mí alrededor y tuve que levantar un brazo para protegerme la cara mientras me entraba en la habitación.

—Rhysand.

No hubo ninguna respuesta. Pero podía sentirle ahí, sentir esa línea viva entre nosotros.

La seguí hasta que mis espinillas golpearon lo que tenía que ser su cama.

—*Rhysand* —dije por encima del viento y la oscuridad.

La casa se sacudió, las tablas del suelo sonaron ruidosamente bajo mis pies. Palmeé la cama, sintiendo las sábanas y las mantas debajo, y entonces... un cuerpo masculino tenso y duro. Pero la cama era enorme, y no podía agarrarlo.

—*¡Rhysand!*

La oscuridad se arremolinaba por todo el lugar, el principio y el fin del mundo.

Escalé sobre la cama y me lancé hacia él, palpando lo que era su brazo, luego su estómago y después sus hombros. Su piel estaba helada cuando lo sujeté por los hombros y grité su nombre.

No hubo respuesta, así que deslicé una mano por su cuello, por su boca, para asegurarme de que aún respiraba, que esto no era su poder escapándose de él...

Un aliento helado me golpeó la palma de la mano. Y posicionándome, me levanté de rodillas apuntando a ciegas, y le di una bofetada. Me picó la palma, pero él no se movió. Le golpeé de nuevo, *tirando* de ese vínculo entre nosotros, gritando su nombre como si fuera un túnel, golpeando la pared de ébano inflexible en su mente, rugiendo ante ella.

Una grieta apareció en la oscuridad.

Y entonces sus manos estuvieron sobre mí, me dio la vuelta y me sujetó con habilidad experta contra el colchón, una mano con garras se posó mi garganta.

Me quedé inmóvil.

—*Rhysand* —dije en un respiro. *Rhys*, dije a través del vínculo, poniendo una mano contra ese escudo interno.

La oscuridad se estremeció.

Tiré de mi propio poder, negro con negro, calmando su oscuridad, sus bordes ásperos, dispuesta a calmar y a suavizar. Mi oscuridad cantó su propia canción de cuna, una canción que mi nodriza tarareaba cuando mi madre me lanzaba a sus brazos para volver a atender las fiestas.

—Ha sido un sueño —dije. Su mano estaba tan fría—. Ha sido un sueño.

Una vez más, la oscuridad se detuvo. Envié mis propios velos de noche a rozarse contra esta, pasando unas manos salpicadas de estrellas por ella.

Y durante un instante, la negrura se aclaró lo suficiente para ver su rostro alzándose por encima de mí: sus labios estaban secos y pálidos, los ojos violeta abiertos, observando.

—Feyre —dije—. Soy Feyre. —Su respiración era irregular, desigual. Agarré la muñeca que agarraba mi garganta, que sostenía pero que no dolía—. Estabas soñando.

Quería que la oscuridad dentro de mí se hiciera eco, que cantara para que esos furiosos temores se fueran a dormir, que acariciara la pared de ébano en su mente, con amabilidad y dulzura...

Entonces como nieve siendo sacudida de un árbol, su oscuridad cayó, llevándose la mía junto con ella. Luz de la luna y los sonidos de la ciudad nos inundó.

Su habitación era similar a la mía, la cama tan grande que debía haber sido construida para dar cabida a las alas, pero todo con buen gusto, equipada cómodamente. Y estaba desnudo encima de mí, completamente desnudo. No me atreví a mirar más abajo de los planos tatuados de su pecho.

—Feyre —dijo con voz ronca. Como si hubiera estado gritando.

—Sí —dije. Estudió mi cara, a la mano con garras en mi garganta. Y me soltó inmediatamente.

Me quedé allí, mirando hacia donde ahora se arrodillaba sobre la cama, frotándose las manos por su rostro. Mis traidores ojos se atrevieron a mirar más abajo de su pecho, pero mi atención se quedó en los tatuajes individuales en cada una de sus rodillas: una imponente montaña coronada por tres estrellas. Hermosa, pero brutal, de alguna manera.

—Estabas teniendo una pesadilla —dije, tranquilizándome y sentándome. Como si una presa se abriera dentro de mí, miré mi mano y deseé que se desvaneciera en sombras. Lo hizo.

Medio pensamiento más y la oscuridad se dispersó una vez más.

Sus manos, sin embargo, todavía terminaban en largas y negras garras...y sus pies... también. Las alas estaban afuera, caídas detrás de él. Y me pregunté lo cerca que había estado de cambiar completamente a esa bestia que una vez me había dicho que odiaba.

Bajó sus manos y las garras desaparecieron de sus dedos.

—Lo siento.

—Es por eso que te quedaste aquí y no en la Casa. No quieres que los demás vean esto.

—Normalmente consigo contenerlo dentro de mi habitación. Siento haberte despertado.

Mis manos se convirtieron en puños y las coloqué en mi regazo para no tocarlo.

—¿Con qué frecuencia sucede esto?

Los ojos violetas de Rhys se encontraron con los míos, y supe la respuesta antes de que dijera:

—Tan a menudo como las tuyas.

Tragué saliva.

—¿Qué soñaste esta noche?

Negó con la cabeza y miró hacia la ventana, hacia los tejados cercanos que se habían llenado de nieve.

—Hay recuerdos de Bajo la Montaña, Feyre, que es mejor no compartir. Incluso contigo.

Había compartido suficientes cosas terribles conmigo que esas tenían que estar... más allá de las pesadillas entonces. Pero puse una mano en su codo, con su cuerpo desnudo y todo.

—Cuando quieras hablar, házmelo saber. No voy a decírselo a los demás.

Me moví para deslizarme fuera de la cama, pero él agarró mi mano y la mantuvo contra su brazo.

—Gracias.

Estudié la mano, su rostro devastado. El dolor que había ahí... el agotamiento. El rostro que no permitía que nadie viese.

Me puse de rodillas y besé su mejilla, su piel estaba cálida y suave debajo de mi boca. Terminó antes de empezar, pero... ¿pero cuantas noches había querido yo que alguien hiciera lo mismo conmigo?

Sus ojos se ampliaron un poco cuando me aparté, y no me detuvo mientras salía de la cama. Estaba casi fuera en la puerta cuando me giré.

Rhys seguía arrodillado, sus alas caídas sobre las sábanas blancas, con la cabeza inclinada, sus tatuajes duros contra su piel dorada. Un oscuro príncipe caído.

La pintura cruzó mi mente.

Destelló...y se quedó ahí, brillando, antes de desvanecerse.

Pero permaneció, brillando débilmente, en ese agujero en mi pecho.

El agujero que estaba empezando a sanar lentamente.

Capítulo 39

Traducido por Raeleen P. // Corregido por Mais

—¿Crees que puedas descifrarlo cuando tengamos la otra mitad? — pregunté a Amren, recostada contra la puerta principal de su departamento la tarde siguiente.

Vivía en el último piso de un edificio de tres pisos, el techo inclinado terminaba en ambos lados de una enorme ventana. Una con vista hacia el Sidra; la otra a una plaza de la ciudad. Todo el departamento consistía de una habitación enorme: el piso de roble desteñado estaba cubierto de alfombras igual de desteñidas, los muebles estaban repartidos como si los moviera constantemente por algún motivo.

Solo su cama, una monstruosidad de cuatro postes cubierta de gasa, parecía estar en un lugar permanente contra la pared. No tenía cocina, solo una gran mesa y una chimenea dando un calor casi sofocante. La nieve de la noche anterior se había desvanecido con el sol de invierno a medio día, la temperatura era fresca pero lo suficientemente templado que la caminata hasta aquí había sido vigorizante.

Sentada frente a una mesa baja llena de papeles, Amren levantó la vista del libro de metal. Su rostro estaba más pálido de lo normal, con los labios hacia abajo.

—Ha pasado mucho desde que utilicé este idioma; quiero dominarlo antes de descifrar el Libro. Espero que para entonces esas reinas altaneras nos hayan dado su parte.

—¿Y cuánto te tomará volver a aprender el idioma?

—¿No te lo dijo Su Oscuridad? —Volvió su atención al Libro.

Caminé hacia la larga mesa de madera y dejé el paquete que había traído sobre la superficie rayada. Unas gotas de sangre caliente, sacadas directamente de la carnicería. Casi corrí para evitar que se enfriara.

—No —respondí, sacando los contenedores—. No me lo dijo.

Rhys ya se había ido antes del desayuno, aunque había dejado una nota sobre una de mis mesitas de noche.

Gracias... por lo de anoche, era todo lo que decía. Sin pluma para escribir una respuesta.

Pero busqué una y respondí. *¿Qué significan la montaña y las estrellas tatuadas en tus rodillas?*

El papel desapareció un segundo después. Cuando no regresó, me vestí y bajé a desayunar. Ya estaba por terminar mis huevos cuando el papel apareció junto a mi plato, perfectamente doblado.

Que no me arrodillaré ante nada ni nadie, solo ante mi corona.

Esta vez, una pluma apareció. Solo me limité a escribir, *Qué dramático*. Y a través de nuestro vínculo, del otro lado de mis escudos mentales, podría jurar que lo escuché reír.

Sonriendo ante el recuerdo, abrí la tapa del primer frasco, el olor de la sangre me invadió. Amren olfateó, luego giró la cabeza hacia las pintas de cristal.

—Tú...oh, me caes bien.

—Es de cordero, si es que hay alguna diferencia para ti. ¿Quieres que te la caliente?

Se alejó del Libro, y solo me limité a observarla mientras tomaba el frasco con ambas manos y se la tomaba como si fuera agua.

Bueno, por lo menos no tendría que molestarme en buscar una olla.

Amren se tomó la mitad de un solo sorbo. Un hilito de sangre le cayó por la barbilla, y dejó que manchara su blusa gris, arrugada como nunca la había visto. Separando los labios sonoramente, dejó el frasco sobre la mesa en un gran suspiro. La sangre le brillaba en los dientes.

—Gracias.

—¿Tienes alguna favorita?

Levantó la barbilla ensangrentada, luego se la limpió con una servilleta al darse cuenta del desastre que había hecho.

—La de cordero siempre ha sido mi favorita. Aunque suene horrible.

—¿No la de humanos?

Hizo un gesto.

—Es aguada y casi siempre sabe a lo último que comieron. Y ya que los paladares de la mayoría de los humanos dejan mucho que desear, es una apuesta arriesgada. Pero el cordero... Aunque también acepto de cabra. La sangre es más pura. Más sabrosa. Me recuerda a... otro tiempo. Otro lugar.

—Interesante —comenté, y lo decía en serio. Me pregunté a qué mundo, exactamente, se refería.

Se terminó el resto, el color ya regresando a su rostro, y puso el frasco en un pequeño fregadero junto a la pared.

—Pensé que vivías en un lugar más... ornamentado —confesé.

En efecto, sus elegantes vestimentas colgaban en unos estantes junto a la cama, sus joyas estaban esparcidas sobre algún guardarropa y mesas. Había suficiente de esto último para pagar el rescate de un emperador.

Se encogió de hombros, dejándose caer frente al Libro una vez más.

—Lo intenté una vez. Me aburrí. Y no me gustaba tener sirvientes. Muy ruidoso. He vivido en palacios y cabañas, en montañas y playas, pero, por alguna razón, mi departamento junto al río me gusta más. —Le frunció el ceño al tragaluz del techo—. También significa que no tengo que dar fiestas ni recibir invitados. Y detesto ambas cosas.

Solté una risita.

—Entonces me iré pronto.

Dejó salir un resoplido de diversión, cruzando las piernas debajo de ella.

—¿Por qué *estás* aquí?

—Cassian dijo que te has encerrado aquí día y noche desde que regresamos, y pensé que podrías tener hambre. Y... no tenía nada qué hacer.

—Cassian es un entrometido.

—Se preocupa por ti. Por todos vosotros. Son la única familia que tiene. —*Todos ellos eran la única familia que tenían.*

—Argh —dijo, estudiando un pedazo de papel. Pero aun así pareció feliz. Un resplandor de color en el suelo a su lado atrapó mi atención. Estaba usando su rubí como pisapapeles.

—¿Rhys te convenció de no destruir Adriata por el rubí?

Los ojos de Amren me miraron, lleno de tormentas y mares bravos.

—Por supuesto que no. *Eso* me convenció de no destruir Adriata. —Señaló hacia su tocador. Extendido sobre la mesa como una serpiente, yacía un collar familiar de diamantes y rubíes. Lo había visto antes... en el tesoro de Tarquin.

—¿Cómo... qué?

Amren se sonrió a sí misma.

—Varian me lo envió. Para suavizar la declaración de venganza de Tarquin.

Había pensado que los rubíes deberían ser usados por una mujer poderosa, y no había una más poderosa que la que estaba frente a mí.

—¿Varian y tú...?

—Tentador, pero no. El idiota no sabe si me odia o me desea.

—¿Por qué no los dos?

Soltó un suave resoplido.

—Eso digo yo.

+++

Y así comenzaron las semanas de espera. De esperar a que Amren aprendiera de nuevo un idioma que nadie más hablaba en nuestro mundo. De esperar a que las reinas mortales respondieran nuestra solicitud para reunirnos.

Azriel siguió intentando infiltrarse en sus cortes, aún sin éxito. Me enteraba por Mor, más que nada, pues siempre sabía cuándo regresaba a la Casa de Viento, y siempre se encontraba ahí cuando él aterrizaba.

No me dio muchos detalles, menos aun de la frustración que sentía al *no* poder meter a sus espías *o* a él mismo dentro de esas cortes, y eso le estaba afectado. Los estándares en los que él mismo se sostenía, me confesó ella, rozaban lo sádico.

Hacer que Azriel se tomara *un poco* de tiempo para él mismo que no fuera para trabajar o entrenar, era casi imposible. Y cuando le recordé que él *sí* había ido con ella al Rita cuando se lo pedía, Mor simplemente me dijo que le había tomado *cuatro siglos* lograr que aceptara. A veces me preguntaba qué cosas ocurrían en la Casa de Viento mientras Rhys y yo estábamos en la casa de la ciudad.

Realmente, solo visitaba el lugar por las mañanas, cuando ocupaba la primera mitad de mi día entrenado con Cassian, quien, junto a Mor, habían decidido qué comidas debería ingerir para recuperar el peso que había perdido, para volver a ser fuerte y rápida. Y mientras los días se iban, pasé de aprender defensa física a aprender a empuñar una espada Iliriana, un arma tan afilada, que casi le vuelo un brazo a Cassian.

Pero estaba aprendiendo a usarla, lentamente. Dolorosamente. Había tenido un descanso del brutal entrenamiento de Cassian, solo una mañana, cuando había volado al reino humano para ver si mis hermanas habían recibido respuesta de la reina y enviar *otra* carta de Rhys para ellas.

Supuse que ver a Nesta fue tan malo como me lo había imaginado, pues la siguiente lección fue más larga y pesada de lo que habían sido los días anteriores. Le había preguntado qué había dicho Nesta con exactitud para alterarlo tan fácilmente. Pero Cassian solo me había gruñido y me había dicho que no me metiera en donde no me llamaban, y que mi familia estaba llena de mujeres sabelotodo y mandonas.

Una parte de mí se preguntó si Cassian y Varian necesitaban comparar notas.

La mayoría de las tardes... si Rhys estaba por ahí, entrenaba con él. Mente a mente, poder con poder. Lentamente, trabajamos los dones que me habían concedido: fuego y agua, hielo y oscuridad. Sabíamos que había otras cosas que permanecían inexploradas, enterradas. Tamizarme aún me era imposible. No había podido hacerlo desde aquella mañana nevosa con el Attor.

Tomaría tiempo, me decía Rhys todos los días, cuando sin querer le hablaba mal; tiempo, para aprender y dominar cada uno.

Con cada lección, me daba información de los Grandes Señores cuyos poderes había robado: de Beron, el cruel y vanidoso Gran Señor de la Corte de Otoño; de Kallias, el callado y astuto Gran Señor de Invierno; de Helion Cuchilla de Brujo, el Gran Señor del Día, cuyas bibliotecas personales habían sido saqueadas por Amarantha, y cuyo pueblo era excelente con los hechizos y archivaban el conocimiento de Prythian.

Saber de *quién* había heredado mis poderes, me decía Rhys, era tan importante como entender la naturaleza del mismo. Nunca hablábamos del poder de cambiar de forma, de las garras que a veces podía invocar. Los hilos que nos envolvían cuando pensábamos en ese don, estaban demasiado enredados, la historia era demasiado violenta y sangrienta.

Así que estudié la historia y política de las demás cortes, y aprendí los poderes de sus amos, hasta que dormía y despertaba con un sabor ceniciento en la boca y hielo entre los dedos. Y cada noche, exhausta por entrenamiento de mi cuerpo y de mis poderes, me tambaleaba a un sueño profundo, enlazado con oscuridad con olor a jazmín.

Hasta mis pesadillas estaban demasiado cansadas para acecharme.

Los días en los que Rhys estaba en otro lugar para lidiar con los proyectos de su corte, para recordarles quién los mandaba o sentenciar, para prepararse para nuestra inevitable visita a Hiberno, yo leía, o me sentaba con Amren mientras ella trabajaba en el Libro, o daba paseos por Velaris con Mor. Esto último era quizás lo que más me gustaba, y la mujer sí que sabía cómo gastar dinero. Había echado un vistazo una sola vez a la cuenta que Rhys me había dado, solo una vez, y me di cuenta de que me estaba pagando mucho, *demasiado*.

Intentaba no desilusionarme en esas tardes cuando él no estaba, intentaba negarme que no lo esperaba con ansias, dominando mis poderes, y... bromeando con él. Pero hasta cuando no estaba, hablábamos, a través de las notas que se habían convertido en nuestro extraño secreto.

Un día, me había escrito desde Cesere, una pequeña ciudad al noreste en donde iba a reunirse con las pocas sacerdotisas sobrevivientes, para hablar de la reconstrucción de su templo después de que éste hubiese sido destruido por las tropas de Hiberno. Ninguna de las sacerdotisas era como lanthe, me lo prometió.

Háblame de tus pinturas.

Yo le había respondido desde mi asiento en el jardín, la fuente por fin había revivido con el regreso del tiempo afable.

No hay mucho que decir.

Aun así háblame de ellas.

Me tomó un tiempo pensar en la respuesta, pensar a través del pequeño agujero en mí y lo que una vez había significado y cómo se había sentido. Pero luego dije: *Hubo un tiempo en el que lo único que deseaba era tener dinero suficiente*

para mantener a mi familia y a mí alimentados para que pudiera pasarme los días pintando. Eso era lo único que deseaba. Para siempre.

Hubo una pausa. Y luego la respuesta. *¿Y ahora?*

Ahora, contesté, no sé lo que quiero. Ya no puedo pintar.

¿Por qué?

Porque esa parte de mí se encuentra vacía. Aunque quizás en aquella noche en que lo había visto arrodillado en la cama... tal vez esa parte hubiese cambiado un poco. Pensé en lo siguiente que iba a poner y entonces escribí: ¿Siempre quisiste ser un Gran Señor?

Hubo una pausa muy larga otra vez.

Sí. Y no. Vi cómo gobernaba mi padre y supe desde muy pequeño que no quería ser como él. Así que decidí ser un Gran Señor diferente; quería proteger a mi pueblo, cambiar la opinión de los Ilirianos, y eliminar la corrupción que mancillaba la tierra.

Por un momento no pude evitar compararlos: Tamlin no había querido ser un Gran Señor. Él resentía serlo, y tal vez... tal vez ese era el motivo por el cual la corte se había convertido en lo que era. Pero Rhysand, con una visión, con la voluntad, deseo y pasión para hacerlo... Había construido algo.

Y luego fue al campo de batalla para defenderlo.

Es lo que había visto en Tarquin, la razón por la que esos rubíes de sangre lo habían afectado tanto. Otro Gran Señor con visión, una visión radical del futuro de Prythian.

Así que respondí: *Al menos compensas tú coqueteo sinvergüenza siendo un excelente Gran Señor.*

Él había regresado esa tarde sonriente como un gato y se había limitado a decir a modo de saludo:— ¿Un excelente Gran Señor?

Le había echado un chorro de agua a su rostro.

Rhys no se molestó en protegerse. En su lugar sacudió la cabeza mojada como un perro y me salpicó, haciéndome gritar y alejarme. Su risa me siguió escaleras arriba.

El invierno estaba lentamente desvaneciéndose, cuando me desperté una mañana y encontré otra carta de Rhys al lado de mi cama. Sin pluma.

Hoy no hay entrenamiento con tu segundo Iliriano favorito. Las reinas por fin se han dignado a responder. Mañana irán a la casa de tu familia.

No tenía tiempo para ponerme nerviosa. Nos fuimos después de cenar, volando hacia el territorio humano protegidos por la oscuridad, el viento gritando mientras Rhys me sujetaba con fuerza.

+++

Mis hermanas estaban listas la mañana siguiente, ambas arregladas con ropas dignas de cualquier reina, Fae o mortal.

Supuse que yo también.

Llevaba un vestido blanco de chifón y seda, con un corte típico de la moda de la Noche Oscura de revelar mi piel, los adornos dorados del vestido brillaban a la luz del mediodía que se filtraba por las ventanas del salón. Mi padre, afortunadamente, estaría en el continente otros dos meses, debido al vital comercio que estaba persiguiendo a través de los reinos.

Cerca de la chimenea, estaba de pie junto a Rhys, vestido de su tradicional negro, sin alas y con su rostro con una máscara de tranquilidad. Solo la oscura corona sobre su cabeza –de metal con forma de alas de cuervo– era diferente. La corona era hermana de la mía, una diadema de oro.

Cassian y Azriel monitoreaban todo desde la pared más alejada, sin armas a la vista.

Pero sus Sifones brillaban y me pregunté qué clase de arma, exactamente, podían hacer con eso, si la situación lo demandaba. Pues esa había sido una de las órdenes que las reinas habían dado para esta reunión: sin armas. No importaba que los guerreros Ilirianos fueran armas suficientes.

Mor, en un vestido rojo parecido al mío, le frunció el ceño al reloj sobre la chimenea blanca, dando golpes sobre la alfombra con su pie. Pese a mis deseos de que conociera a mis hermanas, Nesta y Elain habían estado tan tensas y pálidas cuando llegamos que inmediatamente había decidido que no era el momento para tal presentación.

Un día, un día, las juntaría a todas. Si no moríamos en esta guerra primero. Si esas reinas decidían ayudarnos.

El reloj marcó las once en punto.

Las reinas habían dado otras dos órdenes. La reunión comenzaría a las once. Ni antes ni después. Y habían querido la locación exacta geográfica de la casa. El plano y la dimensión de cada habitación. Dónde estaba cada mueble. Dónde se encontraban las ventanas y puertas. En qué habitación creíamos que se haría la reunión.

Azriel les había dado todo, con la ayuda de mis hermanas.

Solo se oían las campanadas del reloj sobre la chimenea.

Y me di cuenta, cuando dio su última campanada, que la última orden no era solo por seguridad. No, mientras una brisa barrió la habitación y cinco figuras aparecieron, flanqueadas por dos guardias cada una, supe que se debía a que las reinas podían tamizarse.

Capítulo 40

Traducido & Corregido por Rincone

Las reinas mortales eran una variedad de edades, colores, tamaños y temperamentos. La mayor, ataviada en un traje de lana bordada de un azul profundo, de piel morena, de ojos afilados y fríos, y regía a pesar de las profundas arrugas talladas en su piel.

Las dos que aparentaban estar en la mediana edad eran muy opuestas: una era oscura, la otra reluciente; una con rostro dulce, la otra con uno tallado en granito; una sonriente y la otra un ceño fruncido. Incluso vestían de blanco y negro —y parecían moverse entre sí en dónde una era la pregunta y la otra la respuesta. Me pregunté cómo serían sus reinos, las relaciones que tenían. Si los anillos de plata a juego que llevaban las ataban de otras formas.

Y las reinas más jóvenes... Una de ellas quizás un año mayor que yo, de pelo y ojos negros, exudaba astucia cuidadosa por cada poro mientras nos inspeccionaba.

Y la reina restante, la que habló primero, era la más bella, la única hermosa entre ella. Estas eran mujeres quienes a pesar de sus mejores galas, no importaba si eran jóvenes o mayores, gordas o flacas, altas o bajas. Esas cosas eran secundarias; eran cosa de un juego de manos.

Pero esta, esta hermosa reina, tal vez de no más de treinta...

Su abundante cabello rizado era dorado como el de Mor, sus ojos del ámbar más puro. Incluso su piel canela y pecosa parecía espolvoreada con oro. Su cuerpo era flexible en lugares que hasta el más erudito encontraría una distracción, ágil dónde demostraba gracia. Un león con piel humana.

—Bien hallado —dijo Rhysand quedándose inmóvil mientras sus guardias con rostro de piedra nos escaneaban a nosotros, a la habitación. Mientras las reinas nos tomaban las medidas.

La sala de estar era lo suficientemente enorme para que un asentimiento de la reina dorada mandara la guardia a separarse y tomar posiciones en las paredes, en la puerta. Mis hermanas calladas, de pie delante de la ventana, se arrastraron hacia un lado para dar espacio.

Rhys dio un paso adelante. Todas las reinas contuvieron un poco el aliento, como si se prepararan. Sus guardias muy casualmente, quizás de forma tonta, pusieron las manos sobre la empuñadura de sus espadas –muy grandes y torpes en comparación a las Ilirianas. Como si tuvieran una oportunidad –contra cualquiera de nosotros. Incluida yo, me di cuenta con un poco de sobresalto.

Pero eran Cassian y Azriel quienes jugarían el roll de simples guardias el día de hoy –distracciones.

Rhys inclinó la cabeza ligeramente y dijo para las reinas allí reunidas:

—Nos alegra que hayáis aceptado nuestra invitación —Levantó una ceja—. ¿Dónde está la sexta reina?

La reina mayor, vestida de azul pálido y rico, se limitó a decir:

—Se encuentra indispuesta y no ha podido hacer el viaje. —Ella me examinó—. Eres la emisaria.

Mi espalda se puso rígida. Bajo su mirada, mi corona se sentía como una broma, como una baratija, pero...

—Sí —dije—. Yo soy Feyre.

Una mirada cortante para Rhysand.

—Y tú eres el Gran Señor que nos escribió tan interesante carta después de que las primeras fueran enviadas.

No me atreví a mirar hacia él. A día de hoy había enviado muchas cartas a través de mis hermanas.

No preguntaste lo que había en su interior, dijo él de mente a mente, la risa bailó en el lazo. Había dejado caer mis escudos –solo en caso de que necesitáramos conversación silenciosa.

—Ese soy yo —dijo Rhysand con un movimiento de cabeza—. Y esta es mi prima, Morrigan.

Mor se dirigió hacia nosotros, su vestido color carmesí flotaba en un viento fantasmal. La reina dorada la midió con cada paso que daba, cada respiración. Una amenaza –por belleza, poder y dominación. Mor se inclinó a mi lado.

—Ha pasado un largo tiempo desde que me reuní con una reina mortal.

La reina vestida de negro se colocó una mano pálida sobre la parte baja de su corpiño.

—Morrigan —*la Morrigan de la Guerra.*

Todos se quedaron quietos por la sorpresa. Y con un poco de temor y miedo.

Mor se inclinó de nuevo.

—Por favor, tomad asiento. —Hizo un gesto hacia las sillas que habíamos colocado en una cómoda distancia unas de otras, todas lo suficientemente alejadas para que los guardias pudiesen flaquear a sus reinas a su antojo.

Las reinas se sentaron casi al unísono. En embargo, sus guardias permanecieron en sus lugares alrededor de la habitación.

La reina de cabello dorado se alisó sus voluminosas faldas y dijo:

—Asumo que aquellas son nuestras anfitrionas —Lanzó una mirada cortante hacia mis hermanas.

Nesta estaba erguida, pero Elain hizo una reverencia, sonrojándose.

—Mis hermanas —aclaré.

Unos ojos ámbar se deslizaron hacia mí. Hacia mi corona. Entonces hacia Rhys.

—Un emisario portando una corona de oro. ¿Es esa una tradición en Prythian?

—No —dijo Rhys fluidamente —, pero ella se ve tan bien con una que no pude evitarlo.

La reina dorada no sonrió cuando meditó:

—Una humana convertida en un Alto Fae...y quien ahora se sienta junto a un Gran Señor en una posición de honor. Interesante.

Mantuve mis hombros hacia atrás, la barbilla en alto. Cassian había pasado estas semanas enseñándome cómo tantear a un oponente —¿qué eran sus palabras sino un movimiento abierto en otro tipo de batalla?

La mayor le declaró a Rhys:

—Tienes una hora de nuestro tiempo. Haz que cuente.

—¿Cómo es que puedes tamizar? —Preguntó Mor desde su asiento junto a mí.

La reina dorada ahora dio una sonrisa –una pequeña y socarrona– y respondió.

—Es nuestro secreto, y nuestro regalo de los vuestros.

Bien. Rhys me miró, y tragué saliva mientras me movía un poco hacia adelante en mi asiento.

—La guerra se acerca. Os hemos llamado para poneros sobre aviso –y pedir un favor.

No habría trucos, ni robos, ni seducción. Rhys ni siquiera podía arriesgarse a mirar en sus cabezas por temor a desencadenar los encantos inherentes en el Libro y destruirlo.

—Sabemos que la guerra está cerca —dijo la mayor, su voz parecida al crepitar de hojas—. Nos hemos estado preparando para ella durante muchos años.

Parecía que las otras tres estuvieran allí como meras observadoras mientras la mayor y la de pelo dorado lideraban la carga.

Dije tan calmada y claramente como fui capaz:

—Los humanos de este territorio no parecen darse cuenta de la gran amenaza. No hemos visto señales de preparativos. —De hecho, Azriel había recogido mucho más esas semanas, a mi pesar

—Este territorio —explicó fríamente la dorada—, no es más que un pedazo de tierra en comparación con la inmensidad del continente. No está en nuestros intereses su defensa. Sería un desperdicio de recursos.

No. *No*, eso...

Rhys dijo arrastrando las palabras:

—Sin duda alguna, la pérdida de cualquier vida inocente sería algo aberrante.

La reina mayor cruzó sus marchitas manos en su regazo.

—Sí. La pérdida de una vida es siempre un horror. Pero la guerra es la guerra. Si hemos de sacrificar este trozo de tierra para salvar el resto, entonces así será.

No me atreví a mirar a mis hermanas. A mirar la casa que se convertiría en escombros. Y con voz áspera dije:

—Aquí hay buena gente.

La reina dorada repelió con dulzura:

—Entonces permite que la Alta Fae de Prythian les defienda.

Silencio.

Y fue Nesta quien siseó entre diente detrás de nosotros.

—Tenemos criados. Con sus familias. Hay niños en estas tierras. ¿Y pretendes dejarnos a todos en manos de los Faes?

El rostro de la mayor se suavizó.

—No es una decisión fácil, niña...

—Es una elección de *cobardes* —espetó Nesta.

Interrumpí antes de que Nesta nos pudiera hundir en una fosa más profunda.

—Aún cuando tu especie desprecia a la nuestra... ¿dejarías a tu gente para que la defiendan los féricos?

—¿Lo harán? —preguntó la dorada, lanzando esa cascada de risos sobre un hombro mientras inclinaba la cabeza—. ¿Los defenderán contra una amenaza de su propia creación? —soltó un resoplo—. ¿No debería derramarse la sangre de los fae por sus crímenes durante años?

—Ninguna de las partes es inocente —continuó Rhys calmadamente—. Pero podríamos proteger a quienes lo son. Juntos.

—¿En serio? —dijo la mayor, sus arrugas parecieron endurecerse, hacerse más profundas—. El Gran Señor de la Corte Oscura nos pide que no unamos a él, salvar vidas a su lado. De pelear por la paz. ¿Y qué hay de las vidas que has quitado durante tu horriblemente larga existencia? ¿Qué hay del Gran Señor que camina con la oscuridad a su paso, y destruye mentes a su antojo? —Cacareó de risa—. Hemos oído hablar de ti, incluso en el continente, Rhysand. Hemos oído lo que hace la Corte Oscura, lo que le haces a tus enemigos. ¿Paz? Pora un hombre que funde mentes y tortura por deporte, no pensé que conocieras esa palabra.

La ira comenzó a hervir a fuego lento en mi sangre; brasas de ella crepitaron en mis oídos. Pero enfrié ese fuego recordando lentamente lo que había aprendido las pasadas semanas e intenté con:

—Si no vais a enviar vuestras fuerzas para defender vuestra gente de aquí, entonces el artefacto que requerimos...

—Nuestra mitad del Libro, niña —me cortó la mayor—, no saldrá de nuestro palacio sagrado. No ha abandonado esas paredes blancas desde el día que se entregó como parte del Tratado. Nunca dejará esas paredes blancas, no mientras estemos contra el terror en el Norte.

—Por favor —fue todo lo que dije.

Otra vez silencio.

—Por favor —repetí. Emisaria —yo era su emisaria, y Rhys me había para esto. Para ser la voz de ambos mundos—. Me convertí en *esto* —en una férica— porque una de los comandantes de Hiberno me *mató*.

A través de nuestro lazo, podía haber jurado sentir el estremecimiento de Rhys.

»Durante cincuenta año —proseguí—, ella aterrorizó a Prythian, y cuando la derrotamos, cuando liberé a su gente, ella me *mató*. Y antes de que lo hiciera, fui testigo de los horrores que había desencadenado sobre humanos y féricos por igual. Una de ellos —solo *una* de ellos fue capaz de causar tal destrucción y sufrimiento. Imagina de lo que sería capaz de hacer su armada. Y ahora su rey planea usar un arma para romper el muro, para destruirlos a *todos*. La guerra será rápida y brutal. Y no vais a ganar. Nosotros no vamos a ganar. Los superviviente serán esclavizados, y los hijos de sus hijos serán esclavos. Por favor... por favor, dadnos la otra mitad del libro.

La reina mayor intercambió una mirada con la dorada antes de decir suave y conciliadoramente:

—Eres joven, niña. Tienes mucho que aprender sobre los caminos del mundo...

—No seas —dijo Rhys mortalmente tranquilo—, condescendiente con ella. —La reina mayor —quien no era más que una niña a *su* lado, a sus siglos de existencia— tuvo el buen sentido de lucir nerviosa por su tono. Los ojos de Rhys estaban vidriosos, su rostro tan implacable como su voz cuando continuó—: No insultes a Feyre por hablar desde su corazón, con la compasión por aquellos que no pueden defenderse por sí mismo, cuando tú solo hablas desde el egoísmo y la cobardía.

La mayor se puso rígida.

—Por el bien mayor...

—Montones de atrocidades —ronroneó Rhys—, se han llevado a cabo en nombre de un bien mayor.

Una parte no tan pequeña de mí estaba impresionada de que pudiera sostener su mirada. Ella dijo sencillamente:

—El Libro permanecerá con nosotras. Resistiremos esta tormenta...

—Es suficiente —interrumpió Mor.

Se puso de pie.

Y Mor miró a cada una de ellas a los ojos mientras decía:

—Yo soy la Morrigan. Me conoces. Lo que soy. Sabes que mi regalo es la verdad. Así que ahora oiréis mis palabras, y las conoceréis como ciertas —como hicieron una vez vuestros ancestros.

Ni una palabra.

Mor señaló detrás de ella, hacia mí.

» ¿Creéis que se trata de una mera coincidencia que un humano haya sido convertido en inmortal otra vez, en el momento exacto en que vuestro antiguo enemigo resurge? Luche hombro con hombro con Miryam en la guerra, peleé junto a ella cuando la ambición de Jurian y su sed de sangre lo volvieron loco, y les apartó. Lo llevaron a torturar a Clythia hasta la muerte, y después batallar contra Amarantha hasta la suya propia. —Tomó una bocanada de aire y podría haber jurado que Azriel se acercó más ante el sonido. Pero Mor siguió vigorosa—. Marché de regreso a las Tierras Negras con Miryam para liberar los esclavos abandonados en aquellas hirvientes arenas, la esclavitud de la que ella misma había escapado. Los esclavos a los que Miryam había prometido libertad. Marché con ella —mi amiga. Junto con la legión del Príncipe Drakon. Miryam fue mi *amiga*, como lo es Feyre ahora. Y vuestros ancestros, las reinas que firmaron el tratado... también eran mis amigas. Y cuando os miro... —Les enseñó los dientes—. No veo *nada* de aquellas mujeres en vosotras. Cuando os miro, sé que vuestros ancestros se avergonzarían.

» ¿Te burlas ante la idea de la paz? ¿De esa que podemos tener entre nuestra gente? —la voz de Mor se chasqueó y Azriel se desplazó sutilmente de nuevo un poco más cerca de ella, aunque su rostro no reveló nada—. Hay una isla en una olvidada y tempestuosa parte del mar. Una isla vasta y exuberante, protegida del paso del tiempo y de ojos curiosos. Y en esa isla, Miryam y Drakon siguen vivos. Con sus hijos. Su gente de *ambas* especies. Féricos y humanos, y lo

que hay entre medias. Lado a lado. Durante quinientos años, han prosperado en esa isla, dejando que el mundo crea que han muerto...

—Mor —dijo Rhys, una amonestación silenciosa.

Era un secreto, me di cuenta, que tal vez se había mantenido oculto durante cinco siglos.

Un secreto que había alimentado los sueños de Rhysand, los de su corte.

Una tierra donde dos soñadores habían encontrado paz entre su gente.

Donde no había un muro. Ni escudos de hierro. Ni flechas de fresno.

Los ojos de la mayor estaban brillosos mientras declaraba:

—Danos una prueba. Si no eres el Gran Señor que claman los rumores, danos una sola prueba que demuestre que eres lo que dices ser... un hombre de paz.

Había una sola forma. Una sola forma de demostrarles, de probárselo.

Velaris.

Cada uno de mis huesos gritó ante la idea de revelar esa gema a estas...arañas.

Rhys se levantó en un movimiento fluido. Las reinas hicieron lo mismo. Su vos era como una noche de luna cuando dijo:

—¿Deseas una prueba? —Contuve la respiración, rezando...rezando para que no les dijera. Se encogió de hombros y los hilos de plata en su chaqueta capturaron la luz del sol—. Te la conseguiré. Esperad noticias, y volved cuando os convoque.

—No somos convocadas por nadie, humanos y féricos —la dorada sonrió tontamente.

Tal vez por eso les costó tanto tiempo responder. Por jugar algún tipo de juego de poderes.

—Entonces venid en vuestro tiempo libre —dijo Rhys, con la suficiente cantidad de mordacidad que los guardias de las reinas dieron un paso adelante. Cassian se limitó a sonreírles, y el más sabio entre ellos palideció al instante.

Rhys apenas inclinó la cabeza cuando añadió:

—Tal vez entonces comprendáis que tan vital es el libro para *nuestros* esfuerzos.

—Lo consideraremos una vez que tengamos tu *prueba* —La mayor casi escupió la palabra. Una parte de mí me recordó que ella era vieja, de la realeza, y chasquear con burla en su cara no sería lo mejor para nosotros—. Ha sido nuestro deber proteger el libro durante quinientos años. No lo entregaremos sin la debida consideración.

Los guardias las flaquearon —como si las palabras hubiesen sido algún tipo de señal predeterminada. La reina dorada me sonrió y dijo:

—Buena suerte.

Entonces se hubieron ido. La sala se quedó repentinamente demasiado grande, demasiado tranquila.

Y fue Elain, *Elain*, la que suspiró y murmuró:

—Espero que ardan en el infierno.

Capítulo 41

Traducido & Corregido por Rin

Permanecemos en silencios la mayoría del tiempo que volamos y nos tamizamos en Valeris. Amren ya esperaba en la casa de la ciudad, con su ropa arrugada y rostro alarmanamente pálido. Tomé nota de conseguirle más sangre inmediatamente.

Pero en lugar de ruinar en el comedor o en la sala de estar, Rhys avanzó por el pasillo con las manos metidas en los bolsillos, pasó de largo la cocina hasta llegar al jardín en la parte posterior.

El resto de nosotros nos quedamos en el vestíbulo, mirando hacia él, al silencio que radiaba de él. Como la calma antes de una tormenta.

—Ha ido bien, parece ser —dijo Amren. Cassian le lanzó una mirada y fue tras su amigo.

El soleado y árido día había calentado el jardín; pedazos de verde se asomaban ahora aquí y allí en los innumerables lechos y macetas. Rhys se sentó en el borde de la fuente con los brazos apoyados sobre sus rodillas, mirando a la losa con musgo que estaba entre sus pies.

Todos tomamos asiento en las sillas de hierro de color blanco esparcidas por todo el lugar. Si tan solo los humanos pudiera verlos; hadas sentadas sobre hierro. Se desharían de esas ridículas baratijas y joyas. Quizás incluso Elain recibiría un anillo de compromiso que no hubiera sido forjado con odio y miedo.

—Si has salido aquí fuera para empollar, Rhys —dijo Amren desde donde estaba sentada en un pequeño banco—, entonces dilo y déjame volver a mi trabajo.

Unos ojos violetas se elevaron para encontrarse con los de ella. Fríos y sin humor.

—Los humanos desean una prueba de nuestras buenas intenciones. De que somos de fiar.

La atención de Amren se desvió hacia mí.

—¿Feyre no fue suficiente?

No deje que las palabras picaran. No, no había sido suficiente; tal vez había fallado en mi rol como emisaria...

—Ella es más que suficiente —dijo Rhys con esa mortal calma y me pregunté si había enviado mis patéticos pensamientos a través del lazo. Subí de un golpe mis escudos de nuevo—. Son unas tonta. Peor; unas tontas con miedo. —Volvió a estudiar el suelo, como si el musgo seco y la piedras formaran algún patrón que nadie más además de él pudiera ver.

Cassian dijo:

—Podríamos... destronarlas. Colocar reinas nuevas e inteligentes en sus tronos. Quienes podrían estar de acuerdo en negociar.

Rhys negó con la cabeza.

—Uno; eso tardaría mucho. No disponemos de ese tiempo. —Pensé en las últimas semanas desperdiciadas, en cómo Azriel había intentado infiltrarse en las cortes. Si ni siquiera sus sombras y espías podían irrumpir en su funcionamiento interno, entonces dudaba que un asesino pudiera. La sacudida de cabeza en confirmación que Azriel le dio a Cassian decía lo mismo—. Dos —continuó Rhys—; quién sabe si eso pueda impactar en la magia en su mitad del libro. Debe darse libremente. Es posible que la magia sea lo suficientemente fuerte para ver nuestra intriga. —Se chupó los dientes—. Estamos estancados con ellas.

—Podríamos volver a intentarlo —dijo Mor—. Déjame hablar con ellas, déjame ir a su palacio...

—No —dijo Azriel. Mor alzó las cejas y una tenue mancha tiñó el rostro bronceado de Azriel. Sin embargo sus características eran estables, sus ojos color avellana eran sólidos—. No pondrás ni un pie en ese reino humano.

—Luché en la Guerra, lo que harías bien en recordar...

—No —volvió a decir Azriel negándose a romper su mirada. Sus alas temblaron y rasparon contra el respaldar de su silla—. Podrían capturarte y dar ejemplo contigo.

—Tendrían que atraparme primero.

—Ese palacio es una trampa mortal para nuestra especie —respondió Azriel con voz baja y áspera—. Construido por manos féricas para proteger los humanos de nosotros. Pon un pie ahí dentro, Mor, y no volverás a salir. ¿Por qué crees que hemos tenido tantos problemas intentando posicionarnos allí?

—Si entrar en su territorio no es una opción —corté antes de que Mor pudiera decir lo que sea que estiraba sus rasgos y replicara, y seguramente hiriera al shadowsinger más de lo que pretendía—, y cualquier engaño o encanto mental podría hacer que la magia destruya el libro... ¿qué prueba se podría ofrecer? —Rhys levantó la cabeza—. ¿Quién es... quién es Miryam? ¿Quién era ella para Jurian,

y quien era ese principie del que hablabas... Drakon? A lo mejor podríamos... ellos podrían servir como prueba. Si pueden dar fe de ti.

El calor murió en los ojos de Mor mientras arrastraba un pie contra el musgo y el adoquín.

Pero Rhys cruzó sus dedos en el espacio entre sus rodillas antes de decir:

—Hace quinientos años, en los años previos a la guerra, hubo un reino Fae al sur del continente. Era un reino de tierra que rodeaba el exuberante delta de un río. El reino Tierra Negra. No había lugar más cruel para nacer humano; para los humanos no nacer libres. Todos eran esclavos, forzados a construir grandes templos y palacios para el Alto Fae que gobernaba. No había escapatoria; ninguna posibilidad de comprar su libertad. Y la reina de Tierra Negra... —El recuerdo agitó su rostro.

—Hacía que Amarantha luciera tan dulce como Elain —explicó Mor son un leve veneno.

—Miryam —continuó Rhys—, era una hembra medio fae nacida de una madre humana. Y dado que su madre era una esclava, la concepción fue... contra su voluntad, por lo que al igual que ella, Miryam nació con grilletes y considerada humana; cualquier derecho por su herencia fae le fue negado.

—Cuenta la historia completa en otro momento —cortó Amren—. La esencia en sí, niña —me dijo—, es que Miryam fue entregada como regalo de boda de la reina a su prometido, un príncipe Fae extranjero llamado Drakon. Este se horrorizó, y permitió que Miryam escapara. Temiendo la ira de la reina, huyó por el desierto, cruzó el mar y otro desierto más... y fue encontrada por Jurian. Se unió a su ejército de rebeldes, se convirtió en su amante y sanadora entre sus guerreros. Hasta que un devastadora guerra la llevó dirigirse a los nuevos aliados Faes de Jurian —incluido el Príncipe Drakon. Resultó que, Miryam le había abierto los ojos ante el monstruo con la que pretendía casarse. Él había roto su compromiso, aliado su armada con los humanos, y había estado buscando la hermosa esclava durante tres años. Jurian no tenía ni idea de que su nuevo aliado codiciaba a su amante. Estaba concentrado en ganar la guerra, en destruir a Amarantha en el Norte. Mientras su obsesión tomaba el control, le cegó de tal modo que no se dio cuenta de que Miryam y Drakon se enamoraban a sus espaldas.

—No fue a sus espaldas —espetó Mor—. Miryam terminó con Jurian antes de poner un dedo en Drakon.

Amren se encogió de hombros.

—Para acortar la historia, niña, cuando Jurian fue sacrificado por Amarantha, y durante centurias después, ella le contó lo que había pasado con su amante. Que lo había traicionado por un macho Fae. Todo el mundo creía que

Miryam y Drakon perecieron mientras liberaban a su gente de Tierra Negra al final de la Guerra, incluso Amarantha.

—Pero no fue así —dije. Rhys y Mor asintieron—. Todo para escapar de algún modo, ¿verdad? ¿Para empezar de nuevo en otro lugar, con sus dos pueblos? —Otro par de asentimientos—. ¿Entonces porque no mostrarle eso a las reinas? Empezaste a contarles...

—Porque —cortó Rhys—, además de que no es prueba alguna sobre *mi* carácter, lo cual parecía su mayor queja, sería una grave traición a nuestros amigos. Su único deseo era permanecer ocultos para vivir en paz con sus pueblos. Lucharon, sangraron y sufrieron bastante para conseguirlo. No los arrastraré a este conflicto.

—El ejército aéreo de Drakon —reflexionó Cassian—, era tan bueno como el nuestro. Podríamos necesitar acudir a él al final.

Rhys se limitó a sacudir la cabeza. Conversación acabada. Y tal vez tenía razón: revelar la pacífica existencia de Drakon y Miryam no explicaba nada de sus intenciones. Sobre sus méritos propios y carácter.

—¿Entonces que les ofreceremos? —pregunté—. ¿Qué les mostraremos?

El rostro de Rhys estaba sombrío.

—Les mostraremos Velaris.

—¿Qué? —ladró Mor. Pero Amren la hizo callar.

—No te estarás refiriendo a traerlas aquí, ¿no? —dije.

—Por supuesto que no. El riesgo es demasiado grande, entretenerlas aunque solo sea una noche terminaría en un derramamiento de sangre —dijo Rhys—. Así que planeo solo mostrárselas.

—Lo descartarán como un mero truco mental —canturreó Azriel.

—No —dijo Rhys, poniéndose de pie—. Me refiero a *mostrarles*, a jugar con sus propias reglas.

Amren chocó sus uñas unas contra otras.

—¿Qué quieres decir, Gran Señor?

Pero Rhys solo le dijo a Mor:

—Avisa a tu padre. Iremos a darle a él y mi otra corte una visita.

Mi sangre se congeló. La Corte de Pesadillas.

+ + +

Había un orbe, que resultó que había pertenecido a la familia de Mor durante milenios: el Veritas. Estaba lleno con esa magia de veracidad que ella clamaba poseer –con la que muchos en su línea de sangre también nacieron. Y el Veritas era uno de sus talismanes más preciados y vigilados.

Rhys no perdió tiempo con la planificación. Iríamos a la Corte de Pesadillas en de la Ciudad Hewn mañana por la tarde, nos tamizaríamos cerca de la enorme montaña en la que había sido construida, y después volaríamos el esto del camino.

Mor, Cassian y yo éramos simples distracciones para hacer que la repentina visita de Rhys menos sospechosa –mientras Azriel robaba el orbe de la cámara del padre de Mor.

El orbe era conocido entre los humano; había sido usado por ellos en la Guerra, me contó Rhys durante una silenciosa cena esa noche. Las reinas lo conocerían. Y sabrían que era verdad absoluta, ninguna ilusión o truco, cuando lo usáramos para mostrarles –como mirar en una pintura vivida– que esta ciudad y su buena gente existían.

Los otros sugirieron otros lugares dentro de su territorio para probar que él no era ningún sádico belicista, pero ninguna tenía el mismo impacto que Velaris, clamó Rhys. Por su pueblo, por el *mundo*, él le ofrecería a las reina su pedazo de verdad.

Después de cenar, entré en las calles y eventualmente me terminé de pie al borde de Arcoíris y con la noche en pleno apogeo, los clientes, artistas y bulliciosos ciudadanos comunes de tienda en tienda, miraban las galerías y compraban materiales de construcción.

Comparadas con las luces y colores brillantes de la pequeña colina que partía desde el río, las calles detrás de mí eran oscuras, durmientes.

Había estado aquí cerca de dos meses y no había tenido el coraje de caminar por el barrio de los artistas.

Pero este lugar... Rhys arriesgaría esta hermosa ciudad, estas encantadoras personas, todo por una oportunidad de paz. Tal vez la culpabilidad de dejarla protegida mientras el resto de Prythian había sufrido lo dirigía; tal vez ofrecer Velaris en un bandeja de plata era su intento de aliviar el peso. Me froté el pecho al dolor construyéndose ahí.

Di un paso hacia el barrio –y me detuve.

Tal vez debí pedirle a Mor que viniera. Pero se había ido después de la cena, con el rostro pálido y nerviosa, haciendo caso omiso al intento de Cassian de hablar con ella. Azriel se había lanzado a las nubes para contactar con sus espías. Le prometió a Cassian en voz baja mientras pasaba que se contraría con Mor cuando hubiera terminado.

Y Rhys... había tenido suficiente. Y no objetó cuando dije que iría a dar un paseo. Ni siquiera me advirtió que tuviera cuidado. Si era confianza lo suyo, o absoluta fe en la seguridad de la ciudad, o sencillamente sabía lo mal que reaccionaría si intentaba convencerme de no ir, no lo sabía.

Sacudí la cabeza aclarando mis pensamientos mientras empezaba a andar otra vez hacia la calle principal de Arcoíris.

Había sentido destellos las pasadas semanas en el interior de ese agujero en mi pecho –destellos de imágenes, pero nada sólido. Nada que rugiera con vida y demanda. No de la forma que lo hizo esa noche, viéndolo a él de rodillas sobre la cama, desnudo, tatuado y alado.

Sería estúpido aventurarse al interior del barrio, de cualquier modo, cuando seguramente sería arruinado por cualquiera que fuera el conflicto avecinándose. Sería estúpido enamorarse de ello, cuando me sería arrebatado.

De modo que, como una cobarde, me giré y fui a casa.

Rhys estaba esperando en el vestíbulo, apoyado contra la barandilla de las escaleras. Su rostro estaba sombrío.

Me detuve en medio de la alfombra de la entrada.

—¿Qué va mal?

Sus alas no estaban a la vista, ni siquiera una sombra de ellas.

—Me estoy preguntando si sería mejor que te quedarás aquí mañana.

Me crucé de brazos.

—Pensé que iba a ir. —*No me encierres en esta casa, no me echas a un lado...*

Se pasó una mano por el pelo.

—Lo que tengo que ser mañana, en quien me tengo que convertir, no es... no es algo que quiero que veas. Cómo voy a tratarte a ti, a los otros...

—La máscara del Gran Señor —dije en voz baja.

—Sí. —Se sentó en un escalón, al pie de las escaleras.

Yo me quedé en el centro del vestíbulo mientras preguntaba con cuidado:

—¿Por qué no quieres que lo vea?

—Porque acabas de empezar a mirarme como si no fuera un monstruo, y no puedo soportar la idea de que algo de lo que veas mañana, estando debajo de esa montaña, te vuelva a poner en ese lugar en el que te encontré.

Debajo de esa montaña –bajo tierra. Sí, había olvidado eso. Olvidé que vería la corte en la que se había inspirado Amarantha, que estaría atrapada bajo la tierra...

Pero con Cassian, Azriel y Mor. Con... él.

Esperé que llegara el pánico, el sudor frío. Nada llegó.

—Déjame ayudar. De cualquier modo que pueda.

La tristeza oscureció la luz estelar en sus ojos.

—El rol que vas a tener que jugar no es uno placentero.

—Confío en ti —Me senté junto a él en las escaleras lo bastante cerca para que el calor de su cuerpo calentara la frialdad provocada por el aire nocturno aferrado a mi abrigo—. ¿Por qué Mor lucía tan perturbada cuando se fue?

Su garganta se balanceó. Podía decir que era rabia y dolor lo que le impedía contármelo todo –no el recelo. Después de un momento, dijo:

—Yo estaba en la Ciudad Hewn, el día en que su padre declaró que iba a ser vendida en matrimonio a Eris, el hijo mayor del Gran Señor de la Corte de Otoño. —El hermano de Lucien—. Eris tenía una reputación de crueldad, y Mor... me rogó que permitiera que pasa. Por todo su poder, todo su salvajismo, ella no tenía voz ni voto con esas personas. Y mi padre le importaba especialmente si sus primos utilizaban su prole como cría de ganado.

—¿Qué pasó? —pregunté en un respiro.

—Llevé a Mor al campamento Iliriano durante unos días. Y ella vio a Cassian, y decidió que haría la única cosa que podría arruinar su valor para esas personas. No lo supe hasta después y... fue un desastre. Con Cassian, con ella, con nuestras familias. Y esa es otra larga historia, pero el resumen es que Eris rechazó casarse con ella. Dijo que ella había sido mancillada por un fae menor nacido bastado, y que ahora se follaría a una cerda. La familia de ella... ellos... —Nunca lo había visto tan perdido en las palabras. Rhys se aclaró la garganta—. Cuando terminaron, la arrojaron en la frontera de su Corte de Otoño, con una nota clavada en su cuerpo que decía que ella era problema de Eris.

Clavada... *clavada* en ella.

Rhys dijo con suave ira:

»Eris la dejó para morir en mitad de sus bosques. Azriel la encontró un día después. Hice todo lo pude para evitar que él fuera a cada corte y los castigara a todos.

Pensé en ese rostro alegre, en la sonrisa impertinente, en la hembra que no le importaba quién la aprobara. Tal vez debido a que había visto la fealdad que su especie tenía para ofrecer. Y había sobrevivido.

Y entendí –por qué Rhys no podía soportar a Nesta por más de unos cuantos minutos, por qué no se dejaba llevar por esa rabia cuando sus defectos estaban involucrados, incluso si yo lo hacía.

El fuego procedente de Beron empezó a crepitar en mis venas. *Mi* fuego, no el de él. Ni tampoco el de sus hijos.

Tomé la mano de Rhys y su pulgar rozó la parte posterior de mi palma. Intenté no pensar en la comodidad de esa caricia cuando dije con una voz fuerte y calmada que apenas reconocí:

—Dime qué tengo que hacer mañana.

Capítulo 42

Traducido por AnamiletG // Corregido por Mais

No estaba asustada.

No del papel que Rhys me había pedido jugar hoy. No del rugido del viento cuando nos tamizamos a una cordillera familiar, coronada de nieve, que rechazaba ceder al beso del despertar de la primavera. No del agotador vuelo de Rhys entre picos y valles, rápidos y elegantes. Con Cassian y Azriel flaqueándonos. Mor se reuniría con nosotros en las puertas de la base de la montaña.

El rostro de Rhys estaba exhausto, sus hombros tensos mientras me agarraba a ellos. Sabía qué esperar, pero... incluso después de que me dijera lo que tenía que hacer, incluso después de haber aceptado, él había estado... distante. Atormentado.

Preocupado por mí, me di cuenta.

Y solo por esa preocupación, para conseguir quitar esa estrechez de su cara, incluso por estos pocos minutos antes de que nos enfrentemos a su impío reino debajo de esa montaña, dije sobre el viento:

—Amren y Mor me dijeron que el tamaño de las alas de un macho Iliriano dice mucho sobre el tamaño de... otras partes.

Sus ojos se dispararon a mí, luego a las laderas recubiertas de árbol de pino debajo. —Claro que lo hicieron.

Me encogí de hombros dentro de sus brazos, tratando de no pensar en el cuerpo desnudo de esa noche, hace tantas semanas atrás, aunque no había visto mucho

—También dijeron que las alas de Azriel son las más grandes.

Travesura bailó en sus ojos violetas, alejando ese distanciamiento, esa tensión. El jefe espía era un borrón negro contra el cielo azul pálido.

—Cuando volvamos a casa, sacaremos la vara de medir, ¿de acuerdo?

Pellizqué el músculo duro como una piedra de su antebrazo. Rhys me dedicó una sonrisa maliciosa antes de inclinarse hacia abajo...

Montañas, nieve, árboles, sol y una caída libre a través de un espiral de nubes. Un grito sin aliento salió de mí mientras caíamos en picada. Lanzar mis brazos alrededor de su cuello fue un instinto. Su risa baja me hizo cosquillas en mi nuca.

—Estás dispuesta a enfrentar mi oscuridad y sobreponer una tuya, dispuesta a ir a una tumba de agua y hacerle cara a la Tejedora, ¿pero una pequeña caída libre te hace gritar?

—Te dejaré pudrir la próxima vez que tengas una pesadilla —siseé con mis ojos todavía cerrados, y el cuerpo bloqueado mientras él sacaba sus alas para facilitarnos un deslizamiento constante.

—No, no lo harás —canturreó—. Te gustó demasiado verme desnudo.

—Idiota.

Su risa retumbó contra mí. Con los ojos cerrados, el viento rugiendo como un animal salvaje, ajusté mi posición agarrándome a él con más fuerza. Mis nudillos cepillaron una de sus alas, suaves y frescas como la seda, pero duras y tensas como la piedra.

Fascinante. A ciegas, me estiré de nuevo ... y me atreví a correr la punta de un dedo a lo largo del borde interior.

Rhysand se estremeció y soltó un suave gemido más allá de mi oído.

—Eso —dijo con voz apretada—, es muy sensible.

Retiré mi dedo de golpe, alejándome lo suficiente para ver su rostro. Con el viento, tuve que entrecerrar los ojos y mi cabello trenzado se movió de un lado a otro, pero él estaba concentrado por completo en las montañas que nos rodeaban.

—¿Te da cosquillas?

Movió su mirada hacia mí, después a la nieve y los pinos que aparecían no tener fin.

—Se siente como esto —dijo, y se inclinó tan cerca que sus labios rozaron el borde de mi oreja mientras enviaba un soplo suave en ella. Mi espalda se arqueó por instinto, inclinando mi barbilla hacia la caricia de aquel aliento.

—Oh —logré decir. Lo sentí sonreír contra mi oreja y se apartó.

—Si quieres la atención de un varón Iliriano, más vale que lo agarres por las pelotas. Estamos entrenados para proteger nuestras alas a toda costa. Algunos machos atacan primero y preguntan después si tocan sus alas sin invitación.

—¿Y durante el sexo? —La pregunta se me escapó.

El rostro de Rhys era pura diversión felina mientras supervisaba las montañas.

—Durante el sexo, un macho Iliriano puede encontrar la liberación solo con que alguien toque sus alas en el lugar correcto.

Mi sangre vibró. Territorio peligroso, más letal que la caída por debajo.

—¿Lo has confirmado?

Sus ojos me dejaron desnuda.

—Nunca le he permitido a nadie ver o tocar mis alas durante el acto sexual. Te hace vulnerable de una forma con la que no estoy... cómodo.

—Es una pena —dije, mirando demasiado casualmente hacia la gran montaña que ahora aparecía en el horizonte alzándose por encima de las demás. Y tapada, me di cuenta, con ese palacio resplandeciente de piedra lunar.

—¿Por qué? —preguntó con cautela.

Me encogí de hombros, luchando contra el tirón en las esquinas de mis labios.

—Porque apuesto a que podrías entrar en algunas posiciones interesantes con esas alas.

Rhys soltó un ladrido de risa, y su nariz rozó mi oreja. Lo sentí abrir su boca para murmurar algo, pero...

Algo oscuro, rápido, liso y brillante se disparó hacia nosotros, y él descendió y apartó, maldiciendo.

Pero siguieron llegando, una tras otra. Me di cuenta que no eran flechas normales cuando Rhys viró y cogió una en el aire. Otros rebotaron inofensivamente en un escudo que él alzó.

Estudió la madera en la palma de su mano y la dejó caer con un siseo. Flechas de fresno. Para matar hadas.

Y ahora que yo era una...

Más rápido que el viento, más rápido que la muerte, Rhys giró hacia el suelo. Voló, no se tamizó, porque quería saber dónde estaban nuestros enemigos,

no quería perderlos. El viento picó mi rostro, chilló en mis oídos, arrancó mi cabello con garras brutales.

Azriel y Cassian ya se precipitaban a toda velocidad hacia nosotros. Escudos de azul translúcido y rojo los cercaban, haciendo que las flechas rebotaran. Sus Sifones trabajando.

Las flechas eran lanzadas desde el bosque de pinos que cubrían las montañas, después desaparecieron.

Rhys se estrelló contra el suelo, la nieve se esparció a su paso, y furia como no había visto desde ese día en la corte de Amarantha retorció sus facciones. Podía sentirla tamborileando contra mí, enturbiando el claro en el que ahora nos encontrábamos.

Azriel y Cassian llegaron en un instante y sus escudos de colores se contrajeron de regreso al interior de sus Sifones. Los tres, fuerzas de la naturaleza en el bosque de pinos, Rhysand ni siquiera me miró cuando le ordenó a Cassian:

—Llévala al palacio, y permaneced allí hasta que regrese. Az, tú vienes conmigo.

Cassian llegó a mi lado pero yo di un paso atrás.

—No.

—¿Qué? —gruñó Rhys, la palabra casi gutural.

—Llévame contigo —le dije. No quería ir a ese palacio de piedra lunar para quedarme caminando de un lado a otro y esperar y retorcerme los dedos.

Cassian y Azriel muy sabiamente, mantuvieron la boca cerrada. Y Rhys, que la Madre lo bendiga, sólo escondió sus alas y se cruzó de brazos esperando a escuchar mis razones.

—He visto flechas de fresno —dije faltándome un poco el aliento—. Podría reconocer dónde han sido hechas. Y también puedo detectar si provienen de la mano de otro... Gran Señor. —Si provenían de Tarquín...—. Y puedo seguir las pistas en el suelo tan bien como cualquiera de vosotros —A excepción de Azriel, tal vez—. Así que tú y Cassian podéis tomar el cielo —dije, todavía esperando el rechazo, la orden de encerrarme—. Y yo iré de caza con Azriel en el suelo.

La ira irradiando en el claro cubierto de nieve decayó a una rabia calmada y congelante. Pero Rhys dijo:

—Cassian, quiero patrullas aéreas en las fronteras marítimas alrededor de un anillo de dos millas, todo el camino hacia Hiberno. Quiero soldados de a pie en la montaña a lo largo de la frontera sur; asegúrate de que los fuegos de advertencia estén dispuestos en cada pico. No nos confiaremos en la magia. —Se volvió a Azriel—. Cuando hayas terminado, advierte a tus espías que podrían verse afectados, y prepárate para sacarlos. Y coloca a unos nuevos. Mantendremos esto oculto. No le diremos a nadie dentro de la corte lo que ha sucedido. Si alguien lo menciona, decid que fue un ejercicio de entrenamiento.

Porque no podíamos permitirnos mostrar debilidad, incluso entre sus súbditos.

Sus ojos se encontraron por fin con los míos.

—Tenemos una hora antes de tener que ir a corte. Aprovéchala.

+++

Buscamos, pero las flechas fallidas habían sido recogidas por nuestros atacantes, e incluso ni las sombras ni el viento le dijeron algo a Azriel, como si nuestros enemigos hubieran estado ocultos también para ellos.

Pero esta era la segunda vez que sabían dónde estaríamos Rhys y yo.

Mor nos encontró a Azriel y a mí después de veinte minutos, demandando saber qué demonios había sucedido. Le explicamos y se tamizó para dar cualquier excusa que evitara que su horrible familia sospechara que algo andaba mal.

Pero para cuando la hora terminó, no habíamos encontrado una sola pista. Y no podíamos retrasar nuestra reunión por más tiempo.

La Corte de Pesadillas yacía detrás de un gigantesco conjunto de puertas talladas en la propia montaña. Y desde la base, la montaña se elevaba tan alto que no podía ver el palacio en la cima en el que me había quedado una vez. Sólo nieve y roca y las aves que volaban por encima. No había nadie en el exterior, ningún pueblo, ningún signo de vida. Nada que indicara que había una ciudad entera de personas habitando en su interior.

Pero no dejé que mi curiosidad o alguna inquietud persistente se mostraran mientras entrábamos Mor y yo. Rhys, Cassian, y Azriel llegarían minutos más tarde.

Había centinelas en las puertas de piedra, no vestidos de negro como podría haber sospechado, sino de gris y blanco –una coraza hecha para mezclarse con la cara de la montaña. Mor no los miró demasiado mientras me llevaba en silencio al interior de la ciudad montaña.

Mi cuerpo se tensó tan pronto como la oscuridad, el olor a roca, a fuego y carne asada me golpeó. Ya había estado aquí antes, sufrido aquí...

No era Bajo la Montaña. Esto no era Bajo la Montaña.

De hecho, la corte de Amarantha había sido el trabajo de un niño.

La Corte de Pesadillas era la obra de un dios.

Mientras Bajo la Montaña había sido una serie de pasillos, de habitaciones y niveles, esto... esto era realmente una ciudad.

La pasarela por la que Mor nos condujo era una avenida, y alrededor de nosotros, alzándose en la penumbra, había edificios y torres, casas y puentes. Una metrópolis tallada en la oscura piedra de la montaña, ninguna pulgada de ella sin marcar o sin alguna obra espantosa grabada. Las figuras bailaban y fornicaban; rogaban y revelaban. Los pilares estaban tallados para parecer vides curvadas de flores nocturnas en floración. El agua corría a lo largo de pequeños arroyos y ríos conectados desde el corazón mismo de la montaña.

La Ciudad Hewn. Un lugar de tal belleza terrible que era un esfuerzo alejar la maravilla y espanto de mi rostro. La música ya estaba sonando en alguna parte, y nuestros anfitriones todavía no salían para saludarnos. Las personas que nos pasaron –solo Altos Faes– estaban vestidos de gala, con los rostros mortalmente pálidos y fríos. Ni uno solo nos detuvo, ninguno se inclinó o sonrió.

Mor los ignoró a todos. Ninguna de nosotras había dicho una palabra. Rhys me había dicho que no lo hiciera, que las paredes tenían oídos aquí. Mor me llevó por la avenida hacia otro conjunto de puertas de piedra abiertas en la base de lo que parecía ser un castillo *dentro* de la montaña. La sede oficial del Gran Señor de la Corte Oscura.

Grandes y escamosas bestias negras estaban talladas en esas puertas, todos enrollados juntos en un nido de garras y colmillos, durmiendo y peleando, algunos atrapados en un ciclo sinfín de devorarse entre sí. Entre ellos fluían enredaderas de jazmín y flores de luna. Podría haber jurado que las bestias parecían retorcerse en el brillo plateado de las luces Fae que flotaban a lo largo de la ciudad de la montaña. Las Puertas de la Eternidad; así es como llamaría la pintura que destelló en mi mente.

Mor pasó a través de ellas; era como un destello de color y vida en este extraño y frío lugar. Vestía del rojo más profundo, el algodón y la seda de su vestido sin mangas se aferraban a sus pechos y caderas, mientras que los ejes colocados cuidadosamente dejaban gran parte de su estómago y espalda expuesta. Su cabello estaba suelto en ondas ondulantes, y los puños de oro macizo brillaban en sus muñecas. Una reina, una reina que no se inclinaba ante nadie, una reina que los había enfrentado a todos y había triunfado. Una reina que era dueña de su cuerpo, su vida, su destino, y nunca se disculpó por ello.

Mi ropa, la cual ella se había tomado un momento en el bosque de pino para cambiar, era de una índole similar, casi idéntica a la que me habían forzado a usar Bajo la Montaña. Dos ejes de tela que apenas cubrían mis pechos fluían por debajo de mi ombligo, dónde una cinta alrededor de mis cadera los unía en un solo eje pronunciado, que alcanzaba a cubrir entre mis piernas y apenas mi trasero.

Pero a diferencia de la seda de colores brillantes que había usado entonces, esta estaba formada de tela negra brillante destellaba con cada movimiento de mis caderas.

Mor había moldeado mi cabello en una corona en la cima de mi cabeza, justo detrás de la diadema negra que había puesto delante de esta, acentuada con manchas de diamante que la hacían brillar como el cielo de la noche. Había oscurecido y alargado mis pestañas, untando una línea elegante y viciosa de Kohl en la esquina externa de cada una. Mis labios los había pintado de color rojo sangre.

Andamos a zancadas dentro del castillo debajo de la montaña. Aquí había más personas, que merodeaban por los interminables pasillos, observando cada una de nuestras respiraciones. Algunos se parecían a Mor, con su cabello dorado y rostros bonitos. Incluso le sisearon.

Mor les sonrió. A mí, en su lugar, una parte de mí deseaba rasgar sus gargantas.

Finalmente llegamos a un salón del trono de un pulido ébano. Más de las serpientes de las puertas delanteras estaban talladas aquí, esta vez, envueltas alrededor de las numerosas columnas que sostenían el techo de ónix. Era tan alto que la oscuridad ocultaba sus detalles más finos, pero sabía que más habían sido talladas también ahí. Grandes bestias para ser testigos de las manipulaciones y maquinaciones dentro de esta habitación. El trono en sí había sido fabricado con algunas de ellas –una cabeza serpenteaba alrededor de ambos lados del espaldar– como si mirasen sobre el hombro del Gran Señor.

Una multitud se había congregado, y por un momento estaba de nuevo en la sala del trono de Amarantha, tan similar era el ambiente, la malicia. Así de similar era la tarima en el otro extremo.

Un hombre de hermosos cabellos dorados se puso en nuestro camino hacia el trono de ébano, y Mor se detuvo tranquilamente. Supe que era su padre sin que tuviera que decir una palabra. Estaba vestido de negro con un aro de plata encima de su cabeza. Sus ojos marrones eran como tierra vieja cuando dijo:

—¿Dónde está? —le dijo a Mor.

Ningún saludo, ninguna formalidad. A mí me ignoró por completo.

Mor se encogió de hombros.

—Él llegará cuando lo precise —respondió ella.

Su padre me miró entonces. Mi convertí mi cara en una máscara como la de ella. Desinteresada. Distante.

Su padre estudió mi rostro, mi cuerpo y donde pensé que habría desdén y una mirada lujuriosa... no había nada. Ninguna emoción. Solo un frío insensible.

Seguí a Mor antes de que el disgusto destrozara mi propia máscara helada.

Unas mesas de banquete contra las negras paredes estaban cubiertas con grasa, frutas succulentas y coronas de pan dorado, interrumpidas con carne asada, barriles de sidra y ale, empanadas, tartas y pequeños pasteles de todos los tamaños y variedad.

Mi boca se podría haber hecho agua con eso... de no haber sido el Alto Fae en sus mejores galas. De no haber sido por el hecho de que nadie tocaba la comida —el poder y la riqueza dejando que se eche a perder.

Mor camino directo hacia la tarima de obsidiana, y yo me detuve al pie de los escalones mientras ella tomaba un lugar al lado del trono.

—Vuestro Gran Señor se acerca. Está de mal humor, así que os sugiero comportaros lo mejor posible, a menos que deseéis ser el entretenimiento de la noche —dijo a la multitud con una voz clara, cruel y astuta.

Y antes de que la multitud pudiera comenzar a murmurar, lo sentí. Lo sentí... a él.

La roca bajo mis pies pareció temblar a un ritmo pulsante, constante.

Sus pasos. La montaña se estremeció con cada toque.

Todo el mundo en la habitación se quedó tan inmóvil como la muerte. Como si petrificaran cada una de sus respiraciones para no llamar la atención del depredador que ahora se acercaba hacia nosotros.

Los hombros de Mor estaban echados hacia atrás, su barbilla en alto en un salvaje y desenfrenado orgullo ante la llegada de su maestro.

Recordando mi papel, mantuve mi propia barbilla bajada, mirando por debajo de mis cejas.

Primero aparecieron Cassian y Azriel en la puerta. El general y shadowsinger del Gran Señor y los Ilirianos más poderosos de la historia.

Estos no eran los hombres que yo había llegado a conocer.

Recubiertos con una intrincada armadura negra de batalla que se abrazaba a sus formas musculosas, sus hombros imposiblemente más amplios y sus rostros un retrato de una brutalidad insensible. Me recordaban, de alguna manera, las bestias de ébano talladas en los pilares que habían cruzado.

Más Sifones brillaban, me di cuenta, además de los que estaban encima de cada una de sus manos. Un Sifón en el centro de su pecho. Un en cada hombro. Uno en cada rodilla.

Por un momento me temblaron las rodillas, y comprendí lo que los señores de campamento habían temido en ellos. Si un Sifón era lo que la mayoría de los Ilirianos necesitaba para manejar su poder de matar... Cassian y Azriel tenían siete cada uno. *Siete*.

Los cortesanos tuvieron el buen sentido de alejarse un paso cuando Cassian y Azriel pasearon entre la multitud hacia la tarima. Sus alas brillaban, las garras en el ápice lo bastante afiladas para perforar el aire como si las hubieran afilado.

El enfoque de Cassian había ido directo a Mor, Azriel se permitió mirarlo todo antes de escanear las personas que los rodeaban. La mayoría eludían los ojos del jefe espía, aunque temblaban al contemplar al Portador de la Verdad a su costado y la espada Iliriana que asomaba por encima de su hombro izquierdo.

Azriel, su rostro una máscara de muerte hermosa, les prometía silenciosamente a todos un interminable e implacable tormento, incluso las sombras se estremecían a su paso. Sabía el motivo; sabía por quién lo haría gustosamente.

Habían tratado de vender a una chica de diecisiete años en matrimonio a un sádico, y luego brutalizado en formas que no podía, no podría, permitirme

considerar. Y ahora estas personas vivían en absoluto terror de los tres compañeros que estaban de pie en la tarima.

Bien. Deberían tener miedo de ellos.

Temerme a mí.

Y entonces apareció Rhysand.

Había liberado el amarre de su poder, de quién era él. Su poder llenó la sala del trono, el castillo, la montaña. El mundo. No tenía fin ni principio. Sin alas. Sin armas. Sin señales del guerrero. Nada más que el elegante y cruel Gran Señor que el mundo creía que era. Tenía las manos en los bolsillos, su túnica negra parecía engullir la luz. Y sobre su cabeza una corona de estrellas. Ninguna señal del hombre con el que había estado bebiendo en la azotea, ninguna señal del príncipe arrodillado sobre su cama. El impacto total de él amenazaba con barrerme.

Aquí, aquí estaba el más poderoso Gran Señor jamás nacido. El rostro de los sueños y pesadillas.

Los ojos de Rhys se encontraron con los míos brevemente a través de la sala mientras pasaba por entre las columnas. Hacia el trono que le correspondía de sangre, de sacrificio y fuerza. Mi propia sangre cantó ante el poder que brotaba de él, ante su belleza.

Mor bajó de la tarima, hincando una rodilla en un suave arco. Cassian y Azriel siguieron el ejemplo. Lo mismo hizo todos en la habitación. Incluyéndome a mí.

El suelo de ébano estaba tan pulido que pude ver en él el reflejo de mis labios pintados de rojo; ver mi propio rostro inexpresivo. La habitación estaba tan silenciosa que podía oír cada uno de los pasos de Rhys dirigiéndose hacia nosotros.

—Bueno, bueno —dijo a nadie en particular—. Parece que habéis llegado a tiempo por una vez.

Levantando su cabeza mientras continuaba de rodillas, Cassian le dio a Rhys una media sonrisa, comandante del Gran Señor encarnado, con ganas de hacer su derramamiento de sangre.

Las botas de Rhys se detuvieron en mi línea de visión. Sus dedos estaban helados cuando sujetaron mi barbilla para levantar mi rostro.

Toda la habitación, aún en el suelo, observó. Pero este era el papel que necesitaba que yo jugara. El de ser la distracción y la novedad. Los labios de Rhys se elevaron en las esquinas.

—Bienvenida a mi casa, Feyre Rompemaldiciones.

Bajé mis ojos, la máscara en mis pestañas hicieron cosquillas en mi mejilla. Él chasqueó la lengua y endureció su agarre en mi barbilla. Todo el mundo se dio cuenta del empuje de sus dedos, del ángulo depredador de su cabeza cuando dijo:

—Ven conmigo.

Un tirón en la barbilla, y me puse de pie. Rhys arrastró sus ojos sobre mí y me pregunté si no se debía del todo al espectáculo que estuvieran un poco vidriosos.

Me guió los pocos pasos de la tarima al trono. Se sentó, sonriendo débilmente a su monstruosa corte. Era dueño de cada pulgada del trono. De estas personas.

Y con un tirón en mi cintura, me sentó sobre su regazo.

La puta del Gran Señor. En quién me había convertido Bajo la Montaña, lo que el mundo espera que fuera. La nueva mascota peligrosa que el padre de Mor ahora buscaría para tantear.

Una mano de Rhys se deslizó a lo largo de mi cintura desnuda y la otra recorrió mi muslo expuesto. Frías, sus manos estaban tan frías que casi gruñí. Él debió de haber sentido el estremecimiento silencioso. Un segundo más tarde, sus manos estaban calientes. Su pulgar, curvado alrededor del interior de mi muslo, dio una lenta y larga caricia como diciendo *lo siento*.

Rhys, de hecho, se inclinó para poner su boca cerca de mi oído, consciente de que sus súbditos aún no se había levantado del suelo. Como si alguna vez lo hubieran hecho antes de que se los ordenara, hacía mucho tiempo, y hubieran aprendido las consecuencias. Rhysand me susurró, su otra mano ahora acariciando la piel desnuda de mis costillas en círculos perezosos, indolentes:

—Trata de que no se te suba a la cabeza.

Sabía que todos podían oírlo. Él también.

Me quedé mirando sus cabezas inclinadas, mi corazón martilleaba, pero dije con una suavidad de medianoche:

—¿Qué?

La respiración de Rhys acarició mi oreja; la respiración gemela a la que había dado contra ella hacía solo una hora en el cielo.

—Que cada hombre aquí esté contemplando a lo que estarían dispuestos a renunciar para conseguir poner esa linda boca roja tuya sobre ellos.

Esperé a que el rubor, la timidez, aparecieran.

Pero yo *era* hermosa. Era fuerte. Había sobrevivido y triunfado. Como Mor había sobrevivido en esta horrible y envenenada casa...

Así que sonreí un poco, la primera sonrisa de mi nueva máscara. Dejándoles ver la linda boca roja, y mis rectos y blancos dientes.

Su mano se deslizó más arriba por encima de mi muslo con el toque de un hombre que sabía que poseía el cuerpo y el alma de alguien. Se había disculpado de antemano, por este juego, por estos papeles que tendríamos que jugar.

Pero me incliné hacia ese toque y otra vez hacía su duro y cálido cuerpo. Me apretó tanto contra él que pude sentir el profundo estruendo de su voz cuando dijo por fin a su corte:

—Levantaros.

Lo hicieron todos a la vez. Le sonreí a algunos de ellos, gloriosamente aburrida e infinitamente divertida.

Rhys rozó con los nudillos el interior de mi rodilla, y cada nervio de mi cuerpo se redujo a ese toque.

—Id a jugar —les dijo a todos.

Obedecieron y la multitud se dispersó y la música empezó a sonar en un rincón lejano.

—Keir —dijo Rhys y su voz cortó a través de la habitación como un rayo en una noche de tormenta.

Era todo lo que necesitó para invocar el padre de Mor a los pies de la tarima. Keir se inclinó de nuevo, su rostro lleno con un resentimiento helado mientras observaba a Rhys, después a mí, y miró una vez a Mor y los Ilirianos. Cassian le dio a Keir una lenta inclinación de cabeza que le dijo que recordaba —y nunca olvidaría— lo que el Mayordomo de la Ciudad Hewn había hecho a su propia hija.

Pero fue al mirar a Azriel que Keir se estremeció. A la vista del Portador de la Verdad.

Un día, me di cuenta, Azriel usaría esa espada contra el padre de Mor. Y se tomaría un largo, largo tiempo, mientras trinchaba.

—Informa —dijo Rhys, acariciando un nudillo por mis costillas.

Hizo un gesto desdeñoso hacia Cassian, Mor y Azriel, y el trío desapareció entre la multitud. En un segundo, Azriel se había desvanecido en sombras y había desaparecido. Keir ni siquiera se giró.

Ante Rhys, Keir no era más que un niño malhumorado. Sin embargo, sabía que el padre de Mor era viejo. Muy viejo. El Mayordomo se aferraba al poder, al parecer.

Rhys *era* poder.

—Saludos, mi señor —dijo Keir, su voz profunda suavemente pulida—. Y un saludo a su... huésped.

La mano de Rhys se aplanó sobre mi muslo cuando ladeó la cabeza para mirarme.

—Es encantadora, ¿verdad?

—De hecho —dijo Keir, bajando los ojos—. Hay poco que informar, mi señor. Todo ha estado en silencio desde su última visita.

—¿Nadie que castigar? —Era un gato jugando con su comida.

—A menos que quiera que yo seleccione a alguien aquí, no, mi señor.

Rhys chasqueó la lengua.

—Es una pena. —Me volvió a examinar y después se inclinó para tirar de mi lóbulo de la oreja con los dientes.

Y condenada sea al infierno, pero me incliné más hacia atrás cuando sus dientes presionaron al mismo tiempo que su pulgar se desviaba al costado en lo alto de mi muslo, acariciando la sensible piel con un toque largo y lujoso. Mi cuerpo se quedó flojo y apretado, y mi respiración... Que el Caldero me maldiga, su olor a cítrico, a mar, el poder saliendo de él... mi respiración se enganchó un poco.

Sabía que se había dado cuenta; que sintió ese cambio en mí.

Sus dedos se detuvieron en mi pierna.

Keir comenzó a mencionar gente que no conocía en la corte, informes sosos sobre los matrimonios y alianzas, peleas de sangre, y Rhys lo dejó hablar.

Su pulgar me acarició de nuevo, esta vez unido a su dedo índice.

Un bramido sordo estaba llenando mis oídos, ahogando todo, menos el toque en la parte interior de mi pierna. La música estaba latiendo, antigua, salvaje, y la gente se movía unos contra otros.

Con sus ojos en el Mayordomo, Rhys hizo vagos asentimientos con la cabeza de vez en cuando. Mientras sus dedos continuaban sus toques lentos y constantes en mis muslos, subiendo cada vez más con cada pasada.

Las personas estaban mirando. Incluso mientras bebían y comían, incluso cuando algunos bailaban en círculos pequeños, la gente estaba mirando. Estaba sentada en su regazo, su juguete personal, cada toque visible para ellos... y sin embargo, bien podríamos haber sido sólo nosotros dos.

Keir enumeraba los gastos y costes de funcionamiento de la corte, y Rhys dio otro gesto vago. Esta vez, su nariz rozó el punto entre mi cuello y mi hombro, seguido de un roce de su boca.

Mis pechos se apretaron, volviéndose llenos y pesados, doliendo –doliendo como lo que ahora se acumulaba en mi interior. El calor llenó mi rostro, mi sangre.

Pero al final Keir dijo, como si su propio auto-control se deslizara de la correa:— He escuchado los rumores, y no acabo de creerlos.

Su mirada se posó en mí, en mis pechos, puntiagudos a través de los pliegues de mi vestido, en mis piernas, más separadas de lo que habían estado minutos antes, y en la mano de Rhys en territorio peligroso.

—Pero parecen ciertos: la mascota de Tamlin es ahora propiedad de otro maestro.

—Deberías ver cómo la hago rogar —murmuró Rhys, empujando mi cuello con su nariz.

Keir juntó las manos detrás de la espalda.

—Asumo que la ha traído para hacer una declaración.

—Sabes que todo lo que hago es una declaración.

—Por supuesto. A esta, al parecer, disfrutas poniéndole telarañas y coronas.

La mano de Rhys se detuvo, y yo me enderecé ante el tono, el disgusto. Y le dije a Keir con una voz que pertenecía a otra mujer:

—Tal vez yo te ponga una correa a ti.

La aprobación de Rhys dio golpecitos contra mi escudo mental, la mano en mis costillas ahora haciendo círculos perezosos.

—Ella disfruta jugando —reflexionó sobre mi hombro. Hizo un gesto con la barbilla hacia el Mayordomo—. Tráele un poco de vino.

Un orden pura. Sin cortesía.

Keir se puso rígido, pero se alejó.

Rhys no se atrevió a dar descanso a su máscara, pero el ligero beso que presionó por debajo de mi oído me dijo lo suficiente. Disculpa y agradecimiento, y más disculpas. No le gustaba esto más que a mí. Y sin embargo, para conseguir lo que necesitábamos, para darle tiempo a Ariel... lo haría. Y yo también lo haría.

Me pregunté, entonces, con sus manos debajo de mis pechos y entre mis piernas, lo que Rhys *no* daría de sí mismo. Me pregunté si... si tal vez la arrogancia y el pavoneo... si enmascaraban a un hombre que tal vez pensaba que no merecía nada en absoluto.

Una nueva canción empezó como gotas de miel y se convirtió en un viento de movimiento rápido, salpicado con implacables e impulsores tambores.

Me di la vuelta, estudiando su rostro. No había nada cálido en sus ojos, nada del amigo que había hecho. Abrí mi escudo lo suficiente para dejarlo entrar. ¿Qué? Su voz flotó en mi mente.

Me estiré hacia el vínculo entre nosotros, acariciando esa pared de ébano inflexible. Un pequeño fragmento se rompió, sólo para mí. Y le dije: *Eres bueno, Rhys. Eres amable. Esta máscara no me asusta. Te veo debajo de ella.*

Sus manos se apretaron en mí, y sus ojos sostuvieron los míos mientras se inclinaba hacia delante para rozar su boca contra mi mejilla. Fue suficiente respuesta, y... un desencadenamiento.

Me incliné un poco más contra él, mis piernas ensanchándose muy ligeramente. ¿Por qué te detuviste? Dije en su mente, dentro de él.

Un gruñido casi silencioso resonó en mi contra. Él acarició mis costillas otra vez, al ritmo de la música y su pulgar se alzó casi lo suficientemente como para tocar la parte inferior de mis senos.

Dejé que mi cabeza cayera hacia atrás contra su hombro.

Dejé ir la parte de mí que escuchaba las palabras de ellos... puta, puta, puta...

La parte que decía esas palabras junto a ellas... *traidora, mentirosa, puta...*

Y sólo me *convertí*.

Me convertí en la música, en los tambores, y en la cosa oscura y salvaje en los brazos del Gran Señor.

Sus ojos estaban vidriosos por completo, y no con poder o rabia. Algo al rojo vivo y con bordes de brillante oscuridad explotó en mi mente.

Arrastré una mano bajando por su muslo, sintiendo la fuerza del guerrero escondido allí. La volví arrastrar subiendo en una caricia larga y ociosa, necesitando tocarlo, sentirlo.

Iba a incendiarme y quemarme. Iba a comenzar a quemar justo aquí...

Tranquila, dijo con diversión malvada a través de la astilla abierta en mi escudo. *Si te conviertes en una vela viviente, el pobre Keir armará un berrinche. Y luego habrás arruinado la fiesta para todos.*

Porque el fuego dejaría saber a todos que yo no era normal y no había duda de que Keir informaría a sus casi-aliados en la Corte de Otoño. O uno de estos otros monstruos lo haría.

Rhys movió sus caderas, frotándose contra mí con suficiente presión que, por un segundo, no me importó Keir, o la Corte de Otoño, o lo que Azriel podría estar haciendo en este momento para robar el orbe.

Había estado tan fría, tan sola, durante tanto tiempo, y mi cuerpo gritaba ante el contacto, ante la alegría de estar siendo tocada, sostenida y *viva*.

La mano que había estado en mi cintura se deslizó por mi abdomen, enganchándose en mi cinturón de tiro bajo. Apoyé la cabeza entre su hombro y cuello, mirando hacia la multitud mientras ellos me miraban a mí, saboreando cada lugar donde Rhys y yo nos conectamos y con ganas de *más, más, más*.

Por fin, cuando mi sangre había empezado a hervir, cuando Rhys rozó la parte baja de mi seno con sus nudillos, miré a donde sabía que Keir estaba de pie, observándonos, con mi vino olvidado en su mano.

Ambos lo habíamos olvidado.

El Mayordomo estaba mirando descaradamente mientras se apoyaba contra la pared. Inseguro de si interrumpir. Medio aterrorizado de hacerlo. *Nosotros* éramos su distracción. *Nosotros* éramos el juego de manos mientras Az robaba el orbe.

Sabía que Rhys seguía sosteniendo la mirada de Keir cuando la punta de su lengua se deslizó por mi cuello.

Arqueeé mi espalda, con los ojos entrecerrados, respirando irregularmente. Me quemaría, y quemaría y quemaría...

Creo que está tan disgustado que podría darme el orbe sólo para que me vaya de aquí, dijo Rhys en mi mente, esa otra mano derivándose peligrosamente al sur. Pero había tal dolor creciente ahí, y no llevaba nada debajo que le ocultara la maldita evidencia si deslizaba su mano una fracción más.

Tú y yo montamos un buen espectáculo, le dije a modo de respuesta. La persona que dijo eso, de forma ronca y sensual... nunca había escuchado esa voz salir de mí antes. Incluso en mi mente.

Su mano se deslizó por lo alto de mi muslo y sus dedos se curvaron hacia dentro.

Me apreté contra él, tratando de desplazar esas manos lejos de lo que acababa de descubrir...

Y lo encontré duro contra mi trasero.

Cada pensamiento se evaporó de mi cabeza. Sólo un estremecimiento de poder se mantuvo cuando me retorcí a lo largo de esa impresionante longitud. Rhys dejó escapar una risa baja y áspera.

Keir simplemente observaba y observaba y observaba. Rígido. Horrorizado. Atrapado aquí, hasta que Rhys lo liberara sin pensar dos veces el por qué. O a dónde había ido el jefe espía.

Así que me di la vuelta otra vez, encontrando los ojos ahora ardientes de Rhysand, y luego pasé la lengua por la columna de su garganta. Viento, mar y cítrico y sudor. Casi me deshizo.

Miré hacia adelante, y Rhys arrastró su boca a lo largo de la parte posterior de mi cuello, justo por encima de mi columna vertebral, justo mientras yo me movía contra la dureza que se empujaba contra mí, insistente y dominante. Precisamente cuando su mano se deslizó un poco demasiado alto en mi muslo interno.

Sentí el enfoque depredador ir directo al punto resbaloso que había sentido allí. Prueba de mi cuerpo traidor. Sus brazos se apretaron a mí alrededor, y mi rostro quemó, tal vez un poco por la vergüenza, pero...

Rhys sintió mi enfoque, mi fuego deslizándose. *Está bien*, dijo, pero esa voz mental sonaba sin aliento. No significa *nada*. *Es sólo tu cuerpo reaccionando...*

¿Porque eres muy irresistible? Mi intento de desviar el tema sonó tenso, incluso en mi mente. Pero él se rió, probablemente por mi bien.

Habíamos estado bailando, jugando y mofándonos entre sí durante meses. Y tal vez fuera la reacción de mi cuerpo, tal vez fuera la reacción de *su* cuerpo, pero el sabor de él amenazaba con destruirme, consumirme, y...

Otro hombre. Tenía las manos de otro hombre por todo mi cuerpo, cuando Tamlin y yo apenas estábamos...

Luchando contra las náuseas, mostré una sonrisa somnolienta, empañando la lujuria en mi rostro. Justo cuando Azriel regresó y le dio Rhys un sutil movimiento de cabeza. Había conseguido el orbe.

Mor se deslizó hasta el jefe espía, pasando una mano territorial sobre sus hombros, su pecho, mientras lo rodeaba para mirarlo a la cara. La mano manchada de cicatrices de Az se envolvió alrededor de su cintura desnuda, apretando una vez. La confirmación que ella también necesitaba.

Ella le ofreció una pequeña sonrisa que, sin duda, difundiría rumores, y se acercó a la multitud de nuevo. Deslumbrando, distrayendo, dejándoles pensar que Az había estado aquí todo el tiempo, dejándolos preguntarse si ella le había extendido una invitación a Azriel a su cama.

Azriel se limitó a mirar a Mor, distante y aburrido. Me pregunté si él estaba hecho un lío por dentro como yo.

Rhys torció un dedo hacia Keir, quién, frunciendo un poco el ceño hacia su hija, se tambaleó hacia adelante con mi vino. Apenas había llegado a la tarima antes de que el poder de Rhys lo recogiera de su mano, haciendo flotar la copa hacia nosotros.

Rhys lo colocó en el suelo al lado del trono, una tarea estúpida que le había puesto al Mayordomo para recordarle su falta de poder, que este trono no era de él.

—¿Debería probar si tiene veneno? —Rhys arrastró las palabras incluso mientras decía en mi mente: *Cassian está esperando. Ve.*

Rhys tenía la misma expresión embriagada de sexo en su perfecto rostro, pero sus ojos... no podía leer las sombras en ellos.

Tal vez, tal vez a pesar de todos nuestros juegos, después de Amarantha, no quería ser tocado así por una mujer. Que siquiera disfrutara de ser deseado así.

Yo había sido torturada y atormentada, pero sus horrores habían ido a otro nivel.

—No, mi señor —se denigró Keir—. Nunca me atrevería a hacerle daño.

Otra distracción, esta conversación. Lo tomé como mi señal para ir hacia Cassian, que estaba gruñendo, de pie junto a columna, a todo el que se acercara demasiado.

Sentí los ojos de toda la corte deslizarse sobre mí, todos ellos olfateando delicadamente lo que estaba tan claramente escrito sobre mi cuerpo. Pero al pasar a Keir, incluso con el Gran Señor a mi espalda, él siseó casi demasiado bajo para poder escuchar:

—Conseguirás lo que te mereces, puta.

La oscuridad explotó en la habitación.

La gente gritó. Y cuando la oscuridad se disipó, Keir estaba de rodillas. Rhys todavía descansaba en el trono. Su rostro era una máscara de furia congelada.

La música se detuvo. Mor apareció en el borde de la multitud, sus propias facciones en presumida satisfacción. Incluso Azriel se acercó a su lado, de pie demasiado cerca para ser casual.

—Discúlpate —dijo Rhys. Mi corazón tronó ante el comando puro, la ira absoluta.

Los músculos del cuello de Keir se tensaron, y sudor estalló en su labio.

—He dicho —entonó Rhys con una calma horrible—, que te disculpes.

El Mayordomo gruñó. Y cuando pasó otro segundo... Se rompió un hueso. Keir gritó.

Y observé, observé como su brazo se fracturó no en dos, ni en tres, sino en *cuatro* pedazos diferentes, la piel se tensó y aflojó en todos los lugares equivocados...

Otro chasquido. Su codo se desintegró. Mi estómago se revolvió.

Keir comenzó a sollozar, la mitad de las lágrimas de rabia, a juzgar por el odio en sus ojos mientras me miraba, después a Rhys. Pero sus labios formaron las palabras, *lo siento*.

Los huesos de su otro brazo se rompieron y fue un esfuerzo no temblar.

Rhys sonrió cuando Keir gritó de nuevo y le dijo a la habitación:

—¿Debería matarlo por esto?

Nadie respondió.

Rhys se rió entre dientes. Le dijo a su Mayordomo:

—Cuando te despiertes, no puedes ver a un curandero. Si me entero de que lo has hecho... —Otro crack, el dedo meñique de Keir se puso flácido. El hombre chilló. El calor que había hervido mi sangre se convirtió en hielo—. Si me entero de que lo has hecho, te cortaré trozos y los enterrarlos donde nadie tenga la oportunidad de volver a juntarlos.

Los ojos de Keir se abrieron con cierto terror ahora. Entonces, como si una mano invisible hubiera golpeado su consciencia, colapsó en el suelo.

Rhys dijo a nadie en particular:

—Llévalo a su habitación.

Dos hombres que parecía que podrían ser primos o hermanos de Mor se precipitaron hacia adelante, recogiendo al Mayordomo. Mor los observó, mofándose débilmente, aunque su piel estaba pálida.

Despertaría. Eso es lo que Rhys había dicho.

Me obligué a seguir caminando cuando Rhys convocó a otro cortesano para darle informes sobre algún asunto trivial.

Pero mi atención se mantuvo en el trono detrás de mí, incluso mientras me deslizaba al lado de Cassian, desafiando a la corte a acercarse, a jugar conmigo. Ninguno lo hizo.

Y durante la larga hora que vino después, la mitad de mi enfoque permaneció en el Gran Señor cuyas manos, boca y cuerpo de repente me había hecho sentir despierta, arder. Eso no me hacía olvidar, no me hacía borrar heridas o quejas, solo me había hecho sentir... viva. Me había hecho sentir como si hubiera estado dormida durante un año, dormida dentro de un ataúd de cristal, y él solo lo hubiera traspasado, llamándome a la conciencia.

El Gran Señor cuyo poder no me asustaba. Cuya ira no me destruía.

Y ahora... ahora no sabía en dónde me dejaba eso.

ACOTAR #2
PARADISE SUMMERLAND

Hasta el cuello de problemas parecía un buen lugar para comenzar.

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA

Capítulo 43

Traducido por Wan_TT18 // Corregido por Mais

El viento rugió alrededor de Rhys y de mí cuando se tamizó desde los cielos por encima de su Corte. Pero Velaris no nos recibió.

En su lugar, estábamos de pie junto a un lago de montaña iluminada por la luna, rodeada de altos pinos, por encima del mundo. Nos habíamos ido de la corte cómo habíamos llegado, con arrogancia y amenaza. No tenía ni idea a dónde habían ido Cassian, Azriel, y Mor con el orbe.

A solas en el borde del lago, Rhys dijo con voz ronca:

—Lo siento.

Parpadeé.

—¿Qué es lo que tienes que sentir?

Sus manos temblaron, como si fuera a raíz de esa furia causada por lo que Keir me había llamado, con lo que había amenazado. Tal vez él nos había traído aquí antes de volver a casa con el fin de tener algo de privacidad antes de que sus amigos pudieran interrumpir.

—No debí haberte permitido ir. Dejar que vieras esa parte de nosotros. De mí.

Nunca lo había visto tan abierto, tan... dudoso.

—Estoy bien.

No sabía qué hacer con lo que él había hecho. Tanto entre nosotros y con Keir. Pero había sido mi elección. El desempeñar ese papel, llevar esta ropa. Dejar que me tocara. Pero...dije lentamente:

—Sabíamos lo que esta noche requeriría de nosotros. Por favor, por favor, no empieces a... protegerme. No así.

Él sabía lo que quería decir. Me había protegido Bajo la Montaña, pero esa primitiva furia masculina que le había mostrado a Keir... Un estudio destrozado salpicado con pintura pasó por mi memoria.

Rhys dijo con voz ronca: —Nunca, *nunca* te encerraré, ni te forzaré a quedarte atrás. Pero cuando él te amenazó esta noche, cuando te llamó... —Putá. Así es como ellos lo habían llamado a él. Durante cincuenta años, se lo habían siseado. Yo había escuchado a Lucien escupir las palabras en su cara. Rhys dejó salir una respiración irregular—. Es difícil apagar mi instinto.

Instintos. Al igual... igual que alguien *más* había tenido instintos de proteger, de esconderme.

—Entonces deberías haberte preparado mejor —le espeté—. Parecías estar pasándolo *simplemente bien* con ello, hasta que Keir dijo...

—*Mataré* a cualquiera que te haga daño —gruñó Rhys—. Los *mataré*, y me tomaré un tiempo condenadamente largo mientras lo hago —Jadeó—. Adelante. Ódiame, despréciame.

—Eres mi *amigo* —le dije, y mi voz se quebró con la palabra. Odiaba las lágrimas que se deslizaron por mi rostro. Ni siquiera sabía por qué estaba llorando. Tal vez por el hecho de que se había sentido muy real ese momento en aquel trono con él, aunque fuera por un momento, y... y que era probable que no hubiera sido así. No para él—. Eres mi amigo y comprendo que eres un Gran Señor. Entiendo que defenderás tu verdadera corte, y castigar las amenazas contra ella. Pero no puedo... no quiero que dejes de decirme cosas o invitarme a hacer cosas, a causa de las amenazas contra mí.

La oscuridad emergió, y las alas brotaron de su espalda.

—Yo no soy él —exhaló Rhys—. *Nunca* lo seré o actuaré como él. Él te encerró y dejó que te marchitarás y murieras.

—El intentó...

—Deja de comparar. *Deja* de compararme con él.

Las palabras me apuñalaron. Parpadeé.

»¿Crees que no sé cómo se escriben las historias, cómo se escribirá *esta* historia? —Rhys puso las manos sobre su pecho, su rostro más abierto, más angustioso de lo que había visto—. Soy el señor oscuro, el que le robó la novia a la primavera. Soy un demonio, y una pesadilla, y hallaré un mal final. Él es el príncipe de oro, el héroe que se quedará contigo como su recompensa por no morir de estupidez y arrogancia.

Las cosas que amo tienen tendencia a ser apartadas de mí. Me había admitido eso Bajo la Montaña.

Pero sus palabras fueron leña para mi temperamento, a cualquier atisbo de miedo bostezando abierto dentro de mí.

—Y ¿qué pasa con mi historia? —le siseé—. ¿Qué hay de *mi* recompensa? ¿Qué hay de lo que *yo* deseo?

—¿Qué es lo que deseas, Feyre?

No tenía respuesta. No lo sabía. Ya no.

—¿Qué es lo que *deseas*, Feyre?

Me quedé en silencio.

Su risa fue amarga, suave.

—Me lo imaginaba. Tal vez deberías tomarte algún tiempo para averiguarlo uno de estos días.

—Puede que no sepa lo que quiero, pero al menos no escondo lo que soy detrás de una máscara —dije, furiosa—. Por lo menos permito que vean lo que soy, con mis pedazos rotos y todo. Sí, es para salvar a tu gente. Pero ¿qué pasa con las otras máscaras, Rhys? ¿Qué hay de permitir que tus amigos vean tu verdadero rostro? Pero tal vez sea más fácil no hacerlo. Porque ¿qué si dejas entrar a alguien? ¿Y si lo ven *todo*, y aun así se alejan? ¿Quién podría culparlos, quién querría molestarse con ese nivel de desastre?

Él se estremeció.

El Gran Señor más poderoso de la historia se estremeció. Y sabía que lo había golpeado duro y muy duro. Demasiado profundo.

—Rhys —le dije.

—Vamos a casa.

La palabra colgó entre nosotros, y me pregunté si no lo iba reconsiderar, incluso mientras esperaba a que mi propia boca gritara que no era mi casa. Pero la idea de los cielos azules claros y nítidos de Velaris al atardecer, el brillo de las luces de la ciudad...

Antes de poder decir que sí, me agarró la mano, sin encontrar mi mirada, y nos tamizó.

El viento era hueco mientras rugía a nuestro alrededor, la oscuridad fría y extraña.

+++

Cassian, Azriel, y Mor, estaban de hecho, esperando en la casa de la ciudad. Les deseé buenas noches mientras emboscaban a Rhysand en busca de respuestas sobre lo que había dicho Keir para provocarlo.

Todavía estaba usando mi vestido –el cual se sentía vulgar a la luz de Velaris– pero me encontré dirigiéndome al jardín, como si la luz de la luna y el frío pudieran limpiar mi mente.

Sin embargo, siendo honesta... estaba esperándolo él. Lo que había dicho...

Había sido horrible. Él me había contado esos secretos, esas vulnerabilidades en confianza. Y yo se las había lanzado a la cara. Porque sabía que le haría daño. Y sabía que no había estado hablando de él, no realmente.

Pasaron los minutos, la noche era aún lo suficientemente fría como para recordarme que la primavera no había llegado totalmente, y me estremecí, frotando mis brazos mientras la luna flotaba. Escuché la fuente, y la música de la ciudad... él no vino. No estaba segura de lo que le diría.

Sabía que él y Tamlin eran diferentes. Sabía que esta noche la ira protectora de Rhysand había sido justificada, que yo habría tenido una reacción similar. Había estado sedienta de sangre por los mínimos detalles del sufrimiento de Mor, había querido *castigarlos* por ello.

Había sabido los riesgos. Había sabido que estaría sentada en su regazo, tocándolo, usándolo. Lo había estado usando por un tiempo. Y tal vez debería decirle que yo no... Yo no quería ni esperaba nada de él.

Tal vez Rhysand necesitaba coquetear conmigo, burlarse de mí, aunque sea por una distracción y sentido de normalidad como lo hacía yo.

Y tal vez dije lo que le dije a él porque... porque me di cuenta de que yo podría muy bien ser la persona que no deja entrar a nadie. Y esta noche, cuando él había retrocedido después de haber visto cómo me afectaba... Se había arrugado algo en mi pecho.

Había estado celosa de Cresseida. Había estado tan profundamente infeliz en ese barco porque quería ser a quién él sonriera de esa manera.

Y sabía que estaba mal, pero... no pensaba que Rhys me llamaría puta si yo lo deseaba... si lo deseaba... a él. Sin importar qué tan pronto fuera después de Tamlin. Tampoco lo harían sus amigos. No cuando habían sido llamados de la misma forma y peor. No cuando habían aprendido a vivir –y amar– más allá de eso. A pesar de eso.

Así que tal vez había llegado el momento de decirle eso a Rhys. Explicarle que yo no quería fingir. No quería dejarlo como una broma, o un plan, o una distracción.

Y sería difícil, estaba asustada y podría ser difícil de manejar, pero... estaba dispuesta a probar, con él. Intentar... ser algo. Juntos. Ya fuera puramente sexual, o más, o algo intermedio o más allá de eso, no lo sabía. Lo descubriríamos.

Estaba sana –o me estaba sanando– lo suficiente como para querer intentarlo. Si él estaba dispuesto a intentarlo, también. Si no se alejaba cuando le expresara lo que quería: a él. No al Gran Señor, y no al macho más poderoso en la historia de Prythian. Solamente... a él. La persona que había enviado la música en esa celda; que había cogido ese cuchillo en la sala del trono de Amarantha para luchar por mí cuando nadie más se atrevió, y que se había seguido luchando por mí todos los días, negándose a dejar que me desmoronara y desapareciera en la nada.

Así que esperé por él en el frío jardín, iluminado por la luna.

Pero no vino.

+++

Rhys no estuvo durante el desayuno. O en el almuerzo. No estuvo en la casa de la ciudad en absoluto.

Incluso le había escrito una nota en el último trozo de papel que habíamos usado.

Quiero hablar contigo.

Había esperado treinta minutos para que el papel se desvaneciera. Pero se había quedado en la palma de mi mano, hasta que lo arrojé al fuego.

Estaba lo bastante enojada como para acechar por las calles, apenas notando que el día estaba cálido y soleado, que el mismo aire parecía ahora mezclado con cítricos y flores silvestres y pasto fresco. Ahora que teníamos el orbe, sin duda él tendría que estar en contacto con las reinas. Quiénes, sin duda, nos harían perder el tiempo simplemente para recordarnos que eran importantes; que ellas, también, tenían poder.

Una parte de mí deseaba que Rhys pudiera aplastar sus huesos de la forma en que lo había hecho con los de Keir la noche anterior.

Me dirigí hacia el apartamento de Amren al otro lado del río, necesitando caminar para aclarar mi cabeza.

De hecho, el invierno había cedido a la primavera. En el momento en que estaba a mitad de camino, mi abrigo colgaba de mi brazo, y mi cuerpo estaba resbaladizo por el sudor debajo de mi pesado suéter crema.

Encontré a Amren de la misma manera que la había visto la última vez: inclinada sobre el Libro, papeles esparcidos a su alrededor. Dejé la sangre en el mostrador.

—Ah. La razón por la que Rhys estaba tan enojado conmigo esta mañana —dijo, sin alzar la mirada.

Me apoyé en el mostrador, con el ceño fruncido.

—¿A dónde ha ido?

—A cazar a quienquiera que te atacó ayer.

Si ellos tenían flechas de fresno en su arsenal... Traté de calmar la preocupación que se profundizaba.

—¿Crees que fue a la Corte de Verano?

El rubí sangre todavía estaba ubicado en el suelo, aun siendo utilizado como pisapapeles en contra de la brisa del río que soplaba desde las ventanas abiertas. El collar de Varian estaba ahora junto a su cama. Como si ella se durmiera mirándolo.

—Tal vez —dijo Amren, arrastrando un dedo a lo largo de una línea de texto. Debía estar realmente absorbida para ni siquiera molestarse con la sangre. Me debatí sobre dejarla en ello. Pero, ella continuó—: En cualquier caso, parece que nuestros enemigos tienen una pista de la magia de Rhys. Lo que significa que son capaces de encontrarlo cuando se tamiza a cualquier parte o si usa sus poderes.

Finalmente alzó la vista.

—Dejareis Velaris en dos días. Rhys quiere que te quedes en uno de los campamentos de guerra de Iliria, donde volarás hacia las tierras de los humanos una vez que las reinas envíen noticias.

—¿Por qué no hoy?

—Porque la Lluvia de Estrellas es mañana por la noche, la primera que tendremos juntos en cincuenta años. Se espera que Rhys esté aquí, entre su gente —dijo Amren.

—¿Qué es la Lluvia de Estrellas?

Los ojos de Amren brillaron.

—Fuera de estas fronteras, el resto del mundo lo celebra mañana como Nynsar, el Día de las Semillas y Flores. —Casi me estremecí ante eso. No me había dado cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que había llegado aquí—. Pero la Lluvia de Estrellas —dijo Amren—, solamente en la Corte Oscura puedes presenciarla, únicamente en el interior de este territorio es celebrada en lugar de los festejos Nynsar. El resto, y el porqué de la misma, lo descubrirás. Es mejor dejarlo como una sorpresa.

Bueno, eso explicaba por qué las personas parecían ya estar preparándose para una celebración de tal grado: Altos Faes y hadas se apresuraban a casa con los brazos llenos de vibrantes ramos de flores silvestres y serpentinas y alimentos. Las calles estaban siendo barridas y lavadas, escaparates parcheados con manos expertas, rápidas.

—¿Vamos a volver aquí una vez nos vayamos? —le pregunté.

Ella volvió al Libro.

—No por un tiempo.

Algo en mi pecho empezó a hundirse. Para un inmortal, un tiempo debía ser... mucho, mucho tiempo.

Lo tomé como una invitación para marcharme, y me dirigí a la puerta en la parte posterior de la buhardilla. Pero Amren dijo —: Cuando Rhys regresó, después de Amarantha, era un fantasma. Fingió que no lo era, pero lo fue. Tú lo has hecho volver a la vida.

Las palabras se estancaron, y no quise pensar en ello, no cuando todo lo bueno que había hecho –todo lo bueno que habíamos hecho el uno por *el otro*– podría haber sido borrado por lo que le había dicho.

Así que dije: — Tiene suerte de teneros.

—No —dijo en voz baja, más gentilmente de lo que había oído—. *Somos* afortunados de tenerlo a él, Feyre.

Me volteé desde la puerta.

—He conocido a muchos Grandes Señores —continuó Amren, estudiando su papel—. Los crueles, los astutos, los débiles, los poderosos. Pero nunca uno que soñara. No como él lo hace.

—¿Soñar con qué? —exhalé.

—Con la paz. Con la libertad. Con un mundo unido, un mundo próspero. Con algo mejor para todos nosotros.

—Él piensa que va a ser recordado como el villano de la historia.

Ella resopló.

—Pero se me olvidó decirle —dije en voz baja, abriendo la puerta—, que el villano es por lo general la persona que encierra la doncella y tira la llave.

—¿Oh?

Me encogí de hombros.

—Él fue el que me dejó salir.

+++

Si te has mudado a otro lugar, escribí después de llegar a casa del apartamento de Amren, podrías al menos haberme dado las llaves de esta casa. Sigo dejando la puerta abierta cuando salgo. Se está volviendo demasiado tentador para los ladrones de barrio.

Ninguna respuesta. La carta ni siquiera se desvaneció.

Lo intenté después del desayuno el día siguiente, la mañana de la Lluvia de Estrellas. *Cassian dice que estás de mal humor en la Casa de Viento. Qué comportamiento tan malo para un Gran Señor. ¿Qué hay de mi entrenamiento?*

Una vez más, ninguna respuesta.

Mi culpa y –cualquier otra cosa que fuera– empezó a moverse dentro de mí. Apenas pude evitar romper el papel mientras escribía mi tercera carta después del almuerzo.

¿Es este un castigo? ¿O tu gente en tu Círculo Íntimo no obtiene segundas oportunidades si te hacen enojar? Eres un cobarde odioso.

Estaba saliendo de la ducha, la ciudad ocupada con preparaciones para las festividades con la puesta del sol, cuando miré la mesa donde había dejado la carta.

Y la observé desvanecerse.

Nuala y Cerridwen llegaron para ayudarme a vestirme, e intenté no mirar fijamente la mesa mientras esperaba, y esperaba y esperaba por una respuesta.

No llegó.

Capítulo 44

Traducido por Mais // Corregido por Mew

Pero a pesar de la carta, a pesar del desastre entre los dos, mientras miraba boquiabierta al espejo una hora después, no podía creer lo que se reflejaba.

Había estado tan aliviada en estas últimas semanas de estar durmiendo por completo que me había olvidado de estar agradecida de no haber estado vomitando mi comida.

La llenura había vuelto a mi rostro, a mi cuerpo. Lo que hubiese tardado semanas en un humano había sido apresurado por el milagro de mi sangre inmortal. Y el vestido...

Nunca había utilizado nada como esto y dudaba de que fuera a usar algo así de nuevo.

Hecho a mano de pequeñas gemas azules, tan pálidas que casi eran blancas, se apretaba a cada curva y hueco antes de adornar el suelo y juntarse como luz de las estrellas líquida. Las largas mangas eran apretadas, con un tope en las muñecas con puños de puro diamante. El escote rozaba mi clavícula, la modestia de este deshecho por cómo el vestido apretujaba áreas donde suponía que una mujer podía disfrutar mostrándolas. Mi cabello había sido retirado de mi rostro con dos moños de plata y diamante, luego dejado para que cubriera mi espalda. Y pensé, mientras estaba a solas en mi habitación, que podía haberme visto como una estrella caída.

Rhysand no estaba por ningún lado cuando conseguí el coraje de ir hacia el jardín de la azotea. Los brillantes en el vestido sonaron y sisearon contra los suelos mientras caminaba a través de la casa casi a oscuras, todas las luces suavizadas o extinguidas.

De hecho, toda la ciudad había apagado sus luces.

Una figura musculosa y con alas estaba encima de la azotea, y mi corazón se tambaleó. Pero luego él se giró, justo al tiempo que su aroma me golpeó. Y algo en mi pecho se hundió un poco cuando Cassian soltó un pequeño silbido.

—Debería haber dejado Nuala y Cerridwen me vistieran

No sabía si sonreír o hacer una mueca.

—Tú también te ves algo bien a pesar de ello.

Lo hacía. Estaba sin su ropa de combate y su armadura, llevando una túnica negra para enseñar su cuerpo de guerrero. Su cabello negro había sido peinado y suavizado, e incluso sus alas se veían más limpias.

Cassian sostuvo sus brazos hacia afuera. Sus Sifones permanecían, un guante de metal y sin dedos que se estiraba detrás de las mangas entalladas de su chaqueta.

—¿Lista?

Él se había quedado como mi compañía durante los últimos dos días, entrenándome cada mañana. Mientras me había mostrado más particularidades sobre cómo usar una espada Iliriana –mayormente cómo desvicerar a alguien con eso– habíamos hablado sobre todo: nuestras vidas igualmente miserables de niños, la caza, la comida...Todo, eso es, excepto el tema de Rhysand.

Cassian había mencionado solo una vez que Rhys estaba en la Casa, y supuse que mi expresión le había dicho lo suficiente sobre no querer escuchar nada más. Ahora me sonrió.

—Con todas esas gemas y perlas, puede que estés muy pesada para cargarte. Espero que hayas estado practicando tu tamización en caso de que te deje caer.

—Que gracioso.

Le dejé alzarme en sus brazos antes de que nos lanzáramos al cielo. Tamizarme aún podía resistírseme, pero deseaba tener alas, me di cuenta. Grandes y poderosas alas para así poder volar como ellos; para así ver el mundo y todo lo que tenía que ofrecer.

Debajo de nosotros, cada luz restante se apagó. No había luna; ninguna música que circulara suavemente por las calles. Silencio, como si estuviera esperando por algo.

Cassian se disparó a través de la oscuridad silenciosa hacia donde se cernía la Casa de Viento. Podía ver a la gente reunida en los muchos balcones y patios, solo por el tenue brillo de la luz de las estrellas en su cabello, después el choque de sus vasos y baja conversación mientras nos acercábamos.

Cassian me dejó en la atestada terraza del comedor, solo unos pocos juerguistas se molestaron en mirarnos. Oscuros bolos de luz fae dentro de la Casa iluminaba extensiones de comida y sin fin de filas de botellas verdes de vinos espumosos encima de las mesas. Cassian se había ido y regresó antes de que lo echara de menos, y metió un vaso de vino en mi mano. Ninguna señal de Rhysand.

Tal vez me evadiría toda la fiesta.

Alguien llamó a Cassian desde la terraza y él me palmeó en el hombro antes de dirigirse hacia ahí. Un hombre alto, su rostro sumido en las sombras, apretó sus antebrazos con los de Cassian, sus dientes blancos brillaban en la oscuridad. Azriel ya estaba con el extraño, sus alas apretadas para evitar que los juerguistas se tropezaran contra ellas. Él, Cassian y Mor, todos habían estado silenciosos hoy, y era entendible. Busqué señales de mis otros...

Amigos.

La palabra sonó en mi cabeza. ¿Era eso lo que eran?

Amren no estaba por ningún lado a la vista, pero vi una cabeza dorada al mismo tiempo en que ella me miraba, y Mor llegó a mi lado. Estaba usando un vestido de un blanco puro, un poco más que un desliz de seda que mostraba sus generosas curvas. De hecho, una mirada sobre su hombro reveló a Azriel mirando descaradamente su espalda, Cassian y el extraño ya estaban muy insertados en una conversación como para notar lo que había atraído la atención del maestro de espías. Por un momento, el hambre voraz en el rostro de Azriel hizo que mi estómago se apretara.

Recordé haberme sentido así. Recordé lo que se sentía rendirse a ello. Cómo había estado cerca de hacer eso la otra noche.

Mor dijo:

—No tardará mucho.

—¿Hasta *qué*? —Nadie me había dicho qué esperar, pues no habían querido arruinar la *sorpresa* de la Lluvia de Estrellas.

—Hasta la diversión.

Inspeccioné la fiesta a nuestro alrededor.

—¿Esta no es la diversión?

Mor alzó una ceja.

—A ninguno de nosotros nos importa esta parte. Una vez que empieza, lo

verás. —Tomó un sorbo de su vino espumoso—. Ese es un vestido lindo. Tienes suerte que Amren esté escondida en su pequeño ático, o probablemente ya te lo hubiera robado. La vanidosa osa glotona.

—¿No se tomará tiempo libre de su trabajo de decodificación?

—Sí y no. Algo sobre la Lluvia de Estrellas la molesta, dice. ¿Quién sabe? Probablemente lo hace para llevar la contraria.

Incluso mientras hablaba, sus palabras eran distantes, su rostro un poco apretado.

Dijo silenciosamente—: ¿Estás...lista para mañana?

Mañana, cuando dejaríamos Velaris para evitar que alguien se diera cuenta de nuestros movimientos en esta área. Mor, Azriel me había dicho en el desayuno esa mañana, regresaría a la Corte de Pesadillas. Para asegurarse de la recuperación... de su padre.

Probablemente no fuera el mejor lugar para discutir nuestros planes, pero Mor se encogió de hombros.

—No tengo ninguna opción más que estar lista. Iré contigo al campo, luego tomaré mi propio camino.

—Cassian estará feliz de eso —dije. Incluso si Azriel era el único intentando cuanto podía *no* mirarla.

Mor bufó—: Tal vez.

Alcé una ceja.

—¿Así que vosotros...?

Otro encogimiento de hombros.

—Una vez. Bueno, ni siquiera. Yo tenía diecisiete, él ni siquiera tenía un año más que yo.

Cuando todo sucedió.

Pero no hubo oscuridad en su rostro mientras suspiraba.

—Caldero, eso fue hace mucho tiempo. Visité a Rhys durante dos semanas cuando él estaba entrenando en el campo de guerra, y Cassian, Azriel y yo nos volvimos amigos. Una noche, Rhys y su madre habían regresado a la Corte Oscura, y Azriel fue con ellos, así que Cassian y yo nos quedamos a solas. Y esa noche, una

cosa llevó a la otra y...quería que Cassian fuera el que lo hiciera. Quería escoger.

Un tercer encogimiento. Me preguntaba si Azriel había deseado ser el que ella escogiera. Si él se lo había admitido a Mor en algún momento, o a Rhys. Si resentía haber estado fuera esa noche, que Mor no lo hubiera tomado en consideración.

»Rhys volvió la siguiente mañana, y cuando descubrió lo que había sucedido... —Se rió bajo su aliento—. Intentamos no hablar sobre el Incidente. Él y Cassian...Nunca los he visto pelear así. Por suerte nunca lo volveré a ver. Sé que Rhys no estaba enojado por mi virginidad, sino por el daño que implicaba perderla. Azriel estaba incluso más enojado por ello, aunque dejó que Rhys se encargara. Sabían lo que mi familia haría por *degradarme* a mí misma con un fae inferior nacido bastardo. —Rozó una mano sobre su abdomen, como si pudiese sentir esa uña que habían clavado a través de este—. Tenían razón.

—Así que tú y Cassian —dije, queriendo salir de ello, de esa oscuridad—, ¿nunca más estuvieron juntos después de eso?

—No —dijo Mor, riendo silenciosamente—. Estaba desesperada, sin considerar las cosas esa noche. Lo había escogido a él no solo por su amabilidad, sino también porque quería que mi primera vez fuera con uno de los guerreros legendarios de Iliria. Quería yacer con el mayor de los guerreros de Iliria, de hecho. Y cuando le eché un vistazo Cassian, lo supe. Después que obtuve lo que quería, después...de todo, no gustó que eso causara una grieta entre él y Rhys, o incluso entre él y Az así que... nunca más.

—¿Y nunca estuviste con nadie más después de eso? —¿No con el frío y hermoso shadowsinger que intentaba tanto no observarla con anhelo en su rostro?

—He tenido amantes —aclaró Mor—, pero... me aburro. Y Cassian las ha tenido también, así que no pongas esa mirada de amor no correspondido con ojos de cordero degollado. Él solo quiere lo que no puede tener y lo ha irritado por siglos que me haya ido y nunca haya mirado atrás.

—Oh, eso lo vuelve loco —dijo Rhys detrás de mí y salté. Pero el Gran Señor estaba rodeándome. Crucé mis brazos mientras se detenía y sonreía—. Te ves como una mujer otra vez.

—Realmente sabes cómo hacerles cumplidos a las mujeres, primo —dijo Mor, y lo palmeó en el hombro cuando vio a un conocido y se fue a saludarlo.

Intenté no mirar a Rhys, quién estaba con una chaqueta negra casualmente desabotonada en lo alto de la camisa blanca de por debajo —también desabotonada en el cuello— que mostraba los tatuajes en su pecho. Intenté no mirar...y fallé.

—¿Planeas ignorarme más tiempo? —dije fríamente.

—Estoy aquí ahora, ¿no? No quisiera que me llamaras de nuevo un cobarde odioso.

Abrí mi boca pero sentí que todas las palabras equivocadas empezaban a salir. Así que la cerré y busqué a Azriel o Cassian o alguno que quisiera hablarme. Buscar a un extraño empezaba a sonar atractivo cuando Rhys habló con voz un poco rasposa:

—No te estaba castigando. Solo...necesitaba tiempo.

No quería tener esta conversación aquí, con tanta gente escuchando. Así que le hice un gesto a la fiesta y dije:

—Por favor, ¿podrías decirme sobre qué va esta...reunión?

Rhysand dio un paso detrás de mí, bufando mientras decía en mi oído:

—Alza la vista.

De hecho, mientras lo hacía, el tumulto de gente quedó en silencio.

—¿Ningún discurso para tus invitados? —murmuré. Fácil, solo quería que fuese fácil de nuevo entre los dos.

—Esta noche no se trata de mí, aunque mi presencia es apreciada y notada —dijo—. Esta noche se trata de esto.

Mientras apuntaba...

Una estrella saltó a través del cielo, más brillante y cercana que cualquiera que hubiese visto antes. El tumulto y la ciudad alentaron, alzando sus vasos mientras pasaba por encima de nuestras cabezas, y solo cuando desapareció sobre la curva del horizonte, lo bebieron hasta el fondo.

Me incliné un paso hacia atrás hacia Rhys, y rápidamente me alejé, por su calor, poder y aroma. Habíamos hecho suficiente daño en una posición similar en la Corte de Pesadillas.

Otra estrella cruzó sobre el cielo, retorciéndose y dando vueltas sobre sí misma, como si estuviera revelando su propia belleza destellante. Fue seguida por otra y otra, hasta que una brigada de ellas se liberó hacia el borde del horizonte, como si cientos de arqueros las hubieran soltado con poderosos arcos.

Las estrellas cayeron en cascada por encima de nosotros, llenando el mundo de luz blanca y azul. Eran fuegos artificiales vivos y mi respiración se

detuvo en mi garganta mientras las estrellas seguían cayendo y cayendo.

Nunca había visto algo tan hermoso.

Y cuando el cielo estuvo lleno de ellas, cuando las estrellas corrieron y bailaron y fluyeron a través del mundo, empezó la música.

Donde sea que estuvieran, la gente empezó a bailar, balanceándose y girando, algunos agarrando manos y dando vueltas y vueltas contra los tambores, las cuerdas y las arpas brillantes. No como el estilo de golpes y empujones de la Corte de Pesadillas, sino... un baile pacífico y jubiloso. Por el amor del sonido y el movimiento y la vida.

Permanecí con Rhysand en el borde de este, atrapada entre observar a la gente bailar en el jardín, sus manos alzadas, y las estrellas que pasaban, cada vez más cerca, hasta que juré que podía tocarlas si me inclinaba.

Y ahí estaba Mor y Azriel, y Cassian. Los tres bailando, juntos, la cabeza de Mor inclinada hacia atrás hacia el cielo, los brazos arriba, la luz de las estrellas brillando en el blanco puro de su vestido. Bailando como si fuera su última vez, fluyendo entre Azriel y Cassian como si los tres fueran una unidad, un ser.

Miré detrás de mí para encontrar a Rhys observándolos, su rostro suave. Triste.

Separado por cincuenta años y reunidos, solo para ser escindidos tan rápido para pelear por su libertad.

Rhys atrapó mi mirada y dijo:— Ven. Hay una mejor vista. Más silenciosa. —Sostuvo una mano hacia mí.

En sus ojos permanecía esa tristeza y ese peso. Y no pude soportar verlo, así como tampoco pude soportar ver a mis tres amigos bailando, juntos, como si fuera la última vez que lo harían.

+++

Rhys me llevó a un pequeño balcón privado sobresaliendo del nivel superior de la Casa de Viento. En los jardines de abajo, la música seguía sonando, la gente seguía bailando, las estrellas giraban por ahí, cerca y suave.

Él se dejó ir mientras yo tomaba asiento en la barandilla del balcón. Inmediatamente decidí cambiar de lugar mientras contemplaba el precipicio, y

retrocedí un paso saludable.

Rhys se rió.

—Si te caes, ya sabes que me tomaré la molestia de salvarte antes que choques contra el suelo.

—¿Pero no hasta que esté cerca de la muerte?

—Tal vez.

Incliné una mano contra la barandilla, mirando las estrellas pasar.

—¿Cómo castigo por lo que te dije?

—Yo también dije cosas horribles —murmuró.

—No quise hacerlo —balbuceé—. Fue más por mí que por ti. Y lo siento.

Observó las estrellas por un momento antes de replicar.

—Aunque tenías razón. Me mantuve alejado porque tenías razón. Aunque estoy agradecido de escuchar que mi ausencia se sintiera como un castigo.

Bufé, pero estuve agradecida por el humor, por la forma en que siempre él había sido capaz de sorprenderme.

—¿Alguna noticia de orbe o de las reinas?

—Nada aún. Estamos esperando que ellas den respuesta.

Estuvimos en silencio de nuevo, y estudié las estrellas.

—Ellas no son...no son estrellas para nada.

—No. —Rhys vino a mi lado en la barandilla—. Nuestros ancestros pensaron que lo eran pero... Solo son espíritus, en una migración anual hacia algún lado. Nadie sabe por qué eligen este lugar para aparecer.

Sentí sus ojos en mí, y aparté mi mirada de las estrellas fugaces. Luz y sombra pasaron sobre su rostro. Los alientos y la música de la ciudad, muy muy por debajo, eran apenas audibles sobre la multitud reunida en la Casa.

—Debe haber cientos de ellas —logré decir, arrastrando mi mirada de nuevo hacia las estrellas que pasaban girando.

—Cientos —dijo él—. Seguirán llegando hasta el amanecer. O, espero que lo hagan. Hubieron cada vez menos la última vez que presencié una Lluvia de

Estrellas.

Antes que Amarantha lo hubiera encerrado.

—¿Qué les sucedió? —Lo miré a tiempo, cuando se encogió de hombros. Algo vibró en mi pecho.

—Desearía saberlo. Pero siguen volviendo a pesar de ello.

—¿Por qué?

—¿Por qué cualquier cosa se aferra a algo? Tal vez aman tanto el lugar al que van que vale la pena. Tal vez continuarán regresando hasta que solo quede una sola estrella. Tal vez esa única estrella viaje por siempre, con la esperanza que algún día —si sigue regresando lo bastante seguido— otra estrella la vuelva a encontrar.

Fruncí el ceño al vino en mi mano.

—Ese...ese es un pensamiento muy triste.

—Lo es.

Rhys recostó sus antebrazos en el borde del balcón, lo suficientemente cerca para que mis dedos lo tocaran si me atreviera.

Un silencio calmado y lleno nos envolvió. Muchas palabras, aún tenía muchas palabras dentro de mí.

No sé cuánto tiempo pasó, pero debió de haber sido un rato, porque cuando él habló de nuevo, yo salté.

—Cada año que estuve Bajo la Montaña y llegaba la Lluvia de Estrellas, Amarantha se aseguraba de que yo... la sirviera. Toda la noche. La Lluvia de Estrellas no es un secreto, incluso para los forasteros, incluso la Corte de Pesadillas sale de la Ciudad de Hewn para alzar la mirada al cielo. Así que ella lo sabía... Sabía qué significaba para mí.

Dejé de escuchar la celebración a nuestro alrededor.

—Lo siento. —Fue todo lo que pude ofrecer.

—Lo sobrellevé recordándome a mí mismo que mis amigos estaban a salvo; que Velaris estaba a salvo. Nada más importaba, mientras tuviera eso. Ella podía usar mi cuerpo como quisiera. No me importaba.

—¿Entonces por qué no estás ahí con ellos? —pregunté, incluso mientras

arropaba el horror de lo que le habían hecho en mi corazón.

—Ellos no lo saben lo que ella me hacía en la Lluvia de Estrellas. No quiero arruinar su noche.

—No creo que lo hicieras. Estarían felices si les permitieras cargar con el peso.

—¿De la misma manera en que tú te apoyas en otros para que te ayuden con tus propios problemas?

Nos miramos uno al otro, lo suficientemente cerca para compartir el aliento.

Y tal vez todas esas palabras contenidas en mí... Tal vez no las necesitaba ahora mismo.

Mis dedos rozaron los suyos. Calientes y robustos, pacientes, como si estuvieran esperando a ver qué más podía hacer. Tal vez fue el vino, pero acaricié un dedo contra el suyo. Y mientras me volteaba hacia él completamente, algo cegador y parpadeante golpeó contra mi rostro. Retrocedí, gritando mientras me inclinaba, tapando mi rostro contra la luz que aún podía ver con mis ojos cerrados.

Rhys soltó una risa sobresaltada.

Una *risa*.

Y cuando me di cuenta que mis ojos no se habían salido de sus órbitas, me giré hacia él.

—¡Podría haberme quedado ciega! —siseé, empujándolo. Él dio una mirada a mi rostro y estalló de risa de nuevo. Verdadera risa, abierta, maravillosa y encantadora.

Limpié mi rostro, y cuando bajé mis manos, me quedé boquiabierta. Una luz de un verde pálido –como gotas de pintura– brillaba en flecos en mis manos. Un espíritu de estrella esparcido. No sabía si debía de estar horrorizada o sorprendida. O disgustada.

Cuando quise quitármela, Rhys atrapó mis manos.

—No lo hagas —dijo, aun riéndose—. Parece como si tus pecas estuvieran brillando.

Mis fosas nasales se encendieron y fui a empujarlo de nuevo, sin importarme si mi nueva fuerza lo lanzaba fuera del balcón. Él podría invocar sus alas; podría arreglárselas.

Pero me eludió, girando hacia la barandilla del balcón, sin embargo, no lo suficientemente rápido para evitar la estrella que colisionó contra el lado de su rostro.

Retrocedió con una maldición. Me reí, el sonido raspando mientras salía de mí. No era ni una risa ni un bufido, sino una risa desternillada. Y me reí de nuevo, y de nuevo, mientras bajaba sus manos de sus ojos. Todo el lado izquierdo de su rostro había sido alcanzado. Como una guerra de pintura celestial, así se veía. Podía ver por qué no quería que me limpiara la mía.

Rhys examinó sus manos, cubiertas de polvo, y di un paso hacia él, mirando la forma en que brillaba y resplandecía. Se puso rígido como la muerte cuando tomé una de sus manos entre las mías y tracé una forma de estrella en la parte alta de su palma, jugando con el brillo y las sombras, hasta que lució como una de las estrellas que nos había golpeado.

Sus dedos se apretaron contra los míos, y alcé la mirada. Me estaba sonriendo. Y como no se veía para nada como un Gran Señor con el polvo brillando en el lado de su rostro, le devolví la sonrisa.

Ni siquiera me había dado cuenta lo que había hecho hasta que su sonrisa se desvaneció y su boca se separó ligeramente.

—Sonríe de nuevo —susurró.

No le había sonreído. Nunca. O reído. Bajo la Montaña, nunca había sonreído, nunca había reído. Y después...

Y este hombre ante mí...mi amigo...

Por todo lo que había hecho, nunca se lo había dado tampoco. Incluso cuando yo acababa...acababa de pintar algo. En él. Para él.

Había... pintado de nuevo.

Así que le sonreí, ampliamente y sin restricciones.

—Eres exquisita —respiró.

El aire estaba tan apretado, nuestros cuerpos demasiado cerca, entre nuestras manos unidas. Pero dije:

—Me debes dos pensamientos de cuando llegué aquí la primera vez. Dime qué estás pensando.

Rhys acarició su cuello.

—¿Quieres saber por qué no te hablé o no te vi? Porque estaba bastante convencido de que me patearías el culo. Yo... —Se pasó una mano por el pelo y sopló una risa—. Me di cuenta que esconderme era una mejor alternativa.

—¿Quién pensaría que el Gran Señor de la Corte Oscura tendría miedo de una humana analfabeta? —ronroneé. Él sonrió, empujándome con un codo—. Ese es uno —presioné—. Dime el otro pensamiento.

Sus ojos cayeron en mi boca.

—Estoy deseando poder retirar ese beso Bajo la Montaña.

A veces me olvidaba de ese beso, cuando él lo había hecho para evitar que Amarantha supiera que Tamlin y yo habíamos estado en el pasillo olvidado, entrelazados. El beso de Rhysand había sido brutal, demandante y aun así...

—¿Por qué?

Su mirada se fijó en su mano, en la que yo había pintado, como si fuera más fácil de enfrentar.

—Porque no lo hice placentero para ti, y estaba celoso y enojado y sabía que me odiabas.

Territorio peligroso, me advertí a mí misma. No. Honestidad, eso es lo que era. Honestidad y confianza. Nunca había tenido eso con nadie.

Rhys alzó la mirada, encontrando la mía. Y lo que sea que estaba en mi rostro, creo que tal vez era un reflejo del suyo: el hambre, el anhelo y la sorpresa. Tragué con fuerza, tracé otra línea de polvo de estrella a lo largo de la parte interna de su poderosa muñeca. No creía que estuviera respirando.

—¿Te...te gustaría bailar conmigo? —susurré.

Se quedó callado tanto rato que alcé mi cabeza para escudriñar su rostro. Pero sus ojos estaban brillantes, forrados de plata.

—¿Quieres bailar? —dijo con voz rasposa, sus dedos curvándose alrededor de los míos.

Apunté con mi mentón hacia la celebración.

—Ahí abajo, con ellos.

Donde la música llamaba, donde la *vida* llamaba. Donde él debería de estar pasando la noche con sus amigos, y en donde yo quería pasarla con ellos también. Incluso con extraños ahí.

No me importaba salir de las sombras, no me importaba incluso *estar* en las sombras para empezar, mientras él estuviera conmigo. Mi amigo a través de tantos peligros, quién había luchado por mí cuando nadie más lo hizo, incluida yo.

—Por supuesto que bailaré contigo —dijo Rhys, su voz aún tosca—. Toda la noche, si deseas.

—¿Incluso si te piso los pies?

—Incluso entonces.

Se inclinó, rozando su boca contra mi mejilla caliente. Cerré mis ojos ante el susurro de un beso, ante el hambre que me saqueó a su paso, que podía saquear Prythian. Y a nuestro alrededor, como si el mundo mismo estuviera de hecho despedazándose, llovieron las estrellas.

Pedazos de polvo de estrella brillaron en sus labios cuando se apartó, cuando alcé la mirada hacia él, sin respiración, al tiempo que sonreía. La sonrisa que el mundo probablemente nunca vería, la sonrisa que él había abandonado por el bien de su gente, de sus tierras.

Dijo suavemente:

—Estoy...muy agradecido de haberte conocido Feyre.

Aparté con un parpadeo la quemazón en mis ojos.

—Vamos —dije, tirando de su mano—. Unámonos al baile.

Capítulo 45

Traducido por Idrys // Corregido por Mais

El campamento de guerra de Iliria en lo profundo de las montañas del norte se encontraba helado. Al parecer, la primavera todavía era poco más que un susurro en la región.

Mor nos tamizó a todos, Rhysand y Cassian nos flaqueaban.

Habíamos bailado. Todos juntos. Y nunca había visto a Rhys tan feliz, riendo con Azriel, bebiendo con Mor, discutiendo con Cassian. Había bailado con cada uno de ellos, y cuando la noche había dejado paso al amanecer y la música se había vuelto suave y melosa, había dejado que Rhys me tomara en sus brazos y bailara conmigo, lentamente, hasta que los otros huéspedes se fueron, hasta que Mor se quedó dormida en un sofá en el comedor, hasta que el disco dorado del sol bañó Velaris en oro.

Me había regresado a la casa de la ciudad en un amanecer gris, rosado y púrpura, los dos en silencio, y me besó en la frente una vez antes de caminar por el pasillo hasta su propia habitación.

No me mentía a mí misma del por qué había esperado durante treinta minutos para ver si mi puerta se abría. O por lo menos escuchar un golpe. Pero no hubo nada.

Estábamos con cara de sueño pero educados unas horas después en la mesa del almuerzo, Mor y Cassian inusualmente callados, hablando sobre todo con Amren y con Azriel, quien había venido a despedirnos. Amren continuaría trabajando en el Libro hasta que consiguiéramos la segunda mitad, si lo conseguíamos; el shadowsinger se dirigía a recoger información y dirigir a sus espías apostados en las demás cortes y trataría de entrar en la humana. Me las arreglé para hablar con ellos, pero la mayor parte de mi energía se dividía entre no mirar a Rhysand y en no pensar en la sensación de su cuerpo pegado al mío dado que habíamos bailado durante horas, del roce de su boca en mi piel.

Casi no había sido capaz de conciliar el sueño a causa de eso.

Traidora. Incluso si había abandonado a Tamlin, era una traidora. Había estado fuera durante dos meses, sólo dos. En términos de hadas, probablemente eso era considerado menos de un día.

Tamlin me había dado tanto, había hecho tantas cosas buenas por mí y por mi familia. Y aquí estaba yo, deseando a otro hombre, incluso si odiaba a Tamlin por lo que había hecho, por cómo me había fallado. *Traidora*.

La palabra continuó resonando en mi cabeza mientras estaba de pie al lado de Mor, Rhys y Cassian unos pasos por delante, y miré hacia el campamento arrastrado por el viento. Mor apenas le había dado a Azriel un breve abrazo antes de decirle adiós. Y a vista de todo el mundo, al maestro espía parecía que no le importaba, hasta que me dio una rápida mirada de advertencia. Todavía me hallaba indecisa entre la diversión y el ultraje ante la suposición de que estaba metiendo las narices en *sus* asuntos. En efecto.

Construido cerca de la cima de una montaña boscosa, el campamento Iliriano estaba todo descubierto y con barro, sólo interrumpido por las tiendas de campaña, toscas y fáciles de montar, centradas alrededor de grandes fogatas. Cerca de la línea de árboles, una docena de edificios permanentes se habían levantado a partir de la piedra gris de la montaña. Humo salía de sus chimeneas a la fresca mañana nublada, de vez en cuando se arremolinaban por las alas que pasaban por encima.

Un montón de machos alados dirigiéndose hacia otros campamentos o hacia el entrenamiento.

De hecho, en el extremo opuesto del campamento, en una zona rocosa que terminaba en una gran caída de la montaña, estaban los aros de combate y de entrenamiento. Los bastidores de armas no se quedaban de lado; en los aros pintados de tiza, varones de todas las edades entrenaban ahora con palos, espadas, escudos y lanzas. Rápidos, letales, brutales. Sin quejas, sin gritos de dolor.

No había calidez aquí, ninguna alegría. Incluso las casas en el otro extremo del campamento no tenían toques personales, como si se utilizaran sólo para refugio o almacenamiento.

Y este era el lugar donde Rhys, Azriel, y Cassian habían crecido, al que Cassian había sido expulsado para que sobreviviera por su cuenta. Hacía tanto frío que incluso con mi ropa forrada en piel, estaba temblando. No podía imaginarme a un niño aguantar sin la ropa adecuada –o sin refugio– durante una noche, mucho menos ocho años.

El rostro de Mor estaba pálido, tenso.

—Odio este lugar —dijo en un respiro, y el calor de éste emanó nublado en el aire delante de nosotros—. Debería ser reducido a cenizas.

Cassian y Rhys se encontraban en silencio cuando un hombre alto y mayor, de hombros anchos, se acercó, flanqueado por otros cinco guerreros Ilirianos, todos con sus alas ocultas, sus manos casualmente al alcance de sus armas.

Sin importar que Rhys pudiera destrozarles sus mentes sin mover un dedo.

Cada uno de ellos llevaba Sifones de varios colores en el dorso de sus manos, las piedras más pequeñas que las de Azriel y Cassian. Y sólo una. No como las siete que mis dos amigos llevaban para manejar su tremendo poder.

El hombre que estaba al frente dijo:

— ¿Otra inspección de campo? Tu perro —Señaló con la barbilla a Cassian—, estuvo aquí la otra semana. Las chicas están entrenando.

Cassian se cruzó de brazos.

—No las veo en el ring.

—Primero hacen tareas —dijo el macho con los hombros hacia atrás y ensanchando ligeramente las alas—, y luego, cuando han terminado, van a entrenar.

Un bajo gruñido se escapó en la boca de Mor, y el hombre se volvió en nuestra dirección. Se puso rígido. Mor le dirigió una sonrisa maliciosa.

—Hola, Lord Devlon.

El líder del campamento, entonces.

Él le dio una desdeñosa mirada y se volvió hacia Rhys. El gruñido de advertencia de Cassian me retumbó en el estómago.

Rhys dijo al fin:

—Aunque siempre es un placer verte, Devlon, hay dos asuntos en cuestión: En primer lugar, las chicas, como claramente te informó Cassian, están para entrenar *antes* de las tareas, no después. Sácalas al terreno de juego. Ahora. —Me estremecí ante la autoridad pura en ese tono. Él continuó—: En segundo lugar, nos alojaremos aquí de momento. Limpia la casa vieja de mi madre. No necesitamos ama de llaves. Nos ocuparemos de nosotros mismos.

—La casa está ocupada por mis mejores guerreros.

—Entonces desocúpala—dijo Rhysand simplemente—. Y haz que la limpien antes.

La voz del Gran Señor de la Corte Oscura, la cual se deleitaba en dolor y hacía temblar a sus enemigos.

Devlon me olfateó. Vertí cada pizca de agotamiento y de mal humor en sostener su estrecha mirada.

—¿Traes a otra criatura... como la otra aquí? Pensé que ella era la única de su calaña.

—Amren —Rhys arrastró las palabras—, envía sus saludos. Y en cuanto a ésta... —Traté de no estremecerme al encontrarme con su mirada—. Es mía —dijo en voz baja, pero lo suficientemente alta como para que Devlon y sus guerreros cercanos lo escucharan—. Y si alguno de vosotros le coloca una mano encima, perderéis esa mano. Y después perderéis la cabeza. —Traté de no temblar, mientras Cassian y Mor mostraron ninguna reacción en absoluto—. Y una vez que Feyre termine de mataros —Rhys sonrió—, entonces molere vuestros huesos hasta hacerlos polvo.

Casi me reí. Pero los guerreros estaban ahora evaluándome como la amenaza que Rhys me había establecido, y se quedaron cortos en respuestas. Les di a todos una pequeña sonrisa, de todos modos. Una que había visto poner a Amren un centenar de veces. Dejando que se preguntaran lo que podría hacer si me provocaban.

—Nos vamos —dijo Rhys a Cassian y a Mor, sin molestarse siquiera en despedirse de Devlon antes de caminar hacia la línea de árboles—. Estaremos de vuelta al caer la noche. —Le dio a su prima una mirada—. Trata de mantenerte alejada de los problemas, por favor. De todos los señores, Devlon es el que menos nos aborrece y no me siento con ganas de buscar otro campamento.

Por la Madre, los demás debían ser... desagradables, si Devlon era el más suave de ellos.

Mor nos guiñó a los dos.

—Lo intentaré.

Rhys sacudió la cabeza y le dijo a Cassian—: Vigila las fuerzas, y luego asegúrate de que las chicas están practicando como deben. Si Devlon o los otros se oponen, haz lo que tengas que hacer.

Cassian sonrió de una manera que mostraba que estaría más que feliz de hacer exactamente eso. Él era el general del Gran Señor... y, sin embargo Devlon lo había llamado perro. No me quería imaginar lo que había sido para Cassian crecer sin ese título.

Entonces, finalmente, Rhys me miró de nuevo, sus ojos cerrándose.

—Vámonos.

—¿Has tenido noticias de mis hermanas?

Sacudió de cabeza.

—No. Azriel está comprobando hoy si han recibido una respuesta. Tú y yo... —El viento le agitó el cabello mientras sonreía—. Vamos a entrenar.

—¿En dónde?

Hizo un gesto hacia la extensa tierra de más allá, hacia las estepas boscosas que una vez había mencionado.

—Apartados de víctimas potenciales.

Ofreció su mano mientras sus alas se ensanchaban, su cuerpo preparándose para volar.

Pero todo lo que escuché fueron esas dos palabras que él había dicho, haciendo eco contra el ritmo constante de *traidora, traidora*:

Es mía.

+++

Estar en los brazos de Rhys otra vez, contra su cuerpo, era una prueba de terquedad. Para ambos. Para ver quién iba a hablar primero acerca de ello.

Habíamos estado volando sobre las montañas más bellas que jamás hubiera visto –cubiertas de nieve y salpicadas de pinos– en dirección a las estepas más allá de estas cuando dije:

—¿Estás entrenando mujeres guerreras Ilirianas?

—Lo intento. —Rhys contempló el brutal paisaje—. Prohibí que les cortarán las alas hace mucho, mucho tiempo, pero... en los campos más entusiastas, en lo profundo de las montañas, lo sigue haciendo. Y cuando Amarantha tomó el control, incluso los campamentos más leves empezaron a hacerlo de nuevo. Para mantener a sus mujeres seguras, según ellos. Durante los últimos cien años, Cassian ha estado tratando de construir una unidad de combate aéreo entre las

hembras, tratando de demostrar que tienen un lugar en el campo de batalla. Hasta el momento, se las ha arreglado para entrenar a unas guerreras dedicadas, pero los hombres les hacen la vida tan miserable que muchas de ellas han abandonado. Y para las chicas en formación... —Un silbido de respiración—. Es un camino largo. Pero Devlon es uno de los pocos que incluso permite a las chicas entrenar sin hacer una rabieta.

—Difícilmente llamaría desobedecer órdenes «hacer una rabieta».

—Algunos campamentos emitieron decretos de que si una mujer era capturada entrenando, debía ser considerada incasable. No puedo luchar contra ese tipo de cosas, no sin sacrificar los líderes de cada campamento y criar a todos y cada uno de sus descendientes personalmente.

—E incluso tu madre les amaba, y vosotros tres lleváis sus tatuajes.

—Tengo los tatuajes, en parte por mi madre, y en parte para honrar a mis hermanos, que lucharon cada día de sus vidas por el derecho a usarlos.

—¿Por qué dejas que Devlon le hable así a Cassian?

—Porque sé cuándo elegir mis peleas con Devlon, y sé que Cassian estaría molesto si interviniera para aplastar la mente de Devlon como una uva cuando podría ocuparse él mismo.

Un susurro helado me atravesó.

—¿Has pensado en hacerlo?

—Lo hice hace un momento. Pero la mayoría de los señores de los campamentos nunca nos habrían dado a los tres ninguna oportunidad para El Rito de Sangre. Devlon dejó que un mestizo y dos bastardos lo hicieran, y no nos negó nuestra victoria.

Pinos con nieve fresca se hicieron borrosos debajo de nosotros.

—¿Qué es el Rito de Sangre?

—Cuantas preguntas hoy. —Le apreté el hombro lo bastante fuerte como para hacerle daño, y se rió—. Vas sin armas a las montañas, la magia está prohibida, sin Sifones, las alas atadas, sin suministros o sin ropa más allá de lo que llevas puesto. Tú y todos los demás hombres Ilirianos que quieren pasar de novatos a verdaderos guerreros. Unos pocos cientos entran en las montañas al comienzo de la semana... al final, no todos consiguen salir.

El paisaje besado por el hielo parecía no tener fin, inflexible como los guerreros que gobernaban sobre él.

—¿Se matan... los unos a los otros?

—La mayoría lo intenta. Por comida y ropa, por venganza, por la gloria entre clanes en pugna. Devlon nos permitió tomar el Rito, pero también se aseguró de que Cassian, Azriel, y yo fuésemos dejados en diferentes lugares.

—¿Qué pasó?

—Nos encontramos los unos a los otros. Matamos en nuestro camino a través de las montañas para llegar a encontrarnos. Resulta que un buen número de hombres Ilirianos querían demostrar que eran más fuertes, más inteligentes que nosotros. Resultó que estaban equivocados.

Me atreví a echar un vistazo a su rostro. Por un instante, pude verlo: salpicado con la sangre, salvaje, luchando y sacrificándose para llegar a sus amigos, para protegerlos y salvarlos.

Rhys nos dejó en un claro, los pinos se elevaban tan alto que parecían acariciar la parte inferior de las gruesas grises nubes que eran movidas por un viento veloz.

—Así qué, ¿tú no usas magia, pero yo sí? —dije, alejándome unos pasos de él.

—Nuestro enemigo está enterado de mis poderes. Tú, sin embargo, sigues siendo invisible. —Hizo un gesto con la mano—. Vamos a ver lo que han dado de ti tus prácticas.

No me sentía de esa manera. Simplemente dije:— Cuando.... ¿cuándo conociste a Tamlin?

Sabía lo que había hecho el padre de Rhysand. No me había permitido pensar demasiado en ello. Sobre la forma en que había matado al padre y a los hermanos de Tamlin. Y a su madre.

Pero ahora, después de lo de anoche, después de la Corte de Pesadillas.... tenía que saberlo.

El rostro de Rhys era una máscara de paciencia.

—Muéstrame algo impresionante, y te lo contaré. Magia... por respuestas.

—Sé qué tipo de juego estás jugando... —Me interrumpí con la insinuación de una sonrisa—. Muy bien.

Tendí la mano delante de mí con la mano ahuecada, y ordené silencio en mis venas, en mi mente.

Silencio y calma y peso, como estar bajo el agua.

En mi mano, una mariposa de agua se agitó y bailó.

Rhys sonrió un poco, pero la diversión murió cuando dijo:

—Tamlin era más joven que yo, nació cuando comenzó la Guerra. Pero después de la Guerra, cuando había madurado, llegamos a conocernos en diversas funciones de las cortes. Él... —Rhys apretó la mandíbula—. Parecía decente para ser hijo de un Gran Señor. Mejor que la prole de Berón en la Corte de Otoño. Los hermanos de Tamlin eran igual de malos, sin embargo. Peores. Y sabían que Tamlin asumiría el título un día. Y como un mestizo Iliriano que había tenido que demostrar su valía, defender su poder, vi por lo que pasó Tamlin... Me hice amigo de él. Lo buscaba cuando podía alejarme de los campos de guerra o de la corte. Tal vez era lástima, pero... le enseñé algunas técnicas Ilirias.

—¿Alguien lo sabe?

Él levantó las cejas, dando una mirada mordaz a mi mano.

Fruncí el ceño e invoqué pájaros cantores hechos de agua, dejando que se agitaran alrededor del claro igual que habían volado en mi cuarto de baño en la Corte de Verano.

—Cassian y Azriel lo sabían —continuó Rhys—. Mi familia lo sabía. Y lo desaprobaban. —Sus ojos eran trozos de hielo—. Pero fue el padre de Tamlin el que se sintió amenazado por eso. Por mí. Y porque él era más débil que yo y que Tamlin, quiso demostrar al mundo que no lo era. Mi madre y mi hermana iban a viajar al campamento de guerra Iliriano para verme. Se suponía que debía encontrarme con ellas a mitad del camino, pero estaba ocupado formando a una nueva unidad y decidí quedarme.

Mi estómago se revolvió una y otra y otra vez, y me hubiera gustado tener un punto de apoyo contra el que apoyarme cuando Rhys dijo:

—El padre de Tamlin, sus hermanos, y el propio Tamlin salieron de viaje por el desierto de Iliria, habiendo oído de Tamlin *-de mí-* dónde iba a estar mi madre y mi hermana, que yo tenía planeado verlas. Se suponía que debía estar ahí. Pero lo no lo estuve. Y sacrificaron a mi madre y hermana de todos modos.

Empecé a mover la cabeza con mis ojos ardiéndome. No sabía lo que estaba tratando de negar o borrar, o condenar.

—Debí haber sido yo —dijo, y entendí, comprendí lo que había dicho ese día en el que yo había llorado ante Cassian en el hoyo de entrenamiento—. Metieron sus cabezas en cajas y las lanzaron al río hacia el campamento más cercano. El padre de Tamlin se quedó con sus alas como trofeos. Me sorprende que no las vieras puestas en el estudio.

Iba a vomitar; iba a caer de rodillas y llorar.

Pero Rhys miró la colección de animales acuáticos que yo había creado y dijo—: ¿Qué más?

Tal vez fuera el frío, tal vez fuese su historia, pero la escarcha se agrietó en mis venas, y la canción salvaje de un viento invernal aulló en mi corazón. Lo sentí entonces, lo fácil que sería saltar entre ellos, *unirlos*, mis poderes.

Cada uno de mis animales se detuvo en pleno vuelo... y se congelaron en trozos de hielo perfectamente tallados.

Uno por uno, cayeron sobre la tierra. Y se hicieron añicos.

Eran uno solo. Procedían del mismo oscuro origen, del mismo pozo eterno de poder. Una vez, hace mucho tiempo, antes de que el lenguaje fuera inventado y el mundo fuera nuevo.

Rhys simplemente continuó:

»—Cuando me enteré, cuando mi padre se enteró... no fui del todo preciso cuando te dije Bajo la Montaña que mi padre había matado al padre y a los hermanos de Tamlin. Yo fui con él. Le ayudé. Nos tamizamos en la frontera de la Corte de Primavera esa noche, luego hicimos el resto del camino a pie hasta la mansión. Asesiné a los hermanos de Tamlin nada más verlos. Retuve sus mentes, y los dejé impotentes mientras los cortaba en pedazos, y después derretí sus cerebros dentro de sus cráneos. Y para cuando llegué al dormitorio del Gran Señor, él estaba muerto. Y mi padre... mi padre también había matado a la madre de Tamlin.

No podía dejar de sacudir mi cabeza.

»—Mi padre había prometido no tocarla. No éramos la clase de hombres que lo haría. Pero me había mentido y lo hizo de todos modos. Y después fue a la habitación de Tamlin.

No podía respirar, no podía respirar mientras Rhys decía:

»—Traté de detenerlo. No me escuchó. También iba a matarlo a él. Y no podía... Después de toda la muerte, estaba hartó. No me importaba que Tamlin

hubiera estado ahí, que hubiera permitido que matasen a mi madre y a mi hermana, que hubiera asistido para matarme por no querer correr el riesgo de oponerse a ellos. Estaba harto de la muerte. Así que detuve a mi padre delante de la puerta. Intentó pasarme. Tamlin abrió la puerta, nos vio, y olió la sangre que ya empezaba a filtrarse en el pasillo. Y ni siquiera llegué a decir una palabra antes de que Tamlin matara a mi padre de un solo golpe.

»—Sentí el poder desplazarse a mí, así como lo vi desplazarse en él. Y nos miramos el uno al otro, mientras éramos coronados de repente como Grandes Señores, y después corrí.

Él había asesinado a la familia de Rhysand. El Gran Señor al que había amado; había asesinado a la familia de su amigo, y cuando le había preguntado cómo había muerto *su* familia, simplemente me había dicho que una corte rival lo había hecho. Que *Rhysand* lo había hecho, y...

—Él no te contó nada de eso.

—L-lo siento —exhalé, mi voz ronca.

—¿Qué tienes que sentir?

—No lo sabía. No sabía que él había hecho eso...

Y Rhys pensó que le había estado comparando, comparándole a *él* con Tamlin, como si lo considerara un ejemplo...

—¿Por qué te has detenido? —dijo, señalando los fragmentos de hielo en la alfombra de agujas de pino.

Las personas a las que él más había amado...ya no estaban. Sacrificados a sangre fría. Sacrificados por *Tamlin*.

El claro estalló en llamas.

Las agujas de pino se desvanecieron, los árboles gruñeron, e incluso Rhys maldijo cuando el fuego se extendió por el claro, por mi corazón, y devoró todo a su paso.

No era de extrañar que le hubiera hecho rogar a Tamlin ese día en el que yo había sido formalmente presentada a él. No era de extrañar que hubiera saboreado cada oportunidad para burlarse de Tamlin. Tal vez mi presencia aquí era sólo...

No. Sabía que no era cierto. Sabía que mi presencia aquí no tenía nada que ver con lo que había entre él y Tamlin, a pesar de que sin duda había disfrutado de la interrupción de nuestra boda. Me salvó de esa boda, en realidad.

—Feyre —dijo Rhys mientras el fuego moría.

Pero ahí estaba, crepitando dentro de mis venas. Crepitando junto a las venas de hielo y agua. Y oscuridad.

Habían brasas encendieron a nuestro alrededor, flotando en el aire, y envié un soplo de calma oscura, un soplo de hielo y agua, como si fuera un viento, un viento en la madrugada, limpiando el mundo.

El poder no pertenecía a los Grandes Señores. Ya no. Me pertenecía a mí, como yo me pertenecía *sólo* a mí, como mi futuro era *mío* y yo lo decidía, decidía como forjarlo.

Una vez que descubriera y dominara lo que los otros me habían dado, podría entrelazarlos en algo nuevo, algo de todas las cortes y de ninguna de ellas.

El fuego siseó mientras se extinguía tan a fondo que no quedó nada de humo.

Pero me encontré con la mirada de Rhys, sus ojos un poco abiertos mientras me observaba obrar.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —dije, con voz áspera.

La visión de él en su ropa de lucha Iliriana, de sus alas extendidas por toda la anchura del claro, de su espada asomando por encima de su hombro...

Ahí, en ese agujero en mi pecho, vi la imagen. A primera vista, se vería aterrador, la venganza y la ira encarnada. Pero si mirabas más de cerca.... la pintura mostraría la belleza de su rostro, las alas ensanchadas no para herir, si no para alejarme del peligro, para protegerme.

—No quería que pensaras que estaba tratando de ponerte en su contra —dijo.

El cuadro, podía verlo; *sentirlo*. Quería pintarlo.

Quería pintar.

No esperé a que estirara su mano antes de ir hacia él. Y alzando la mirada hacia él le dije:

—Quiero pintarte.

ACOTAR #2
PARADISE SUMMERLAND

Me levantó suavemente en sus brazos.

—Desnudo sería mejor —me dijo al oído.

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA

Capítulo 46

Traducido por Mais // Corregido por Rin

Tenía tanto frío que tal vez nunca volvería a calentarme. Incluso durante el invierno en el reino mortal, había logrado encontrar un centro de calor, pero después de casi dejar vacía mi colección de magia esa tarde, incluso la rugiente chimenea no podía deshelar el escalofrío alrededor de mis huesos. ¿La primavera alguna vez llegaba a este maldito lugar?

—Escogen esos lugares —dijo Cassian al otro lado de mí, mientras cenábamos estofado de Cordero alrededor de la mesa colocada en la esquina frontal de la casa de piedra—, solo para asegurarse de que el más fuerte de nosotros sobrevive.

—Unas personas horribles —refunfuñó Mor en su cuenco de barro—. No culpo a Az por no querer venir aquí.

—Apuesto a que el entrenamiento de las hembras fue bien —Rhys arrastró las palabras a mi lado, su muslo tan cerca que su calidez rozó la mía.

Cassian terminó su jarra de cerveza.

—Hice que una de ellas confesara que no había recibido una lección en diez días. Todas han estado muy ocupadas con las “tareas”, aparentemente.

—¿No hay luchadoras nacidas en este lote?

—Tres, de hecho —dijo Mor—. Tres de diez no está tan mal. Las otras, estaría feliz si solo aprendieran a defenderse a sí mismas. Pero esas tres...Tienen el instinto, las garras. Son sus estúpidas familias las que las quieren con las correas cortas y concibiendo.

Me levanté de la mesa, llevando mi cuenco hacia el lavadero plegado en la pared. La casa era simple, pero aun así era más grande y estaba en mejores condiciones que nuestra antigua cabaña. El cuarto principal servía como cocina, sala de estar y comedor, con tres puertas en la parte de atrás: una para el estrecho baño, otro para el almacén y uno como puerta trasera, porque ningún verdadero Iliriano —según Rhys— jamás hacía una casa con una única salida.

—¿A qué hora te vas mañana para la Ciudad de Hewn? —le dijo Cassian a ella, con voz suficientemente baja para saber que probablemente era momento de ir arriba.

Mor raspó el fondo de su cuenco. Aparentemente, Cassian había hecho el estofado, —no le había quedado tan mal.

—Después del desayuno. Antes. No lo sé. Tal vez en la tarde, cuando todos estén recién levantándose.

Rhys estaba a un paso detrás de mí, con el cuenco en su mano, e hizo una seña para que dejara mi plato sucio en el lavadero. Inclino su cabeza hacia las escaleras empinadas y estrechas en la parte de atrás de la casa. Eran lo suficientemente amplias para que solo cupiera un solo guerrero Iliriano —otra medida de seguridad— y miré una vez más a la mesa antes de desaparecer escaleras arriba.

Mor y Cassian se quedaron mirando sus cuencos vacíos de comida, hablando por fin suavemente.

Con cada paso que daba subiendo las escaleras, podía sentir a Rhys a mi espalda, su calor, el reflujo y flujo de su poder. Y en este pequeño espacio, su aroma me bañó, me llamó.

Arriba estaba oscuro, iluminado por la pequeña ventana al final del pasillo, y la luz de la luna se internaba a través de un delgado hueco en los pinos a nuestro alrededor. Solo había dos puertas aquí arriba y Rhys apuntó hacia una de ellas.

—Tú y Mor pueden compartir habitación esta noche, solo dile que se calle la boca si balbucea mucho.

Aunque, no lo haría, si ella tenía que hablar, distraerse y estar lista para lo que se venía mañana, la escucharía hasta el amanecer.

Él colocó una mano en su propia perilla de la puerta, pero yo me incliné contra la madera de la mía.

Sería tan fácil dar los tres pasos que tomaría cruzar el pasillo. Tan fácil pasar mis manos sobre ese pecho, trazar esos hermosos labios con los míos.

Tragué saliva cuando se giró hacia mí.

No quería pensar qué significaba, lo que yo estaba haciendo. Qué era esto —lo que sea que fuese— entre nosotros.

Porque las cosas entre nosotros nunca habían sido normales, no desde el primer momento en que nos conocimos en el Calanmai. Había sido incapaz de alejarme fácilmente de él entonces, cuando había pensado que era aterrador, peligroso. Pero ahora...

Traidora, traidora, traidora...

Él abrió su boca, pero yo ya me había deslizado dentro de mi habitación y cerrado la puerta.

+++

Lluvia helada goteaba sobre las ramas de los pinos mientras acechaba a través de las nieblas en mi ropa de combate Iliriana de cuero, armada con un arco y cuchillos, temblando como un perro mojado.

Rhys estaba a unos cuantos pasos atrás, cargando nuestros paquetes. Habíamos volado hacia la profundidad de las estepas forestales, tan lejos que habíamos tenido que pasar la noche aquí. Lo bastante lejos para que nadie ni nada pudiera ver otra «gloriosa explosión de llamas y temperamento» como Rhys lo había llamado. Azriel no había traído noticias ni de mis hermanas ni de las reinas, así que teníamos tiempo libre. Aunque Rhys ciertamente no lo había visto así cuando me informó esta mañana. Pero al menos no tendríamos que acampar aquí fuera. Rhys había prometido que cerca había algún tipo de posada.

Me giré hacia donde Rhys caminaba detrás de mí, viendo primero sus alas enormes. Mor se había ido incluso antes que yo me despertara y Cassian había estado enojón durante el desayuno... tanto que había estado agradecida de irme apenas terminé mis gachas de avena. Y me sentí ligeramente mal por los Ilirianos que tenían que lidiar con él ese día.

Rhys se detuvo cuando se dio cuenta de mi pausa, e incluso con los árboles y la lluvia entre nosotros, podía ver sus cejas alzarse con una pregunta silenciosa de por qué me había detenido. No habíamos hablado de la Lluvia de Estrellas o de la Corte de Pesadillas, y anoche, mientras me retorció y daba vueltas en la pequeña cama, lo había decidido: diversión y distracción. No tenía que ser complicado. Dejar las cosas en lo puramente físico... bueno, no se sentía tanto como una traición.

Alcé una mano, haciéndole una seña a Rhys para que se quedara dónde estaba. Después de ayer, no lo quería cerca, para no quemarlo. O peor. Esbozó una

reverencia dramática, y rodé los ojos mientras caminaba hacia la corriente más allá, contemplando en dónde, de hecho, iba a intentar jugar con el fuego de Beron. *Mi fuego.*

Con cada paso que daba para alejarme, podía sentir la mirada de Rhys devorándome. O tal vez eso era través del vínculo, rozándose contra mis escudos mentales; destellos de un hambre tan insaciables que era un esfuerzo enfocarse en la tarea y no en cómo había sido la sensación de sus manos acariciando mis muslos, de mí mientras me empujaba contra él.

Podía haber jurado que también sentí un poco de asombro al otro lado de mi escudo mental. Siseé e hice un gesto vulgar sobre mi hombro, incluso mientras dejaba que mi escudo cayera, solo un poco.

Ese asombro se convirtió en total deleite, y luego un beso de placer que fue directo a mi espina dorsal. A más abajo.

Mi rostro se acaloró y una ramita se rompió debajo de mi bota y el ruido que hizo fue tan fuerte como un relámpago. Apreté los dientes. El suelo se inclinaba hacia una corriente efusiva y gris lo bastante rápida que tenía que estar siendo alimentada por las impotentes montañas nevadas a la distancia.

Bien, este lugar estaba bien. Un suministro extra de agua para ahogar cualquier llama que pudiese escaparse, llena de espacio abierto. El viento viajó más allá de mí, esparciendo de mi aroma hacia el sur, a lo profundo del bosque, cuando abría mi boca para decirle a Rhys que permaneciera atrás.

Con ese viento, y la corriente que rugía, no fue ninguna sorpresa que no los hubiera escuchado hasta que me tuvieron rodeada.

—Feyre.

Me giré de un golpe, con mi flecha alzada y dirigida hacia la fuente de la voz...

Cuatro centinelas de la Corte de Primavera salieron de árboles detrás de mí, como espectros, armados hasta los dientes y con los ojos amplios. A dos los conocía: Bron y Hart.

Y entre ellos, estaba Lucien.

Capítulo 47

Traducido por Mais // Corregido por Mew

Si quería escapar, o enfrentaba la corriente o los enfrentaba a ellos. Pero Lucien...

Su cabello rojo estaba atado hacia atrás y no había ni un toque de gala en él: solo cuero blindado, espadas, cuchillos... Su ojo de metal deambuló sobre mí, su dorada piel estaba pálida.

—Hemos estado cazándote durante dos meses —exhaló, ahora observando el bosque, la corriente, el cielo.

Rhys. Caldero sálvame. Rhys estaba muy atrás y...

—¿Cómo me encontraste? —Mi voz estable y fría; no era una que reconociera.

Pero...*cazándome*. Como si fuera una presa.

Si Tamlin estaba aquí... mi sangre se heló más que la lluvia congelada que ahora goteaba por mi rostro, hacia mi ropa.

—Alguien nos dio información valiosa de que estarías por aquí, pero fue pura suerte que captáramos tu aroma en el viento y... —Lucien tomó un paso hacia mí.

Retrocedí. Solo tres pasos entre la corriente y yo.

Los ojos de Lucien se ampliaron ligeramente.

—Tenemos que salir de aquí. Tamlin ha estado...no ha sido él mismo. Te llevaré directo con...

—No —exhalé. La palabra atravesó la lluvia, la corriente, el bosque de pino.

Los cuatro centinelas se miraron entre ellos, luego a la flecha con la que seguía apuntando. Lucien me volvió a mirar.

Y podía ver lo que estaba observando: la ropa de cuerpo de combate Iliriana. El color y la llenura que había regresado a mi rostro, a mi cuerpo.

Y el silencioso acero de mis ojos.

—Feyre —dijo, extendiendo una mano—. Vamos a casa.

No me moví.

—Esa dejó de ser mi casa el día que dejaste que él me encerrara dentro de ella.

La boca de Lucien se apretó.

—Fue un error. *Todos* cometemos errores. Él lo siente, lo siente mucho más de lo que crees. Yo también.

Dio un paso hacia mí y yo retrocedí unas cuantas pulgadas.

El entrenamiento de Cassian me alcanzó como si las lecciones que me había estado dando cada mañana fueran una red, que me atrapara en ese instante, mientras caía en caída libre contra mi creciente pánico. Una que vez que Lucien me tocara, nos tamizaría. No muy lejos –no era tan poderoso– pero era rápido. Saltaría a millas alejadas, más y más lejos, hasta que Rhys no pudiera alcanzarme. Él *sabía* que Rhys estaba aquí.

—Feyre —rogó Lucien, y se atrevió a dar otro paso, su mano alzada.

Mi flecha se posicionó en su dirección y la cuerda de mi arco gruñó.

Nunca me había dado cuenta que mientras Lucien había sido entrenado como un guerrero, Cassian, Azriel Mor y Rhys eran Guerreros. Cassian podía hacer desaparecer a Lucien de la faz de la tierra con un simple golpe.

—Baja la flecha —murmuró Lucien, como si estuviera tranquilizando un animal salvaje.

Detrás de él, los cuatro centinelas se acercaron. Rodeándome. La mascota y posesión del Gran Señor.

—No —exhalé—. Me. Toques.

—No entiendes el desastre en el que estamos, Feyre. Nosotros...yo te necesito en casa. Ahora.

No quería escucharlo. Miré la corriente para calcular mis posibilidades.

Esa mirada me costó. Lucien se lanzó, con su mano hacia afuera. Un toque, eso sería todo lo que le necesitaría...

Yo ya no era la mascota del Gran Señor. Y tal vez el mundo debería aprender que de hecho, sí tenía colmillos.

El dedo de Lucien rozó la manga de mi chaqueta de cuero. Y me convertí en humo, ceniza y noche.

El mundo se calmó y se inclinó y, ahí estaba Lucien, lanzándose lentamente hacia lo que era ahora un espacio vacío, mientras yo caminaba a su alrededor, mientras me dirigía hacia los árboles detrás de los centinelas.

Me detuve, y el tiempo resumió su fluidez natural. Lucien se tambaleó, recobrando el equilibrio antes de caer hacia el acantilado... y giró rápidamente, con los ojos amplios al descubrirme ahora de pie detrás de sus centinelas. Bron y Hart se encogieron y retrocedieron. De mí.

Y de Rhysand de pie a mi lado.

Lucien se congeló. Convertí mi rostro en un espejo de hielo; una réplica insensible de la cruel ausencia en las facciones de Rhysand mientras él agarraba una mota de pelusa de su túnica oscura.

Ropa oscura y elegante... sin alas, sin ropa de cuero de combate. La ropa ecuéanime y fina... Otra arma. Para esconder la habilidad y poder que él tenía; para esconder de dónde venía y lo que amaba. Un arma que valía el costo de la magia que estaba usando para esconderlo... incluso si eso nos ponía a riesgo de ser rastreados.

—Pequeño Lucien —ronroneó Rhys—. ¿Nunca te dijo la Dama de la Corte de Otoño que cuando una mujer dice no, lo dice en serio?

—Imbécil —gruñó Lucien, pasando furiosamente por sus centinelas, pero sin atreverse a tocar sus armas—. Tú, sucio y asqueroso imbécil.

Solté un gruñido.

Los ojos de Lucien se deslizaron hacia mí y dijeron con bastante horror:

— ¿Qué has hecho, Feyre?

—No me vuelvas a venir a buscar —dije, con igual suavidad.

—Él nunca dejará de buscarte; nunca dejará de esperar que regreses a casa.

Las palabras me golpearon en el estómago, como si estuvieran hechas para eso. Debió haberlo visto en mi rostro porque Lucien presionó—: ¿Qué te hizo él? ¿Tomó tu mente y...?

—Suficiente —dijo Rhys, inclinando su cabeza con esa elegancia casual—. Feyre y yo estamos ocupados. Regresa a tus tierras antes que envíe vuestras cabezas como recordatorio a mi viejo amigo de lo que ocurre cuando los lacayos de la Corte de Primavera ponen un pie en mi territorio.

La lluvia helada se deslizó por el cuello de mi ropa, por mi espalda. El rostro de Lucien estaba mortalmente pálido.

—Ya has demostrado tu punto, Feyre, ahora ven a casa.

—No soy una niña que está jugando —dije a través de mis dientes. Así es como me habían visto: en necesidad de ser mimada, de explicaciones, de ser defendida...

—Cuidado, Lucien —arrastró las palabras Rhysand—. O la querida Feyre te enviará de vuelta en pedazos a ti también.

—No somos enemigos, Feyre —rogó Lucien—. Las cosas fueron mal, Ianthe se fue de las manos, pero eso no significa que renuncies...

—Tú renunciaste —exhalé.

Incluso sentí a Rhys ponerse rígido.

—Tú renunciaste a mí —dije un poco más alto—. Tú eras mi amigo. Y lo escogiste a *él*, escogiste obedecerlo, incluso cuando veías lo que sus órdenes y sus reglas me hacían. Incluso cuando me veías marchitarme *día tras día*.

—No tienes *ni idea* de lo volátiles que fueron esos primeros meses —espetó Lucien—. *Necesitábamos* presentar un frente unificado y obediente, y se supone que yo era el ejemplo en el que todos en nuestra corte se sostenían.

»—Tú *viste* lo que me estaba sucediendo. Pero estabas tan aterrado de él como para hacer verdaderamente algo al respecto.

Era miedo. Lucien empujaba a Tamlin, pero hasta un punto. Él siempre cedía al final.

»—Te rogué —dije, las palabras filosas y sin aliento—. Te rogué tantas veces que me ayudaras, que me sacaras de esa casa, aunque fuera durante una hora. Y tú me dejaste solas, o me empujabas a una habitación con Ianthe, o me decías que lo aguantara.

Lucien dijo con voz muy baja:

— ¿Y supongo que la Corte Oscura es mucho mejor?

Recordé, recordé lo que se suponía que debía de saber, de haber experimentado. Lo que Lucien y los otros nunca podrían saber, ni siquiera si significaba perder mi propia vida.

Y lo haría. Para mantener a salvo Velaris, para mantener a Mor, Amren, Cassian, Azriel y a... Rhys a salvo.

Le dije a Lucien, con voz baja y tan perversa como las garras que se formaron en las puntas de mis dedos, tan perversa como el maravilloso peso entre mis omóplatos:

—Cuando pasas tanto tiempo atrapada en la oscuridad, Lucien, te das cuenta que la oscuridad empieza a devolvarte la mirada.

Sentí impulso de sorpresa, de placer malicioso contra mis escudos mentales, ante las oscuras y membranosas alas que sabía que ahora sobresalían por encima de mis hombros. Cada beso helado de la lluvia enviaba sacudidas frías a través de mi cuerpo. Eran sensibles...tan sensibles, estas alas Ilirianas.

Lucien retrocedió un paso.

—¿Qué te has hecho?

Le di una pequeña sonrisa.

—La chica humana que conociste murió Bajo la Montaña. No tengo interés en pasar la inmortalidad como la mascota de un Gran Señor.

Lucien empezó a sacudir su cabeza.

—Feyre...

—Dile a Tamlin —dije, ahogándome con su nombre, ante la idea de lo que le había hecho a Rhys, a su familia—, que si envía a alguien más a estas tierras, yo misma les daré caza uno a uno. Y les demostraré exactamente lo que me enseñó la oscuridad.

Había algo parecido a dolor genuino en su rostro.

No me importó. Solo lo observé, inflexible, fría y oscura. La criatura en la que me habría convertido algún día si me hubiera quedado en la Corte de Primavera, si me hubiese quedado rota durante décadas, siglos... hasta que

aprendiera a dirigir silenciosamente esos fragmentos de dolor hacia afuera, hasta que aprendiera a saborear el dolor de otros.

Lucien le dio a sus centinelas un asentimiento. Bron y Hard, con los ojos como platos y temblando, se desvanecieron junto con los otros dos.

Lucien permaneció ahí durante un momento, nada más que aire y lluvia entre nosotros. Le dijo suavemente a Rhysand:

—Estás muerto. Tú y toda tu maldita corte.

Entonces se fue. Miré fijamente el espacio vacío donde había estado, esperando, esperando, sin dejar que la expresión que tenía abandonara de mi rostro hasta que... un dedo cálido y fuerte trazó una línea por el borde de mi ala derecha.

Se sintió como... como si me hubieran soplado en el oído.

Me estremecí, me arqueé y dejé salir un jadeo.

Y luego Rhys estaba frente a mí, observando mi rostro y las alas en mi espalda.

—¿Cómo?

—Cambia forma —logré decir, observando la lluvia deslizarse por su rostro dorado, bronceado por el sol. Y fue tanta la distracción que las garras, las alas, y ondulante oscuridad se desvanecieron, y me quedé liviana y fría en mi propia piel.

Cambia forma... a la vista de parte de la historia, el macho que no me había permitido recordar. Cambia forma, un regalo de Tamlin que no había querido, o necesitado... hasta ahora.

Los ojos de Rhys se suavizaron.

—Ese fue un espectáculo muy convincente.

—Le di lo que él quería ver —murmuré—. Deberíamos encontrar otro lugar.

Asintió y su túnica y sus pantalones desaparecieron, reemplazados por esa ropa de cuero tan familiar, las alas y la espada. Mi guerrero...

No. No era *mi* nada.

—¿Estás bien? —dijo, mientras me alzaba en sus brazos para volar hacia otro lugar.

Me recosté contra su calidez, la saboreé.

—Que haya sido tan fácil, que sintiera tan poco, me entristece más que el encuentro en sí.

Tal vez ese había sido mi problema todo este tiempo. El motivo por el que no me atreví a dar esos pasos al final de la Lluvia de Estrellas. Culpable por *no* sentirme horrible, no de verdad. No por desearlo.

Unos cuantos aleteos poderosos nos remontaron a través de los árboles y nos tuvo navegando sobre el bosque con la lluvia deslizándose por mi rostro.

—Sabía que las cosas estaban mal —dijo Rhysand con rabia silenciosa, apenas audible sobre el mordisco helado del viento y la lluvia—, pero creí que al menos Lucien habría hecho algo.

—Yo también lo pensé —dije, mi voz más pequeña de lo que pretendí.

Me apretó gentilmente, y parpadeé hacia él a través de la lluvia. Por una vez, sus ojos estaban en mí, no sobre el paisaje por debajo.

—Te ves bien con alas —dijo, y besó mi frente.

Incluso la lluvia dejó de sentirse tan fría.

Capítulo 48

Traducido por Idrys // Corregido por Mais

Al parecer, la «posada» cercana era poco más que una taberna ruidosa con unas pocas habitaciones en alquiler, generalmente durante una hora. De forma que no quedaban vacantes. A excepción de una pequeña, *diminuta* habitación en lo que había sido parte del ático.

Rhys no quería que alguien supiera quién, exactamente, se encontraba entre los Altos Fae, hadas, Ilirianos, y quienquiera que abarrotara la posada. Incluso yo apenas lo reconocí cuando –sin magia, sin nada más que ajustar su postura– silenció esa sensación de poder sobrenatural hasta que no fue más que un común y muy guapo guerrero Iliriano, enojado por tener que tomar la última habitación disponible tan arriba que sólo había una estrecha escalera que conducía a ella: sin pasillo, sin otras habitaciones. Si yo tenía que usar el baño, tendría que aventurarme al piso inferior, el cual... tenía los olores y sonidos de la docena de habitaciones en la mitad de ese piso, por lo que los convencí para usarlo rápidamente de camino arriba y luego juré no visitarlo de nuevo hasta mañana.

Un día de jugar con el agua, el fuego, el hielo y la oscuridad de la lluvia helada me había destrozado tan a fondo que nadie miró en mi dirección, ni siquiera el más solitario y más borracho de los clientes en la taberna de la ciudad. La pequeña ciudad era apenas eso: la posada, la tienda de un armador, una tienda de suministros, y un burdel. Todos dirigidos a cazadores, guerreros, y viajeros que pasaran por esa parte de bosque, ya fuera en su paso hacia tierras Ilirianas o fuera de ellas. O sólo para las hadas que habitaban aquí, solitarias y contentas de estar así. Demasiado pequeñas y demasiado remotas para que Amarantha o sus compinches les hubiera prestado atención.

Sinceramente, no me importaba dónde estábamos, con tal de que estuviera seco y cálido. Rhys abrió la puerta de nuestra habitación en el ático y se apartó para dejarme pasar.

Bueno, por lo menos era una de esas.

El techo estaba tan inclinado que para llegar al otro lado de la cama, tendría que arrastrarme por el colchón; la habitación era tan pequeña que era casi imposible caminar alrededor de la cama hacia el pequeño armario que estaba contra la otra pared. Podría sentarme en la cama y abrir el armario fácilmente.

La cama.

—Pedí dos —dijo Rhys alzando las manos.

Su aliento se empañó frente a él. Ni siquiera una chimenea. Y no había suficiente espacio para exigirle incluso que durmiera en el suelo. No confiaba en mi dominio sobre el fuego para intentar calentar la habitación. Probablemente reduciría a cenizas todo este sucio lugar.

—Si no puedes arriesgarte a usar la magia, entonces vamos a tener que calentarnos el uno al otro —dije, y al instante me arrepentí—. Calor corporal —le aclaré. Y, para acabar con esa expresión de su rostro añadí—: Mis hermanas y yo teníamos que compartir una cama, estoy acostumbrada a ello.

—Voy a tratar de mantener las manos quietas.

Mi boca se secó un poco.

—Tengo hambre.

Dejó de sonreír ante ello.

—Iré abajo y conseguiré comida mientras te cambias. —Levanté una ceja. Él dijo—: Por muy extraordinarias que sean mis habilidades para mezclarme, mi rostro es reconocible. Prefiero no estar ahí abajo el tiempo suficiente para ser notado. —De hecho, sacó un manto de su mochila y se lo puso, ajustándolo sobre sus alas, las cuales no correría el riesgo de volver hacer desaparecer. Había utilizado el poder más temprano, lo suficientemente pequeño, dijo, que no podría ser notado, pero no iba a volver a esa parte del bosque en un corto plazo.

Tiró de la capucha, y yo saboreé las sombras, la amenaza y las alas.

Alas veloces mortales. Así es como le había llamado a la pintura.

Dijo con voz baja—: Me encanta cuando me miras de ese modo.

El ronroneo de su voz calentó mi sangre.

—¿De qué modo?

—Como si mi poder no fuera algo de lo que huir. Como tú me ves.

Y para un hombre que había crecido sabiendo que era el Gran Señor más poderoso en la historia de Prythian, que podía triturar mentes si no era cuidadoso, estaba solo, solo en su poder, con su carga, pero que ese miedo era su arma más poderosa contra las amenazas a su pueblo... me había tocado la fibra sensible cuando habíamos luchado después de la Corte de Pesadillas.

—Te tuve miedo en un primer momento.

Sus dientes blancos destellaron en las sombras de su capucha.

—No, no lo tenías. Nervios, tal vez, pero nunca tuviste miedo. He sentido el verdadero terror de la gente lo suficiente como para conocer la diferencia. Tal vez por eso no podía mantenerme lejos.

¿Cuándo? Antes de que pudiera preguntar, bajó las escaleras, cerrando la puerta detrás de él.

Fue horrible quitarme la medio congelada ya que se aferraba a mi piel hinchada por la lluvia, y me choqué contra el techo inclinado, contra las paredes cercanas, y me golpeé la rodilla en el poste de la cama de latón mientras me cambiaba. La habitación se encontraba tan fría que tuve que desvestirme por trozos: sustituir una camisa congelada por una seca, los pantalones por polainas de forro polar, calcetines empapados por unos encantadores calcetines gruesos tejidos a mano que subías hasta mis pantorrillas. Cuando me metí en un suéter de gran tamaño que olía ligeramente a Rhys, me senté con las piernas cruzadas en la cama y esperé.

La cama no era pequeña, pero ciertamente no lo suficientemente grande como para fingir que él no estaría durmiendo a mi lado. Especialmente con las alas.

La lluvia tintineaba en el techo a meras pulgadas de distancia, un ritmo para los pensamientos que ahora latían en mi cabeza.

El Caldero sabía que Lucien estaba informando a Tamlin, probablemente en este mismo momento, si no hace horas.

Le había enviado esa nota a Tamlin... y él había elegido ignorarla. Tal como había ignorado o rechazado casi todas mis peticiones, actuado por su sentido ilusorio de lo que *él* creía que era correcto para mi bienestar y seguridad. Y Lucien había estado preparado para llevarme en contra de mi voluntad.

Los Fae machos eran territoriales, dominantes, arrogantes, pero los de la Corte de Primavera... algo había infectado su formación. Porque sabía — profundamente en mis huesos — que Cassian podría empujar y poner a prueba mis límites, pero en el momento en que dijera que no, él daría marcha atrás. Y sabía que si... que si me hubiera consumido allí y Rhys no hubiera hecho nada para detenerlo, Cassian o Azriel me habrían sacado. Ellos me habrían llevado a alguna parte —donde sea que fuera— y tratado con Rhys más tarde.

Pero Rhys, Rhys... jamás habría *no* visto lo que me estaba pasando; nunca habría estado tan equivocado y arrogante y ensimismado. Había sabido lo que era

Ianthe desde el momento en que la conoció. Y entendido lo que era ser un prisionero, no tener ayuda, y luchar –todos los días– con ambos horrores.

Había amado al Gram Señor que me había mostrado las comodidades y maravillas de Prythian; había amado al Gran Señor que me permitió tener el tiempo, seguridad, comida y pinturas. Tal vez una pequeña parte de mí siempre podría preocuparse por él, pero... Amarantha nos había roto a los dos. O rotpido tanto a mí que quien había sido yo y quien era ahora, ya no encajaba.

Y podría dejar eso atrás. Podría aceptarlo. Tal vez sería difícil por un tiempo, pero... tal vez se pondría mejor.

Los pies de Rhys eran casi silenciosos, revelado solamente por el leve gemido de las escaleras. Me levanté para abrir la puerta antes de que pudiera golpearla, y lo encontré de pie allí con una bandeja en sus manos. Sobre ella se hallaban dos pilas de platos tapados, junto con dos copas y una botella de vino, y...

—Dime que lo que huelo es un guiso. —Aspiré, haciéndome a un lado y cerrando la puerta mientras dejaba la bandeja sobre la cama. Claro, ni siquiera había espacio para una mesa aquí.

—Estofado de conejo, si lo que dice la cocinera es verdad.

—Podría haber vivido sin escuchar eso —dije, y Rhys sonrió. Esa sonrisa tiró de algo en la parte baja de mi estómago, y aparté la mirada, sentándome al lado de la comida teniendo cuidado de no tirar la bandeja.

Abrí la tapa de los platos de arriba: dos platos de guiso.

—¿De qué son los que están abajo?

—Pastel de carne. No me atreví a preguntar de qué tipo de carne. —Le lancé una mirada, pero él ya estaba en el borde de la cama estirándose hacia el armario, con su mochila en la mano—. Empieza a comer —dijo—. Yo voy a cambiarme primero.

De hecho estaba empapado y tenía que estar congelado y dolorido.

—Deberías haberte cambiado antes de bajar.

Cogí la cuchara e hice girar el guiso, suspirando con los zarcillos calientes de vapor que se elevaban para besar mi rostro frío.

El ruido y el sorbido de la ropa mojada siendo retirada llenaron la habitación. Traté de no pensar en eso, en su dorado pecho desnudo, los tatuajes. Los duros músculos.

—Tú fuiste la que entrenó todo el día. Conseguirte una comida caliente era lo menos que podía hacer.

Tomé un sorbo. Insípido, pero comestible y lo más importante, *caliente*. Comí en silencio, escuchando el susurro de sus ropas mientras se las quitaba, tratando de pensar en baños de hielo, en heridas infectadas, en pies con hongos, cualquier cosa menos en su cuerpo desnudo, tan cerca... y en la cama en la que estaba sentada. Me serví un vaso de vino, luego le llené el suyo.

Por fin, Rhys se apretó entre la cama y se deslizó hacia la esquina de la pared, con las alas recogidas estrechamente. Llevaba unos finos pantalones sueltos y una camisa ajustada de lo que parecía ser un algodón muy suave.

—¿Cómo metiste las alas? —pregunté mientras excavaba en su propio plato.

—La parte trasera está hecha de listones que se cierran con botones ocultos... Sin embargo, en circunstancias normales, sólo tengo que utilizar la magia para cerrarlo.

—Parece como si constantemente usaras una gran cantidad de magia.

Se encogió de hombros.

—Me ayuda a quemar la cepa de mi poder. La magia necesita liberarse – drenarse– o de lo contrario crecerá y me volverá loco. Es por eso que llamamos a las piedras Ilirias Sifones, ayudan a canalizar el poder, vaciándolo cuando sea necesario.

—¿Loco de verdad?

Dejé a un lado el cuenco vacío del guiso y retiré la tapa del pastel de carne.

—Loco de verdad. O eso es lo que me advirtieron. Puedo sentirlo, sin embargo, el tirón, si estoy demasiado tiempo sin soltarla.

—Eso es horrible.

Otro encogimiento de hombros.

—Todo tiene su costo, Feyre. Si el precio de ser lo suficientemente fuerte como para proteger a mi gente es que tengo que luchar con ese mismo poder, entonces no me importa. Amren me enseñó lo suficiente sobre el control del mismo. Lo bastante como para deberle mucho a ella. Incluyendo el escudo actual en torno a mi ciudad mientras estamos aquí.

Todo el mundo alrededor de él tenía un cierto uso, alguna habilidad poderosa. Y sin embargo, ahí estaba yo... no siendo más que una híbrida extraña. Más problemas de los que valía la pena.

—No lo eres —dijo.

—No leas mis pensamientos.

—No puedo evitar lo que a veces gritas por el vínculo. Y, además, todo se lee en tu rostro, si sabes dónde buscar. Lo que hizo tu actuación de hoy un tanto más impresionante.

Dejó a un lado su estofado mientras yo me terminaba de devorar mi pastel de carne, y me deslicé hacia atrás en la cama, en las almohadas, ahuecando mi copa de vino entre las manos frías. Lo vi comer mientras yo bebía.

—¿Creías que iría con él?

Se detuvo a medio bocado, luego bajó su tenedor.

—Escuché cada palabra entre los dos. Sabía que podías cuidar de ti misma, y sin embargo... —Volvió a su pastel, tragando un bocado antes de continuar—. Y sin embargo, decidí que si tomabas su mano, encontraría una manera de vivir con ello. Sería tu elección.

Tomé un sorbo de mi vino.

—¿Y si él me hubiera atrapado?

No había nada más que voluntad inflexible en sus ojos.

—Entonces habría desgarrado el mundo para traerte de regreso.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, y no pude apartar la mirada de él.

—Le habría disparado —exhalé—, si hubiera tratado de hacerte daño.

Ni siquiera me lo había admitido a mí misma.

Sus ojos parpadearon.

—Lo sé.

Terminó de comer, colocó la bandeja vacía en la esquina, y se puso frente a mí en la cama antes de volver a llenar mi vaso. Era tan alto que tuvo que agacharse para evitar golpear la cabeza contra el techo inclinado.

—Un pensamiento a cambio de otro —dijo—. Sin entrenamiento de por medio, por favor.

Soltó una risa ronca y se terminó su vaso, colocándolo en la bandeja. Me observó tomar un largo trago del mío.

—Estoy pensando —dijo, siguiendo el movimiento de mi lengua sobre mi labio inferior—, que te miro y siento como si muriera. Como si no pudiera respirar. Estoy pensando que te deseo tanto que no me puedo concentrar la mitad del tiempo que estoy cerca de ti, y esta habitación es demasiado pequeña para hacerte el amor correctamente. Especialmente con las alas.

Mi corazón se trabó un latido. No sabía qué hacer con mis brazos, mis piernas, mi rostro.

Tragué el resto de mi vino y deseché el vaso junto a la cama, irguiéndome mientras decía:— Estoy pensando que no puedo dejar de pensar en ti. Y que ha sido así durante mucho tiempo. Incluso antes de dejar la Corte de Primavera. Y tal vez eso me convierta en una traidora, en una basura y mentirosa, pero...

—No es así —dijo, con el rostro solemne.

Pero lo era. Había querido ver a Rhysand durante esas semanas entre las visitas. Y no me había importado cuando Tamlin dejó de visitar mi dormitorio. Tamlin había renunciado a mí, pero yo también había renunciado a él. Y era un pedazo de basura por ello.

—Deberíamos ir a dormir —murmuré.

El golpeteo de la lluvia fue el único sonido durante un largo momento antes de que él dijera:

—Está bien.

Me arrastré sobre la cama en el lado escondido casi contra el techo inclinado y me deslicé debajo de la colcha. Las frías sábanas se envolvían alrededor mío como una mano helada. Pero mi temblor era de algo completamente distinto cuando el colchón se movió, la manta se movió, y luego las dos velas junto a la cama se apagaron.

La oscuridad me golpeó en el mismo momento que lo hizo la calidez de su cuerpo. Fue un esfuerzo el no empujarme hacia ella. Sin embargo, ninguno de los dos se movió,.

Miré fijamente la oscuridad, escuchando la lluvia helada, tratando de robar el calor de ella.

—Estás temblando con tanta fuerza que la cama está temblando —dijo.

—Mi cabello está mojado —dije. No era una mentira.

Rhys se quedó en silencio, y luego el colchón gimió, hundiéndose directamente detrás de mí mientras su calor se vertía sobre mí.

—Sin expectativas —dijo—. Sólo calor corporal.

Fruncí el ceño ante la risa en su voz.

Pero sus anchas manos se deslizaron por debajo y por encima de mí: una se aplanó contra mi estómago y me tiró contra su duro calor, la otra se deslizó debajo de mis costillas y brazos para envolverla alrededor de mi pecho, y presionó su frente sobre mí. Enredó sus piernas con las mías, y después una más pesada y más cálida oscuridad descendió sobre nosotros, con olor a cítricos y a mar.

Levanté una mano hacia la oscuridad, y me encontré con un material suave y sedoso; su ala, arropándome y calentándome. Tracé mi dedo a lo largo de ella, y él se estremeció, apretando sus brazos a mí alrededor.

—Tu dedo... está muy frío —dijo apretando los dientes, las palabras estaban calientes en mi cuello.

Traté de no sonreír, incluso cuando ladeé el cuello un poco más, esperando que el calor de su aliento pudiera acariciarme de nuevo. Arrastré mi dedo a lo largo de su ala y mi uña raspó suavemente contra la lisa superficie. Rhys se tensó, extendiendo su mano a través de mi estómago.

—Eres una cosa cruel y perversa —ronroneó, y su nariz rozó la parte expuesta de mi cuello que había arqueado debajo de él—. ¿Nadie te ha enseñado modales?

—Nunca supe que los Ilirianos fueran unos bebés sensibles —dije, deslizando otro dedo por el interior de su ala.

Algo se empujó fuertemente contra mi trasero. El calor me inundó, y me tensé, y perdí el control. Le acaricié el ala de nuevo, con dos dedos esta vez, y él se retorció contra mi trasero al mismo tiempo que mis caricias. Los dedos que se habían extendido por encima de mi estómago comenzaron a bajar, perezosos. Hizo girar uno alrededor de mi ombligo, y yo me arrime más cerca imperceptiblemente, moliéndome contra él, arqueándome un poco más para darle ese otro acceso de la mano a mis pechos.

—Codiciosa —murmuró, sus labios cerniéndose sobre mi cuello—. Primero me aterrorizas con tus manos frías, ahora quieres... ¿qué es lo que quieres, Feyre?

Más, más, más, casi le rogué cuando sus dedos bajaron por la pendiente de mis pechos, mientras que la otra mano continuó su caricia inactiva a lo largo de mi estómago, mi abdomen, lentamente —muy lentamente— en dirección a la banda baja de mis pantalones y hacia el dolor erigiéndose debajo.

Los dientes de Rhysand rasparon contra mi cuello en una caricia perezosa.

—¿Qué es lo que quieres, Feyre? —Me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Chillé sólo un poco, arqueándome totalmente contra él, como si pudiera conseguir que su mano se deslizara exactamente donde yo quería. Sabía lo que él quería que yo dijera. No le daría esa satisfacción. Aún no.

Así que dije:

—Quiero una distracción —dije sin aliento—. Quiero....divertirme.

Su cuerpo se tensó de nuevo detrás del mío. Y me pregunté si de alguna manera no vio la mentira que era; si pensaba... si pensaba que era todo lo que yo quería en verdad. Pero sus manos reanudaron su ritmo.

—Entonces me permitiré el placer de distraerte.

Deslizó una mano por debajo de la parte superior de mi suéter, buceando debajo de mi camisa. Piel con piel, los callos de sus manos me hicieron gemir cuando rasparon la parte superior de mi pecho e hizo círculos alrededor de mi pezón puntiagudo.

—Me encantan estos —exhaló sobre mi cuello, deslizando su mano al otro pecho—. No tienes ni idea de lo mucho que me encantan.

Gemí mientras acariciaba un nudillo contra mi pezón, y me incliné ante el tacto, rogándole en silencio. Estaba duro como el granito detrás de mí, y me molí contra él, provocando un suave pícaro siseo de su parte.

—Deja de hacer eso —gruñó en mi piel—. Vas a arruinar *mi* diversión.

No me gustaría hacer tal cosa. Empecé a darme la vuelta, tratando de alcanzarlo, necesitando sólo *sentirlo*, pero él chasqueó la lengua y se empujó con más fuerza contra mí, hasta que no hubo espacio para que mi mano se deslizara en él.

—Quiero tocarte yo primero —dijo, su voz tan gutural que apenas la reconocí—. Solo...deja que te toque. —Me palmeó el pecho para dar énfasis.

Fue una súplica lo suficientemente rota para que yo hiciera una pausa, mirando con ternura como su otra mano se desvaneció de nuevo en las líneas de mi estómago.

No puedo respirar cuando te miro.

Deja que te toque.

Porque estaba celoso y enojado...

Ella es mía.

Bloqueé los pensamientos, las partes y piezas que me había dado.

Rhys deslizó su dedo a lo largo de la banda de los pantalones de nuevo, un gato jugando con su cena.

Otra vez.

Otra vez.

—Por favor —logré decir.

Sonrió contra mi cuello.

—Ahí están esos modales que faltaban.

Su mano, por fin se desvaneció debajo de mis pantalones. El primer roce contra mí arrastró un gemido desde el fondo de mi garganta. Él gruñó en su satisfacción por la humedad que encontró esperándolo, y su pulgar hizo círculos en ese punto, en el vértice de los muslos, burlándose, rozando por encima, pero nunca bajo...

Su otra mano apretó suavemente mi pecho en el mismo momento en el que su pulgar empujó hacia abajo, exactamente donde quería. Tensé las caderas, con la cabeza totalmente hacia atrás sobre su hombro ahora, jadeando cuando su pulgar empezó a moverse más rápidamente...

Grité y él se rió, bajo y suave.

—¿Así?

Un gemido fue mi única respuesta. *Más más más.*

Sus dedos se deslizaron hacia abajo, lentos y descarados, directamente hasta mi núcleo, y cada punto de mi cuerpo, mi mente, mi alma, se redujo a la sensación de los dedos allí como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Bastardo.

—*Por favor* —dije de nuevo, y molí mi trasero contra él para dar énfasis.

Él siseó ante el contacto y deslizó un dedo dentro de mí. Maldijo.

—Feyre...

Pero yo ya había empezado a moverme contra él, y él volvió a maldecir en un largo suspiro. Sus labios se apretaron en mi cuello, besando el camino hacia mi oreja.

Dejé escapar un gemido tan fuerte que ahogó la lluvia mientras deslizaba un segundo dedo, llenándome de tal forma que no podía pensar, no podía respirar.

—Eso es —murmuró, sus labios trazando mi oído.

Estaba harta de que mi cuello y mi oreja obtuvieran tanta atención. Me retorcí tanto como pude, y lo encontré mirándome, a la mano metida en mi pantalón, mirándome moverme sobre él.

Todavía seguía mirándome cuando capturé su boca con la mía y le mordí el labio inferior. Rhys gimió y hundió sus dedos más profundo. Más fuerte.

No me importaba... me importaba un comino lo que era yo y quién era y en donde había estado mientras cedía totalmente a él, abriendo la boca. Su lengua se deslizó dentro y se movió de una manera que supe con exactitud lo qué haría si se ponía entre mis piernas.

Sus dedos se hundieron dentro y fuera, lentos y duros, y mi propia existencia se tensó ante la sensación de ellos, ante la opresión intensificándose con cada profundo golpe, haciéndome eco de cada empuje de su lengua en mi boca.

—No tienes ni idea lo mucho que... —Se interrumpió, y gimió de nuevo—. Feyre.

El sonido de mi nombre en sus labios fue mi perdición. Salió disparada mi fuerza de voluntad y grité, sólo para que sus labios cubrieran los míos, como si pudiera devorar el sonido. Su lengua se movió por el techo de mi boca mientras me estremecía a su alrededor, apretándome con fuerza. Maldijo de nuevo respirando con dificultad y sus dedos me acariciaron hasta el último estremecimiento, hasta que estuve débil y temblando en sus brazos.

No podía respirar lo suficiente, ni lo suficientemente rápido, mientras Rhys retiraba sus dedos, echándose hacia atrás para que pudiera encontrarme con su mirada.

Dijo:— Quise hacer esto cuando sentí lo empapada que estabas en la Corte de Pesadillas. Quería follarte allí mismo, en medio de todos. Pero sobre todo, sólo quería hacer esto —dijo y sus ojos sostuvieron los míos mientras se llevaba los dedos a la boca y los chupó.

Mi sabor.

Iba a comérmelo vivo. Deslicé una mano hasta su pecho para inmovilizarlo, pero él me cogió la muñeca.

—Cuando me chupes —dijo con rudeza—, quiero estar solo, alejado de todo el mundo. Porque cuando me chupes, Feyre —dijo, presionando besos en mi mandíbula, en mi cuello—, me voy permitir rugir lo suficientemente fuerte como para derribar una montaña.

Me mojé al instante de nuevo, y él se rió por lo bajo.

—Y cuando yo *te* chupe —dijo, deslizando sus brazos alrededor de mí y apretándome contra él—, te quiero con abierta de piernas sobre una mesa como mi propio banquete personal.

Gemí.

—He tenido mucho, mucho tiempo para pensar en cómo y dónde quiero tenerte —dijo Rhys sobre la piel de mi cuello, deslizando sus dedos por debajo de la banda de mis pantalones, pero deteniéndose justo debajo. Su casa durante la noche—. No tengo ninguna intención de hacerlo todo en una noche. O en una habitación en la que ni siquiera pueda follarte contra la pared.

Me estremecí. Él seguía largo y duro contra mí. Tenía que sentirlo, tenía que conseguir esa considerable longitud dentro de mí...

—Duerme —dijo. Bien podría haberme mandado respirar bajo el agua.

Pero empezó a acariciar mi cuerpo otra vez —no para despertarlo, sino para calmarlo— con toques lujosos por mi estómago, por mis costillas.

El sueño me encontró más rápido de lo que pensaba.

Y tal vez fue el vino, o las secuelas del placer que me había producido, pero no tuve ni una sola pesadilla.

Capítulo 49

Traducido por AnamiletG // Corregido por Mais

Desperté, caliente, en reposo y en calma.

Segura.

La luz del sol entraba a través de la sucia ventana, iluminando la pared delante de mí con colores rojos y dorados en forma de ala, donde había estado toda la noche, protegiéndome del frío.

Los brazos de Rhysand estaban enrollados a mí alrededor, su respiración era profunda y regular. Y sabía que era tan raro para él como para mí dormir tan profundamente, con tanta tranquilidad.

Lo que habíamos hecho la noche anterior...

Con cuidado, me retorcí para enfrentarme a él y sus brazos se apretaron ligeramente, como para evitar que me despertase con la neblina de la mañana.

Tenía los ojos abiertos cuando acomodé mi cabeza contra su brazo. Dentro del refugio de su ala, nos miramos el uno al otro.

Y me di cuenta que podría hacer esto para siempre sin ningún problema.

—¿Por qué hiciste ese trato conmigo? ¿Por qué exigir una semana conmigo cada mes? —dije en voz baja.

Sus ojos violetas se cerraron.

Y no me atreví a admitir lo que esperaba como respuesta, pero no fue eso.

—Porque quería hacerle una declaración a Amarantha; porque quería molestar a Tamlin, y necesitaba mantenerte con vida de una forma que fuera vista como misericordia.

—Oh.

Su boca se apretó.

—Sabes... sabes que no hay nada que no haría por mi pueblo, por mi familia.

Y yo había sido un peón en ese juego.

Dobló su ala hacia atrás para apartarla, y parpadeó ante la luz acuosa.

—¿Baño o sin baño? —dijo.

Me encogí ante el recuerdo del cuarto de baño sucio y apestoso un nivel más abajo. Usarlo para mis necesidades sería bastante malo.

—Prefiero bañarme en un arroyo —dije, dejando pasar el hundimiento en mis tripas.

Rhys dejó escapar una risa baja y salió de la cama.

—Entonces salgamos de aquí.

Por un instante, me pregunté si había soñado todo lo sucedido la noche anterior. Por el dolor leve y agradable entre mis piernas sabía que no lo había sido, pero...

Tal vez sería más fácil fingir que no había pasado algo.

La alternativa ser más de lo que podía soportar.

+++

Volamos durante la mayor parte del día, a lo largo y ancho, cerca de donde las estepas boscosas se levantaban para encontrarse con las Montañas Ilirianas. No hablamos de la noche anterior, apenas hablamos en absoluto.

Otro claro. Otro día de jugar con mi poder. Convocar alas, tamizarnos, el fuego, el hielo y el agua y ahora el viento. El viento y la brisa que ondulaban a través de los valles profundos y campos de trigo de la Corte de Día, luego rápidamente la nieve tapaba sus picos más altos.

Podía sentir las palabras creciendo en él con el pasar de las horas. Lo atrapé mirando cada vez que hacía una pausa para un descanso, lo atrapé abriendo su boca... y luego cerrándola.

Llovió en un momento, y luego se volvió más y más frío cuando se cubrió de nubes. Aún tendríamos que estar en el bosque pasada la oscuridad, y me preguntaba qué tipo de criaturas podrían rondar en ella.

El sol ya se hundía cuando Rhys me tomó en sus brazos y me llevó a los cielos.

Solo estaba el viento, y su calor, y el auge de sus poderosas alas.

Me aventuré a preguntar:

— ¿Qué sucede?

Su atención se mantuvo en los oscuros pinos que se volvía borrosos con nuestro paso.

— Hay una historia más que necesito contarte.

Esperé. Él no continuó.

Le puse mi mano contra su mejilla, el primer contacto íntimo que habíamos tenido durante todo el día. Su piel estaba fría, sus ojos sombríos mientras se deslizaban a mí.

— No me alejaré, no de ti — juré en voz baja.

Su mirada se suavizó.

— Feyre...

Rhys rugió de dolor, arqueándose contra mí.

Sentí el impacto, sentí el cegador dolor a través del vínculo que rasgó a través de mis propios escudos mentales, sentí el estremecimiento de la docena de flechas que dispararon desde arcos ocultos bajo el dosel del bosque.

Y luego estábamos cayendo.

Rhys me agarró y su magia se torció alrededor de nosotros en un viento oscuro, preparándose para tamizarnos lejos... y fracasó.

Había fallado porque eran flechas de fresno lo que lo había atravesado. A sus alas. Nos habían seguido, ayer la poca magia que había usado con Lucien había hecho que de alguna manera la *rastrearán* y nos encontraran, incluso estando tan lejos...

Hubo más flechas...

Rhys lanzó su poder. Demasiado tarde.

Las flechas trituraron sus alas. Se clavaron en sus piernas.

Y creo que yo estaba gritando. No por el miedo mientras caíamos en picado, sino por él, por la sangre y el brillo verdoso en las flechas. No sólo eran de fresno, también estaban envenenadas...

Un oscuro viento –su poder– se estrelló contra mí, y entonces estaba siendo enviada a lo lejos cuando me lanzó para apartarme del rango de las flechas, tropezando a través del aire...

El rugido de ira de Rhys sacudió el bosque, las montañas de más allá. Las aves se levantaron en olas alzándose a los cielos, huyendo de aquel rugido.

Me estrellé contra el denso follaje y mi cuerpo ladró en agonía mientras pasaba a través de los pinos, madera y hoja. Más y más abajo...

Concéntrate, concéntrate, concéntrate.

Lancé una ola de ese aire endurecido que una vez me había protegido del mal genio de Tamlin. Lo lancé por debajo de mí como una red.

Choqué contra una pared invisible tan sólida que pensé que mi brazo derecho podría haberse roto. Pero... dejé de caer a través de las ramas.

Treinta pies más abajo, el suelo era casi imposible de ver en la creciente oscuridad.

No confiaba que el escudo mantuviera mi peso por mucho tiempo.

Me alcé para cruzarlo, tratando de no mirar hacia abajo, y salté el último tramo hacia una amplia rama de pino. Dándome prisa sobre la madera, me estiré hacia el tronco y me aferré a este, jadeante, reordenando en mi mente todo el dolor, la firmeza de estar en tierra.

Me quedé escuchando para captar algo de Rhys, de sus alas, su siguiente rugido. Nada.

No había señales de los arqueros con los que se encontraría en su caída. De los que me había apartado muy, muy lejos. Temblando, clavé mis uñas en la corteza mientras escuchaba alguna señal de él.

Flechas de fresno. Flechas de fresno envenenadas.

La oscuridad en el bosque aumentaba y los árboles parecían marchitarse en cáscaras esqueléticas. Incluso los pájaros estaban callados.

Miré fijamente mi palma –al ojo tatuado allí– y envié un pensamiento a través de él a ciegas, mediante el vínculo. *¿Dónde estás? Dime e iré hacia ti. Te encontraré.*

No había ninguna pared inflexible de ónix al final del enlace. Sólo sombra sin fin.

Cosas; cosas grandes y enormes, susurraban en el bosque.

Rhysand. Ninguna respuesta.

La última gota de luz se desvaneció.

Rhysand, por favor.

Ningún sonido. Y el vínculo entre nosotros... silenciado. Siempre lo sentía protegiéndome, seduciéndome, riéndose de mí en el otro lado de mis escudos. Y ahora... eso había desaparecido.

Un aullido gutural onduló desde la distancia, como rocas que se rozan entre sí.

Cada vello de mi cuerpo se levantó. Nunca nos habíamos quedado aquí pasada la puesta de sol.

Tomé varias respiraciones para calmarme y coloqué una de las pocas flechas restantes en mi arco.

En el suelo, algo elegante y oscuro se deslizó, las hojas crujieron bajo lo que parecían ser patas enormes terminadas en garras con forma de aguja.

Algo comenzó a gritar. Altos chillidos de pánico. Como si estuviera siendo desgarrado. No Rhys... algo más.

La punta de mi flecha brilló y se estremeció cuando empecé a temblar de nuevo.

¿Dónde estás, dónde estás, dónde estás?

Déjame encontrarte, déjame encontrarte, déjame encontrarte.

Destensé mi arco. Cualquier pedacito de luz delataría mi posición.

La oscuridad era mi aliada; la oscuridad me protegería.

Había sido el enojo lo que hizo que me tamizara la primera vez... y enojo la segunda vez.

Rhys estaba herido. Le habían *herido*. Alcanzado. Y ahora... Ahora...

No fue enojo caliente lo que se vertió por mi cuerpo.

Sino algo antiguo, congelado, y tan vicioso que perfeccionó mi enfoque como el filo de una navaja.

Y si quería seguirle la pista, si quería llegar al punto donde lo había visto por última vez... me convertiría en un producto de oscuridad también.

Estaba bajando corriendo la rama justo cuando algo se estrelló en el arbusto cercano, gruñendo y siseando. Pero me convertí en humo y estrellas, y me tamicé desde el borde de mi rama al árbol que había frente a mí. La criatura soltó un grito, pero no le presté atención.

Yo era la noche; era el viento.

Me tamicé de un árbol a otro tan rápido que las bestias que vagaban por el suelo del bosque apenas registraron mi presencia. Y si podía hacer crecer garras y alas... También podría hacer que mis ojos cambiaran.

Había cazado en la oscuridad con la suficiente frecuencia para ver cómo los ojos de los animales trabajaban, cómo brillaban.

Una fría orden hizo que mis propios ojos se ampliaran, cambiaran... ciega durante el momento que me volvía a tamizar entre los árboles, corriendo por una amplia rama y tamizándome en el aire hasta la siguiente...

Aterricé y el oscuro bosque se volvió brillante. Y las cosas que rondaban en el suelo del bosque... no las miré.

No, mantuve mi atención en tamizarme a través de los árboles hasta que estuve en las afueras del lugar en el que habíamos sido atacados, a la vez que tiraba de ese vínculo, buscando esa pared familiar al otro lado. Entonces...

Había una flecha clavada en las ramas altas por encima de mí. Me tamicé hacia allí. Y cuando saqué de un tirón la longitud de madera de fresno, cuando sentí que mi cuerpo inmortal acobardarse en su presencia, un bajo gruñido salió de mí.

No había sido capaz de contar el número de flechas que habían alcanzado a Rhys. ¿De cuántas me había protegido, utilizando su propio cuerpo?

Metí la flecha en mi aljaba, y continué, rodeando el área hasta que vi otra en la alfombra de agujas de pino.

Pensé que la escarcha podría haber brillado en mi estela cuando me tamicé en la dirección en que las flechas habían sido lanzadas, encontrado otra tras otra. Las guardé todas.

Hasta que descubrí el lugar donde las ramas de los pinos estaban rotas y destrozadas. Finalmente olí a Rhys, y los árboles a mí alrededor se llenaron con brizna de hielo cuando vislumbré su sangre salpicada en las ramas, sobre el suelo.

Y flechas de fresno por todo el sitio.

Como si una emboscada hubiese estado esperando y se hubieran desatado una lluvia de cientos de flechas demasiado rápido para que él las hubiera detectado y evitado. Especialmente si había estado distraído conmigo. Distraído todo el día.

Me tamicé en ráfagas a través del lugar, con cuidado de no permanecer en el suelo demasiado tiempo para que las criaturas que vagaban cerca no detectaran mi aroma.

Había caído al suelo con fuerza; era lo que me decían las pistas. Y habían tenido que arrastrarlo lejos. Con rapidez. Habían tratado de ocultar el rastro de sangre, pero incluso sin su mente hablándome, podía encontrar ese aroma en cualquier lugar. *Encontraría* ese aroma en cualquier lugar.

Podían haber sido buenos en ocultar sus pistas, pero yo era mejor.

Continué mi búsqueda, con una flecha de fresno ahora en mi arco mientras leía las pistas.

Al menos dos docenas se lo habían llevado, aunque había habido más ahí en el asalto inicial. Los demás se habían tamizado, dejando un número limitado que lo arrastrara hacia las montañas, hacia quien sea que pudiera estar esperando.

Se movían con rapidez. Más y más profundo en el bosque, hacia las Montañas de Iliria que eran como gigantes dormidos. Su sangre había seguido fluyendo hasta el final.

Vivo, me dije. Estaba vivo, aunque si las heridas no habían coagulado... Las flechas de fresno estaban haciendo su trabajo.

Había matado a uno de los centinelas de Tamlin con una sola flecha de fresno bien colocada. Traté de no pensar en lo que un aluvión de ellas podía hacer. Su rugido de dolor resonó en mis oídos.

Y a través de esa rabia implacable e inflexible, decidí que si Rhys no estaba vivo, si le habían hecho un daño irreparable... no me importaría quiénes fuesen o por qué lo habían hecho.

Todos estaban muertos.

Las pistas se desviaron del grupo principal; exploradores que seguramente fueron enviados para encontrar un lugar para pasar la noche. Reduje mi tamización, trazando cuidadosamente sus pasos ahora. Dos grupos se habían separado, como si trataran de ocultar a donde habían ido. El aroma de Rhys se aferraba a ambos.

Le habían quitado la ropa, entonces. Debido a que sabían que los seguiría, me habían visto con él. Sabían que vendría hacia él. Una trampa, probablemente era una trampa.

Me detuve en las ramas superiores de un árbol con vistas a donde se habían escindido los dos grupos, explorando la tierra. Uno se había adentrado más profundamente en las montañas. Otro a lo largo de ellas.

Las Montañas eran territorio Iliriano, montañas que correrían el riesgo de ser descubiertas por una patrulla. Habían asumido que era hacia donde yo dudaría que fueran lo suficiente estúpidos para ir. Asumieron que yo pensaría que se mantendrían en el bosque no protegido ni patrullado.

Medí mis opciones y olí los dos caminos.

No habían contado con el segundo pequeño olor que colgaba ahí, entrelazado con el de él.

Y no me permití a mí misma pensar en ello mientras me tamizaba hacia las pistas que iban a la montaña, más rápida que el viento. No me permití pensar sobre el hecho de que *mi* aroma estaba sobre Rhys, aferrándose a él después de anoche. Se había cambiado de ropa por la mañana, pero el olor en su cuerpo... Sin haber tomado un baño, yo estaba por todas partes de él.

Así que me tamicé hacia él, hacia *mí*. Y cuando la estrecha cueva apareció al pie de una montaña, el menor atisbo de luz escapando de su boca... Me detuve.

Un azote cortó el aire..

Y cada palabra, cada pensamiento y sentimiento, me abandonó. Otro azote y otro.

Me colgué el arco por encima del hombro y saqué una segunda flecha de fresno. Fue un trabajo rápido unir las dos flechas de manera que una punta brillara

en cada extremo, y hacer lo mismo con dos más. Y cuando terminé, cuando vi las dagas dobles improvisados en ambas manos, cuando ese látigo volvió a sonar... me tamicé hacia la cueva.

Habían escogido una con una entrada estrecha que se abría hacia un amplio y curvo túnel, habían establecido su pequeño campamento alrededor de la curva para evitar ser detectados.

Los exploradores en la parte delantera –dos Altos Fae machos con armadura sin marca que no reconocí– no me notaron mientras pasaba. Otros dos exploradores patrullaban la boca de la cueva, observando a los que estaban en la parte delantera. Estuve ahí y desaparecí antes de que pudieran detectarme. Doblé la esquina, el tiempo se deslizó y flexionó, y mis ojos para la oscuridad de la noche quemaron ante la luz. Los cambié, tamizándome entre un parpadeo y el siguiente, más allá de los otros dos guardias.

Y cuando vi a las otras cuatro personas en esa cueva, cuando vi el pequeño fuego que habían construido y lo que ya le habían hecho... empujé contra el vínculo entre nosotros, casi sollozando cuando sentí ese muro inflexible... Pero no había nada detrás de eso. Sólo silencio.

Habían utilizado unas extrañas cadenas de piedra azulada para extender sus brazos, suspendiéndolo desde cada pared de la cueva. Su cuerpo colgaba, su espalda era una losa devastada de carne. Y sus alas...

Habían dejado las flechas de fresno clavadas en sus alas. Siete de ellas.

De espaldas a mí, sólo la visión de la sangre corriendo por su piel me dijo que estaba vivo.

Y fue suficiente, suficiente para hacerme detonar.

Me tamicé hacia los dos guardias que sostenían látigos gemelos.

Los otros alrededor de ellos gritaron mientras arrastraba mis flechas de fresno por sus gargantas, de forma profunda y viciosa, al igual que había hecho innumerables veces mientras cazaba. Uno, dos; entonces estaban en el suelo y sus látigos flácidos. Antes de que los guardias pudieran atacar, me tamicé de nuevo a los más cercanos.

La sangre roció.

Me tamicé, golpeé; me tamicé, golpeé.

Esas alas, aquellas bellas y poderosas alas...

Los guardias de la entrada de la cueva habían venido corriendo.

Ellos fueron los últimos en morir.

Y la sangre en mis manos se sintió diferente a como se había sentido Bajo la Montaña. Esta sangre... la saboreé. Sangre por sangre. Sangre por cada gota que habían derramado de él.

Se hizo el silencio en la cueva cuando sus gritos finales terminaron en un eco, y me tamicé frente a Rhys, metiendo de un empujón las sangrientas dagas de fresno en mi cinturón. Agarré su rostro. Estaba pálido, demasiado pálido.

Pero sus ojos se abrieron en hendiduras y gruñó.

No dije nada mientras me lanzaba hacia las cadenas que lo sostenían, tratando de no notar las huellas sangrientas que habían dejado en él. Las cadenas eran como hielo, peor que el hielo. Se sentían *equivocadas*. Me empujé más allá del dolor y la extrañeza de ellas, y la debilidad que corría por mi espina dorsal, y lo desenganché.

Sus rodillas chocaron contra la roca con tanta fuerza que hice una mueca, pero me precipité al otro brazo que todavía estaba en alto. La sangre fluía por su espalda, su frente, creando una piscina entre los huecos de sus músculos.

—Rhys —exhalé. Casi caí sobre mis propias rodillas cuando sentí un destello de *él* detrás de sus escudos mentales, como si el dolor y el cansancio lo hubiera reducido a una delgada ventana. Sus alas, acribilladas con esas flechas, permanecían extendidas, tan dolorosamente tensas que me estremecí—. Rhys, tenemos que tamizarnos a casa.

Sus ojos se abrieron de nuevo, y jadeó: —No puedo.

Sea cual fuera el veneno que había en esas flechas, entonces su magia, su fuerza...

Pero no nos podíamos quedar aquí, no cuando el otro grupo estaba cerca. Así que le dije:

—Espera —Y agarré su mano antes de que hacernos noche y humo.

Tamizarse fue muy pesado, como si todo el peso de él, todo ese poder, me arrastrara hacia atrás. Era como abrirse paso a través del lodo, pero me enfoqué en el bosque, en una cueva envuelta de musgo que había visto ese mismo día más temprano mientras calmaba mi sed, metida en la ladera a la orilla del río. Había echado una ojeada al interior y no había habido más que hojas. Por lo menos era

segura, aunque un poco húmeda. Mejor que estar a la intemperie... y era nuestra única opción.

Cada milla fue un esfuerzo. Pero mantuve mi agarre en su mano, aterrada de que si la dejaba ir, lo dejaría en algún lugar que nunca podría ser capaz de encontrar, y...

Y luego estábamos ahí, en esa cueva, y él gruñó en agonía mientras nos chocamos contra el mojado y frío suelo de piedra.

—Rhys —le supliqué, tropezando en la oscuridad, tan oscura e impenetrable, y con esas criaturas que nos rodeaban, no me arriesgaría a prender fuego...

Pero él estaba tan frío, y aun sangrando.

Obligué a mis ojos a cambiar de nuevo, y mi garganta se apretó ante el daño. Los azotes a través de su espalda continuaban botando sangre, pero las alas...

—Tengo que retirar las flechas.

Volvió a gruñir, sus manos estaban apoyadas en el suelo. Y verlo de esta manera, incapaz de siquiera hacer un comentario astuto o dar una media sonrisa...

Me alcé hasta su ala.

—Esto va a doler.

Apreté la mandíbula mientras estudiaba la forma en que habían perforado la hermosa membrana. Tendría que romper las flechas en dos y deslizarlas hacia fuera en cada extremo.

No, no romperlas. Tendría que cortarlas, lentamente, cuidadosamente, suavemente, para evitar que cualquier fragmento y trozos causaran más daños. ¿Quién sabía lo que podría hacer una astilla de fresno si se quedaba atascada?

—Hazlo —jadeó él, su voz estaba ronca.

Habían siete flechas en total: tres en esta ala, cuatro en la otra. Le habían quitado las de sus piernas, por alguna razón; las heridas ya estaban medio coaguladas.

La sangre goteó en el suelo.

Tomé el cuchillo de donde estaba atado a mi muslo, estudié la herida de entrada, y gentilmente agarré el eje. Él siseó. Me detuve.

—Hazlo —repitió Rhys, con los nudillos blancos al tiempo que apretaba sus puños en el suelo.

Coloqué la pequeña porción de borde dentado contra la flecha y comencé a cortar tan suavemente como pude. Los músculos empapados de sangre de su espalda se movieron y tensaron, y su respiración se volvió aguda, desigual. Demasiado lento, iba demasiado despacio.

Pero más rápido y podría hacerle más daño, podría dañar la sensible ala.

—¿Sabías —dije sobre el sonido de mi aserradura—, que un verano, cuando tenía diecisiete años, Elain me compró un poco de pintura? Habíamos tenido lo suficiente como para gastar en cosas extra, y ella me compró a mí y a Nesta unos presentes. No tenía suficiente para un juego completo, pero me compró pinturas rojas, azules y amarillas. Las usé hasta la última gota, las ahorré tanto como pude, y pinté pequeñas decoraciones en nuestra casa.

Un aliento escapó de él, y finalmente corté a través del eje. No le hice saber lo que estaba haciendo antes de arrancar la punta de la flecha en un suave tirón.

Él maldijo, doblando su cuerpo y la sangre brotó hacia afuera, luego se detuvo.

Casi suelto un suspiro de alivio. Me puse a trabajar en la siguiente flecha.

—Pinté la mesa, los armarios, la puerta... Y teníamos una vieja cómoda de color negro en nuestra habitación con un cajón para cada una de nosotras. No teníamos mucha ropa para guardar de todos modos.

Serré la segunda flecha más rápido, y él se preparó cuando tiré de ella. La sangre fluyó, luego se coaguló. Empecé con la tercera.

—Pinté flores para Elain en su cajón —dije, cortando y cortando—. Pequeñas rosas, begonias y lirios. Y para Nesta...

La flecha cayó al suelo y arranqué el otro extremo.

Observé el flujo de sangre y me detuve, observándolo bajar lentamente el ala al suelo y como temblaba su cuerpo.

—Nesta —dije, comenzando con la otra ala—. Pinté llamas para ella. Siempre estaba enfadada, siempre ardiendo. Creo que ella y Amren se harían amigas muy rápido. Creo que le gustaría Velaris, a pesar de sí misma. Y creo que a Elain... a Elain también le gustaría. Aunque probablemente se aferraría a Azriel, sólo para tener un poco de paz y tranquilidad.

Sonreí ante la idea, en lo guapos que se verían juntos. Si el guerrero dejaba de amar en silencio a Mor. Lo dudaba. Azriel probablemente amaría a Mor hasta que él fuera un susurro de oscuridad entre las estrellas.

Terminé la cuarta flecha y comencé con la quinta.

La voz de Rhys era cruda cuando dijo al suelo:

— ¿Qué pintaste para ti?

Saqué la quinta, para pasar a la sexta antes de decir:

—Pinté un cielo nocturno.

Él se quedó quieto. Continué:

»—Pinté las estrellas y la luna y las nubes y simplemente un cielo oscuro, sin fin. —Terminé con la sexta, y estaba de camino a cortar la séptima antes de decir—: Nunca supe por qué. Rara vez salía de noche, por lo general estaba tan cansada de la caza que sólo quería dormir. Pero me pregunto... —Saqué la séptima y última flecha—. Me pregunto si una parte de mí sabía lo que me esperaba. Que nunca iba a ser una gentil cultivadora de cosas, o alguien que quemara como el fuego, sino que sería tranquila y duradera como las facetas de la noche. Que tendría belleza, para aquellos que supieran dónde buscar, y si la gente no se molestaba en mirar, sino sólo tenerle miedo... Entonces no me preocuparía por ellos de ningún modo. Me pregunto si, incluso en mi desesperación y desesperanza, nunca estuve realmente sola. Me pregunto si estaba buscando este lugar, a todos vosotros.

La sangre dejó de fluir, y su otra ala bajó a la tierra. Lentamente, los azotes en su espalda comenzaron a formar coágulos. Caminé alrededor hasta llegar a donde estaba inclinado sobre el suelo, con las manos apoyadas en la roca, y me arrodillé.

Su cabeza se levantó. Sus ojos estaban llenos de dolor, sus labios exangües.

—Me salvaste —dijo con voz áspera.

—Puedes explicar quiénes eran más adelante.

—Una emboscada —dijo Rhys de todos modos, sus ojos observando mi rostro en busca de signos de dolor—. Soldados de Hiberno con cadenas antiguas del mismo rey, para anular mi poder. Debieron de haber rastreado la magia que utilicé ayer... Lo siento. —Las palabras cayeron fuera de él. Cepillé hacia atrás su cabello oscuro. Por eso yo no había sido capaz de utilizar el vínculo, para hablar de mente a mente.

—Descansa —dije, y me trasladé para buscar la manta de mi bolsa. Tenía que servir.

Él agarró mi muñeca antes de que pudiera levantarme. Sus párpados bajaron. La conciencia lo abandonaba... demasiado rápido. Demasiado rápido y demasiado pesada.

—Yo también te estaba buscando —murmuró Rhys.

Y se desmayó.

Capítulo 50

Traducido por Raeleen P. // Traducido por Rin

Dormí a su lado, ofreciéndole todo el calor que podía darle, vigilando la entrada de la cueva que le daba paso a la totalidad de la noche. Las bestias en el bosque acechaban en un desfile sin descanso, y solo en la luz grisácea del amanecer, sus gruñidos y siseos desaparecieron.

Rhys aún estaba inconsciente cuando la luz de la mañana alumbró las paredes de piedra, su piel parecía viscosa. Revisé sus heridas y vi que apenas habían sanado, un brillo grasoso salía de ellas.

Y cuando coloqué una mano sobre su frente, maldije por el calor. Había veneno en esas flechas. Y ese veneno seguía en su cuerpo.

El campamento de Iliria estaba tan lejos que mis propios poderes, debilitados por lo de anoche, no nos llevarían muy lejos.

Pero si ellos tenían esas horribles cadenas para anular sus poderes, esas flechas para derribarlo, entonces ese veneno...

Pasó una hora. No mejoró. No, su piel dorada estaba pálida, y se hacía peor. Su respiración era superficial.

—Rhys —dije suavemente.

No se movió. Intenté sacudirlo. Si pudiera decirme qué veneno era, tal vez podría encontrar algo que lo ayudara... No despertó.

Para el mediodía, el pánico me apretaba como un puño.

No tenía idea de venenos y remedios. Y aquí afuera, tan lejos de todos... ¿Cassian llegaría a nosotros a tiempo? ¿Podría Mor tamizarse? Intenté levantar a Rhys una y otra vez.

El veneno lo había dejado fuera de combate. No me arriesgaría a que llegara la ayuda. No lo pondría en riesgo.

Así que lo arrojé con toda la ropa que pude, pero me quedé con mi capa, le di un beso en la frente y me fui.

Estábamos solo a unos pocos metros de distancia de donde estaba cazando ayer en la noche, y cuando salí de la cueva, intenté no mirar las huellas de las bestias que habían pasado por ahí, justo sobre nosotros. Huellas enormes y horribles.

Lo que iba a cazar sería peor.

Ya casi nos estábamos quedando sin agua, así que hice mi trampa cerca, le prohibí a mis manos temblar y construí mi cepa.

Deposité la capa –casi nueva, elegante y hermosa– en medio de la trampa. Y esperé.

Una hora. Dos.

Estaba a punto de negociar con el Caldero, con la Madre, cuando un sonido familiar e insidioso cayó sobre el bosque.

A mi alrededor, los pájaros dejaron de piar, el viento dejó de soplar entre los pinos.

Y cuando un chasquido atravesó el bosque, seguido de un chillido que me destrozó los oídos, puse una flecha en mi arco y la apunte hacia la Suriel.

+++

Era igual de horrendo como lo recordaba.

Su ropa andrajosa apenas ocultaba un cuerpo no de piel, sino lo que parecía ser sólido y desgastado esqueleto. Su boca sin labios albergaba una dentadura demasiado larga, y sus dedos –largos y flacuchos– se cliqueaban entre ellos al tiempo que examinaba la delicada capa que había puesto en el centro de la trampa, como si la prenda la hubiese traído el viento.

—Feyre Rompemaldiciones —dijo, girándose hacia mí, con una voz que era una y muchas al mismo tiempo.

Bajé mi arco.

—Te necesito.

Tiempo, se me estaba acabando el tiempo. Lo podía sentir a través del vínculo, esa urgencia me rogaba que me apresure.

—Qué cambios tan fascinantes ha hecho un año en ti... en el mundo — comentó.

Un año. Sí, un año había pasado desde la primera vez que crucé el muro.

—Tengo preguntas —dije.

Sonrió, dejando a la vista todos y cada uno de esos dientes demasiado largos y machados de café.

—Tienes dos preguntas.

Una respuesta y una orden.

No desperdicié el tiempo; no con Rhys, no cuando este bosque podría estar atestado de enemigos cazándonos.

—¿Qué veneno usaron en esas flechas?

—Bloodbane—contestó.

No conocía ese veneno, tampoco había oído de él.

—¿Dónde encuentro la cura?

El Suriel juntó sus dedos huesudos y los golpeó los unos contra los otros, como si la respuesta yaciera dentro de ese sonido.

—En el bosque.

Siseé, relajando el ceño.

—Por favor... por favor, no seas enigmático. ¿Cuál es la cura?

El Suriel ladeó la cabeza y su cráneo brillo con la luz.

—Tu sangre. Dale tu sangre, Rompemaldiciones. Está llena del poder curativo del Gran Señor del Amanecer. Lo curará de la furia del bloodbane.

—¿Eso es todo? —lo presioné—. ¿Cuánta sangre?

—Con unos sorbos bastará. —Una brisa seca y hueca, nada que ver con los helados velos neblinosos que usualmente pasaban, me acarició el rostro—. Te ayudé antes. Te he ayudado ahora. Y me vas a liberar antes de que pierda la paciencia, Rompemaldiciones.

Una parte humana que aún había en mí, tembló cuando observé la trampa alrededor de sus piernas, manteniéndolo en el suelo. Quizás esta vez el Suriel se

había dejado atrapar. Y sabía cómo liberarse, lo había aprendido el momento que lo había salvado del naga.

Una prueba, de honor. Y un favor. Por la flecha que había disparado para salvarle la vida el año pasado.

Pero puse una flecha de fresno en mi arco, avergonzándome por el veneno que la cubría.

—Gracias por tu ayuda —dije, preparándome para escapar por si me atacaba.

El Suriel juntó los dientes manchados.

—Si deseas acelerar la recuperación de tu compañero, además de tu sangre, una hierba con flores rosas florece por el río. Haz que la mastique.

Disparé la flecha hacia la trampa antes de que terminara de hablar. La trampa se abrió. Y la palabra hizo eco en mí.

Compañero.

—¿Qué has dicho?

El Suriel se irguió por completo, pasándome incluso desde el claro. No me había dado cuenta que a pesar del hueso, también era musculoso, poderoso. —Si deseas... —El Suriel se detuvo y sonrió, mostrando casi todos esos dientes gruesos y cafés—. No lo sabías, entonces.

—Dilo —escupí.

—El Gran Señor de la Corte Oscura es tu compañero.

No estaba segura de que siguiera respirando.

—Interesante —dijo el Suriel.

Compañero.

Compañero.

Compañero.

Rhysand era mi compañero.

No mi amante, ni esposo, sino algo más que eso. Un vínculo más profundo y permanente que los demás. Era inusual, valorado.

No era la compañera de Tamlin. Sino de Rhysand.

Estaba celoso y molesto...

Eres mía.

Las palabras se me escaparon, bajas y retorcidas.

—¿Él lo sabe?

El Suriel apretó la tela de su nueva capa con sus dedos huesudos.

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Sí. Desde...

—No. Él puede decírmelo... Quiero escucharlo de sus labios.

El Suriel ladeó la cabeza.

—Estás... Estás sintiendo mucho demasiado rápido. No puedo leerlo.

—¿Cómo es que soy su compañera? —Los compañeros eran iguales, encajaban, al menos en algunos aspectos.

—Él es el Gran Señor más poderoso que ha existido en esta tierra. Tú eres... nueva. Hecha de los siete Grandes Señores. Distinta a todo. ¿No os parecéis en eso? ¿No encajáis en eso?

Compañero. Y él lo sabía, lo había *sabido*.

Volteé a ver el río, como si pudiera ver el camino hacia la cueva, donde Rhysand dormía.

Cuando regresé la vista al Suriel, había desaparecido.

+++

Encontré la hierba rosa y la arranqué del suelo en mi camino a la cueva.

Afortunadamente, Rhys estaba medio despierto, las capas que le había puesto encima se encontraban esparcidas por la sábana, y me dio una débil sonrisa cuando entré.

Le lancé la hierba, llenando su pecho desnudo de tierra.

—Mastica eso.

Pestañeó lentamente.

Compañero.

Pero obedeció, frunciendo el ceño a la planta antes de arrancarle unas hojas, y comenzó a masticala. Hizo una mueca cuando tragó. Me quité la chaqueta, me levanté una manga y me acerqué a él dando zancadas. Lo había sabido, y me lo ocultó.

¿Lo sabían los demás? ¿Lo habían adivinado?

Él había... había prometido que no mentiría, que no me ocultaría cosas...

Y esto, la cosa más importante de mi vida inmortal...

Con una daga corté mi antebrazo, un corte largo y profundo, y me arrodillé frente a él. No sentí dolor.

—Bebe esto. *Ahora.*

Rhys volvió a parpadear, alzando las cejas, pero no le di tiempo para oponerse antes de tomar la parte baja de su cabeza y levantar mi brazo hacia su boca y empujarlo contra mi piel.

Hizo una pausa cuando mi sangre tocó sus labios. Luego abrió más la boca, su lengua rozando mi brazo mientras chupaba mi sangre. Un sorbo. Dos. Tres.

Aparté el brazo de golpe, la herida ya estaba sanando, y me bajé la manga.

—No puedes hacer preguntas —advertí, y él me miró, el cansancio y el dolor se notaban en su rostro, mi sangre brillaba en sus labios. Una parte de mí odiaba las palabras, por actuar de esta forma cuando estaba herido, pero no me importó—. Solo puedes responderlas. Y nada más.

La desconfianza inundó sus ojos, pero asintió, mordiendo otro pedazo de hierba y masticándola.

Lo miré desde arriba, miraba al guerrero mitad Iliriano que era mi compañero de alma.

—¿Desde hace cuánto sabes que soy tu compañera?

Rhys se tensó. El mundo enteró se tensó.

Tragó.

—Feyre.

—¿Desde hace cuánto sabes que soy tu compañera?

—Tú... ¿Atrapaste al Suriel?

Me importaba una mierda cómo lo había adivinado.

—He dicho que no puedes hacer preguntas.

Me pareció ver algo parecido al pánico aparecer en sus facciones. Masticó la planta otra vez, como si le hiciera efecto de inmediato, como si quisiera estar recuperado del todo para enfrentarse a esto, a mí. El color ya estaba regresando a sus mejillas, quizá debido al poder curativo que estaba en mi sangre.

—Lo sospeché por un tiempo —confesó Rhys, tragando una vez más—. Lo supe con certeza cuando Amarantha te estaba matando. Y cuando estábamos en el balcón Bajo la Montaña, justo después de ser liberados, lo *sentí* encajar entre nosotros. Creo que al ser Hecha, esto... aumentó el aroma del vínculo. Te miré en ese entonces y el poder de éste me dio como un golpe.

Había abierto mucho los ojos, se había tropezado hacia atrás como si estuviera conmocionado, horrorizado. Y había desaparecido.

Eso había sido hacía casi un año.

La sangre me golpeó en los oídos.

—¿Cuándo me lo ibas a decir?

—Feyre.

—*¿Cuándo me lo ibas a decir?*

—No lo sé. Quería decírtelo ayer. O cuando comprendieras que lo nuestro no era solo un trato entre nosotros. Esperaba que te dieras cuenta cuando te llevara a la cama y...

—¿Los demás lo saben?

—Amren y Mor sí. Azriel y Cassien lo sospechan.

Me ardía el rostro. Lo sabían...ellos...

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Estabas enamorada de él; te ibas a casar con él. Y luego tú...tú estabas pasando por tanto que decírtelo no parecía lo correcto.

—Merecía saberlo.

—La otra noche me dijiste que querías una distracción, que querías *divertirte*. No un vínculo de pareja. Y no alguien como yo: un desastre.

Así que las palabras que le había escupido después de lo de la Corte de Pesadillas lo atormentaban.

—Me prometiste... prometiste que no habría secretos ni juegos. Lo *prometiste*.

Sentí que algo en mi pecho comenzaba a derrumbarse. Algo que creía perdido desde hacía mucho.

—Lo sé —concordó, el color regresando a su rostro—. ¿Crees que no quería decírtelo? ¿Crees que me gustó oírte decir que solo me querías para entretenerte y liberarte? ¿Crees que no me sacó tanto de mis casillas que esos infelices me derribaron porque estaba demasiado distraído pensando si debía decírtelo o si debía esperar... o tal vez tomar lo que sea que quisieras darme y conformarme con eso? ¿O si tal vez debía dejarte ir para que no tuvieras una vida llena de asesinos y Grandes Señores cazándote solo por estar conmigo?

—No quiero oír esto. No quiero oírte explicar porque creíste que era lo correcto, que no podría manejarlo...

—No hice eso...

—No quiero oírte decir que decidiste que me tendrías en la ignorancia mientras tus amigos lo sabían, mientras *todos vosotros* decidíais qué era lo mejor para mí...

—Feyre...

—Llévame al campamento Iliriano. Ahora.

Él estaba jadeando en grandes bocanadas.

—Por favor.

Pero me acerqué bruscamente a él y tomé su mano.

—*Llévame ahora.*

Y en sus ojos vi la pena y el dolor. Lo vi y no me importó, no cuando eso en mi pecho se retorció y quebraba. No cuando mi corazón –mi *corazón*– me dolía, un dolor tan atroz que logró que me diera cuenta de que de alguna manera se había reparado en estos meses. Lo había reparado él.

Y ahora me dolía.

Rhys vio esto y más en mi rostro, y yo solo vi la agonía en el suyo al tiempo que él juntaba fuerzas y, con un gruñido de dolor, nos tamizó al campamento Iliriano.

Capítulo 51

Traducido por LillyRoma // Corregido por Mais

Chocamos contra el barro congelado a las puertas de la pequeña casa de piedra.

Creo que en un principio tenía pensado tamizarnos en el interior pero sus poderes se habían terminado. Al otro lado del patio, vi a Cassian –y a Mor– en la ventana de la casa tomando el desayuno. Sus ojos se abrieron como platos para luego apresurarse hacia la puerta.

—Feyre —gimió Rhys mientras sus brazos desnudos se desplomaban en un intento por levantarse.

Lo dejé tendido en el barro y salí hacia la casa.

La puerta se abrió de golpe, y Cassian y Mor corrieron a toda velocidad hacia nosotros, mirándonos de arriba abajo, a cada pulgada de nuestro cuerpo. Cassian se dio cuenta de que estaba de una sola pieza y se precipitó para ayudar a Rhys, que estaba luchando por ponerse de pie con el barro cubriendo su piel desnuda, pero Mor... Mor vio mi rostro.

Me acerqué a ella, fría y vacía.

—Quiero que me lleves a algún lugar lejano —dije—. En este instante.

Necesitaba alejarme, necesitaba pensar, tener espacio y tranquilidad, y calma.

Mor miró entre nosotros, mordiéndose el labio.

—Por favor —dije, y mi voz se quebró con esas palabras.

Detrás de mí, Rhys gimió mi nombre otra vez. Mor observó mi rostro una vez más, y agarró mi mano. Nos desvanecido en viento y noche.

El brillo me golpeó de pronto, y absorbí mi entorno: montañas y nieve por todas partes, frescas y relucientes a la luz del mediodía, demasiado limpias en comparación a la suciedad que me llenaba.

Estábamos en lo alto de los picos, y casi a un centenar de yardas de distancia, una cabaña de troncos estaba metida entre dos de las puntas superiores de las montañas, protegiéndola del viento. La casa estaba a oscuras y hasta donde pude ver no había nada alrededor de ella.

—La casa está custodiada, así que nadie puede tamizarse adentro. Nadie puede ir más allá de este punto, sin el permiso de la familia.

La nieve crujió bajo las botas de Mor cuando dio un paso hacia adelante. Sin el viento, el día era lo suficientemente templado como para recordarme que la primavera había comenzado en el mundo, aunque apostaba que helaría una vez que el sol desapareciera. Caminé detrás de ella pero algo chispeó contra mi piel.

—Tienes... permitido entrar —dijo Mor.

—¿Porque soy su compañera?

Siguió abriéndose paso por la nieve que le llegaba hasta las rodillas.

—¿Él te lo dijo o lo adivinaste?

—La Suriel me dijo. Después de que fuera a cazarla para obtener la información de cómo curarlo.

Maldijo.

—¿Él esta... está bien?

—Sobrevivirá —dije.

No hizo ninguna otra pregunta. Y no me sentía lo suficientemente generosa como para darle más información. Llegamos a la puerta de la cabaña, la cual abrió con un movimiento de su mano.

Una habitación principal con paneles de madera que consistía en una cocina a la derecha, una sala de estar con un sofá de cuero cubierto de pieles a la izquierda, una pequeña sala en la parte de atrás que conducía a dos dormitorios y un cuarto de baño compartido, y nada más.

—Nos mandaban aquí para «reflexionar» cuando éramos más jóvenes —dijo Mor—. Rhys la utilizaba para el contrabando de libros y bebidas para mí.

Me encogí ante el sonido de su nombre.

—Es perfecta —dije apretadamente.

Mor agitó una mano, y un fuego cobró vida en la chimenea, el calor inundó la habitación. Sobre la encima de la cocina aterrizaron una variedad de alimento y las tuberías empezaron a crujir.

—No hay necesidad de usar leña —dijo—. Seguirá ardiendo hasta que te vayas. —Levantó una ceja como preguntando cuándo sería eso.

Aparté la mirada.

—Por favor no le digas donde estoy.

—Trataré de encontrarte.

—Dile que no quiero ser encontrada. No durante un tiempo.

Mor se mordió el labio.

—No es de mi incumbencia...

—Entonces no digas nada.

Lo hizo de todas formas.

—Él quería decírtelo. Y lo mató no hacerlo. Pero... nunca lo he visto tan feliz como cuando está contigo. Y no creo que tenga algo que ver con que tú seas su compañera.

—No me importa. —Ella se quedó en silencio, y pude sentir como crecían las palabras que quería decirme. Así que dije—: Gracias por haberme traído aquí.

Un despido educado.

Mor hizo una reverencia con su cabeza.

—Vuelvo en tres días para ver cómo va todo. Hay ropa en las habitaciones, y toda el agua caliente que desees. La casa está encantada para encargarse de ti, simplemente desea o pide las cosas, y te será dado.

Solo quería soledad y silencio, pero... un baño caliente sonaba como una buena manera de empezar.

Ella salió de la casa antes de que pudiera decir algo más.

Sola, sin nadie en millas alrededor, me quedé de pie en la silenciosa cabaña y con la mirada perdida.

ACOTAR #2
PARADISE SUMMERLAND

TERCERA PARTE
LA CASA DE NIEBLA

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA

Capítulo 52

Traducido por LillyRoma // Corregido por Mais

Había una profunda bañera hundida en el suelo de la cabaña de la montaña lo bastante grande para que cupieran unas alas Ilirianas. La llené con agua casi hirviendo sin preocuparme de cómo funcionaba la magia en esta casa, solo que funcionara. Me metí en ella silbando y haciendo muecas.

Tres días sin un baño y podría haber llorado ante la calidez y la limpieza de este.

No importaba que una vez hubiera pasado semanas sin un solo baño... no cuando traer agua caliente a la casa de mi familia había dado más problemas de los que valía. No cuando ni siquiera teníamos una bañera y requería cubos y cubos para quedar limpio.

Me lavé con un jabón oscuro que olía a humo y pino, y cuando terminé, me quedé sentada allí, observando el vapor que se deslizaba entre las pocas velas.

Compañero.

La palabra me echó del baño más pronto de lo que quise, y me persiguió mientras me ponía la ropa que había encontrado en un cajón de la habitación: mallas oscuras, un gran suéter color crema que me llegaba hasta la mitad del muslo, y calcetines gruesos. Mi estómago gruñó, y me di cuenta que no había comido desde el día anterior, porque...

Porque a él lo habían herido y yo me había vuelto loca –absolutamente loca– cuando lo separaron de mí haciendo que callera del suelo como si fuera un pájaro.

En la carrera por protegerlo, había actuado por mero instinto, uno que provenía de lo profundo de mí...

Muy profundo de mí...

Encontré un recipiente de sopa sobre la encimera de madera que debía haber traído Mor y encontré una olla de hierro fundido para calentarla. Había pan fresco colocado cerca de la estufa y me lo comí hasta la mitad mientras esperaba que se calentara la sopa.

Él lo había sospechado incluso antes de que nos liberara de Amarantha.

El día de mi boda... ¿La había interrumpido para ahorrarme un terrible error o para sus propios objetivos? ¿Porque yo era su compañera, y dejar que me uniera a otra persona era inaceptable?

Comí mi cena en silencio, con solo el murmullo del fuego como compañía.

Y debajo de la barrera de mis pensamientos, algo se alivió en un latido.

Mi relación con Tamlin había estado condenada desde el principio. Me había ido... solo para encontrar a mi compañero. Para ir a mi compañero.

Si hubiera estado buscando ahorrarnos a los dos la vergüenza, los rumores, solo eso –solo que había encontrado a mi verdadero compañero– habría servido.

Yo no era un pedazo mentiroso de sucia traición. Ni de cerca. Incluso si Rhys... Rhys había sabido que era su compañera.

Mientras estaba compartiendo cama con Tamlin. Durante meses y meses. Él había sabido que estaba compartiendo la cama con él, y no lo había dicho. O tal vez no le importó.

Tal vez él no quería el vínculo. Tenía la esperanza de que se desvaneciera.

Entonces no le debía nada a Rhys... no tenía nada porque disculparme.

Pero él sabía que iba a reaccionar mal. Que me heriría más de lo que me ayudaría.

¿Y si yo lo hubiera sabido?

¿Y si yo *hubiera* sabido que Rhys era mi compañero mientras amaba Tamlin?

No justificaba el no decírmelo. No justificaba las últimas semanas odiándome tanto a mí misma por desearlo tanto... cuando él debería habérmelo dicho. Pero... lo entendía.

Lavé los platos, barrí las migas de la pequeña mesa de comedor que estaba entre la cocina y la sala, y me metí en una de las camas.

Justo la noche anterior la había pasado acurrucada junto a él, contando sus respiraciones para asegurarme de que no dejaba de hacerlo. La noche anterior,

había estado en sus brazos, sus dedos entre mis piernas, su lengua en mi boca. Y ahora... a pesar de que la cabaña estaba caliente, las sábanas estaban frías. La cama era grande y estaba... vacía.

A través de la pequeña ventana de cristal, el campo chorreado de nieve a mí alrededor brillaba azul bajo la luz de la luna. El viento se escuchaba como un gemido hueco mientras rociaba de más nieve brillante los alrededores de la cabaña.

Me preguntaba si Mor le había dicho dónde estaba.

Me preguntaba si de hecho vendría a buscarme.

Compañero.

Mi compañero.

+++

La luz del sol sobre la nieve me despertó y miré hacia la luminosidad maldiciéndome por no haber cerrado las cortinas. Me tomó un momento recordar dónde estaba; por qué estaba en esta cabaña aislada, en las profundidades de las montañas de... no sabía cuales montañas eran estas.

Rhys había mencionado una vez un refugio favorito que Mor y Amren habían quemado hasta las cenizas en una pelea. Me preguntaba si era este; si había sido reconstruido. Todo era cómodo y desgastado, pero estaba relativamente en buen estado.

Mor y Amren lo habían sabido. No podía decidir si las odiaba por eso. No tenía ninguna duda de que Rhys les había ordenado que guardaran silencio, y ellas habían respetado sus deseos, pero...

Hice la cama, hice el desayuno, lavé los platos, y luego me quedé de pie en el centro de la sala principal.

Había huido.

Precisamente cómo Rhys esperaba que hiciera... como le había dicho que cualquiera en su sano juicio *huiría* de él. Como una cobarde, como una tonta, que lo había dejado tirado en mitad del barro congelado estando herido.

Me había alejado de él, un día después de haberle dicho que él era lo único de lo que nunca me alejaría.

Había exigido honestidad, y a la primera verdadera prueba, no había dejado siquiera que me la diera. No le había brindado la consideración de escucharlo.

Tú me ves.

Bueno, me había negado a verlo. Tal vez me había negado a ver lo que estaba justo en frente de mí.

Me había alejado.

Y tal vez... tal vez no debí haberlo hecho.

+++

El aburrimiento me golpeó a la mitad del día.

Un aburrimiento supremo e implacable gracias a estar atrapada en el interior mientras la nieve se derretía lentamente en el templado día de primavera, escuchando como caía gota a gota desde el techo.

Me hizo ponerme curiosa, y una vez que hube terminado de revisar los cajones y armarios de los dormitorios (ropa, trozos viejos de cinta, cuchillos y armas metidas entre ellas como si las hubieran arrojado por accidente y simplemente olvidado), los armarios de cocina (comida, productos en conserva, ollas y sartenes, un libro de cocina manchado), y la sala de estar (mantas, algunos libros, más armas ocultas en *todas partes*), me aventuré en el armario de suministros.

Para ser el retiro de un Gran Señor, la cabaña era... no común, porque todo se había hecho y designado con cuidado, pero... casual. Como si este fuera el único lugar al que pudieran venir, y apiñarse en las camas y en el sofá, y no ser nadie más que ellos mismos, turnándose para ver quien cocinaba esa noche y quien cazaba y quien limpiaba y...

Una familia.

Se sentía como una familia... la que nunca había tenido, nunca atrevido a realmente esperar tener. Dejado de desear cuando me acostumbré al espacio y a la formalidad de vivir en la mansión. Para ser un símbolo para un pueblo roto, un ídolo de oro y la marioneta de una Suma Sacerdotisa.

Abrí la puerta del almacén y una ráfaga fría me saludó, pero las velas cobraron vida, gracias a la magia que mantenía el lugar hospitalario. Estantes libres de polvo (otra ventaja mágica, sin duda) brillaron con más estantes de alimentos. Libros, equipo deportivo, mochilas y cuerdas y, gran sorpresa, más armas. Los clasifiqué todos, esos residuos de aventuras del pasado y futuro y casi las pasé por alto cuando caminé hacia adelante.

Media docena de latas de pintura.

Papel, y algunos lienzos. Pinceles viejos y manchados de pintura de unas manos perezosas. Había otros materiales de arte, pasteles y acuarelas, lo que parecía ser carboncillo para dibujar, pero... me quedé mirando fijamente la pintura, los pinceles.

¿Cuál de ellos había tratado de pintar mientras había estado aquí metido, o estado disfrutando de unas vacaciones con todos ellos?

Cuando alcancé la pintura y alcé la tapa, me dije que si mis manos estaban temblando era por el frío. Aún estaba fresca. Probablemente por la magia que preservaba este lugar.

Me asomé para mirar la oscuridad que brillaba en el interior de la lata que acababa de abrir: azul.

Y luego empecé a reunir suministros.

+++

Pinté todo el día.

Y cuando el sol se desvaneció, pinté toda la noche.

La luna estaba en lo alto para el momento en que me lavé las manos, la cara y el cuello y fui tropezando hasta la cama, sin siquiera molestarme en desvestirme antes de que la inconsciencia me reclamara.

Estuve levantada, pincel en mano, antes de que el sol de primavera pudiera reanudar su trabajo descongelando las montañas a mi alrededor.

Hice una pausa lo bastante larga para comer. El sol se estaba poniendo de nuevo, agotado por la hendidura que había hecho en la capa exterior de la nieve, cuando llamaron a la puerta principal.

Con salpicaduras por todas partes –el suéter de color crema completamente destrozado– me quedé congelada.

Otro golpe, suave, pero insistente. Seguido de un:

—Por favor que no estés muerta.

No sabía si fue alivio o decepción lo que se hundió en mi pecho cuando abrí la puerta y encontré a Mor soplando aire caliente a sus manos ahuecadas.

Miró la pintura que había sobre mi piel, sobre mi cabello. Al pincel en mi mano.

Y después, lo que había hecho.

Mor caminó al interior, dejando atrás la fresca noche de primavera y dejó escapar un silbido mientras cerraba la puerta.

—Bueno, ciertamente has estado ocupada.

En efecto.

Había pintado casi todas las superficies en la habitación principal.

Y no sólo con amplias franjas de color, sino también con decoraciones, con pequeñas imágenes. Algunos eran básicos: grupos de carámbanos caídos a los lados del umbral. Fundidos a los primeros brotes de la primavera, y luego estallaban en completos florecimientos de verano, antes de iluminar y profundizar en hojas de otoño. Había pintado un anillo de flores alrededor de la mesa de juego que estaba junto a la ventana; hojas y crepitantes llamas alrededor de la mesa del comedor.

Pero entre las intrincadas decoraciones, los había pintado a ellos. Partes y piezas de Mor, Cassian, Azriel, Amren... y Rhys.

Mor caminó hasta la gran chimenea donde había pintado la repisa de un negro brillante con vetas en oro y rojo. De cerca, era un buen pedazo sólido de pintura. Pero desde el sofá...

—Alas Ilirianas —dijo—. Ugh, nunca dejarán de regodearse por ello.

Pero se dirigió a la ventana, la cual había enmarcado con hilos de oro, latón y bronce en descenso. Mor se tocó el cabello, ladeando la cabeza. —Bonito —dijo, examinando la habitación de nuevo.

Sus ojos se fijaron en la entrada abierta que daba al pasillo de los dormitorios, e hizo una mueca.

—¿Por qué —dijo—, están los ojos de Amren ahí?

Efectivamente, justo encima de la puerta, en el centro del arco, había pintado un par de brillantes ojos plateados.

—Porque ella siempre está observando.

Mor resopló.

—Esto solo no va a funcionar. Pinta mis ojos junto a los de ella. Así los machos de esta familia sabrán que las dos estaremos observando la próxima vez que vengan aquí a emborracharse durante una semana entera.

—¿Hacen eso?

—Solían hacerlo. —*Antes de Amarantha*—. Cada otoño, los tres se encerraban en esta casa durante cinco días y bebían y bebían y cazaban y cazaban, y volvían a Velaris viéndose medios muertos pero sonriendo como tontos. Mi corazón se siente cálido sabiendo que, a partir de ahora, tendrán que hacerlo mientras Amren y yo los miramos.

Una sonrisa tiró de mis labios.

—¿A quién le pertenece esta pintura?

—Amren —dijo Mor, rodando los ojos—. Estábamos todos aquí un verano, y ella quiso enseñarse a pintar. Lo hizo durante aproximadamente dos días antes de aburrirse y en lugar de eso empezar a darle cazas a unas desafortunadas criaturas.

Una suave risa rasposa salió de mí. Me dirigí a la mesa, que había usado como mi superficie principal para mezclar y organizar las pinturas. Y quizá era una cobarde pero cuando hablé, lo hice de espaldas a ella.

—¿Alguna noticia de mis hermanas?

Mor comenzó a rebuscar en los armarios, ya fuera en busca de comida o evaluando lo que necesitaba. Dijo por encima del hombro:

—No. Aún no.

—¿Está... herido? —Le había dejado en el barro congelado, herido y expulsando el veneno de su sistema. Traté de no pensar en ello mientras estuve pintado.

—Todavía se está recuperando, pero está bien. Enojado conmigo, por supuesto, pero que le den.

Combiné el amarillo oro de Mor con el rojo que había utilizado para las alas Ilirianas, y lo mezclé hasta que emergió un naranja vibrante.

—Gracias... por no decirle que estaba aquí.

Se encogió de hombros.

Sobre la encimera comenzaron a aparecer alimentos: pan fresco, fruta, recipientes de algo que podía oler desde el otro lado de la cocina y casi me hizo gritar de hambre.

—Pero aún así, debes hablar con él. Haz que se preocupe, por supuesto, pero... escucha lo que tiene que decir. —No me miró mientras hablaba—. Rhys siempre tiene sus razones, y puede ser demasiado arrogante, pero sus instintos por lo general están en lo correcto. Comete errores, pero... deberías de escucharlo.

Ya había decidido que lo haría, pero dije:

— ¿Cómo fue tu visita a la Corte de Pesadillas?

Hizo una pausa, con su rostro tornándose inusualmente pálido.

—Bien. Siempre es un placer ver a mis padres. Como te puedes imaginar.

—¿Tu padre se está recuperando?

Le añadí el cobalto de los Sifones de Azriel al naranja y los mezclé hasta que apareció un rico marrón.

Me dio una pequeña sonrisa sombría.

—Lentamente. Puede que le haya roto algunos huesos más cuando los visité. Desde entonces, mi madre me ha expulsado de sus cuartos privados. Es una pena.

Una parte fiera de mí brilló con alegría salvaje por eso.

—Una lástima, la verdad —dije. Agregué un poco del blanco frío para suavizar el marrón, lo comprobé con la mirada que deslizó sobre mí, y agarré un taburete en el cual me puse de pie para pintar el umbral—. ¿De verdad Rhys hace que hagas eso a menudo? ¿Tener que soportar visitarlos?

Mor se apoyó en la encimera.

—El día en que se convirtió en Gran Señor, Rhys me dio el permiso de matarlos a todos cuando me diera la gana. Asisto a estas reuniones, voy a la Corte de Pesadillas, para... recordárselos de vez en cuando. Y para mantener una comunicación fluida entre nuestras dos cortes, a pesar de lo forzado que puede ser. Si tuviera que marchar hacia allí mañana y matar a mis padres, él no parpadearía. Quizá causaría inconvenientes, pero... él estaría complacido.

Me concentré en las mancha de color marrón caramelo que pinté al lado de los ojos de Amren.

—Lo siento... por todo lo que has soportado.

—Gracias —dijo ella, acercándose para observar—. Visitarlos siempre me deja un mal sabor de boca.

—Cassian parecía preocupado. —Otra pregunta entrometida.

Se encogió de hombros.

—Creo que Cassian también apreciaría la oportunidad de destrozar en pedazos toda esa corte. Comenzando por mis padres. Quizás un año deje que lo haga como regalo. A él y a Azriel, a los dos. Sería un regalo de solsticio perfecto.

Pregunté quizás un poco muy casualmente:

—Me contaste de aquella vez con Cassian, pero ¿tú y Azriel alguna vez...?

Soltó una risa aguda.

—No. ¿Azriel? Después de esa vez con Cassian, me juré no meterme con ninguno de los amigos de Rhys. Aunque Azriel no sufre de escasez de amantes,

no te preocupes. Hace un mejor trabajo manteniéndolas en secreto que nosotros, pero... las tiene.

—¿Entonces si alguna vez él estuviera interesado, tú...?

—En realidad, el problema no sería yo. Sería él. Podría arrancarme la ropa justo delante de él y él no se movería ni una pulgada. Puede que desafiara y probara a esos idiotas Ilirianos que estaban equivocados en todos los sentidos, pero no importaría si Rhys lo hace el Príncipe de Velaris... él se vería a sí mismo como un don nadie nacido bastardo, y no lo suficientemente bueno para nadie. Especialmente yo.

—Pero... ¿estás interesada?

—¿Por qué preguntas esas cosas? —Su voz se hizo más tensa, aguda. Más recelosa de lo que jamás le había oído.

—Todavía estoy tratando de averiguar cómo funcionáis todos.

Soltó un resoplido, el recelo se había ido. Traté de no verme demasiado aliviada.

—Tenemos una historia enredada de cinco siglos para que revises. Buena suerte.

En efecto. Terminé sus ojos marrón miel... como los plateados de Amren. Pero casi en respuesta, Mor declaró:

—Pinta los de Azriel. Junto a los míos. Y los de Cassian al lado de los de Amren.

Levanté mis cejas.

Mor me dio una inocente sonrisa.

—Así todos podremos vigilarte.

Sacudí la cabeza y salté del taburete para empezar a averiguar cómo pintar ojos color avellana.

Mor dijo en voz baja:

— ¿Es tan malo... ser su compañera? ¿Ser parte de nuestra corte, de nuestra familia, de nuestra enredada historia y todo?

Mezclé la pintura en el plato pequeño y los colores se arremolinaron como un montón de vidas entrelazadas.

—No —exhalé—. No, no lo es.

Y ahí tenía mi respuesta.

Capítulo 53

Traducido por Eglasi // Corregido por Mais

Mor se quedó a pasar la noche, incluso se atrevió a pintar algunas figuras rudimentarias de palitos sobre el mural junto la puerta de la despensa. Tres mujeres con cabello absurdamente largo y fluido que se asemejaban al de ellas; y tres hombres con alas, los cuales de alguna manera se las había arreglado para hacerlos ver seguros de sí mismos en su propio sentido de importancia. Me reí cada vez que lo veía.

Se fue después del almuerzo, teniendo que caminar hasta llegar al escudo anti-tamización terminaba, y mientras temblaba me despedí de ella a lo lejos, antes de que desapareciera en la nada.

Miré hacia la resplandeciente blancura que se extendía ante mí, lo bastante descongelada para que hubiera huecos aquí y allá, que dejaban entrever trozos de hierba blanca por el invierno que se extendía hacia el cielo azul y a las montañas. Sabía que el verano llegaría eventualmente incluso en esta tierra de sueños deritiéndose, ya que había encontrado cañas de pescar y equipo deportivo que sugerían su uso en el clima cálido, pero era difícil imaginar que la nieve y el hielo se convertirían en suave hierba y en flores silvestres.

Breve como rocío de mar resplandeciente, me vi a mí misma ahí: corriendo a través del prado que permanecía oculto debajo de la delgada corteza de nieve, chapoteando en los pequeños arroyos que ya ensuciaban el suelo, dándome un festín con las bayas de verano mientras el sol se alzaba sobre las montañas...

Y luego iría a casa en Velaris, donde al fin entraría en el barrio de los artistas y a esas tiendas y galerías y aprendería lo que ellos sabían, y quizás –quizás un día– abriría mi propia tienda. No para vender mi trabajo, sino para enseñar le a otros.

Tal vez enseñar a otros que fueran como yo: rotos en ciertos lugares e intentando luchar contra eso, intentando aprender quiénes eran alrededor de la oscuridad y el dolor. E iría a casa al final de cada día exhausta pero satisfecha, realizada.

Feliz.

Iría a casa cada día, a la casa de la ciudad, con mis amigos, contando muchas historias sobre sus días, y nos sentaríamos en la mesa y comeríamos juntos.

Y Rhysand...

Rhysand...

Él estaría ahí. Me daría el dinero para abrir mi propia tienda; y como no querría ser la carga de nadie, vendería mis pinturas y le regresaría el dinero. Porque se lo iba a devolver, fuera mi compañero o no.

Y él estaría aquí durante el verano, volando sobre el prado, persiguiéndome a través de los pequeños arroyos y sobre la ladera en pendiente, cubierto de hierba. Se sentaría conmigo bajo las estrellas, alimentándose con bayas de verano. Y estaría en esa mesa de la casa de la ciudad, gruñendo de risa, nunca más siendo cruel, frío o solemne. Nunca más siendo el esclavo de alguien o la puta.

Y por la noche...por la noche subiríamos las escaleras juntos y él me susurraría historias de sus aventuras y yo le susurraría sobre mi día y...

Y ahí estaba.

Un futuro.

El futuro que visualizaba para mí, brillante como un amanecer sobre el Sidra.

Una dirección, una meta y una invitación para ver qué más tenían la inmortalidad para ofrecerme. Ya no parecía tan apática ni tan vacía.

Y pelearía hasta mi último respiro para lograrlo, para defenderlo.

Así que sabía lo que tenía que hacer.

+++

Cinco días pasaron y pinté cada habitación en la casa de campo. Mor había tamizado pintura extra antes de irse, junto con más comida de la que podía comer.

Pero después de cinco días, estaba enferma de tener como única compañía mis propios pensamientos, enferma de esperar, cansada del goteo de la nieve al descongelarse.

Afortunadamente, Mor regresó esa noche, golpeando la puerta, fuerte e impaciente.

Había tomado una ducha una hora antes, quitando la pintura de lugares donde ni siquiera creía posible que pudiera encontrarse y mi cabello aún se estaba secando cuando abrí la puerta, recibiendo un soplo de aire fresco.

Pero no era Mor quien se encontraba debajo del umbral.

Capítulo 54

Traducido por Idrys // Corregido por Mais & Rincone

Me quedé mirando a Rhys fijamente.

Él se quedó mirándome fijamente.

Sus mejillas estaban teñidas rosa a causa del frío, su oscuro cabello estaba revuelto, y honestamente, parecía *congelado* mientras estaba ahí, sus alas escondidas y apretadas.

Y supe que una palabra mí y él se echaría a volar en la noche fresca. Que si cerraba la puerta, se iría y no me presionaría.

Sus fosas nasales se ensancharon, olfateando la pintura detrás de mí, pero no apartó la mirada. Esperando.

Compañero.

Mi... compañero.

Este hermoso, fuerte, y desinteresado hombre... que se había sacrificado y destruido a sí mismo por su familia, su gente, y no sentía que fuera suficiente, que *él* no era suficiente para nadie... Azriel pensaba que no merecía a alguien como Mor. Y yo me preguntaba si Rhys... si de alguna manera se sentía igual por mí. Me hice a un lado, manteniendo la puerta abierta para él.

Podría haber jurado que sentí un impulso de alivio, de ese que te pondría de rodillas, temblar a través del vínculo.

Pero Rhys se fijó en la pintura que yo había hecho, engullendo los colores brillantes que ahora hacían que la casa cobrara vida y dijo:

—Nos has pintado.

—Espero que no te moleste.

Estudió la casa desde la entrada hasta el corredor de las habitaciones.

—Azriel, Mor, Amren, y Cassian —dijo, apuntando los ojos que había pintado—. ¿Sabes que uno de ellos pintará un bigote debajo de los ojos de quien le haga enojar ese día?

Reprimí una sonrisa de mis labios.

—Oh, Mor ya se comprometió a hacer eso.

— ¿Y qué pasa con mis ojos?

Tragué. De acuerdo entonces. Se acabaron las evitaciones.

Mi corazón latía tan violentamente que sabía que él podía oírlo.

—Tenía miedo de pintarlos.

Rhys me enfrentó completamente.

—¿Por qué?

No más juegos, no más bromas.

—Al principio, porque estaba muy enojada contigo por no habérmelo dicho. Luego porque me preocupaba que me fuesen a gustar demasiado y que tú... no sintieras lo mismo. Y luego porque tenía miedo de que si los pintaba, empezaría a desear que estuvieras aquí tanto que sencillamente me quedaría mirándolos todo el día. Y parecía una manera patética de pasar el tiempo.

Contrajo sus labios.

—Ciertamente.

Miré a la puerta cerrada.

—Has volado hasta aquí.

Asintió.

—Mor no me diría a dónde habías ido, y sólo hay unos cuantos lugares tan seguros como éste. Dado que no quiero que nuestros amigos de Hiberno me rastreen para dar contigo, tuve que hacerlo a la manera antigua. Tomó... cierto tiempo.

—¿Estás... mejor?

—Curado por completo. Muy rápido, teniendo en cuenta que fue con bloodbane. Gracias a ti.

Evité su mirada, dando la vuelta hacia la cocina.

—Debes estar hambriento. Voy a calentar algo.

Rhys se enderezó.

—¿Me vas...a cocinar?

—Calentar —dije—. No puedo cocinar.

No parecía ser una diferencia. Pero sea lo que fuera, el acto de ofrecerle comida... Eché un poco de sopa fría en una cacerola y encendí el mechero.

—No conozco las reglas —dije, de espaldas a él—. Así que tienes que explicármelas.

Se quedó en el centro de la cabaña, observando cada uno de mis movimientos.

—Es un momento importante... cuando una mujer ofrece comida a su compañero. Se remonta a la época en la que todos éramos cierto tipo de bestias hace mucho, mucho tiempo. Pero sigue siendo importante. La primera vez importa. Algunos compañeros aprovechan la oportunidad, hacen una fiesta sólo para que la hembra pueda ofrecerle formalmente comida a su compañero... Eso se hace generalmente entre los ricos. Pero significa que la hembra... acepta la unión —dijo con voz ronca.

Me quedé mirando la sopa.

—Cuéntame la historia, cuéntamelo todo.

Él entendió mi oferta: que me lo contase mientras cocinaba, y al final decidiría si le ofrecería o no la comida.

Una se deslizó contra el suelo de madera mientras se sentaba en la mesa. Por un momento, sólo hubo silencio, siendo interrumpido únicamente por el clac de mi cuchara contra el recipiente.

Entonces Rhys dijo:

—Fui capturado durante la Guerra. Por el ejército de Amarantha.

Dejé de remover la comida y mis tripas se retorcieron.

—Cassian y Azriel se encontraban en diferentes legiones, así que no tenían ni idea de que mis fuerzas y yo habíamos sido hechos prisioneros. Y que los capitanes de Amarantha nos retuvieron durante semanas, torturando y matando a

mis guerreros. Pusieron estacas hechas de fresno en mis alas, y usaron esas mismas cadenas de la otra noche para sujetarme. Esas cadenas son uno de los mayores recursos de Hiberno; piedra esculpida desde la profundidad de su tierra, capaz de anular los poderes de un Alto Fae. Incluso los míos. Así que me encadenaron entre dos árboles, y me golpeaban cuando les daba la gana, tratando de conseguir que les dijera dónde estaban las fuerzas de la Corte Oscura, utilizando a mis guerreros –sus muertes y el dolor– para romperme.

»Pero no me rompí —dijo toscamente—, y eran demasiado tontos como para saber que yo era un Ilirio, y que todo lo que tenían que hacer para que me rindiera habría sido intentar cortarme las alas. Y tal vez haya sido suerte, pero nunca lo hicieron. Y Amarantha... A ella no le importaba que yo estuviera ahí. Todavía era hijo de otro Gran Señor, y Jurian acababa de sacrificar a su hermana. Todo lo que le importaba era atraparlo, *matarlo*. Ella no tenía ni idea de que con cada segundo que pasaba, con cada aliento que tomaba, yo trazaba su muerte. Estaba dispuesto a usar mi último cartucho: matarla a cualquier precio, incluso si eso significaba tener que triturar mis alas para liberarme. Había estado observado a los guardias y memoricé su horario, así que sabía dónde estaría. Fijé un día y una hora. Y estaba listo, estaba tan condenadamente listo para llevarlo a cabo, y esperar a Cassian y Azriel y Mor en el otro lado. No quedaba nada más a parte de mi rabia y mi alivio de que mis amigos no estuvieran ahí. Pero el día antes en que pensaba matar a Amarantha, el día de mi última batalla y en que encontrar mi final, ella y Jurian se enfrentaron en el campo de batalla.

Se detuvo y tragó saliva.

»Estaba encadenado en el barro, forzado a observar mientras se enfrentaban. Observar como Jurian se adueñaba de mi golpe mortal. Pero... ella lo mató a él. La vi arrancarle el ojo, y después cortarle el dedo, y cuando él estaba aún boca abajo, la vi arrastrarlo de vuelta al campamento. Entonces la escuché como durante días y días, lo despedazaba lentamente. Su grito era interminable. Ella estaba tan concentrada en torturarlo que no detectó la llegada de mi padre. En medio del pánico, ella mató a Jurian para no tener que verlo libre y huyó. Así que mi padre me rescató, y les dijo a sus hombres, le dijo a Azriel, que dejara las estacas de fresno en mis alas como castigo por haber sido atrapado. Estaba tan lesionado que los sanadores me dijeron que si trataba de luchar antes de que se curaran mis alas, jamás volvería a volar. Así que me vi obligado a regresar a casa para recuperarme mientras se libraban las últimas batallas.

»Hicieron el Tratado, y construyeron el muro. Hacía mucho que habíamos liberado a nuestros esclavos en la Corte Oscura. No confiábamos en que los seres humanos guardaran nuestros secretos, no cuando se reproducían tan rápido y con tanta frecuencia que mis padres no podían controlar todas sus mentes a la vez. Sin embargo, nuestro mundo cambió. Todos cambiamos en la Guerra. Cassian y Azriel

regresaron diferentes; yo volví diferente. Vinimos aquí... a esta cabaña. Yo estaba todavía tan herido que entre ellos me trajeron cargado hasta aquí. Nos encontrábamos aquí cuando llegaron los mensajes sobre los términos finales del Tratado.

»Se quedaron conmigo cuando rugí a las estrellas, debido a que Amarantha, por todo lo que había hecho, por cada delito cometido, quedaría impune. Que el Rey de Hiberno quedaría impune. En ambos lado el exceso de asesinados había sido demasiado como para ser llevados ante la justicia, dijeron. Incluso mi padre me dio la orden de dejarlo pasar, de construir un futuro de coexistencia. Pero nunca le perdoné a Amarantha lo que le había hecho a mis guerreros. Y nunca lo olvidé, tampoco. El padre de Tamlin había sido amigo de ella. Y cuando mi padre lo castigó, yo fui tan malditamente petulante que tal vez ella sintió una idea de lo que yo había sentido cuando mató a mis soldados.

Mis manos temblaban mientras removía la sopa. Nunca había sabido... nunca pensé...

»Cuando Amarantha regresó a estas costas siglos después, todavía quería matarla. La peor parte fue que ella ni siquiera sabía quién era yo. Ni siquiera recordaba que yo era el hijo del Gran Señor que había mantenido cautivo. Para ella, yo no era más que el hijo del hombre que había matado a su amigo, sólo era el Gran Señor de la Corte Oscura. Los otros Grandes Señores estaban convencidos de que ella quería la paz y comerciar. Sólo Tamlin desconfiaba en ella. Yo lo odiaba, pero él había conocido personalmente a Amarantha, y si él no confiaba en ella... sabía que ella no había cambiado.

»Así que planeé su asesinato. No se lo dije a nadie. Ni siquiera a Amren. Dejaría que Amarantha pensara que estaba interesado en el comercio, en una alianza. Decidí que iría a la fiesta que tendría lugar Bajo la Montaña para todas las cortes para celebrar nuestro acuerdo comercial con Hiberno... Y cuando estuviera borracha, me deslizaría en su mente, y la haría revelar cada mentira y crímenes que había cometido, y luego le exprimiría el cerebro antes de que alguien pudiera reaccionar. Estaba dispuesto a ir a la guerra por eso.

Me di la vuelta y me apoyé en el mostrador. Rhys se miraba las manos, como si la historia fuera un libro que podía leer entre ellas.

»Pero ella pensó más rápido, actuó más rápido. Había sido entrenada contra mi particular habilidad, y tenía amplios escudos mentales. Estaba tan ocupado en excavar a través de ellos que no pensé en la copa en mi mano. No quería que Cassian o Azriel o cualquier otra persona allí esa noche presenciara lo que yo estaba por hacer, por lo que no me molesté en olfatear mi bebida.

»Y mientras sentía como mis poderes eran arrancados por el hechizo que ella había puesto en el brindis, los expulsé una última vez, borrando Velaris, los escudos, todo lo que era bueno, de las mentes de la Corte de Pesadillas, los únicos a los que había permitido venir conmigo. Puse el escudo alrededor de Velaris, enlazándolo a mis amigos de modo que tendrían que quedarse allí o arriesgarse a que esa protección colapsara, y utilicé la última gota para decirles de mente a mente lo que estaba ocurriendo, y que se mantuvieran alejados. Al cabo de unos segundos, mi poder pertenecía a Amarantha por completo.

Sus ojos se alzaron a los míos. Torturados, sombríos.

—Ella mató a la mitad de la Corte de Pesadillas en ese mismo momento. Para demostrarme que podía hacerlo. Como venganza por el padre de Tamlin. Y supe... supe en ese mismo instante que no habría nada que no hiciera para evitar que ella volviera a buscar mi corte. De que buscara por demasiado tiempo quién era yo y lo que amaba. Así que me dije que esa era una nueva guerra, un tipo diferente de batalla. Y esa noche, cuando ella continuó con su atención puesta en mí, supe lo que quería. Sabía que no se trataba follarme tanto como era conseguir venganza por el fantasma de mi padre. Pero si eso era lo que quería, entonces eso era lo que iba a conseguir. La hice suplicar y gritar, y utilicé mis poderes restantes para ser tan bueno como para que quisiera más. Que ansiara más.

Agarré el mostrador para evitar caerme al suelo.

»Entonces maldijo a Tamlin. Y mi otro gran enemigo se convirtió en un resquicio que podría liberarnos. Todas las noches que pasé con Amarantha, sabía que se estaba preguntando si intentaría matarla. No podía usar mis poderes para hacerle daño, y se había protegido frente a los ataques físicos. Pero durante cincuenta años, cada vez que estaba dentro de ella, pensaba en matarla. Ella no tenía ni idea. Ninguna. Porque yo era tan bueno en mi trabajo que ella pensaba que también me gusta. Así que empezó a confiar en mí, más que en los otros. Especialmente cuando demostraba lo que podría hacerle a sus enemigos. Pero yo estaba contento de hacerlo. Me odiaba a mí mismo, pero me alegraba de hacerlo. Después de una década, dejé de esperar volver a ver a mis amigos o a mi pueblo. Olvide como eran sus rostros. Y dejé de tener esperanza.

La plata brillaba en sus ojos, y él parpadeó.

»Hace tres años —dijo en voz baja—, empecé a tener uno sueños.... Al principio solo eran destellos, como si estuviera mirando a través de los ojos de alguien más. Un destello de una chimenea en una casa oscura. Una paca de heno en un granero. Un laberinto de conejos. Las imágenes estaban nubladas, como mirar a través de un cristal empañado. Eran breves, un destello de aquí y allá, cada pocos

meses. No les di importancia, hasta que una de las imágenes fue de una mano... Una hermosa mano humana. Sosteniendo un pincel. Pintando flores sobre una mesa.

Mi corazón dejó de latir.

»Y esa vez, empujé un pensamiento hacia esa fuente. Del cielo nocturno... la imagen que me traía alegría cuando más lo necesitaba. Un cielo abierto nocturno, de estrellas y la luna. No sabía si había sido recibido, pero de todos modos lo intenté.

No estaba segura de estar respirando.

»Esos sueños, los destellos de esa persona, esa mujer... Los atesoré. Eran un recordatorio de que había algo de paz en el mundo exterior, un poco de luz. Que había un lugar y una persona, que tenía la suficiente seguridad para pintar flores sobre una mesa. Eso se prolongó durante años, hasta... hace un año. Estaba durmiendo junto a Amarantha, y me desperté de golpe de ese sueño... ese sueño que era más claro y brillante, como si la niebla se hubiera disipado. Ella... tú estabas soñando. Estaba en tu sueño, viendo cómo tenías una pesadilla en la que la misma mujer te rajaba la garganta, mientras eras perseguida por el Bogge... no podía llegar a ti, hablar contigo. Pero estabas viendo a nuestra especie. Y me di cuenta de que la niebla había sido probablemente el muro, y que tú... tú te encontrabas en Prythian.

»Te vi a través de tus sueños, y reuní las imágenes, recolocándolas una y otra vez, tratando de situar el lugar dónde estabas, quién eras. Pero tenías esas horribles pesadillas, y las criaturas pertenecían a todas las cortes. Me despertaba con tu aroma en mi nariz, y me perseguía durante todo el día, a cada paso. Pero una noche soñaste estar entre unas colinas verdes, viendo hogueras sin encender para el Calanmai.

Había tal silencio en mi cabeza.

»Sabía que sólo había una celebración tan grande; conocía esas colinas, y sabía que probablemente estarías allí. Así que le dije a Amarantha... —Rhys tragó—. Le dije que quería ir a la Corte de Primavera a la celebración, para espiar a Tamlin y ver si alguien ahí deseaba conspirar con él. Estábamos tan cerca de la fecha límite para la maldición que ella estaba paranoica, inquieta. Me dijo que trajera de vuelta a los traidores. Le prometí que así lo haría.

Sus ojos se alzaron de nuevo a los míos.

»Llegué allí, y pude olerte. Así que seguí ese olor, y... y ahí estabas. Humana, completamente humana, y siendo arrastrada por esos pedazos de mierda, quienes querían... —Él negó con la cabeza—. Me debatí en matarlos en ese

momento, pero luego te empujaron, y yo sólo... me moví. Empecé a hablar sin saber lo que estaba diciendo, solo que tú te encontrabas ahí, y yo te estaba tocando, y...

Soltó un suspiro tembloroso.

Ahí estás. Te he estado buscando.

Sus primeras palabras para mí, ninguna mentira en absoluto, ni una amenaza para mantener esas hadas alejadas.

Gracias por encontrarla por mí.

Tenía la vaga sensación de que el mundo desaparecía por debajo de mis pies como la arena alejándose de la orilla.

»Me miraste —dijo Rhys—. Y sabía que no tenías ni idea de quién era yo. Que yo había podido ver tus sueños, pero tú no habías visto los míos. Y eras... humana. Eras tan joven y frágil, y no tenías ningún interés en mí en absoluto, y sabía que si me quedaba mucho tiempo, alguien podría ver e informar, y ella te encontraría. Así que empecé a alejarme, pensando que estarías contenta de librarte de mí. Pero entonces me llamaste, como si no pudieras dejar que me fuera todavía, sin importar si lo sabías o no. Y supe... supe que estábamos en un terreno peligroso, de alguna manera. Sabía que nunca podría hablar contigo, o verte, o pensar en ti de nuevo.

»No quería saber por qué estabas en Prythian; ni siquiera quería saber tu nombre. Porque verte en mis sueños había sido una cosa, pero en persona... En ese momento, en el fondo, creo que sabía lo que eras. Y no me permití admitirlo, porque si había la más mínima posibilidad de que fueras mi compañera... Te habrían hecho cosas innombrables, Feyre.

»Así que te dejé marchar. Me dije a mí mismo después de que te hubieras ido que tal vez... tal vez el Caldero había sido amable, y no cruel, habiéndome permitido verte. Sólo una vez. Un regalo por lo que estaba soportando. Y cuando te fuiste, me encontré con esos tres tipos. Asalté sus mentes, remodelando sus vidas, sus historias, y los arrastraré ante Amarantha. Les hice confesar que habían conspirado para encontrar otros rebeldes esa noche. Les hice mentir y afirmar que la odiaban. La vi cortarlos en pedazos mientras aún estaban vivos, protestando su inocencia. Disfruté mucho, porque sabía lo que habían querido hacerte. Y sabía que no había nada en comparación a lo que Amarantha habría hecho si te hubiera encontrado.

Envolví una mano alrededor de mi garganta. *Tenía mis razones para quedarme fuera entonces*, me había dicho una vez Bajo la Montaña. *No pienses, Feyre, que no me costó.*

Rhys se quedó mirando la mesa mientras decía:

»No lo sabía. Que estabas con Tamlin. Que te alojabas en la Corte de Primavera. Amarantha me envió ese día después del Solsticio de Verano porque había tenido mucho éxito en el Calanmai. Estaba dispuesto a burlarme de él, tal vez iniciar una pelea. Pero luego me metí en esa habitación, y el aroma era familiar, pero velado... Y entonces vi el plato y sentí el glamour, y... ahí estabas. Viviendo en la casa de mí segundo gran enemigo. Cenando con él. Apestando a su olor. Mirándole como... como si lo amaras.

Los nudillos de sus dedos se volvieron blancos.

—Y decidí que tenía que asustar a Tamlin. Tenía que asustarte, y a Lucien, pero sobre todo a Tamlin. Porque también vi cómo te miraba. Así que lo que hice ese día... —Sus labios estaban pálidos, apretados—. Me metí en tu mente y la sostuve lo suficiente como para que lo sintieras, te aterrorizara, te hiciera daño. Hice que Tamlin suplicara, como Amarantha me había hecho suplicar, para mostrarle lo impotente que estaba para salvarte. Y recé para que mi actuación fuera suficiente como para conseguir que él te enviara lejos. Que te hiciera volver al reino de los humanos, lejos de Amarantha. Porque ella iba a encontrarte. Si rompías la maldición, iba a encontrarte y matarte.

»Pero yo era tan egoísta, era tan estúpidamente egoísta que no podía irme sin saber tu nombre. Y tú me mirabas como si yo fuera un monstruo, así que me dije que no importaba, de todos modos. Pero mentiste cuando pregunté. Sabía que lo habías hecho. Yo tenía tu mente en mis manos, y tuviste el desafío y la previsión de mentirme en la cara. Así que me alejé de ti otra vez. Vomité mis tripas tan pronto como me fui.

Mis labios temblaron, y los presioné juntos.

—Volví a comprobar una vez. Para asegurarme de que te habías ido. Fui con ellos el día que saquearon la mansión, para hacer completa mi actuación. Le dije a Amarantha el nombre de esa chica, pensando que te lo habías inventado. No tenía ni idea... No tenía idea de que ella había enviado a sus compinches para recuperar a Clare. Pero si admitía mi mentira... —Tragó fuerte—. Me metí en la cabeza de Clare cuando la trajeron Bajo la Montaña. Le quité el dolor, y le dije que gritara cuando se esperara que lo hiciera. Entonces... le hicieron todas esas cosas, y yo traté de hacer lo correcto, pero... Después de una semana, no podía dejar que lo hicieran. Que la lastimarla más de ese modo. Así que, mientras la torturaban, me deslicé en su mente una vez más y le puse fin. Ella no sintió ningún dolor. No sintió nada de lo que le hicieron, ni siquiera al final. Pero... aún la veo. Y a mis hombres. Y a tantos otros que maté por Amarantha.

Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, rápidas y frías.

Sin enjugárselas dijo»—: Pensé que después de eso todo se había terminado. Que con la muerte de Clare, Amarantha te creería a ti muerta. Así que estabas a salvo, y muy lejos, y mi gente segura y Tamlin había perdido, así que... había acabado. Habíamos acabado. Pero entonces... estaba en la parte trasera de la sala del trono ese día cuando el Attor te trajo. Y nunca he conocido tal horror, Feyre, como el que sentí cuando te vi a aceptar esa negociación. Era irracional, un estúpido terror, yo ni te conocía. Ni siquiera sabía tu nombre. Pero pensé en las manos de aquella pintora, las flores que te había visto crear. Y en cómo ella se deleitaría en arrancarte los dedos. Tuve que quedarme de pie y ver como el Attor y sus compinches te golpeaban. Tuve que ver el asco y el odio en tu rostro cuando me miraste, viéndome amenazar con romper la mente de Lucien. Y luego, luego supe tu nombre. Oírte decirlo... fue como una respuesta a una pregunta que había estado haciendo desde hacía quinientos años.

»Decidí entonces y ahí, que iba a luchar. Y pelearía sucio, y mataría y torturaría y manipularía, pero iba a luchar. Si había una oportunidad de liberarnos de Amarantha, lo eras tú. Pensé... pensé que el Caldero me había estado enviando esos sueños para decirme que tu serías la que nos salvaría. La que salvaría a mi gente.

»Entonces vi la primera prueba. Pretendiendo, siempre pretendiendo ser esa persona que odiabas. Cuando te lesionaste tan gravemente contra el Wyrn... Encontré mi camino contigo. Una manera de desafiar a Amarantha, de difundir la semilla de la esperanza en los que supieran leer el mensaje, y una manera de mantenerla viva sin parecer demasiado sospechoso. Y una manera de volver a Tamlin... de usarlo contra Amarantha, sí, pero... de vengarme de él por mi madre y mi hermana, y para... tenerte. Cuando hicimos ese trato, tenías tanto odio que sabía que había hecho bien mi trabajo.

»Así que lo soportamos. Te hice vestir de esa manera para que Amarantha no sospechara y que bebieras ese vino para que no recordaras los horrores nocturnos en esa montaña. Y esa noche, cuando los encontré a los dos en la sala... Me puse celoso. Estaba celoso de él, y enojado porque él solo había aprovechado la única oportunidad de pasar desapercibido no para sacarte de ahí, si no para estar contigo, y... Amarantha vio esos celos. Me vio besarte para ocultar las pruebas, pero vio el por qué. Por primera vez, vio por qué. Así que esa noche, después de dejarte, tuve que... servirla. Me mantuvo ahí más de lo habitual, tratando de exprimirme las respuestas. Pero le di lo que quería oír: que tú no eras nada, que solo eras basura humana, que te había usado y tirado. Después... quise verte. Una última vez. A solas. Pensé en contártelo todo, pero, en quién me había convertido, quien tu pensabas que era... No me atreví a romper ese engaño.

»Pero tu prueba final llegó, y... cuando empezó a torturarte, algo se rompió de una manera que no podía explicar, solo que verte sangrar y gritar me deshizo. Al

final me rompió. Y supe mientras cogía el cuchillo para matarla... supe entonces lo que eras. Supe que eras mi compañera, y que estabas enamorada de otro hombre, y que te habías destruido a ti misma para salvarlo, y que... que eso no me importaba. Si ibas a morir, yo iba a morir contigo. No podía dejar de pensar en ello una y otra vez mientras gritabas, mientras tratabas de matarla: que eras mi compañera, mi compañera, mi compañera.

»Pero entonces ella te rompió el cuello.

Las lágrimas rodaban por su rostro.

»Y te sentí morir —susurró.

Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

»Y ese hermoso y maravilloso ser que había llegado a mi vida, ese regalo del Caldero.... se había ido. En mi desesperación, me aferré a ese vínculo. No al trato, el trato no era nada, el trato era como una tela de araña. Sino que me agarré a ese vínculo entre nosotros y *tiré*, te obligué a aferrarte, a que te quedaras conmigo, porque si podíamos liberarnos... si podíamos liberarnos, entonces los siete estaríamos ahí. Podríamos traerte de regreso. Y no me importaba si tenía que meterme en todas sus mentes para conseguirlo. Les *haría* salvarte. —Sus manos estaban temblando—. Nos liberaste con tu último aliento, y con mí poder, envolví mi mano alrededor del vínculo. El vínculo de compañeros. Podía sentirte allí parpadeando, aferrándote.

Casa. Mi casa había estado al final del vínculo, le había dicho al Bone Carver. No Tamlin, ni la Corte de Primavera, nada excepto... Rhysand.

»Entonces Amarantha murió, y hablé en la mente de los Grandes Señores, convenciéndoles de que se presentaran, que ofrecieran esa chispa de energía. Ninguno de ellos se opuso. Creo que se hallaban demasiado aturdidos como para pensar en decir que no. Y... una vez más tuve que ver como Tamlin te sostenía. Como te besaba. Yo quería ir a casa, a Velaris, pero tenía que quedarme para asegurarme de que las cosas se ponían en marcha, que estabas bien. Así que esperé tanto tiempo como pude, y después envié un tirón a través del vínculo. Y luego tú viniste a buscarme.

»Casi te lo conté entonces, pero... estabas tan triste. Y cansada. Y por una vez, me miraste como... como si yo valiera algo. Así que me prometí que la próxima vez que te viera, te liberaría del trato. Porque era egoísta, y sabía que si te soltaba en ese momento, él te encerraría y nunca conseguiría volver a verte. Cuando fui para dejarte... creo que el transformarte en Fae hizo que el vínculo se bloqueara en su sitio de forma permanente. Había sabido que existía, pero en ese momento me *golpeó*, me golpeó tan fuerte que me entró el pánico. Sabía que si me quedaba un

segundo más, mandaría a la mierda las consecuencias y te llevaría conmigo. Y que me odiarías para siempre.

»Aterricé en la Corte Oscura, justo donde Mor me estaba esperando, y estaba tan frenético, tan... desquiciado, que se lo conté todo. No la había visto en cincuenta años, y mis primeras palabras a ella, fueron: «Ella es mi compañera.» Y durante tres meses... durante tres meses traté de convencerme de que estabas mejor sin mí. Traté de convencerme de que todo lo que yo había hecho te había hecho odiarme. Pero te sentí a través del vínculo, a través de tus escudos mentales abiertos. Sentí tu dolor y tristeza y soledad. Sentí que luchabas por escapar de la oscuridad de Amarantha de la misma manera que yo. Escuché que te ibas a casar con él, y me dije que eras feliz. Que debería dejar que fueras feliz, incluso si eso me mataba. Incluso si eras mi compañera, te habías ganado esa felicidad.

»El día de tu boda tenía planeado emborracharme con Cassian, quien no tenía ni idea de por qué, pero... pero entonces te volví a sentir. Sentí tu pánico y la desesperación, y te oí rogar a alguien –a cualquiera– que te salvara. Me volví loco. Me tamicé a la boda, y apenas recordaba lo que se suponía que debía ser, la parte que tenía que jugar. Todo lo que podía ver eras tú, en tu estúpido vestido de boda, tan delgada. Tan delgada y pálida. Y quería matarlo por ello, pero tenía que conseguir sacarte de ahí. Tuve que sacar el tema del trato, sólo una vez, para alejarte de ahí, para ver si estabas bien.

Rhys alzó la vista hacia mí, sus ojos desolados.

»Me mató, Feyre, tener que enviarte de vuelta. Ver cómo te consumías, mes a mes. Me mataba saber que compartías su cama. No sólo porque eras mi compañera, sino porque... —Miró hacia abajo, luego a mí de nuevo—. Sabía... sabía que estaba enamorado de ti desde ese momento en el que cogí el cuchillo para matar a Amarantha.

»Cuando finalmente viniste aquí... decidí que no te lo diría. Nada de eso. No te dejaría salir del trato, debido a que tu odio era mejor que enfrentar las otras dos alternativas: que no sentías nada por mí, o que tu... que pudieras sentir algo similar, y que si me permitía amarte, me serías arrebatada. Igual que mi familia, igual que mis amigos. Así que no te lo conté. Vi cómo te desvanecías. Hasta ese día... el día que él te encerró.

»Lo habría matado si yo hubiera estado ahí. Pero rompí algunas reglas muy, muy fundamentales al llevarte lejos. Amren dijo que si te hacía admitir que éramos compañeros, mantendría alejados los problemas, pero... no podía forzar el vínculo en ti. No podía tratar de seducirte para que aceptaras el vínculo, tampoco. Incluso si eso le daba licencia a Tamlin de declararme la guerra. Tú habías pasado por tanto ya. No quería que pensases que todo lo que hacía era para ganarte, sólo

para mantener mis tierras seguras. Pero no podía... no podía dejar de estar cerca de ti y de amarte, y desearte. Aún sigo sin poder permanecer lejos.

Se echó hacia atrás, soltando un largo suspiro.

Lentamente, me di la vuelta, donde la sopa estaba ahora hirviendo, y la vertí en un recipiente.

Él observó cada paso que daba a la mesa con el humeante plato en mis manos.

Me detuve delante de él, mirando hacia abajo.

Y dije:

— ¿Me amas?

Rhys asintió.

Y me pregunté si el amor era una palabra demasiado débil para lo que sentía, para lo que había hecho por mí. Para lo que yo sentía por él.

Puse el cuenco delante de él.

—Entonces come.

Capítulo 55

Traducido por Idrys // Corregido por Mais

Lo vi consumir cada cucharada, con los ojos como dardos entre donde yo estaba y la sopa.

Cuando terminó, dejó su cuchara.

—¿No vas a decir nada? —dijo al fin.

—Iba a decirte lo que había decidido en el momento en el que te vi en la entrada.

Rhys se retorció en su asiento hacia mí.

—¿Y ahora?

Consciente de cada respiración, cada movimiento, me senté en su regazo. Sus manos se apoyaron suavemente en mis caderas mientras estudiaba su rostro.

—Y ahora quiero que sepas, Rhysand, que te amo. Quiero que sepas... — Sus labios temblaron, y le enjuagué la lágrima que escapó por su mejilla—. Quiero que sepas —susurré—, que estoy rota y sanando, pero cada pedazo de mi corazón te pertenece a ti. Y me siento honrada, *honrada* de ser tu compañera.

Me envolvió con sus brazos y presionó su frente en mi hombro mientras todo su cuerpo temblaba. Le acaricié con la mano su sedoso cabello.

—Te amo —volví a decir. No me había atrevido a decir las palabras en mi cabeza—. Y volvería a soportar cada segundo de todo para poder encontrarte. Y si llega la guerra, tendremos que enfrentarnos a ella. Juntos. No voy a dejar que me alejen de ti. Y no voy a dejar que te alejen de mí, tampoco.

Rhys alzó la mirada con el rostro resplandeciente por las lágrimas. Se quedó inmóvil mientras me apoyaba en él, besándole una lágrima. Luego otra. Como una vez que él había besado las mías.

Cuando mis labios estaban húmedos y salados con ellas, me eché atrás lo suficiente para ver sus ojos.

—Eres mío —exhalé.

Su cuerpo se estremeció con lo que podría haber sido un sollozo, pero sus labios encontraron los míos. Fue gentil, suave. El beso que me podría haber dado si nos hubiéramos concedido tiempo y paz para satisfacernos a través de nuestros dos mundos separados. Para cortejarnos el uno al otro. Deslicé mis brazos alrededor de sus hombros, abriendo la boca para él, y su lengua se deslizó dentro, acariciando la mía. Compañero ... mi compañero.

Se endureció contra mí, y yo gemí en su boca.

El sonido rompió la correa que había tenido sobre sí mismo, y Rhysand me recogió en un movimiento suave antes de recostarme en posición horizontal sobre la mesa, entre y por encima de todas las pinturas.

Profundizó el beso, y envolví mis piernas alrededor de su espalda, enganchándome para acercarme más. Separó sus labios de mi boca para ir a mi cuello, donde arrastró sus dientes y lengua por mi piel, mientras sus manos se deslizaban bajo mi suéter y subían para ahuecar mis pechos. Me arqueé ante el tacto, y levanté mis brazos para que me quitara el suéter en un movimiento fácil.

Rhys se echó hacia atrás para estudiarme, para estudiar mi cuerpo desnudo de cintura para arriba. Pintura empapaba mi pelo, mis brazos. Pero todo lo que podía pensar era en su boca, mientras bajaba a mi pecho y chupaba, chasqueando la lengua contra mi pezón.

Hundí mis dedos en su cabello, y él apoyó una mano al lado de mi cabeza, justo encima de una paleta de pintura. Dejó escapar una risa baja, y observé, sin aliento, mientras tomaba esa mano y trazaba un círculo alrededor de mi pecho, luego más abajo, hasta que pintó una flecha hacia abajo por debajo de mi ombligo.

—Para que no te olvides en dónde va a acabar esto —dijo.

Le gruñí en una orden silenciosa, y se rió de nuevo, su boca encontrando mi otro pecho. Él apretó las caderas contra mí, burlándose, burlándose tan terriblemente de mí que tenía que tocarle, tenía que simplemente sentir *más* de él. Había pintura sobre mis manos, mis brazos, pero no importó mientras agarraba su ropa. Se movió lo suficiente para dejarme quitárselas —las armas y el cuero hicieron un ruido sordo cuando cayeron al suelo— para revelar su hermoso cuerpo tatuado, los poderosos músculos y las alas que ahora se asomaban por encima de ellos.

Mi compañero, mi compañero.

Su boca chocó contra la mía, su piel desnuda caliente contra la mía, y le sostuve el rostro. La pintura también dejó una mancha allí. Manché su cabello, hasta que grandes vetas de color azul y rojo y verde lo embardunaban por completo. Sus manos encontraron mi cintura, y alcé las caderas de la mesa para facilitar que me quitara los calcetines, mis pantalones.

Rhys se volvió a retirar y solté un ladrido de protesta que se ahogó en un jadeo cuando agarró mis muslos y me dio un tirón hasta el borde de la mesa por entre las pinturas y pinceles y tazas de agua, y poner mis piernas sobre sus hombros para que descansaran a ambos lados de esas hermosas alas, y se arrodilló delante de mí.

Se arrodilló sobre esas estrellas y montañas entintadas en sus rodillas. Él no se inclinaba ante nadie y ante nada...

Excepto ante su compañera. Su igual.

El primer lamido de la lengua de Rhysand me prendió fuego.

Te quiero extendida sobre una mesa como mi propio banquete personal.

Gruñó su aprobación ante mi gemido, mi sabor, y se desató sobre mí por completo.

Con una mano fijando mis caderas en la mesa, trabajó sobre mí con grandes movimientos extensos. Y cuando su lengua se deslizó dentro de mí, extendí la mano para agarrar el borde de la mesa, para agarrar el borde del mundo que estaba muy cerca de caerse.

Lamió y besó un camino hacia el ápice de mis muslos mientras sus dedos remplazaban donde había estado su boca, bombeando dentro de mí mientras chupaba y sus dientes raspaban como siempre tan suavemente....

Me incliné sobre la mesa mientras el clímax me atravesaba, astillando mi conciencia en un millón de pedazos. Él siguió lamiendo y sus dedos en movimiento.

—Rhys —rugí.

Ahora. Lo quería ahora.

Pero él se mantuvo arrodillado, alimentándose de mí, esa mano fijándome a la mesa.

Legué al límite de nuevo. Y sólo cuando estaba temblando, medio sollozando, sin fuerzas por el placer, Rhys se alzó del suelo.

Me miró por encima, desnuda, cubierta de pintura, y su propio rostro y el cuerpo untado con ella, y me dio una lenta y satisfecha sonrisa masculina.

—Eres *mía* —gruñó, y me levantó en sus brazos.

Quería la pared, quería que me follara contra la pared, pero me llevó a la habitación que había estado usando y me puso en la cama con una dulzura desgarradora.

Totalmente desnuda, vi cómo se desabrochaba los pantalones y como su considerable gran longitud era liberaba. Mi boca se secó ante esa vista. Lo deseaba, quería cada centímetro de su gloria dentro de mí, quería arañarlo hasta que nuestras almas se forjaran en una sola.

No dijo nada mientras se colocaba encima de mí y doblaba sus alas apretadamente. Nunca había ido a la cama con una mujer mientras sus alas estuvieran fuera. Pero yo era su compañera. Él solo cedería para mí.

Y quería tocarlo.

Me incliné hacia arriba para llegar por encima de su hombro y acariciar la poderosa curva de su ala.

Rhys se estremeció, y vi su polla contraerse.

—Juega más tarde —dijo entre dientes.

Ciertamente.

Su boca encontró la mía, el beso fue abierto y profundo, un choque de lenguas y dientes. Me tumbó sobre las almohadas, y puse mis piernas alrededor de su espalda, teniendo cuidado de las alas. Aunque dejé de preocuparme cuando empujó en mi entrada. Y se detuvo.

—*Juega más tarde* —gruñí en su boca.

Rhys se rió de una forma que serpenteó a lo largo de mis huesos, y se deslizó dentro. Y dentro. Y dentro.

Casi no podía respirar, casi no podía pensar más allá de donde nuestros cuerpos se unían. Él se quedó quieto dentro de mí, dejando que me ajustara, y abrí los ojos para encontrarlo mirándome.

—Dilo otra vez —murmuró.

Sabía lo que quería decir.

—Eres mío —exhalé.

Rhys salió ligeramente y volvió a entrar en cámara lenta. Tan tortuosamente lento.

—Eres mío —dije sin aliento.

Una vez más, sacó y luego empujó.

—Eres mío.

Una vez más, más rápido, más profundo en esta ocasión.

Lo sentí entonces, el vínculo entre nosotros, al igual que una cadena irrompible, como un rayo de luz brillante.

Con cada golpe, el vínculo era más claro y brillaba más brillante y más fuerte.

—Eres mío —susurré, arrastrando mis manos por su cabello, por su espalda, a través de sus alas.

Mi amigo a través de muchos peligros.

Mi amante que había sanado mi alma rota y cansada.

Mi compañero que había esperado por mí contra toda esperanza, a pesar de todos los pronósticos.

Moví las caderas a la vez que las suyas. Me besó una y otra vez, y nuestros rostros se volvieron húmedos. Cada pulgada de mí quemaba y se tensaba, y mi control se deslizó por completo cuando susurró:

—Te amo.

La liberación rasgó a través de mi cuerpo, y él me golpeó, duro y rápido, prolongando mi placer hasta que sentí, vi y olí ese lazo entre nosotros, hasta que nuestros olores *se fusionaron*, y yo era suya y él era mío, y éramos el principio, el medio y el final. Éramos una canción que había sido cantada desde la primera ascua de luz en el mundo.

Rhys rugió cuando se vino, golpeando en mi interior hasta la empuñadura. En el exterior, las montañas temblaron, la nieve restante corrió por ellas en una cascada de brillante blancura, sólo para ser tragada por la noche expectante de más abajo.

Se hizo el silencio, interrumpido solamente por nuestros jadeos.

Tomé su rostro embadurnado de pintura entre mis manos también coloridas y le hice mirarme.

Sus ojos estaban radiantes como las estrellas que había pintado una vez, hace mucho tiempo.

Y sonreí a Rhys mientras dejaba que ese brillante vínculo de compañeros, brillara de forma clara y luminosa entre nosotros.

+++

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí, tocándonos perezosamente entre nosotros, como si de hecho tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Creo que me enamoré de ti —murmuró Rhys, acariciando mi brazo con un dedo—, en el momento en el que me di cuenta de que estabas cogiendo esos huesos para hacer una trampa para el Middengard Wyrn. O tal vez en el momento en el que me pegaste por burlarme de ti. Me recordó mucho a Cassian. Por primera vez en décadas, quería *reír*.

—Te enamoraste de mí —dije rotundamente—, ¿porque te recordé a tu amigo?

Me dio un golpecito en la nariz.

—Me enamoré de ti, listilla, porque eras uno de nosotros, porque no me tenías miedo, y decidiste poner fin a tu espectacular victoria lanzando ese trozo de hueso a Amarantha como una jabalina. Sentí al espíritu de Cassian a mi lado en ese momento, y podría haber jurado que le oí decir: *Si no te casas con ella, estúpido idiota, lo haré yo*.

Solté una risa, deslizando una mano cubierta de pintura para cubrir su pecho tatuado. Pintura, bien.

Los dos estábamos cubiertos de ella. Al igual que la cama.

Rhys siguió mis ojos y me dio una sonrisa que era extremadamente malvada.

—Que conveniente que la bañera sea lo suficientemente grande para dos personas.

Mi sangre se calentó, y me levanté de la cama sólo para que él se moviera más rápido, alzándome en sus brazos. Estaba salpicado con pintura, con costras en el pelo, y sus pobres y hermosas alas... Eso de ahí eran las huellas de manos sobre ellas. Me cargó hasta el baño, desnudo, donde el agua ya estaba en funcionamiento, la magia de esta cabaña actuando en nuestro nombre.

Se dirigió por las escaleras hacia el agua y su siseo de placer fue un roce de aire contra mi oído. Y podría haber gemido un poco cuando el agua caliente me golpeó mientras nos sentaba en la bañera.

Una cesta de jabones y aceites apareció en el borde de piedra, y lo empujé para que se hundiera aún más debajo de la superficie. El vapor flotaba entre nosotros, y Rhys cogió una barra de jabón de alquitrán de pino, y me lo entregó, y luego pasó una toalla.

—Alguien, al parecer, me ha ensuciado las alas.

Mi rostro se calentó, pero mis tripas se tensaron. Los machos Ilirianos y sus alas, tan sensibles.

Giré mi dedo para hacer que se diera la vuelta. Obedeció, extendiendo esas magníficas alas lo suficiente como para que yo encontrara las manchas de pintura. Con cuidado, con mucho cuidado, enjaboné la toalla y empecé a limpiar el rojo y el azul y el púrpura.

La luz de las velas bailaba sobre sus innumerables y débiles cicatrices, casi invisibles salvo por los trozos duros de la membrana. Se estremeció con cada paso, sus manos apoyadas en el borde de la bañera. Me asomé por encima del hombro para ver la evidencia de la sensibilidad, y dije:

—Por lo menos los rumores sobre la relación entre envergadura y el tamaño de otras partes eran ciertos.

Sus músculos de la espalda se tensaron cuando ahogó una risa.

—Qué boca tan sucia y traviesa.

Pensé en todos los lugares en los que quería poner esa boca y me sonrojé un poco.

—Creo que me estaba enamorando de ti desde hace algún tiempo —dije, las palabras apenas audibles por encima del hilo de agua mientras le lavaba sus hermosas alas—. Pero lo supe en la Lluvia de Estrellas. O estuve a punto de saberlo y estaba tan asustada que no quería mirar más cerca. Fui una cobarde.

—Tenías perfectamente buenas razones para evitarlo.

—No, no las tenía. Tal vez, gracias a Tamlin, sí. Pero no tenía nada que ver contigo, Rhys. *Nada* que ver contigo. Nunca tuve miedo de las consecuencias de estar contigo. Incluso si cada asesino en el mundo nos da caza... Vale la pena. Tú lo vales.

Inclinó la cabeza un poco. Y dijo con voz ronca:

—Gracias.

Mi corazón se rompió por él entonces, por los años que había pasado pensando lo contrario. Besé su cuello desnudo, y él se volvió para arrastrar un dedo por mi mejilla.

Terminé con las alas y le agarré el hombro para darle la vuelta hacia mí.

—¿Ahora qué? —Sin decir palabra, tomó el jabón de mis manos y me dio la vuelta, frotando mi espalda, frotándose suavemente con el paño.

—Todo depende de ti —dijo Rhys—. Podemos volver a Velaris y que nos verifique el vínculo una sacerdotisa —nadie como Ianthé, lo prometo— y ser declarados oficialmente Compañeros. Podríamos dar una pequeña fiesta para celebrar la cena con nuestras... cortes. A menos que prefieras una fiesta más grande, aunque creo que tú y yo estamos de acuerdo acerca de nuestra aversión por ellas. —Sus fuertes manos amasaban los músculos que estaban tensos y me hacía tener dolor en la espalda, y gemí—. También podríamos ir antes con una sacerdotisa y ser declarados marido y mujer, así como compañeros, si quieres llamarme algo más humano.

—¿Qué vas a llamarme *tu*?

—Compañera —dijo—. Aunque llamarte mi mujer suena también muy atractivo. —Sus pulgares masajearon la columna de mi espina dorsal—. O si deseas esperar, podemos no hacer nada de eso. Somos compañeros, ya sea gritándolo al otro lado del mundo o no. No hay prisa para decidirlo.

Me giré.

—Estaba preguntando por el asunto de Jurian, el rey, las reinas, y el Caldero, pero me alegra saber que tengo tantas opciones en lo que refiere nuestra relación. Y que vas a hacer lo que yo quiera. Debo tenerte atado por completo alrededor de mi dedo.

Sus ojos bailaron con diversión felina.

—Ser hermoso y cruel.

Resoplé. La idea de que me encontrara hermosa en absoluto...

—Lo eres —dijo—. Eres la cosa más hermosa que he visto en mi vida. Lo pensé desde el primer momento en que te vi en Calanmai.

Y era estúpido, estúpido que la belleza significara algo, pero... Mis ojos quemaron.

—Lo que es bueno —agregó—, porque tú pensaste que *yo* era el hombre más hermoso que habías visto nunca. Por lo que eso nos convierte en iguales.

Fruncí el ceño, y él se rio, deslizando las manos para agarrar mi cintura y acercarme a él. Se sentó en el banco integrado de la bañera, y a yo a horcajadas sobre él, sin hacer nada más que acariciar sus musculosos brazos.

—Mañana —dijo Rhys, sus facciones volviéndose serias—. Mañana iremos a la mansión de tu familia. Las reinas enviaron un mensaje. Regresarán en tres días.

Empecé:— ¿Y me dices esto *ahora*?

—Estaba distraído —dijo, con los ojos brillantes.

Y la luz en esos ojos, la alegría tranquila... Me quitaron el aliento. Un futuro, tendríamos un futuro juntos. *Yo* tendría un futuro. Una *vida*.

Su sonrisa se desvaneció en algo sorprendido, algo... reverente, y extendí una mano para ahuecar su rostro en mis manos... para encontrar mi piel brillando.

Débilmente, como si una luz interior brillara debajo de mi piel, filtrándose hacia el mundo. Era una luz cálida y blanca, como el sol, como una estrella. Esos ojos llenos de maravillas encontraron los míos, y Rhys me pasó un dedo por el brazo.

—Bueno, al menos ahora puedo presumir de que, literalmente, hago a mi compañera brillar de felicidad.

Me reí, y el resplandor se puso un poco más brillante. Se inclinó, besándome suavemente, y me derretí para él, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello. Estaba duro como una piedra contra mí, empujando contra el punto en que estaba sentada encima de él. Todo lo que haría falta sería un movimiento suave y estaría dentro de mí...

Pero Rhys se levantó del agua, los dos goteando y mojados, y enganché mis piernas alrededor de él mientras nos llevaba de nuevo al dormitorio. Las sábanas habían sido cambiadas por la magia interna de la casa, y estaban cálidas y suaves

contra mi cuerpo desnudo mientras él me colocaba encima y me miraba. Brillando, yo brillaba puramente como una estrella. Pregunté:

—¿Corte de Día?

—No me importa —dijo toscamente, y retiró el glamour de sí mismo.

Era una pequeña magia, me había dicho una vez, para mantener el amortiguador de quién era, de lo que su poder parecía.

Mientras todo su esplendor se desencadenaba, llenó la habitación, el mundo, mi alma, con brillante energía de ébano. Estrellas, viento y sombras; la paz y los sueños y el borde afilado de las pesadillas. Su ondulada oscuridad era como zarcillos de vapor mientras extendía una mano y la extendida contra la piel brillante de mi estómago.

Esa mano de noche se extendió, la luz escapándose a través de las sombras que flotaban y me alcé en los codos para darle un beso.

Humo, niebla y rocío.

Gemí ante su sabor, y él abrió la boca para mí, dejando que acariciara mi lengua contra la suya y raspaba contra sus dientes. Todo lo que él era estaba tendido ante mí, una pregunta final.

Yo lo quería todo.

Le agarré de los hombros, guiándolo hacia la cama. Y cuando yació de espaldas, vi el destello de protesta por la restricción de sus alas. Pero canturreé:

—Iliriano bebé.

Y recorrí mis manos por su musculoso abdomen y más abajo. Dejó de protestar.

Era enorme en mi mano, tan duro, pero tan sedoso que sólo pasé un dedo encima, maravillada. Él siseó y su polla dio espasmos cuando pasé mi pulgar sobre la punta. Sonreí mientras lo hacía otra vez.

Se acercó a mí, pero le congelé con una mirada.

—Mi turno —le dije.

Rhys me dio una sonrisa masculina y perezosa, antes de tumbarse de nuevo, metiendo una mano detrás de la cabeza. Esperando.

Bastardo arrogante.

Así que me agaché y puse mi boca en él.

Él se sacudió ante el contacto con un ladrido:

—*Mierda.*

Y me reí al mismo tiempo que lo tomaba más en mi boca.

Sus manos estaban ahora en puños sobre las sábanas, sus nudillos blancos mientras yo deslizaba mi lengua sobre él, rozándole ligeramente con los dientes. Su gemido fue como fuego en mi sangre.

Sinceramente, me sorprendió que esperara un minuto completo antes de interrumpirme.

Abalanzarse, era una mejor palabra para lo que hizo Rhys.

Un segundo, y él estaba en mi boca, mi lengua moviéndose rápidamente sobre la anchura de su cabeza; al siguiente, tenía sus manos en mi cintura y yo estaba siendo volcada boca abajo. Apartó mis piernas con sus rodillas, abriéndome mientras me agarraba las caderas, alzándolas hacia arriba y arriba antes de penetrarme profundamente de un solo golpe.

Gemí en la almohada con cada glorioso centímetro suyo, colocándome sobre mis antebrazos mientras mis dedos agarraban las sabanas.

Rhys salió y se sumergió de nuevo, la eternidad explotando alrededor de mí en ese instante, y pensé que podría desgarrarme por no ser capaz de tener suficiente de él.

—Mírate —murmuró mientras se movía en mí, y besaba a lo largo de mi espina dorsal.

Me las arreglé para elevarme lo suficiente para ver dónde estábamos unidos, para ver luz del sol brillando sobre la oscuridad ondulante de él, fusionándose y mezclándose, enriqueciéndose. Y la visión me arruinó tan a fondo que llegué al clímax con su nombre en mis labios.

Rhys me arrastró contra él, una mano ahuecando mi pecho mientras la otra hacía círculos y acariciaba el manojito de nervios entre mis piernas, y no podía decir donde terminaba un clímax y donde comenzaba el segundo cuando él empujó de nuevo, y de nuevo, su labios en mi cuello, en mi oído.

Podría morir de esto, decidí. De desearlo, del placer de estar con él.

Él nos giró, saliendo sólo el tiempo suficiente para tenderse sobre su espalda y lanzarme sobre él.

Aún había una luz en la oscuridad, un destello de dolor persistente, una cicatriz. Y comprendí por qué me deseaba así, porque quería acabar de esta manera, conmigo a horcajadas sobre él.

Eso me rompió el corazón. Me incliné hacia delante para darle un beso suave, con ternura.

A medida que nuestras bocas se encontraban, me deslicé sobre él, ajustándome de un modo mucho más profundo, y él murmuró mi nombre en mi boca. Lo besé una y otra vez, y lo monté con suavidad. Más tarde habría tiempo para hacerlo duro y rápido. Pero en este momento... no pensaría en el porqué de que quisiera acabar en esta posición, de tener que disipar la manchada oscuridad con la luz.

Pero yo brillaría, por él, brillaría. Por mi propio futuro, brillaría.

Así que me senté, con las manos apoyadas sobre su amplio pecho, y desaté la luz en mí, dejándola eliminar la oscuridad de lo que le había sido hecho, mi compañero, mi amigo.

Rhys ladró mi nombre, empujando sus caderas hacia arriba. Las estrellas rodaron mientras me golpeaba profundamente.

Creo que la luz que salía de mí podría haber sido luz de estrellas, o tal vez mi propia visión fracturada mientras la liberación me barría de nuevo y Rhys encontraba la suya, jadeando mi nombre una y otra vez mientras se derramaba dentro de mí.

Cuando terminamos, me quedé encima de él, mis dedos clavados en su pecho, y maravillada por él. Por nosotros.

Le dio un tirón a mi cabello mojado.

—Vamos a tener que encontrar una manera de poner un freno a esa luz.

—Puedo mantener las sombras ocultas con bastante facilidad.

—Ah, pero sólo pierdes el control de ellas cuando estás enfadada. Y puesto que tengo toda la intención de hacerte tan feliz como una persona pueda serlo... tengo la sensación de que tendremos que aprender a controlar ese maravilloso resplandor.

—Siempre pensando; siempre calculando.

Rhys me besó en la comisura de la boca.

—No tienes idea de la cantidad de cosas que he pensado cuando se trata de ti.

—Recuerdo la mención de una pared.

Su risa era una promesa sensual.

—La próxima vez, Feyre, te voy a follar contra la pared.

—Lo bastante duro para hacer que se caigan las pinturas.

Rhys soltó una risa.

—Muéstrame una vez más lo que puedes hacer con esa malvada boca.

Le complací.

+++

Estaba mal comparar, porque sabía que probablemente cada Gran Señor podría mantener despierta a una mujer durante toda la noche, pero Rhysand... era voraz. Tal vez haya tenido un total de una hora de sueño esa noche, aunque supuse que tendría que compartir por igual la culpa.

No podía parar, no podía conseguir lo suficiente de su sabor en mi boca, de la sensación de tenerlo dentro de mí. Más, más, más, hasta que pensé que podría estallar del placer.

—Es normal —dijo Rhys con la boca llena de pan mientras estábamos sentados en la mesa para el desayuno.

Apenas habíamos llegado a la cocina. Él había dado un paso fuera de la cama, dándome una vista completa de sus gloriosas alas, su musculosa espalda, y ese hermoso trasero, y yo me había lanzado sobre él. Habíamos caído al suelo y él había triturado la bonita alfombra bajo sus garras mientras lo montaba.

—¿Qué es normal? —dije. Apenas podía mirarlo sin querer arder.

—El frenesí... —dijo con cuidado, como si temiera que la palabra equivocada pudiera lanzarnos a los dos a toda velocidad el uno contra el otro antes de poder conseguir el sustento en nuestros cuerpos—. Cuando una pareja acepta el vínculo de pareja, es... abrumador. Una vez más, remontándose a las bestias que una vez fuimos. Probablemente se trata de asegurar impregnar a la hembra. —Mi

corazón se detuvo en eso—. Algunas parejas no salen de casa durante una semana. Los machos se ponen tan volátiles que puede ser peligroso para ellos estar en público, de todos modos. He visto a hombres de razón y de educación haciendo añicos una habitación porque otro hombre parecía mirar demasiado en dirección a su pareja, demasiado pronto después de haber sido compañeros.

Siseé un suspiro. Otra habitación destrozada destelló en mi memoria.

Rhys dijo en voz baja, sabiendo lo que me perseguía:

—Me gustaría creer que tengo más control que la media de los hombres, pero... sé paciente conmigo, Feyre, si estoy un poco al borde.

Que lo admitiera era mucho...

—No quieres salir de esta casa.

—Me quiero quedar en esa habitación y follarte hasta que los dos estemos roncos.

Así de rápido, estuve lista para él, anhelándolo, pero.... Pero teníamos que irnos. Reinas. Caldero. Jurian. Guerra.

—Acerca del... embarazo —dije.

Y bien podría haber tirado un cubo de hielo sobre los dos.

—No hemos... no me estoy tomando el tónico. No he estado tomándolo, me refiero.

Dejó el pan.

—¿Quieres empezar a tomarlo de nuevo?

Si lo hacía, si empezaba hoy, negaría lo que habíamos hecho la noche anterior, pero...

—Si soy la compañera de un Gran Señor, se espera que te dé descendientes ¿verdad? Así que tal vez no debería.

—Se espera que me des *nada* —gruñó—. Los niños son raros, sí. Muy raros y muy preciosos. Pero no quiero que los tengas a menos que lo desees, a menos que *ambos* queramos. Y en este momento, con la guerra que se avecina, con Hiberno... Admito que me aterra la idea de mi compañera estando embarazada con tantos enemigos rodeándonos. Estoy aterrado de lo que *yo* podría hacer si estás embarazada y amenazada. O herida.

Algo de la opresión en mi pecho disminuyó, incluso mientras un escalofrío recorría mi espalda mientras consideraba ese poder, esa rabia que había visto en La Corte Oscura, desatada sobre la tierra.

—Entonces voy a empezar a tomarlo hoy, una vez que volvamos.

Me levanté de la mesa con las rodillas temblorosas y me dirigí a la habitación. Tuve que bañarme, estaba cubierta en él, mi boca sabía a la suya, a pesar del desayuno. Rhys dijo suavemente detrás de mí:

—Sin embargo, sería feliz más allá de la razón si algún día me honras con niños. De compartir eso contigo.

Me volví hacia él.

—Quiero vivir primero —dije—. Contigo. Quiero ver las cosas y tener aventuras. Quiero aprender lo que es ser inmortal, ser tu compañera, ser parte de tu familia. Quiero estar... lista para ellos. Y egoístamente quiero tenerte completamente para mí durante un tiempo.

Su sonrisa fue suave, dulce.

—Toma todo el tiempo que necesites. Y si te tengo para mí solo durante el resto de la eternidad, entonces no me importará en absoluto.

Llegué hasta el borde de la bañera antes de que Rhys me atrapara, me llevara al agua, y me hiciera el amor, lento y profundo, en medio del vapor ondulante.

Capítulo 56

Traducido por Eglasi // Corregido por Mais

Rhys nos tamizó al campamento Ilirianos. No permaneceríamos el tiempo suficiente para ponernos en riesgo, y con diez mil guerreros Ilirianos rodeándonos sobre los diversos picos, Rhys dudaba que alguien fuera lo suficientemente estúpido para atacar.

Acabábamos de aparecer sobre el barro que se encontraba fuera de la pequeña casa cuando Cassian arrastró las palabras detrás de nosotros:

—Bueno, era cuestión de tiempo.

El feroz y salvaje gruñido que salió de Rhys no era nada comparado con lo que había escuchado, por lo que apreté su brazo mientras se daba la vuelta hacia Cassian.

Cassian lo miró y rió.

Pero los guerreros Ilirianos en el campamento comenzaron a dispararse volando hacia el cielo, arrastrando mujeres y niños con ellos.

— ¿Un duro viaje? —Cassian ató su cabello oscuro con una correa desgastada de cuero.

Rhys dejó salir un silencio preternatural de donde el gruñido se había producido un momento antes. Y en lugar de verlo convertir el campo en escombros dije:

—Cuando te parta los dientes, Cassian, no vengas a mí llorando.

Cassian cruzó sus brazos.

—¿El vínculo de pareja irrita un poco, Rhys?

Rhys no dijo nada.

Cassian rió disimuladamente.

—Feyre no se ve tan cansada. Tal vez ella podría darme una viajecito...

Rhys explotó.

Alas, músculos y rechinido de dientes, y de pronto estaban rodando por el barro, los puños volando, y...

Y Cassian sabía exactamente lo que estaba diciendo y haciendo, me di cuenta de eso cuando se quitó a Rhys de encima a patadas, mientras Rhys no tocaba ese poder que podría aplastar esas montañas.

Él había visto el borde en los ojos de Rhys y sabía que tenía que opacarlo antes de que pudiéramos ir más lejos.

Rhys también lo sabía. Motivo por el cual nos había tamizado aquí primero y no en Velaris.

Eran un espectáculo para la vista, dos Ilirianos peleando sobre el lodo y sobre las piedras, pateando y escupiendo sangre. Ningún otro Iliriano se atrevió a tocar tierra.

Tampoco ellos, de eso me di cuenta, hasta que Rhys hubiera controlado su temperamento, o dejado el campamento íntegramente. Si el promedio masculino necesitaba una semana para ajustarse... ¿Cuánto sería necesario para Rhysand? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Un año?

Cassian rió cuando Rhys estrelló su puño en su rostro y voló la sangre. Cassian le lanzó un derechazo y yo me encogí cuando la cabeza de Rhys se giró por el golpe. Había visto a Rhys pelear antes, de manera controlada y elegante, lo había visto enojado pero nunca tan... feroz.

—Estarán así durante un rato —dijo Mor, recostándose contra el umbral de la casa. Mantuvo abierta la puerta—. Bienvenida a la familia, Feyre.

Y pensé que esas palabras quizás eran las más hermosas que alguna vez había escuchado.

+++

Rhys y Cassian se la pasaron peleando durante una hora hasta quedar exhaustos, y cuando entraron de nuevo a la casa, ensangrentados y sucios, una mirada a mi compañero me fue suficiente para desear olerlo y sentirlo.

Cassian y Mor instantáneamente encontraron otro lugar donde estar y Rhys no se molestó en quitarme la ropa todo el camino antes de inclinarme sobre

la mesa de la cocina y hacerme gemir su nombre lo suficientemente fuerte para que los Ilirianos que aún estaban dando vueltas lo escucharan.

Pero cuando terminamos, la opresión en sus hombros y la tensión que colisionó en sus ojos había desaparecido...Y un golpe en la puerta producido por Cassian tuvo a Rhys entregándome una toallita húmeda para limpiarme. Un momento después, los cuatro nos tamizamos hacia la música y luz de Velaris.

A casa.

+++

El sol apenas se había alzado cuando Rhys y yo caminamos mano a mano hacia el comedor de la Casa de Viento y encontramos que Mor, Azriel, Amren y Cassian ya estaban allí sentados. Esperándonos.

Como uno solo, se pusieron de pie.

Como uno solo, me miraron.

Y como uno solo, hicieron una reverencia.

Fue Amren quien dijo:

—Te serviremos y protegeremos.

Cada uno colocó su mano sobre su corazón.

Esperando mi respuesta.

Rhys no me había advertido y me pregunté si se suponía que las palabras salieran de mi corazón, siendo dichas sin una agenda o engaño. Así que me expresé.

—Gracias —dije, deseando que mi voz fuera firme—. Pero preferiría que fueran mis amigos antes que servirme y protegerme.

Mor dijo con un guiño:

—Lo somos. Pero aún así te serviremos y te protegeremos.

Mi rostro se calentó y les sonreí. Mi...familia.

—Ahora que ya hemos dejado esto claro... —Rhys arrastró las palabras detrás de mí—, ¿podemos por favor comer? Estoy famélico. —Amren abrió su boca con una pervertida sonrisa pero Rhys agregó—: *No digas lo que creo que estas a punto de decir*, Amren. —Rhys le envió a Cassian una dura mirada. Ambos seguían lastimados, pero sanaban rápido—. A menos que quieras terminar en el techo.

Amren chasqueó su lengua y en su lugar dirigió su atención a mí.

—Escuché que te crecieron los colmillos en el bosque y mataste algunas bestias de Hiberno. Bien por ti, chica.

—Creo que sería más apropiado decir que ella salvo su lamentable trasero —dijo Mor, llenado su copa con vino—. El pobre pequeño Rhys se metió en un aprieto.

Levanté mi copa para que Mor la llenara.

—Él necesita cantidades inusuales de mimos.

Azriel se atragantó con su vino y me encontré con su mirada, cálida por una vez. Suave, incluso. Sentí a Rhys tensarse a mi lado y rápidamente alejé la mirada del maestro espía.

Un vistazo de la culpa en los ojos de Rhys me dijo que se lamentaba. Y que luchaba contra ello. Era tan extraño, los Alto Faes con sus emparejamientos y sus instintos primitivos. Tan en conflicto con sus antiguas tradiciones y educación.

Nos dirigimos a las tierras mortales poco después de la cena. Mor llevó el orbe; Cassian la llevaba a ella, Azriel volaba cerca, y Rhys... Rhys me sostenía fuertemente, sus brazos fuertes e inflexibles se encontraban a mí alrededor. Estábamos en silencio mientras nos cerníamos sobre el agua oscura.

Mientras íbamos a mostrarles a las reinas el secreto por el cual habían sufrido tanto, durante tanto tiempo, por mantener.

Capítulo 57

Traducido por ANABM // Corregido por Mais & Rin

La primavera por fin había amanecido en el mundo humano, los azafranes y narcisos asomaban la cabeza fuera de la tierra descongelada.

Solo la reina vieja y la de pelo dorado acudieron esta vez. Sin embargo, estaban escoltadas de igual modo por muchos guardias.

Una vez más yo vestía mi vestido suelto de marfil y la corona de plumas doradas, una vez más junto a Rhysand mientras las reinas y sus guardias se tamizaban dentro de la sala de estar.

Pero ahora Rhys y yo estábamos agarrados de la mano, inquebrantables, una canción sin final ni comienzo.

La reina mayor deslizó sus calculadores ojos sobre nosotros, nuestras manos, nuestras coronas, y sencillamente se sentó sin nuestra invitación, ajustando la falda de su vestido de esmeralda alrededor de ella. La reina dorada se mantuvo de pie por un momento más largo, su brillante y rizada cabeza ligeramente inclinada. Sus labios rojos se crisparon hacia arriba mientras reclamaba el asiento junto a su compañera.

Rhys no hizo más que bajar la cabeza hacia ellas a medida que decía:

—Apreciamos que os hayáis tomado el tiempo para volver a reunarnos.

La reina joven apenas dio un pequeño asentimiento, su mirada ámbar saltando sobre nuestros amigos detrás nuestro: Cassian y Azriel a ambos lados de la bahía de las ventadas donde estaban Elain y Nesta en sus ropas elegantes, el jardín floreciente de Elain detrás de ellos. Los hombros de Nesta ya estaban inmóviles. Elain se mordió el labio.

Mor estaba al otro lado de Rhys, esta vez en verde azulado que me recordaba a las calmadas aguas del Sidra, la caja ónix que contenía el Veritas estaba entre sus bronceadas manos.

La reina mayor, que nos estaba inspeccionando con ojos entrecerrados, dejó salir un resoplido.

—Después de haber sido tan gravemente insultadas la última vez.... —Una fulminante mirada fue arrojada hacia Nesta. Mi hermana lanzó una mirada de llama pura e implacable de regreso hacia ella. La vieja mujer chasqueó su lengua—. Debatimos durante días si deberíamos regresar. Como podéis ver, tres de nosotras encontramos el insulto imperdonable.

Mentirosa. Para culpar a Nesta, para intentar sembrar discordia entre nosotros por lo que Nesta había intentado defender...

—Si ese es el peor insulto que cualquiera de vosotras ha recibido alguna vez en sus vidas, diría que quedarán en total aturdimiento cuando la guerra llegue —dije con sorprendente calma.

Los labios de la más joven se crisparon nuevamente, sus ojos ámbar brillando, un león encarnado. Ella ronroneo para mí:

—Así que él se ganó tu corazón después de todo, Rompemaldiciones.

Mantuve su mirada mientras Rhys y yo nos sentábamos en nuestras sillas, Mor deslizándose en una al lado de él.

—No creo —dije—, que fuera mera coincidencia que el Caldero nos dejase encontrarnos el uno al otro en vísperas de una guerra que vuelve a darse entre nuestros dos pueblos.

—¿El Caldero? ¿Dos pueblos? —La dorada jugó con el anillo de rubí en su dedo—. *Nuestro* pueblo no invocó al Caldero; *nuestro* pueblo no tiene magia. De la forma en que yo lo veo, está *tu* pueblo, y el nuestro. *Tú* eres un poco mejor que esos Hijos de Bendito. —Levantó una peinada y arreglada ceja—. ¿Qué *les* sucede a ellos cuando cruzan el muro? —Ladeó su cabeza hacia Rhys, a Cassian y Azriel—. ¿Son presas? ¿O son usados y descartados y dejados a enfermar y envejecer mientras tú permaneces joven para siempre? Es una lástima... tan injusto que tú, Rompemaldiciones, recibieras lo que todas esas tontas sin duda rogaron. Inmortalidad, juventud eterna... ¿Qué habría hecho el Señor Rhysand si hubieses envejecido mientras él no lo hacía?

—¿Hay algún punto en tus preguntas, además que oírte hablar a ti misma? —dijo Rhys monótonamente.

Una baja risita y ella se volvió a la reina anciana, su vestido amarillo susurró con el movimiento. La mujer vieja simplemente extendió una mano arrugada a la caja en los delgados dedos de Mor.

—¿Esa es la prueba que pedimos?

No lo hagas, mi corazón comenzó a gemir. No se lo muestres.

Antes que Mor pudiese hacer algo más que asentir, dije:

—¿No es mi amor por el Gran Señor suficiente prueba de nuestras buenas intenciones? ¿La presencia de mis hermanas no os da explicación alguna? Hay un anillo de hierro de compromiso sobre el dedo de mi hermana, y aun así se sienta con nosotros.

Elain parecía estar luchando contra la urgencia de ocultar su mano debajo de la falda de su pálido vestido rosa y azul, pero mantuvo la cabeza alta mientras las reinas le estudiaban.

—Yo diría que es una prueba de su idiotez —se burló la dorada—, estar comprometida a un hombre que odia a los Fae... y arriesgar el matrimonio asociándose con vosotros.

—No —siseó Nesta con silencioso veneno—, juzgues sobre aquello que sabes *nada*.

La reina dorada dobló sus manos sobre su regazo.

—La víbora habla otra vez —Alzó sus cejas hacia mí—. Sin duda el movimiento más inteligente habría sido colorar su silla fuera de esta reunión.

—Ella ofrece su casa y arriesga su situación social para que nosotros podamos tener estas reuniones —dije—. Ella tiene el derecho a escuchar lo que se habla en ellas. De estar como representante de la gente de esta tierra. Ambas lo están.

La vieja bruja interrumpió a la más joven antes de que pudiese replicar, y otra vez agitó su arrugada mano hacia Mor.

—Muéstranos entonces. Demostradnos que estamos equivocadas.

Rhys le dio a Mor un sutil asentimiento. No, no, no estaba bien. No estaba bien mostrarles, no estaba bien revelar el tesoro que era Velaris, ese era mi hogar...

La Guerra es sacrificio, dijo Rhys en mi mente, a través del pequeño pedazo que ahora mantenía abierto para él. *Si no arriesgamos Velaris, nos arriesgamos a perder Prythian, y más.*

Mor abrió la tapa de la caja negra.

El orbe de plata dentro brilló como una estrella bajo cristal.

—Este es el Veritas —dijo Mor en una voz joven y antigua—. El regalo de mi primer ancestro a nuestra línea de sangre. Solo algunas veces en la historia de Prythian lo hemos usado, hemos desatado su verdad sobre el mundo.

Ella levantó el orbe de su nido de terciopelo. No era más grande que una manzana madura, y encajaba en sus ahuecadas palmas como si su cuerpo entero, su ser entero, hubiesen sido moldeados para ello.

—La verdad es mortal. La verdad es libertad. La verdad puede romper, remendar y unir. El Veritas lleva en él la verdad del mundo. Yo soy la Morrigan —dijo, sus ojos no eran enteramente de este mundo. El vello de mis brazos se levantó—. Sabes que mi palabra es verdad.

Ella colocó el Veritas sobre alfombra entre nosotros. Ambas reinas se inclinaron.

Pero fue Rhys quien dijo:

— ¿Deseáis probar nuestra bondad, nuestras intenciones, y así poder confiar El Libro en nuestras manos? — El Veritas comenzó a pulsar, una red de luces irradió con cada latido—. Existe un lugar en mis tierras. Una ciudad de paz. De arte. Y prosperidad. Puesto que dudo que vosotras o vuestros guardias os atreváis a cruzar el muro, entonces yo os lo enseñaré, os enseñaré la verdad de estas palabras, os enseñaré este lugar dentro del orbe mismo.

Mor extendió una mano, y una nube pálida hizo un remolino desde el orbe, mezclándose con su luz mientras flotaba más allá de nuestros tobillos.

Las reinas se encogieron, los guardias avanzaron lentamente con las manos sobre sus armas. Pero las nubes continuaron agitándose mientras la verdad de ello, de Velaris, escapaba del orbe, de donde sea que se arrastraba de Mor, de Rhys. De la verdad del mundo.

Y en la gris penumbra, una imagen apareció.

Era Velaris, vista desde arriba, vista por Rhys, volando. Una mancha en la costa, pero mientras él descendía, la ciudad y el río se hacían más nítidos, vibrantes. Luego la imagen giró y se desvió abruptamente, como si Rhys hubiese volado a través de su ciudad justo esta mañana. Avanzó a toda prisa más allá de los botes y muelles, más allá de casas y calles y teatros. Más allá del Arcoíris de Velaris, tan colorido y encantador en el nuevo sol de primavera. Gente, feliz y servicial, amable y acogedora, lo saludaban. Escena tras escena, imágenes de los Palacios, de restaurantes, de la Casa de Viento. Todo ello, todo de ese secreto, de esa increíble ciudad. Mi hogar.

Y podría jurar que había amor en esa imagen. No podía explicar cómo el Veritas lo transmitía, pero los colores... Yo entendía los colores, y la luz, lo que ellas comunicaban, lo que el orbe de alguna manera recogía de cualquiera que fuese la conexión que tenía con las memorias de Rhys.

La ilusión se desvaneció, color y luces y nubes fueron absorbidas de nuevo en el orbe.

—Esta es Velaris —dijo Rhys—. Durante cinco mil años, la hemos mantenido en secreto de extraños. Y ahora vosotras la conoce. Esto es lo que protejo con rumores, susurros y miedo. El por qué luché por vuestro pueblo en la Guerra, solo para comenzar mi propio régimen de terror una vez que ascendí a mi trono, y me aseguré que todo el mundo escuchara las leyendas sobre este. Pero si el costo de proteger mi ciudad y a mi pueblo es el desprecio del mundo, entonces que así sea.

Las dos reinas aun miraban boquiabiertas la moqueta como si aún pudiesen ver la ciudad ahí. Mor se aclaró la garganta. La dorada, como si Mor hubiese gritado, se sobresaltó y dejó caer un pañuelo de encaje adornado en el suelo. Se inclinó un poco para recogerlo, sus mejillas un poco rojas.

Pero la vieja bruja levantó sus ojos hacia nosotros.

—Vuestra confianza es... apreciada.

Esperamos.

Ambos rostros se volvieron serios, inmóviles. Y estuve agradecida de estar sentada hasta que la vieja dijo por fin—: Lo consideraremos.

—No hay tiempo para consideraciones —replicó Mor—. Cada día perdido es otro día que Hiberno está más cerca de destruir el muro.

—Lo discutiremos con nuestras compañeras y os informaremos en nuestro tiempo libre.

—¿No entendéis los riesgos tomáis haciendo eso? —dijo Rhys, ningún indicio de condescendencia. Solo, solo quizás aturdimiento—. Necesitáis de esta alianza tanto como nosotros.

La reina anciana encogió sus frágiles hombros.

—¿Pensaste que nos conmoveríamos con tu carta, tu petición? —Sacudió su barbilla al guardia más cercano, y él buscó dentro de su armadura hasta extraer una carta doblada. La vieja mujer leyó—: *Os escribo no como un Gran Señor, sino como un hombre enamorado de una mujer que una vez fue humana. Os escribo para rogar que actuéis con prontitud. Para salvar a su pueblo, para ayudar a salvar el mío. Os escribo para así algún día podamos conocer la verdadera paz. Para así algún día pueda ser capaz de vivir en un mundo donde la mujer que amo pueda visitar a su familia sin miedo, odio y represalias. Un mundo mejor.*

Ella dejó la carta.

Rhys había escrito la carta semanas atrás... antes que nos emparejáramos. No era una demanda a las reinas para reunirnos, sino una carta de amor. Cubrí el espacio entre nosotros y tomé su mano, apretándola suavemente. Los dedos de Rhys se apretaron alrededor de los míos.

Pero luego la más anciana dijo:

— ¿Quién puede decir que esto no es una gran manipulación?

— ¿Qué? —espetó Mor.

La reina dorada asintió de acuerdo y se atrevió a decirle a Mor:

—Muchas cosas han cambiado desde la Guerra. Desde tus tan llamadas amistades con nuestros ancestros. Quizá no eres quien dices que eres. Quizá el Gran Señor se ha deslizado dentro de nuestras mentes para hacernos creer que eres la Morrigan.

Rhys estaba en silencio, todos lo estábamos. Hasta que Nesta dijo suavemente:

—Esta es la charla de una mujer loca. De arrogantes y estúpidas *tontas*.

Elain agarró la mano de Nesta para intentar silenciarla. Pero Nesta dio un paso hacia adelante, su rostro blanco de ira.

—Dadles el Libro.

Las reinas parpadearon, poniéndose rígidas.

—*Dadles el libro* —espetó mi hermana.

—*No* —siseó la reina mayor.

La palabra resonó a través de mí.

Pero Nesta continuó, arrojando un brazo para abarcarnos, la habitación, el mundo.

—Hay gente inocente ahí afuera. En estas tierras. Si no vais a arriesgar vuestros cuellos contra las fuerzas que nos amenazan, entonces conceded a esta gente una oportunidad para luchar. Dadle a mi hermana el Libro.

La vieja bruja suspiró fuertemente a través de su nariz.

—Una evacuación puede ser posible...

—Necesitaríais diez mil barcos —dijo Nesta, su voz rompiéndose—. Necesitaríais una armada. He calculado los números. Y si os estáis preparando para la guerra, enviaréis vuestros barcos hacia nosotros. Estamos atascados aquí.

La vieja bruja agarró los pulidos brazos de su silla mientras se inclinaba hacia adelante.

—Entonces sugiero que le pidas a uno de tus hombres alados que te lleve a través del océano, niña.

La garganta de Nesta se movió de arriba abajo.

—Por favor. —Nunca pensé que fuera a escuchar esa palabra salir de su boca—. Por favor, no nos dejéis enfrentar esto solos.

La reina más vieja se mantuvo impasible. Yo no tenía palabras en mi cabeza.

Les habíamos mostrado... habíamos... habíamos hecho todo. Incluso Rhys estaba en silencio, su rostro ilegible.

Pero luego Cassian cruzó la habitación hacia Nesta, los guardias se enderezaron mientras el Iliriano se movía entre ellos como si fueran tallos de trigos en un campo.

Estudió a Nesta por un largo momento. Ella aun miraba con furia a las reinas, sus ojos delineados con lágrimas, *lágrimas* de rabia y desesperación de ese fuego que quemaba en ella violentamente desde adentro. Cuando finalmente notó a Cassian, ella alzó la mirada hacia él.

—Cinco mil años atrás, luché en campos de batalla no muy lejos de esta casa. Luché junto a humanos y hadas por igual, sangré junto a ellos. Estaré en ese campo de batalla otra vez, Nesta Archeon, para proteger esta casa, tu gente. No puedo pensar en una mejor manera de terminar mi existencia que defendiendo aquellos que más lo necesitan —dijo Cassian con voz ronca.

Vi una lágrima deslizarse por la mejilla de Nesta. Y vi a Cassian alzar una mano para limpiarla.

Ella no se escogió ante su toque.

No supe por qué, pero miré a Mor.

Sus ojos estaban muy abiertos. No con celos, o irritación, sino... algo quizás parecido a admiración.

Nesta tragó y finalmente se giró apartándose de Cassian. Él miró a mi hermana por un momento más largo antes de encarar a las reinas.

Sin avisar, las dos mujeres se levantaron.

—¿Es remuneración lo que buscáis? Decid vuestro precio, entonces —demandó Mor, también de pie.

La reina dorada resopló mientras sus guardias se acercaban a su alrededor.

—Todas tenemos las riquezas que necesitamos. Ahora regresaremos al palacio a deliberar con nuestras hermanas.

—Y diréis que no —presionó Mor.

La reina dorada sonrió.

—Quizás. —Ella tomó la seca mano de la vieja bruja.

La mayor levantó su mentón.

—Apreciamos vuestro gesto de confianza.

Y entonces se habían ido.

Mor maldijo. Y miré a Rhys, mi propio corazón rompiéndose, a punto de exigir porque no había presionado más, porque no había dicho más...

Pero sus ojos estaban en la silla donde la reina dorada había estado sentada.

Debajo de ella, de alguna manera escondida en sus voluminosas faldas mientras estaba sentada, había una caja. Una caja...que había sacado de donde sea que la hubiera estado escondiendo cuando se inclinó para recoger su pañuelo.

Rhys lo había sabido. Había dejado de hablar para sacarlas lo más rápido posible de aquí.

Cómo y dónde había ella contrabandeado esa caja de plomo era la última de mis preocupaciones.

No mientras la voz de la segunda y última pieza del Libro llenaba la habitación, cantando para mí.

Vida y muerte y renacimiento.

Sol y luna y oscuridad.

Podredumbre y resplandor y huesos.

Hola, cosa dulce. Hola, señora de la noche, princesa de la decadencia. Hola, bestia dentada y tembloroso cervatillo. Ámame, tócame, cántame.

Locura. Cuando la primera mitad del libro había sido astucia fría, esta caja... esta era el caos y desorden, anarquía, diversión y desesperación.

Rhys la recogió suavemente y se sentó en la silla de la reina dorada. No necesitaba mi poder para abrirlo, porque ningún hechizo de Gran Señor había sido enclavado en él.

Rhys le dio la vuelta a la tapa. Una nota descansaba encima del metal dorado del libro.

Leí tu carta. Sobre la mujer que amas. Te creo. Y creo en la paz.

Creo en un mundo mejor.

Si alguien pregunta, robaste esto durante la reunión.

No confíes en las otras. La sexta reina no estaba indispuesta.

Eso era todo.

Rhys recogió el Libro de los Respiros.

Luz, oscuridad y gris y luz, oscuridad y gris...

Cassian le dijo a mis hermanas, plantado cerca de Nesta.

—Es vuestra elección, señoritas, si decidís permanecer aquí, o venir con nosotros. Habéis oído la situación que tenemos entre manos. Habéis hecho las matemáticas sobre una evacuación. —Un asentimiento de aprobación mientras se encontraba con la mirada gris-azul de Nesta—. En caso de que escojáis quedaros, una unidad de mis soldados estará aquí en menos de una hora para vigilar este lugar. En caso escojáis venir con nosotros a la ciudad que acabamos de mostrar, entonces os sugiero empezar a empacar ahora.

Nesta miró a Elain, aun en silencio y con los ojos abiertos. El té que había preparado —el más fino y exótico que el dinero podía comprar— estaba intocable sobre la mesa.

Elain manoseó el anillo de hierro en su dedo.

—Es tu decisión —dijo Nesta con inusual gentileza. Por ella, Nesta iría a Prythian.

Elain tragó, una cierva atrapada en un faro.

—Yo... yo no puedo. Yo...

Pero mi compañero asintió, amablemente. Con comprensión.

—Los centinelas estarán aquí, y se mantendrán ocultos e indistinguibles. Ellos cuidaran de sí mismos. En caso de cambiar de opinión, uno estará esperando en esta habitación todos los días al medio día y media noche para que hable con vosotras. Mi hogar es vuestro hogar. Sus puertas siempre estarán abiertas para vosotras.

Nesta miró entre Rhys y Cassian, luego a mí. Tenue desesperación aun en su rostro, pero... inclinó su cabeza. Y me dijo:

—Por eso pintaste estrellas en tu cajón.

Capítulo 58

Traducido por Mais // Corregido por Mew

Regresamos inmediatamente a Velaris, sin confiar en que las reinas pasaran mucho tiempo sin notar la ausencia del Libro, especialmente si la vaga mención de las seis aludía a mayor juego sucio entre ellas.

Amren trajo la otra mitad en cuestión minutos, sin siquiera molestarse en preguntar sobre la reunión antes de desvanecerse del comedor de la casa de la ciudad y cerrar las puertas detrás de ella. Así que esperamos.

Y esperamos.

+++

Dos días pasaron.

Amren aún no había descifrado el código.

Rhys y Mor se fueron temprano por la tarde a visitar la Corte de Pesadillas, para regresar el Veritas a Keir sin su conocimiento, y asegurarse que el Mayordomo, de hecho, estaba alistando sus fuerzas. Cassian tenía reportes que las legiones Ilirianas ahora estaban acampadas a través de las montañas, esperando la orden para volar hacia donde podía ser nuestra primera batalla.

Habría una, me di cuenta. Incluso si anulábamos el Caldero usando el Libro, incluso si *yo* era capaz de detener el Caldero y al rey de usarlo para destruir El Muro, y el mundo, él tenía ejércitos reunidos. Tal vez nosotros tomaríamos la lucha contra él una vez que el Caldero fuera deshabilitado.

No había palabra alguna de mis hermanas, ningún reporte de los soldados de Azriel, de que hubieran cambiado de idea. Mi padre, recordé, aún estaba comerciando en el continente, solo Madre, sabe qué bienes. Otra variable en esto.

Y no había palabra alguna de las reinas. Era en ellas en quienes usualmente pensaba. De la reina de dos rostros, y de ojos dorados, con no solo un color de león... sino un corazón de león también.

Esperaba volver a verla.

Con Rhys y Mor habiéndose ido, Cassian y Azriel vinieron a quedarse en la casa de la ciudad mientras continuaban planeando nuestra inevitable visitar a Hiberno. Después de esa primera cena, cuando Cassian había roto una de las *muy* antiguas botellas de vino de Rhys, para así celebrar mi emparejamiento con estilo, me di cuenta que habían venido a quedarse para hacer compañía, a cenar conmigo, y...los Ilirianos aceptaron la responsabilidad de cuidarme.

Rhys dijo lo suficiente esa noche cuando le había escrito una carta y la observé desvanecerse. Aparentemente, a él no le importaba que sus enemigos supieran que estaba en la Corte de Pesadillas. Si las fuerzas de Hiberno lo rastreaban hasta ahí... que tuvieran buena suerte.

Le había escrito a Rhys:

¿Cómo le digo a Cassian y a Azriel que no los necesito aquí para que me protejan? La compañía está bien, pero no necesito centinelas.

Él había escrito de vuelta:

No les digas. Coloca límites si cruzan una línea, pero tú eres su amiga y mi compañera. Ellos te protegerán por instinto. Si los sacas a patadas de tu casa, ellos sencillamente se sentarán en el techo.

Garabateé,

Vosotros los hombres Ilirianos sois insufribles.

Rhys solo dijo: *Lo bueno es que lo recompensamos con impresionantes envergaduras de alas.*

Incluso con él al otro lado del territorio, mi sangre se había calentado, mis dedos del pie se curvaron. Apenas había sido capaz de sostener la pluma lo suficiente para escribir: *Estoy extrañando esas impresionantes envergaduras de alas en mi cama. Dentro de mí.*

Él respondió: *Por supuesto que sí.*

Siseé, anotando: *Imbécil.*

Apenas había sentido su risa a través del lazo, nuestro vínculo de pareja. Rhys escribió de vuelta:

Cuando vuelva, iremos a esa tienda al otro lado del Sidra y vas a probarte todos esos pequeños encajes para mí.

Me quedé dormida pensando en ello, deseando que mi mano fuera suya, rogando que terminara en la Corte de Pesadillas y regresara a mí pronto. La primavera estaba estallando en las colinas y los picos de las montañas alrededor de Velaris. Quería navegar sobre las floraciones amarillas y moradas con él.

A la siguiente tarde, Rhys todavía no había vuelto, Amren seguía enterrada en el libro, Azriel fuera en una patrulla en la ciudad y cerca de la orilla, y Cassian y yo estábamos –entre todas las cosas– acabando de terminar de ver un espectáculo pronto en la tarde de alguna antigua y venerada sinfonía Fae. El anfiteatro estaba al otro lado del Sidra y aunque se había ofrecido a llevarme volando, quise caminar. Incluso si mis músculos estaban ladrando en protesta después de su brutal lección esa mañana.

La música había sido encantadora, extraña, pero encantadora, escrita en un momento, me había dicho Cassian, cuando los humanos ni siquiera habían caminado por la tierra. Él encontró misteriosa la música, descentrada, pero... yo había estado en trance.

Caminando a través de uno de los puentes principales que abarcaba el río, permanecimos en un silencio sociable. Habíamos dejado más sangre para Amren –quién dijo gracias e iros de aquí– y ahora nos dirigíamos hacia el Palacio de Hilo y Joyas, donde quería comprar los regalos para mis hermanas por habernos ayudado. Cassian había prometido enviarlos con la siguiente exploración que sería enviada a recibir el último reporte. Me pregunté si él había enviaría algo a Nesta mientras estaba en ello.

Me detuve en el centro del puente de mármol con Cassian vacilante a mi lado mientras me asomaba por encima del agua azul verdosa. Podía sentir los hilos de la corriente de más allá, las fuerzas de sal y agua fresca entrelazándose, las malas hierbas que revestían el suelo moteado mientras se mecían, el cosquilleo de pequeñas y rápidas criaturas sobre la roca y el barro. ¿Podía Tarquin sentir esas cosas? ¿Dormía en esa isla palacio en el mar y nadaba a través de los sueños de los peces?

Cassian abrazó la ancha barandilla de piedra con sus antebrazos y sus Sifones rojos como pozos vivientes de llamas.

Dije, tal vez porque era una chica ocupada a quien le gustaba meter las narices en los asuntos de otras personas:

—Significó mucho para mí lo que le prometiste a mi hermana el otro día.

Cassian se encogió de hombros, sus alas crujieron.

—Lo haría por cualquiera.

—También significó mucho para ella. —Sus ojos color avellana se entrecerraron ligeramente. Pero casualmente observé el río—. Nesta es diferente de la mayoría de la gente —expliqué—, ella es rígida y rencorosa pero creo que es un muro. Un escudo, como los que Rhys tiene en su mente.

—¿Contra qué?

—Sentimientos. Creo que Nesta siente todo, ve demasiado; ve y siente todo. Y ella se carga con ello. Colocar ese muro la ayuda a no estar tan abrumada, de no preocuparse tanto.

—Apenas parece preocuparse por alguien más que por Elain.

Encontré su mirada, observando ese rostro hermoso y bronceado.

—Ella nunca será como Mor —dije—. Nunca amará libremente y se lo regalará a cualquiera que se cruce en su camino. Pero los poco que se preocupa... creo que Nesta rompería el mundo en dos por ellos. Se rompería a sí misma por ellos. Ella y yo tenemos nuestros... problemas. Pero Elain —Mi boca se arqueó a un lado—. Ella nunca olvidará, Cassian, que te ofreciste defender a Elain. Defender su gente. Mientras viva, siempre recordará esa amabilidad.

Él se enderezó, dando golpes con sus nudillos contra el mármol suave.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Yo solo... pensé que deberías de saberlo. Para cuando la vuelvas a ver y te haga enojar. Que estoy segura que lo hará. Pero tienes que saber que en el fondo, ella está agradecida, y tal vez no posea la habilidad para decirlo. Aun así el sentimiento —su corazón— está ahí.

Me detuve, debatiendo en sí debía de presionarlo, pero el río fluyendo debajo de nosotros se movió.

No un movimiento físico, sino... un temblor en la corriente, en la base, en las cosas rápidas arrastrándose hacia este. Como tinta lanzada en el agua.

Cassian instantáneamente se puso alerta mientras yo observaba el río, los bancos a cada lado.

—¿Qué demonios es eso? —murmuró. Golpeó el Sifón en cada mano con un dedo.

Me quedé boquiabierta cuando el escamoso armamento negro empezó a desenrollarse y deslizarse por sus muñecas, sus brazos, reemplazando la túnica que había estado ahí. Capa tras capa, revistiéndolo como una segunda piel, fluyendo hacia arriba hacia sus hombros. Los Sifones adicionales aparecieron y más armamento se esparció a través de su cuello, sus hombros, por su pecho y cintura. Parpadeé, y había cubierto sus piernas, después sus pies.

El cielo estaba sin nubes, las calles llenas de conversaciones y vida.

Cassian siguió observando dando una lenta rotación sobre Velaris.

El río debajo de nosotros permaneció estable, pero pude sentirlo enturbiándose, como si intentara volar desde...

—Desde el mar —respiré.

La mirada de Cassian se lanzó directamente hacia el horizonte, hacia el río ante nosotros, hacia los imponentes acantilados a la distancia que marcaban las olas violentas donde se encontraba con el océano.

Y ahí, en el horizonte, una mancha de negrura. Moviéndose rápidamente, expandiéndose más mientras se acercaba.

—Dime que esos son aves —dije. Mi poder inundó mis venas, y curvé mis dedos en puños, deseando calmarme, estabilizarme...

—No hay ninguna patrulla Iliriana que tenga ordenado volar sobre este lugar que yo sepa... —dijo, como si fuera una respuesta. Su mirada me cortó—. Vamos a volver a la casa de la ciudad ahora mismo.

La mancha oscura se separó, fracturándose en figuras infinitas. Muy grandes para ser aves. Demasiado grandes.

Dije:— Debes de advertir...

Pero la gente ya lo estaba. Algunos estaban apuntando con los dedos, otros estaban gritando.

Cassian intentó cogerme pero yo salté hacia atrás. El hielo bailaba entre las puntas de mis dedos, el viento aullaba en mi sangre. Los interceptaría uno a uno...

—Ve por Azriel y Amren...

Habían alcanzado los acantilados del mar. Infinitas criaturas voladoras de piernas largas, algunas transportando soldados en sus brazos... Un huésped invasor.

—Cassian.

Pero una espada Iliriana había aparecido en la mano de Cassian, gemela a una atada en su espalda. Un cuchillo de lucha ahora brillaba en la otra. Él sostuvo ambas hacia mí.

—Regresa a la casa, ahora mismo.

Más que segura que no iría. Si estaban volando, podía usar mi poder en mi ventaja: congelar sus alas, quemarlas, romperlas. Incluso si habían tantos, incluso sí...

Demasiado rápido, como si fueran cargados por un viento cruel, la fuerza alcanzó los bordes exteriores de la ciudad. Unas flechas se liberaron sobre la gente que gritaba, corriendo para cubrirse en las calles. Yo cogí sus armas extendidas, las empuñaduras de metal helado sisearon debajo de mis palmas calientes.

Cassian alzó su mano en el aire. Luz roja explotó de su Sifón y se expandió hacia arriba, a lo alto, formando una consistente pared en el cielo por encima de la ciudad, directamente en el camino de esa fuerza que venía.

Apretó los dientes y gruñó cuando esa legión de alados golpeó contra su escudo. Como si sintiera cada impacto.

El escudo rojo traslúcido se expandió más, repeliéndolos...

Ambos observamos con horror cuando las criaturas se lanzaron hacia el escudo, sus brazos abiertos...

No eran cualquier tipo de hadas. La que fuese la magia que se estaba formando en mi interior farfulló y salió ante la vista de ellos.

Todos eran como el Attor.

Todos de piernas largas, de piel gris, con hocicos sinuosos y dientes afilados. Y cuando la legión de su calaña golpeaba el escudo de Cassian como si fuera una telaraña, contemplé sus largos, delgados y grises brazos con guanteletes hechos de esa piedra azulada que había visto sobre Rhys, brillando en el sol.

Piedra que rompía y repelía la magia. Proveniente de un tesoro profano del Rey de Hiberno.

Uno tras otro, golpearon en su escudo.

Cassian envió otra pared hacia ellos. Algunas de las criaturas se separaron y se lanzaron contra las afueras de la ciudad vulnerables al exterior de su escudo. El calor que se había estado construyendo en mis palmas se desvaneció, convirtiéndose en sudor pegajoso.

La gente estaba gritando, escapando. Y supe que sus escudos no aguantarían...

—¡VE! —rugió Cassian.

Me tambaleé cuando me moví, sabiendo que él seguía ahí porque yo me había quedado, que él necesitaba que Azriel y Amren y...

Muy por encima de nosotros, tres de ellos se golpearon contra el escudo rojo. Se aferraron a él, rompiendo capa tras capa con los guanteletes de piedra.

Era esto lo que había retrasado al rey estos meses: reunir su arsenal. Armas para combatir la magia, para combatir Altos Fae que contarían con...

Un hueco se abrió y Cassian me lanzó hacia el suelo, empujándome contra la barandilla de mármol, sus alas se expandieron sobre, sus piernas tan sólidas como las bandas de roca tallada a mi espalda...

Gritos en el puente, una risa siseante, y luego...

Un ruido húmedo y sordo.

—Mierda —dijo Cassian—. *Mierda...*

Se movió un paso, y me salí de debajo de él para ver lo que era, quién era...

Sangre brillaba en el puente de mármol blanco, brillando como rubíes en el sol. Ahí, en uno de esos imponentes y elegantes postes de luz flanqueando el puente...

Su cuerpo estaba inclinado, su espalda arqueada por el impacto, como si estuviera en la agonía de la pasión.

Su cabello dorado había sido rapado. Sus ojos dorados habían sido arrancados.

Estaba retorcido el lugar en que había sido empalada sobre el poste, el palo de metal metido directamente a través de su delgado torso y la sangre se aferraba al metal por encima de ella.

Alguien en el puente vomitó, luego siguió corriendo.

Pero yo no podía apartar mi vista de la reina dorada. O del Attor, quién había deslizado a través del hueco que había hecho y se posó en lo alto del poste de luz empozado de sangre.

—Las reinas mortales —siseó—, envían sus saludos. Y Jurian.

Después el Attor echó a volar, rápido y pulcro, dirigiéndose directamente hacia el distrito del teatro que habíamos dejado.

Cassian me había presionado hacia abajo contra el puente, y corrido hacia el Attor. Se detuvo, recordándome, pero yo dije con voz rasposa:

—Ve.

—Corre a casa. *Ahora.* —Esa fue su orden final, y su adiós mientras se lanzaba en el aire detrás del Attor, aquel que ya había desaparecido en las calles llenas de gritos.

Alrededor de mí, hueco tras hueco había sido hecho a golpes a través de ese escudo rojo, esas criaturas con alas entrando, soltando a los soldados de Hiberno que habían cargado a través del mar. Soldados de cada forma y tamaño, hadas menores.

La boca abierta de la reina dorada estaba abriéndose y cerrándose como un pez fuera del mar. Salvarla, ayudarla...

Mi sangre. Yo podía...

Di un paso. Su cuerpo se desplomó.

Y desde dónde sea que ese poder se originaba dentro de mí, sentí su muerte susurrar.

Los gritos, las alas que batían, el zas y el ruido de las flechas explotaron en el silencio repentino.

Corrí. Corrí por mi lado del Sidra, hacia la casa de la ciudad. No confiaba en mí misma para tamizarme, apenas podía pensar alrededor del pánico que taladraba mi cabeza. Tenía minutos, tal vez, antes de que llegaran a mi calle. Minutos para llegar ahí y llevar conmigo adentro tantos como pudiera. La casa estaba protegida. Nadie podía entrar, ni siquiera estas cosas.

Las hadas estaban corriendo, buscando un refugio, amigos y familia. Llegué al final del puente y a las colinas empinadas que se alzaban...

Soldados de Hiberno ya estaban en lo alto de la colina, en los dos Palacios, riéndose ante los gritos, ante los ruegos mientras llegaban a los edificios, arrastrando a la gente al exterior. La sangre chorreaba por los adoquines en pequeños ríos.

Ellas habían hecho esto. Esas reinas habían... habían entregado esta ciudad de arte y música y comida a estos... monstruos. El rey debió de haber usado el Caldero para romper las protecciones.

Un atronador *boom* resonó al otro lado de la ciudad y me caí ante el impacto, las espadas volaron y mis manos abiertas se desgarraron sobre los adoquines. Me retorcí hacia el río, levantándome, yendo a por mis armas.

Cassian y Azriel estaban en el cielo ahora. Y donde volaban, esas criaturas voladoras morían. Flechas de luz roja y azul eran lanzadas desde ellos, y esos escudos...

Escudos gemelos de rojo y azul se mezclaron, quemando, y se golpearon contra el resto de las fuerzas aéreas. Se desgarraron carne y alas, se derretieron huesos...

Hasta que manos enguantadas en piedra cayeron del cielo. Solo manos. Traqueteando contra los techos, salpicando agua en el río. Era todo lo que quedaba de ellos... de los que dos guerreros se habían hecho cargo.

Pero había infinitos más que ya habían aterrizado. Demasiados. Los techos estaban arrancados, las puertas destrozadas, los gritos se elevaban y después se silenciaban...

Este no era un ataque para saquear la ciudad. Era una exterminación.

Y alzándose ante mí, apenas a unos bloques más abajo, el Arcoíris de Velaris estaba bañado en sangre. El Attor y su calaña se habían reunido ahí. Como si las reinas le hubiesen dicho en donde atacar; en donde Velaris estaría más indefenso. El corazón latente de la ciudad.

El fuego se alzaba, humo negro teñía el cielo...

¿Dónde estaba Rhys, dónde estaba mi compañero...?

A través del río, truenos resonaron de nuevo.

Y no fue Cassian ni Azriel, quienes aguantaban el otro lado del río. Sino Amren.

Sus manos delgadas solo tenían que apuntar y sus soldados caerían, caerían como sus propias alas les fallaran. Se golpearon contra las calles, violentamente, asfixiándose, arañándose, gritando, justo como la gente de Velaris había gritado.

Moví mi cabeza hacia el Arcoíris a unas pocas cuerdas... dejada desprotegida.

Indefensa. La calle ante mí estaba limpia, el solitario pasaje seguro hacia el infierno.

Una mujer gritó dentro del barrio de los artistas. Y supe mi camino.

Volteé mi espada Iliriana en mi mano y me tamicé hacia el Arcoíris ardiente y sangriento.

Esta era mi casa. Esta era mi gente. Si moría defendiéndolos, defendiendo ese pequeño lugar en el mundo donde el arte prosperaba... Entonces que así fuera.

Y me volví oscuridad, sombra y viento.

Me tamicé hacia el borde del Arcoíris, mientras los primeros soldados de Hiberno rodeaban la esquina más lejana, vertiéndose hacia la avenida del río, triturando los cafés donde yo me había paseado y reído. No me vieron hasta que ya

estaba encima de ellos. Hasta que mi espada Iliriana se hundió en sus cabezas, una tras otra.

Maté a seis y mientras me detenía al pie del Arcoíris, alzando la mirada hacia el fuego y sangre y muerte...demasiados. Demasiados soldados.

Nunca lo haría, nunca los mataría a todos...

Pero había una mujer joven, de piel verde y elástica, con un antiguo y oxidado pedazo de tubo alzado por encima de su hombro. De pie en el suelo al frente de su tienda; una galería. La gente agazapada en el interior de la tienda estaba sollozando.

Ante ellos, riendo hacia la hada, ante su trozo de metal, habían cinco soldados alados. Jugando con ella, burlándose.

Ella seguía aguantando la línea. Aún su rostro no se había arrugado. Pinturas y cerámica estaban destrozadas alrededor de ella. Y más soldados estaban aterrizando, destrozando a todos...

A través del río, truenos sonaron, Amren o Cassian o Azriel, no lo sabía.

El río.

Tres soldados me vieron desde la colina. Corrieron hacia mí.

Pero yo corrí más rápido, de regreso al río al pie de la colina, hacia el Sidra cantor.

Llegué al borde del muelle, el agua ya manchada de sangre, y golpeé mi pie con un imponente pisotón.

Y como respuesta, el Sidra se alzó.

Cedí ante ese poder zumbando dentro de mis huesos, de mi sangre y respiración. Me volví el Sidra, antigua y profunda. Y lo incliné a mi voluntad.

Alcé mis espadas, elevando más alto el río, formándolo, forjándolo.

Los soldados de Hiberno se detuvieron en su camino mientras yo me volteaba hacia ellos.

Y lobos hechos de agua partieron detrás de mí.

Los soldados giraron rápidamente, echando a volar.

Pero mis lobos fueron más rápidos. Yo era más rápida mientras corría con ellos, en el corazón de la manada. Lobo tras lobo salieron rugiendo desde el Sidra, tan colosales como los que yo una vez había matado, vertiéndose entre las calles, corriendo hacia arriba.

Di cinco pasos antes que la manada estuviera sobre los soldados que se burlaban de la dueña de la tienda.

Di siete pasos antes que los lobos los atraparan y el agua se empujara por sus gargantas, ahogándolos...

Llegué hasta los soldados, y mi espada cantó mientras cortaba sus cabezas de sus asfixiantes cuerpos.

La dueña de la tienda estaba sollozando mientras me reconocía, su barra oxidada aún ahí. Pero ella asintió, solo una vez.

Corrí de nuevo, perdiéndome entre mis lobos de agua. Algunos de los soldados estaban huyendo hacia el cielo, aleteando hacia arriba, retrocediendo.

Así que mis lobos desarrollaron alas y garras y se volvieron halcones, gavilanes y águilas. Se golpearon contra sus cuerpos, su armamento, haciendo que cayeran. Los soldados en vuelo, dándose cuenta que ellos no habían caído, detuvieron su vuelo y se rieron, burlándose.

Alcé una mano hacia el cielo, y apreté mis dedos en un puño. El agua que los empapaba, a sus alas, su armamento, sus rostros... se convirtió en hielo. Hielo que era tan helado que había existido antes de la luz, antes que el sol calentara la tierra. Hielo de una tierra encapotada en el invierno, hielo de las partes de mí que no sentían piedad, ninguna simpatía por lo que habían hecho estas criaturas y lo que le estaban haciendo a mi gente.

Sólido congelado, docenas de soldados con alas cayeron a la tierra como uno. Y se hicieron trizas al chocar contra los adoquines.

Mis lobos bramaron a mí alrededor, arrancando, ahogando y cazando. Y aquellos que volaban, aquellos que se fueron al cielo, se congelaron y se destrozaron; congelaron y destrozaron. Hasta que las calles estuvieron cargadas de hielo y sangre y pedazos rotos de alas y piedra.

Hasta que los gritos de mi gente se detuvieron y los gritos de los soldados se volvieron una canción en mi sangre. Uno de los soldados se levantó por encima de los edificios brillantemente pintados... Yo lo conocía.

El Attor estaba agitándose, frenético, sangre de los inocentes revestía su piel gris, sus guateques de piedra. Envié un águila de agua se lanzó hacia él, pero él fue más rápido, ágil. Evitó mi águila, y mi halcón y mi gavián, volando alto, abriéndose paso en el aire. Lejos de mí, de mi poder, de Cassian y Azriel, manteniendo el río y la mayoría de la ciudad, lejos de Amren, usando cualesquiera que fuera ese poder oscuro que poseía para enviar a tantas multitudes de ellos al suelo sin heridas visibles.

Ninguno de mis amigos vio al Attor volando, navegando libre.

Volaría de vuelta a Hiberno, hacia el rey. Había escogido venir aquí, liderarlos. Por despecho. Y no tenía duda que esa reina dorada y leona había sufrido en sus manos. Como Clare lo había hecho.

¿Dónde estás?

La voz de Rhys sonó distante en mi cabeza, a través de la plata en mi escudo.

¿DÓNDE ESTÁS?

El Attor se estaba escapando. Con cada latido, volaba cada vez más alto...

¿DÓNDE...?

Coloqué la espada Iliriana y mi cuchillo de combate en mi cinturón y me moví rápidamente para recoger las flechas que habían caído en la calle. Que le habían disparado a mi gente. Flechas de fresno, cubiertas de un veneno verde familiar. Bloodbane.

Estoy exactamente donde necesito estar, le dije a Rhys.

Y entonces, me tamicé hacia el cielo.

Capítulo 59

Traducido por Eglasi // Corregido por Mais

Me tamicé a una azotea cercana, una flecha de fresno en cada mano, observando dónde se encontraba el Attor desde lo alto, aleteando...

FEYRE.

Cerré de golpe un escudo firme como el metal contra esa voz; contra él.

No ahora. No en este momento.

Podía sentirlo vagamente golpeando contra ese escudo. Rugiendo ante él. Pero incluso él no podría atravesarlo.

El Attor era *mío*.

A la distancia, apresurándose hacia mí, hacia Velaris, una poderosa oscuridad devoró el mundo. Soldados en su camino no emergieron de nuevo.

Mi compañero. La muerte encarnada. Noche victoriosa.

Divisé nuevamente el Attor, girando hacia el mar, hacia Hiberno, aún se encontraba sobre la ciudad.

Me tamicé, lanzando mi conciencia hacia eso como una red, lanzándola mente a mente, usando la atadura como una cuerda, dirigiéndome a través del tiempo, la distancia y el viento...

Me aferré a la mancha aceitosa de su malicia, localizando mi ser, mi concentración en su centro. Una guía de corrupción y suciedad.

Cuando emergí del viento y las sombras, estaba justo encima del Attor.

Chilló, sus alas se curvaron cuando me lancé sobre él. Mientras hundía esas flechas de fresno envenenadas en cada ala. Justo a través del músculo principal.

El Attor se retorció de dolor, su lengua bifurcada rompía el aire entre nosotros. La ciudad estaba borrosa debajo de nosotros, el Sidra era una simple corriente desde la altura.

En el lapso de un latido, me envolví alrededor del Attor. Me convertí en una llama viviente que quemó todo lo que tocó, me convertí en algo inquebrantable como el muro firme que había en mi mente.

Chillando, el Attor se agitó contra mí pero sus alas, con esas flechas, con mi agarre...

Caída libre.

Caíamos hacia el mundo. A la sangre y dolor. El viento nos sacudió.

El Attor no podría separarse de mi agarre en llamas. O de mis flechas envenenadas insertadas en sus alas. Era incapaz. Su piel quemada picaba en mi nariz.

Mientras caíamos, mi daga encontró su camino hacia mi mano.

La oscuridad consumió el horizonte en su punto más cercano, como si me marcara.

Aún no.

Aún no.

Ajusté mi daga sobre el huesudo Attor, en su caja torácica alargada.

—Esto es por Rhys —siseé en su oreja puntiaguda.

El eco del acero en el hueso vibró en mi mano.

Sangre plateada llenó mis dedos. El Attor gritó.

Saqué mi daga, la sangre voló y salpicó mi rostro.

—Esto es por Claire.

Enterré mi daga otra vez, retorciéndola.

Los edificios tomaron forma. El Sidra corría rojo, pero el cielo estaba vacío, libre de soldados. Así como las calles.

El Attor estaba gritando y siseando, maldiciendo y rogando, mientras yo rasgaba la daga para liberarla.

Podía distinguir a la gente; distinguir sus siluetas. El suelo se nos acercaba. El Attor se sacudía tan violentamente que todo lo que pude hacer fue mantener mi agarre caliente. Piel quemada fue arrancada, esparcida por encima de nosotros.

—Y esto —exhalé, acercándome más para decirlo en su oído, a su podrida alma. Deslicé mi daga por tercera vez, disfrutando de la rotura de huesos y carne—. Esto es por *mí*.

Podía contar los adoquines. Ver a la Muerte llamando con los brazos abiertos.

Mantuve mi boca al lado de su oído, cerca como una amante, mientras nuestro reflejo en una piscina de sangre se hacía más claro.

—Te veré en el infierno —susurré y dejé mi daga en su sitio.

El viento agitó la sangre sobre los adoquines a solo centímetros de distancia.

Me tamicé, dejando al Attor detrás.

+++

Escuché el crujido y la salpicadura, incluso mientras me filtrara a través del mundo, propulsada por mi propio poder y la velocidad de mi caída en picada. Emergí unos centímetros más allá, a mi cuerpo tomándole más tiempo que a mi mente para ajustarse.

Mis pies y piernas fallaron y me sacudí de nuevo sobre la pared de un edificio pintado de rosa que había detrás de mí. Tan fuerte que el yeso agrietado crujió contra mi espina dorsal, mis hombros.

Jadeé, temblando. Y en la calle que estaba más adelante, lo que permanecía roto y rezumando sobre los adoquines... Las alas del Attor estaban torcidas y estropeadas. Más allá de eso, residuos de armadura, huesos astillados y carne quemada eran todo lo que quedaba ahí.

Esa ola de oscuridad, el poder de Rhysand, finalmente golpeó mi lado del río.

Nadie gritó por la cascada de estrellas nocturnas que cortó toda la luz.

Creí escuchar un vago gruñido y chirrido, como si hubiera buscado soldados ocultos persistentes en el Arcoíris, pero luego...

La ola se desvaneció. Apareció la luz del sol.

Un crujido de botas se produjo ante mí, el latido y el susurro de unas alas poderosas.

Una mano en mi rostro, levantando mi mentón mientras yo miraba y miraba las ruinas esparcidas del Attor. Ojos violetas se encontraron con los míos.

Rhys. Rhys estaba aquí.

Y... y yo tenía...

Se inclinó hacia mí, su frente empapada de sudor, su respiración irregular. Gentilmente presionó un beso en mi boca.

Para recordarnos a ambos. Quienes éramos, qué éramos. Mi corazón de hielo se descongeló, el calor en mi interior se calmó por un zarcillo de oscuridad y el agua goteaba fuera de mis venas y regresaba al Sidra.

Rhys se retiró y me frotó la mejilla con su pulgar. La gente estaba llorando. Lamentándose.

Pero no había más gritos de terror. No había más matanza y destrucción.

Mi compañero murmuró:

— Feyre Rompemaldiciones, Defensora del Arcoíris.

Deslicé mis brazos alrededor de su cintura y sollocé.

E incluso mientras su ciudad se lamentaba, el Gran Señor de la Corte Oscura me sostuvo hasta que pude al menos enfrentar este nuevo mundo drenado de sangre.

Capítulo 60

Traducido por Idrys

—Velaris está segura —dijo Rhys en las horas negras de la noche—. Los escudos que el Caldero retiró han sido rehechos.

No nos habíamos detenido a descansar hasta ahora. Habíamos estado trabajando durante horas, junto con el resto de la ciudad, para sanar, para remendar, para perseguir las respuestas de cualquier forma que pudiéramos. Y ahora nos encontrábamos reunidos todos de nuevo, el reloj de la campana dando las tres de la mañana.

No sabía cómo Rhys estaba de pie apoyado contra la repisa de la chimenea en el salón. Yo estaba casi inerte en el sofá junto a Mor, ambas recubiertas de tierra y sangre. Al igual que el resto.

Tendido en un sillón construido para alas Ilirianas, el rostro de Cassian se encontraba maltratado y curándose lo suficientemente lento como para saber que había drenado su poder durante esos largos minutos en los que había defendido la ciudad él solo. Pero sus ojos color avellana brillaban todavía con brasas de rabia.

Amren apenas se encontraba mejor. La pequeña ropa femenina de color gris le colgaba en tiras, su piel pálida estaba como la nieve. Media dormida en el sofá frente al mío, estaba recostada contra Azriel, quien seguía lanzándole miradas alarmadas incluso cuando sus propias heridas goteaban un poco. En la parte de arriba de sus manos llenas de cicatrices, los Sifones azules de Azriel estaban apagados, callados. Completamente vacíos.

En lo que yo ayudaba a los sobrevivientes de Arcofiris atendiendo sus heridas, contando sus muertos, y comenzando las reparaciones, Rhys había controlado que todo estuviera bien de vez en cuando mientras reconstruía los escudos con todo el poder que persistía en su arsenal. Durante una de nuestras breves pausas, me contó lo que había hecho Amren en su lado del río. Con su poder oscuro, había hecho que aparecieran ilusiones directamente en las mentes de los soldados. Les hizo creer que habían caído en el Sidra y se estaban ahogando; creyeron que estaban volando a mil pies de altura y que se habían dirigido, rápidos y veloces, a la ciudad... sólo para encontrarse con la calle a centímetros de distancia, y con el crujido de sus cráneos. A los más crueles, a los más malvados,

había desatado sus propias pesadillas sobre ellos, hasta que murieron de terror con un fallo de corazón.

Algunos habían caído dentro del río, bebiendo de su propia sangre mientras se ahogaban. Algunos habían desaparecido por completo.

—Puede que Velaris esté segura —respondió Cassian, sin molestarse en levantar la cabeza del lugar en que se apoyaba contra el respaldo de la silla—, ¿pero por cuánto tiempo? Hiberno sabe sobre lugar, gracias a esas sierpes reinas. ¿A quién más venderán la información? ¿Cuánto tiempo tenemos hasta que las otras cortes vengan lloriqueando? ¿O si Hiberno utiliza ese Caldero de nuevo para derribar nuestras defensas?

Rhys cerró los ojos, con los hombros tensos. Ya podía ver el peso presionando en su oscura cabeza.

Odiaba aportar a dicha carga, pero dije:

—Si todos vamos a Hiberno para destruir el Caldero... ¿quién va a defender la ciudad?

Silencio. La garganta de Rhys osciló.

—Yo me quedo —dijo Amren. Cassian abrió la boca para protestar, pero Rhys miró lentamente a su Segunda. Amren le sostuvo la mirada cuando añadió—: Si Rhys tiene que ir a Hiberno, entonces yo soy la única de vosotros que podría mantener la ciudad hasta que llegue la ayuda. Hoy ha sido una sorpresa. Una mala. Cuando os marchéis, estaremos mejor preparados. Los nuevos escudos que construimos hoy no caerán tan fácilmente.

Mor soltó un suspiro.

—¿Entonces qué hacemos ahora?

—Dormimos. Comemos —dijo Amren con simpleza.

—Y después tomar represalias —añadió Azriel con voz cruda, producto de las secuelas de la violenta batalla.

+++

Rhys no vino a la cama.

Y cuando salí del baño, el agua nublada por la tierra y sangre, no estaba por ningún lado. Pero lo sentí por el vínculo entre nosotros y subí lentamente por las escaleras con mis rígidas piernas ladrando de dolor. Estaba sentado en el tejado en medio de la oscuridad. Sus grandes alas estaban extendidas detrás de él, cubriendo las losas.

Me deslicé en su regazo, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello.

Él se quedó mirando a la ciudad que nos rodeaba.

—Hay tan pocas luces. Tan pocas luces encendidas esta noche.

No miré. Sólo tracé las líneas de su rostro, y luego pasé mi pulgar sobre su boca.

—No es tu culpa —dije en voz baja.

Sus ojos se dirigieron a los míos, apenas visibles en la oscuridad.

—¿No? Les entregué esta ciudad en las manos. Dije que estaría dispuesto a correr el riesgo, pero... no sé qué odio más: Al rey, a esas reinas, o a mí mismo.

Le quité el cabello de su rostro. Él agarró mi mano, deteniendo mis dedos.

—Me dejaste fuera —exhaló—. Te... blindaste contra mí. Por completo. No pude encontrar una manera de entrar.

—Lo siento.

Rhys dejó escapar una risa amarga.

— ¿Lo siento? Deberías estar impresionada. Ese escudo... Lo que le hiciste al Attor... —Negó con la cabeza—. Podrías haber muerto.

— ¿Me vas a echar la bronca por eso?

Sus cejas se fruncieron. Luego hundió su rostro en mi hombro.

—¿Cómo podría regañarte por defender a mi pueblo? Quiero estrangularte, sí, pero por no volver a casa, pero... elegiste luchar por ellos. Por Velaris. —Me besó en el cuello—. No te merezco.

Mi corazón se retorció. Lo decía en serio, verdaderamente se sentía de esa manera. Le acaricié el cabello otra vez. Y le dije, las palabras los únicos sonidos en la oscura ciudad silenciosa:— Nos merecemos el uno al otro. Y merecemos ser felices.

Rhys se estremeció contra mí. Y cuando sus labios encontraron los míos, dejé que me tumbase sobre las losas y me hiciera el amor bajo las estrellas.

+++

Amren descifró el código a la siguiente tarde. Las noticias no eran buenas.

—Para anular el poder del Caldero —dijo a modo de saludo cuando nos amontonamos alrededor de la mesa del comedor en la casa de la ciudad, después de haber venido de terminar con las reparaciones que todos habíamos estado haciendo sin dormir casi nada—, debes tocar el Caldero y decir estas palabras. — Las había escrito para mí en un pedazo de papel.

— ¿Lo sabes con certeza? —dijo Rhys. Todavía estaba sombrío por el ataque, curando y ayudando a su gente durante todo el día.

—Intentaré no sentirme insultada, Rhysand —siseó Amren.

Mor se abrió paso a codazos entre ellos, mirando a las dos piezas ensambladas del Libro de los Respiros.

— ¿Qué ocurriría si juntamos las dos mitades?

—No las juntes —dijo Amren llanamente.

Con las piezas yaciendo abiertas, sus voces se mezclaban, cantaban y silbaban, el mal, el bien y la locura; luz, oscuridad y caos.

—Junta las piezas —aclaró cuando Rhys le dio una mirada de interrogación—, y la explosión de energía se sentirá en cada rincón y agujero sobre la tierra. No sólo atraerás al Rey de Hiberno. Atraerás a enemigos mucho más antiguos y despreciables. Cosas que han estado dormidas durante mucho tiempo... y que deberían permanecer de esa forma.

Me encogí un poco. Rhys puso una mano en mi espalda.

—Entonces nos vamos ahora —dijo Cassian. Su rostro se había curado, pero cojeaba un poco de una lesión que yo no podía ver más allá de su ropa de cuero de combate. Hizo un gesto con la barbilla hacia Rhys—. Dado que no puedes tamizarte sin ser rastreado, Mor y Az nos tamizarán a todos al interior, Feyre se encarga de romper el Caldero, y nos largamos. Entraremos y nos iremos antes de que alguien lo note y el Rey de Hiberno se haga con un nuevo utensilio de cocina.

Tragué.

—Podría estar en cualquier lugar dentro de su castillo.

—Sabemos dónde está —respondió Cassian.

Parpadeé.

—Hemos podido reducir las posibilidades a los niveles inferiores —me dijo Azriel. Lo había conseguido con su espionaje, con su planificación para este *viaje* todos estos meses—. Cada pulgada del castillo y las tierras circundantes están fuertemente vigiladas, pero no es imposible atravesarlas. Hemos preparado la sincronización, para que un pequeño grupo de nosotros entre y salga rápida y silenciosamente, y salir de allí antes de que sepan lo que está pasando.

—*Pero* el Rey de Hiberno notará la presencia de Rhys en el momento en que llegue. Y si Feyre necesita tiempo para anular el Caldero, y no sabemos *cuánto* tiempo, esa es una variable de riesgo —le dijo Mor.

—Lo hemos considerado. Es por eso que tú y Rhys nos tamizaréis en la costa; nosotros volaremos y él se queda —dijo Cassian.

Tendrían que tamizarme, me di cuenta, ya que todavía no había dominado el hacerlo a largas distancias. Al menos no sin tener que hacer muchas paradas de por medio.

»—En cuanto al hechizo —continuó Cassian —, es un riesgo que tendremos que correr.

Se hizo el silencio mientras esperaban la respuesta de Rhys. Mi compañero me observó el rostro con ojos muy abiertos.

—Es un plan sólido. El rey no conoce nuestros olores. Destruimos el Caldero y desaparecemos antes de que él se dé cuenta —presionó Azriel—. Será un insulto más grave que la ruta sangrienta y directa que habíamos estado considerando, Rhys. Les ganamos ayer, así que cuando entremos en ese castillo... —La venganza bailaba en su rostro normalmente plácido—. Dejaremos algunos recuerdos de que por una puta buena razón ganamos la última guerra.

Cassian asintió con gravedad. Incluso Mor sonrió un poco.

—¿Me estás pidiendo —dijo Rhys finalmente, demasiado calmado—, que me *quede fuera* mientras mi compañera entra en su fortaleza?

—Si —dijo Azriel con la misma calma, Cassian se movió un poco entre ellos—. Si Feyre no puede anular el Caldero fácil o rápidamente, lo robamos y volveremos a enviarle las piezas al bastardo cuando hayamos terminado de romperlo. De cualquier manera, cuando Feyre te llame a través del vínculo cuando

hayamos terminado, tú y Mor nos tamizaréis fuera de allí. No serán capaces de rastrearlo lo bastante rápido si solo vienes para sacarnos.

Rhysand se dejó caer en el sofá junto a mí, soltando un suspiro. Sus ojos se deslizaron a mí.

—Si quieres ir, entonces ve, Feyre.

Si no hubiera estado ya enamorada de él, podría haberlo amado por eso, por no insistir en que me quedara, aunque sus instintos le estuvieran volviendo loco, por no encerrarme ante las consecuencias de lo que había sucedido ayer.

Y me di cuenta... me di cuenta de lo mal que había sido tratada antes, que mis estándares habían disminuido considerablemente. Como si la libertad que me había sido concedida se sintiera un privilegio y no un inherente derecho.

Los ojos de Rhys se oscurecieron, y sabía que había leído lo que pensaba, lo que sentía.

—Puedes ser mi compañera —dijo—, pero sigues siendo tu misma. Tú decides tu destino, tus opciones. No yo. Elegiste ayer. Solo tienes que elegir todos los días. Siempre.

Y tal vez él lo entendía porque también había estado impotente y sin opciones, se había visto obligado a hacer cosas muy horribles, y encerrado. Enroqué mis dedos con los suyos y los apreté. Juntos, juntos encontraríamos nuestra paz, nuestro futuro. Juntos lucharíamos por ello.

—Vamos a Hiberno —dije.

+++

Me encontraba a mitad de las escaleras una hora más tarde, cuando me di cuenta de que todavía no tenía ni idea de a qué habitación ir. Había ido a mi habitación desde que habíamos regresado de la cabaña, pero... ¿y la suya?

Con Tamlin, él había utilizado sus propias habitaciones y solo dormía en la mía. Y supuse, supuse que esto sería igual.

Me hallaba casi en la puerta de mi habitación cuando Rhysand arrastró las palabras detrás de mí:

—Podemos usar tu habitación si quieres, pero... —Estaba apoyado en la puerta abierta de su habitación—. Sea tu habitación o la mía, compartiremos solo una de ahora en adelante. Solo dime si debo mover mi ropa o tú la tuya. Si eso te parece bien.

—¿No... no quieres tu propio espacio?

—No —dijo sin rodeos—. A menos que tú lo quieras. Necesito que me protejas de nuestros enemigos con tus lobos de agua.

Resoplé. Había hecho que le contara una parte de mi historia una y otra vez. Moví la barbilla hacia su dormitorio.

—Tu cama es más grande.

Y eso fue todo.

Entré para encontrar mi ropa ya ahí, un segundo armario ahora al lado del suyo. Me quedé mirando la enorme cama, y luego todo el espacio abierto que nos rodeaba.

Rhys cerró la puerta y se dirigió hacia una pequeña caja que estaba sobre la mesa y después me la entregó en silencio.

Mi corazón tronó al abrir la tapa. La estrella de zafiro brillaba a la luz de las velas, como si uno de los espíritus de la Lluvia de Estrellas estuviera atrapado dentro de la piedra.

—¿El anillo de tu madre?

—Mi madre me dio este anillo para que recordara que ella siempre estaría conmigo, incluso durante lo peor de mi entrenamiento. Y cuando llegué a la mayoría de edad, ella se lo llevó. Era una herencia de su familia que había sido transmitida de mujer a mujer durante muchos, muchos años. Mi hermana aún no había nacido, por lo que no se lo podría haber dado, pero... Mi madre se lo dio a la Tejedora. Y después me dijo que si iba a casarme o emparejarme, entonces la mujer tendría que ser o inteligente o lo suficientemente fuerte como para recuperarlo. Y que si la mujer no era ninguna de esas cosas, entonces no sobreviviría al matrimonio. Le prometí a mi madre que cualquier novia potencial o compañera haría la prueba... por lo que se quedó ahí durante siglos.

Mi cara se calentó.

—Dijiste que esto era algo de valor...

—Lo es. Para mí y para mi familia.

—Así que mi viaje a la Tejedora...

—Era fundamental que supiéramos si podías detectar esos objetos. Pero... Escogí el objeto por puro egoísmo.

—Así que gané mi anillo de boda sin que me preguntaras si quería casarme contigo.

—Quizás.

Incliné la cabeza.

—¿Quieres... quieres que me lo ponga?

—Sólo si tú quieres.

—Cuando vayamos a Hiberno... digamos que las cosas van mal. ¿Alguien podría darse cuenta de que somos compañeros? ¿Podrían utilizarlo en tu contra?

La rabia brilló en sus ojos.

—Si nos ven juntos y pueden olerlos, lo sabrán.

—Y si me presento sola, llevando un anillo de bodas de la Corte Oscura...

Él gruñó en voz baja.

Cerré la caja, dejando el anillo en el interior.

—Después de que anulemos el Caldero, quiero hacerlo todo. Declarar el vínculo, casarnos, hacer una estúpida fiesta e invitar a todo el mundo en Velaris... todo ello.

Rhys tomó la caja de mis manos y la dejó sobre la mesita de noche antes de llevarme hacia la cama.

—¿Y si quiero ir un paso más allá de eso?

—Estoy escuchando —ronroneé mientras me tumbaba en las sabanas.

Capítulo 61

Traducido por Mais // Corregido por Rin

Nunca había tenido puesto tanto acero. Sobre mí se habían atado espadas, se habían escondido dentro de mis botas, de mis bolsillos. Y después la espada Iliriana en mi espalda.

Hacía solo unas horas, había conocido tal felicidad abrumadora después de tanto horror y pena. Hacía solo unas pocas horas, había estado en sus brazos mientras me hacía el amor.

Y ahora Rhysand, mi compañero y Gran Señor y pareja, estaba a mi lado en el vestíbulo, Mor y Azriel y Cassian armados y listos con su armadura, todos muy callados.

—El Rey de Hiberno es viejo, Rhys, muy viejo. No te quedes. —dijo Amren.

Una voz cerca de mi pecho susurró:

Hola encantadora y perversa mentirosa.

Las dos mitades del Libro de los Respiros, cada parte escondida en un bolsillo diferente. En uno de ellos, el hechizo que estaba por decir había sido escrito claramente. No me había atrevido a decirlo, aunque lo había leído una docena de veces.

—Entraremos y saldremos antes que nos eches de menos —dijo Rhysand—. Cuida bien de Velaris.

Amren estudió mis manos enguantadas y mis armas.

—Ese Caldero —dijo—, hace que el Libro parezca indefenso. Si falla el hechizo, o si no puedes moverlo, entonces *vete*. —Asentí. Ella nos miró a todos de nuevo—. Buen vuelo. —Supuse que esa era lo máximo de preocupación que mostraría.

Nos volteamos hacia Mor, cuyos brazos estaban estirados, esperando por mí. Cassian y Rhys se tamizarían con Azriel, mi compañero sería dejado a unas cuantas millas de la costa antes que los Ilirianos se encontrasen con Mor y conmigo segundos después.

Me moví hacia ella, pero Rhys se colocó delante de mí con su rostro tenso. Me puse de puntillas y lo besé.

—Estaré bien, todos estaremos bien.

Sus ojos sostuvieron los míos durante el beso, y cuando me aparté, su mirada fue directa hacia Cassian, quien hizo una reverencia.

—Con mi vida, Gran Señor. La protegeré con mi vida.

Rhys miró a Azriel. Él asintió, hizo una reverencia y dijo:

—Con la vida de ambos.

Eso fue lo bastante satisfactorio para mi compañero, quien finalmente miró a Mor. Ella asintió una vez pero dijo:

—Conozco mis órdenes.

Me pregunté cuáles serían –por qué no me las habían dicho– pero ella agarró mi mano.

Antes de poder despedirme de Amren, ya nos habíamos ido.

+++

Ido –y saltando a aire abierto, hacia el mar oscuro de la noche...

Un cuerpo cálido se estrelló contra el mío, atrapándome antes de que pudiera entrar en pánico y tal vez, tamizarme hacia algún lado.

—Tranquila —dijo Cassian, poniéndose recto. Bajé la mirada para ver a Mor aun cayendo en picado para después tamizarse de nuevo hacia la nada.

Ninguna señal o destello de la presencia de Rhys, de que estuviera cerca o detrás de nosotros. Unas pocas yardas más allá, Azriel era una suave sombra sobre el agua negra. Dirigiéndonos hacia la masa de tierra a la que nos estábamos acercando.

Hiberno.

No había ninguna luz. Pero se sentía... antiguo. Como si fuera una araña que hubiera estado esperando en su telaraña por un largo, largo tiempo.

—He estado aquí dos veces —murmuró Cassian—. Ambas veces, estuve contando los minutos para poder irme.

Podía ver el motivo. Una pared de acantilados blancos como huesos se erguía allí, sus altiplanos llanos y herbosos con dirección a un terreno de colinas inclinadas y secas. Y una sensación abrumadora de ausencia.

Amarantha había degollado a todos sus esclavos en lugar de liberarlos. Ella había sido una comandante aquí, una de muchas. Si esa fuerza que había atacado a Velaris era una vanguardia... tragué, flexionando mis manos debajo de mis guantes.

—Ahí delante está su castillo —dijo Cassian, a través de sus dientes apretados, desviándose bruscamente.

En una curvatura en la costa, construido entre las colinas y posado por encima del mar, había un castillo en ruinas de piedra blanca.

No de un mármol imperioso o caliza elegante sino... blanquecina. Del color de los huesos. Tal vez una docena de torres como zarpas se alzaban hacia el cielo de la noche. Unas pocas luces destellaban en las ventanas y balcones. No había nadie afuera, ninguna patrulla.

—¿Dónde están todos?

—Cambio de guardia. —Habían planeado esto—. Hay una pequeña puerta de mar en lo bajo. Mor estará esperándonos afuera, es la entrada más cercana a los niveles inferiores.

—Asumo que ella no nos puede tamizar al interior.

—Hay muchos escudos como para arriesgar el tiempo que le costaría introducirse a través de ellos. Rhys podría ser capaz de hacerlo. Pero nos encontraremos con él a la salida.

Mi boca se puso un poco seca. Sobre mi corazón, el Libro dijo:

Casa, llévame a casa.

Y de hecho, podía sentirlo. Con cada paso que dábamos, cada vez más rápido, cayendo de tal manera que el rocío del océano me dio escalofríos, podía sentirlo.

Antiguo, cruel. Sin ninguna lealtad a alguien más que hacia sí mismo.

El Caldero. No había necesidad de que se hubieran molestado en saber dónde estaba guardado en el interior del castillo. No tenía dudas que habría sido atraída directamente hacia él. Me estremecí.

—Tranquila —dijo de nuevo Cassian.

Nos precipitamos hacia la base de las colinas, hacia la puerta del mar ante una plataforma. Mor estaba esperando, con su espada afuera, con la puerta abierta. Cassian suspiró, pero Azriel alcanzó primero la puerta, aterrizando suave y silenciosamente, e inmediatamente se dirigió al interior del castillo para explorarlo.

Mor nos esperó, con sus ojos sobre Cassian mientras aterrizábamos. No hablaron, pero su mirada fue muy larga como para considerarse casual. Me pregunté qué detectaban sus entrenamientos, sus afilados sentidos.

El pasaje más allá estaba oscuro, silencioso. Azriel apareció un segundo después.

—Los guardias están muertos. —Había sangre en su cuchillo, un cuchillo de fresno. Los ojos fríos de Az encontraron los míos—. Date prisa.

+++

No necesité enfocarme para rastrear el Caldero hasta su escondite. Tiraba de mí con cada respiración, llevándome hacia su abrazo oscuro.

Cada vez que alcanzábamos un cruce de caminos, Cassian y Azriel iban cada uno por un lado, regresando usualmente con sangre en sus espadas, sus rostros severos, advirtiéndome en silencio que me diera prisa.

Habían estado trabajando estas semanas, con cualquiera que fuese la fuente que tenía Azriel, para poder llevar acabo esto exactamente de acuerdo al plan. Si yo necesitaba más tiempo de lo que ellos habían asignado, si el Caldero no podía ser movido... todo habría sido por nada. Pero no estas muertes. No, estas no me importaban.

Esta gente, esta gente que le había hecho daño a Rhys. Que habían llevado *herramientas* para incapacitarlo. Enviado esa legión para destruir y hacer una carnicería en mi ciudad.

Descendí a través de un calabozo antiguo de piedras oscuras y manchadas. Mor se mantuvo a mi lado, monitoreando constantemente. La última línea de defensa.

Si Cassian y Azriel salían heridos, me di cuenta, ella tenía que asegurarse que yo saliera de allí como fuese posible. Después, volvería.

Pero no había nadie en el calabozo –no que yo encontrara, una vez que los Ilirianos habían acabado con ellos. Habían ejecutado esto de forma maestra. Encontramos otro hueco en la escalera, yendo hacia abajo, y más abajo...

Apunté, con las náuseas empezando a hacer efecto.

—Ahí. Está ahí abajo.

Cassian tomó las escaleras, su espada Iliriana con manchas oscuras de sangre.

Ni Mor ni Azriel parecieron respirar hasta que el bajo silbido de Cassian rebotó por las piedras de las escaleras. Mor colocó una mano en mi espalda, y descendimos hacia la oscuridad.

Casa, suspiró el Libro de los Respiros. *Casa*.

Cassian estaba de pie en una cámara redonda debajo del castillo, una bola de luz fae flotaba por encima de su hombro.

Y en el centro de la habitación, encima de una pequeña tarima, estaba el Caldero.

Capítulo 62

Traducido por Candy27 // Corregido por Mais

El Caldero estaba ausente y presente. Oscuridad y... de donde sea que la oscuridad viniese.

Pero no vida. No alegría, o luz o esperanza.

Seguramente fuese del tamaño de una bañera, forjado de hierro oscuro, sus tres patas –las tres patas que el rey había robado de los templos– estaban forjadas como ramas siniestras cubiertas de espinas. Nunca había visto algo tan horroroso, y seductor.

El rostro de Mor se había drenado de color.

—Rápido —me dijo—. Tenemos pocos minutos.

Azriel observó la habitación, las escaleras por las que habíamos entrado, el Caldero, sus patas. Quise aproximarme a la tarima, pero él extendió un brazo en mi camino.

—Escucha. —Así que lo hice.

No había palabras, pero sí un latido. Como si sangre circulara a través de la habitación. Como si el Caldero tuviera latidos.

Como polos que se atraen.

Me moví hacia este. Mor estaba a mi espalda, pero no me detuvo mientras yo caminaba hacia la tarima.

Dentro del Caldero no había nada, salvo torbellinos de tinta negra.

Tal vez todo el universo había venido de ahí.

Azriel y Cassian se tensaron mientras yo colocaba una mano en el borde. Dolor... dolor, éxtasis, poder y debilidad flotaron hacia mí. Todo lo que era y no era, fuego y hielo, luz y oscuridad, inundación y sequía.

El mapa de la creación.

Volviendo a mí misma, me preparé para leer ese hechizo.

El papel tembló mientras lo sacaba de mi bolsillo. Mientras mis dedos rozaban la mitad del Libro en el interior.

Mentirosa de lengua dulce, señora de muchas caras...

Con una mano en la mitad del Libro de los Respiros y la otra en el Caldero, tomé un paso fuera de mi misma, y una sacudida pasó a través de mi sangre como si no fuera más que un pararrayos.

Sí, ahora lo ves, princesa carroñera, ves lo que tienes que hacer...

—Feyre —murmuró Mor en advertencia.

Pero mi lengua era extraña, mis labios podían haber estado tan lejos como Velaris cuando el Caldero y el Libro fluyeron a través de mí, conversando.

El otro, siseó el Libro. Trae el otro... déjanos unirnos, déjanos ser libres.

Deslicé el Libro de mi bolsillo, metiéndolo entre mis brazos mientras tiraba del segundo para liberarlo.

Chica encantadora, preciosa ave...tan dulce, tan generosa...

Juntos, juntos, juntos.

—Feyre. —La voz de Mor cortó a través de la canción de ambas partes.

Amren había estado equivocada. Separados, su poder estaba partido, no suficiente como para tomar el abismo de lo que era el Caldero. Pero juntos... Sí, juntos, el hechizo funcionaría cuando lo dijera.

Completo, yo no me convertiría en un conducto entre ellos, pero si en su maestra. El Caldero no se movería... tenía que ser ahora.

Dándose cuenta de lo que iba a hacer, Mor me embistió con una maldición. Demasiado lenta.

Dejé caer la segunda mitad del Libro encima de la otra.

Una silenciosa onda de poder excavó en mis oídos, colapsó mis huesos.

Después no hubo nada.

—No podemos arriesgarnos... —dijo Mor desde la lejanía.

—Dale un minuto —la cortó Cassian.

Yo era el Libro y el Caldero, sonido y silencio.

Yo era un río viviente a través del cual uno flotaba dentro del otro, haciendo remolinos y reflujos, una y otra vez, un curso de agua sin principio ni final.

El hechizo... las palabras...

Miré al papel en mis manos, pero mis ojos no lo veían, mis labios no se movían.

Yo no era una herramienta, ni un peón. No sería un conducto, no sería el lacayo de estas *cosas*...

Había memorizado el hechizo. Lo diría, lo respiraría, lo pensaría...

Desde el hueco de mi memoria formé la primera palabra. Trabajé duro hacia eso, alcanzando esa única palabra, esa palabra que me ataría de vuelta a mí, hacia quien era...

Fuertes manos me lanzaron atrás y me apartaron.

Luz turbia y piedra mohosa se vertieron dentro de mí, la habitación dio vueltas mientras jadeaba por aire cuando vi a Azriel sacudiéndome, sus ojos tan abiertos que podía ver el blanco alrededor de ellos. ¿Qué había sucedido, que...

Sonaron pasos provenientes de arriba. Azriel instantáneamente me empujó detrás de él, alzando la espada manchada de sangre.

El movimiento aclaró mi cabeza lo suficiente como para sentir algo húmedo y cálido goteando por mis labios y barbilla. Sangre... mi nariz había estado sangrando.

Pero esos pasos aumentaron de volumen y mis amigos inclinaron sus armas hacia un hombre guapo de cabello marrón que bajaba las escaleras con un contoneo. Humano, sus orejas eran redondas. Pero sus ojos...

Conocía el color de esos ojos. Había observado uno, recubierto de cristal, por tres meses.

—Tonta estúpida —me dijo.

—Jurian —exhalé.

Capítulo 63

Traducido por Candy27 // Corregido por Mais

Medí la distancia entre mis amigos y Jurian, ponderando mi espada contra las gemelas que cruzaban su espalda.

Cassian dio un paso hacia el guerrero que estaba descendiendo y gruñó:

—Tú.

Jurian rió disimuladamente.

—Ascendiste de rango, ¿eh? Felicidades.

Lo sentí precipitándose hacia nosotros. Como si se tratara de una ola de noche e ira, Rhys apareció a mi lado. El Libro desapareció instantáneamente, su movimiento había sido tan suave cuando me lo quitó y lo metió en su propia chaqueta que apenas registré lo que había sucedido.

Pero en el momento en que ese metal dejó mis manos... Por mi Madre, ¿Qué había sucedido? Había fallado, fallado estrepitosamente, había estado tan patéticamente abrumada por ello...

—Te ves bien, Jurian —dijo Rhys, caminando hacia el lado de Cassian, posicionándose casualmente entre el antiguo guerrero y yo—. Para ser un cadáver.

—La última vez que te vi —se burló Jurian—, estabas calentando las sábanas de Amarantha.

—Así que lo recuerdas —reflexionó Rhysand, incluso mientras mi rabia se encendía—. Interesante.

Los ojos de Jurian se deslizaron a Mor.

—¿Dónde está Myriam?

—Está muerta —dijo Mor, sin emoción. La mentira que se había dicho por quinientos años—. Ella y Drakon se ahogaron en el Mar de Erythrian. —La princesa de las pesadillas mantuvo su rostro impassible.

—Mentirosa —canturreó Jurian—. Siempre has sido una tremenda mentirosa, Morrigan.

Azriel gruñó, el sonido no se parecía a nada que hubiera escuchado antes de él.

Jurian lo ignoró, su pecho empezando a subir y bajar.

—¿A dónde te llevaste a Myriam?

—Lejos de ti —exhaló Mor —, la llevé con el Príncipe Drakon. Ellos eran compañeros y se casaron la noche en que tú sacrificaste a Clythia. Y nunca más volvió a pensar en ti.

La ira retorció su bronceado rostro. Jurian, héroe de las legiones humanas... quien a lo largo del camino se había vuelto un monstruo tan horrible como aquellos contra los que había luchado.

Rhys se estiró hacia atrás para agarrar mi mano. Habíamos visto suficiente. Agarré el borde del Caldero otra vez, obligándole a obedecer, a venir con nosotros. Me preparé para el viento y la oscuridad. Solo que no llegaron.

Mor agarró las manos de Cassian y Azriel... y se quedaron inmóviles.

Jurian sonrió.

—¿Un nuevo truco? —dijo Rhys, arrastrando las palabras, con su mano apretando la mía.

Jurian se encogió de hombros.

—Fui enviado aquí para entreteneros mientras él trabaja en su hechizo. —Su sonrisa se volvió como la de un lobo—. No dejaréis este castillo salvo que él os lo permita. O en pedazos.

Mi sangre se heló. Cassian y Azriel se agacharon en posición de combate, pero Rhys inclinó su cabeza. Sentí su poder oscuro aumentar y aumentar, como si quisiera aplastar a Jurian ahí mismo, en ese instante.

Pero no sucedió nada. Ni siquiera una pincelada de viento nocturno.

—Después está eso —dijo Jurian—. ¿No lo recuerdas? Tal vez lo hayas olvidado. Fue una buena cosa que yo estuviera ahí, despierto en cada momento, Rhysand. Ella robó el libro de hechizos de él, para arrebatarte los poderes.

Dentro de mí, como una llave cerrando una cerradura, ese núcleo fundido de poder simplemente... se detuvo. Cualquier atadura entre mi mente y alma fue

cortada –no, no cortada, sino apretada tan fuerte por alguna mano invisible que nada podía fluir.

Me lancé hacia la mente de Rhys, a través del vínculo...

Choqué contra una dura pared. No inflexible, sino hecha de una extraña e impasible piedra.

»—Él se aseguró —continuó Jurian mientras yo golpeaba contra la pared interna, intentando convocar mis propios poderes en vano—, que ese libro en particular le fuera devuelto. Ella no sabía utilizar la mitad de esos asquerosos hechizos. ¿Sabes lo que es no ser capaz de dormir, beber, comer o respirar o *sentir* por quinientos años? ¿Entiendes lo que es estar constantemente despierto, forzado a ver todo lo que ella hizo?

Lo había vuelto loco, había torturado su alma hasta que se volvió loco. Ese era el brillo afilado en sus ojos.

—No ha podido ser tan malo —dijo Rhys, incluso cuando sabía que estaba desatando cada onza de su voluntad en ese hechizo que nos contenía, nos ataba—, si ahora estás trabajando para su maestro.

Lanzó un destello de dientes demasiado blancos.

—Tu sufrimiento será largo, y meticuloso.

—Suenas delicioso —dijo Rhys, ahora girándonos por la habitación. Un silencioso grito de *correr*.

Pero alguien apareció en lo alto de las escaleras.

Lo conocía, en mis huesos. El pelo negro hasta los hombros, la piel rojiza, las ropas que se acercaban más a la practicidad que a la elegancia. Tenía una sorprendente altura, pero era musculado como un hombre joven.

Pero su rostro, el cual se parecía tal vez a un hombre humano en sus cuarenta... débilmente hermoso. Para ocultar los profundos y odiosos ojos negros que quemaban ahí.

—La trampa era tan sencilla que, honestamente me decepciona un poco que no la vierais venir —dijo el Rey de Hiberno.

Más rápido de lo que ninguno de nosotros pudo ver, Jurian disparó una estaca de fresno a través del pecho de Azriel.

Mor gritó.

+++

No tuvimos más opción que ir con el rey.

La estaca de fresno estaba cubierta de bloodbane que el Rey de Hiberno clamó derramar por donde quisiera. Si luchábamos, si no íbamos con él escaleras arriba, el veneno golpearía su corazón. Y con nuestra magia bloqueada, sin la habilidad de tamizarnos...

Si de alguna manera pudiera alcanzar a Azriel, y darle un sorbo de mi sangre... Pero eso tomaría demasiado tiempo, requeriría que demasiadas partes se movieran.

Cassian y Rhys arrastraron a Azriel entre ellos dos, su sangre salpicaba el suelo detrás de nosotros mientras íbamos hacia arriba por las escaleras retorcidas del castillo del rey.

Intenté no pisarlo mientras Mor y yo los seguíamos por detrás, con Jurian a nuestras espaldas. Mor estaba temblando, intentando no hacerlo, pero temblaba mientras miraba fijamente la protuberancia final de esa flecha, visible entre el hueco entre las alas de Azriel.

Ninguno de nosotros se atrevió a golpear al Rey de Hiberno que caminaba por delante nuestro, liderando el camino. Había llevado el Caldero con él, haciéndolo desaparecer con un chasquido de dedos y una irónica mirada en mi dirección.

Sabíamos que el rey no nos estaba engañando. Tomaría un movimiento de su parte para que Azriel muriera.

Los guardias estaban afuera ahora. Y los cortesanos. Altos Faes y criaturas –que no sabría decir en donde encajaban– que sonreían como si fuéramos su próxima comida. Los ojos de todos ellos estaban muertos. Vacíos.

Sin mobiliario, ni arte. Como si este castillo fuera un esqueleto de alguna criatura nocturna.

Las puertas del salón del trono estaban abiertas, y retrocedí. Una habitación del trono, *la* habitación del trono en que Amarantha se había inspirado para las exhibiciones públicas de crueldad. Luces faes serpenteaban a lo largo de las paredes de blanco hueso, las ventanas daban hacia el mar que rompía más abajo.

El rey subió a una estrado que estaba tallado de un único bloque de esmeralda oscura, su trono fabricado con los huesos de... Sentí que la sangre se drenaba de mi rostro. Huesos humanos. Ennegrecidos y alisados por los años.

Nos detuvimos delante de ellos con Jurian a nuestras espaldas observando con malicia. Las puertas de la habitación del trono se cerraron.

—Ahora que he cumplido con mi parte del trato, espero que vosotros cumpláis con el vuestro —dijo el rey a nadie en particular.

Desde las sombras cercanas a la puerta, dos figuras emergieron.

Empecé a negar con la cabeza como si pudiera dejar de mirar como Lucien y Tamlin salieron a la luz.

Capítulo 64

Traducido por Candy27 // Corregido por Mais

Rhysand se quedó completamente inmóvil. Cassian gruñó. Azriel, colgando entre ellos dos, intentó y falló en levantar su cabeza.

Pero yo estaba mirando fijamente a Tamlin —a ese rostro que había amado y odiado tan profundamente— mientras se detenía a unos buenos veinte pies de distancia.

Llevaba puesta su tahalí de cuchillos, espadas de caza Iliriana, me di cuenta.

Su cabello dorado estaba más corto, su rostro más delgado que la última vez que lo había visto. Y sus ojos verdes... abiertos como platos mientras me observaba de los pies a la cabeza. Abiertos como platos mientras tomaba nota de mi ropa de combate hecha de cuero, la espada y los cuchillos Ilirianos, la manera en la que estaba de pie con mi grupo de amigos —mi familia.

Había estado trabajando con el Rey de Hiberno.

—No —exhalé.

Pero Tamlin se atrevió a dar un paso más cerca, mirándome fijamente como si yo fuera un fantasma. Lucien, con su ojo de metal zumbando, lo detuvo con una mano en su hombro.

—No —dije de nuevo, esta vez más alto.

—Cuál fue el costo —dijo Rhysand suavemente desde mi lado.

Arañé y rasguñé la pared que separaba nuestras mentes; lanzando y tirando contra ese puño que sofocaba mi magia.

Tamlin lo ignoró, finalmente mirando al rey.

—Tienes mi palabra.

El rey sonrió.

Tomé un paso hacia Tamlin.

—¿Qué has hecho?

—Hicimos un trato. Yo te entrego, y él accede a dejar que mis tropas invadan Prythian a través de su territorio. Y después usarlo como base mientras tiramos abajo ese ridículo muro —dijo el Rey de Hiberno desde su trono.

Sacudí mi cabeza. Lucien se negó a encontrarse con mi mirada suplicante que lancé en su camino.

—Estás loco —siseó Cassian.

Tamlin me tendió una mano.

—Feyre. —Una orden, como si yo no fuera mejor que un perro al que podía llamar.

No hice ningún movimiento. Tenía que liberarme; tenía que liberar ese jodido poder...

—Tú —dijo el rey, señalándome con un grueso dedo—, eres una mujer muy difícil de contactar. Por supuesto, también hemos accedido a que trabajes para mí una vez que estés de regreso con tu marido, pero... ¿es prometido o marido? No puedo recordarlo.

Lucien miró entre todos nosotros y su rostro palideció.

—Tamlin —murmuró.

Pero Tamlin no bajó la mano alzada hacia mí.

—Te voy a llevar a casa.

Di un paso atrás, hacia donde Rhysand continuaba sujetando a Azriel junto con Cassian.

—También hay otra parte. Otra cosa que quería —continuó el rey—. Bueno, que Jurian quería. En realidad, matamos dos pájaros de un tiro. Al Gran Señor de la Noche muerto —y saber dónde están sus amigos. Honestamente, volvía un poco loco a Jurian que nunca lo revelarás durante estos cincuenta años. Así que ahora lo sabes, Jurian. Y ahora puedes hacer lo que quieras con ellos.

Alrededor de mí, mis amigos estaban preocupados, tensos. Incluso Azriel estaba moviendo sutilmente una mano ensangrentada y cicatrizada cerca de sus espadas. Su sangre había formado un charco al borde de mis botas.

—No voy a ir a ninguna parte contigo —le dije intensa y claramente a Tamlin.

—Dirás algo diferente, querida mía —replicó el rey—, cuando complete la parte final de mi trato.

El horror hizo que mis tripas se revolvieran.

El rey sacudió la barbilla hacía mi brazo izquierdo.

—Romper el trato entre vosotros dos.

—Por favor —susurré.

—¿De qué otra manera Tamlin tendrá a su novia? No puede tener una esposa que vaya con otro hombre una vez al mes.

Rhys continuaba en silencio, aunque su agarre se tensó contra Azriel. Observando, sopesando, clasificando a través del bloqueo de su poder. El pensamiento de ese silencio entre nuestras almas siendo permanente...

Mi voz se rompió cuando le dije a Tamlin, quien continuaba al lado opuesto de este crudo medio círculo frente de la tarima:

—No. No se lo permitas. Te lo dije, *te dije* que estaba bien. Que me marché...

—No estabas bien —gruñó Tamlin—. Él *usó* ese trato para manipularte. ¿Por qué crees que me iba tan a menudo? Estaba buscando una forma de *liberarte*. Y tú te *fuiste*.

—¡Me fui porque iba a *morir* en esa casa!

El Rey de Hiberno chasqueó la lengua.

—No es lo que esperabas, ¿verdad?

Tamlin le gruñó, pero otra vez tendió la mano hacia mí.

—Ven conmigo a casa. Ahora.

—No.

—Feyre. —Una orden inquebrantable.

Rhys estaba apenas respirando, apenas moviéndose. Y me di cuenta... me di cuenta que lo hacía para evitar que su aroma fuera evidente. Nuestra esencia. Nuestro vínculo de compañeros.

La espada de Jurian ya estaba fuera, y estaba mirando a Mor como si fuera a matarla primero. El rostro enrojecido de Azriel se torció con rabia cuando notó esa mirada. Cassian, todavía sujetándolo recto, tomó en cuenta todo, evaluando, preparándose a sí mismo para luchar, para defender.

Dejé de golpear la sujeción de mi poder. Lo acaricié gentilmente, amorosamente.

Soy una Fae y una no-Fae, todo y ninguno, le dije al hechizo que me retenía. No puedes sujetarme. Soy como tú, real y no real, poco más que una recopilación de volutas de poder. No me sujetas.

—Iré contigo —le dije con voz baja a Tamlin, a Lucien, que vacilaba sobre sus pies—, si los dejas en paz a ellos. Si los dejas ir.

No me sujetas.

El rostro de Tamlin se contorsionó con ira.

—Son monstruos. Son... —No terminó la oración cuando empezó a caminar sobre el suelo para agarrarme. Para sacarme fuera de aquí, después, sin duda, para tamizarnos lejos.

No me sujetas.

El puño que sujetaba mi poder se relajó. Desapareció.

Tamlin se lanzó hacia mí sobre los pocos pasos que quedaban. Tan rápido... demasiado rápido.

Me convertí en niebla y sombras.

Me tamicé lejos de su alcance. El rey soltó una risa baja mientras Tamlin tropezaba. Y fue tumbado al suelo cuando el puño de Rhysand conectó con su rostro.

Jadeando, me retiré justo hacia los brazos de Rhysand mientras uno lo curvaba alrededor de mi cintura, mientras la sangre de Azriel en él mojaba mi espalda. Detrás de nosotros, Mor saltó al espacio vacío que Rhys había dejado vacante, poniendo uno de los brazos de Azriel sobre sus hombros.

Pero ese muro horrible de piedra continuaba en mi mente, y todavía bloqueaba los poderes de Rhys.

Tamlin se levantó, limpiando la sangre que estaba ahora goteando de su nariz mientras retrocedía hasta donde Lucien mantenía su posición con una mano en su espada.

Pero justo cuando Tamlin se acercó a su Emisario, se tambaleó un paso. Su rostro se volvió blanco con rabia. Y supe que Tamlin lo entendió un momento antes de que el rey se riera.

—No me lo creo. Tu novia te dejó solo para encontrar a su compañero. La Madre tiene un afilado sentido del humor, según parece. Y qué talento, dime niña: ¿cómo descifraste ese hechizo?

Le ignoré. Pero el odio en los ojos de Tamlin hizo que mis rodillas colapsaran.

—Lo siento —dije, y lo decía de verdad.

Los ojos de Tamlin fueron hacia Rhysand, su rostro casi salvaje.

—Tú —gruñó, el sonido era más animal que Fae—. *¿Qué le has hecho?*

Detrás de nosotros, las puertas se abrieron y soldados entraron. Algunos se parecían al Attor. Algunos se veían peor. Más y más, llenaron la habitación, las salidas, las armaduras y las armas hicieron sonidos metálicos.

Mor, Cassian y Azriel, hundido y pesado entre ellos, observaron a cada soldado y su arma, midiendo nuestras mejores oportunidades de escapar. Les dejé con ello mientras Rhys y yo encarábamos a Tamlin.

—No voy a ir contigo —le escupí a Tamlin—. E incluso si lo hiciera... ¡Tú, débil y *estúpido* tonto que nos ha vendido *a él*! ¿Sabes lo que quiere hacer con ese Caldero?

—Oh, voy a hacer muchas, muchas cosas con él —dijo el rey.

Y el Caldero apareció otra vez entre nosotros.

—Empezando ahora.

Mátalo, mátalo, mátalo.

No podía decir si la voz era mía o del Caldero. No me importaba. Me desaté a mí misma. Garras, alas y sombras estuvieron instantáneamente alrededor mío, rodeado por agua y fuego...

Después se desvanecieron, suprimidas cuando esa mano invisible sujetó mi poder de nuevo, tan fuerte que jadeé.

—Ah —me dijo el rey, chasqueando su lengua—, eso. Mírate. Una niña de todas las siete cortes, parecida y diferente a todos. Como el Caldero ronronea en tu

presencia. ¿Planeas usarlo? ¿Destruirlo? Con ese Libro, podrías hacer lo que quisieras.

No dije nada. El rey se encogió de hombros.

—Me lo dirás bastante pronto.

—No he hecho ningún trato contigo.

—No, pero sí tú maestro, así que obedecerás.

Rabia líquida se vertió dentro de mí.

—Si me llevas de aquí, si me separas de mi compañero, te *destruiré*. Destruiré tu corte, y todo lo que consideras amado —le siseé a Tamlin.

Los labios de Tamlin se apretaron. Pero simplemente dijo:

—No sabes de lo que estás hablando.

Lucien se encogió.

El rey sacudió su barbilla hacia los guardias al lado de la puerta por la cual Tamlin y Lucien habían aparecido.

—No, no lo sabe. —Las puertas se abrieron otra vez—. No habrá ninguna destrucción —continuó el rey mientras personas... mientras *mujeres* atravesaban esas puertas.

Cuatro mujeres. Cuatro humanas. Las cuatro reinas restantes.

»Porque —dijo el rey, los guardias de las reinas entrando en fila detrás de ellas, arrastrando algo en el centro de su formación—, te darás cuenta, Feyre Archeron, que lo que más te conviene es comportarte.

Las cuatro reinas nos miraron fijamente con odio en sus ojos, Odio. Y se dividieron para dejar pasar a sus guardias personales.

Miedo como nunca lo había sentido entró en mi corazón cuando los hombres arrastraron a mis hermanas, amordazadas y atadas, ante el Rey de Hiberno.

Capítulo 65

Traducido por Raeleen P. // Corregido por Mais

Este era un nuevo infierno. Un nuevo nivel de pesadilla. Incluso traté de despertarme.

Pero ahí estaban: en sus vestidos, la seda y el encaje destrozados.

Elain sollozaba en silencio, la mordaza empapada con sus lágrimas. Nesta, con el cabello revuelto como si hubiese peleado como un gato salvaje, jadeaba mientras nos observaba a todos. Mientras observaba el Caldero.

—Cometiste un grave error —le dijo el rey a Rhysand, los brazos de mi compañero envolviéndome—, el día que fuiste a buscar el Libro. No lo necesitaba. Me bastaba con que estuviera oculto. Pero en el instante en que tus fuerzas comenzaron a husmear por ahí... pensé: ¿quién mejor que Jurian, mi recién renacido amigo, para ser mi conexión en el reino humano? Él acababa de terminar todos esos meses de recuperarse del proceso, y deseaba ver en qué se había convertido su antiguo hogar, así que estaba más que feliz de hacer una larga visita al continente.

De hecho, las reinas le sonreían, haciendo una reverencia con la cabeza. Rhys apretó más sus brazos en una advertencia silenciosa.

—El valiente e ingenioso Jurian, que sufrió tanto al término de la Guerra, ahora es mi aliado. Está aquí para ayudarme a convencer a estas reinas a que se unan a mi causa. A cambio de un precio, por supuesto, pero eso no viene al caso. Y es más sensato trabajar conmigo, con mis hombres, que permitir que los monstruos de la Corte Oscura como vosotros gobiernen y ataquen. Jurian acertó al advertirles a Sus Majestades que intentarían quitarles el Libro, que las alimentarías con mentiras de amor y bondad, cuando él ha sido testigo de lo que es capaz el Gran Señor de la Corte Oscura. El héroe de las fuerzas humanas, renacido como muestra de mi buena fe al mundo humano. No deseo invadir el continente, sino trabajar con él. Mis poderes cuidaron su corte de ojos *curiosos*, solo para enseñarles los beneficios. —Le dio una sonrisa a Azriel, quien apenas pudo levantar la cabeza para gruñirle en respuesta—. Unos impresionantes intentos para infiltrarte en su sagrado palacio, Shadowsinger, y una prueba rotunda a Sus Majestades, por supuesto, de que tu corte no es tan benevolente como parecen.

—Mentiroso —siseé, y me giré hacia las reinas, atreviéndome a dar solo un paso lejos de Rhys—. Son unos *mentirosos*, y si no dejáis ir a mis hermanas, *asesinaré...*

—¿Habéis oído las amenazas, el vocabulario que utilizan en la Corte Oscura? —preguntó el rey a las reinas mortales, sus guardias ahora estaban alrededor de nosotros en un medio círculo—. Asesinatos, ultimátums... Ellos quieren terminar con la vida. Yo deseo proveerla.

La reina vieja le respondió, rehusándose a reconocerme, ignorando mis palabras.

—Entonces mostrádnoslos... prueba ese regalo que mencionaste.

Rhysand me acercó a él, mi espalda contra su pecho.

—Eres una tonta —le dijo con calma a la reina.

El rey cortó la conversación.

—¿Lo es? ¿Por qué pasar por la vejez y enfermedad cuando lo que les ofrezco es mucho mejor? —Hizo un gesto con la mano hacia mí—. Juventud eterna. ¿Niegas los beneficios? Una reina mortal convertida en alguien que podría gobernar por siempre. Hay riesgos, por supuesto, la transición puede ser... difícil. Pero un individuo de carácter fuerte podría sobrevivir.

La reina más joven, la de cabello oscuro, sonrió un poco. La arrogante juventud, y la amarga vejez. Solo las otras dos, las que estaban de blanco y negro, parecían tener dudas, se acercaron la una a la otra, y a sus enormes guardias.

La reina más vieja levantó la barbilla.

—Enséñanos. Demuestra que es posible, que es seguro.

Había hablado de la juventud eterna aquel día, me lo había escupido a la cara. *Bruja hipócrita.*

El rey asintió.

— ¿Por qué crees que le pedí a mi querida amiga Ianthe que averiguara con quién le gustaría pasar la eternidad a Feyre Archeron? —Aun con el terror llenándome los oídos con un silencio ensordecedor, me giré para mirar a las reinas, la pregunta escrita en mi rostro. El rey explicó:

—Oh, se lo pedí a ellas primero. También consideraron... muy grosero traicionar a dos jóvenes desorientadas. Ianthe no tuvo tantos reparos. Considéralo mi regalo de bodas —esto último se lo dijo a Tamlin.

Sin embargo Tamlin endureció el rostro.

—¿Qué?

El rey ladeó la cabeza, saboreando cada palabra.

—Me parece que la Suma Sacerdotisa estaba esperando tu regreso para decírtelo, pero ¿nunca te preguntaste *porqué* creía que yo podría romper el trato? ¿Por qué había reflexionado tanto esa idea? Las Sumas Sacerdotisas han sido forzadas a arrodillarse ante los Grandes Señores por demasiados milenios. Y durante esos años en los que vivió en otra corte... tiene una mente abierta. Una vez que nos conocimos, una vez que le hube pintado un cuadro de Prythian libre de Grandes Señores, donde las Sumas Sacerdotisas podrían gobernar con gracia y sabiduría... No hizo falta mucho para convencerla.

Iba a vomitar. Tamlin también parecía querer hacerlo.

El rostro de Lucien pareció aflojarse.

—Vendió... vendió la familia de Feyre. A ti.

Le había contado todo sobre mis hermanas a Ianthe. Me había hecho preguntas. Me había preguntado quiénes eran, dónde vivían. Y había sido lo bastante tonta, había estado lo bastante destrozada... que le había dado cada detalle.

—¿Vendió? —se burló el rey—. ¿O las salvó de su condena a la muerte? Ianthe insinuó que ambas eran de carácter fuerte, como su hermana. No tengo dudas de que sobrevivirán. Y les probarán a nuestras reinas de que es *posible*. Si uno tiene la fuerza.

El corazón me dio un vuelco.

—No te...

El rey me interrumpió.

—Os sugiero que os preparéis.

Y luego el infierno se desató en el salón.

Un poder, blanco e incesante y horrible, nos atacó.

Solo sabía que el cuerpo de Rhysand me cubría cuando nos tiraron al suelo, y gritó de dolor al recibir el impacto del poder del rey.

Cassian se retorció, sus alas estallaron al proteger a Azriel. Sus alas... sus alas...

El grito que Cassian soltó cuando sus alas se trituraron bajo las garras de magia pura fue el sonido más horrible que había oído. Mor corrió hacia él, pero ya era muy tarde.

Rhys se movió rápidamente, como si quisiera abalanzarse contra el rey, pero el poder volvió a golpearlos otra vez, y otra vez. Rhys cayó sobre sus rodillas.

Mis hermanas gritaron aun estando amordazadas. Pero el grito de Elain... una advertencia. Una advertencia para...

A mi derecha, ahora expuesta, Tamlin corría hacia mí. Para por fin atraparme.

Le lacé un cuchillo, con toda la fuerza que pude reunir.

Tuvo que agacharse para esquivarlo. Y retrocedió ante el segundo que ya tenía listo, mirando con sorpresa entre Rhys y yo, como si de verdad pudiera ver el vínculo de pareja entre nosotros.

Pero me giré cuando los soldados se nos echaron encima, deteniéndonos. Me giré y vi a Cassian y a Azriel en el suelo, Jurian se reía suavemente al ver la sangre brotando de las destrozadas alas de Cassian...

Aún había pedazos de éstas.

Fui hacia él. Mi sangre. Quizá fuera suficiente, fuera... Mor, de rodillas junto a Cassian, se abalanzó hacia el rey con grito de ira pura. Él le lanzó un puño de poder. Lo eludió, un cuchillo listo en su mano, y... Azriel gritó de dolor.

Ella se congeló. Se detuvo a un paso del trono. Su cuchillo chocó contra el suelo.

El rey se alzó.

—Qué reina tan poderosa —exhaló.

Y Mor se alejó. Un paso a la vez.

—Qué gran recompensa —dijo el rey, su mirada oscura devorándola.

De donde estaba tumbado sobre su sangre, Azriel levantó la cabeza con una mirada llena de furia y dolor en sus ojos cuando le escupió al rey:

—No la toques.

Mor miró a Azriel, y había miedo verdadero. Miedo, y algo más. Ella no dejó de moverse hasta que volvió a arrodillarse a su lado y presionó una mano sobre su herida. Azriel siseó, pero cubrió los dedos ensangrentados de ella con los suyos.

Rhys se interpuso entre el rey y yo cuando me arrodillé junto a Cassian. Corté el cuero de mi antebrazo...

—Pon primero a la más bonita —ordenó el rey, Mor ya olvidada.

Me retorcí, solo para que los guardias del rey me agarraran por atrás. Rhys se acercó de inmediato, pero Azriel gritó, retorciéndose por el veneno del rey.

—Por favor, ya abstente —pidió el rey—, de tener ideas estúpidas, Rhysand. —Me sonrió—. Si alguno de vosotros interfiere, el shadowsinger muere. Es una lástima lo de las alas del otro bruto.

Hizo una reverencia hacia mis hermanas, burlándose.

—Señoritas, la eternidad las aguarda. Mostrad a Sus Majestades que el Caldero es seguro para... personas de carácter fuerte.

Sacudí la cabeza, incapaz de respirar, de pensar en una salida...

Elain estaba temblando, sollozando, mientras la acercaban. Al Caldero. Nesta comenzó a lanzarles golpes a los hombres que la aprisionaban.

—Detente —pidió Tamlin.

El rey no le hizo caso.

Lucien, a su lado, volvió a poner una mano sobre su espada.

—Detén esto.

Nesta les estaba gritando a los guardias, al rey, mientras Elain cedía con cada paso hacia al Caldero. Mientras el rey hacía un gesto con su mano y el líquido llegó hasta el borde. *No, no...*

Las reinas solo se quedaron observando con rostros pétreos. Y Rhys y Mor, alejados de mí por los guardias, no se atrevieron a mover ni un músculo.

—Esto no es parte de nuestro trato. *Detente ahora* —le escupió Tamlin al rey.

—No me interesa —dijo el rey, llanamente.

Tamlin se abalanzó hacia el trono, como si quisiera hacerlo pedazos.

Esa magia blanca y caliente lo golpeó, lanzándolo al suelo. Atándolo con una cadena.

Tamlin se tensó contra el collar de luz en su cuello, en sus muñecas. Su dorado poder estalló... en vano. Luché contra el puño aun sosteniendo el mío, lo corté, una y otra vez...

Lucien se tambaleó hacia donde estaba Elain, sostenida por dos guardias y se irguió. Ella comenzó a patear, llorando mientras sus pies chocaban contra los costados del Caldero, como si quisiera alejarlo, tirarlo...

—*Ya es suficiente.* —Lucien avanzó hacia Elain, hacia el Caldero. Y el poder del rey lo derribó también. En el suelo, junto a Tamlin, su ojo se abrió de par en par, Lucien tuvo el sentido de común de verse horrorizado cuando miró entre Elain y el Gran Señor.

—Por favor —le rogué al rey, que hizo un gesto para que metieran a Elain al agua—. Te lo ruego, haré lo que sea. Te daré lo que sea.

Me levanté, alejándome de donde Cassian estaba postrado, y miré a las reinas.

—Por favor, no necesitáis una prueba. Yo soy la prueba de que funciona. Jurian es la prueba de que es seguro.

—Eres una ladrona y una mentirosa. Conspiraste con nuestra hermana. Tu castigo debería ser el mismo que ellas. Considera esto como un regalo —dijo la reina más vieja.

El pie de Elain tocó el agua y gritó... gritó con un terror que me afectó tanto que empecé a sollozar.

—Por favor —pedí a nadie en particular.

Nesta aún peleaba, aún gruñía a través de la mordaza.

Elain, por quien Nesta habría matado, prostituido y robado. Elain, quien había sido amable y dulce. Elain, quien iba a casarse con el hijo de un lord que odiaba a las hadas...

Los guardias hundieron a mi hermana en el Caldero en un solo movimiento.

Mi grito no había dejado de resonar antes de que la cabeza de Elain se sumergiera.

Ella no salió.

Solo se oían los gritos de Nesta. Ciegamente, Cassian se lanzó hacia éstos... hacia ella, gimiendo de dolor.

El Rey de Hiberno hizo una leve reverencia a las reinas.

—Observad.

Rhys, con un muro de guardias aún sobre nosotros, formó sus manos en un puño. Pero no se movió, al igual que Mor y yo no nos atrevimos a hacerlo, no con la vida de Azriel colgando al alcance del rey.

Y, como si lo hubiesen movido unas manos invisibles, el Caldero se inclinó hacia un lado.

Más agua de lo que parecía posible cayó en una cascada. Agua negra y humeante.

Y Elain, como si la hubiese aventado una ola, cayó sobre las piedras bocabajo.

Sus piernas estaban muy pálidas, muy delicadas. No recordaba la última vez que las había visto.

Las reinas se acercaron. Viva, tenía que estar *viva*, tenía que haber deseado vivir...

Elain inhaló, su fina estructura se alzó, su empapado vestido de noche casi se transparentaba.

Y cuando se levantó sobre sus codos, con la mordaza en su lugar, cuando se retorció para mirarme...

Nesta comenzó a gritar otra vez.

Su pálida piel comenzó a brillar. Su rostro se había vuelto más hermoso, infinitamente hermoso, y sus oídos... Las puntas de los oídos de Elain ahora se asomaban sobre su cabello mojado.

Las reinas jadearon. Y por un momento, en todo lo que podía pensar era en mi padre. Qué haría, qué diría, cuando su hija más querida lo mirase con un rostro de Fae.

—Así que sí podemos sobrevivir —murmuró la más joven de cabello negro, la mirada brillante.

Caí de rodillas, los guardias no se molestaron en sostenerme mientras sollozaba. Qué había hecho, qué había hecho...

—Ahora la arpía, si sois tan amables —dijo el Rey de Hiberno.

Giré la cabeza hacia Nesta al tiempo que ella guardaba silencio. El Caldero se enderezó solo.

Cassian se revolvió de nuevo para volver a caer sobre el suelo, pero su mano se movió. Hacia Nesta.

Elain aún temblaba en las piedras mojadas, con el vestido hasta las rodillas, sus pequeños pechos se veían por completo a través de la tela empapada. Los guardias soltaron una risita.

Lucien le gruñó al rey por encima del agarre que la magia tenía en su garganta:

—*No la dejes ahí en el maldito suelo...*

Hubo un destello de luz, un arañazo, y luego Lucien estaba caminando hacia Elain, libre de sus ataduras. Tamlin seguía amarrado al suelo, ahora había una mordaza de magia color blanco iridiscente en su boca. Pero su mirada estaba en Lucien cuando...

Cuando Lucien se quitó la capa y se arrodilló frente a Elain. Ella se alejó de la capa, de él...

Los guardias arrastraron a Nesta hacia al Caldero.

Y me di cuenta de que existían distintos tipos de tortura.

El tipo de tortura por el que yo había pasado, por el que Rhys había pasado.

Y entonces estaba esta.

El tipo de tortura que Rhys se había esforzado tanto en eludir esos cincuenta años; las pesadillas que lo atormentaban. Incapaz de moverse, de pelear... mientras destruían a nuestros seres queridos. Mi mirada se encontró con la de mi compañero. La agonía destellaba en esa mirada violácea, ira, culpa, y absoluta agonía.

Un reflejo de la mía.

Nesta peleó en todo momento.

No se las puso fácil. Lanzó arañazos, patadas, se resistió.

Y no fue suficiente.

Y no fue suficiente para salvarla.

Observé mientras la alzaban. Elain continuó temblando en el suelo con la capa de Lucien cubriéndola. No miró al Caldero a su espalda, ni cuando Nesta pataleaba en el agua.

Cassian se movió otra vez, sus alas destruidas se retorcían y salpicaban sangre, sus músculos temblaban. Ante los gritos de Nesta, ante su furia, sus ojos se entreabrieron, su mirada vidriosa sin ver realmente, una respuesta a algún llamado en su sangre, una promesa que le había hecho. Pero el dolor lo volvió a dejar fuera de combate.

Hundieron a Nesta por los hombros. Siguió resistiéndose aun cuando el agua salpicó. Arañó y gritó con furia, con rebeldía.

—*Hundidla* —siseó el rey.

Con esfuerzo, los guardias hundieron sus hombros delgados. Su cabello de un castaño dorado.

Y cuando iban a hundir su cabeza, peleó una última vez, liberando su largo y pálido brazo.

Enseñando los dientes, Nesta señaló al Rey de Hiberno con un dedo. Un dedo, una maldición y una condena.

Una promesa.

Y al hundir la cabeza de Nesta a la fuerza, mientras empujaron esa mano hacia abajo con violencia, el Rey de Hiberno tuvo el buen juicio de parecer un poco nervioso.

Por un momento se formaron unas ondas oscuras en el agua. Luego la superficie se alisó.

Vomitó sobre el suelo.

Por fin los guardias permitieron a Rhysand arrodillarse a mi lado en el charco de sangre de Cassian, lo dejaron abrazarme cuando el Caldero volvió a inclinarse.

El agua cayó en cascada, Lucien levantó a Elain en sus brazos y la alejó de ahí.

Las cuerdas sobre Tamlin se desvanecieron, también la mordaza. De inmediato se puso de pie y le gruñó al rey. Hasta el puño en mi mente pasó a ser una simple caricia. Como si supiera que había ganado.

No me importó. No mientras Nesta se extendía sobre las piedras. Sabía que era diferente.

Lo que fuera que había Hecho a Elain... Nesta era diferente. Incluso antes de que tomara su primer aliento, lo sentí.

Como si, al hacerla, el Caldero... hubiera sido obligado a dar más de lo que quería. Como si Nesta hubiera seguido peleando en las profundidades, y hubiera decidido que, si la iban a arrastrar al infierno, iba a llevarse ese Caldero con ella.

Como si ese dedo que había apuntado era ahora una promesa de muerte al Rey del Hiberno.

Nesta inhaló. Y cuando observé a mi hermana, con su belleza aumentada de alguna forma, sus oídos... Cuando Nesta me miró...

Rabia. Poder. Perspicacia.

Luego desapareció, el horror y la sorpresa le arrugaron el rostro, pero no se detuvo, no frenó. Era libre, estaba suelta.

Se levantó, tropezando con sus extremidades un poco más largas, arrancando la mordaza de su boca...

Nesta chocó contra Lucien, arrancando a Elain de sus brazos y le gritó mientras él retrocedía.

—¡Aléjate de ella!

Elain se resbaló contra el suelo pero Nesta la estabilizó y, con las manos, recorrió el rostro de Elain, sus hombros, su cabello.

—Elain, Elain, Elain —sollozó.

Cassian volvió a moverse, tratando de levantarse, de responder a la voz de Nesta mientras ella abrazaba a mi hermana y decía su nombre en un lamento una y otra vez.

Pero Elain estaba mirando sobre el hombro de Nesta. A Lucien, cuyo rostro por fin veía. Unos ojos oscuros se encontraron con una bermejo y otro de metal.

Nesta aún lloraba, furiosa, aún examinaba a Elain...

Las manos de Lucien cayeron a sus costados. Y con la voz rota, le susurró a Elain:

—Tú eres mi compañera.

Capítulo 66

Traducido por Wan_TT18 // Corregido por Mais

No dejé que me afectara la declaración de Lucien.

Nesta, sin embargo, se volvió hacia él.

—Ella no es *tal cosa* —dijo, y lo empujó de nuevo.

Lucien no se movió ni una pulgada. Su rostro estaba pálido como la muerte mientras miraba fijamente a Elain. Mi hermana no dijo nada, el anillo de hierro brillaba débilmente en su dedo.

—Interesante. Muy interesante —murmuró el Rey de Hiberno. Luego se volvió a las reinas—. ¿Lo veis? He mostrado no una, sino dos veces que esto es seguro. ¿Quién quiere ser Hecha primero? Tal vez también obtengáis un atractivo señor Fae como compañero.

La reina más joven dio un paso adelante, sus ojos moviéndose rápidamente entre todos los hombres Fae reunidos. Como si fueran suyos para escoger.

El rey se rio entre dientes.

—Muy bien entonces.

El odio me inundó, tan violento que no tenía control sobre él, no había canción en mi corazón, sino un grito de guerra. Iba a matarlos. Iba a matarlos a todos...

—Si estás tan dispuesto a hacer tratos —dijo Rhys de repente, poniéndose de pie y tirando de mí con él—, tal vez haga uno contigo.

—¿Ah?

Rhys se encogió de hombros.

No. No más tratos, no más sacrificios. No más de darse a sí mismo, de entregar pieza por pieza de su ser.

No más.

Y si el rey se negaba, si no había nada que hacer más que ver morir a mis amigos...

No podía aceptarlo. No podía soportarlo, no eso.

Y por Rhys, por la familia que había encontrado... ellos no me habían necesitado, no realmente. Solamente para anular el Caldero. Les había fallado. Tal como les había fallado a mis hermanas, cuyas vidas ahora había destrozado...

Pensé en ese anillo que me esperaba en casa. Pensé en el anillo en el dedo de Elain, de un hombre que probablemente ahora iba a cazarla y matarla. Si Lucien la dejaba escapar para empezar.

Pensé en todas las cosas que quería pintar, y nunca lo haría.

Pero por ellos, por mi familia tanto de sangre como de mi propia elección, por mi compañero... La idea que me golpeó no parecía tan aterradora.

Así que no tuve miedo.

Caí de rodillas en un espasmo, agarrando mi cabeza mientras hacía rechinar los dientes y sollocé, sollocé y jadeé, tirando de mi cabello...

El puño de ese hechizo no tuvo tiempo para apoderarse de mí de nuevo cuando lo atravesé de un estallido.

Rhys llegó a mí, pero desaté mi poder, un destello de luz blanca, luz pura, todo lo que podía escapar con el amortiguador del hechizo del rey. Un destello de la luz que era sólo para Rhys, solo debido a Rhys. Esperaba que él entendiera.

Eso erupcionó a través de la habitación, la fuerza siseó y volvió a caer.

Incluso Rhys se había congelado, el rey y las reinas tenían la boca abierta. Mis hermanas y Lucien se habían girado también.

Pero ahí, en lo profundo de la luz de Día... lo extraje. Un purificador y claro poder. Rompemaldiciones, Rompehechizos. La luz barrió a través de cada trampa física, mostrándome los gruñidos de los hechizos y encantamientos y mostrándome el camino a través de ellos... Ardí más brillante, buscando, buscando...

Enterrado dentro de las paredes de huesos del castillo, los escudos estaban tejidos con fuerza.

Envié esa luz cegadora encendiéndose una vez más, una distracción y un juego de manos mientras rompía los escudos y los regresaba a sus arterias antiguas.

Ahora sólo tenía que hacer mi parte.

La luz se desvaneció, y me quedé acurrucada en el suelo con la cabeza entre mis manos.

Silencio. Solo había silencio mientras todos me miraban boquiabiertos.

Incluso Jurian había dejado de regodearse desde donde ahora se apoyaba contra la pared.

Pero mis ojos estaban únicamente en Tamlin mientras bajaba mis manos, tomando aire, y parpadeando.

Miré al anfitrión, la sangre y la Corte Oscura, y luego finalmente me volví a él mientras exhalaba:

— ¿Tamlin?

No se movió ni una pulgada. Más allá de él, el rey me miró boquiabierto. Si sabía que había arrancado sus escudos de par en par, si sabía que había sido intencional, no me importó, todavía no.

Parpadeé de nuevo, como si despejara mi cabeza.

—¿Tamlin?

Miré mis manos, la sangre, y cuando vi a Rhys, cuando vi a mis amigos de rostros sombríos, y a mis empapadas e inmortales hermanas...

No hubo nada más que sorpresa y confusión en el rostro de Rhys cuando me arrastré para salir de detrás de él.

Lejos de ellos. Hacia Tamlin.

—Tamlin —conseguí decir otra vez. Los ojos de Lucien se ensancharon mientras daba un paso entre Elain y yo. Me giré hacia el Rey de Hiberno—. ¿Dónde...? —Me enfrenté de nuevo a Rhysand—. ¿Qué me hiciste? —exhalé, de forma baja y gutural. Retrocedí hacia Tamlin—. ¿Qué hiciste?

Sácalas de aquí. Llévate a mis hermanas.

Finge, por favor sígueme el juego. Por favor ...

No hubo sonido alguno, ningún escudo, ningún atisbo de sensibilidad en nuestro vínculo. El poder del rey lo había bloqueado demasiado a fondo. No había algo que pudiera hacer contra ello, siendo Rompemaldiciones o no.

Pero Rhys metió las manos en sus bolsillos mientras ronroneaba:

— ¿Cómo te liberaste?

—¿Qué? —Jurian enfureció, se alejó de la pared de un empujó y se acercó a nosotros.

Pero me volví hacia Tamlin e ignoré las facciones y el olor y la ropa que estaban mal. Él me observó con cautela.

—No dejes que me lleve de nuevo, no lo dejes...no...

No podía evitar estremecerme con mis sollozos, no cuando la completa fuerza de lo que estaba haciendo me golpeó.

—Feyre —dijo en voz baja Tamlin. Y supe que había ganado.

Sollocé más fuerte.

Llévate a mis hermanas, rogué a Rhys a través del vínculo en silencio. Arranqué los escudos y lo dejé todo abierto para ti, para todos vosotros. Sácalos de aquí.

—No dejes que me lleve —sollocé de nuevo—. No quiero volver.

Y cuando miré a Mor, a las lágrimas que corrían por su rostro mientras ayudaba a Cassian a posicionarse de forma vertical, supe que se había dado cuenta de lo que estaba tratando de hacer. Pero las lágrimas se desvanecieron y se convirtieron en dolor por Cassian mientras se volvía hacia Rhysand con una cara de odio y horror.

— ¿Qué le hiciste a esa chica? —escupió.

Rhys ladeó la cabeza.

— ¿Cómo lo hiciste, Feyre?

Había tanta sangre en él. Un último juego, este era el último juego que íbamos a jugar juntos.

Sacudí mi cabeza. Las reinas se habían replegado, sus guardias formando una pared entre nosotros.

Tamlin me observó detenidamente. Lo mismo hizo Lucien.

Así que me volví al rey. Estaba sonriendo. Como si lo supiera.

Pero dije:

—Rompe el vínculo.

Rhysand se quedó inmóvil.

Me precipité hacia el rey, mis rodillas gritaron cuando caí al suelo delante de su trono.

—Rompe el vínculo. El trato, el... el vínculo de pareja. Él... él me hizo hacerlo, me hizo jurarlo...

—No —dijo Rhysand.

Lo ignoré, aun cuando mi corazón se rompió, aunque sabía que no había querido decirlo.

—Hazlo —le rogué al rey, incluso mientras oraba en silencio que no se diera cuenta de que escudos estaban destruidos, de la puerta que había dejado abierta—. Sé que puedes hacerlo. Solo... libérame. Libérame de esto.

—No —dijo Rhysand.

Pero Tamlin estaba mirando entre nosotros. Y lo miré, al Gran Señor que una vez había amado, y exhalé:

—No más. No más muerte...no más matanza. —Sollocé a través de mis dientes apretados. Me obligué a mirar a mis hermanas—. *No más*. Llévame a *casa* y déjalas ir. Dile que es parte del trato y déjalas ir. Pero no más... por favor.

Cassian lentamente, cada movimiento adolorido, se movió lo suficiente para mirar por encima de un ala destrozada hacia mí. Y en sus afligidos ojos vidriosos, lo vi... vi que lo entendía.

La Corte de Sueños. Había pertenecido a una corte de sueños. Y soñadores. Y por sus sueños... por lo que habían trabajado, por lo que se habían sacrificado... podía hacerlo.

Llévate a mis hermanas, dije a Rhys por última vez, enviándolo a aquel muro de piedra entre nosotros.

Miré a Tamlin. —No más. —Esos ojos verdes se encontraron con los míos, y el dolor y la ternura en ellos era la cosa más espantosa que jamás había visto —. Llévame a casa.

—Déjalas ir, rompe su vínculo, y acabemos con esto. Sus hermanas vendrán con nosotros. Ya has cruzado demasiadas líneas —dijo Tamlin rotundamente al rey.

Jurian comenzó a oponerse, pero el rey dijo:

—Muy bien.

—No —fue todo lo que Rhys dijo de nuevo.

Tamlin le gruñó:

—Me importa una *mierda* si ella es tu compañera. Me importa una mierda si piensas que tienes derecho sobre ella. Ella es *mía*, y un día, voy a devolverte hasta el último pedazo de dolor que sintió, cada parte de su sufrimiento y desesperación. Un día, tal vez cuando ella decida que quiere acabar contigo, estaré feliz de complacerla.

Vete, simplemente márchate. Llévate a mis hermanas contigo.

Rhys me miraba fijamente *solo* a mí.

—No lo hagas.

Pero retrocedí, hasta que golpeé el pecho de Tamlin, hasta que sus manos, calientes y pesadas, se posaron en mis hombros.

—Hágalo —le dijo al rey.

—No —dijo Rhys otra vez, su voz rompiéndose.

Pero el rey me señaló. Y grité.

Tamlin agarró mis brazos mientras gritaba y gritaba por el dolor que atravesó mi pecho, mi brazo izquierdo.

Rhysand estaba en el suelo, rugiendo, y pensé que podría haber dicho mi nombre, podría haber gritado mientras me retorció y sollozaba. Estaba siendo destrozada, me estaba muriendo, estaba muriendo...

No. No, no lo quería, yo no quería...

Una rasgadura sonó en mis oídos.

Y el mundo se cortó en dos cuando el vínculo se rompió.

Capítulo 67

Traducido por LillyRoma // Corregido por Mais

Me desmayé.

Cuando abrí mis ojos habían pasado solo unos pocos segundos. Mor estaba arrastrando a Rhys, quien estaba jadeando en el suelo, sus ojos salvajes, abriendo y cerrando sus dedos...

Tamlin quitó el guante de mi mano izquierda. Pura piel desnuda lo recibió. Sin tatuaje.

Yo estaba sollozando y sollozando, y sus brazos me rodearon. Cada pulgada de ellos se sentía mal. Casi me atraganté con su aroma.

Mor soltó el cuello de la chaqueta de Rhysand, y él se arrastró... se *arrastró* de nuevo hacia Azriel y Cassian, su sangre salpicando en sus manos, en su cuello, mientras se arrastraba a través de esta. Sus respiraciones ásperas cortaban en mí, mi alma...

El rey sencillamente agitó una mano hacia él.

—Eres libre de irte, Rhysand. El veneno de tu amigo se ha ido. Las alas, por otro lado, me temo, están un poco desastrosas.

No luches contra él, no digas algo, le rogué mientras Rhys llegaba hasta donde sus hermanos. *Llévate a mis hermanas. Los escudos están abajo.*

Silencio.

Entonces miré –solo una vez– a Rhysand, a Cassian, a Mor, y a Azriel.

Ellos ya me estaban mirando. Sus rostros sangrientos, fríos y enfurecidos. Pero por debajo de ellos... sabía que era amor debajo de ellos. Entendían las lágrimas que rodaban por mi rostro mientras silenciosamente decía adiós.

Entonces Mor, rápida como un víbora, se tamizó hacia Lucien. A mis hermanas. Para mostrarle a Rhys, comprendí, lo que yo había hecho, el hueco que había hecho para que ellos escaparan...

Ella alejó a Lucien estrellando su palma contra su pecho, y su rugido sacudió los pasillos mientras Mor agarraba a mis hermanas por el brazo y desaparecía.

El rugido de Lucien seguía sonando cuando Rhys se lanzó, agarrando Azriel y Cassian, y ni siquiera se volvió hacia mí mientras se tamizaban al exterior.

El rey se puso de pie, arrojando su ira contra sus guardias, contra Jurian, por no haber sujetado a mis hermanas. Exigiendo saber qué había pasado con los escudos del castillo...

Apenas lo oí. Sólo había silencio en mi cabeza. Tanto silencio donde antes había estado la risa oscura y la diversión malvada. Un baldío con viento erosionado.

Lucien estaba sacudiendo su cabeza, jadeando, y se volvió hacia nosotros.

—*Tráela de vuelta* —le gruñó a Tamlin sobre las vociferaciones del rey. Un compañero... un compañero ya volviéndose salvaje para defender lo que era suyo.

Tamlin lo ignoró. También lo hice yo. Apenas podía estar de pie, pero enfrenté al rey cuando se dejó caer en su trono, agarrando tan fuerte los apoyabrazos que sus nudillos se pusieron blancos.

—Gracias —exhalé, con una mano en mi pecho... la piel tan pálida, tan blanca—. Gracias.

Él solo se limitó a decirles a las reinas reunidas, ahora a una buena distancia:

—Comenzad.

Las reinas se miraron las unas a las otras, después a sus guardias con los ojos muy abiertos, y se deslizaron hacia el Caldero, sus sonrisas cada vez más grandes. Lobos rodeando su presa. Una apartó a la otra de un empujón —el rey les murmuró algo que no me molesté en escuchar.

Jurian acechó a Lucien en medio de la creciente disputa, riendo entre dientes.

—¿Sabes lo que los bastardos Ilirianos le hacen a las mujeres bonitas? No te va a quedar compañera alguna... al menos no una que te sea útil de alguna manera.

El gruñido que le respondió Lucien no se quedó corto en lo salvaje.

Escupí a los pies de Jurian.

—Te puedes ir al infierno, abominable imbécil.

Las manos de Tamlin apretaron mis hombros. Lucien se volvió hacia mí, y el ojo de metal zumbó y se estrechó. Siglos de cultivada razón hicieron clic en su lugar.

No estaba entrando en pánico porque se habían llevado a mis hermanas.

Dije en voz baja:

—Las traeremos de vuelta.

Pero Lucien me observaba con recelo. Con demasiada cautela.

Le dije a Tamlin:

—Llévame a casa.

Pero el rey se interpuso sobre la disputa de las reinas:

—¿Dónde está?

Prefería la divertida y arrogante voz, a la plana y brutal que se deslizó por la sala.

—Tú... *tú* ibas a usar el Libro de los Respiros —dijo el rey—. Puedo sentirlo aquí, con...

El castillo entero se estremeció al darse cuenta de que no lo había estado sosteniendo dentro de mi chaqueta.

Le dije solo a él:

—Tú error.

Sus fosas nasales se dilataron. Incluso el mar a lo lejos parecía retroceder de terror ante la ira que blanqueaba su rubicunda cara. Pero parpadeó y se había ido. Le dijo fuertemente a Tamlin:

—Cuando el Libro sea rescatado, espero tu presencia aquí.

Poder, con olor a lilas y cedro y los primeros toques de verde, se arremolinaron a mí alrededor. Nos preparaba para tamizarnos lejos... a través de los escudos que no tenían idea que los había hecho añicos.

Así que le dije al rey, y a Jurian, y las reinas reunidas, ya en el borde del Caldero y sobre el murmullo de quién iría primero:

ACOTAR #2
PARADISE SUMMERLAND

—Encenderé vuestras hogueras yo misma por lo que le habéis hecho a mis hermanas.

Entonces nos habíamos ido.

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA

Capítulo 68

Traducido por Maria97Lour // Corregido por Mais

Rhysand

Me estrellé contra el suelo de la casa de la ciudad, y al instante Amren estaba ahí, con las manos sobre las alas de Cassian, maldiciendo ante las heridas. Luego ante el agujero en el pecho de Azriel.

Ni siquiera su sanación conseguiría arreglar ninguna de las dos cosas. No, necesitaríamos un sanador real para cada uno de ellos, y rápido, porque si Cassian perdía esas alas... sabía que preferiría la muerte. Cualquier Iliriano lo querría.

—¿Dónde está ella? —demandó Amren.

¿Dónde está ella? ¿Dónde está ella? ¿Dónde está ella?

—Saca el Libro de aquí —dije, tirando los pedazos en el suelo.

Odiaba el toque de ellos, su locura, la desesperación y la alegría. Amren ignoró la orden.

Mor no había aparecido, dejando o escondiendo a Nesta y Elain en cualquier parte que ella consideraba más seguro.

—¿Dónde está ella? —Amren dijo de nuevo, presionando una mano en la espalda destrozada de Cassian. Sabía que no se refería a Mor.

Como si mis pensamientos la hubieran convocado, mi prima apareció, jadeando y demacrada. Se dejó caer al suelo delante de Azriel, sus manos cubiertas de sangre temblando mientras se arrancaba la flecha, liberándola de su pecho, la sangre empapaba la alfombra. Empujó sus dedos sobre la herida y luz resplandeció mientras su poder soldaba huesos, carne y venas, juntándolos.

—*¿Dónde está ella?* —Amren espetó una vez más.

No me atreví a decir las palabras.

Así que Mor las dijo por mí mientras se arrodillaba sobre Azriel, mis dos hermanos afortunadamente inconscientes.

—Tamlin ofreció el paso a través de sus tierras y nuestras cabezas en bandejas de plata al rey a cambio de: la captura de Feyre, la rotura de su vínculo, y el llevarla de vuelta a la Corte de Primavera. Pero Ianthe traicionó a Tamlin, le dijo al rey dónde encontrar a las hermanas de Feyre. Así que el rey tenía a las hermanas de Feyre, junto con las reinas, para demostrar que podía hacerlas inmortales. Las metió en el Caldero. No pudimos hacer nada cuando fueron convertidas. Nos tenía por las pelotas.

Esos ojos de mercurio se dispararon hacia mí.

—Rhysand.

Me las arreglé para decir:

—Nos quedamos sin opciones, y Feyre lo sabía. Así que fingió liberarse del control que Tamlin creía que yo tenía sobre ella. Pretendió que... nos odiaba. Y le dijo que iría a casa, pero sólo si el asesinato se detenía. Si nos liberaban.

—Y el vínculo —Amren exhaló, la sangre de Cassian brillando mientras ella reducía el goteo.

—Ella le pidió al rey romper el vínculo. Él se vio obligado —dijo Mor.

Pensé que podría estar muriendo, aunque mi pecho en realidad estaba siendo partido en dos.

—Eso es imposible —dijo Amren—. Ese tipo de vínculo no puede ser roto.

—El rey dijo que podía hacerlo.

—El rey es un tonto —ladró Amren—. Ese tipo de vínculo *no puede* ser roto.

—No, no puede —dije.

Ambas me miraron.

Aclaré mi cabeza, mi corazón destrozado, rompiéndose por lo que había hecho mi compañera, sacrificándose por mí y mi familia. Por sus hermanas. Porque ella no había pensado... no había pensado que fuera esencial. Incluso después de todo lo que había hecho.

—El rey rompió el trato entre nosotros. Difícil de hacer, pero no se dio cuenta que no fue el vínculo de pareja.

—¿Feyre...Feyre sabe...? —empezó Mor.

—Sí —exhalé—. Y ahora mi compañera está en manos de nuestro enemigo.

—Ve por ella —siseó Amren—. *Ahora mismo.*

—No —le dije, y odié la palabra.

Me miraron boquiabiertos, y quise rugir a la vista de la sangre que los cubría, ante mis hermanos inconscientes y sufriendo sobre la alfombra delante de ellos.

Pero me las arreglé para decirle a mi prima:

— ¿No estabas escuchando lo que Feyre dijo? Ella prometió destruirlo, desde dentro.

El rostro de Mor palideció, su magia quemando el pecho de Azriel.

—Ella va a esa casa a derribarlo. Para derribarlos a todos.

Asentí.

—Ella es ahora un espía, con una línea directa a mí. Lo que hace el Rey de Hiberno, a dónde va, cuáles son sus planes, ella lo sabrá. Y lo reportará.

Ya que entre nosotros, débil y borroso, oculto por lo que ninguno podría encontrarlo... entre nosotros se extendía un toque de color y alegría, de luz y sombra, un susurro de *ella*. Nuestro vínculo.

—Ella es tu compañera —dijo Amren hacia mí—. No es tu espía. *Ve por ella.*

—Ella es mi compañera. Y mi espía —dije muy silenciosamente—. Y es la Gran Señora de la Corte Oscura.

—¿Qué? —susurró Mor.

Acaricié con un dedo mental aquel vínculo ahora escondido en lo profundo —en lo profundo de nosotros, y le dije:

—Si le hubieran quitado el otro guante, habrían visto un segundo tatuaje en su brazo derecho. El gemelo al otro. Tatuado ayer por la noche, cuando salimos sigilosamente para encontrarnos con una sacerdotisa, y declararla como mi Gran Señora.

—No... no consorte —Amren soltó, parpadeando. No la había visto sorprendida en... siglos.

—No consorte, ni esposa. Feyre es la Gran Señora de la Corte Oscura. —Mi igual en todos los sentidos.; llevaría mi corona, ocuparía un trono al lado del mío. Nunca al margen, no designada para reproducirse, para las fiestas, ni para la crianza de los niños. Mi reina.

A modo de respuesta, un rayo de amor se estremeció por el vínculo. Restringí el alivio que amenazaba con destruir toda la calma que fingía tener.

—Lo que me estás tratando de decir —Mor exhaló—, ¿es que mi Gran Señora esta ahora rodeada de enemigos?

Una especie mortal de calma se apoderó de su rostro cubierto de lágrimas.

—Lo que quiero decirte —dije, observando el coágulo de sangre en las alas de Cassian con los cuidados de Amren. Debajo de las propias manos de Mor, el sangrado de Azriel al fin aliviado. Lo suficiente como para mantenerlos vivos hasta que el sanador llegara hasta aquí—. Lo que quiero decir es que —dije de nuevo, mi poder construyéndose y frotándose contra mi piel, mis huesos, desesperado por ser desatado sobre el mundo—, que vuestra Gran Señora ha hecho un sacrificio por su corte, y nos moveremos cuando sea el momento adecuado.

Tal vez Lucien siendo el compañero de Elain ayudaría de alguna manera. Yo encontraría una manera.

Hasta entonces ayudaría a mi compañera a trocear La Corte de Primavera, a Ianthe, a esas reinas mortales, y al Rey de Hiberno en pedazos. Lentamente.

—¿Hasta entonces? —demandó Amren—. ¿Qué hay del Caldero, del Libro?

—Hasta entonces —dije, mirando hacia la puerta como si pudiera verla caminar a través de ella, riendo vibrante y hermosa—, vamos a la guerra.

Capítulo 69

Traducido por Eglasi // Corregido por Rincone

Feyre

Tamlin nos dejó en la grava de la entrada principal.

Había olvidado lo silencioso que estaba aquí.

Tan pequeño. Vacío.

La primavera florecida –el gentil aire y la esencia de rosas.

Aún era encantador. Pero ahí estaban las puertas principales que había sellado detrás de mí. Estaba la ventana que había golpeado, tratando de salir. Una prisión hermosa y cubierta de rosas.

Pero sonreí, mi cabeza palpitaba y dije con lágrimas en mis ojos:

—Creí que nunca lo volvería a ver.

Tamlin sólo me observaba, como si no lo creyera.

—Yo también lo creí.

Y nos vendiste –vendiste a cada inocente en esta tierra por esto. Todo para poder tenerme de regreso.

Amor –el amor era tanto un bálsamo como veneno.

Pero era amor lo que quemaba en mi pecho. Justo al lado del vínculo que el Rey de Hiberno no había tocado demasiado, porque no sabía lo profundo y lo lejos que tenía que cavar para separarlo. Para separarme de Rhysand.

Había dolido –dolido como el infierno para lograr que el trato entre nosotros terminara– y Rhys había hecho su trabajo perfectamente, con impecable horror. Siempre habíamos sido muy buenos en movernos juntos.

No había dudado de él, no dije nada más que *Sí* cuando me llevó al templo la noche anterior y había jurado mis votos. Para él, para Velaris, para la Corte Oscura.

Y ahora... un gentil y encantador golpe había derribado ese vínculo, oculto debajo de ese terreno donde el trato había estado. Envié una luz tenue de sentimiento hacia la línea, deseando que pudiera tocarlo, sostenerlo, reír con él.

Pero mantuve esos pensamientos lejos de mi rostro. No mantuve nada excepto el silencioso alivio mientras me inclinaba sobre Tamlin, suspirando.

—Se siente...se siente como esto fuera un sueño, o una pesadilla. Pero... pero te recuerdo. Y cuando te vi ahí hoy, comencé a arañar, a luchar porque sabía que podría ser mi única oportunidad y...

— ¿Cómo te liberaste de su control?—dijo Lucien de manera inexpresiva detrás de nosotros.

Tamlin le gruñó en advertencia.

Había olvidado que se encontraba aquí. El compañero de mi hermana. La Madre, decidí, tenía sentido del humor.

—Quería hacerlo...no lo sé. Sólo quería liberarme de él, así que lo hice.

Nos miramos pero Tamlin frotó su pulgar sobre mi hombro.

—¿Estás...estás herida?

Traté de no estremecerme. Sabía a lo que se refería. Que pensaba que Rhysand le haría algo como eso a cualquiera.

—No...no lo sé. —Balbuceé—. No... no recuerdo esas cosas.

El ojo de metal de Lucien se entrecerró, como si pudiera percibir la mentira.

Pero levanté la mirada a Tamlin y froté mi mano sobre su boca. Mi vacía y desnuda piel.

—Eres real —dije—. Me liberaste.

Era un esfuerzo no convertir mis manos en garras y arrancarle los ojos. Traidor, mentiroso. Asesino.

—Lo hiciste tú —suspiró Tamlin. Señaló la casa—. Descansa y más tarde hablaremos. Necesito... encontrar a Ianthe. Y dejar algunas cosas muy, muy claras.

—Yo... quiero formar parte de eso esta vez—dije, vacilando cuando trató de regresarme a esa hermosa prisión—. No más... no más dejarme atrás. No más guardias. Por favor. Tengo mucho que decirte acerca de ellos, poco a poco, pero...

puedo ayudar. Podemos conseguir traer de regreso a mis hermanas. Déjame ayudar.

Ayudar a llevarte en la dirección incorrecta. Ayudar a poner a ti y a tu corte de rodillas y derribar a Jurian y a esas conspiradoras y traidoras reinas. Y luego destruir a Ianthe en pequeños, pequeños pedazos y lanzarlos en una fosa donde nadie pueda encontrarlos.

Tamlin evaluó mi rostro, y finalmente asintió.

—Empezaremos otra vez. Haremos las cosas diferentes. Cuando te fuiste, me di cuenta... que he estado equivocado. Tan equivocado, Feyre. Y lo siento.

Demasiado tarde. Malditamente demasiado tarde. Pero descansé mi cabeza sobre su brazo mientras nos daba la vuelta y me dirigía hacia la casa.

—No importa. Ahora estoy en casa.

—Para siempre —prometió.

—Para siempre —repetí, mirando detrás de mí donde Lucien se encontraba en la entrada de grava.

Su mirada estaba puesta sobre mí. Con su rostro endurecido. Como si pudiera ver a través de cada mentira.

Como si supiera del segundo tatuaje debajo de mi guante y el tenue glamour que ahora mantenía sobre él.

Como si supiera que habían dejado entrar un zorro en un gallinero y que no podía hacer nada.

No a menos que no quisiera volver a ver a su compañera, Elain, jamás.

Le ofrecí a Lucien una dulce y tranquila sonrisa. Y así nuestro juego comenzó.

Llegamos a la escalera de mármol que nos llevaba a la puerta principal de la casa.

Y así Tamlin inconscientemente dirigió a la Gran Señora de la Corte Oscura al corazón de su territorio.

Agradecimientos

Gracias a las siguientes personas que hacen que mi vida sea una bendición más allá de toda medida:

A mi esposo, Josh: Tú has logrado que sobrelleve este año (Y todos los años anteriores, pero este en particular). No tengo palabras para describir lo mucho que te amo, y lo agradecida que estoy por todo lo que haces. Por las infinitas comidas que me cocinaste así no dejaba de escribir; por los cientos de platos que lavaste después así yo podía volver a mi oficina y seguir trabajando; por las horas de pasear al perro, especialmente aquellas mañanas tempranas, solo para que yo pueda dormir un poco...Este libro es ahora un libro *real* por ti. Gracias por cargarme cuando estuve muy fatigada, por limpiar mis lágrimas cuando mi corazón estaba pesado y por venir conmigo en tantas aventuras alrededor del mundo.

Para Annie, que no puede leer esto, pero que se merece el crédito de todos modos. Cada segundo contigo es un regalo. Gracias por hacer de un trabajo bastante solitario apenas solitario, y por la risa y alegría y amor que has traído en mi vida. Te amo, cachorrito.

Para Susan Dennard, mi Verdadera Hermana y *Anam cara*: Bastante segura que ya soy como un disco rayado en este punto, pero *gracias* por ser una amiga que vale la pena esperar, y por la diversión, los momentos realmente épicos que hemos tenido. Para Alex Bracken, Erin Bowman, Lauren Billings, Christina Hobbs, Victoria Aveyard, Jennifer L. Armentrout, Gena Showalter y Claire Legrand: soy tan afortunada de llamarlos mis amigos. Los adoro.

A mi agente, Tamar Rydzinski: ¿Qué haría sin ti? Has sido mi motor, mi guía estrella y mi hada madrina desde el principio. Siete libros después, aun no tengo palabras para expresar mi gratitud. A mi editor, Cat Onder: Trabajar contigo en estos libros ha sido un realce en mi carrera. Gracias por tu sabiduría, tu amabilidad y tu brillantez editorial.

A mis equipos fenomenales en Bloomsbury alrededor del mundo y CAA – Cindy Loh, Cristina Gilbert, Jon Cassir, Kathleen Farrar, Nigel Newton, Rebecca McNally, Natalia Hamilton, Sonia Palmisano, Emma Hopkin, Ian Lamb, Emma Bradshaw, Lizzy Mason, Courtney Griffin, Erica Barmash, Emily Ritter, Grace

Whooley, Eshani Agrawal, Nick Thomas, Alice Grigg, Elise Burns, Jenny Collins, Linette Kim, Beth Eller, Diane Aronson, Emily Klopfer, Melissa Kavonic, Donna Mark, John Candell, Nicholas Church, Adiba Oemar, Hermione Lawton, Kelly de Groot y todo el equipo de derechos extranjeros –es un honor conocerlos y trabajar con ustedes. Gracias por hacer verdaderos mis sueños. A Cassie Homer: Gracias por *todo*. Eres un deleite absoluto.

A mi familia (especialmente mis padres): Los amo hasta la luna ida y vuelta.

A Louisse Ang, Nicola Wilksinson, Elena Yip, Sasha Alsberg, Vilma Gonzalez, Damaris Cardinali, Alexa Santiago, Rachel Domingo, Jamie Miller, Alice Fanchiang y Maas Thirteen: su generosidad, amistades y soporte significa todo para mí.

Y finalmente, a mis lectores: Ustedes son lo mejor. De hecho, lo mejor. Nada de esto hubiese sido posible sin *ustedes*. Gracias desde muy al fondo de mi corazón por todo lo que hacen por mí y mis libros.

Próximamente

Hasta el momento, la autora no ha dado información sobre el tercer libro, aunque sí ha dicho que habrá cinco libros más, que también encontrarás en la comunidad de PS.

UNA CORTE
DE NIEBLA Y FURIA



ⁱ Cuando leí la balada por primera vez, me llamó mucho la atención así que busqué algo de información sobre ella. No encontré mucho y lo poco que había estaba en inglés, así que me puse a leer y conseguí averiguar su procedencia. Resulta que las baladas de asesinatos, así se llaman, son muy famosas en U.K, Irlanda y otros países galos y ésta es una versión de “el molinero y la hija del rey”. Esta adaptación de la autora se asemeja a la versión original del siglo VXII. La historia de este remake (el cual varía según la versión) es como dos hermanas se acercan a un lago o mar (depende de la versión) y la mayor lanza a la menor al gua, sin brindarle socorro alguno. La menor se ahoga y va a dar al dique del molinero del pueblo y cuando su cadáver es encontrado por él, se fabrica un instrumento con sus huesos. En la versión de Sarah, el instrumento es una viola, en otras es un violín, un arpa, una flauta. Y siempre que el instrumento es tocado, cuenta la historia de su asesinato, culpando a su hermana. Los motivos que llevan a la hermana mayor a asesinar son los celos por el afecto de un hombre: en una de las versiones, ambas hermanas son cortejadas por un mismo pretendiente, y en otras éste, a pesar del amor que le profesa la mayor, está interesado en la otra. Algo común a casi todas las versiones es la descripción de

las hermanas: la mayor es morena, oscura, mientras que la pequeña es rubia, y recibe adjetivos relacionados con la luz (en las variantes nórdicas son comparadas con hollín y leche)

En su mayoría las versiones noruegas y algunas de las variantes suecas, la historia termina con la hermana pequeña volviendo a la vida al ser roto el instrumento. En otras versiones, realmente no había muerto ahogada, y tras recuperarse cuenta la historia ella misma, de cómo su hermana intentó asesinarla.

Y... eso es todo. No está mal un poco de información, eh? xD